LA FOTO DEL PALACE

El socialismo, de Felipe a Pedro y viceversa

Fernando Jáuregui

Índice

A modo de prólogo. Muchos, muchos agradecimientos y…

LIBRO PRIMERO
DE CÓMO SE FABRICA EL HOMBRE MÁS PODEROSO DE ESPAÑA
1. Ganar un congreso sin dejar (demasiados) muertos en el campo de batalla
2. Cómo se intenta ganar una misteriosa carrera ascendente
3. Un diputado que empieza a destacar
4. Hacia las elecciones… y hacia el desastre
5. Pablo Iglesias, al desnudo pese al *dress code*
6. El gran batacazo y, después, la reconquista

LIBRO SEGUNDO
EL ZAPATERATO
7. La difícil sucesión de Felipe González
8. Zapatero: «el factor generacional fue decisivo»
9. La buena, el feo, el malo, el guapo, la marciana…
10. «¡No nos falles!»
11. El fin de una larga pesadilla
12. Escollos en el camino
13. ¿Un «paleto» o un hombre «histórico para el planeta»?
14. Unas buenas leyes sociales
15. El (mal) fin del «zapaterato»

LIBRO TERCERO
CASI TODO LO BUENO Y CASI TODO LO MALO DEL LLAMADO «FELIPISMO»
16. Demasiados años en el poder
17. Claro que, para que llegase el triunfo del PSOE, era preciso el

previo hundimiento de la UCD. Y de Suárez
18. Un gobierno se define no solamente por la calidad de su presidente, sino también por la de sus ministros y la de sus «segundos escalones»
19. Transformar un país es complicado
20. La enorme batalla laboral
21. Las cosas podrían haber sido diferentes, muy diferentes, si…
22. Un hombre a la fuga
23. El amo de *El Mundo* que quiso ser el amo del mundo
24. Adiós, Solchaga, adiós

LIBRO CUARTO
PEDRO CUARTO, EL IMPREDECIBLE
25. Una sentencia que cambia la historia
26. Dar una vuelta más a la loca política española
27. Un «uno» y un «dos» que nada tienen que ver
28. El año más horrible de nuestras vidas
29. Vox o no Vox, he ahí el problema
30. Y ahora, ¿qué hacemos?

…Y desagradecimientos.. Casi como un epílogo: despedida y quizá cierre
Bibliografía
Créditos

A modo de prólogo.

Muchos, muchos agradecimientos y…

Este libro debe mucho, todo, a muchos. A bastante más de un centenar de personas. Gentes que han vivido y protagonizado la Historia, con mayúscula, de este país. Y que, cuando me prestaron su tiempo para hablar conmigo sobre el trabajo en el que me había embarcado, nada menos que analizar cuarenta años de trayectoria del socialismo español, sabían que no iban a estar de acuerdo con mucho de lo que iba a escribir. Porque considero imposible trazar un relato unívoco de las muchas cosas que han ocurrido desde aquella «foto del Palace», en la noche del 28 de octubre de 1982, hasta nuestros días.

Las versiones han sido muchas. Las discrepancias, incluso en torno a los puros hechos, notables. Los desacuerdos, palmarios. Algunos viejos odios internos perviven. He procurado no caer en lo exhaustivo, porque eso no habría tenido sentido: mucho se ha publicado y dicho sobre lo que aquí se narra. Así que me propuse encontrar ángulos y acontecimientos lo más inexplorados que me fue posible.

Las fuentes me contaron, cada cual a su manera y desde su prisma, mucho, bastante, de lo que sabían. Una parte. Todo hubiese sido imposible: nadie cuenta toda su verdad a una sola persona. Algunos ni siquiera una parte de su verdad. Y quizá uno no siempre ha tenido la habilidad de extraer toda la información que se le ofrecía.

Solamente dos testimonios importantes no he podido recabar, porque no quisieron prestármelos; otras negativas, muy pocas, la verdad, fueron de personajes secundarios. Sobre el segundo de estos testimonios que hubiese podido enriquecer esta narración, el del actual presidente del Gobierno, hago alguna consideración en el epílogo de este libro. El otro «no» lo daba por descontado y he procurado que ello no repercutiese en mi versión sobre la trayectoria del personaje.

He incorporado, por lo demás, algunas anécdotas personales: han sido muchos los años que he consumido como testigo, un mirón profesional, de acontecimientos que han ido forjando la Historia, tan apasionante, a veces tan decepcionante, de este país nuestro. Y a veces, aunque no lo quieras, te involucran en los hechos. Creo que las vivencias tienen aquí un gran valor, lo que no significa que el autor, periodista y nada más ni menos que eso, tenga que erigirse en protagonista de nada. Ni lo fue ni, por supuesto, debió serlo. Ni quiso, ni quiere.

Gracias, pues, a cuantos han contribuido a poner negro sobre blanco esa historia, que ya digo que es la de todos nosotros, pertenezcamos o no a la ya casi olvidada, casi fenecida, «generación del 78», a la que pienso que también cabría,

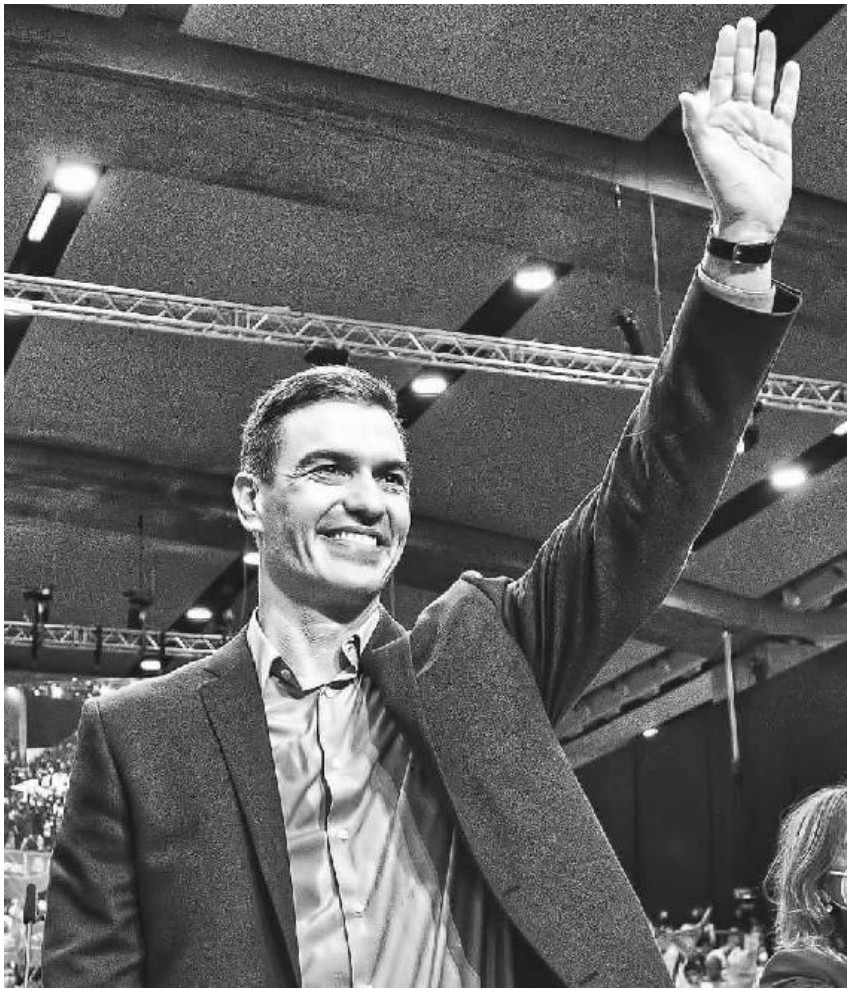
quizá, rendir un muy sentido homenaje, ¿fúnebre? Acapara las dos terceras partes de este libro y de las vidas de muchos de nosotros. Y quizá quienes son más jóvenes deberían tomar buena nota de bastantes cosas que aquí se dicen: la Historia, lo digo ahora que hay quien quiere olvidarla, enseña mucho. Todo.

Pero, claro, aquí también queremos adentrarnos, y no nos faltan algunos testimonios al respecto, en lo que será de la que podríamos llamar la «generación del 18». De 2018, que es cuando —ocurre cada cuarenta años en España— se inició una nueva era política. Otra. ¿Cómo será el socialismo de 2024, 2025…?

De manera especial, quiero expresar mi agradecimiento a mi colaboradora de tantos años Alicia Hernández; ella ha gestionado la mayor parte de los casi ciento veinte encuentros que me ayudaron a entender mejor la difícil asignatura que centra este libro. Y a María Espinosa, que sufrió el parto, largo, de este libro y cooperó no poco en él.

LIBRO PRIMERO

DE CÓMO SE FABRICA EL HOMBRE MÁS PODEROSO DE ESPAÑA



(Foto: PSOE).

El hombre de la foto del Palace que cambió España y el pasado

23 de diciembre de 2021

—¿Sabes qué es lo que más voy a criticar de ti en mi libro?

El hombre que aparece en la foto del Palace se incorpora ligeramente. Quizá por primera vez —llevamos un buen rato hablando— presta una total atención a lo que digo.

—¿Qué?

—Que dieses a entender al menos diez veces que te querías ir.

—Eso no es cierto. Solamente a partir de 1992 empecé a querer irme. A lo mejor lo que me critican no es que quisiera marcharme, sino que no me hubiese marchado.

Sigo creyendo —y sabiendo— que sí, que el hombre que aparece en la foto del Palace mantuvo una permanente tentación fuguista. Obviamente, no tenía demasiado apego al poder; por eso quizá tuvo tanto. Y debo insistir en que esta tentación se hizo evidente bastante antes de 1992.

Pero pasar revista al pasado —y al presente— con el hombre que aparece en la foto del Palace no es fácil. Primero, porque él, que ya ha cumplido los ochenta, ha protagonizado un largo pedazo de la Historia de España. Segundo, y fundamental, porque él sabe mucho más que tú, al menos en lo que le compete, de ese pedazo de historia. Porque la ha protagonizado. Y resulta que ese pedazo es el que nos afecta a todos, hayamos o no vivido esos tiempos que ahora llamamos del «espíritu del 78».

Porque todos, de alguna manera, cargamos con las culpas y los aciertos del pasado en nuestro presente y sabemos que también influirán en nuestro porvenir. Por eso conviene precisar bien ese pasado, lo que jamás es fácil, porque la Historia la cuentan siempre, a su aire, los vencedores. Y la reescriben los vencidos cuando los vencedores han dejado de serlo. Y entonces, ay de los vencedores. Y ay de los vencidos. Ay de quienes no están nunca en ninguno de los dos bandos.

El hombre que, hace cuarenta años, coprotagonizaba la foto del Palace se mantiene aparentemente en buena forma. No se quita la mascarilla en ningún momento, y eso, claro, contribuye a distanciar algo la conversación. Le visito en su domicilio madrileño, en el que no atisbo ningún adorno de Navidad, y es como si no

hubiera pasado un muy largo tiempo desde la última vez que le entrevisté. O desde que me encontré con él en Barcelona en un mitin en presencia de Manuel Valls: «Este es un amigo periodista», me presentó alguien al exprimer ministro francés. Y entonces, el hombre que estaba en la foto del Palace terció, desde la silla en la que se mantenía algo alejado: «Periodista será, pero amigo…».

Ha habido desencuentros. Supongo que he criticado mucho la última etapa en el poder del hombre que estaba en la foto del Palace. Fue una época de escándalos y errores que se compadecían mal con el primer tramo de su gobernación, los primeros diez años ejerciendo una Presidencia del Gobierno que transformó, fundamentalmente para bien, el país.

Quizá el hombre que aparecía en la foto del Palace había olvidado del todo aquellas críticas, o aquel desplante ante Manuel Valls en un mitin en Barcelona. Lógico: para el gran hombre, uno no es nadie; pero en cambio, uno recuerda casi cada una de las bastante numerosas palabras que cruzamos a lo largo de los años en los que coincidimos, uno como un simple periodista de segunda fila, él como el personaje más poderoso del país.

Le digo que es el último gran representante de esa «generación del 78» en la que muchos nos sentimos incluidos, involucrados y hasta partícipes activos.

Por eso mismo, creo que está obligado a escribir unas auténticas memorias, o acaso un manifiesto en el que su legado sea transmitido a nuestros hijos y nietos, precisamente ahora que algunos quieren hacer tabla rasa con una parte del pasado que no fue precisamente la peor.

—Tienes que escribirlo porque hoy eres un referente moral, una referencia inevitable, para tus correligionarios, que están en el poder. Pero también para muchos que no son tus correligionarios —le dije aquel día de 2021, víspera de Nochebuena, en el que nos encontramos en su casa madrileña.

—Mira, me dices lo mismo que mi hija María —responde, sin comprometerse, como en el resto de nuestra charla.

Por eso, porque le considero un referente para quienes hoy deciden en el país, me interesó tanto saber por qué acudió a aquel 40º congreso, octubre de 2021, Valencia, con el que encabezo este relato. No sé si su explicación me dejó del todo satisfecho. Cuando me despedí, le dije:

—Yo solo puedo contar lo que he ido averiguando aquí y allá, o recopilando lo mucho que otros han escrito o dicho. Pero dile a tu hija María que, para lo que valga, estoy de acuerdo con ella: nos debes unas memorias.

Me quedé con la sensación de que sí, de que está pensando muy seriamente en escribir unas memorias que, si él quiere, podrían conmocionar la Historia de España.

El máximo representante del «espíritu del 78» tiene, claro, mucho que contar y algo que callar, supongo. Y se reserva para el gran momento de lanzar «su» libro, pienso. Tiene una Fundación en la que ya atesora muchos documentos, abiertos a la curiosidad. Pero no sus recuerdos. Alguien de esa Fundación me dijo que sí, que el gran hombre ya había empezado a recopilar, con algunas ayudas, material para escribir su historia. Quizá dentro de no muchos meses ya la haya concluido.

En todo caso, esas memorias nos las debe a todos nosotros. También a José Luis Rodríguez Zapatero. También a Pedro Sánchez. Son los otros protagonistas de este libro. Lo empiezo casi en sentido inverso en el tiempo. Casi por el final. Quizá porque la Historia, con mayúscula, no tiene por qué ser rigurosamente cronológica,

sino que puede ser una asociación de acontecimientos y de ideas. Y el pasado conviene traerlo a colación en el presente.

El hombre del puente aéreo que por dos veces pudo haber cambiado España

14 de enero de 2022

El despacho madrileño del hombre del puente aéreo es más bien impersonal. El de quien preside un gran, próspero, bufete localizado en distintos puntos geográficos. El hombre del puente aéreo tiene ochenta y dos años, dos más que el hombre de la foto del Palace, pero parece más joven que este, que ya es decir. Y, como él, recuerda perfectamente cada pasaje de su larga trayectoria política. Pero el hombre del puente aéreo nunca escribirá, me parece, sus memorias. Está demasiado atareado y no le agobia ser parte de la Historia, aunque ya lo sea.

—Tu vida es la de la persona que, por dos veces, estuvo a punto de modificar la Historia de España sin haberlo conseguido.

Me pide que enumere cada una de esas veces. Al final, está de acuerdo conmigo: hubo muchas ocasiones para haber cambiado el rumbo de la nación. Pero él fue protagonista en dos de ellas, clarísimas. Y las dos estuvo al borde de conseguirlo.

—Al final, la subasta de egos es lo que siempre complica la política. Y casi todo. Te pediría que lo hagas constar en tu libro.

El hombre del puente aéreo ha acentuado su sabiduría con la edad. También estoy de acuerdo en que lo que él llama «la subasta de egos» y yo llamo la obsesión por el poder, es lo que siempre hunde los grandes proyectos. Por eso se hundieron los suyos. Y otros.

—De eso, de la obsesión por el poder, irá mi libro —le dije al despedirme.

La mujer que trasladó al papel la voz del hombre que llegó al poder

3 de mayo de 2022

La mujer que trasladó al papel la voz del hombre que llegó al poder máximo me recibe en su despacho desde cuya ventana se ven los árboles primaverales de El Retiro. Dice que del hombre que llegó al poder máximo le atrajo, a la hora de poner por escrito lo que él hablaba ante la grabadora, la excepcionalidad de su historia. Pienso que la mujer tenía razón: ningún guionista político podría haber imaginado

un argumento semejante al de las peripecias que vivió el hombre que llegó al poder máximo hasta que llegó a la meta. Y después de haber llegado.

«Yo entonces no sabía el desenlace, que llegaría al poder; eso acabó haciendo el libro más apasionante», dice ella.

Entonces, cuando comenzaron a poner por escrito lo que él hablaba a la grabadora, él andaba madurando si debía o no persistir en su intento de convertirse en el hombre que quería llegar al poder máximo, tras haber recibido un varapalo político y personal casi sin precedentes.

Ella es una mujer de talento, con un muy movido pasado político. Le importa mucho la regeneración democrática del país, y evidenciarlo le ha costado no pocos disgustos. Cree en el hombre que hablaba a la grabadora de la que ella extrajo el libro que iba, claro, a convertirse en un superventas.

1

GANAR UN CONGRESO SIN DEJAR (DEMASIADOS) MUERTOS EN EL CAMPO DE BATALLA

15 de mayo de 2017

«Pedro, tu problema no soy yo. Tu problema es que hace dos años elegiste una Ejecutiva con treinta y ocho miembros de los que solo quedan siete trabajando en torno a ti. Tus portavoces parlamentarios tampoco trabajan ya contigo. Zapatero, que te ayudó muchísimo y activamente te apoyó, ya no se fía de ti. Felipe González, que era la persona que te aconsejaba y reanudaba, también piensa que lo has engañado».

Susana Díaz, presidenta de la Junta de Andalucía, es la más vehemente de los tres personajes que debaten ante las cámaras de televisión preelectorales. Pedro Sánchez recibe con inusitada sumisión la andanada: cree que las mejores bazas están en su mano. El tercero, Patxi López, está como empequeñecido. Sabe que el combate está entre los otros dos, que él no va a ganar esa carrera, cuya meta es el poder máximo. Y López, digan de él lo que digan, tampoco es un ambicioso de poder.

En un solo párrafo, la lideresa andaluza, la mujer que pensaba que podría hacerse con el control del que es, por veteranía y militancia, el principal partido de la nación, lo ha resumido casi todo. La historia del PSOE en los últimos cuarenta años. Felipe González, José Luis Rodríguez Zapatero y Pedro Sánchez, los tres grandes nombres del socialismo contemporáneo, parte sustancial de la Historia de España, incluidos en la misma frase.

Así se anunció el 40º congreso del PSOE. Una nueva era para Pedro Sánchez. (Foto: PSOE).

Era la recta final de la durísima campaña de unas elecciones primarias en el PSOE, que eran mucho más que unas primarias para saber si las ganaría Pedro Sánchez o Susana Díaz. Todo el mundo intuía que de que ganase uno o la otra iba a depender el rumbo político de España para varios años, quizá para muchos años. Una izquierda u otra. Un socialismo u otro. Un país u otro.

Al final, ganó Pedro. Nadie lo esperaba. Tampoco Felipe González ni Zapatero, sus antecesores socialistas en la Presidencia del Gobierno. No deseaba ninguno de los dos la victoria de Sánchez, ni podían imaginar todo lo que iba a suceder, lo que está sucediendo, después.

González y Zapatero eran, son, la historia de casi medio siglo del PSOE. El pasado, aunque mantengan, sobre todo el segundo, una influencia «subterránea» sobre Sánchez, que es el presente. Muchos se preguntan si Pedro Sánchez, además, será —o no— el futuro.

17 de octubre de 2021

En cualquier caso, qué importaba ya lo que hubiese dicho Susana Díaz en aquel tenso debate previo a las elecciones internas, en mayo de 2017, hacía cuatro años. Ahora, ahí estaba la exlideresa andaluza, la que soñó con ser la primera mujer presidenta del Gobierno de España, empequeñecida entre los restantes congresistas, derrotada, poniendo cara de circunstancias. Una más entre los demás en aquella jornada de clausura del 40º congreso del PSOE. El de la apoteosis de quien había sido su rival, la persona a la que tanto había aborrecido.

Qué gran momento para Pedro Sánchez. El abrazo, al fin y ante decenas de cámaras de televisión, allí, en la inmensa sede de la Feria de Valencia, con Felipe González. El hombre que hasta ese día le había mostrado, o eso interpretábamos todos, un cierto desprecio, una cierta hostilidad. Allí estaba Felipe, una leyenda, el máximo representante del «espíritu del 78», el principal superviviente que nos quedaba de los que lideraron la Transición. Seguramente lo sabía —González es un político con instinto—; estaba allí cerrando definitivamente una época que, al parecer, se había quedado caduca y ayudando a abrir, más o menos, otra nueva.

Se lo pude preguntar, dos meses después, a Felipe González:

—¿Por qué aceptaste acudir al congreso, con todo lo que habías criticado a Pedro Sánchez?

—Porque, aunque te cueste creerlo, sigo siendo del PSOE. Y porque quería dar el mensaje que di —me dijo.

Me quedé pensando un poco. Tampoco había sido un mensaje, el de Felipe González en la clausura del 40º congreso, como para cincelarlo en mármol. Fue un discurso en el que resaltó que hay que dejar expresarse a quienes no opinan como los dirigentes (una clara, pero no demasiado contundente, crítica al modo de comportarse de Sánchez). Y añadió Felipe que hay que decir lo que se piensa y pensar lo que se dice (una evidente censura, dijeron los exégetas, a bastantes personas, y era de suponer que a Sánchez entre ellas). ¿Algo demasiado tópico, quizá?

Anoté algunas más de las cosas que en el congreso de Valencia dijo González. Ahora, repasándolas, quizá tengan más sentido, a la luz de las obsesiones que le conocemos: «Algunos que dicen defender la Constitución la defienden no cumpliéndola». O «Pedro Sánchez sabe que estoy disponible y que no interfiero». Cosas así, que los comentaristas tenemos que aplicar a situaciones concretas y destinatarios concretos. «Cosas de Felipe», dijeron.

Pero el caso era que, con o sin críticas más o menos veladas, allí estaba el gran referente, el hombre que, hace cosa de medio siglo, rescató, potenció y luego hizo triunfar al socialismo en España. Y que

tanto cambió el país. Apoyando, quizá un punto fríamente, a Pedro Sánchez. «Porque sigo siendo del PSOE». Lo que no sé es si, en esos momentos, el PSOE era de Felipe. Inevitable recordar que Sánchez, cuando estaba inmerso en la gran crisis y Felipe le censuraba por no mantener su palabra, dijo aquello de que «en el 82 Felipe era Dios; ahora, no tanto».

Sin embargo, el distanciamiento, nos habían dicho, no era tan real como parecía desde fuera de los mentideros socialistas. Alguna vez han cenado juntos, incluso con sus respectivas mujeres. De hecho, cuando pude hablar con González aquella víspera de Nochebuena, se mostró hermético a cualquier sugerencia de crítica a la actuación de Pedro Sánchez. Lo suyo, hasta entonces, habían sido alfilerazos puntuales, carraspeos críticos.

Pero la verdad es que se habían visto y hablado mucho más de lo que trascendió a la opinión pública. Y a la publicada. Y González, que es persona prudente, nunca quiso entrar como un elefante en una cacharrería en la trayectoria del PSOE, el partido que él reconstruyó en 1974.

Aquel octubre de 2021 había llegado a la cima la escalada que Pedro Sánchez inició siete años atrás, protagonizando una peripecia política por la que nadie apostaba y que tenía muy escasos precedentes en la historia de las democracias europeas. Posiblemente, incluso, ningún precedente.

Hasta ese momento, hasta ese abrazo —acaso un punto desganado por parte del más veterano, que obviamente no estaba pasando un buen rato; por cierto, era el único allí que llevaba corbata —, Felipe González había sido, muerto Alfredo Pérez Rubalcaba, el principal crítico de Pedro Sánchez.

Sánchez era, es, un hombre que había protagonizado un periplo político a veces casi heroico, a veces casi lamentable, siempre sorprendente. El aplaudido por ocho mil militantes ese día en el que se clausuraba el 40º congreso federal del PSOE, el partido más veterano, con más historia, 142 años, de España. El partido que sustentaba la gobernación del país. El partido que ahora pasaba a ser, en exclusiva, sin discusión, de Pedro Sánchez Pérez-Castejón. La persona con más poder de España. Como lo fue Felipe. Quién lo hubiera dicho.

Y la verdad es que Felipe no logró eclipsar el protagonismo de Pedro en aquel 40º congreso. «Pedro Tercero». Así me lo definió alguien que conocía a los otros Pedros anteriores. Aquel Pedro Tercero era, acaso, el mejor de los Pedros que habíamos visto desde que, el 14 de julio de 2014, «Pedro primero» ganó sus «primeras primarias» a Eduardo Madina y a José Antonio Pérez Tapias e inició una carrera

política digna de una novela de intriga. O de una serie de Netflix, ríase usted de *Borgen* o de *El ala oeste de la Casa Blanca*.

Entre quienes le aplaudían, probablemente ella sin muchas ganas, estaba quien había sido su gran enemiga: la andaluza Susana Díaz. Ella pudo, cuatro años antes, en plena confrontación abierta entre ambos, haberle ganado en las (segundas) primarias de junio de 2017.

Pero perdió frente a él, contra lo que todos creían, creíamos, que iba a suceder: habíamos dicho que «Pedro Sánchez está muerto, aunque él no lo sabe». Errónea, muy errónea, predicción, obviamente. La militancia del PSOE era, es, imprevisible. Y allí estaba ella, enemiga más que rival, aquel domingo de octubre de 2021 aplaudiéndole, derrotada, abandonada por «sus» bases, sonrisa de circunstancias.

¿Cuál hubiera sido la historia si ella, Susana Díaz, le hubiese vencido? Claro que también podríamos preguntarnos qué hubiese ocurrido si José Bono hubiese ganado a Zapatero en aquel congreso del año 2000. O si Felipe hubiese realmente dimitido en alguna de esas más de diez ocasiones en las que tal cosa, diga lo que diga, se le pasó por la cabeza cuando era presidente del Gobierno. O si hubiesen prevalecido los que querían mantener el carácter marxista del partido, en 1979, frente al giro socialdemócrata de González. O si el sucesor de Felipe hubiese sido, como él pretendió, Narcís Serra, el vicepresidente que tuvo que dimitir en medio de un sonado escándalo a finales de junio de 1995. O si Almunia hubiese ganado aquellas primarias a Borrell, en mayo de 1998. O si Carme Chacón hubiese ganado a Rubalcaba. O si…

Quizá, si alguna de esas cosas hubiese ocurrido, nada hubiese sido igual. Y la Historia de España en los últimos cuarenta años hubiera sido diferente, porque la política depende mucho de los personajes que la lideran.

O si el hombre del puente aéreo hubiera visto satisfechas sus ambiciones.

Pero nada de eso ocurrió, acaso por algún milagro o por alguna maldición, según se vean las cosas. Así que la historia, aquel 17 de octubre de 2021, era la que era: Pedro Sánchez aclamado, abrazado —desganadamente: y qué— por Felipe González. Pedro, el gran triunfador, césar imperator en el partido más veterano, con más historia, de España. Un partido tantas veces dividido que, aparentemente, se hermanaba en aquel 40º congreso.

Menuda historia la historia del PSOE, llena de grandezas. Y de algunas miserias, claro. Es, ni más ni menos, la sustancia de la Historia (ahora sí con mayúscula) de España, con todos sus claros y todos sus

oscuros. Está a punto, en 2023, de experimentar otro giro. En el que Pedro Sánchez se la juega una vez más: el todo o despeñarse. Porque no falta, a pesar de la unidad mostrada en aquel 40º congreso, gente en el PSOE que a Sánchez le tiene muchas ganas.

Conversación en Ferraz

Esta es una historia, es la verdad, suficiente y también insuficientemente contada. Sin ir más lejos, sobre la saga-fuga-derrota-victoria de Pedro Sánchez hay ya algunos libros, de inmediatez, de buenas y buenos periodistas que siguieron, algunos por cierto muy críticamente, paso a paso, aquellos azarosos días, 2014, 2015, 2016, 2017, del nuevo secretario general del PSOE, entonces aún Pedro Primero, el hombre que sustituía a un Rubalcaba abrumado:

—Solamente tú y José Mari Izquierdo (un veterano periodista de *El País* y la Ser) me habéis defendido estos días —le dijo un día Rubalcaba, concluyendo la primavera de 2014, a este autor. Fue una larga, triste, conversación. Con algunas reconvenciones mutuas, en su despacho de secretario general casi dimisionario de la sede de Ferraz.

Luego vinieron algunas confidencias sobre Sánchez, que apuntaba como probable nuevo líder en unas primarias, en 2014, en las que, desde luego, Rubalcaba pensaba apoyar al candidato alternativo, Eduardo Madina. No eran, las que escuché, palabras demasiado amables hacia el aspirante Sánchez.

Era obvio que Rubalcaba no sintió demasiado afecto político por Sánchez. Asegura un testigo, César Calderón, que el cántabro se moría de risa ante algunas salidas del joven aspirante, como cuando dijo que privatizar los tanatorios podría ser una solución para la crisis económica. Sí, era el mismísimo Alfredo Pérez Rubalcaba que, cuando le preguntaban qué representante del partido debía acudir a determinada cadena de televisión para defender los puntos de vista socialistas, recomendaba a Sánchez para «televisiones locales de poca monta».

Por eso, cuando, siete años después de aquella conversación en Ferraz, se clausuraba el 40º congreso en la Fira valenciana, resonaban como cohetes extemporáneos los elogios al difunto Rubalcaba, que vio cómo sus palabras —«en España se entierra muy bien»— se hacían realidad: Sánchez se deshacía en loas hacia quien había sido su casi peor enemigo, y hasta «desveló» un busto del fallecido, que, además de una muy poco artística factura, tenía muy escaso parecido con el

hombre que lo fue casi todo en el PSOE y casi todo en España menos presidente del Gobierno.

La Historia, nos dijo Marx, siempre se repite como farsa, y aquel homenaje era una farsa. Aunque quizá no tanto como el espectáculo obsceno de la capilla ardiente del político cántabro, en mayo de 2019, en el Congreso de los Diputados, donde hasta vimos a la luego poderosa Adriana Lastra, que me parece que le quería muy poco —él a ella, nada, desde luego—, llorosa y vestida de luto.

Aquello del 40º congreso también tenía, en aquel pasaje, bastante de farsa. Tanta, que nunca se supo qué hacer con aquel «horrible» busto que sospecho que tanto el propio Sánchez como la viuda de Rubalcaba veían por primera vez. Se lo pregunté un mes después a la presidenta del partido, Cristina Narbona: ¿a dónde había ido a parar el busto?

—Desde luego, yo en Ferraz no lo he visto —reconoció.

El caso es que, aunque fuese solamente en un busto marmóreo, la forzada, pero lograda, unidad del PSOE incluía al menos el espíritu de Rubalcaba, representado en el congreso por su mujer, Pilar Goya, y sus mejores amigos, Elena Valenciano, Goyo Martínez y Jaime Lissavetzky.

Era el congreso de la reconciliación, el congreso al que Sánchez —¿negociando qué? Eso también tiene su historia, aunque ni González ni Sánchez la desvelen— había logrado llevar a Felipe González, abrazarle. Me dijeron que González había consultado a dos amigos de la máxima confianza, José María Maravall y Javier Solana, si debía acudir a la llamada de Pedro Sánchez para que asistiese al congreso. Parece que ambos le habían animado.

Si había disidentes, andaban por algún lugar, ocultos, o no habían acudido. Jamás la aparente —o real— unidad había sido tan patente en un cónclave del partido.

Quizá, aventuraban algunos, González había aceptado asistir a cambio de la proclamación del PSOE como una formación claramente socialdemócrata, aunque fuese apenas una proclamación genérica, para algunos casi vergonzante. Puede, decían otros, que las contrapartidas hubiesen sido muy otras: garantizar la *pax* en el PSOE ha resultado, a veces, difícil y costoso. Y no siempre, casi nunca, ha sido con luz y taquígrafos. En todo caso, lo que González me había dado a entender era que había que cerrar como fuera las brechas que la increíble aventura de Pedro Sánchez había abierto en el partido.

El día en el que, definitivamente, murió el «espíritu del 78»

Ese día 17 de octubre, Sánchez reinventaba una nueva aventura, ataviada como el inicio de una era. Y, al tiempo, ese día murió definitivamente —aunque ya estaba tocado de muerte— el «espíritu del 78» que había acompañado el nacimiento de una Constitución que, cuarenta y tres años después, ya estaba algo ajada e iba necesitando unos parches que nadie se atrevía siquiera a sugerir. Allí estaba hasta Felipe para certificar la muerte de esa época, declarándose el último protagonista de ella. ¿Quién mejor, con mayor autoridad, podía extender el certificado de defunción?

Era un Felipe cansado, pero ágil, a punto de cumplir los ochenta años —lo que ocurriría casi un mes después de que Sánchez cumpliera los cincuenta—, el que aparecía como actor secundario en aquel 40º congreso, que tenía mucho mayor simbolismo, mucho más significado político profundo de lo que los cronistas del día a día supimos, pudimos o quisimos ver.

Y mucho más, desde luego, que el escaso contenido programático de un congreso en el que los temas habitualmente más «discutibles» en el seno del socialismo, como la monarquía, el secesionismo catalán o el federalismo, o una nueva definición de lo que es la socialdemocracia, por poner apenas cuatro ejemplos, pasaron inadvertidos: no era aquel el momento. Si eran temas que coleaban, irresueltos de una manera contundente, desde 1982, ¿por qué esperar que fuesen a resolverse precisamente ahora?

Ni siquiera se dio el tradicional informe de gestión ni fue, por tanto, que yo recuerde, sometido a votación. Aquel era, pues, el inicio de un PSOE nuevo, al que sus enemigos iban a calificar, excesivamente, como «partido sanchista».

Habría, entonces, que hablar de «partido felipista». O de «partido zapaterista». Nada deberían tener de peyorativo estas denominaciones o, al menos, este autor para nada quiere considerarlo así, aunque los amigos de la «ultraortodoxia» te carguen el sambenito en cuanto pueden por utilizar unas u otras palabras. Lógicamente, los secretarios generales imprimen sus rasgos en el partido; pero el PSOE nunca olvida, o no quisiera olvidarlo al menos, que fue fundado por Pablo Iglesias Posse en 1879 y que no puede renunciar a algunas señas básicas de identidad.

Tan solo una promesa de abolir la prostitución, lo cual es sin duda un buen propósito con escasas posibilidades de cumplimiento efectivo, acaparó el temario «de fondo» de un congreso que a veces parecía más un botellón jaranero que otra cosa. Y de eso se trataba,

probablemente.

Han pasado muchas cosas, y más que van a pasar, desde ese día de octubre de 2021. Pero aquella era la gran jornada del triunfo de Sánchez. Se encontraba patentemente satisfecho, casi pletórico, rodeado de gentes de fidelidad a toda prueba, que no le causaban problemas y que, sin él, jamás hubiesen llegado hasta donde estaban.

Como Santos Cerdán, el secretario de Organización. O Adriana Lastra, vicesecretaria del partido. Los discretos —vamos a llamarlo así — «números dos y tres» del PSOE, que controlaban esa inmensa maquinaria de poder con 142 años de experiencia, un partido curtido en mil batallas internas que, sin embargo, jamás le hicieron desaparecer, contra lo que les ocurre a sus hermanos francés, italiano o griego.

Porque el PSOE ha estado a punto de partirse muchas veces, y la última, la que tuvo como protagonista a Pedro Sánchez, fue la más espectacular. Pero el partido nunca se ha roto. ¿Por qué?

He preguntado a muchos de los más de cien personajes con quienes me encontré para que me ayudasen a reflexionar sobre este libro por qué piensan que el PSOE, con todas sus guerras intestinas, desde la República hasta el mismo Sánchez abandonando con cara de resentimiento la sede de Ferraz aquel 1 de octubre de 2016, no ha muerto. Al final de este volumen puede que, junto con el lector, hayamos ido encontrando alguna explicación incontestable. O no.

El canciller Bismarck nos dejó acuñado que los españoles somos el pueblo más fuerte del mundo: llevamos siglos intentando destruirnos y aún no lo hemos conseguido. Aplíquese la reflexión bismarckiana al PSOE y quizá podamos comenzar a entender que acaso ese partido fundado por Pablo Iglesias Posse es, como aventuró un día Zapatero, el que más se parece a España, con sus grandezas y sus miserias.

Gentes paseando con la cabeza guillotinada bajo el brazo

Muchos escribimos ese día de octubre de 2021 que Pedro Sánchez era un hombre afortunado: el país estaba, más o menos, saliendo de una pandemia, algo sin precedentes desde hacía un siglo, con orgullo por haber convertido a España en la nación que mejor vacunaba —«no es Sánchez quien pone las vacunas», decía, con cierto aire naif, la oposición, para contrarrestar las vanaglorias del presidente—. También estaba a punto de ver cómo once formaciones parlamentarias aprobaban los Presupuestos que el gobierno de Sánchez había

presentado en el Congreso. Unos Presupuestos que, por lo demás y sin demasiada culpa por parte de Sánchez o sus aliados, saltaron por los aires cuando se produjo la invasión de Ucrania por Putin. O, probablemente, con bastante anterioridad a eso.

Y se había deshecho seis meses antes, sin disparar un solo tiro político y por desistimiento del rival, de su principal pesadilla —que vaya si lo fue: ya lo había anunciado el propio Sánchez—, Pablo Iglesias Turrión, un exvicepresidente que estaba enamorado del circo político y del funambulismo.

Al menos, a Sánchez había que agradecerle que no hubiese caído del todo en el ensueño de una «revolución por la revolución», el cambio de régimen que, sin dar un palo al agua y sin conexión real con la ciudadanía, predicaba Iglesias antes de estrellarse, en mayo de aquel 2021, en su estrepitoso fracaso político y moral. Pablo Iglesias no gustaba a la militancia socialista y se alegraron de su caída —lo pude constatar sobradamente en los pasillos del 40º congreso— aunque muchos callaron. Cosa diferente era que Iglesias había podido asistir, aunque fuese desde lejos, al final, en la práctica, de su aborrecido «régimen del 78». Pero él ya no estaba para protagonizar el reemplazo por otra cosa, fuese la que fuese. Vaya a ser la que vaya a ser.

Por cierto, que Sánchez también se había desprendido, noventa y siete días antes, propiciando una severa crisis ministerial, de quienes más le habían apoyado en su accidentado trayecto: la vicepresidenta Carmen Calvo soltó algo semejante a un sollozo en mi hombro cuando acudí a saludarla tras una emotiva intervención de ella, ya como una ilustre ex, en aquel congreso. También había expulsado del paraíso monclovita a Iván Redondo; el peculiar gurú, que bastantes aciertos hacía acumulado, aunque no se le perdonaron los errores, andaba por las emisoras y los periódicos lanzando educados —por el momento— mensajes semejantes a secretos alfilerazos.

Bueno, ya entonces existían dudas acerca de si el estratega de comunicación había sido despedido o se había marchado por su propia voluntad, desairando a Sánchez; mucho de ello tenía que ver con la existencia de «círculos de poder paralelos» al propio gobierno, unos «círculos», obviamente, funcionando en la oscuridad.

Y había salido también del Gobierno, inesperadamente, José Luis Ábalos, que acudió, pese a cuanto se iba rumoreando sobre él, al plenario de clausura de aquel 40º congreso. Ábalos, sin duda la persona que más había batallado por el retorno a la escena política de Sánchez cuando la desgracia se cernió sobre la cabeza del secretario general, me saludó amablemente por los pasillos congresuales y me

dijo, desde su apartamiento en una esquina: «Llevo muchos años militando en este partido y no voy a dejar de venir a este congreso, pase lo que pase».

Y después ocurrieron muchas cosas, por cierto, y la figura de Ábalos, que tiene su importancia en esta historia, salió muy dañada merced a filtraciones no muy bien intencionadas de las que, lógico, los periodistas se hicieron eco. Quizá acumuló demasiado poder en demasiado poco tiempo, no supo gestionarlo y murió de éxito y de borrachera de ese poder, que es el concepto —el poder— que subyace en el fondo de este libro. Como tantos que, antes que él, se creyeron inmunes e impunes. Y más dura fue la caída.

Pero todos los que por allí andaban, aunque algunos —¡incluyendo a Susana Díaz!— paseando con la cabeza guillotinada bajo el brazo, parecían haber perdonado, quizá hasta olvidado, los agravios. O puede que estuviesen temerosos del largo tentáculo golpeador del que manda. O se hallaban instalados en la creencia de que la venganza es un plato que se sirve frío y estaban esperando la derrota del líder para luego lapidarlo.

Bueno, la venganza es un plato que se sirve tan frío como el ánimo del propio Pedro Sánchez a la hora de las ejecuciones incluso de quienes le habían mostrado fidelidad y apoyo. Y también a la hora del perdón a quienes él pensaba que, como Óscar López, como Antonio Hernando, le habían traicionado en los momentos clave. Por allí, por el recinto de la Feria valenciana, andaba López, también con un papel muy importante en este libro, como si no hubiese ocurrido nada.

La verdad era que los *apparatchik* de José Blanco, Óscar y Antonio, que habían ascendido con Pedro y le habían aupado inicialmente, le habían dejado solo aquel otoño de 2016, cuando Pedro se equivocó —¿se equivocó?— eligiendo el «no es no» contra Rajoy y se precipitó, y le precipitaron, al abismo.

Todo esto y mucho más era historia inmediata, pero que nadie quería recordar aquel 17 de octubre de 2021, cuando miles de entusiastas, dispuestos a aplaudir cualquier cosa —como en todos los congresos, convenciones o mítines de cualquier partido—, se arracimaban, fuera restricciones Covid, en la Fira valenciana. Pedro Sánchez, libre de Rajoy, de Rivera, de Iglesias, de Redondo, de Ábalos y hasta de la fidelísima y tantas veces errada Carmen Calvo, emprendía un nuevo rumbo.

Con un flamante gobierno, quizá mejor que el anterior, con una nueva Ejecutiva, puede que peor que la saliente. Y, además, libre de su peculiar vicepresidente. Y con las encuestas que, eso sí, empezaban

a darle algunos motivos de inquietud, no demasiados por entonces aún, con el PP en el anverso de unas papeletas —luego ocurrió lo que ocurrió en el mundo de los «populares»— y con el nombre de Yolanda Díaz impreso en el reverso.

Un absoluto cesarismo

Quien se estaba haciendo cargo del futuro en ese octubre del año 21 era Pedro Tercero —hubo un Pedro Primero, pésimo, y un Segundo, polémico, agónico—, abrazándose como un oso al representante del pasado, Felipe, y al busto de Rubalcaba. Y a todo el que anduviera por allí y le conviniese. Nunca nadie había conseguido, en cuarenta ediciones, en cuarenta años, un congreso socialista tan unitario, tan triunfal. Otros, Felipe, Zapatero, habían logrado votaciones de más del 90 por ciento en anteriores congresos, sí, pero dejando atrás un rastro de alguna disidencia, de disconformes, de críticos, de cadáveres, de alternativas. Y un futuro a la vista.

El cesarismo absoluto logrado, tan a duras penas, por Pedro Sánchez había transformado el PSOE en un partido sumiso, callado, aplaudidor, encantado de haberse conocido. Y puede que, en las circunstancias que vivía el país, aquello no fuese, en términos prácticos, lo peor que podría haber ocurrido.

Otra cosa, claro, eran los aspectos de una estricta estética democrática, pero nadie hablaba de eso aquel día. Nadie quería fijarse en el culto excesivo a la persona, en los folletos épicos, en que las entrevistas televisivas las hacía PSOE-TV y que la «redactora» que interrogaba al líder era la mismísima jefa de prensa del partido, Maritcha Ruiz Mateos, una «histórica» del apoyo al «sanchismo» desde los peores, los más duros, momentos. Desde el mismísimo comienzo.

Decía el autoritario Guerra, cuando gozaba de casi omnímodo poder, que el que se movía no salía en la foto. Con Sánchez, incluso algunos de los fieles que no se movieron tampoco salieron en la foto de la llegada a la meta. Que se lo digan a Carmen Calvo, a Iván Redondo, a Ábalos. O a Juan Carlos Campo, aquel ministro de Justicia, exnovio de Carme Chacón —lo cuenta la biógrafa de ella, Joana Bonet—, ahora emparejado con la presidenta del Congreso. Defenestrado del gobierno quién sabe si por el «delito» de haber propiciado unos indultos a los políticos catalanes que intentaron dar un golpe de Estado declarando unilateralmente, durante un minuto, la independencia.

Unos indultos, dicho sea de paso, por supuesto apadrinados e impulsados por el propio Sánchez. Y seguramente, además, necesarios para apaciguar algo la tormenta catalana y que, por cierto, levantaron la polvareda de una polémica legal absurda. Como tantas otras polémicas suscitadas en las dos Españas, que se incuban, estallan ferozmente en pocas horas, hacen un ruido de todos los diablos y se olvidan en días. ¿Quién se acuerda ya del enorme tsunami provocado por los indultos a Junqueras y a los otros presos del *procés*? ¿Quién de la pseudopolémica jurídica sobre si los delitos de los independentistas eran «rebelión» o «sedición»? Lo digo solo como ejemplo.

Un hombre al que se le quiere o se le odia

A Pedro Sánchez se le quiere o se le odia. Sin puntos intermedios. Para los suyos, todo lo que hace es obra de un genio político, incluso cuando de inmediato rectifica o se comprueba que dijo una cosa para hacer la otra. Para los del bando de enfrente, todo lo que hace está mal. O sea, lo mismo que le pasó a Zapatero, otro producto político surgido como de la nada, de la masa de diputados anónimos.

Hiciese lo que hiciese, Sánchez encontraba el aplauso, tantas veces incondicional, de, por ejemplo, *El País*. Me refiero a Pedro Tercero, que el Primero, y sobre todo el Segundo, tuvieron enfrentamientos muy serios con el periódico fundado por Polanco y que tanta relación, para bien y para mal, ha tenido con el PSOE gobernante o en la oposición. Y también, en el otro bando, hiciese lo que hiciese, Sánchez tenía garantizada la crítica de unos medios absolutamente alineados en su contra, incapaces de reconocerle el más mínimo logro y muy capaces, en cambio, de matar moscas a cañonazos si de denigrar al presidente/secretario general se trataba.

Ya lo dijo él en su libro *Manual de resistencia*. Allí muestra su clara desafección ante los medios de comunicación —solo salva a algunos digitales de su condena; en aquel momento ni siquiera a *El País*—: «Esa visión sesgada, no exenta de intereses, se plasmaba en cómo muchos medios tomaron partido, en lugar de informar».

Pocas veces se había visto por escrito una «declaración de guerra» semejante contra el periodismo crítico por parte de un presidente del Gobierno democrático. Sí, hubo claros excesos a la hora de enjuiciar lo que Sánchez hacía o dejaba de hacer; pero ¿justifica eso las páginas dedicadas contra «ciertos medios que están presos de sus sesgos hasta tal punto que han perdido la capacidad de tomarle el pulso al país»?

No era el mismo el Pedro Sánchez a quien conocí desempeñándose como tertuliano, 2012 y 2013, en televisiones de la «serie B», que aquel al que estaba viendo a través de una pantalla desde la última fila del gran salón de la Fira valenciana. Poco que ver Pedro Primero el Despistado, el oportunista y arribista, con Pedro Tercero el Afortunado, el hombre seguro de sí mismo —tal vez demasiado— que recogía el aplauso de los congresistas en octubre de 2021.

Entre Pedro Primero y Pedro Segundo hay un salto ideológico considerable, aunque puede que jamás haya existido una auténtica profundidad de pensamiento en el personaje, autor —coautor más bien: él dictaba y otra persona, ella, escribía— de esas memorias parciales a las que antes me refería, *Manual de resistencia*. La conquista y el mantenimiento del poder partidario y luego en el gobierno ha sido, no es ningún secreto, su razón de actuar. Sabe que solo gana mucho el que apuesta fuerte, y las casas de apuestas nunca están ni en las bibliotecas ni en las ágoras de pensamiento.

No, él no ha leído todos esos libros que, por ejemplo, ayudaron a Gregorio Peces-Barba a llegar al socialismo enormemente templado y reflexivo al que se convirtió tras su paso por la Democracia Cristiana: de Maritain —una auténtica pasión para don Gregorio— a Hart o Bobbio, Peces-Barba pudo haber sido uno de los pilares ideológicos del «nuevo» socialismo de Felipe González. Y quizá hasta de Zapatero. Un legado que podría haber recogido, de haberlo querido, el propio Sánchez. No fue así, quizá porque el hombre que fue presidente del Congreso se precipitó en una excesiva actividad política, y en parte también porque falleció algo antes de la cuenta. O porque no convenía.

No quisiera hacer paralelismos demasiado crueles ni caer en fáciles tópicos. No faltaron, claro, quienes resaltaron que Sánchez, en el libro «autobiográfico» —que ya digo que le han escrito, según propia confesión—, confunde a Fray Luis de León con San Juan de la Cruz. Un fallo de edición, sin duda, que no debe cometer nunca un jefe de Gobierno que se adentra a protagonizar un testimonio por escrito. Pero eso no descalifica el conjunto de una obra que, al menos para quien suscribe, es interesante. Y reveladora.

Porque debo decir que el libro contenía pasajes novedosos. Y vendió varias ediciones, quizá más de cuarenta mil ejemplares, lo que en este país no es poco. Y no solamente porque era el presidente del Gobierno quien lo firmaba. Sánchez habrá leído más o menos, pero que nadie cometa el error de pensar que es persona de cortos alcances, como otros cometieron antes la equivocación de pensar lo mismo de

Rodríguez Zapatero. O de Suárez. O de Aznar y Rajoy. Hasta, aunque menos, de Felipe González. Nadie que llega a presidente del Gobierno, que es meta terriblemente difícil de alcanzar, que es el trabajo de toda una vida, una carrera entre ganadores, es precisamente un tonto. Sánchez, desde luego, tampoco.

Nómina de ausentes…

La historia que aquí se cuenta había comenzado cuarenta años atrás. La noche del Palace. Cuando, 28 de octubre de 1982, recién obtenidos en las elecciones generales de aquel día más de diez millones de votos y 202 escaños, una mayoría abrumadoramente absoluta, Felipe González y Alfonso Guerra, un tándem que parecía indestructible —luego no iba a serlo tanto—, salieron al balcón del histórico hotel Palace de Madrid para saludar a los entusiastas que, en la Carrera de San Jerónimo, con el interior del hotel atestado, saludaban la victoria.

Aquella noche del 28 de octubre de 1982 Pedro Sánchez no estaba, lógicamente, en el bullicioso *hall* del hotel Palace. Tenía diez años, estudiaba en un centro privado y religioso, Santa Cristina de Chamartín, antes de «saltar» al Instituto Ramiro de Maeztu.

El expresidente madrileño, escritor y ahora tertuliano radiofónico Joaquín Leguina, que conoció al padre de Sánchez y trabajó con él, y que no es precisamente un ferviente admirador del presidente del Gobierno actual, escribió algunos detalles de aquella infancia sin privaciones de un niño de familia media acomodada con suaves inclinaciones socialistas. Porque la militancia socialista es algo que muchas veces se hereda: hablar de la «familia socialista» no es siempre una frase elaborada carente de sentido. De hecho, más de la mitad de las jóvenes incorporaciones más recientes al partido —no son muchas, en cualquier caso— son de hijos de militantes o fervientes simpatizantes. El PSOE es mucho PSOE.

Allí, en la Fira valenciana aquel octubre de 2021, de quienes se habían congregado aquella noche en el Palace, casi cuatro décadas antes, había muy pocos. No porque hubiesen muerto, que, lógicamente, bastantes habían fallecido. Simplemente, no estaban y nadie los echaba de menos, al parecer. No algunos de mis compañeros más jóvenes, que para nada conocían la historia ni a los protagonistas de aquel PSOE en congreso. Uno de ellos confesó no tener «ni idea» de quién era, por ejemplo, Carlos Solchaga.

Aquel partido que clausuraba su 40º congreso no parecía, quién

iba a decirlo apenas tres años antes, dividido. Cierto que allí faltaban muchos, desde Alfonso Guerra hasta el propio Carlos Solchaga, que me dijeron que no se llevaba demasiado bien con la actual estructura dirigente de la formación (sobre Guerra, al que muy expresamente se invitó al congreso, también me dijeron muchas cosas, pero «Alfonso» sigue teniendo una buena reserva de respeto en el seno de un PSOE que, no obstante, quizá esté a punto de olvidarlo, en parte por su propia culpa). Ni estaban José María Maravall, o Javier Solana, o Enrique Barón, o, con la excepción de Joaquín Almunia, cualquiera de aquellos que formaron el primer gobierno de Felipe González cuando los socialistas ganaron las elecciones cuarenta años antes.

El caso era que, exceptuando las presencias de González, de Zapatero y la bastante discreta de Joaquín Almunia, es decir, de los tres secretarios generales socialistas anteriores a Sánchez, el pasado del PSOE desde que se restauró la democracia tras el franquismo estaba casi por completo ausente de aquel 40º congreso que, hay que insistir, obviamente inauguraba una era nueva para el partido, probablemente incluso para la democracia española.

Ese PSOE de octubre de 2021, para lo bueno y para lo malo, no era, desde luego, el de los técnicos e intelectuales experimentados que, desde los gobiernos de González y también —también— de Zapatero, contribuyeron a consolidar la Transición a la democracia y a dar pasos decisivos en la transformación de España, con cuantos altibajos y claroscuros se quiera. La «gente del 78».

… Y de presentes

En cambio, este PSOE de la Fira valenciana, con miles de entusiastas aplaudidores, poco dado a la reflexión sobre cuestiones que no fuesen tácticas, ni a disquisiciones teóricas, ni a filosofías etéreas, era el de Santos Cerdán y Adriana Lastra, ejem, *primum vivere*, que lo de filosofar ya vendrá más tarde, poco de meditaciones especulativas que para nada aprovechan al disfrute del poder. Gentes «de aparato». Fieles al mando sobre todo, con una fidelidad cimentada en relaciones personales más que en ideas y fortalecida en la adversidad en aquellos meses de 2016 y 2017, hasta que el defenestrado Pedro Segundo ganó, a bordo de su Peugeot —bueno, no solo con su Peugeot—, sus segundas primarias frente a Susana Díaz.

Fue entonces, finales de mayo de 2017, cuando el césar Sánchez empezó a transformarse en Pedro Tercero. Este Pedro pétreo —lo cual

significa también «sólido». Entre otras posibles acepciones, claro— de finales de 2022, que contemplaba aparentemente impasible, victorioso, el que podía ser —o no— su futuro.

2

CÓMO SE INTENTA GANAR UNA MISTERIOSA CARRERA ASCENDENTE

La pregunta en el caso de Pedro Sánchez es similar a la que nos formulamos cuando, de pronto, a comienzos de 2000, comprobamos que José Luis Rodríguez Zapatero, un diputado hasta entonces casi anónimo, podría llegar a escalar las máximas cotas del poder. O incluso a la que nos hicimos cuando, en 1975, comenzamos a oír hablar de alguien que se ocultaba, o a quien ocultaban, bajo el alias de *Isidoro*, aunque entonces eran muy otros tiempos y circunstancias. ¿Por qué él y no otro de los muchos posibles, algunos incluso quizá con mayores méritos? ¿Por qué no un alcalde notable, alguien surgido del sindicalismo, un meritorio de la sociedad civil, un héroe de la resistencia contra la dictadura franquista entonces, o alguien cargado de ideas innovadoras, un estadista, ahora?

Estas hipótesis, en el caso español, son prácticamente imposibles. España es un país políticamente peculiar, y ello se refleja en cómo llegaron a la presidencia primero Felipe González, luego Zapatero y, por fin, Sánchez, por fijarnos solamente en los presidentes socialistas y para no entrar en cómo fue el proceso, irrepetible, con Adolfo Suárez. O con Mariano Rajoy, designado por el dedo omnipotente de Aznar. Que había sido designado, a su vez, por el dedo omnipotente de Manuel Fraga, que había llegado al Olimpo de los poderes por el dedo omnipotente de Francisco Franco. No, no olvido en este recorrido al fugaz Leopoldo Calvo-Sotelo, que, con todo su empaque, creo que no era sino un representante evolucionado y mejorado del antiguo régimen y aupado por los «aperturistas» de lo que había sido el franquismo ya superado.

Lo que se conocía de Pedro Sánchez, antes de que diese el salto a

la fama, era más o menos lo mismo que se conocía en su momento de Zapatero: un parlamentario más, que no había destacado claramente por nada. Un político del montón, quizá excesivamente elogiado por algún compañero periodista que luego se iría con él a La Moncloa.

De Zapatero se sabía que jugaba al mus, que era de León y que allí se había ganado una fama ambivalente en su trayectoria política: ni una mala palabra ni una buena acción, decían aquellos a los que había dejado en el camino. Pero, en realidad, no era ni el inocente Bambi con el que pretendían caricaturizarle ni el caballo de Atila que denunciaban sus presuntas «víctimas», como dijo el periodista Óscar Campillo, que le conoció bien y le apreció en aquella su primera etapa política leonesa.

Al comienzo, allá por 2007, de Pedro Sánchez no sabía ni lo que sí supimos de Zapatero cuando no era nadie. Muchos periodistas conocimos a Pedro Sánchez participando en algún programa de tertulia «conservadora» de una televisión de la serie B, hace tiempo desaparecida. Debo decir que no me produjo una impresión especialmente notable, ni por lo buena ni por lo contrario. Era una persona correcta, que quería hacerse simpática —en absoluto lo es de natural, ni mucho menos— al periodista, pero que graduaba muy bien hasta qué punto le interesabas: si mucho, te insistía para quedar a almorzar. Si no, nada. Se sabía también, porque se notaba a la legua, que su ambición era patentemente grande, lo cual no tiene necesariamente por qué ser malo en un político. Ni en una persona cualquiera. Lo preocupante es cuando tu principal rasgo, el que más te distingue, es la ambición.

«Me gustó porque jugaba al baloncesto, pero supo hacer una carrera», dijo de él el alcalde Francisco Toscano. (Foto: EFE).

«Quiero llegar a presidente del Gobierno», le dijo a Bono

Un día de abril de 2014, José Bono y José Luis Fernández, más

conocido por todos como *Chunda*, van a Daimiel, a la casa de José Sanromá, alias camarada *Intxausti*, un personaje de quien soy amigo desde hace muchos años y al que conocí muy bien en los tiempos «clandestinos», que fue secretario general de la «prochina» Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) y que se había pasado al PSOE en 1990.

Tanto Chunda, que fue director de comunicación en la Junta castellanomanchega y luego en la Presidencia del Congreso, como el propio Sanromá, se movían en la órbita de Bono, por lo que no resulta difícil imaginar quién había inspirado aquella reunión, a la que concurrió Sánchez acompañado, como tantas veces, por su mujer, Begoña Gómez. Aquel quizá era un encuentro más —se ha citado en varios libros—. Pero era significativo para señalar a quien iba ya lanzado hacia convertirse en sustituto de Rubalcaba al frente del PSOE.

«Quiero llegar a secretario general para ser presidente del Gobierno», le había dicho en 2011 al entonces presidente del Congreso, José Bono, el aún joven diputado —estaba cerca de cumplir cuarenta años— Pedro Sánchez. Había llegado al escaño como sustituto de Pedro Solbes, que renunció al cargo, a la Vicepresidencia del Gobierno y a la carrera política en 2009, claramente enfrentado con Zapatero.

La historia volvería a repetirse con Sánchez cuatro años después, en 2013, cuando ocupó el escaño que dejaba vacante Cristina Narbona al pasar esta a desempeñar un puesto en el Consejo de Seguridad Nuclear. Y lo mismo había ocurrido antes en el Ayuntamiento de Madrid, donde Trinidad Jiménez —que le casaría con Begoña Gómez — lideraba el Grupo Socialista: Sánchez ocupó la vacante dejada por Marta García Tarduchi cuando fue promovida a directora general de Inmigración.

Pedro Sánchez formaba parte en 2007 de la lista municipal de Miguel Sebastián como responsable de los contenidos de la campaña electoral para la alcaldía de Madrid. Una campaña llevada a cabo por ambos con entusiasmo digno de mejor causa. Porque Sebastián sabía que no sería alcalde de la capital, que perdería frente a Alberto Ruiz-Gallardón.

De hecho, no había sido el primero a quien se lo ofrecieron: antes, José Bono, Javier Solana y la propia vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega habían dicho que no al ofrecimiento de Zapatero. Desesperado por quitarse la posible losa que le iba a caer encima, Sebastián pidió a su ya amigo Sánchez —este incluso pasó algunos días en el «santuario almeriense» del economista— «nombres

para la alcaldía», para llevarlos ante Zapatero.

—Y ¿por qué no María Teresa Campos o Pepu Hernández? —fue la desconcertante respuesta de Sánchez.

Sebastián, con todo, presentó ambos nombres, el de la veterana periodista televisiva Campos y el del entrenador de baloncesto, al presidente del Gobierno.

—Tú estás loco —sonrió Zapatero al oír las propuestas—. Y déjate de coñas, a ver si vas a acabar siendo tú el candidato.

Y así fue: Sebastián acabó siendo el candidato. Perdió y fue conminado por Zapatero a dejar el acta municipal. Tenía para él otros destinos.

Por cierto, que, de María Teresa Campos, en los proyectos del luego presidente socialista Pedro Sánchez, nunca más se supo. Pero Pepu Hernández sí tendría un cierto recorrido político con Sánchez, que alentó que se presentase a las primarias internas para la alcaldía madrileña en 2019, en medio de una tempestad, una más, en la Federación Socialista Madrileña.

Sin embargo, quien había sido entrenador de la selección de baloncesto, que ganó el campeonato mundial en 2006, no iba a sufrir mucho tiempo como portavoz socialista en el Ayuntamiento madrileño: dimitió año y medio después tras una derrota severa a manos del «popular» José Luis Martínez Almeida. «Pepu», que había compartido alguna vez cancha de baloncesto con Pedro Sánchez, era la última de las ocurrencias «espectaculares» de los presidentes de Gobierno socialistas a la hora de buscar candidatos/as para ser regidores de Madrid. Donde, dicho sea de paso, ningún socialista ha ocupado el sillón municipal desde Juan Barranco, sucesor de Tierno, allá por 1986.

¿Demasiadas casualidades?

A lo que aspiraba Sánchez no era a la vida municipal, sino a ser diputado para comenzar su escalada. Y ya vemos que ocupó, en legislaturas sucesivas, las vacantes dejadas por otros, porque algún dedo —sabemos de quién era el dedo— siempre le situaba en las listas demasiado abajo como para ser elegido: por dos veces se quedó en puertas.

¿Casualidad, repetida dos veces, que pudiese convertirse en diputado sustituyendo a otro? ¿Casualidad que le ocurriese lo mismo para ser concejal en el Ayuntamiento de Madrid? En política, al menos

en la política española, siempre hay alguien que impulsa a alguien y otros que tratan de empujarles hacia fuera. Hay casualidades y causalidades.

Por Sánchez, por ejemplo, velaban, además de Blanco, Bono y Zapatero, gentes como Miguel Sebastián, con el que había coincidido en el grupo de estudios económicos montado por Jordi Sevilla dentro de la secretaría que José Blanco ocupaba en el PSOE. El propio Sebastián había «recomendado» a Sánchez como parlamentario ante Alfredo Pérez Rubalcaba, que se mostró reservado: «Ya veremos», había dicho. Hay quien asevera que en algún momento Rubalcaba había ayudado al ascenso de Pedro Sánchez. No consta.

El nombre de Sánchez era controvertido en la federación madrileña. Tomás Gómez, el entonces secretario general, no podía olvidar fácilmente que «Pedro» había apoyado a Trinidad Jiménez en las primarias para la candidatura a la presidencia de la Comunidad de Madrid frente al propio Gómez. Y siempre, so pretexto de que «no daba la talla para ser diputado», colocaba a Sánchez en puestos de difícil salida. Una inquina que a Gómez le iba a costar muy cara.

Con el «ascenso» de Narbona, una mujer de indudable valía y muy querida en el PSOE, se trataba, dicen ciertos «conspiranoicos», precisamente de generar esa vacante de diputado para que fuese ocupada por el siguiente en la lista, que no era otro siempre que el propio Sánchez. Una «ayuda» más como venida del cielo, según estas tesis conspiratorias, a la carrera ascendente de Pedro Primero.

No faltan quienes ven demasiado arriesgadas estas tesis, más afectas a lo causal que a lo casual, en lo que se refiere al ascenso de Sánchez. Pero hay que insistir en que las cosas rara vez ocurren del todo por casualidad, al menos en la política española y menos aún tres veces. Y el trayecto de Sánchez hacia La Moncloa ha sido un cúmulo de circunstancias tan rayanas en lo increíble que a veces cuesta pensar que no hubiese manos misteriosas empeñadas en su ascenso.

Y, por cierto, Bono, que situó en el círculo de Sánchez, como asesor, a su propio director de comunicación, el ya citado y valioso José Luis Fernández, Chunda, también puso su grano de arena en el camino ascendente de Pedro Sánchez. Luego, otros, como Jordi Sevilla, con quien había empezado en el grupo «Economistas 2004», se encargarían de relacionar a aquel «valor político en alza», del que se destacaba su «visión socio-liberal de la economía», con los «grandes» del Ibex.

Pero eso, claro, iba a ser algo después, una vez que Sánchez ganase sus primeras primarias y organizase su oficina como secretario general del partido. También Bono le presentó a algunos

«importantes», como el entonces presidente de Telefónica, César Alierta, un personaje apasionado por la política o, más bien, por «fabricar» él la política.

La forja de un líder

Todo iba a ocurrir muy rápidamente, en el espacio de muy pocos meses, inaugurando un ritmo enloquecedor en la vida del hay que repetir que «muy ambicioso» —en definición de alguien que le conoce bien y aún le aprecia bastante— Sánchez. Quien, en apenas cuatro años, iba a llegar a la Presidencia del Gobierno, nada menos, después de haber perdido la secretaría general del partido, de haber propiciado una seria división del PSOE, de haberse enfrentado con el «aparato», con los medios, con los «poderes fácticos», con todos.

Los meses y años que iban a seguir fueron políticamente trepidantes. Una locura. Quizá el inicio de la segunda Transición, pensaban no pocos. Porque la primera Transición, que se fue apagando no tan lentamente, murió definitivamente, como se decía, en aquel 40º congreso valenciano del PSOE. Había abdicado en 2014 el rey Juan Carlos I, tras ocurrir todo lo que sabíamos —y más que íbamos a saber posteriormente—, y coincidiendo en el tiempo se celebraron unas elecciones europeas en las que los socialistas sufrieron un varapalo tan severo que hizo dimitir al pundonoroso Rubalcaba, ya bastante cercado en su propio partido: fue la suya una dimisión varias veces aplazada, pero durante meses deseada, se decía, por su protagonista.

Aquellas elecciones europeas descubrieron la tímida aparición de una formación que, inicialmente aupada sobre el «movimiento indignado» azuzado por el opúsculo-manifiesto de Stephane Hessel, parecía haber llegado para quedarse y para que se hablase mucho de ella (y de su líder, Pablo Manuel Iglesias): Podemos. Más tarde, con Izquierda Unida y el PCE, Unidas Podemos.

Al tiempo, liderado por el «liberal» catalán Albert Rivera, que se había abierto paso difícilmente, a codazos, en el complicado panorama político de Cataluña, intuíamos también que Ciudadanos iba a despuntar en el ámbito político nacional. Y, de hecho, Rivera tuvo un importante recorrido en la política de los siguientes cinco años: pudo haber llegado mucho más lejos.

Pero, cuando se celebraba aquel 40º congreso del PSOE, siete años y muchas trapisondas después, ni Iglesias ni Rivera, que han

cometido, cada cual, por su cuenta, todos los errores imaginables, figuraban ya siquiera en el panorama de la política española: no tenían futuro, sino solo un pasado con demasiadas equivocaciones, y sus respectivas formaciones corrían un serio riesgo de quedar engullidas en el marasmo que de nuevo apuntaba hacia el viejo e imperfecto bipartidismo. O, más probablemente, hacia otras realidades quizá muy diferentes.

No estaban, pues, las cosas, a comienzos de 2014, como para andar fijándose demasiado en un diputado de a pie en el Grupo Socialista de la Cámara Baja, por mucho que su físico, ya que no tanto su dialéctica, impactase en aquellas tertulias políticas de teles de la «serie B». Pero la máquina de la ambición política de lo que entonces nadie imaginaba que iba a ser conocido como «el sanchismo» se había puesto ya en marcha. Sorprendió bastante a todos en aquellos meses iniciales de 2014. Y no iba a ser fácil pararla.

¿Qué oportunidades se dieron al joven economista que iba fajándose en misiones exteriores de escasa relevancia gracias a ayudas como la del exembajador en Washington Carlos Westendorp, quien fue breve ministro de Exteriores con Felipe González y alto representante internacional para Bosnia y Herzegovina, entre otros? Insisto: nadie llega al poder absoluto absolutamente solo, sin ayudas más o menos explícitas. U ocultas. Sánchez, tampoco. Aunque cierto es que supo trabajarse el ascenso.

El silenciado Valeriano Gómez

El propio Sánchez aporta algún apunte en su *Manual de resistencia*: colaborador, entre otros, de la ponencia económica dirigida por Valeriano Gómez en la Conferencia Política convocada por Rubalcaba a comienzos de 2013, Pedro aprovechó la ocasión para recorrer, divulgando la ponencia, multitud de agrupaciones socialistas de toda España. Donde pudo, dice él, «palpar el estado real del partido». Conoció a la militancia, y a militantes clave en estratos medios, y los conoció mucho mejor que quienes, desde hacía años, se habían instalado en un poder burocratizado, lejano de las bases.

Por cierto, que, cuando habla de su participación —que no fue ni siquiera estelar— en la elaboración de la ponencia, Sánchez olvida citar el nombre de quien la dirigió, es decir, el mentado exministro de Zapatero Valeriano Gómez. Que, graciosamente, cedió a Sánchez el protagonismo de ir presentando la ponencia por las agrupaciones. Un

inmenso favor que quizá le supuso poder llegar, con el tiempo, a presidente.

Asegura Sánchez que, con este recorrido, «por mi parte no había ninguna intención de ir más allá de agitar un poco las aguas, acercarme a la militancia y difundir las ideas económicas que formarían parte de la ponencia». Ya se ha visto, gracias a sus confesiones a Bono, y a otros varios, como al propio Chunda, que eso no era del todo cierto, que sus ambiciones iban más lejos. Y añade, con la falta de modestia que caracteriza al personaje —y a todos los que llegan a la cumbre de las cumbres—: «Sin embargo, de forma inevitable, por aquella actividad interna mía tan intensa, mi nombre empezó a sonar en ciertos círculos».

Eso, obviamente, sí era cierto. Por entonces, los nombres que más se citaban para sustituir a Alfredo Pérez Rubalcaba, cuando esta sustitución tocara, allá por 2016 —había sido elegido secretario general, frente a Carme Chacón, en el traumático 38º congreso de febrero de 2012 y, en teoría, le quedaban aún dos años en el despacho. Luego, acortados, claro, por su dimisión—, eran los de Eduardo Madina, Susana Díaz y Carme Chacón.

Esta última, una figura polémica y atractiva, que se había enfrentado furibundamente a Rubalcaba en el congreso, pronto quiso desligarse de cualquier nueva carrera hacia el máximo poder, alegando que no estaba de acuerdo con el método de las primarias y marchándose a Estados Unidos, a una universidad no muy importante en Florida.

Chacón, que se había casado con Miguel Barroso en 2007 —una boda que tuvo sus consecuencias políticas—, que había logrado que su imagen, embarazada, mandando a las tropas como ministra de Defensa, diera la vuelta al mundo, iba a morir muy prematuramente, a los cuarenta y seis años, y con ella se truncaba, dijeron, una esperanza para el socialismo catalán. Y quién sabe si una posibilidad, aunque remota, de que una mujer alcanzase la Presidencia del Gobierno de España. Así lo piensa, al menos, su amiga Joana Bonet, autora de un libro, *Chacón, la mujer que pudo gobernar*, excesivamente hagiográfico y acaso no demasiado revelador, pero leal a la memoria de la política catalana.

Política «a la francesa»

Al dimitir Rubalcaba por los malos resultados de las elecciones

europeas de 2014, algunos diputados y dirigentes locales del PSOE habían empezado a buscar urgentemente nombres nuevos, personas no involucradas en la historia inmediata, tan tensa, del partido.

«Muchos vimos en Pedro Sánchez una posible renovación profunda del partido», me dijo, durante un almuerzo en el Senado, donde ella era la vicepresidenta de la Mesa, Cristina Narbona, presidenta del PSOE. Y, sin duda, junto con su marido Josep Borrell, el de Narbona fue uno de los principales apoyos que Sánchez encontró cuando, recién convertido en Pedro Segundo, llegaron los tiempos de la angustia con aquella defenestración de Ferraz en octubre de 2016. Sin olvidar, claro, que de Narbona era el escaño de la Cámara Baja que ocupó Sánchez en 2013, cuando ella fue a parar a otras ocupaciones, dimitiendo como diputada.

Así fue como, en 2013, empezó a circular el nombre de Pedro Sánchez, el hombre que con su automóvil recorría las agrupaciones explicando la ponencia económica auspiciada por Rubalcaba. Un Rubalcaba que, sin embargo, luego trataría de frenar la carrera política del aspirante a ganar las primarias de 2014. Sin duda, quien fuera ministro del Interior y vicepresidente, entre otras cosas, dejó pronto de tener una buena opinión de Pedro Sánchez, si es que alguna vez la tuvo, que es algo que casi todos desconocen.

Recorrer las carreteras fue la enormemente útil herramienta que Sánchez utilizó para consolidar sus primeros pasos como Pedro Primero y como Pedro Segundo. Lo que ocurría es que, entre los dos Pedros, había una diferencia fundamental: el segundo ya conocía las esencias de la militancia «profunda», mientras que sus oponentes contemplaban el panorama desde lejos, instalados tras confortables mesas, fuese la presidencial andaluza u otras, y sin pisar demasiado el polvo del camino si no era para acudir a actos triunfales previamente concertados.

Aquel primer *tour* de 2013, explicando esa ponencia económica en la que había participado, granjeó a Pedro Sánchez muchos contactos. Así le conoció, por ejemplo, José Luis Quintana, alcalde socialista de Don Benito (Badajoz), que iba a convertirse en uno de sus principales respaldos territoriales y uno de los primeros que organizó la «remontada» en su territorio. Fueron bastantes los alcaldes que, en un momento dado, impulsados por unos u otros, se sumaron al «fenómeno Sánchez». Quintana fue, junto con Francisco Toscano, el regidor de Dos Hermanas, uno de los fundamentales.

Habría que hacer hincapié aquí en la influencia de algunos regidores municipales en la trayectoria que iba a seguir el partido. Sánchez entendió entonces el papel que la vida municipal debe jugar

en la política nacional y fueron alcaldesas con buen pedigrí, pero entonces desconocidas a nivel nacional, las que, a raíz del 40º congreso con el que comenzaba esta narración, fueron ocupando cargos clave tanto en la Ejecutiva como en el propio Gobierno.

Esta concepción «muy francesa» de la política nacional, con un primer peldaño en la política municipal, resultaba, sin embargo, bastante inédita hasta entonces en España. «Hacen falta muchos alcaldes y concejales para que un tío sea presidente del Gobierno», comentó un día César Calderón, durante años asesor de comunicación en el PSOE. Sin embargo, como comentó Abel Caballero, durante muchos años presidente de la Federación de Municipios y Provincias y alcalde de Vigo, lo cierto es que fueron pocos los regidores municipales que se alinearon desde el comienzo con Sánchez. Pero fueron muy importantes.

Conocí a Toscano durante un almuerzo en su ciudad, Dos Hermanas, pocos días antes de que anunciase su retirada como edil municipal, un cargo en el que había permanecido casi cuarenta años, naturalmente merced a los votos. Personaje de enorme fuerza e influencia en el PSOE, no solo andaluz —se enfrentó desde el primer momento con Susana Díaz—, pasaba por ser, probablemente con justicia, clave en la designación de Zapatero como candidato a la secretaría general en el 35º congreso, frente a Bono, y, desde luego, un importantísimo apoyo en el ascenso de Pedro Sánchez hacia el control en el partido.

Si Dos Hermanas es un embrión del «socialismo renovado» por el «pacto del Betis» que suponían Felipe González, Guerra, Galeote o Yáñez a comienzos de los setenta, Toscano era, es, un representante máximo del «socialismo andaluz» que, durante décadas, controló el gobierno de la principal federación y también, desde la distancia, el Gobierno de España. Era importante tener el apoyo de Toscano, que durante un tiempo presidió el Comité Federal, quizá más que el de Susana Díaz. Y Sánchez lo tuvo desde que la senadora Basilia Sanz, mujer del alcalde de la localidad sevillana, le dijo: «Hay un joven que dicen los periodistas que vale mucho». Toscano le llamó a Dos Hermanas, junio de 2013, para que diese una charla. Allí, Sánchez le dijo al regidor, también a él, que aspiraba a ser presidente del Gobierno del país.

«Dos cosas me decidieron a apoyarle», afirma Toscano. «Una, que, siendo jugador de baloncesto, tuvo el buen sentido de saber que lo suyo era hacer una buena carrera profesional; y otra, que dominaba el inglés perfectamente, cosa que no había muchos que hicieran».

El papel de «las bases»

Esta reconstrucción «desde las bases» se produce en un momento de máximo fraccionamiento y debilidad del PSOE. «El partido casi se rompe en el congreso de Sevilla que enfrentó a Rubalcaba con Carme Chacón», explica Quintana, refiriéndose al mentado 38º congreso, que marcó una nueva ruptura, de esas que nunca eran definitivas, en el PSOE.

«La pelea fue horrible», insiste el que fue alcalde de Don Benito, «así que muchos empezamos a pensar en buscar otras gentes». De esta manera, en algún restaurante de Madrid, donde, entre otros, se congregaban Quintana, el navarro Germán Garmendia, el madrileño José Cepeda o la vallisoletana Mari Luz Martínez Seijo, nace el germen de un «nuevo PSOE». Una vez más, como ocurrió con González en Suresnes y hasta cierto punto con Zapatero antes del 35º congreso federal, desde las bases del PSOE nace un movimiento renovador cuando todo indicaba que el partido iba a deshacerse.

No podemos olvidar que en la militancia existe un auténtico amor por el PSOE, bien sea por razones históricas o familiares, bien porque aglutina, en una misma formación, a gentes de las más variadas procedencias sociales y económicas en torno a unas siglas que, para muchos, son «sagradas». Un club transversal, donde no se veta la entrada, pero sí se vigila la permanencia. No entender esto probablemente es no entender la esencia de por qué no ha estallado por los aires el partido, como lo han hecho, en la práctica, como antes decía, los «hermanos» francés, italiano o griego.

Así, el movimiento de las bases fue tomando forma y es cuando gentes como José Bono, José Blanco o el propio Zapatero, posiblemente buscando la supervivencia del partido, se fijan en la única persona que, autodescartados u opacados otros, quizá había sabido colocarse en ese momento ahí: Pedro Sánchez. Que sabe que quien llega al triunfo es quien ocupa el hueco dejado por los demás, más que por sus propios méritos —aunque él pensase que sus méritos eran inmensos—. El PSOE era entonces un enorme hueco. Y es así como Sánchez abandonaba, con paso bastante firme, el relativo anonimato en el que se había mantenido, o más bien le habían mantenido, hasta 2013 para irrumpir en el que iba a ser su primer gran año de acción, 2014.

Porque la verdad es que Sánchez salió del 38º congreso del PSOE, a comienzos de febrero de 2012, bastante tocado. Fuera de la Ejecutiva y del Congreso. En aquellos momentos, comenta su amigo

Alfonso Rodríguez Gómez de Celis, un exconcejal sevillano que actualmente ocupa la vicepresidencia del Congreso, Sánchez hasta pensó seriamente en retirarse de la vida política.

Quizá, a pesar de haberle apoyado en su lucha fratricida contra Carme Chacón, Rubalcaba le retiró su apoyo. El caso es que fueron algunos amigos aislados, los del «trío» —Óscar López, Antonio Hernando—, el propio Celis y algunos que hemos ido nombrando, quienes recogieron los pedazos del desmoralizado «Pedro Primero». Y ahí empezó todo.

La «más o menos» aliada Susana Díaz

Entonces, 2014, Pedro y Susana eran aliados. Bueno, más o menos. A la aún flamante presidenta de la Junta andaluza, a donde había llegado sustituyendo a José Antonio Griñán cuando este hubo de abandonar el puesto por el escándalo de los ERE, no le convenía presentarse todavía a la carrera para ocupar la secretaría general a la que se creía, ella y muchos en su entorno, destinada. Una carrera que podría ganar, pero igualmente perder.

Y menos aún le interesaba que se diese la impresión de que concurría también como candidata a la Presidencia del Gobierno nacional tras haber llegado muy recientemente a la presidencia de la Junta andaluza, algo que hubiese provocado quizá reacciones negativas en el electorado de su tierra: «Ahora quiere abandonarnos», habrían podido pensar muchos. Había que dar tiempo al tiempo. Y, por su parte, a Sánchez le convenía el apoyo de Susana, entonces quizá la persona con mayor poder territorial y de militantes en el PSOE, para alcanzar su primera meta, la secretaría general.

Así que, con la ayuda de Zapatero, de Ximo Puig y hasta del propio Tomás Gómez, sin embargo ya seriamente enfrentado a Sánchez en el siempre turbulento panorama socialista de Madrid, quedó semitrazado el plan que el saliente Rubalcaba jamás aprobó, y hasta combatió apoyando al rival de Sánchez, Eduardo Madina: Pedro Sánchez, ganando las primarias a la secretaría general del partido, sería el «tapado» de Susana Díaz para cuando ella, en su momento, diese el salto nacional desde Andalucía hacia la candidatura a la Presidencia del Gobierno. O, al menos, así creía Díaz que iban a ser las cosas. No lo fueron.

Y si hay que decirlo todo, la verdad es que tampoco quedó muy claro que estas fuesen las premisas del acuerdo con alfileres al que se

habría llegado en la «cumbre de La Finca». Las versiones varían según quién te las cuente. Y, en todo caso, lo que resulta evidente es que, si hubo pacto, salió mal. Sobre todo, claro, para Susana Díaz. José Luis Fernández, el mentado Chunda que ayudó considerablemente a Sánchez a descifrar unos misterios de la comunicación que el hoy presidente del Gobierno y sus íntimos van poco a poco entendiendo, se resiste a pensar que hubo cualquier pacto subterráneo o complot para llevar a Sánchez al principal despacho de la calle Ferraz, primero, y a La Moncloa, después. Y lo mismo piensa, por ejemplo, Francisco Toscano, que es probablemente quien mejor conoce la trastienda de la escalada de Sánchez.

Cuenta Chunda cómo fue él quien presentó a Bono a los tres tertulianos socialistas que, «en televisiones más bien de la derecha», eran los únicos que defendían al entonces presidente del Congreso de una campaña de acoso ante pretendidos escándalos relacionados con el patrimonio del expresidente de Castilla-La Mancha; escándalos solamente presuntos y que, por cierto, nunca hallaron acogida en los tribunales.

Los tres tertulianos eran Miguel Aguado, Antonio Miguel Carmona y, claro, el mismo Pedro Sánchez con el que habíamos coincidido en Veo TV y en otros espacios. Ahí, y en el ya citado encuentro en el Congreso, se inició la relación entre el influyente Bono y el naciente Pedro Primero.

Cuando, diciembre de 2011, concluyó la presidencia parlamentaria de Bono y por tanto su periodo como director de comunicación de esa Presidencia, Chunda telefoneó a Sánchez, que había sido citado en un artículo de un confidencial digital como una de las personas con futuro en un PSOE claramente a la baja y desconcertado tras las elecciones que acababa de ganar abrumadoramente Rajoy.

—¿Exageran en esto de que eres una persona con futuro? —preguntó el asesor.

—En absoluto: me voy a presentar, voy a ganar y voy a ser el presidente. Y tú me vas a apoyar —respondió quien estaba empezando a ser Pedro Primero. En aquellos momentos, Rajoy acababa de ganar las elecciones, Zapatero se alejaba del escenario y Rubalcaba pasaba a ser el nuevo «hombre fuerte» del partido. A Sánchez le quedaba mucho trecho para llegar a cumplir sus ambiciones.

Así se convirtió Chunda en una especie de director de comunicación de Pedro Sánchez, tarea que llevaría a cabo hasta el final de la campaña de las elecciones primarias de 2014. Fernández, muchos años junto a Bono, es persona con fina intuición política y con

fama de equivocarse poco. Tiene buena relación, pero no complicidad, con todas las familias del PSOE, no siempre del todo bien avenidas. Y aportó a la campaña del aspirante a no pocos alcaldes castellanomanchegos (Juan Ávila, de Cuenca, Jesús Martín, de Tarancón, la propia alcaldesa de la capital toledana, Milagros Tolón), a especialistas en comunicación y a algunos periodistas. Empezaron a aparecer nuevos simpatizantes de la causa «pedrista», como el mentado Alfonso Rodríguez Gómez de Celis, Juan Manuel Serrano y su mujer, Isaura Leal, el gaditano Rafael Román, o el senador José Cepeda.

Sánchez aparece, a los ojos de sus seguidores, como una figura fresca, atractiva, bastante ajena a las familias y camarillas tradicionales del partido. «Basta con que sonrías un poco y ya no tienes que hacer nada más», le decía el asesor al candidato. «Es un accidente natural, una necesidad en esos momentos para el PSOE, no hacían falta operaciones complicadas y rocambolescas para llevarlo hacia donde quería ir», piensa Chunda. Quien, de hecho, ni siquiera se enteró con antelación de la reunión que presumiblemente iba a ser decisiva en la carrera de su patrocinado. La de La Finca.

La reunión secreta menos secreta de la historia

Quizá haya que insistir, al llegar aquí, que, pese a que el asesor no cree que sea del todo cierta la existencia de un pacto por la Presidencia del Gobierno entre quien fue su patrocinado y Susana Díaz, otros testimonios recogidos inducen más bien a pensar lo contrario: que algo sí hubo, pero difusamente trazado.

Lo confirmó quien fue mano derecha de Susana Díaz durante años, Máximo Díaz Cano, que llegó a ser secretario general de la Presidencia de la Junta de Andalucía. Y lo desmintió José Luis Quintana, que fue uno de los «fabricantes» del mito Pedro Sánchez. Así que hemos oído versiones para todos los gustos. Y, todo analizado, se puede llegar a la conclusión de que el pacto Susana-Pedro de alguna manera —solo de alguna manera— existió. Y no funcionó. Quizá ocurrió simplemente lo que era lógico, lo que siempre ocurre tras cada carrera hacia el poder. Que, una vez que subes el escalón, olvidas promesas de ayer y huyes al amanecer, como en la canción *Una de piratas* del gran Serrat.

El primer salto importante de Sánchez en su carrera política se produjo en la reunión secreta, 9 de junio de 2014, que luego ha

resultado ser una de las menos secretas de la historia de los secretos, aunque su alcance real esté aún sujeto a controversia. Aquella «cumbre», auspiciada sobre todo por Zapatero, quince días después de la dimisión de Rubalcaba, se celebró en el hotel de un buen amigo de Zapatero, el AC de Antonio Catalán en La Finca, en Pozuelo.

ZP, que había conocido casi circunstancialmente a Sánchez porque le había sido presentado por José Blanco, el famoso *Pepiño* que lo había sido casi todo durante la presidencia de Zapatero, había llamado a ese encuentro al valenciano Ximo Puig, al madrileño Tomás Gómez y a la andaluza Susana Díaz, que había llegado a la presidencia de la Junta en septiembre de 2013, y por tanto, al liderazgo de la poderosa Federación Andaluza del PSOE dos meses después, en noviembre de ese año.

Por cierto, que Zapatero, que inequívocamente iba a apoyar —y apoyó, tras alguna vacilación— a Sánchez, se autodefinió en aquella reunión como mero «fedatario» de la misma, pretendiendo no atribuirse ni voz ni voto. Actuaba, se dijo, entre otras cosas como garante de que Pedro Sánchez «no mataría» a Tomás Gómez en cuanto tuviese oportunidad de hacerlo, y de que Sánchez no aspiraría a ocupar la Presidencia del Gobierno además de la secretaría general. Y, por cierto, Sánchez hizo ambas cosas, pese a su compromiso de que no lo haría.

No había sido fácil llegar hasta aquella reunión. Tomás Gómez, entonces secretario general de Madrid, contó que Susana Díaz había sondeado a Patxi López y a Juan Fernando López Aguilar para que fuesen ellos quienes, en su caso, concurriesen a las primarias. La negativa de ambos hizo que la «lideresa» andaluza volviese los ojos hacia Pedro Sánchez, que ya despuntaba gracias a los diversos apoyos mencionados.

Pero Tomás Gómez, que desde la secretaría general de la siempre inquieta Federación Socialista Madrileña había sucedido a Rafael Simancas, la víctima de un «tamayazo» del que, miope, Simancas no se había enterado, ya hemos dicho que ponía el freno al ascenso de Sánchez.

Así que Gómez, cuando fue llamado por Susana Díaz para acudir al encuentro con Ximo Puig, con Zapatero, con ella misma y con el propio Sánchez para formalizar el apoyo a este en las primarias, inicialmente se negó: «Seguro que acabará matándome», decía. Fue precisa mucha labor de convicción para que reconsiderase. Y hasta para que llegase al hotel de La Finca en el mismo vehículo que Sánchez, el coche oficial del secretario general de Madrid: «Le llevé para que no filtrase nada», comentó Gómez. Añadiendo una perla que

evidenciaba su mala relación con aquel a quien, sin embargo, iba a avalar como candidato a la secretaría general del partido: «Cuando se bajó del coche, Pedro le dijo al conductor: "si no salgo en una hora, avise a la policía"». Y no lo dijo del todo en broma, por lo visto. Este era el clima reinante en la «cumbre» de La Finca.

La verdad era que el aspirante a mandar en el PSOE venía bien recomendado. Sánchez era «uno de los chicos de Pepe» (Blanco); era este un enamorado del poder que había acogido bajo su paraguas protector a los otros dos grandes amigos de Pedro Sánchez, Óscar López y Antonio Hernando, el trío entonces inseparable y que se encargaba, a la mejor manera de los clásicos, de encumbrarse uno a otro para que luego, en el camino a la cima, ganase el mejor. O el que mejor trepase. Un «aparato» de partido casi típico.

—Rubalcaba es la persona que más información tiene de España —le dije un día de 2006 a Pepiño, para picarlo, cuando gozaba, con Zapatero, de no poco poder e influencia.

—Eso tendríamos que verlo. Yo también sé muchas cosas, muchas —dijo Blanco, con su indisimulable acento gallego de Lugo. Y a continuación me contó un pedazo de exclusiva sobre los servicios secretos que mostraba claramente que sí, que estaba muy informado. Y que la sede de Ferraz era un hervidero de intrigas y rumores. Y que no siempre las cosas salían como las diseñaba el mismísimo presidente del Gobierno, Zapatero a la sazón.

Lo que Blanco me contó en aquella ocasión, que era lo que estaba destinado a ocurrir, se frustró porque el entonces ministro de Defensa, José Bono, se empeñó en nombrar a un desconocido que le era incluso familiarmente próximo, Alberto Saiz, como director de los servicios de inteligencia (CNI). Cuando, sin embargo, el destinado en principio a ocupar el cargo era el luego contrincante de Susana Díaz en Andalucía y más tarde ministro de Agricultura de Sánchez, Luis Planas, que, en lugar de a la sede de los espías, en 2004 fue enviado como embajador a la difícil plaza de Marruecos en un complicado encaje de bolillos.

Así que ojo a la figura de Blanco, antes y ahora. Antes, en la sala de máquinas del presidente Zapatero; ahora, desde un despacho de *lobby*, controla, aseguran, muchas cosas, entre otras razones porque mantiene una magnífica relación con Zapatero, cuya mano es más larga de lo que se le supone: ha colocado peones en Telefónica, en *El País* y, claro, en Moncloa. Y hasta ha logrado —puede que haya sido influencia en buena parte de Blanco— que Sánchez perdone la teórica «traición» propiciada contra el actual presidente por parte de sus *apparatchik* Antonio Hernando y Óscar López. Pero, claro, cómo iban a suponer ellos entonces, en 2016, que el defenestrado iba a llegar a La

Moncloa. Y que eso iba a ser lo mejor para su partido.

Todavía a mediados de febrero de 2022, en un encuentro casual a la salida de un desayuno con la ministra de Transportes, Raquel Sánchez, y ante una broma provocativa, «hay que ver lo que mandas, Pepe», Blanco, gallego sin límites, respondió entre sonrisas: «Esas son habladurías». «Ya», le dije. Lo que no le revelé entonces fue el comentario que me hizo pocos meses antes el que fuera presidente del PSOE y de la Junta de Andalucía, Manuel Chaves: «Sánchez es un "blanquito"», dijo, como de pasada, durante un almuerzo en el restaurante sevillano Casa Robles. La verdad es que probablemente quienes le achacan una influencia sin límites exageran, pero, como las meigas gallegas, haberlas, haylas.

«No, el *Titanic* no, que se hundió»

Pero volvamos a la «reunión secreta menos secreta de la historia». A Ainara Guezuraga, autora del libro *El PSOE en el laberinto*, en el que Sánchez no sale precisamente muy bien parado, se debe la anécdota de que quien abrió el fuego en aquel encuentro del hotel AC en el despacho de Antonio Catalán, un simpático empresario hotelero con innegable vocación por los cenáculos y mentideros políticos, fue Susana Díaz:

—«Pedro, tú eliges si quieres ir en un bote o en el *Queen Mary*» —dijo la presidenta andaluza al inquieto Sánchez.

Naturalmente, se refería a las elecciones primarias ya inminentes en el partido tras la dimisión de Rubalcaba: o el bote solitario de Sánchez, con escasas posibilidades de realizar toda la travesía, o el trasatlántico mayor del mundo, en versión, algo exagerada, de la sevillana. Para entonces, Sánchez ya se consideraba en la liza frente a Eduardo Madina, que era el candidato de Rubalcaba, totalmente enfrentado a Susana por el apoyo de esta a Carme Chacón. Y también frente al granadino José Antonio Pérez Tapias. Un militante este último de la corriente Izquierda Socialista, con nulas posibilidades de salir ganador en la contienda, pero que decidió presentarse, animado por la asamblea de su corriente, para debatir cuestiones programáticas a las que Izquierda Socialista daba gran importancia. Como el debate sobre cómo «corregir» la reforma del artículo 135 de la Constitución, o el federalismo, o el laicismo o incluso potenciar el republicanismo del PSOE.

La corriente «crítica» del PSOE se mostraba a favor de la bicefalia

—separar la secretaría general del partido de la candidatura a la Presidencia del Gobierno—. Pero, sobre todo, se planteaba ya las futuras alianzas con otras formaciones de izquierda, que era algo que, en aquellos momentos, la candidatura de Madina se planteaba tenuemente y que a la de Sánchez no parecía importarle demasiado.

Ello significa que, en aquellas primarias, no detectaron, quienes las seguían desde la media distancia, grandes debates ideológicos ni sobre la forma del partido, ni sobre las alianzas, ni sobre estrategia, ni sobre tácticas. Y también era obvio que la importancia de la presencia de IS consistía precisamente no en que tuviese posibilidades de ganar, que no las tenía, sino en que, al menos, dinamizaba ciertos planteamientos de fondo; lo demás era una pura pugna por el poder.

En un encuentro con Pérez Tapias, a finales de febrero de 2022, en Granada, la ciudad en la que ejerce como catedrático de Filosofía —fue decano de la Facultad durante ocho años—, dijo que «queríamos dinamizar la izquierda del partido». Reconoció que Zapatero fue mucho más «comprensivo» con la corriente crítica que Pedro Sánchez. Y recordó la «sorpresa» que supuso el hecho de que tanto Susana Díaz como, especialmente, Zapatero, «virasen» en su inicial apoyo a la candidatura de Madina para volcarse en la de Sánchez.

Y allí estaban, Zapatero y Susana, en la reunión del hotel en La Finca de Pozuelo, hablando de barcos, preguntando a Pedro Sánchez si quería hacer la travesía hacia el poder en una barca de remos o en el *Queen Mary*.

—Eso, nosotros somos el *Titanic* —apostilló el experiodista Ximo Puig, secretario general del PSPV-PSOE y ya entonces serio candidato a presidir la Generalitat valenciana.

—Que no, Ximo, que nosotros somos el *Queen Mary*, que el *Titanic* se hundió —corrigió, secretamente muerta de risa por la metedura de pata del experiodista, la andaluza.

Lo cierto es que parece que Susana Díaz tardaba en decidir qué paso habría de dar ella en la carrera hacia el máximo poder, La Moncloa, y hasta qué punto estaba dispuesta a facilitar las cosas para que un «interino» corriese parte del trayecto. La propia Susana, en una conversación que mantuvimos tiempo después, cuando ya había perdido la presidencia andaluza y se había convertido en «solo» senadora, contó que, a comienzos de 2014, Sánchez la había llamado: «Si te presentas, voy contigo», le dijo. Y, cuando Díaz decidió no presentarse, Sánchez le pidió su apoyo. Se lo dio y…

Quizá siguió Sánchez el consejo que le había dado en el parador de Segovia, a donde Sánchez acudió a verle, el retirado Julio Feo: «Yo que tú me iría a Sevilla a ver a Susana y le diría que, si se presenta

ella, tú no lo harás». Y eso fue, más o menos, lo que Sánchez hizo. Y luego no hizo.

Pero la expresidenta andaluza obvió detallar el alcance del pacto habido entre Sánchez y ella, ese pacto del que todos han hablado tanto: ¿la secretaría general para Sánchez y la futura Presidencia del Gobierno para ella? Ya antes se apuntaba que el tema no es pacífico. Tampoco el actual *president* de la Generalitat valenciana, Ximo Puig, que ya hemos visto que había estado presente también en aquella reunión en La Finca, aclaró del todo la duda, consolidando así mi creencia de que el tema jamás se abordó demasiado explícitamente.

Quizá en parte por eso, porque las cosas nunca se explicitaron lo suficiente y se dejaron en una cierta ambigüedad, estalló la guerra.

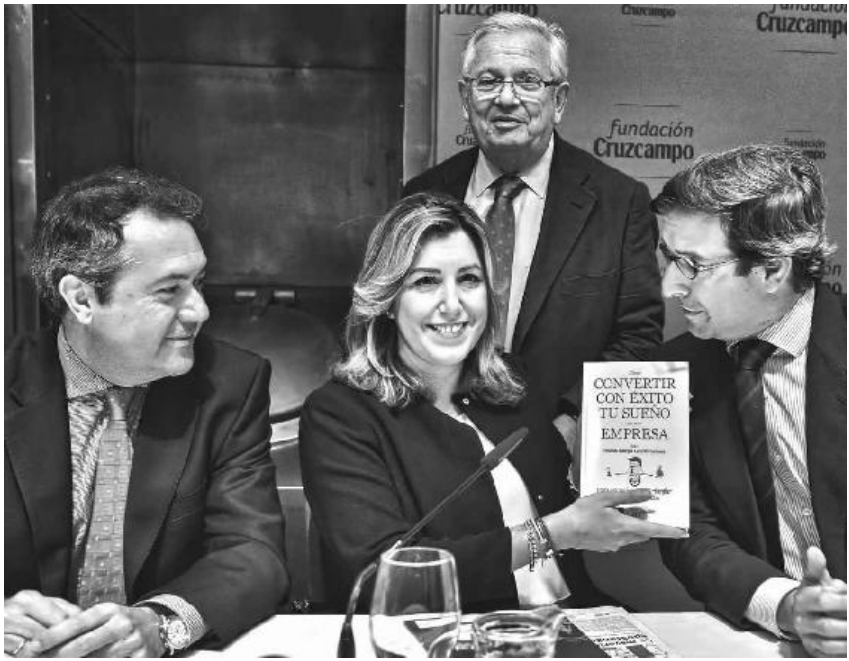
3

UN DIPUTADO QUE EMPIEZA A DESTACAR

Hay que deducir que el apoyo de Susana —y, por tanto, de la federación andaluza, clave para ganar— a la candidatura de Sánchez en aquellas primarias no fue gratis. Y que algo quedó sobreentendido en el éter.

Pero, una vez ganadas aquellas primarias, Sánchez lo dejó pronto todo bien claro. No era el de ambos un acuerdo ni bien hilado ni que a ambos les entusiasmase: «Este chico no vale… pero nos vale», cuenta Jesús Maraña en su libro *Al fondo a la izquierda* que había dicho Díaz sobre su «aliado» Pedro, cuando aún pensaba que a ella «este chico» le podría servir para lograr las metas que anhelaba.

Pedro Sánchez ganó las primarias del 14 de julio de aquel 2014 con cierta facilidad y sin duda gracias al apoyo andaluz: casi el 49 por ciento de los votos de la militancia que acudió a las urnas le votó a él, frente al 36 por ciento de Madina y al 15,2 por ciento de Pérez Tapias. Venció en once de las catorce comunidades autónomas. Quién podía saber si había ganado al «aparato», representado por Rubalcaba en apoyo de Madina, o si el «aparato», sustentado por Susana Díaz, era él mismo. Tal era la confusión reinante en el PSOE cuando se produjeron aquellas primarias, seguidas del congreso extraordinario.



Susana Díaz ya no representaba el poderío del socialismo andaluz. Juan Espadas no pudo alcanzar la Junta. (Foto: archivo del autor).

Aquel abarrotado congreso parecía lleno de gentes de esas que siempre acuden en socorro del ganador. Y el ganador era él. Pedro Sánchez había llegado a la secretaría general del PSOE con cuarenta y tres años, una esposa a la que calificaban de políticamente ambiciosa, dos hijas a las que preservaba celosamente de la curiosidad pública, una discreta carrera en las estructuras madrileñas de su partido, en el que militaba desde hacía veintidós años, una cierta fama de deportista —jugó al baloncesto en el Estudiantes hasta los veintiún años—, un corto recorrido por las estructuras europeas, una trayectoria algo más larga, cinco años, como profesor asociado en la universidad privada Camilo José de Cela (un puesto que le consiguió, junto con el doctorado, la buena voluntad de Rafael Cortés Elvira)… y poco más. Su paso por el Parlamento había discurrido sin excesivo fulgor, aunque los periodistas parlamentarios le premiamos como «diputado revelación» en la Navidad de 2010.

Empezamos a sospechar que aquel diputado tenía cierto futuro cuando se vio que muchos «peces gordos» del PSOE, como José Blanco, Trinidad Jiménez o el propio Eduardo Madina, acudían, en 2013, a la presentación del libro *La nueva diplomacia económica*

española, del que Sánchez, ayudado por, entre otros, Miguel Sebastián, era autor y que era, en realidad, su tesis de doctorado en la Camilo José de Cela. Una tesis «mediocre *cum laude*» —reconocen hasta quienes le ayudaron—, convertida en un libro anodino en el que Sánchez figura como director y en el que colabora no poco Carlos Ocaña, *Cocana*, que fue mano derecha de Sebastián en el Ministerio de Industria.

La tesis quizá no era demasiado brillante, como reconocen incluso quienes cooperaron para realizarla, pero el tema era importante, como destacó el que hoy es presidente de la Agencia de Crédito a la Exportación (CESCE), Fernando Salazar. Y en absoluto parece, contra lo que quisieron algunos medios, ilegal: recabar datos de un centro oficial es incluso recomendable cuando se elabora una tesis sobre materias que competen a ese centro. Si a Sánchez le ayudaron a recopilar esos datos, mejor para él.

Primeras escaramuzas con Susana Díaz

Lo de Sánchez, en efecto, empezaba a parecer una carrera casi de libro. Luego llegaría todo lo demás. En aquel congreso de julio 2014, después de vencer en sus primeras primarias, fue cuando algunos tuvieron ya la sensación de que Pedro Sánchez podría, pese a todo, aglutinar a los dispersos núcleos del PSOE, desde Carme Chacón hasta su irreductible enemigo (de ambos) Rubalcaba, con Felipe González, Zapatero, Almunia y hasta la olvidada «vieja guardia» bendiciendo el nuevo rumbo que tomaba el socialismo.

Los discursos que se hicieron en aquel Congreso, y la foto de «familia», avalaban la imagen de la reunificación. Un vistazo un poco más atento desmentía aquella primera impresión. Algunos desconfiados silencios de Susana Díaz, por ejemplo. O la actitud algo «pasota» —pasaba definitivamente a la reserva— de Rubalcaba. O la hostilidad abierta de Madina.

El órdago inicial a Susana Díaz tuvo lugar en el primer Comité Federal como secretario general, en septiembre de 2014. Díaz se encontraba en viaje oficial, como presidenta de la Junta andaluza, en Marruecos. Sánchez dirigió el habitual discurso a los miembros del comité. Eran palabras satisfechas, llenas de promesas de éxito. Algunas respiraciones se cortaron cuando, de pronto, soltó: «Para un socialista español no hay mayor orgullo que ser candidato a la Presidencia del Gobierno. Y ya os anuncio que me presentaré a esas

primarias (a la candidatura a La Moncloa) y que espero ser el próximo candidato a la Presidencia del Gobierno». Hubo aplausos. Y un inmenso enfado de la lideresa, allá en Rabat.

Se iniciaba lo que iba a ser un odio encarnizado entre los dos, algo que iba a tener indudables consecuencias en el desarrollo de los acontecimientos. Porque no iba a ser la última vez que Sánchez metía el dedo en el ojo de Susana Díaz. Luego, en un mitin al que ambos asistían, le dijo, con el tono más conciliador y candoroso posible: «Vamos a ganar, Susana, y tú estarás en San Telmo y yo en La Moncloa». Dicen que el rostro de la lideresa andaluza era un poema.

Era obvio que las «peleas por el poder» en el seno del principal partido de oposición distraían el interés que el PSOE debería haber tenido por otras cuestiones, como el proceso en marcha en Cataluña. Aquel 9 de noviembre de 2014 asistimos a una especie de «referéndum por la independencia», una charlotada con urnas, sin la menor garantía ni la más mínima legitimidad.

Resultó notable el desconcierto con el que desde el Partit dels Socialistes de Catalunya se asistía a aquel caos político, con el que los independentistas querían ir preparando sus elecciones autonómicas de un año después, que «el pospujolismo» quería convertir en un plebiscito «independencia sí-independencia no». Y, desde luego, los rectores de Ferraz prácticamente ni miraron hacia Barcelona aquel día, absortos como estaban en lo suyo: comenzar a lanzar a Sánchez hacia La Moncloa.

Para eso, quedaba mucho aún. Pero Pedro Primero empezaba a mostrar su verdadera naturaleza y sus potencialidades.

Los enemigos

Seguramente el Sánchez de aquel momento triunfante no tenía tiempo para captar la imagen de los rostros descontentos. Algunos comentaristas le han definido como «una máquina de hacer enemigos». Y pronto lo iba a demostrar. Eduardo Madina, por ejemplo, que no se priva de dedicar muy duros calificativos a su rival en aquellas primarias, como muchos hemos podido constatar en encuentros con él. Es quizá otro de los que podrían haber dotado de un mayor fuste intelectual al PSOE: sus análisis periodísticos destacan tanto por su profundidad como, a veces, por una excesiva densidad.

Diputado nacional a los treinta y un años, Madina había dudado mucho acerca de si debía o no presentarse a las primarias contra

Sánchez, como ya había declinado anteriormente, 2012, presentarse a la secretaría general en el 38º congreso, por considerarse poco preparado por su excesiva juventud. Pero en 2014, ya con los cuarenta cumplidos, con una trayectoria más que suficiente a sus espaldas, era considerado una firme esperanza de futuro de un socialismo a renovar.

Era la apuesta de Rubalcaba y de otros muchos. Perdió. Su falta de sintonía con Sánchez se incrementó más aún y se autocastigó con una especie de exilio interior del partido. Puede que aún sea posible su rescate por y para «otro» PSOE. Pero, en todo caso, tendrá que ser después de Pedro Sánchez.

Por supuesto, al margen de Rubalcaba y su círculo, como Elena Valenciano, o de las iniciales reticencias con Susana Díaz, claro que Sánchez supo ganarse otros enemigos. Y, para hacerlo, escogió en primer lugar la Federación Socialista Madrileña, el Partido Socialista de Madrid. Y a su secretario general, Tomás Gómez. Un hombre que siempre había adoptado, sobre todo en tiempos de Zapatero, actitudes disidentes, y que había ganado esforzadamente la alcaldía de Parla — el alcalde más votado en ciudades de más de cincuenta mil habitantes — y la secretaría general de Madrid. Una federación difícil y escenario de batallas internas desde los tiempos de los «renovadores» y los «guerristas».

Madrid, centro de todas las tormentas

Madrid ha sido siempre foco de conflictos intestinos de todos los partidos. El falso oropel de la capitalidad, la coexistencia de la política regional con la nacional, la proliferación de cenáculos y mentideros, eran factores que hacían que por la política madrileña pasasen gentes de muy variado tipo y condición, pero deseosas siempre de alcanzar cuanto antes poder y fortuna; no hay sino que revisar lo que ha sucedido en el Partido Popular a lo largo de muchos años, desde el «caso Ignacio González» a las trifulcas de Pablo Casado con Isabel Díaz Ayuso, pasando por el nunca bien explicado montaje que apeó a Cristina Cifuentes del poder en la Comunidad.

En el PSOE madrileño no se han detectado demasiados casos de corrupción, o muchos menos que en el PP, pero han estallado *affaires* que, como el del «tamayazo», deberían haber hecho que muchas antenas vigilantes se hubiesen puesto en marcha. Y no se pusieron: hoy en día seguimos sin saber qué hubo detrás de la traición de Tamayo y Sáez, que impidieron que Rafael Simancas llegase a ser presidente de la Comunidad de Madrid, cediendo el paso a la cuestionable «popular» Esperanza Aguirre. Cierto que en el interesante

libro *El Tamayazo*, del periodista Felipe Serrano, se insinúan algunas claves, traiciones, luchas por el poder, peleas cainitas… y un hedor a corrupción. Pero sigue sin haber respuestas definitivas al secreto quizá mejor guardado en la historia del socialismo.

Para darse una idea del clima que reinaba en la Federación Socialista Madrileña basta asomarse al libro —autopublicado— que escribió Teófilo Serrano, pieza clave en esta Federación, para hacerse una idea de lo que era una batalla permanente de ambiciones, que es de temer que aún no ha sido del todo pacificada. Gómez era el último eslabón de la cadena. Y Sánchez decidió vengarse de aquellos vetos impuestos a su nombre en la lista de candidatos al Congreso por Madrid, de donde ya se ha dicho que era sistemáticamente bajado algunos puestos por Gómez, de manera que tuviese más difícil resultar elegido. Elección que, como antes explicaba, nunca sucedió: ocupó el escaño como sustituto, primero de Solbes y después de Cristina Narbona. Eso había ocurrido tiempo atrás. Pero la memoria, cuando de venganzas se trata, es larga.

A esto hay que añadir otra característica de Sánchez que entonces, claro, desconocíamos, pero que demostró palmariamente deshaciéndose de sus principales colaboradores en la crisis ministerial de junio de 2021: no tolera depender de nadie. Ni las imposiciones. Además, cuando, aquel 11 de febrero de 2015, Pedro Primero el Cruel decide destituir fulminantemente a Tomás Gómez, conoce ya el encuentro secreto que este, junto con Ximo Puig y Susana Díaz, había mantenido recientemente para constatar que su elegido «no tiraba». «Así que estáis de conspiración, ¿no?», telefoneó Sánchez a Gómez.

La destitución de Gómez tuvo perfiles especialmente cruentos, ya que estuvo precedida de una campaña sugiriendo presuntas corrupciones en Parla, con un sobrecoste de las obras del tranvía, asunto del que posteriormente sería exonerado y que, en realidad, arrojaba ya desde el comienzo no demasiados indicios de culpabilidad directa contra Gómez. La campaña mediática contra él, sobre todo en *El País*, fue solo semejante, por su dureza, a los métodos empleados para defenestrarle: incluso su antecesor, Rafael Simancas, que después se convertiría en su sucesor de hecho, cambió las cerraduras de la sede del PSM, en los locales de la Asociación de la Prensa de Madrid, en la Gran Vía, para impedirle, sin previo aviso, el acceso.

Quizá sea apenas, con todo lo significativo que resulta, un episodio más en las múltiples batallas políticas de Madrid que se han librado a lo largo de los últimos cuarenta años; pero el «caso Tomás Gómez» es también indicativo de la existencia de varias «almas» en el PSOE. Él mismo me dijo que una de las fortalezas —y debilidades—

del partido es que existen «el PSOE de Solana y el PSOE de Parla». Y habría que añadir más: el de la *beautiful people* y el de la militancia de base en la zona minera de Asturias. El intelectual de las cátedras y el de la «o» de Obrero. Lo que habría que saber es si, en la época de Pedro Sánchez, esa pluralidad tan transversal sigue incólume. Es obvio que el futuro del «viejo» Partido Socialista Obrero Español tiene mucho que ver con la pervivencia o la muerte de esa transversalidad, que puede ser otra de las razones por las que el PSOE, con todas las trifulcas internas vividas en sus 142 años de historia, no ha muerto: muchos estamentos se sienten representados por él.

El caso es que Gómez, o Antonio Miguel Carmona, que encontró una oposición radical por parte del «PSOE de Sánchez» para ser el candidato al Ayuntamiento de Madrid, son dos de las muestras de la frialdad de Pedro Sánchez a la hora de cortar por lo sano. A ambos, de manera secreta y sin usar estos términos, las manos ejecutoras de Sánchez, como el ya citado Rafael Simancas, los acusaron de algo que en otras latitudes y épocas podría haberse llamado «desviacionismo».

4

HACIA LAS ELECCIONES… Y HACIA EL DESASTRE

Quienes dicen ir conociendo a Pedro Sánchez, que es persona a cuyo verdadero pensamiento no parece fácil acceder, aseguran que a veces parece inconmovible. Y que se aparta difícilmente del camino trazado, una vez que logra, tras muchas contradicciones, diseñarlo. Su objetivo, después de conquistar la secretaría general y de haber dejado algunos cadáveres sin enterrar, consistía en quedar al menos razonablemente bien en las elecciones que se iban a celebrar en 2015.

Porque, entre otras cosas, el naciente Podemos suscitaba la suficiente curiosidad en el electorado como para pensar en que podría dañar no poco las ya escasas posibilidades del desgastado PSOE de obtener una victoria o, al menos, de llegar a pactos para gobernar desde una razonable posición de fuerza. ¿Sería la ilusión por la figura del recién llegado líder suficiente para mantener, al menos mantener, al PSOE tal y como estaba, ya que de ganar nadie hablaba?

Una de las primeras cosas que Sánchez ejecutó al hacerse con la secretaría general fue un plan de campaña para afrontar las elecciones previstas, salvo sorpresas inesperadas por parte de Rajoy, para finales de 2015. Ciertamente, no inquietaba mucho aquel PSOE, a su parecer conducido por un «novato», al flemático presidente del Gobierno y del PP. Sánchez, cómo no iba a saberlo, era consciente de ello y preparaba su batalla. Llamó, en primer lugar, a Jordi Sevilla, el hombre que había guiado sus primeros pasos en la sede de Ferraz, cuando allí llegó Pedro con sus dos amigos del alma, Óscar López y Antonio Hernando, para ser acogidos bajo las alas de José Blanco. Del trío de «los altos», como ha pasado a conocérselos en la pequeña historia interna del partido, Óscar López se quedó trabajando directamente con José

Blanco; Antonio Hernando con Consuelo Rumí, en tareas de inmigración, y Pedro Sánchez pasó al departamento económico que entonces dirigía Jordi Sevilla, un economista de talante social-liberal que fue ministro de Administraciones Públicas con Zapatero y antes había trabajado con Pedro Solbes en La Moncloa.

Sevilla, que escribió un libro, *Vetos, pinzas y errores*, analizando lo que había vivido en sus años de contacto con el poder, conectó bien desde el principio con Sánchez; se entendieron en el enfoque económico, más bien liberal, que había que dar a la política española. Cuando Sánchez, tras ganar las elecciones primarias de 2014 para la secretaría general socialista, le llamó un día para que le visitara en Ferraz, en mayo de 2015, Sevilla comprendió que su puesto estaba al lado del nuevo líder del PSOE.

Preparaba Sánchez su campaña —las elecciones serían finalmente convocadas para diciembre de 2015— y ofreció a Jordi ser el responsable económico del futuro programa electoral. Sevilla, que tenía un cargo bien remunerado en Price Waterhouse, aceptó ir, «perdiendo bastante dinero», a Ferraz. Pero pidió, como contrapartida, que si el PSOE ganaba las elecciones Sánchez le nombrase vicepresidente económico del Gobierno. Jamás llegaría a serlo.

Resulta de nuevo curioso el paralelismo con Zapatero, a quien Sevilla, «en dos tardes de clase», asesoró algo, poco, en cuestiones económicas. Bueno, al menos Sánchez era economista y sabía moverse por aquellos círculos como Zapatero no supo jamás. Pero lo que sí hizo Jordi Sevilla fue pasear al nuevo secretario general, que del Ibex no conocía —lo mismo que el primer Zapatero— a nadie, por algunos de los despachos económicos más importantes de Madrid. Y según cuenta el propio Sevilla, la acogida fue buena: los grandes popes económicos estaban hartos de la corrupción que evidenciaban sectores del PP y de las «viejas maneras» en el PSOE.

Entre Rajoy y Sánchez la relación fue mala, gélida, lo que hizo imposible un buen entendimiento. (Foto: Pool Moncloa / David Mudarra 23-12-2015).

Y además Sánchez, fogueado por Miguel Sebastián —que había llegado a ofrecerle un despacho en la Oficina de Planificación Económica en La Moncloa, lo que rechazó— en el Grupo Hazaña y en Economistas 2004, entendía el lenguaje del mundo económico: así que recibieron bastante positivamente, aunque con reservas, al recién

llegado de buena planta, ademanes suaves y lenguaje correcto que parecía, como el propio Sevilla, decantarse por una economía más social-liberal que intervencionista. «Había expectativas en el mundo económico de un nuevo PSOE, verdaderamente socialdemócrata y aperturista», dice el exministro de Zapatero, que pasa por situarse en el ala más moderada del partido. En su campaña, Sánchez montó dos grupos: el de los expertos, más bien externo, y uno interno, en el que estaban Meritxell Batet y José Enrique Serrano, el valioso veterano que ha acompañado los cuarenta años en los que se centra esta historia, en las administraciones de González, de Zapatero y de Sánchez.

Para entonces, Chunda había abandonado la conducción mediática y de comunicación del partido, sustituido, tras un breve interregno a cargo del ex de la Ser Rodolfo Irago, por Verónica Fumanal, una sedicente experta en comunicación que había trabajado para varios partidos, entre ellos el PSC catalán. Se ignoran las verdaderas razones por las que Sánchez se deshizo de José Luis Fernández, pero, en su momento, pareció un considerable error. Y lo sigue pareciendo, a la luz de la trayectoria de quienes luego se ocuparon y ahora se ocupan de la imagen, la comunicación y los mensajes en el PSOE.

Aunque a Sánchez y a su entorno (a sus sucesivos entornos) hay que reconocerles que saben montar los *shows*, algo que en política es un mérito que no tiene por qué ser despreciado: es de recordar el acto, 21 de junio de 2015, de proclamación de Sánchez como candidato a la Presidencia del Gobierno, una nominación que se había ganado sin primarias, porque el secretario general fue el único que presentó los avales suficientes. Ese acto se celebró en el Circo Price y los periodistas se quedaron atónitos al encontrarse con que todo el fondo estaba cubierto con una inmensa, realmente inmensa, bandera española. Aquello recordaba a cierto mitin de Santiago Carrillo, allá por 1977, cuando, de pronto, la bandera tricolor republicana desapareció para ser sustituida por la enseña rojigualda: era todo un síntoma de *aggiornamento*.

Frivolidad en campaña

Aquella campaña, la que iba a llevar a las elecciones de diciembre de 2015, fue muy extraña. Casi sin precedentes. El propio Sánchez inauguró la era de lo que algunos consideraron las «extravagancias»

yendo a una entrevista en *El hormiguero*, para escándalo de no pocos ortodoxos. En cualquier caso, eso no fue más que el pistoletazo de salida de una campaña en la que los candidatos, todos los candidatos, frecuentaron espacios más o menos frívolos de las televisiones, demostrando, por si falta hiciera, que nada era ya como antaño, cosa que todos descubrieron de golpe, incluyendo los propios candidatos.

Así, forzoso es reconocer el papel jugado por las televisiones en el desarrollo del juego político. Un papel decisivo, sin duda, desde que se instauraron los debates «cara a cara» entre los candidatos en mayo de 1993 —participé bastante en los preparativos del segundo debate entre Felipe González y Aznar en Telecinco, moderado por Luis Mariñas, que ganó el primero, como Aznar había ganado el de Antena 3—. Pero aquellos eran otros tiempos. Lo que ocurría ahora, aun perviviendo, sin demasiada reglamentación legal, los debates electorales, era que los que copaban el espacio eran los programas más «de espectáculo»: la política adquiría características de *show*. Y eso que aún no habíamos entrado de lleno en la era de las redes sociales, auténticas tiranas, a estas alturas, de ese juego político. En ese terreno, los expertos telemáticos del PSOE eran superiores a los técnicos del PP. Pero el PP estaba destinado a ganar. Y ganó.

Aquellas elecciones del 20 de diciembre de 2015 mostraron muchas cosas: que Podemos no era algo efímero y pasajero —en los albores de 2023 ya parece muy otra cosa—, que el PSOE tenía muchas lecciones sobre las que meditar, y que se abría un periodo de incertidumbre, de vacío de poder, que duraría al menos hasta noviembre de 2016, fecha hasta la cual iban a pasar muchas, pero muchas, cosas. Todos, en el campamento electoral de Sánchez, sabían que iban a perder. Heroicamente afrontaron la batalla, esa es la verdad, con tal de aguantar.

Puede, así, que la campaña de 2015 pase a la Historia por su inmensa frivolidad, aunque la de junio de 2016 no le iba a ir a la zaga. Los espacios más vanos de las televisiones acapararon a los candidatos, aplicados a jugar al futbolín o a tirarse en paracaídas, mientras que los programas electorales mostraban su enorme vacío. La campaña —la oficial, claro— comenzó a las doce de la noche del 4 de diciembre de 2015, dos días antes de que las fuerzas políticas celebrasen el 37º aniversario de la Constitución.

Nunca había ocurrido tal coincidencia, que hacía patente la aglomeración de acontecimientos en la política española. Aunque, en realidad, la campaña había comenzado de veras hacía bastante tiempo. Quizá el 22 de marzo, cuando se celebraron las elecciones autonómicas andaluzas, que acabarían, mediante pacto de los

socialistas con Ciudadanos, otorgando la presidencia de la Junta a quien ya la tenía, es decir, a Susana Díaz. La cual, tras un mes largo de negociación para obtener una mayoría, se había decantado por apoyarse en Ciudadanos, desdeñando el respaldo de Podemos.

Tiene, claro está, su significado este movimiento de la señora Díaz, que pasaba por aborrecer a Podemos. Quien fuera su asesor político de confianza, Máximo Díaz-Cano, me diría tiempo después que, de haber triunfado sobre Sánchez, Díaz jamás se hubiese apoyado en Podemos para hacer un gobierno nacional. ¿Ni aunque lo hubiese necesitado para gobernar, porque los números no diesen una mayoría de otra forma? Ni aun así, dijeron. Sin duda, el ideario, o más bien las estrategias de Susana Díaz se situaban en parámetros mucho más conservadores que los del inicialmente «social-liberal» Pedro Sánchez.

O quizá la campaña comenzó con las elecciones autonómicas y municipales del 24 de mayo, que, mediante acuerdos puntuales, produjeron gobernaciones insospechadas en muchas ciudades y en algunas autonomías.

En realidad, la inestabilidad, los enfrentamientos, la provisionalidad arrancaban de las elecciones europeas de mayo de 2014, que pusieron en marcha la sensación de que una nueva era política había llegado a España para instalarse. El bipartidismo se hundía, dijeron muchos: la suma de los dos principales partidos no llegaba ni al 50 por ciento de los votos, cuando hacía cinco años había sido del 81 por ciento. En un lustro, el PP y el PSOE habían perdido once millones de votantes. Algo habría que hacer, se dijeron, con alarma, en los «estados mayores» de los dos partidos mayoritarios.

Pero el caso es que la carrera hacia el 20 de diciembre de 2015 no iba a comenzar, en toda su crudeza, en toda su frivolidad, hasta que concluyeron, con el resultado previsible, las elecciones catalanas del 27 de septiembre. Donde buena parte de la votación consistía en darle «una patada a Rajoy en los *cullons*», como me dijo un concejal nacionalista. Y, de paso, se la dieron al resto de los españoles, permitiendo, durante meses, que los antisistema de la CUP fuesen quienes decidiesen lo que tenía o no que ocurrir en la antipolítica catalana. Después iba a ser lo nunca visto. En Cataluña y en el resto de España.

Sorpasso **y terror**

En la caravana del candidato del PSOE había cundido el pánico

cuando, el 12 de diciembre, a ocho días de la visita a las urnas, el influyente periódico digital *El Confidencial* publicó una encuesta en la que ya no es que el PSOE cediera el segundo puesto en el *ranking* a Ciudadanos: es que le cedía el tercero a Podemos, situándose los socialistas en cuarta posición. Y este, el del *sorpasso* de la formación de Pablo Iglesias, fue el fantasma que los socialistas trataron de superar durante la campaña o, más bien, durante todo un periodo importante entre 2015 y 2018. ¿Podría, de veras, sobrepasar al histórico Partido Socialista Obrero Español la aún flamante formación generada por Pablo Iglesias en base a «los indignados» que protagonizaron el movimiento de mayo de 2011? Nunca iba a llegar a ser así, pero la angustia existió realmente. Ese *sorpasso*, de la mano nada menos que de alguien tan atípico como Pablo Iglesias, hubiese significado la liquidación de hecho de la formación más veterana del país. Algo que, por distintas razones, ya hemos dicho que iba ocurriendo en otros países mediterráneos europeos.

Sánchez, es la verdad, mostró un gran autocontrol y presencia de ánimo. Ni un solo minuto ofreció a quienes le observaban de cerca la más mínima muestra de duda o debilidad. Quizá eso le ha consolidado ahora en una especie de liderazgo de la socialdemocracia europea.

Esa ha sido, es obvio, la del autocontrol, una de sus características en los tiempos azarosos que le ha tocado vivir. Pero los nervios iban por dentro y eso acababa notándose: el secretario general socialista cometió un grave error a futuro cuando, en el debate «cara a cara» seis días antes de las elecciones, le dijo a Rajoy «usted no es un político decente», lo que sacó de sus casillas al entonces presidente del Gobierno. Y enturbió aún más, si posible fuere, las relaciones entre ambos.

Todo contacto entre Rajoy y Sánchez iba a ser, en adelante, «desagradabilísimo», como una fuente del gobierno del PP nos dijo al periodista Federico Quevedo y a mí mismo.

«Sánchez, ¿presidente del Gobierno?»

Los resultados de aquellas elecciones del domingo 20 de diciembre de 2015 iban a abrir la puerta a cuatro años de inestabilidad política sin cuento. Cuatro años muy peligrosos. En la noche electoral, a quien suscribe le tocó desempeñarse durante cinco horas en el programa especial que la Cope organizó con Carlos Herrera como conductor. Junto con el malogrado David Gistau, Salvador Sostres, Isabel Durán y

otros, el autor de este libro se pasó la tarde-noche analizando los resultados que iban llegando desde el centro de datos y comprobando el relativo éxito —y también el relativo fracaso— cosechado por algunas encuestas a pie de urna.

En pleno programa, tenía que redactar al tiempo un comentario para mi columna sindicada en OTR-Europa Press. Eran momentos de gran incertidumbre acerca de lo que podría ocurrir: el PP no pasaba de los 120 escaños, el PSOE superaba algo los noventa, Podemos —junto con sus asociados valencianos, catalanes y gallegos— andaba por los setenta y Ciudadanos por los cuarenta. Muy difícil formar una mayoría en base a alianzas, tanto por la derecha como por la izquierda.

Había que titular con algo, y titulé, arriesgando no poco: «Pedro Sánchez, ¿presidente del Gobierno?». Con las alianzas correspondientes, eso sería en aquellos momentos posible. Una alianza con Podemos, que era una hipótesis de la que se hablaba, más alguna abstención de los nacionalistas y quién sabía si del propio Ciudadanos, podría forzar el relevo de Rajoy en La Moncloa para colocar allí al secretario general del PSOE.

Luego, estas hipótesis fueron perdiendo fuerza. Pero el comentario ya estaba enviado a través de la agencia y se publicó al día siguiente en algunos periódicos de provincias. De eso, del empecinamiento de Sánchez en forzar un pacto de izquierda, incluyendo a Esquerra Republicana de Catalunya, para así llegar a La Moncloa y desbancar a la derecha, era de lo que se iba a especular en las semanas, y meses, y años siguientes.

—Pero ¿qué has publicado? —me llamó, el lunes poselectoral, el eurodiputado Ramón Jáuregui.

—Bueno, quizá me precipité diciendo que, a lo mejor, Pedro Sánchez va a ser presidente —le respondí.

—Pues te llamo para decirte que en algunos periódicos de Castilla-La Mancha han publicado tu crónica, pero firmada por «Ramón Jáuregui», o sea, por mí, y se ha montado la marimorena.

—Pues eso ya tiene mal arreglo —le dije—. Pero consuélate pensando que a lo mejor es verdad y resulta que Pedro Sánchez puede ocupar el sillón principal de La Moncloa.

Quizá esta hipótesis no era demasiado consuelo para Ramón. Eran tiempos en los que Ramón Jáuregui, una brillante hoja de servicios para el PSOE, cotizaba a la baja para su nuevo secretario general. Porque Jáuregui había criticado no tan privadamente la negativa de Pedro Sánchez a apoyar en 2014 a Jean-Claude Juncker como presidente de la Comisión Europea. Una negativa que había provocado

gran irritación de los miembros del Grupo Socialista en el Europarlamento, que habían decidido respaldar al conservador (socialcristiano) Juncker. Ya nunca más el muy honrado y eficaz político vasco iba a contar en los planes de Pedro Sánchez.

Esta no fue la única confusión —algunas fueron muy divertidas— que ambos vivimos, generada por la coincidencia de apellidos, pero la que narro iba a resultar especialmente significativa. Porque lo cierto es que las posibilidades de Pedro Sánchez de convertirse en presidente no acabaron aquella noche electoral, pese al pésimo resultado registrado. Rajoy había obtenido 123 escaños, 63 menos que en las triunfales elecciones de 2011, mientras que el PSOE obtuvo 90 escaños, es decir, veinte menos que en los anteriores comicios. El peor resultado en todo el tiempo de la democracia posfranquista.

Aquella noche del 20 de diciembre, la sombra del desgobierno se cernía sobre el país a medida que se iban completando, desde el centro de datos, los resultados. Hasta el punto de que el arriesgado titular que yo había enviado para mi crónica de urgencia sobre la posibilidad de que Sánchez, a través de alguna complicada voltereta, acabase siendo presidente del Gobierno, tenía no poca verosimilitud. Iban a ocurrir muchas cosas, el país iba a acumular no poca tensión, para que eso no sucediera. Pero la política española iba a quedar seriamente herida con este lance electoral.

Sánchez, en todo caso, con indudable habilidad, trató de hacer aparecer los resultados, una inequívoca victoria del PP, aunque con exigua mayoría, como un triunfo socialista que les permitiría, con las alianzas precisas, formar gobierno. El PSOE perdió más de un millón y medio de votos respecto a 2011. Y, pese a ello, a que los resultados eran los más tristes de la historia, Sánchez salió sacando pecho.

Claro que muchos entusiasmos se congelaron aquella misma noche, cuando Pablo Iglesias, exultante por los votos obtenidos —cinco millones doscientos mil, lo que no estaba nada mal— regresó a sus antiguos postulados de dureza rupturista: «Hay que acabar con el sistema», sentenció. El susto en la sede socialista, según pudo comprobarse, fue no pequeño. ¿Era ese el aliado posible para llegar a formar un gobierno?

Aquella noche, tras haber conocido las declaraciones de Iglesias, Sánchez cambió su mensaje: se mostró conciliador precisamente con ese «sistema» que el líder de Unidas Podemos quería destruir. Eso fue, sin duda, el principio de todo lo que iba a ocurrir en los tres años siguientes. Porque Sánchez no podría ser presidente del Gobierno, a corto plazo, sin Pablo Iglesias y cuanto él representaba. Pero tampoco iba, a medio plazo, a poder mantenerse como presidente con Pablo

Iglesias y cuanto él representaba.

El año 2016 se inició, así, con bastante malas perspectivas. Todo podía ocurrir en un panorama político que, desde dos años antes, había experimentado no pocas tensiones, desde la abdicación del rey hasta la dimisión de Rubalcaba, pasando, claro, por el ascenso ya narrado de Pedro Sánchez en el principal partido de la oposición al PP. «No pactaré jamás con la derecha», había dicho Sánchez («ni con Bildu», había agregado ya entonces).

Esta decisión de Sánchez de no aliarse jamás con «las derechas» —fue él quien reiteró esta definición de reminiscencias casi guerracivilistas— fue lo que condicionó cuanto iba a ocurrir a continuación. Jamás la política española en los últimos treinta años había vivido momentos tan desconcertantes como los que iba a experimentar en el cuatrienio siguiente.

Pero eso, desde luego, nadie lo imaginaba cuando dábamos la bienvenida, no sin algunas aprensiones, al año 2016. Claro que nadie, ni Rajoy, ni Sánchez, ni la entonces aún en alza figura de Albert Rivera, ni la incógnita Pablo Iglesias, lo sabían. Solamente quedaba ahí, en el aire, aquel titular que tanto conmocionó a Ramón Jáuregui. «Pedro Sánchez, ¿presidente del Gobierno?».

El poder territorial

En teoría, debería ser Rajoy quien formase gobierno en 2016 tras las elecciones de diciembre de 2015. Al fin y al cabo, el PP, aun con enormes pérdidas respecto de 2011, había obtenido 123 escaños frente a los 90 del PSOE y 7.200.000 votos frente a los 5.500.000 del PSOE, que solamente obtuvo unos 300.000 más que Podemos. Ciudadanos, con 40 escaños y 3.500.000 votos, quedaba en un honroso cuarto lugar, bastante por debajo de las expectativas que le otorgaban algunas encuestas, pero, en todo caso, en una posición de posible árbitro y hasta de solución de una situación de difícil *impasse*. Eso, claro, si el líder de la formación «naranja», Albert Rivera, hubiese sabido jugar sus cartas en lugar de despeñar a su partido, y su propia carrera política, por un abismo de difícil recuperación.

Tampoco se pactó en aquellas horas poselectorales la presidencia del Congreso para Patxi López, exlehendakari y con un papel importante en toda esta historia. López, en conversación conmigo, negó la existencia de cualquier pacto «subterráneo» con el PP para que este se abstuviera y posibilitar así el ascenso del exlehendakari a la

presidencia de la Cámara Baja, que es la tercera figura en el protocolo del Estado, nada menos.

Fue elegido presidente de la IX legislatura con los únicos votos de PSOE y Ciudadanos, venciendo a la «podemita» Carolina Bescansa, una más de las muchas figuras desaparecidas de la política, sobre todo en el partido «morado». Era la primera vez en la etapa democrática que la tercera autoridad del Estado no pertenecía al partido mayoritario en el hemiciclo. El PP, por cierto, votó en blanco.

López iba a durar en la presidencia, en la vertiginosa política del momento, apenas seis meses, hasta las elecciones de junio de 2016. Un récord de (escasa) permanencia. Naturalmente, no faltaron comentaristas que opinaron, sin conocerle demasiado, que Patxi no estaba preparado para el cargo, una acusación particularmente injusta a la luz de lo que luego se ha visto al frente de la Cámara Baja. En todo caso, no tuvo demasiado tiempo de mostrar su valía en el cargo.

El inicio de la legislatura, con promesas de lealtad a la Constitución pronunciadas de modo muy variopinto por algunas señorías, y con la diputada de Podemos Carolina Bescansa llevando a su bebé consigo, convirtiendo su escaño en una guardería, prometía que aquel 2016 no iba a ser precisamente aburrido. No lo fue, desesperando a quienes creían que una democracia debe ser sustancialmente eso: aburrida y sin sobresaltos, como dicen los suizos, que de aburrimiento político saben un rato.

Ya los resultados de las elecciones municipales y autonómicas de mayo de ese 2015 anunciaban vuelcos importantes en las elecciones generales de siete meses después. Primero, porque el PP de Rajoy perdió buena parte de su poder territorial. Y menos mal que, gracias a un pacto con Ciudadanos, que equilibraba el que la formación «naranja» dio a los socialistas andaluces, el PP salvó *in extremis* la Comunidad de Madrid, regentada por una Cristina Cifuentes incapaz, claro, de adivinar la que se le venía encima en forma de una catarata de acusaciones —algunas bien pintorescas— que lograron descabalgarla del puesto en virtud de quién sabe qué oscura trama política. Claro que, a este respecto, nos quedaba mucho por ver en el PP. Los misteriosos complots en la política madrileña no dejaban de rondar por todos los partidos. Lo de Cifuentes, con ayuda de algún medio de comunicación, fue una lapidación sin demasiado fundamento, que mostraba lo bajo que había caído la política madrileña. Seguimos aún hoy sin enterarnos de qué mano meció aquella lamentable cuna.

Mientras, el PSOE, pactando con Podemos y otras fuerzas de izquierda, daba un considerable salto en su poder territorial, y ello

pese a haber obtenido bastantes menos votos que el PP. Que, nadie podía ponerlo en duda, ganó, todo contabilizado, aquellas elecciones, por más que Pedro Sánchez, bien dotado para la propaganda, lograra imponer su mensaje al de los «populares», llegando casi a hacer creer que los ganadores habían sido él y su partido.

Los socialistas lograrían incluso colocar, tapándose ellos la nariz, a la prestigiosa Manuela Carmena en la alcaldía madrileña, mediante un pacto con la formación de Íñigo Errejón. Desplazando, por cierto, al candidato socialista, Antonio Miguel Carmona, que ya hemos dicho que acabó más o menos defenestrado por la propia dirección del PSOE, iniciando así una «carrera», aunque silenciosa, de algo semejante a un «maldito» —uno más— en la turbulenta organización socialista madrileña.

«Pedro, no nos falles… más»

Y, por fin, las elecciones legislativas de diciembre de las que estamos hablando. A 53 escaños de la mayoría absoluta, Rajoy no podía afrontar sin alianzas importantes la investidura. Claro que Sánchez, menos aún. Se observaba en el líder socialista una curiosa mezcla entre postulados verbalmente de izquierda con actitudes que se compadecían con el acatamiento de los aspectos más conservadores del «sistema», que era algo de lo que Pablo Iglesias, por ejemplo, abominaba frontalmente.

Me lo dijeron luego tanto Jordi Sevilla, que conoció bien el pensamiento económico «sanchista», como Ximo Puig, que tuvo que bregar en un par de ocasiones con el «Sánchez en estado puro»: *Pedro no era de izquierdas.* No en el sentido clásico del término, al menos.

Un día, cuando estaba en plena campaña de las primarias para ser elegido secretario general, me llamó para pedir que le recomendara libros sobre Adolfo Suárez: otro al que le apasiona aquella idea de centro-izquierda que Suárez, algo difusamente, albergaba, pensé. Y más tarde constaté también que el pensamiento de Sánchez, hasta donde yo lo conocía y en aquellos momentos, se situaba bastante a la derecha del de Zapatero, excluyendo, desde luego, la confusión que ZP mostraba en el campo económico, con lagunas que Jordi Sevilla se había esforzado por rellenar.

Tuve conciencia clara de que la cuestión de la forma del Estado, monarquía o república, sería acaso el tema que más iba a dividir a la izquierda ya cuando acompañé a Sánchez en un paseo por Oviedo con

motivo de la entrega de los premios Príncipe de Asturias aquel octubre previo a la marcha hacia las urnas. Al salir del teatro Campoamor, animé a Sánchez, que pretendía ir en autobús hasta el cercano hotel Reconquista, a que se diese un paseo por las calles de Vetusta, particularmente agitadas ese día por manifestantes antimonárquicos de extracción «podemita», algunos de los cuales nos habían insultado en la calle, sin conocernos —me confundieron con mi compañero Fernando Ónega—, «porque llevas corbata».

Los comentarios que el secretario general del PSOE hizo durante el trayecto en esa tan monárquica jornada de los premios Príncipe de Asturias, acompañado de su esposa Begoña, me convencieron de que él jamás cooperaría a derribar la corona. Y que ese iba a ser el principal factor de división con Podemos si algún día, como ya a algunos les parecía previsible, o inevitable, llegaban a una alianza. Y así ocurriría unos meses más tarde, cuando Sánchez, teniendo a un antimonárquico furibundo como Iglesias en su gobierno, se convirtió en el apoyo necesario para que no cayera Felipe VI.

Ximo Puig un día, hablando en su despacho de la Generalitat, me dijo: «El PSOE siempre ha sido un apoyo de la monarquía» (supongo que se refería a la etapa posfranquista, claro). Desde luego, Sánchez, aunque desde la oposición al PSOE se afirma tenazmente lo contrario, ha respaldado continuamente la figura del rey Felipe VI, y voces de la propia Zarzuela así lo reconocen. ¿Qué hubiera ocurrido si el PSOE se hubiese sumado al activismo republicano de sus socios de gobierno, los de Podemos? La monarquía posiblemente hubiese sufrido un quebranto y el vuelco político hubiese sido total.

Julio Feo, que fue secretario general de la Presidencia con Felipe González —el hombre que «fabricó» a Felipe, le decía yo, para comprobar, divertido, cómo lo negaba de manera tajante—, fue el primero que me dijo, allá por 2013, que Sánchez sería presidente. Había conocido al nuevo secretario general durante un par de viajes de este a Segovia, donde Feo residía, una vez para conocer a quien fue la mano derecha de Felipe González, y otra para participar en una reunión de afiliados. Feo encontró, me dijo, que «tenía buenas hechuras de presidenciable». Y que era «moderado», como lo era González. «Acabará siendo presidente», reiteró Feo.

Se lo dije un día a Sánchez, cuando este participaba en el programa de Carlos Herrera (entonces, Sánchez aún se dejaba entrevistar por periodistas como Herrera. Ahora, desde hace ya mucho tiempo, no. Parece un error más en su política de comunicación):

—Yo sí creo que usted puede llegar a presidente, digan otros lo que digan —le comenté—. Lo que no sé es cómo; y tal y como van las

encuestas parece que lo va a tener usted difícil…

—No tenga dudas, señor Jáuregui; llegaré a ser presidente —replicó, tajante. Faltaban apenas cuatro días para las elecciones «que todo lo van a poner patas arriba», según diría un dirigente socialista de los que no tenían tanta confianza como Sánchez en la victoria.

Escribí una crónica en la que, parafraseando algo que los militantes le gritaban a Zapatero cuando ganó las elecciones de 2004 («no nos falles», le decían), concluía impetrando: «Pedro, no nos falles… más». Y es que alguna metedura de pata, como por ejemplo pedir la supresión del Ministerio de Defensa, ya había tenido, aunque cierto es que esta en particular se apresuró a corregirla. O pedir a sus eurodiputados que no votasen al flamante presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, lo que, como antes decía, tanto la coherente «número uno» de la lista socialista en Europa, Elena Valenciano, como el «número dos», Ramón Jáuregui, consideraron una tremenda equivocación. Algo que el segundo ni siquiera se molestó en disimular, ganándose para siempre la animadversión de Sánchez.

—He escrito «Pedro, no nos falles» —le dije un día cuando le encontré en una recepción en el Palacio de Oriente.

—No, lo que has escrito es «no nos falles… más» —respondió, aún sonriente, el mandatario socialista. Vaya, leía o le leían más cosas de las que suponíamos.

«Estás obsesionado con la gran coalición», dijo Óscar López

Una semana después de los resultados electorales se reunió el Comité Federal socialista para valorar qué hacer. Muchos comentaristas escribían que el clima en torno a Pedro Sánchez estaba, cuando menos, viciado, y eso que él había tratado de convertir una indudable derrota en un triunfo relativo.

El día anterior, el secretario general había cometido el error de decir que era él mismo quien debía decidir sobre los pactos para formar una mayoría de investidura. Eso relegaba a los demás al mero papel de espectadores o de comparsas. Y todos pensaban entonces, en el Comité Federal, que Pedro estaba dispuesto a reeditar los pactos que tan útiles fueron para que el PSOE se hiciese con algunas presidencias autonómicas y con muchos ayuntamientos el pasado mayo. Es decir, pactar con Podemos y con otras fuerzas de izquierda y nacionalistas. Los del «sanedrín» del PSOE pensaban muy de otra manera: que debía ser el Comité Federal quien tuviese la última

decisión y también la última palabra. Y de pactar sin condiciones con Podemos, nada; primero, los de Pablo Iglesias tendrían que renunciar a traspasar la «línea roja» en la que exigían un referéndum de autodeterminación en Cataluña, que se delineaba ya como el gran problema nacional. Y lo de acercarse a los nacionalistas, ni pensarlo.

Tanto Susana Díaz como los «barones» territoriales Javier Fernández (Asturias), Emiliano García-Page (Castilla-La Mancha), Guillermo Fernández Vara (Extremadura), Ximo Puig (Valencia) y los secretarios generales de varias federaciones pensaban que una alianza nacional con Podemos, además de con los «separatistas» de Esquerra Republicana de Catalunya, destrozaría las posibilidades electorales del PSOE en muchos puntos de España.

Se comentó que, en particular, Fernández Vara, con grandes posibilidades de hacerse con la Junta de Extremadura en unas próximas elecciones frente al «popular» José Antonio Monago —muy polémicamente asesorado entonces por Iván Redondo, como era bien conocido—, había sido muy severo con Sánchez: «Prométeme que nada de alianzas con los nacionalistas», cuentan que le dijo, mirándole a los ojos. Sánchez, al parecer, prometió.

Ahora, poco queda ya de aquellos recelos. Hablé con Fernández Vara a finales de abril de 2022 y, como me había ocurrido poco antes con Emiliano García-Page, con Ximo Puig o con Javier Lambán, percibí que el «frente opositor» de los barones a Sánchez se había difuminado no poco. Algo que resultaba perceptible ya desde el 40º congreso y que se iba acentuando según avanzaba la legislatura que teóricamente acabaría con las elecciones a finales de 2023. Sánchez carecía, al menos a primera vista, de oposición interna «organizada» en el PSOE.

Pero entonces, comienzos de 2016, la «vieja guardia» socialista, muy vinculada a los años en los que gobernó Felipe González, recelaba mucho de cualquier pacto con Podemos. Tampoco, es la verdad, acababa de gustarles Pedro Sánchez, a quien veían fácilmente manipulable y demasiado blando con el partido de Pablo Iglesias. Y vaya si mostraron ese disgusto algunas gentes como el que fuera ministro del Interior, el inflamable José Luis Corcuera. O Joaquín Leguina, que fue el único presidente socialista de la Comunidad de Madrid. O Francisco Vázquez, exalcalde de La Coruña. Muchos medios de la derecha les acogían, encantados con sus críticas, a veces, como en el caso de Corcuera, verdaderamente feroces, contra el secretario general y a veces desde posiciones fuertemente conservadoras.

En aquellos momentos no había prácticamente un medio de comunicación importante que predicase el pactismo con Podemos.

Muchos de esos medios y de los columnistas y tertulianos de radio y televisión apoyaban casi sin reservas, pero con nula confianza en que esto ocurriese, un gobierno de gran coalición PSOE-PP más Ciudadanos. Que ya se ha dicho que era una posibilidad que Mariano Rajoy había dejado entrever que estaba dispuesto a ofrecer en cuanto Pedro Sánchez abandonase su «no es no» a cualquier diálogo con «la derecha», representada en esos momentos por el muy gallego presidente del Gobierno.

Nunca iba a ser posible, pese a que era una tesis que ganaba peso en las instituciones —entre ellas, en la crecientemente alarmada Zarzuela—, en las redacciones, en el Ibex y hasta, para lo que valiesen, en las encuestas.

«Estás obsesionado con la gran coalición», me espetó un día, por los pasillos del Congreso, un Óscar López naturalmente entregado, entonces, al frenesí de Sánchez. El frente estaba abierto.

5

PABLO IGLESIAS, AL DESNUDO PESE AL *DRESS CODE*

22 de enero de 2016

El rey comenzaba sus consultas de cara a la investidura de un posible presidente del Gobierno. Los números no daban para una mayoría fácil, a menos que se propiciasen alianzas en ese momento imposibles de adivinar. Pablo Iglesias fue a ver al rey en el turno protocolario de audiencias de cara a la posible investidura de un «presidenciable». Acudió vestido con el *dress code* que había considerado oportuno para la ocasión: pantalón vaquero y camisa remangada por debajo del codo. Cuando salió, se enfrentó a la prensa. Con los ojos como platos, jamás pensamos que íbamos a escuchar lo que escuchamos.

Porque, sin haber advertido para nada a Pedro Sánchez, que aún no había sido recibido por Felipe VI, Iglesias sugirió en la rueda de prensa convocada en el Congreso tras su paso por La Zarzuela que él, Pablo Iglesias, ofrecía a Sánchez un acuerdo mediante el que él, Pablo Iglesias, ocuparía una Vicepresidencia del Gobierno, controlaría a cuatro ministros de «su» partido, se haría cargo de los servicios secretos y de los medios de comunicación públicos (TVE principalmente). Y establecería un ministerio «plurinacional» que correspondería a «un catalán» (era Xavier Domènech, aunque no lo explicitó) cercano a Ada Colau.

Pablo Iglesias, una pesadilla para Sánchez. Pero le hizo vicepresidente. (Foto: Javi Martínez / *El Mundo*).

Para que no faltara nada a la hora de la bravata, señaló que, pese a los malos resultados obtenidos por el PSOE, Sánchez podría presidir el Gobierno, lo que era «una sonrisa del destino, que me debe». A él, a Pablo Iglesias. Ahí quedaba eso. Obviamente, lo que Pablo Iglesias pretendía aquella tarde era acabar con cualquier posibilidad de pacto con el PSOE de Sánchez. A él, parecía claro, le interesaban unas nuevas elecciones en las que confiaba sobrepasar, esa vez sí, a los socialistas.

Lo verdaderamente increíble es que, tres años después, y tras una serie de vicisitudes que ni el guionista más fantasioso podría haber imaginado, Iglesias conseguiría prácticamente todos sus objetivos, aunque en tono menor: la vicepresidencia, cuatro carteras —no la de la «plurinacionalidad»—, entrar en la comisión de control de los servicios secretos y la posibilidad, orgullosamente anunciada por él mismo, de meter la mano en la televisión pública, cosa que consta que hizo con la complicidad de la entonces responsable «provisional» —estuvo casi tres años— del Ente, Rosa María Mateo. Tardó, sí, algo más de tres años, pero Pablo Iglesias logró buena parte de lo que había exigido a su salida del encuentro con el rey. Que, por cierto, fue

quien hubo de contar a Sánchez lo que Iglesias le había revelado que iba a difundir a continuación a los periodistas.

Que el secretario general socialista no rompiera sus relaciones de inmediato con Podemos y que siguiese explorando caminos para un acuerdo que no se iba a producir entonces, sino al cabo de los años, revela hasta qué punto estaba Sánchez dispuesto a hacerse con el sillón de La Moncloa sacrificando incluso su dignidad personal, pisoteada obviamente en la rueda de prensa de Pablo Iglesias. Y evidenciaba, para satisfacción de Iglesias, político sin duda de más largo alcance que Sánchez, aunque mucho peor dotado para la «resiliencia», hasta qué punto no estaba dispuesto a hacerlo contando con el Partido Popular.

«Rajoy, abandona toda esperanza porque el PSOE no va a indultarte», proclamó Sánchez en un tenso Comité Federal que tuvo lugar el 30 de enero. Para entonces ya se sabía que el presidente del Gobierno y del Partido Popular había declinado la invitación del rey para intentar formar gobierno. Otro episodio inédito en la traqueteante política española: el prudente Rajoy se pasaba de frenada.

Así que ahora le tocaba a Sánchez intentar formar gobierno. Y estaba dispuesto, cómo no, a intentarlo. A Sánchez se le pueden achacar muchos defectos, que sin duda los tiene, pero no la falta de valor. En su aún relativamente breve trayecto por el Olimpo de la política española, más de una vez se ha lanzado de cabeza a aventuras que forzosamente tenían que salir mal, pero que acabaron saliéndole bien.

«Tiene siete vidas políticas», comentaban, asombrados, incluso algunos colaboradores en Ferraz. La consulta a los militantes, para saber por dónde deseaban orientar los pactos para la investidura, centrando la pregunta en Ciudadanos y no en Podemos, fue otra de las «arrancadas» que pasmaron a los suyos… y a los de la oposición. Aquel hombre no se detenía ante nada. Ni siquiera ante la cuestionable iniciativa de someter a la militancia una pregunta sobre con quién pactar, tan genérica en su formulación —la consulta se hizo los días 25 y 27 de febrero— que era como dar un cheque en blanco al secretario general para hacer un pacto con quien quisiera, excepto, quizá, con «la derecha». Y ese cheque casi —casi— en blanco se lo dieron. Al menos, la militancia se lo dio. Los llamados barones no tanto.

Lo de Podemos

Luego estaba lo de Podemos. Algo totalmente inédito en la política española —y en la europea— que un cronista político no podía desconocer. Nadie que pretendiese estar en la política podría ignorarlo, pese a la opacidad de sus responsables. El 15 de noviembre de 2014 se produjo el nacimiento «formal» de Podemos en el Teatro Apolo de Madrid. De aquellos dirigentes congregados en el escenario hoy no queda ni uno, si exceptuamos el cuestionable caso de Irene Montero. Ni siquiera el propio Pablo Iglesias. Y, abriendo el abanico, resulta curioso comprobar también que, de los líderes políticos nacionales que iniciaron el curso 2016, hoy, ante los comienzos de 2023, no queda nadie… excepto Pedro Sánchez, claro.

En un programa en el que Carlos Herrera entrevistó a Pablo Iglesias, este ofreció un giro de su desconcertante personalidad: «Cuando ves que puedes tener responsabilidades de poder, ya no puedes seguir haciendo el *enfant terrible* por ahí», dijo, como anunciando una etapa de mayor seriedad, en la que no iba a ir discriminando como «casta» a todos los del «candado del 78», etcétera.

Luego, en uno de esos desayunos multitudinarios en el hotel Ritz, organizados por José Luis Rodríguez, presidente de Nueva Economía, comprobamos que Pablo Iglesias parecía haber iniciado un viraje hacia una mayor moderación, hacia una aceptación de los valores de la historia de la Transición y una menor inflexibilidad en materia de política internacional. Y de la monarquía, que estaba experimentando un no tan inesperado viraje con la abdicación de Juan Carlos I, ni una palabra. Todavía.

Pero no; los bandazos continuaron bien pronto. Primero, pegándose a la estela de Syriza, el movimiento que Tsipras hizo triunfar —un poco efímeramente— en Grecia. Hasta que, en el verano de 2015, Tsipras se deshizo de su incómodo «superministro» económico Varoufakis —un modelo para Iglesias en cierto modo; pero el griego apenas duró siete meses en el cargo, e Iglesias iba a permanecer un año, dos meses y dieciocho días en la vicepresidencia — y aceptó los ajustes dictados por Bruselas y la convocatoria de nuevas elecciones.

En abril de 2016 ocurría casi lo mismo que a finales de 2014: que el ideario de Podemos era una incógnita, un programa movedizo en función de coyunturas, modas y hasta caprichos. Con Podemos nunca podías saber a ciencia cierta si era un ariete contra el separatismo o un cómplice de las tentaciones que evidenciaba el molt honorable *president* de la Generalitat Artur Mas, luego sustituido, a comienzos de

2016, por un casi desconocido Carles Puigdemont. Artur Mas, por cierto, algunos años antes, me dijo que «ser independentista es ser retrógrado». Luego las cosas cambiarían, quizá con ayuda de algunos errores de Zapatero, y Mas se iba a convertir en el «padre de la independencia» catalana.

Pero, siguiendo con Podemos, podía traer unos esquemas económicos renovadores o simplemente imposibles de aplicar en un país occidental. Podía Iglesias ir a una audiencia del rey en vaqueros y camisa arremangada y aparecer en la gala de los premios Goya vestido con un gastado esmoquin que, se lo dije a la cara, le sentaba particularmente mal. No era, en suma, pensaban muchos socialistas importantes —y, desde luego, todos los «veteranos» del partido—, una formación de gobierno, aunque hubiese cosechado unos muy buenos resultados (69 diputados) en las elecciones de diciembre de 2015. Y, para colmo, la formación morada había conseguido, merced a pactos diversos, no poco poder territorial sin siquiera quemar demasiado sus siglas en las elecciones municipales y autonómicas.

Sí, el año 2015 había resultado muy rentable para Podemos. Para Sánchez, pensaban todos en 2016, los «morados» iban a ser solución y problema. «Puede que, con ellos, el PSOE esté destinado a ser absorbido y quizá hasta a desaparecer; pero, sin ellos, habríamos perdido toda nuestra influencia ya en estas elecciones», nos dijo, *off the record*, a un grupo de periodistas un dirigente socialista entonces —ahora no tanto— muy cercano a Sánchez.

Confieso que me equivoqué al opinar en tertulias y columnas en aquellos días: dije que probablemente nunca se produciría un pacto entre Podemos y el PSOE. Y citaba a fuentes socialistas, que se horrorizaban ante la posibilidad de un acuerdo de legislatura con alguien como Pablo Iglesias. Y, por cierto, mis fuentes no estaban demasiado alejadas en aquellos momentos del entorno de Pedro Sánchez, que fue, recordemos, el primero que dijo aquello de que ni él ni el 95 por ciento de los españoles podrían dormir tranquilos teniendo a Pablo Iglesias y a su coalición en el gobierno.

Un día, almorzando con el entonces casi todopoderoso secretario de Organización del PSOE, César Luena, hoy alejado de la primera fila del poder, le escuché decir, textualmente: «La relación de PSOE y Podemos es más o menos la misma que la del Madrid y el Barça, nos odiamos. Otra cosa es que estemos condenados a entendernos, y lo haremos para echar al PP del poder».

Hasta diecisiete veces le había dicho «no» Sánchez a Rajoy, evidenciando de sobra la imposibilidad de un pacto «con la derecha». Los términos «izquierdas» y «derechas» eran muy usuales en los

parlamentos del secretario general del PSOE, empleados, claro está, en plan de confrontación.

Empieza «el viacrucis» de Pedro

Como no podía ser de otra forma, Pedro Sánchez no iba a resultar investido aquel 1 de marzo de 2016. Tampoco en la segunda sesión, dos días después. Apenas contó solamente con el apoyo de Ciudadanos, porque, insistamos, Podemos se aferraba a las encuestas que le sugerían un posible *sorpasso* a los socialistas en unas elecciones, y eso era lo que Pablo Iglesias deseaba: unas elecciones anticipadas, muy anticipadas, para «merendarse» al PSOE. Aunque, claro, lo que Iglesias alegaba para defender su abstención en la investidura de Sánchez es que este hubiese suscrito un pacto con Ciudadanos, «un partido incompatible con Podemos».

Cierto que en aquellos meses de 2016 que podrían haber cambiado España, se barajaron muchas posibilidades. Una de ellas, una alternativa a Rajoy en el PP. Pero ¿quién? Y, además, el presidente no estaba dispuesto a ser sustituido, así, sin más, para que el PP pudiese llegar a un improbable pacto con el PSOE de Sánchez. Quien, en su primer encuentro tras las elecciones, apenas le había dedicado veinte minutos en medio de una frialdad glacial.

A sostenella y no enmendalla contribuyó, además, la convicción de Rajoy y del PP de que Sánchez nunca conseguiría un pacto con su izquierda e independentistas, porque, pensaban, ni su partido ni buena parte de sus electores lo entendería. Con lo cual, o bien se allanaba Sánchez a las presiones que le invitaban al pacto de gran coalición, o bien se decantaba por llevar al país a unas nuevas elecciones.

El acuerdo con Ciudadanos, que contenía elementos interesantes para la buena marcha del país y que llevaría final y efímeramente a Sánchez a una investidura fallida, no lo contemplaba nadie en el PP semanas antes de que se produjese, por una simple cuestión aritmética: los números —y se barajaron muchas combinaciones numéricas en esos días— no daban. Y atención —aunque en la nómina de errores del PP se incluye también haber dejado pasar por alto este detalle—, porque el secretario general del PSOE cedió senadores socialistas a Esquerra Republicana y a Democracia i Llibertat para que pudieran formar grupo parlamentario en la Cámara Alta. ¿Tenía ya en mente Sánchez un futuro pacto con los nacionalistas? Algunos así lo vieron y lo comentamos en aquellos momentos. Aunque Sánchez

aseguraba que el pacto con los nacionalistas estaba excluido de sus propósitos. Claro que hay que reconocer, a la luz de lo que luego hemos visto, que la credibilidad del líder socialista en este terreno era perfectamente descriptible. Y claramente mejorable.

Entre Alemania y Portugal

Quizá es que entonces todavía no habíamos tenido el tiempo suficiente para conocer a Sánchez, dotado de un talento para la mejor y la peor maniobra política acaso bastante superior al que le presumíamos. Un talento que a veces no pasaba precisamente por donde los demás creían que pasaban el sentido común y la lógica. Ni la lealtad. Sánchez iba a vencer a la quizá anticuada lógica política, a los manuales al uso. Y quizá ahí radique uno de los secretos de sus logros.

Las eternas dos Españas se dividían en aquellos momentos entre quienes querían esa gran coalición «a la alemana» (de entonces) y los que preferían un gobierno netamente de izquierda —«a la portuguesa», decían, refiriéndose al pacto en la anterior legislatura lusa de Antonio Costa con los comunistas y los «podemitas» portugueses, el Bloco de Catarina Martins—, con un acuerdo de legislatura entre PSOE y Podemos. Más las fuerzas residuales que fueren precisas, de múltiple procedencia.

Era el «gobierno Frankenstein» certeramente definido por Alfredo Pérez Rubalcaba desde su retiro —relativo— en la docencia universitaria. Aunque, por supuesto, nadie pensaba a aquellas alturas en un gobierno de coalición PSOE-Podemos; como mucho, un pacto parlamentario, pero con un gobierno monocolor socialista. O al menos, aunque lo pensase, nadie expresaba otra cosa: parecía un pronóstico excesivamente arriesgado.

Entre Sánchez y Rajoy empezó una «guerra de documentos» con los respectivos programas de gobierno. Documentos que eran papel mojado casi al día siguiente, sin que el uno hubiese leído los papeles del otro, lo que da una idea aproximada de hasta dónde habíamos caído en la estéril pelea política española. Entre enero y octubre de 2016, mes este último en el que nació «Pedro Segundo», todo fue una auténtica locura, un vacío de poder —con el gobierno de Mariano Rajoy en funciones— y con unas nuevas elecciones por medio. Todo lo cual propiciaba que, mientras tanto, Puigdemont y su camarilla en el *Govern* catalán pudiesen acelerar un *procés* que necesariamente tendría que acabar en desastre. Como así fue.

El 7 de abril de 2016, por la tarde, se había producido la primera —y última— «reunión a tres» entre el PSOE, encabezado en esa ocasión por Antonio Hernando, Ciudadanos, con el vicesecretario —hoy también desaparecido en combate— José Manuel Villegas, y con asistencia del mismísimo Pablo Iglesias en representación de Podemos. Se buscaba el acuerdo para formar un gobierno entre los tres y se constató la imposibilidad de hacerlo. Después de que Iglesias dijese que no pensaba comparecer ante los periodistas tras la reunión, fue Antonio Hernando quien, con cara de circunstancias, apareció por allí aquel jueves por la tarde para decirnos —sabiendo que no era así— que todavía era posible el acuerdo para llegar a una mayoría de 199 diputados —PSOE, Podemos y Ciudadanos— de cara a una investidura de Sánchez.

Al día siguiente, Iglesias y su plana mayor, incluyendo al recién «ascendido» Pablo Echenique, salían para decir que de eso nada. Nada de acuerdo, mientras Ciudadanos estuviese en el paquete de (des)entendimiento. Nadie, por supuesto (¿excepto Sánchez y sus íntimos?), esperaba otra cosa.

El colmo de los colmos: el «papel de El Pardo»

En su comparecencia del día 8, Iglesias nos anunció un referéndum entre las bases —la modalidad se estaba poniendo en boga— para saber si los inscritos en Podemos respaldaban el acuerdo con PSOE y Ciudadanos. Tan claro lo tenía el líder de Podemos que unió su futuro político al resultado de la consulta: si sus afiliados respaldaban el pacto con PSOE-C's, él se iría. Demasiado bien sabía que no tendría que irse, porque los resultados de la consulta fueron, claro, los previsibles y previstos.

Inmediatamente después de la aparición de Iglesias, Antonio Hernando, el mismo que decía la tarde anterior que aún albergaba esperanzas de que el pacto por el que luchaban los socialistas pudiese llegar a buen puerto, volvía a ocupar el atril de la sala de prensa —ah, qué días de agitación aquellos para los periodistas…— del Congreso de los Diputados para atacar con especial dureza a Podemos, que «nunca ha querido negociar». Menudo papelón le tocó desempeñar al pobre Hernando. A buenas horas se enteraba el PSOE de algo que todos los periodistas, y el resto de los españoles, sabían desde hacía tiempo: Podemos, de nuevo lo repetimos, no quería negociar porque deseaba unas nuevas elecciones que le permitiesen, quizá, situarse por

encima del PSOE, que estaba sufriendo un inmenso desgaste.

Tampoco estaba seguro Iglesias de que la suma PSOE-Podemos bastase para formar un gobierno sólido y, en esos momentos, ni en sus mejores sueños podría haber imaginado que se podría formar una mayoría «de hecho» con los partidos nacionalistas y separatistas, algo que los «barones» socialistas, los veteranos y buena parte de la militancia rechazaban de plano entonces. Entonces.

El 26 de abril, cuando el rey tenía previsto recibir a los más importantes dirigentes políticos para constatar que definitivamente no habían podido llegar a un acuerdo para una investidura, había amanecido con los augurios de lo inevitable. Aunque aún había quien esperase una sorpresa en el país de las sorpresas. Un «tamayazo». Un movimiento «a lo Puigdemont», el individuo de menos que mediocre trayectoria que había escalado desde la alcaldía de Gerona hasta la presidencia de la Generalitat de modo por completo inesperado. Quién sabía qué.

La «charlotada» —la definición no es mía— saltó a las nueve de la mañana. Joan Baldoví, el representante de Compromís en el Congreso, un tipo por lo demás habitualmente razonable, compareció con los otros tres diputados de la formación para anunciar que presentaría al rey un programa de treinta puntos; un intento de forzar, el último día de plazo, un acuerdo con el PSOE. Un proyecto de «gobierno de progreso» que contaría con el PSOE, Podemos, las Mareas, el partido de Ada Colau y la abstención —para nada garantizada, desde luego— de Ciudadanos para llevar a Pedro Sánchez a La Moncloa.

El «programa» había sido redactado apresuradamente la noche anterior. Tenía apenas tres folios y había sido bautizado, vaya usted a saber por qué, como «el pacto de El Pardo». La denominación era lo más original que aportaba aquella «chapuza», en palabras de Albert Rivera cuando, horas después, salió de entrevistarse con el rey. Estaba claro que, con Compromís o sin él, había acabado el juego. Tardó en comprenderlo, por lo visto, Pedro Sánchez, que envió esa mañana a su portavoz parlamentario, Antonio Hernando, a hacer el ridículo una vez más. Porque el PSOE se aferraba al «papel Compromís», un conjunto de vaguedades, del que dijo compartir veintisiete de los treinta puntos, agarrándose al papelucho como a un clavo ardiendo para creer que el ascenso a La Moncloa de Sánchez aún era posible.

Si dedicamos alguna atención al «papel Compromís» y algo de detenimiento a todo este loco proceso tan arduo, es para mostrar hasta qué punto se había empobrecido el debate político en la España de aquel año, hasta qué punto la improvisación sustituía a la planificación, las ambiciones a los ideales.

Fueron unos meses en los que, justo es decirlo, lo mejor que había ocurrido era el efímero acuerdo «regeneracionista» del PSOE con Ciudadanos y después, cuando este no fraguó en una posibilidad de gobierno, entre Ciudadanos y el PP. El partido de Albert Rivera mostró que podría ser un perfecto «partido bisagra» para formar un ejecutivo de centro-izquierda o uno de centro-derecha.

Dos acuerdos programáticos, el de PSOE-Ciudadanos y el del PP-Ciudadanos, casi iguales, que mostraban que las diferencias ideológicas en pugna eran muchas menos que la pelea por el poder. Lo que ocurría es que el líder de Ciudadanos se exasperaba cuando alguien pronunciaba ante él la palabra «bisagra».

Bien que muchos periodistas pudieron comprobarlo personalmente cuando alguna vez hablaron del tema con Rivera. Bien que pudieron percibirlo algunos representantes de aquel extraño Consejo Empresarial de la Competitividad que, encabezado por el entonces presidente de Telefónica, César Alierta, trataba, desde las sombras y desde fuera de las urnas, de «ordenar» el panorama político español. Sin mayor eficacia, como bien podía comprobarse.

Albert Rivera, un viento disparatado

Luego, un viento de locura anegó el cerebro político de Albert Rivera, cuando este se creyó llamado a más altos destinos —liderar una derecha moderada y presidir un gobierno de estas características— y todo se fue al garete. El empecinamiento en el error de Rivera fue culpable de muchas de las cosas malas que iban a suceder en los meses y años siguientes.

Pronto, tras la «papela de El Pardo», los demás partidos colocarían a Sánchez ante la realidad. Una realidad que, algo ojeroso y tratando de mantener la presencia de ánimo, Sánchez hubo de constatar cuando se enfrentó a la prensa tras su encuentro con Felipe VI. Habría elecciones, y los culpables no eran otros, dijo, como era previsible que diría, que Pablo Iglesias, «que nunca quiso pactar de veras» (¡se enteraba entonces el secretario general socialista!), y, claro, Mariano Rajoy.

Bueno, por si faltaba algo para el desencuentro total, Iglesias había incluso protagonizado poco antes aquel vergonzoso teatrillo en el hemiciclo del Congreso, el episodio de la cal viva: «El señor Felipe González tiene al pasado manchado de cal viva», había dicho, para irritar a los socialistas, el líder «morado», intentando rememorar

aquella terrible acción de los GAL disolviendo los cuerpos torturados y asesinados, presuntamente por guardias civiles, de los etarras Lasa y Zabala, en 1983.

Ya lo decía Lenin, con perdón: no hay teoría revolucionaria, sino práctica revolucionaria. Y, aquí y entonces, la revolución era una involución permanente, una marcha atrás cangrejera. La revolución era una asamblea universitaria de la Sorbona en el sesenta y ocho, un fuego de artificio para que Iglesias jugara a ser Lenin. E Irene Montero, La Pasionaria.

¿Estamos todos locos o qué?

Todo lo ocurrido entre finales de diciembre de 2015 y comienzos de noviembre de 2016 no fue sino una carrera en pelo para sustituir a Rajoy en la Presidencia del Gobierno costara lo que costara. No fueron los méritos de los «populares», seguramente, sino los errores de los demás, lo que afianzó al PP en el gobierno ante las nuevas elecciones, anticipadas finalmente al 26 de junio de 2016.

El 3 de mayo, en pleno caos político, el rey dio por concluidas sus consultas para la imposible investidura y Rajoy convocó, ese día, las elecciones para finales del mes siguiente.

Y ahí fue donde se desataron todos los demonios del infierno. Para Sánchez, claro.

Si en diciembre había podido escribir, en una crónica de urgencia de la noche electoral para OTR —provocando la confusión con el falso «primo» Ramón Jáuregui—, que, forzando mucho las cosas, Pedro Sánchez podría haber formado gobierno, en junio eso ya no era posible. Aunque el Partido Popular siguiese sin lograr una mayoría suficiente, ganó, y pasó de tener 123 escaños a 137. Unidas Podemos, la flamante yuxtaposición de los morados con la Izquierda Unida de Alberto Garzón, perdió más de un millón de votos —empezaba una lenta cuenta atrás— y los socialistas perdieron más de cien mil votos y cinco escaños, de nuevo el peor resultado, apenas 85 diputados, desde la restauración de la democracia.

De nuevo, Sánchez salió, animoso, a la palestra, a decir que el resultado era mejorable, pero no tan malo. Al menos, no había habido *sorpasso* de Podemos con respecto al PSOE. Y a ello se aferró el secretario general socialista para mantenerse aquel verano, y hasta el fatídico 1 de octubre, frente a las voces que, primero soterradamente, luego no tanto, por fin como un clamor, reclamaban su dimisión. Por

bastante menos, le increparon, se había marchado Rubalcaba, ahora empeñado en su silencio universitario. Y por menos aún se había marchado Joaquín Almunia en 2000, cuando el PSOE se quedó en 125 diputados. Y de los ejemplos franceses, británicos o italianos ya ni hablemos.

Con su proverbial presencia de ánimo, Sánchez mantenía el tipo, ajeno a lo que muchos escuchaban: el descontento en el PSOE era un clamor; la decepción, casi universal en el partido. Pero la verdad era que Sánchez había aprovechado la ocasión para conocer mejor a «su» militancia, para reforzar anclajes municipales, en agrupaciones aparentemente pequeñas. Seguramente no estaba preparado para un varapalo de las dimensiones del que iba a recibir, pero sin duda sí estaba bastante armado para resistir la adversidad.

Rajoy o no Rajoy, he ahí el problema

Rajoy, tras las elecciones, no tenía mayoría para lograr la investidura como presidente del Gobierno. Pero no menos cierto era que los socialistas, que acababan de recibir otro varapalo en las urnas, no podían arriesgarse a que un nuevo fracaso de los acuerdos políticos llevase a otras elecciones, que serían las terceras en menos de un año, tras las de diciembre de 2015 y las de aquel junio de 2016.

Porque, de seguir la deriva del PSOE en las elecciones, el resultado, prácticamente seguro, podría ser aún peor, verdaderamente histórico, hubiese o no *sorpasso* de Podemos: los españoles iban, sin duda, a culpar a los dirigentes socialistas en primer lugar —no eran los únicos responsables, desde luego— del pésimo estado de cosas en el terreno de la política. El partido corría, esta vez sí, pensaba una mayoría de los dirigentes, el riesgo de desaparecer o, al menos, de sufrir un descalabro tan profundo como los que han afectado a los correligionarios mediterráneos. «Si vamos a otras elecciones, corremos un riesgo mayor que el de que Rajoy gobierne en minoría: el de que gobierne con mayoría», decía el respetado presidente asturiano Javier Fernández, uno de los dirigentes más destacados que pensaban que el «no es no» por principio a Rajoy constituía un grave error y se había posicionado, radicalmente, frente a Sánchez.

Además, ¿con quién se aliaría el PSOE para lograr la investidura? ¿Con Podemos, que ya les había fallado en la ocasión anterior? ¿Con los nacionalistas, que eran una línea roja que los «barones», y otros muchos, no estaban dispuestos a traspasar? Las discrepancias se

plantearon pronto, con motivo de la celebración del comité territorial, previo al Comité Federal posterior a las elecciones, que se iba a celebrar en Ferraz.

Se abrió ahí ya una enorme brecha, que Sánchez trató de remendar aceptando la «condena» a los nacionalistas y el rechazo explícito a gobernar con ellos. El PSOE estaba ya escindido de hecho entre quienes querían proseguir con el «no es no» al PP y a cuanto representaba Rajoy y quienes, de manera pragmática, pensaban que mejor sería dejar gobernar a Rajoy, facilitando su investidura en minoría, antes de ir a unas nuevas elecciones que destrozarían definitivamente al partido. Había que esperar a mejores tiempos, pensaban estos últimos.

Y esta fue la polémica, que llegó a alcanzar intensos grados de ferocidad, que presidiría los cruciales meses entre julio y octubre de aquel 2016. Las posiciones llegaron a ser irreductibles: o abstención, al menos de algunos diputados socialistas, para posibilitar la investidura de Rajoy, o mantenerse en el «no es no» absoluto a las posibilidades del líder del PP y presidente del Gobierno en funciones para ser investido y mantenerse en La Moncloa. El PSOE volvía a fracturarse. Pero, una vez más, no iba a romperse.

El tremendo enfado de Felipe González

Y aquí se enciende, de nuevo, una luz roja. Porque, en algún momento, Pedro Sánchez, campeón del «no», llegó a insinuar que podría aceptar en último término la abstención para que Rajoy pudiese seguir siendo presidente del Gobierno: así se lo dijo al menos a Felipe González, a Alfonso Guerra y a Alfredo Pérez Rubalcaba, que, desde su retiro, seguía con pasión, como no podía ser de otro modo, la actualidad de su partido. Luego, cuando Sánchez se decantó absolutamente por la negativa a posibilitar la investidura de Rajoy, prefiriendo unas nuevas elecciones, Felipe González se sintió engañado y prácticamente rompió toda relación con el secretario general de su partido. No volvería a retomarla plenamente —ojo, plenamente: ya hemos visto que algunos encuentros hubo— hasta la al comienzo mencionada aparición estelar en el 40º congreso socialista, en octubre de 2021.

Por cierto, Sánchez jamás admitió haber dicho a Felipe González que aceptaría abstenerse: «Nunca comento conversaciones privadas» fue su frase-refugio cuando los periodistas lograron preguntarle al

respecto. Más tarde admitiría haber mencionado el asunto al expresidente del Gobierno, pero no como Felipe lo había contado: «En esa conversación yo sí hablé con él de la abstención, pero no en los términos que él dijo». ¿Mentía González, mentía Sánchez? ¿Cada uno interpretaba, como suele ser tan habitual en la política española, su verdad?

Forzoso es reconocer que Sánchez, ante la avalancha que se le venía encima, con el enfado creciente de sus barones territoriales —aunque en aquel momento solo el andaluz Griñán y el asturiano Fernández eran presidentes autonómicos—, de los «veteranos» del partido y del mismísimo Felipe González, mantuvo, de nuevo, el tipo.

Las elecciones en Galicia y el País Vasco, celebradas el 25 de septiembre, fueron un auténtico desastre para el PSOE, lo que venía a ser un clavo más en el ataúd de la situación del partido. Pero Sánchez, en una de sus etapas de hermetismo, ni siquiera salió a explicar qué había ocurrido. Y, en cambio, sí se le ocurrió anunciar que iba a celebrar ese mismo otoño el congreso del partido. Eso encrespó aún más los ánimos. Sánchez sabía que él sería, en esas condiciones, el único en presentarse de nuevo a la secretaría general. Y, tras ganar, fortalecido en la secretaría general, pensaba pactar la abstención en la investidura de Rajoy, abandonando su postura del «no, no y no» a todo lo que viniese de Rajoy y del «corrupto» PP. Eso era lo que sus críticos, como me indicó Javier Fernández, creían al menos que anidaba en el fondo de la mente del (aún) secretario general.

Intenté preguntar a Felipe González sobre todo esto. En vano. El expresidente del Gobierno, el hombre que, como antes decía, estaba en la «foto del Palace» hace cuarenta años, se reservaba, quizá para sus memorias. O no quería, cuando yo hablé con él, en los últimos días de 2021, debilitar la posición de quien, como era el caso de Pedro Tercero Sánchez, parecía enderezar el rumbo.

Lo que no significaba que Felipe González no pensase que Sánchez era un veleta, dispuesto a girar a favor del viento que más conviniese. Pero el hombre que se asomó a la ventana del Palace en 1982 no quería, definitivamente, dejar en claro su opinión sobre la trayectoria de Pedro Sánchez.

Crónica de un verano loco para un otoño desastroso

Lo que sigue es una crónica trepidante. Un trimestre que pudo haber hecho trizas al partido más antiguo de España, el que más había

gobernado tras la dictadura. Un periodo en el que cada cual presentaba una idea más disparatada, una operación política más imposible. En el bando de Podemos hasta se planteó un golpe de mano para que fuese Xavi Domènech, de En Comú Podem, el presidente del Congreso; nada menos que un partidario del referéndum de autodeterminación en Cataluña, devenido en tercer representante del protocolo del Estado de España. Menos mal que Sánchez dijo esta vez claramente «no» y acabaría, mediante un encaje de bolillos, colocando a Patxi López en ese puesto.

En el PSOE se levantaban voces pidiendo que Susana Díaz fuese elegida por aclamación nueva secretaria general sustituyendo a Pedro Sánchez. Solamente Javier Fernández y el extremeño Guillermo Fernández Vara, que no eran precisamente «sanchistas» —«no me gustan las aclamaciones», explicó el asturiano—, se oponían a esta operación, creían ellos que montada por Pepe Blanco y, por tanto, por el mismísimo Zapatero.

Quien, por cierto, en algún momento posterior confesó tener «cargo de conciencia» por haber aupado a Sánchez a la secretaría general en aquella reunión «no tan secreta» del hotel en La Finca en 2014: «Ahora hay que sacarlo de ahí», dijo a un interlocutor el expresidente, refiriéndose a Sánchez, a quien, sin embargo, iba a apoyar en su trayectoria posterior, ya como presidente del Gobierno. Los vaivenes de la política en el PSOE son, a menudo, imprevisibles, insondables e inescrutables. Los de Zapatero, también.

Sánchez, en aquellos momentos, desapareció unos días, para desconcierto de todos. Y cuando reapareció, en lugar de analizar los pésimos resultados propios obtenidos en las elecciones, se dedicó a destacar los peores aún obtenidos por Podemos: «Seguimos siendo los líderes en la izquierda». Así se llegó a un Comité Federal más, el 9 de julio, donde hubo quien le recordó que Rubalcaba dimitió habiendo obtenido más diputados que él. Todos salieron aquella tarde de Ferraz sabiendo que no sabían nada: ¿cuál era la estrategia de Pedro? ¿Qué pensaba hacer? ¿Facilitaría o no la investidura de Rajoy, que era el gran tema a debate en el interior del partido?

El rey volvió a encargar formar gobierno a Mariano Rajoy, el 28 de julio, y este aceptó esta vez. Aquel fue un mes de agosto tremendo en cuanto a actividad política. Ruedas de prensa casi diarias en el Congreso, periodistas sentados en el suelo tratando de escribir una crónica de urgencia agosteña en sus portátiles, los líderes políticos compareciendo diariamente con el calor veraniego.

Sánchez se seguía empeñando en el «no» a Rajoy, aunque ya hemos visto que tenía un plan B de urgencia, suponiendo que hubiese

salido adelante su idea de celebrar un congreso de inmediato, a comienzos de septiembre. Al tiempo, se seguía viendo con Pablo Iglesias: «Si Rajoy fracasa, Pedro y yo estamos de acuerdo en que hay que dialogar y en que un gobierno progresista es lo que necesita España», dijo el dirigente «morado» a los periodistas que le aguardaban a la salida de un encuentro con el líder del PSOE.

Rajoy tampoco estuvo inactivo en aquel verano trepidante. A finales de agosto firmó un acuerdo con Ciudadanos, muy similar al que meses antes habían firmado con el PSOE los del partido «naranja». El presidente del Gobierno se entrevistó con Sánchez, en un encuentro que recordemos que duró apenas veinte minutos y del que España estuvo pendiente conteniendo el aliento. Nada. El 2 de septiembre de 2016 Mariano Rajoy fracasó en su intento de investidura: no había logrado la mayoría suficiente. Le quedaba apenas una bala en la recámara. Pero Pedro Sánchez no tenía, en realidad, ninguna. El país entero se preguntaba a dónde podría conducir toda esta locura.

En este marco, González hizo unas durísimas declaraciones a la cadena Ser que suponían, pensábamos, una ruptura explícita con Pedro Sánchez: «El 29 de junio (Pedro) me explicó que pasaba a la oposición, que no intentaría ningún gobierno alternativo y que votaría contra la investidura del gobierno del PP, pero que en la segunda votación pasaría a la abstención para no impedir la formación del gobierno… me siento frustrado, como si me hubieran engañado, no tenía ninguna necesidad».

El proyecto que alumbra Sánchez, ese «gobierno Frankenstein» denunciado por Rubalcaba, «es un proyecto de reino de taifas», sentenció el veterano expresidente.

Es el fin, pensaron muchos.

Sánchez, un hombre (casi) solo

Ya hemos dicho que las elecciones en Euskadi y Galicia fueron una auténtica catástrofe para el PSOE, amenazado con desaparecer, de hecho, en ambas comunidades históricas. Había un proyecto para que dimitiese la Ejecutiva en su totalidad y forzase a Sánchez a marcharse. Dimitiría casi la mitad, diecisiete.

Sánchez, aquel 26 de septiembre en el que reunió a los miembros de la comisión permanente de la Ejecutiva socialista, era un hombre básicamente solo. Con él estaban César Luena, un puñado de diputados —no muchos—, varios alcaldes y, de pronto, Josep Borrell y

Cristina Narbona, dos históricos de peso. También estaban todavía, desde luego, los eternos amigos «del aparato» Óscar López y Antonio Hernando. Todavía, antes de pasarse a otras opciones. Otros, como Patxi López, se mostraban afectos, pero menos incondicionales, buscando terceras vías.

Fue entonces, tras esa catástrofe en las elecciones gallegas y vascas, cuando Sánchez anunció que quería convocar unas primarias exprés el 23 de octubre y un congreso federal a comienzos de diciembre, antes de que se convocasen unas terceras elecciones generales en un año, como antes señalaba. Esa convocatoria se lanzaría, en los planes del secretario general, una vez que hubiese sido aprobada la idea en un Comité Federal que Sánchez convocó para el 1 de octubre. Una fecha que Sánchez jamás olvidará.

«Lo que quería era amarrar la secretaría general y, en el último momento, decantarse por la abstención con Rajoy», repite Javier Fernández, que ya había pasado a ser el principal opositor a Sánchez en la dirección del partido, en connivencia más o menos ocasional con Susana Díaz. Jamás podría Sánchez llevar adelante sus planes convocando esas primarias ni el congreso de octubre. Iba a salir por la puerta de atrás algunos días antes de poder hacerlo.

Sánchez insistió a la prensa en que su opción era el «no» a Rajoy y que trataría de formar un gobierno, en su caso, con «la izquierda». Acababa de dejar «a su derecha» a quienes, en su propio partido, se decantaban por la abstención en favor de que Rajoy pudiese seguir gobernando, qué remedio. La sombra del cisma se cernía sobre el partido. Antonio Hernando llegó incluso a desmentir a Felipe González, que había declarado: «Me siento engañado por Sánchez, porque me había dicho que se abstendría en la segunda votación». Sánchez no le había dicho tal cosa, aseveró, inverazmente, Hernando.

6

EL GRAN BATACAZO Y, DESPUÉS, LA RECONQUISTA

González ya no estaba «como ausente». Se había implicado, ante el riesgo de fractura del partido. Y entonces Sánchez va y suelta: «Yo creo que Felipe González está en el bando de la abstención; yo estoy en el bando del voto en contra a Mariano Rajoy y a favor de crear un gobierno alternativo; me gustaría saber en qué bando está Susana Díaz», dijo, sabiendo perfectamente que la lideresa andaluza no estaba precisamente en su bando. Estaba, más bien, recaudando firmas de dimisiones de miembros de la Ejecutiva para forzar, a su vez, la dimisión del secretario general y la formación de una gestora. Para que, a continuación, ella fuese la llamada —creía ella que por aclamación— a dirigir el partido y a presentarse a las siguientes elecciones como candidata a La Moncloa.

A Sánchez le quedaban horas para convertirse de Pedro Primero el Ascendente en Pedro Segundo el Defenestrado. El PSOE estaba viviendo una tragedia, un drama íntimo que iba a estallar públicamente en las portadas de los periódicos y de los telediarios de todo el mundo cinco días después.

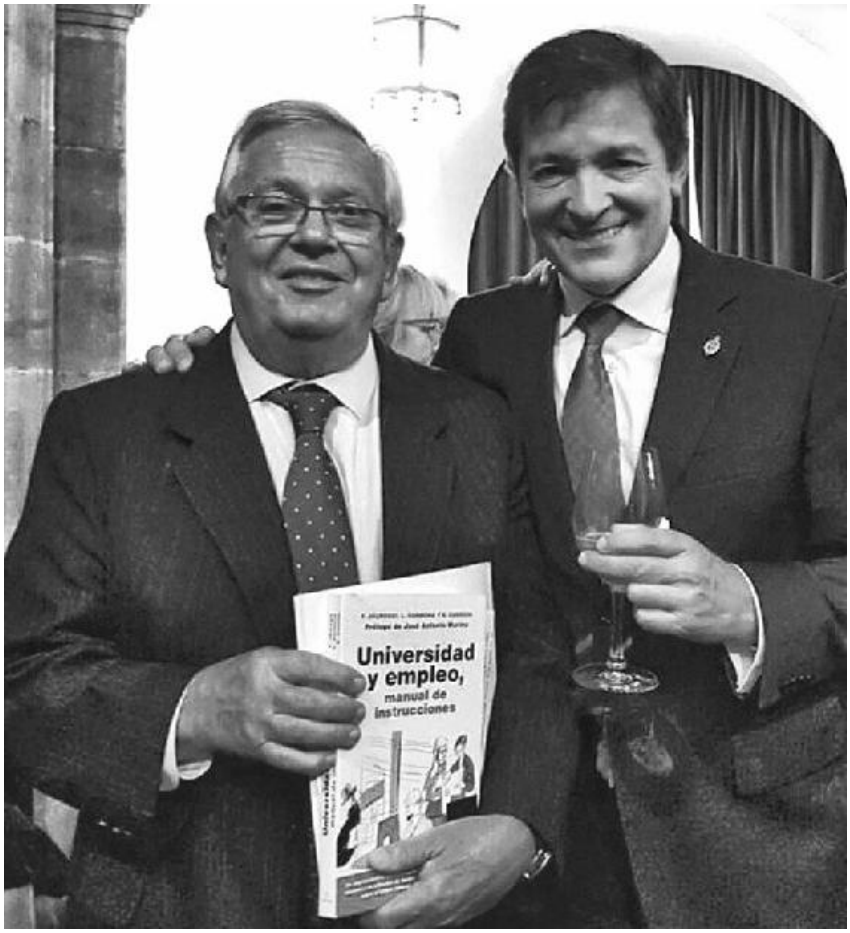
Se aproximaba la celebración del Comité Federal para el 1 de octubre. Sánchez quería forzar allí la convocatoria de «su» congreso y reforzarse como secretario general. El estruendo en el partido era ensordecedor. Los periodistas intuían que ese día iban a pasar cosas. Numerosos militantes de base, la mayor parte decantados en favor de Sánchez, también lo sabían, y tomaban ruidosamente posiciones en los alrededores de la entrada de la sede de Ferraz. Las horas precedentes fueron de una insoportable tensión. La mitad de la gestora había dimitido, la otra permanecía fiel al secretario general. Nadie parecía

saber quién mandaba en el partido. La presidenta del Comité Federal, Verónica Pérez, «susanista», tuvo sus diez minutos de protagonismo la víspera del día fatídico, cuando irrumpió ante los periodistas y dijo: «En este momento, la única autoridad que existe en el PSOE es la presidenta del Comité Federal, que, les guste o no a algunos, soy yo».

Ningún responsable hizo caso a Verónica, y los «sanchistas», que se habían hecho fuertes en Ferraz, casi ni la dejaron entrar en la sede, como tampoco permitieron el paso a los «disidentes» y menos, claro, a los periodistas. Las bases, que acudían a apoyar a Sánchez frente a «los barones», se iban congregando. Hay quien gusta de los tambores de guerra, pero hay también voces más sensatas, como la de Patxi López, que pedían una solución para evitar la ruptura total. Nadie parecía escucharle.

Así se llegó al sábado, 1 de octubre. A las ocho de la mañana ya había movimiento en torno a Ferraz. Los primeros en llegar fueron increpados por los grupos que montaban guardia en la calle: «¡Golpistas!», gritaron a Eduardo Madina, a Javier Lambán y a los que no militaban en el bando de Sánchez. El secretario general llegó una hora después. Los periodistas, por orden estricta de Maritcha Ruiz Mateos, no podían acceder a la sede. Se tuvieron que conformar con «poner el micro» a los miembros del comité que iban llegando, que intentaban salir del paso como podían.

Una jornada dantesca. Poco después de las seis de la tarde, un miembro del Comité Federal, con quien había estado en contacto todo el día, me telefoneó alarmado: los «sanchistas» habían colocado, casi clandestinamente, una urna para votar ni se sabía bien qué. Lo conté en una radio lisboeta, que me llamó porque «esta es la gran historia del día», también en Portugal: los de Radio Renascença llevaban horas abriendo sus informativos con este tema. Y otras radios de media Europa, también.



Javier Fernández se convirtió en el jefe de la oposición interna a Sánchez en el PSOE. (Foto: archivo del autor).

Todos dicen que el partido está roto. Sánchez está impasible, como drogado. Un «susanista» propone que se firme una moción de censura contra el secretario general. Lo que van radiando diversas fuentes desde el interior de Ferraz es pura confusión: «La gente está votando ahora si se convoca el congreso que propone Pedro Sánchez o no». Gana el «no».

Siete vidas políticas

Sánchez anunció allí mismo, por el micrófono, su dimisión como

secretario general. No se sabía muy bien si, en realidad, era más bien una expulsión: los efectos iban a ser los mismos. Poco después de las nueve de la noche abandonaba Ferraz: hay fotografías en los periódicos con su rostro como alucinado. Tras él quedaba un partido destrozado, desmoralizado, dividido. Los «barones» elaboraron la lista de la gestora encargada de encauzar las aguas y gestionar la nueva situación. Al presidente asturiano, Javier Fernández, le tocó presidirla. Sabía que ante él se abría un periodo difícil, lleno de rencillas y rencores. Intuía también en ese momento, diría después, que Pedro Sánchez no estaba políticamente muerto. Otros pensaban (y decíamos) que sí, que estaba muerto y él no lo sabía. Repito de nuevo: gran error.

No estaba muerto, porque Sánchez es como un gato político, con siete vidas, de las que aquel 1 de octubre había consumido solamente dos. En su primera muerte política, Pedro Sánchez había sabido sobreponerse a la que él consideraba como una «humillación» al haberle dejado fuera de la Ejecutiva en el 38º congreso federal del PSOE, celebrado en 2012 en Sevilla y en el que se enfrentaron de manera brutal Rubalcaba y Carme Chacón. Sus dos amigos, con los que inició su carrera política, Óscar López y Antonio Hernando, sí habían entrado en la dirección del partido, lo que hacía más dura su exclusión, narrada muy bien por la periodista gaditana Carmen Torres en su libro *Instinto de poder*. Lo que sí me aseguraron después es que Sánchez, durante algunas semanas, estuvo cercano a abandonar por completo la política.

La segunda muerte política ocurrió, claro, aquel 1 de octubre de 2016 —doce horas de lamentable «espectáculo», retransmitido en directo; negociaciones que no llevaban a ninguna parte, el PSOE escindido—, y era mucho peor, pero constituía, en definitiva, la segunda gran caída en el viacrucis hacia la cumbre.

Sería injusto decir que Pedro Sánchez fue el único culpable de lo ocurrido aquel luctuoso 1 de octubre. Pero sí fue uno de los grandes responsables, quizá el principal. Y, sin embargo, era, como se demostró luego, el que mejor conocía el alma del PSOE.

Exactamente veintidós días después de aquel tremendo 1 de octubre, que iba a dejar heridas en el corazón político de todos los que asistieron a aquel Comité Federal, se celebró otra reunión del máximo órgano decisorio del PSOE entre congresos para aprobar la abstención de los diputados socialistas en la votación de investidura que tenía que consagrar la permanencia de Rajoy en La Moncloa. Susana Díaz aparecía ya como la cabeza del partido, en aparente buena sintonía con el presidente de la gestora, Javier Fernández. 139 votos a favor de

la abstención y 96 en contra definen la división entre «susanistas» y «sanchistas» en el seno del Comité Federal. Rajoy obtenía de este modo su investidura.

Así que Rajoy iba a renovar el 31 de octubre su presidencia tras trescientos días de crisis que tuvieron políticamente paralizado al país, mientras, paradojas de la vida, la nación se recuperaba económicamente. «No digamos esto muy alto, no vaya a ser que la gente se dé cuenta de que los políticos no servimos más que para crear enredos», comentó entonces un diputado del PP, no sé si del todo en broma. Rajoy entonces no lo sabía, pero le quedaban un año y ocho meses en La Moncloa. E iba a ser sustituido, y eso sí que nadie podría haberlo adivinado en aquellos momentos, por el hombre que acababa de salir, con una patada en salva sea la parte, expulsado de Ferraz.

Conversación en La Moncloa con un «alto»

A finales de octubre Pedro Sánchez formalizó su dimisión como diputado. No quería tener que votar la abstención a la investidura de Rajoy, pero tampoco quería votar «no», cosa que sí harían 17 diputados del Grupo Parlamentario Socialista, entre ellos Odón Elorza, Zaida Cantera y Margarita Robles, así como los representantes del Partit dels Socialistes de Catalunya, liderado por Miquel Iceta, que vio aquí una ocasión para mostrar su «independencia».

Aseguran que fue su amigo Óscar López, que en algún momento pasó por ser el «estratega» del conflicto, quien recomendó a Sánchez el abandono del acta. Y quizá quien le animó a hacer, pocas horas después, unas desafortunadísimas declaraciones al programa *Salvados*, de Jordi Évole. «En el Felipe de 2016 muchos militantes socialistas no nos reconocemos; hoy no es dios. En el del 82, sí», rompió Sánchez amarras cuando Évole le preguntó por sus diferencias con el hombre que ganó las elecciones de 1982 para la izquierda por primera vez en cuarenta años.

Habló de Cataluña dentro de una España que «es una nación de naciones, y Cataluña también una nación dentro de otra nación que es España, como lo es también el País Vasco». Elogió a Podemos, al que había llamado previamente «populista», y acusó al sector financiero y a los medios de comunicación —no se privó de citar específicamente a *El País*— de intentar evitar la formación de un gobierno alternativo con PSOE y Podemos: «Querían evitar que la izquierda se entendiera».

Después, Óscar López, un político hábil que es sin duda uno de los

hacedores de Pedro Sánchez, iba a apoyar otra opción para las primarias, la de Patxi López. Algo que dolió no poco al candidato madrileño. Se cuenta que, en privado, habló no poco de «traición». Y más aún le dolió que Antonio Hernando, el restante del grupo de los tres «altos» —y el menos alto de los tres, por cierto—, acabase siendo en el Congreso el portavoz de la abstención en su grupo; él, que tanto había abogado por el «no es no» del «sanchismo» derrotado. Hernando, en explicaciones en privado, justificaría su brusco viraje por su deseo de «salvar al partido». Sánchez dijo que «jamás» le perdonaría. Hernando habría de dimitir apresuradamente como portavoz parlamentario el 21 de mayo de 2017, tras la victoria de Pedro Sánchez en las nuevas primarias. Lo hizo cinco minutos antes de que, como había prometido, Pedro Sánchez le cesara.

Pero, como afirmó el cínico Romanones, «en política, cuando digo jamás quiero decir hasta esta misma tarde». Hoy, Antonio Hernando ocupa, desde octubre de 2021, en la nueva etapa del «sanchismo», y coincidiendo con la celebración del 40º congreso del PSOE, el cargo de director adjunto del Gabinete de la Presidencia del Gobierno, dependiendo de Óscar López.

Los «altos», otra vez juntos, pero menos revueltos que antes. ¿Quién ha propiciado el reencuentro? ¿Pepe Blanco, como dicen algunos? ¿El mismísimo Zapatero? ¿La soledad en la que, de pronto, se encontró Sánchez? Los tres están de nuevo reunidos —ahora en La Moncloa—, pero la relación de fuerzas no es la misma: quien manda es Sánchez, y no parece que vaya a permitir que los otros dos lo olviden.

1 de febrero de 2022

Acudí a La Moncloa a ver a Óscar López. No había sido fácil, ciertamente. Conozco a pocas personas menos amigas de los focos y del protagonismo. Traté al personaje tiempo atrás y le apreciaba. Buena gente. Ahora es el principal de los «fontaneros» monclovitas y debo decir que me parece que Sánchez quizá haya salido ganando en relación con su anterior «guardia pretoriana», la que tenía hasta julio de 2021. Cuando Sánchez, impensadamente tras todo lo que había ocurrido, le llama, «pasamos de cero a trescientos kilómetros por hora en unos segundos». «Me he encontrado a un tipo “supercentrado”, que escucha a un huevo de gente, sabe lo que hay en cada ministerio, tiene los tiempos en la cabeza».

¿Por qué les ha perdonado Sánchez a él y a Antonio Hernando? «No se lo he preguntado», me dijo Óscar, y le creo. Fue él, Óscar, supongo, quien, tras regresar a La Moncloa, logró que el presidente y nuevamente amigo llamase a Antonio Hernando. Los tres amigos, los «tres altos», que forjaron un calendario de poder político un día, de nuevo juntos. Tras el fuego de artificio de Iván Redondo, sin duda una de las personas ahora menos queridas en La Moncloa y en la sede del PSOE, la solidez de la vieja camaradería, la de los viejos tiempos.

López está convencido de que, tras un paréntesis que no ha sido precisamente positivo, el de la presencia de Pablo Iglesias, y en medio de una legislatura que acabaría probablemente, se pensaba entonces, ya en 2024, con unas elecciones a cara de perro, «cada día cobra más peso la verdad: las ensoñaciones, los asaltos a los cielos, ya no».

Hay cosas de las que Óscar López aún no quiere hablar, o quizá jamás lo haga. ¿Fue él quien aconsejó a Pedro Sánchez, aquel octubre de 2016, dejar el escaño, sin duda una de las decisiones clave en la trayectoria del hoy presidente del Gobierno? «A eso prefiero no contestar». ¿Cómo logró Sánchez que Felipe González acudiese al 40º congreso del PSOE con el que se abre esta obra? «Fue Pedro quien retomó ese contacto, quería dar una imagen de unidad, y hay un momento en el que se normaliza la relación». Nada más.

Me pareció plenamente consciente de que ahora se estrena un mundo nuevo. El PSOE no es el partido «podemizado» de 2014. Veremos, pensé al salir, nuevas ofensivas políticas desde Moncloa, pero de tono muy diferente a la era del «ivan-redondismo».

Pero claro, antes de llegar a la magnanimidad de aquel octubre triunfal de 2021, Pedro Sánchez iba a pasar una dura travesía del desierto. Hay que volver atrás en el tiempo y contarlo, porque este periodo merece marcar un hito en la Historia (y también en la historia con minúscula).

Hacia la reconquista del paraíso perdido

Tras dimitir como diputado y tras las declaraciones —que seguro que Sánchez lamentó pronto— a Évole, Pedro hizo una cierta inmersión ese mes de octubre hasta finales de noviembre de 2016. Mantuvo, es cierto, alguna reunión esporádica con los suyos, los opuestos a la gestora, que mantenían encendida la llama sagrada de la rebelión «contra la derecha», incluyendo, quizá, la derecha del PSOE: se estaban organizando núcleos locales de militantes descontentos.

Pero el caído secretario general se hallaba en uno de esos periodos en los que ni telefoneaba ni se ponía al teléfono de quienes le llamaban. Viajó con su familia a San Francisco, teóricamente para descansar en casa de unos amigos tras tantas tensiones acumuladas. Una persona entonces cercana a él confió que Sánchez llegó a pensar en buscar un acomodo quizá definitivo en Estados Unidos, y que incluso Felipe González se ofreció a ayudarle con una oferta laboral. No ha sido posible confirmar del todo este extremo, ni que hubiese una oferta concreta de por medio. Lo que sí sabemos con bastante certeza, aunque se lo comunicó a muy pocos, es que Pedro Sánchez pensó muy seriamente, por segunda vez en su vida, en abandonar la política. Se sentía solo. Desde Estados Unidos telefoneó a alguien entonces de su total confianza, José Luis Ábalos: «¿Qué se sabe de Óscar, que no ha hecho el papel?» (El diseño de una estrategia de recuperación del poder, que, antes de irse, Sánchez había encargado a López).

Si realmente, como le dijo a alguien que lo narró a dos periodistas, Pedro Sánchez pensó en dejar la política, en la que llevaba década y media, fue una tentación muy breve: una vez que te acostumbras a vivir dentro del calor del grupo político, es muy difícil regresar a la vida privada. A finales de noviembre protagonizó su célebre reaparición en Xirivella, de la mano de José Luis Ábalos, un disidente del socialismo de Ximo Puig —quien iba a tardar bastante tiempo en acomodarse a Sánchez— y empeñado en «resucitar» para la política al que fue su secretario general.

Ábalos, hijo del torero Carbonerito, excomunista, maestro en excedencia, tipo peculiar, pero muy sincero y directo, fue escalando puestos en la política valenciana, donde llegó a liderar algo semejante a un frente opositor al «oficialismo» de Puig. Puso su liderazgo local al servicio de Sánchez, y durante un tiempo lo fue todo en el apoyo a quien de nuevo quería concurrir a otras primarias, recuperar lo perdido ignominiosamente el 1 de octubre. Luego, Ábalos se emborracharía de éxito, dijeron, y caería desde lo alto. Sánchez no tuvo empacho en propiciar su, por otro lado, aseguraban que inevitable caída.

A Ábalos, que iba a tener un final político muy abrupto, Sánchez le debe no poco: todos coinciden en que quizá la «reconquista del trono perdido» por Sánchez hubiese sido mucho más complicada sin el apoyo de un puñado de entusiastas, como el propio Ábalos, algunos alcaldes, algunos diputados y diputadas y la «sombra» omnipresente de José Blanco y Zapatero. Y algo, como hemos visto, de José Bono.

Xirivella, un acto con más de un millar de asistentes que le

vitoreaban con entusiasmo, fue el punto de partida. Donde quizá Pedro Sánchez tomó conciencia de que, en efecto, recuperar el poder perdido era posible. Nada hay como los aplausos en los mítines para insuflar vida a un político. Nada como un alcalde, Michel Montaner, gritando que «ya no es tiempo de baronías». Nada como que te vitoreen cuando, al micrófono, dices a la gestora de Javier Fernández que «vuestro tiempo acabó». Y es verdad que en la «reconquista» hubo muchos aplausos, no poco entusiasmo y algunas torpezas por parte de sus oponentes. A todo ello habría que sumar la suerte que siempre ha acompañado a Sánchez. La diosa Fortuna sonríe a quienes se arriesgan.

«Lo hizo mejor»

Me he acercado un poco más a la ya senadora Susana Díaz, sentada frente a mí en la mesa del madrileño y clásico Café Gijón. Hablamos en voz muy baja en medio del estruendo de tazas y platos:

—¿Por qué te ganó Pedro Sánchez?

No lo duda ni un segundo:

—Porque lo hizo mejor.

Sánchez hizo de aquellas primarias que iban a celebrarse a finales de la primavera de 2017 una campaña entusiasta, arrolladora. De éxito. Pero eso no fue sin que antes venciese sus propios reparos. Quienes estuvieron más o menos cercanos a Pedro Sánchez en la época conocen sus momentos de desánimo, mucho menos infrecuentes de lo que deja entrever el personaje, con su aparente seguridad «de resistente», ante los focos. Probablemente, tras Xirivella estuvo dos o tres semanas meditando sobre si seguir los pasos a los que le incitaban «Juanma» Serrano, Ábalos y el reducido grupo que le acompañaba anímicamente en la especie de «exilio interior» en el que algunos pensaban que Sánchez se hallaba.

El 28 de diciembre de 2016, dos hombres tomaban café en el bar del hotel María Cristina de San Sebastián. Uno de ellos, «Manu» Escudero, le dice al otro, el exalcalde de la ciudad Odón Elorza:

—El PSOE tiene que replantearse urgentemente su estrategia. Y solo Pedro puede tirar de este carro.

Manu es un veterano militante, que dirigió, a finales de los años ochenta, aquel proyecto que se llamó Programa 2000, alentado en su día por Alfonso Guerra. Como tantos otros foros prospectivos, el Programa 2000, animado también por Manuel Castells, Tezanos, Txiki

Benegas, Salvador Clotas y bastantes más, y que planteaba interesantes cuestiones para el futuro, iba a quedar en nada, o en casi nada. Pero eso no restaba mérito al esfuerzo, que congregó en aquel tiempo a varios miles de personas («un millón», llegó a decir, con patente exageración, Alfonso Guerra).

Elorza pensaba lo mismo: había que dinamizar el partido, y eso pasaba por «ponerle las pilas» a Pedro Sánchez. «Así que le voy a llamar ahora mismo», dice Odón, empezando a marcar un número en su teléfono móvil.

Elorza, alcalde de Donostia desde 1991 hasta 2011, es un personaje controvertido dentro del PSOE, donde siempre ha actuado como un «verso suelto», y también lo es en la quebrada sociedad donostiarra, una parte de la cual unas veces aplaudía sus actuaciones mientras la otra las condenaba y viceversa.

Porque Elorza, a quien todos reconocen su independencia de criterio y que siempre hace lo que le parece más correcto, no es gente fácil de encasillar. Él fue uno de los socialistas que votó «no», frente a las instrucciones de la dirección del Grupo Parlamentario Socialista, en lugar de abstenerse, a la investidura de Rajoy en 2016. Fue el único socialista que, dos años antes, también votó negativamente al proyecto de ley de abdicación de Juan Carlos I, porque no estaba de acuerdo en mantener su impunidad. Y se destacó igualmente por ser el único en votar en contra de la designación del abogado Enrique Arnaldo como nuevo miembro del Tribunal Constitucional, por entender, de acuerdo con lo que había venido publicándose esos días de noviembre de 2021, que no era idóneo para el cargo, aunque su nombre hubiese sido pactado entre el PP y el PSOE.

El «nuevo PSOE de izquierdas»

Sánchez se mostró cauto, al comienzo, con sus dos interlocutores, Odón y Manu. Ya había celebrado algunos mítines, impulsado por simpatizantes como en Xirivella con Ábalos, en Don Benito con José Luis Quintana, o en Dos Hermanas, con Francisco Toscano. El defenestrado secretario general del PSOE quería saber el terreno que pisaba. Pide a Elorza y a Escudero que «le manden papeles» y promete que los discutirán en Madrid. El 12 de enero se reunió con Escudero, que previamente le había hecho llegar un documento de cuarenta folios con consideraciones acerca de lo que había de ser el «nuevo PSOE de izquierdas». También a comienzos de enero de aquel 2017,

que iba a ser el año de la reconquista, quedó con Elorza, en el restaurante Samarkanda de la estación de Atocha, precisa el exalcalde.

«Estoy de acuerdo», les dijo, simplemente, Sánchez. Allí mismo se pusieron a trabajar en la estrategia de recuperación de la dirección socialista perdida. Una estrategia en la que intervinieron varios frentes, porque varias agrupaciones o colectivos de militantes habían comenzado a organizarse por su cuenta, incluso alquilando sedes para debatir, tratando de hallar respuestas sobre cómo salvar un partido que se caía a pedazos. También Miquel Iceta, que, como los otros seis diputados del PSC, había votado «no» a la investidura de Rajoy, aportaba ideas y entusiasmos desde Cataluña.

Los del «no», algunos de ellos, habían comenzado a recorrer España, invitados por grupos de militantes alarmados ante la deriva que tomaba el partido o, simplemente, contrarios a que el PSOE cayese en poder de Susana Díaz. Hasta la Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP), donde trabajaban el «supersanchista» Juan Manuel Serrano y su mujer, Isaura Leal, echó una mano.

«Somos socialistas», se bautizó el movimiento con el que Sánchez decía que quería regenerar el partido. En marzo presentó su proyecto en el madrileño Círculo de Bellas Artes, que ha conocido tantos actos políticos. Mucha gente agolpada a la entrada hubo de quedarse fuera. En la mesa, junto a Sánchez, Cristina Narbona, Manu Escudero, José Félix Tezanos, Odón Elorza.

Volvía el viejo Sánchez, eufórico, que prometía la victoria a los suyos. Beatriz Corredor, José María Calviño, Toni Ferrer, Cándido Méndez, encabezando una congregación de varios cientos de personas —bastantes de ellos más bien curiosos que querían saber si «aquello de Sánchez» tenía visos de convertirse en algo sólido—, le escuchaban sin perderse una sola palabra. «Somos socialistas», el proyecto de «un nuevo PSOE de y para la izquierda», comenzaba su andadura.

Vencer a Susana Díaz era una parte sustancial en la reconquista del poder perdido.

La «cumbre» de Ifema o cuando ganando, se pierde

La presidenta andaluza había comenzado a moverse, incluso antes que Sánchez. La primera parte de 2017 iba a ser una gran campaña electoral en el interior de un PSOE que se negaba a seguir el camino de sus correligionarios galos o italianos. Desde Ferraz y desde la Junta andaluza se alentaba la candidatura de Susana; desde múltiples

puntos, agrupaciones más o menos grandes, la de Sánchez. Una batalla interna, militancia de base versus «aparato», en toda regla. Era mucho más que una confrontación electoral interna: era un enfrentamiento entre dos modelos de PSOE, distintos y distantes.

Susana Díaz quería mostrar a sus votantes del PSOE que tenía el apoyo de los «poderes fácticos»: de los líderes del Ibex. Del rey: antes, el de Juan Carlos, y luego, el de Felipe VI. Una visión «institucional» que se plasmó, también aquel mes de marzo, en un acto multitudinario en el pabellón de Ifema, el recinto ferial de Madrid. Siete mil personas, muchas de ellas cargos públicos del PSOE, abarrotaban el local.

La fotografía de los comparecientes era histórica: estaban Felipe y Guerra, que no se habían vuelto a reunir, si las cuentas no fallan, desde que la fotógrafa de *El País* Marisa Flórez consiguió congregarles de nuevo en el Palace para, veinte años después, conmemorar la victoria de 1982 y «repetir», con menos cordialidad y mucha mayor frialdad, la foto de César Lucas. Estaba, claro, Zapatero. Y Alfredo Pérez Rubalcaba, José Bono, Madina, Elena Valenciano, Trinidad Jiménez, Ramón Jáuregui, José Blanco, Carme Chacón, los principales «barones» (García-Page, Lambán, Fernández Vara)… Y muchos más. No todos, claro, pero sí los «pesos pesados» del partido.

Aunque había mucha expectación por ver si «Felipe y Alfonso» se dirigían la palabra, que se la dirigieron, Susana Díaz era la reina de la fiesta. Todos respaldaban, ya explícitamente, su candidatura a las primarias frente a Pedro Sánchez, a quien no pocos veían, por su trayectoria algo errática, por sus errores y por sus derivas, que nadie sabía dónde acabarían, como un peligro. Una desnaturalización de las esencias del viejo, histórico, Partido Socialista Obrero Español. Nadie lo decía así, todos procuraban no magnificar la trascendencia de lo que allí se jugaba y lo que significaba de cruce de caminos en el futuro de la izquierda española.

Fueron muchos los que, a la vista de tanto oropel desplegado, certificaron de nuevo la muerte política de Sánchez, al que no respaldaban ni los barones, ni los «notables», ni los veteranos. No contaba con el respaldo de la federación más importante, la andaluza, ni con la vasca, que apoyaba a Patxi López; y con la catalana quién sabe, aunque lo cierto era que los diputados del PSC votaron «no» a la investidura de Rajoy, lo que podría indicar que mayoritariamente el partido catalán apoyaría a Sánchez. Que fue lo que ocurrió.

«Pedro ha ganado las primarias»

«Pedro ha ganado las primarias», comentó, cuando vio el espectáculo de Ifema, el veterano expresidente del Gobierno extremeño Juan Carlos Rodríguez Ibarra. Él es otro de los raros «versos sueltos» que aún quedan en el PSOE, se ha expresado siempre con la libertad que le ha dado la gana y, con su locuacidad, ha puesto en más de una ocasión en aprietos al presidente del Gobierno de turno, especialmente si, como en el caso de Zapatero, era socialista. Ibarra conoce bien, porque se ha pateado el terreno, a la militancia. Intuyó perfectamente, comentó un interlocutor suyo de esos momentos, que «las bases» gustan poco de esos espectáculos gregarios del oficialismo en los que se congregan los «cargos» en mítines que se llenan con la venida de autobuses —y de coches oficiales— desde todas partes del país.

Y, en efecto, Pedro ganó las primarias celebradas en mayo de ese 2017. Muchos habíamos asistido, casi la víspera, a los mítines con los que ambos candidatos cerraron sus campañas a orillas del Guadalquivir, en Sevilla. En la provincia sevillana, feudo de Susana Díaz, había comenzado formalmente Sánchez su campaña y en Sevilla la terminaba, con un acto distante poco más de un kilómetro del que, al tiempo, protagonizaba su rival, la presidenta de la Junta.

Paseamos de un mitin a otro, haciendo recuento de asistentes, de personalidades y de entusiasmos. Díaz ganaba en público y «vips», pero quizá Sánchez ganaba en entusiasmo y fe en la victoria. Se acabó el sultanato socialista andaluz, reflejado por la periodista Carmen Torres en su ya mentado libro *Instinto de poder*.

Y, así, para sorpresa general, ganó. Más de 74.000 votos frente a los algo menos de 60.000 de Díaz y 14.500 de Patxi López. Salvo en Andalucía, donde perdió por una diferencia de 3.700 votos, y el País Vasco, feudo de López, Pedro Sánchez ganó en todas las comunidades. Un triunfo inapelable que apenas podíamos creer. «¡Pero si Díaz hasta le había ganado a Pedro Sánchez en el último debate preelectoral "a tres", aquel debate en el que Susana llamó "mentiroso" a Pedro!» (el debate del 15 de mayo al que me refería en el inicio de esta parte del libro), nos decían los medios, olvidando que las encuestas habían dado como vencedor en el debate a Sánchez. De nuevo el divorcio entre la verdad «oficialista» y la verdad en las calles.

Nace Pedro Tercero ¿el Esperanzador?

«Yo creo que están en la defensa de un *statu quo* que ya representa al pasado y no al presente y al futuro del partido», dijo Sánchez, refiriéndose a sus oponentes. Ahora, el ganador, que iba a ser refrendado en un congreso triunfal en julio, transformaba en aciertos todos los errores que partieron en dos al PSOE y que le llevaron a la defenestración de Ferraz ocho meses antes.

4 de septiembre de 2017

Sánchez se había merecido aquellas vacaciones de agosto.

Regresó el flamante nuevo/viejo secretario general del PSOE aquel día tan pródigo en acontecimientos: era casi la antevíspera de que ocurriesen muchas cosas. En Cataluña y, por tanto, en el resto de España.

El desayuno que, en el foro Nueva Economía, tenía como invitado estelar a Pedro Sánchez, estuvo especialmente concurrido, como no podría haber sido de otra forma. Era aquel un Sánchez muy distinto al del «no es no» que habíamos conocido no hacía mucho. Ahora, ante la amenaza secesionista catalana, tras un atentado terrorista cruel en Barcelona el pasado 17 de agosto, Sánchez había ofrecido su colaboración «leal» al presidente del Gobierno para garantizar la seguridad y la unidad del territorio nacional, y lo mismo había hecho —lo que era más previsible— Albert Rivera.

Se delineaba, pensamos entonces, quizá un tanto coyunturalmente, un «bloque constitucionalista» frente a la insensatez, con un punto de fanatismo, mostrada por el independentismo catalán más recio: el representado, precisamente, por el *president* de la Generalitat, Carles Puigdemont.

Aquel 4 de septiembre, Sánchez hizo propuestas nuevas. De izquierda. No era un pensamiento demasiado elaborado el suyo, pero era, al fin, un cierto avance hacia quizá un boceto de futuro estadista. Queríamos, al menos, creerlo así. Habló de una «segunda etapa» en el PSOE, quizá reconociendo el fracaso de la anterior, regentada por él mismo.

Se mostró partidario de ir «hacia una socialdemocracia solvente» frente a los desafíos «institucionales, políticos, generacionales, económicos, sociales, culturales y medioambientales a los que nos enfrentamos». Anunció que propondría un «pacto de rentas» que contribuyese a paliar el gran problema de la desigualdad social, esos ocho millones de «pobres» de los que nadie en España parecía

acordarse. Y una subida media de salarios del 2,5 por ciento. Sugirió un nuevo pacto de Toledo que contemplase a jóvenes, parados de larga duración y, claro, a los mayores.

Era una especie de programa socialdemócrata global de acción, poco detallado y no muy bien definido, pero que representaba algunos pasos adelante y acababa con el inmovilismo forzado por la crisis política que, por cierto, el propio Sánchez había agravado con su hostilidad a cualquier pacto con Rajoy.

Bueno, nos dijimos, puede que sea un brindis al sol, pero suena, al menos, algo distinto a lo que estábamos acostumbrados. Y en los días siguientes, políticamente terribles, Sánchez se iba a mostrar, en efecto, como el proyecto de hombre de Estado que hasta entonces no había sabido, podido o querido ser.

Qué duda cabe de que la victoria en las primarias, merecida, había producido un giro en muchos planteamientos de Pedro Sánchez. Aquel 4 de septiembre, quisimos creer que había nacido Pedro Tercero, el hombre que podría contribuir a acabar con la ya demasiado larga inestabilidad política en España. El gran sucesor de González y de Zapatero que podría completar la obra que sus predecesores socialistas habían acometido, y habían dejado bastante inacabada, para transformar España.

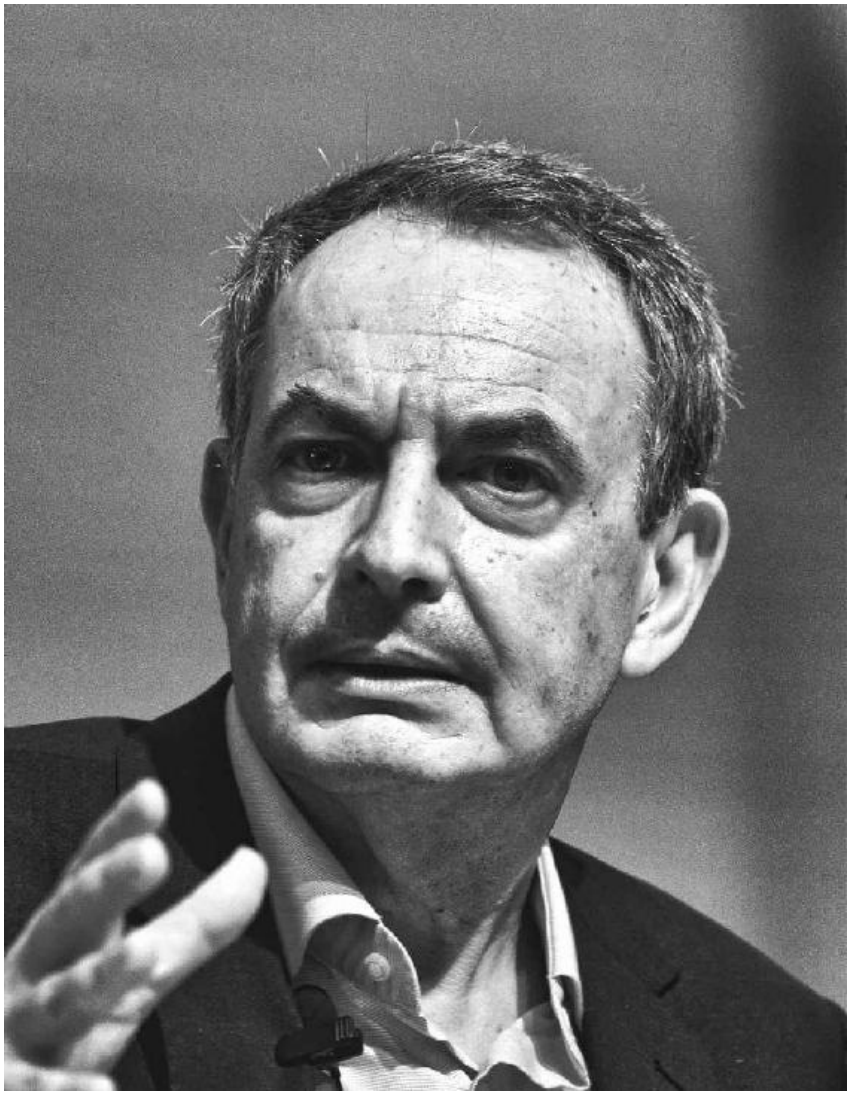
Quizá nos equivocábamos. Los sucesos, aciertos y errores posteriores, que de todo hubo en cantidad, iban a decírnoslo. Aún tenían que suceder muchas cosas que podrían inclinar el futuro del lado de Sánchez… o del lado contrario. Las espadas estaban en alto.

Pero antes había que saber de dónde venimos, quiénes somos y hacia dónde vamos. La sombra de Zapatero y de Felipe González es alargada, quizá demasiado alargada como para tratar de impedir que influyese en los comportamientos del (casi) recién llegado, el último de la saga.

Algo queda aún por aprender de aquel «espíritu del 78»; es preciso conocer la Historia, interpretarla, para no repetir lo peor de ella. Pero también para insistir en lo mejor. Y, al fin y al cabo, quizá el ejemplo de su antecesor Zapatero sirviese de no poco, siete años después, a Pedro Sánchez, Pedro Tercero el Imprevisible. Hay bastantes concomitancias entre ambos hombres, al menos por la manera en la que llegaron a la cúspide del poder.

LIBRO SEGUNDO

EL ZAPATERATO



(Foto: PSOE).

El hombre alto que volvió a La Moncloa

Martes, 1 de febrero de 2022, 17.00 horas

El hombre alto que volvió a La Moncloa no sabe si tiene o no más estatura que su jefe. Los dos muy altos. Así les llamaban, «los altos». Poca imaginación.

Estuvo antes con Zapatero, mucho tiempo en el «aparato» del partido. No falta quien diga que él, en el fondo, es uno de los personajes clave que hizo que Pedro Sánchez renaciese cuando estaba a punto de tirar la toalla, al menos la primera vez. Con Zapatero se convirtió en uno de los «hombres fuertes» del partido, en el que lleva treinta años. Y allí siguió, con el leonés, hasta el final.

El hombre alto que volvió a La Moncloa me recibe en su despacho monclovita. Grande. Con sala aneja para reuniones de muchas personas. Un despacho que en varios momentos visité antes y que poblaron vicepresidentes del Gobierno, jefes de gabinete de presidentes. Gentes decisivas a la hora de tomar algunas decisiones. Nada ha cambiado mucho: quizá algunos cuadros, desde la era de Zapatero y, antes, de la de Felipe González, que fue quien agigantó el complejo monclovita. Las gentes pasan, La Moncloa permanece.

Me dice: «Después de salir del gobierno, hicimos una encuesta: ¿cuáles son las leyes que más recuerda usted de la gobernación de Zapatero? Resulta que las más recordadas eran el carnet de conducir por puntos, la ley del tabaco y el matrimonio homosexual».

Pero, cuando le pregunto al hombre alto que volvió a La Moncloa cuál es, a su juicio, el logro más destacado de la era Zapatero, me da la respuesta que yo considero correcta, y es uno de los pocos que lo hace: haber logrado que ETA cesase en su actividad terrorista. No fueron muchos los que, preguntados al respecto, dieron en el clavo.

Le pido al hombre alto que me cuente alguna anécdota de Zapatero con la que yo pudiese encabezar este capítulo. El hombre alto mira por el ventanal de la sala monclovita en la que estamos:

—Un día estábamos en la Ejecutiva del PSOE y el ministro de Justicia, Juan Fernando López Aguilar, no hacía más que quejarse de lo mal que iba la justicia española, los jueces, la falta de medios… Zapatero le miró un minuto, en silencio. Luego le soltó:

—Habla con el ministro de Justicia, Juan Fernando, y que lo arregle —Y sonrió con «esa» sonrisa.

Para «el alto», fue importante, en esta etapa que ahora entramos a narrar, la de Zapatero, «abrir un tiempo diferente, la recuperación del diálogo, del cariño a la democracia».

Y más cosas, claro.

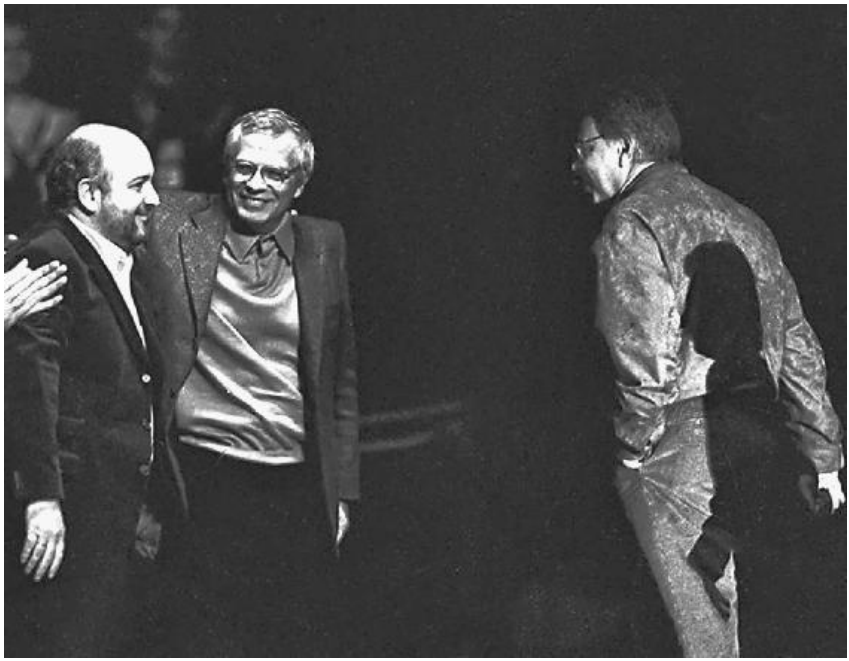
7

LA DIFÍCIL SUCESIÓN DE FELIPE GONZÁLEZ

Zapatero, como el propio Pedro Sánchez o, antes, Felipe González, vino a llenar un hueco. El PSOE es algo más que un partido en el que se hace carrera; de hecho, y aunque muchos han intentado una vía «funcionarial» para ascender, la historia del partido más veterano de España es un conjunto de casualidades más que de causalidades, de improvisaciones más que de estrategias pensadas, de «genialidades» más que de constancias.

Para llegar hasta Zapatero se tendría que producir primero la «derrota por los pelos» de Felipe González a manos de José María Aznar en 1996; después, la dimisión de González como secretario general del PSOE, y por fin el complejísimo proceso que llevó hasta aquel congreso, año 2000, en el que Zapatero resultó elegido líder del PSOE y candidato a la Presidencia del Gobierno. Fueron cuatro años difíciles, muy difíciles, para el PSOE, en la oposición frente a un José María Aznar que disfrutaba de su mejor legislatura, la primera (1996-2000), aunque fuese sin mayoría absoluta.

En este intermedio, dos figuras de gran valor político, Joaquín Almunia y Josep Borrell, iban a enfrentarse en un proceso de primarias «a la francesa». En aquel episodio, muchos han querido ver una semejanza con las primarias que años después enfrentaron a las tendencias de François Hollande con su exmujer, Ségolène Royal, en 2008. Fue seguramente el inicio del declive del PSF, tema sobre el que, un día de octubre de 2021, conversé largamente con quien había sido primer ministro (y exsocialista) francés, Manuel Valls, en un restaurante de París. Para él, el socialismo francés estaba muerto.



Josep Borrell y Joaquín Almunia, la difícil sucesión de Felipe González. (Foto: Pablo Juliá).

Y la verdad es que las elecciones de abril de 2022, en las que la candidata socialista Anne Hidalgo no llegó ni a obtener el 2 por ciento de los votos, parecía corroborar esta hipótesis. La «gaditana» alcaldesa de París había sido, por cierto, la «invitada extranjera estrella» en el 40º congreso del PSOE. Y el PSF acabó entregándose sin condiciones a la formación a su izquierda, la Francia Insumisa, de Jean-Luc Mélenchon, cuya trayectoria sería injusto equiparar con la de Podemos, como hicieron con precipitación algunos comentaristas españoles.

Es este un capítulo ciertamente importante en la historia del PSOE, que ha marcado un hito a repetir y también a no repetir: fueron muchos los que, tras el enfrentamiento entre Borrell y Almunia, declararon que las elecciones primarias —en principio un valor democrático— causan más males que beneficios. Pero, como se mostró con Pedro Sánchez, seguramente son ya irreversibles. Al menos, hasta el momento. Y quizá sean el mal menor en unos partidos dominados por los «aparatos» y las conspiraciones internas. Qué menos que permitir que los militantes voten a quien consideran más idóneo para dirigirlos. Pero ocurre, claro, que la votación de la militancia gusta

poco a los «aparatos».

Ya en 1995, ocho meses antes de que el socialismo (y González) sufrieran la derrota electoral para dar la victoria y el gobierno al Partido Popular presidido por Aznar, un grupo de militantes notables, alentados por Manu Escudero y Ramón Vargas-Machuca, y en el que se integraban pesos pesados como Gregorio Peces-Barba y Fernando Morán, dio a luz un manifiesto pidiendo a González que no volviese a ser candidato.

Así lo cuenta el gran periodista malogrado Gonzalo López Alba en su muy completo libro *El relevo*, que narra con todo detalle el proceso vivido por el PSOE entre 1996 y 2000, el año del congreso en el que Zapatero se hizo con el control del partido. En ese manifiesto, con forma de carta abierta, se hablaba de la necesidad de «un nuevo liderazgo que sea capaz de distanciarse y clarificar el pasado». Era la primera vez que se ponía en solfa a Felipe González, aunque todos sabían que su «tentación fuguista» se había expresado ya en numerosas ocasiones, contra lo que el propio Felipe me dijo en la conversación que, en parte, narro al principio de esta obra.

El periodo entre la victoria electoral de 1993 y la derrota de 1996 fue algo parecido a un suplicio para el presidente Felipe González. Episodios de corrupción rampante, un descontrol reflejado en las dimisiones del vicepresidente Narcís Serra —¡que a punto había estado de ser el sustituto de González!—, del ministro de Defensa, Julián García Vargas, y del jefe de los servicios secretos, Emilio Alonso Manglano, reflejaban que el largo periodo «felipista» o del «felipato» —aseguran que esta humorística expresión era de Luis Solana— iba concluyendo. Y que, además, lo hacía en medio de la degradación.

Así que, para los que de veras conocían los entresijos de lo que ocurría en el PSOE, no fue una sorpresa la dimisión de González de la secretaría general en el 34º congreso. No mucho antes, en una reunión de la internacional socialdemócrata en Suecia, había sugerido ya a los periodistas que se sentía agobiado por su «hiperliderazgo». «Yo ya soy un dinosaurio», dijo, constatando que sus «coetáneos» —todos bastante mayores que él, en todo caso— Brandt, Mitterrand, Kreisky, ya habían sido sustituidos por figuras emergentes como Tony Blair, Gerhard Schröder o Lionel Jospin, que representaban, por cierto, tres maneras muy diferentes de concebir el socialismo.

Alguien, quizá el propio González, contó un día que el canciller alemán Helmut Schmidt le advirtió que «diez años es el máximo que un político puede permanecer en el poder; después, todo te irrita». Bien que se cumplió esa frase en el caso de Felipe González. Y Virgilio Zapatero, un gran intelectual que fue, además, un buen ministro de

Relaciones con las Cortes, opinó: «El problema es que Felipe ya se lo sabía todo: ibas como ministro a plantearle algo y ya se lo sabía. Estar más de dos legislaturas es malo».

Se van los últimos de Suresnes

González, el 20 de junio de 1997, «a las 12.42», recuerda López Alba, abrió el congreso con el anuncio, que reservó para el final de su discurso, de una hora y siete minutos de duración, de que no iba a optar a la reelección. Que se iba, vamos. Asegura López Alba que solamente el secretario de Organización del partido, Ciprià Císcar, un valenciano al que yo había visto abandonando con lágrimas en los ojos alguna noche congresual en la que los cuchillos con «el guerrismo» se blandieron de forma especialmente peligrosa, tenía conocimiento de lo que González iba a anunciar. Aunque eran bastantes los que intuían que el hombre que ganó en 1982 y seguía mandando en el partido desde entonces no podría resistir mucho más en el puesto.

Aquel día de junio de 1997, con la marcha de González —y, la por él mismo indeseada, de Guerra— de la dirección del partido comenzaba formalmente una nueva era en el PSOE. Ambos, Felipe y Alfonso, quedaban enormemente distanciados, con una inquina que les haría no dirigirse la palabra durante años. Ellos dos, y Txiki Benegas, que eran todo lo que quedaba del congreso de Suresnes (1974) en la dirección del partido, se marchaban. Cada cual a su manera, pero el caso es que clausuraban una larga etapa.

González no quiso, empero, que tras él quedase el vacío. De manera inequívoca señaló a Joaquín Almunia como su sucesor, cometiendo el error, piensan incluso muchos de sus más firmes adeptos, de no permitir un proceso de elección entre los miembros de la Ejecutiva, que barajaban también nombres como Josep Borrell o Ramón Jáuregui como posibles recambios.

Pero González apostó por Almunia. Y no era ciertamente la suya una mala apuesta por el que había sido el ministro más joven de su primer gobierno, exsindicalista que había mantenido unas difíciles buenas relaciones con UGT, y exportavoz parlamentario —tras la dimisión de Carlos Solchaga— que se había bregado entre los «guerristas» y los que ya comenzaban a llamarse «renovadores».

Aunque para todos estaba claro en qué bando estaba Almunia —fue, con Joaquín Leguina, una de las cabezas de los «renovadores», por

tanto «antiguerristas»—. En una reciente conversación privada, en su domicilio particular, dijo tajantemente: «La ideología de Guerra es difícil de definir». Y añadió: «Guerra negaba el carácter de socialista a quienes no estaban con él». Hay heridas difíciles de curar, y eso, cuando se bucea en la historia del PSOE, se comprueba de inmediato.

Un encuentro con Borrell en el Círculo de Bellas Artes

Así que a nadie puede extrañar que la designación «a dedo» de Almunia por González sentase como un tiro en las huestes «guerristas» que todavía jugarían un papel decisivo en el siguiente congreso, el 35.

Allí, fueron los compromisarios fieles a Guerra los que inclinaron la balanza contra el expresidente castellanomanchego Bono, a quien acusaban de «traición» al que había sido vicepresidente del Gobierno y vicesecretario del partido: el «número dos», el hombre que aquella noche de octubre de 1982 había salido a la ventana del Palace junto a Felipe González. Mucha agua había pasado bajo los puentes desde entonces. Pero Guerra jamás olvida un desprecio, un desapego. Y en eso seguía, ya sin duda sintiéndose viejo y aislado, al concluir este libro, oteando el futuro impenetrable de 2023 y años siguientes.

Lo irregular de la designación de Almunia como sucesor implicaba la fragilidad del nuevo secretario general entre los «pesos pesados» del partido, que se habían sentido ninguneados al no poder participar en la elección del nuevo líder, quien iba a sustituir nada menos que al ya legendario Felipe. Así que, buscando reforzar su liderazgo, Almunia pensó, y puso en marcha, un sistema de elecciones primarias, inéditas hasta entonces a la hora de designar al cabeza del partido, aunque las primarias sí se previesen para la elección de candidatos a las alcaldías de las grandes ciudades.

Fue así como Almunia se dirigió a Josep Borrell para pedirle que concurriese frente a él en esas primarias, dilucidando de esta manera quién sería el candidato socialista en las siguientes elecciones generales, previstas para el año 2000. No lo pensó mucho Borrell, que ya había «sonado» como uno de los posibles sucesores de Felipe González para ocupar la secretaría general.

Y, ciertamente, Borrell, que había llenado una etapa importante en la última mitad del periodo «felipista» y había desempeñado con indudable acierto la transformación de las infraestructuras como ministro de Obras Públicas, Vivienda, Transportes, Telecomunicaciones y Medio Ambiente (nada menos), era otro de los

«pesos pesados» del partido en aquellos momentos, lo que muestra la enorme generosidad de Almunia al ofrecerle la candidatura.

En la campaña de Borrell tuvieron no poca influencia personas como Luis Yáñez o, sobre todo, Elena Valenciano, una mujer que había ingresado en las Juventudes Socialistas a los diecisiete años, que apoyó la candidatura de Zapatero frente a Bono y que ha estado tras no pocas decisiones y alternativas en el inquieto PSOE de los últimos veinte años. «De toda esta etapa, de lo único que me arrepiento es de haber apoyado a Susana Díaz», dijo, en un interesante encuentro en Denia, en el que repasamos muchas cosas ocurridas «en los últimos tiempos». «Yo, desde el principio, le puse pegas a la candidatura de Susana, que creía que España era como Andalucía», dice esta mujer inteligente y que ha dedicado buena parte de su vida al PSOE.

Luis Yáñez, un veterano que estuvo ya en la «foto de la tortilla», una imagen que muchos consideran como icónica del grupo sevillano que iba a tomar el poder en el PSOE en 1974, al mando de Felipe González, dijo que él había sido la mano derecha de Borrell. Hablé mucho con Yáñez, con quien he tenido una buena relación profesional durante años, sobre aquella confrontación entre Almunia y Borrell. Me cuenta, al cabo de los años, que fue él quien, cuando Borrell ganó las primarias, le aconsejó no pedir la dimisión de Almunia. «Fue un error», confesó.

Ambos, Borrell y Almunia, constituyen, es preciso recalcarlo, nombres muy importantes en la historia del PSOE de los últimos cuarenta años. El segundo ha permanecido al margen del «sanchismo» y solo reapareció, sin tener un papel relevante y casi como mero icono de la Historia, en el 40º congreso socialista con el que comenzábamos este relato.

Pero Borrell ha sido, además, una figura sustancial en la escalada de Sánchez, especialmente desde que este fue defenestrado de la sede de Ferraz el 1 de octubre de 2016: su apoyo moral, decisivo, le valió ser ministro de Exteriores en el primer gobierno de Pedro Sánchez: «Yo estaba en Toscana subiendo montañas y me llamó para que fuese ministro de Exteriores».

Después, fue propuesto por el gobierno español nada menos que como alto representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, con la categoría de vicepresidente de la UE. Un cargo en el que, por cierto, ejerció un papel destacadísimo y valioso en momentos de gran dificultad, como la invasión de Ucrania por Putin en febrero de 2022. Hablar con Borrell resulta toda una experiencia: es como hacer un recorrido político por el mundo, haciendo parada en Cataluña, donde también tuvo actuaciones

memorables contra el independentismo.

Con ambos, Almunia y Borrell, tuve la ocasión de hablar largamente mientras iba elaborando este libro. El primero, como decía, estaba obviamente más distanciado de la actualidad del «sanchismo». Con el segundo mantuve un largo encuentro en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, en uno de sus escasos momentos de aterrizaje en España. Elogió no poco a «este» Pedro Sánchez, que estaba, en su opinión, en su mejor momento, y contó que, aunque apenas le conocía, decidió lanzarse de cabeza en su apoyo cuando vio «cómo Susana Díaz y *El País* trataban de volar la cabeza a Pedro» aquellos días de octubre de 2016. «Para mí fue un revulsivo».

Un candidato que tira la toalla…

Remontándonos en el tiempo, y hablando de «aquellas» primarias de 1998, Borrell aseguró haber estado de acuerdo con la decisión de su rival Almunia de presentarse junto con Izquierda Unida a las siguientes elecciones. ¿Hubiese hecho él lo mismo si hubiese ganado? «¿Y por qué no? Hubiera sido una alianza natural al estilo de las de Mitterrand», comentó sobre este paso de Almunia, que salió severamente derrotado de aquellos comicios, dimitiendo a continuación.

Debería haber sido Borrell, y no Almunia, quien se presentase como cabeza de cartel socialista en esas elecciones, porque fue él quien ganó (55 frente al 44 por ciento) las primarias el 24 de abril de 1998, de manera inesperada y, como luego ocurriría con Zapatero y con Sánchez, jugando contra el «aparato» y apoyado por los militantes. La «rebelión de las bases» se ha convertido, así, en una constante en el PSOE. Una lección que a nadie que aspire a liderar el partido en el futuro le convendría olvidar.

Pero Borrell no estaba cómodo en la bicefalia —otra lección a aprender—. La convivencia con el «aparato» oficial no era fácil y, para colmo, hizo un mal papel en el que fue su estreno en público: su combate parlamentario frente a Aznar en el debate sobre el estado de la nación fue un estruendoso fiasco. Así que, según algunas versiones de gente próxima, aprovechó un escándalo de evasión de capitales, levantado por *El País* y protagonizado por dos exaltos cargos de Hacienda, de cuando él era secretario de Estado de este Ministerio, José María Huguet y Ernesto Aguiar, para presentar su dimisión irrevocable. Solo llevaba un año como «el candidato» que habría de

concurrir frente a Aznar a las siguientes elecciones, las de 2000.

Lo hizo, cuenta, tras una reflexión que incluyó pedir la opinión de tres directores de grandes periódicos: «No quería que me crucificasen si hacía una cosa o la otra». Dos de los directores opinaron que hacía bien marchándose; el tercero, más prepotente, le soltó que, de no irse, le pediría la dimisión diariamente desde las columnas del periódico. No necesitaba mucho más para dar el paso de tirar la toalla. Una dimisión que, ateniéndose a las causas oficiales que la habrían provocado, no tenía justificación alguna para haberse producido.

No: eran muy otras, sospechábamos todos, las razones reales. Una de ellas, la presión de *El País*, un periódico que, según uno de los principales ejecutivos de la campaña de Borrell, Luis Yáñez, «mantenía una injerencia intolerable en los temas del PSOE». Una opinión que he encontrado numerosas veces reproducida en boca de otros exdirigentes y también en las de algunos destacados socialistas actuales. Uno de ellos, el propio Borrell, a quien Jesús de Polanco, el creador omnipotente de Prisa, la editora de *El País*, le dijo un día: «Ojo, que Prisa no es del PSOE, ¿eh?». A lo que alguien que estaba presente en el diálogo, un hombre de larga trayectoria en el PSOE, replicó, sonriendo a su pesar: «El PSOE tampoco es de Prisa».

La verdad es que *El País* puso la proa desde el primer momento a Borrell, hasta el punto de que su director, Juan Luis Cebrián, llegó a decirle, según me contó un testigo: «Haremos todo lo posible para que pierdas las primarias».

«La bicefalia nunca funcionó», reconoció palmariamente Almunia, que también admite que la candidatura de Borrell era «más de izquierdas que la mía». Claro que a saber dónde estaba la línea divisoria, cuando Almunia suscribió un pacto con la Izquierda Unida de Francisco Frutos —sustituto accidental de Julio Anguita, enfermo —, una coalición mal definida, atropelladamente concretada y que los electores, simplemente, no entendieron.

No, definitivamente, no parece que haya sido una pugna «más o menos izquierda» la causa principal que ha marcado las grandes disensiones en el PSOE, aunque a veces se haya disfrazado como tal o algo de tal haya habido. Ha sido, sobre todo, una constante lucha por el poder lo que ha marcado, como en el resto de las formaciones políticas españolas, las rivalidades.

…Y otro candidato que dimite

La abrupta dimisión de Borrell obligó a que Almunia, sin haber encontrado otra alternativa que él mismo, y de sobra sabiendo que iba a perder, liderase las huestes socialistas hacia la segura catástrofe electoral el 12 de marzo de 2000. El PSOE se quedó con 125 diputados, el peor resultado desde las segundas elecciones democráticas de 1979, cuando obtuvo 121. Había perdido millones de votos con respecto a la última comparecencia electoral de González y el PP le ganaba ahora por casi dos millones y medio de votos: mayoría absoluta para Aznar. Aquella misma noche, sin atender a presiones —que las hubo—, Almunia dimitió.

Es muy interesante el análisis que Almunia hace en sus memorias de las causas del progresivo debilitamiento del PSOE ante el electorado, aunque ahora no quepa aquí recoger con amplitud tal análisis. España y el mundo habían cambiado, y el PSOE no había sabido hacerlo a la misma velocidad. Eso era lo sustancial, junto al desgaste que un poder quizá excesivo había producido en el partido.

El propio concepto de socialdemocracia, que tantas vueltas ha dado a lo largo de las últimas cuatro décadas, se hallaba en discusión, tal vez en quiebra, como reflejaban algunos de los trabajos de la Comisión Progreso Global que impulsaba Felipe González por mandato de la Internacional Socialista. Pero también es verdad que nada ha gustado tanto a los teóricos de la socialdemocracia como declararla en constante declive, o incluso muerta, lo que evidentemente no es el caso.

Era un Felipe González patentemente irritado y que no pudo mantener más su apartado silencio quien clamó: «Os pido por favor que a los de Suresnes nos jubiléis de una puñetera vez, pero que os sintáis solo medio kilo más orgullosos que esta derecha que gobierna del cambio histórico que se ha producido en España en veinte o veinticinco años».

El exlíder se dolía ante las peleas internas por el poder, ante la incapacidad de la gestora para ordenar el proceso precongresual y, sobre todo, ante la dejación por el PSOE de su gloria histórica, la que él, Felipe González, había encabezado para transformar España. Tan deteriorada estaba la situación que una de las voces más libres del partido —a veces también una de las más arriesgadas—, la de Juan Carlos Rodríguez Ibarra, proclamó que la única solución era volver a la «entente» González-Guerra para reconstruir el PSOE.

Claro, era una solución imposible y todos, sospecho que, comenzando por el extremeño Ibarra, lo sabían. Como era imposible un acuerdo entre Bono y Zapatero, como preconizó luego González. Pero es pertinente aquí este pasaje para mostrar hasta qué punto el

desconcierto era el sentimiento entonces dominante en un partido que, al fin y al cabo, había gobernado largo tiempo y con plenos poderes en España hasta menos de cuatro años antes. Y cómo González padecía el «síndrome del cesante», del dimitido en este caso, sintiéndose poco querido a pesar de cuanto había hecho por su país y por su partido.

Esa puede ser una de las claves de su apoyo —cauto y no declarado— a Zapatero: sentía que el diputado leonés le admiraba y hasta, dijo una vez, le imitaba en su estilo oratorio e incluso en su mímica.

Pero ya en 1996 —bastante antes, según algunos— se percibía claramente, como comentaba Eduardo Madina, que «Felipe González estaba agotado, que el cambio era necesario». En los albores del año 2000 habían pasado ya cuatro años desde la derrota electoral, tres desde la dimisión de Felipe y casi veinte desde que arrancó la última etapa, la «marcha definitiva», que llevaría a «los de Suresnes» al poder.

Nada tenía que ver, lógicamente, aquel PSOE ilusionado con el PSOE que preparaba, desde la confusión y el desconcierto, el congreso que iba a enfrentar a Bono con Zapatero —había dos candidatas más que pesaban poco, es la verdad— por la conducción del futuro. Probablemente tenga razón Ignacio Varela cuando dijo que «puede que al PSOE le hubiese venido bien perder las elecciones en 1993», porque lo que vino a continuación fue el anuncio de un desastre

Así que el partido se enfrentaba de nuevo a un gran vacío, con la respetada figura de Manuel Chaves —el «hombre sin ambición», le llamó alguna vez Alfonso Guerra: había rechazado dos veces la posibilidad de ser secretario general— gestionando la provisionalidad hasta la celebración del congreso federal. En ese momento pocos podían sospecharlo, pero estaba a punto de llegar lo que Menéndez y yo, en un libro que suscitó reacciones muy diversas, llamamos «el zapaterato».

8

ZAPATERO: «EL FACTOR GENERACIONAL FUE DECISIVO»

Ahora lo que importa es cómo llegó al poder, por qué, de la mano de quién. Y lo que significó su llegada, que pienso, discrepando de tantos, que, en conjunto, fue un periodo bueno para España, con los inevitables altibajos que toda acción política definida produce. ¿Cómo llegó allí?

«El factor generacional es decisivo», dice Zapatero, en su despacho próximo a la sede del PSOE de Ferraz, diez años después de haber abandonado, por su propio pie, el poder. «La mayoría de las personas que arrancamos hacia el 35º congreso estábamos en la misma generación. Blanco, Trinidad Jiménez, Jesús Caldera… Éramos una generación que habíamos vivido siempre en democracia, teníamos un concepto de la democracia más valiente que la generación anterior, porque no teníamos la idea del temor a perderla».

La que aupó a Zapatero era, en efecto, gente diez, quince, veinte años más joven que la que acompañó a Felipe González al poder. «Cuando a la gente de Felipe González le decías que había que legalizar el matrimonio homosexual, notabas una cierta displicencia», dice Zapatero. «Sentía en la generación precedente una especie de mirada condescendiente hacia lo que pensábamos y queríamos hacer, sobre todo en el tema de los derechos de igualdad».

«Representé un PSOE sin reticencias históricas hacia lo que había a nuestra izquierda», dice Zapatero, aludiendo sin duda a la experiencia precedente de la alianza difícil con Izquierda Unida, lo que había llevado, entre otras razones, a la derrota de Almunia. Pero también estaba haciendo referencia inequívoca a las viejas suspicacias entre socialistas y comunistas de la posguerra, vigentes también

durante el franquismo y hasta en el «felipismo». «Yo tenía una perspectiva más abierta», concluye.

Los jóvenes «treintañeros», o cuarentones en la primera mitad de su década, que se sintieron atraídos por ZP, eran keynesianos, admiradores de Bill Clinton en su mejor versión. No estaban, en general, situados más a la derecha de lo que pudieran haber representado Joaquín Almunia o, menos aún, Josep Borrell, pero tampoco del último Felipe González, curtido en el pragmatismo del ejercicio del poder.

Aquellos jóvenes, que concebían la democracia no como una ruptura con un pasado ya inexistente —contra lo que ocurría en tiempos de Felipe González—, sino como una redefinición de la democracia con planteamientos de un republicanismo teórico, formularon la idea de una «Nueva Vía» hacia un socialismo moderado —o un centrismo evolucionado—, con base en la concepción específica de una «Tercera Vía» del entonces gobernante *premier* británico Tony Blair.

Claro que sobre lo que representaba Zapatero hay muchas versiones, no pocas opiniones contrapuestas. Para Ignacio Varela, una especie de Iván Redondo en ilustrado y de cuyos servicios de asesoría prescindió, equivocadamente, Zapatero, el de este es «un pensamiento blando», «representa la banalidad» y «supone una quiebra cultural sobre el felipismo».

Quico Toscano, el ya bastante mentado alcalde de Dos Hermanas, figura fundamental en el socialismo andaluz y representante de los alcaldes «catetos» que hacían y deshacían candidaturas, dice que, como hizo luego con Pedro Sánchez (y con Borrell y con Rubalcaba), llamó a Zapatero a la localidad sevillana de la que durante veintitrés años fue edil, para que diese una conferencia; le gustó el personaje. De él le había hablado la senadora Basilia Sanz, que era la mujer de Toscano. Zapatero fue el primero en experimentar algo en lo que luego profundizaría Pedro Sánchez: el poder real de los alcaldes como plataforma electoral de un candidato nacional.

Felipe González parecía molesto con Zapatero por la posición de este sobre Venezuela. (Foto: Juan Lázaro Mateo).

Un republicanismo solo teórico

Zapatero me lo explicó alguna vez: su Nueva Vía, una corriente disuelta pronto cuando él llegó a la presidencia, era «la renovación del republicanismo en el PSOE». José Andrés Torres Mora, inspirador teórico de algunos planteamientos del «zapaterismo», piensa que quizá un abuelo del socialismo es el marxismo —del que hace mucho que abominaron formalmente el PSOE y la socialdemocracia europea en general—, pero que el otro abuelo es el republicanismo, entendido al modo del politólogo y filósofo irlandés Philip Pettit (a quien, sin embargo, José Sanromá, un ex «prochino», en terminología obviamente superada, que escribió no pocos discursos de Zapatero, considera «infumable»).

Una ideología basada en la no dominación, en el fomento máximo de la libertad desde las leyes. Un «pensamiento débil», en definición, no sé si técnicamente muy exacta, de José Enrique Serrano, basado en perseguir la libertad antes que la igualdad.

«Algunos seguimos muy atentamente el debate sobre el marxismo en el PSOE», dice Torres Mora, que en 1979 —cuando Felipe González

reniega del marxismo, se suicida Poulantzas y enloquece Althusser—tenía apenas diecinueve años, como el propio Zapatero. Con Poulantzas y Althusser el neomarxismo había quebrado, aunque aún faltasen diez años para la caída del muro de Berlín. La izquierda, básicamente representada por una socialdemocracia que casi ni sabe dónde se halla situada —tantos teóricos han tratado de definirla sin precisarla—, se quedó algo huérfana.

«Entonces (finales de los setenta) muchos eran marxistas sin haber leído a Marx; ni sabíamos, en aquel 28º congreso (el del abandono del marxismo) a qué estábamos renunciando», dice Torres Mora, que fue diputado durante algo más que las dos legislaturas de Zapatero y que se convirtió, de alguna manera, en un referente de la política cultural y filosófica de su época.

Si Felipe González representó el olvido de todo cuanto Indalecio Prieto, Negrín o Largo Caballero, e incluso el exilio de Llopis, representaron, el «neozapaterismo» significó el fin de las guerras entre facciones de «guerristas» y «renovadores», que salpicaron buena parte de los trece años de aquel que fue humorísticamente definido como «el felipato». Con ZP llegó algo así como una renovación profunda de tesis sustentadas hasta entonces por gentes como Ludolfo Paramio o, más importantes que él, Maravall, Tezanos o Julián Santamaría, por poner tan solo algunos ejemplos. El que surgía era un partido nuevo, libre de ataduras del pasado.

Estaba naciendo un nuevo socialismo también, en el que el naciente Tony Blair tenía un espacio, aunque su «Tercera Vía» era no poco cuestionada en el seno del PSOE: «Me horripila la Tercera Vía, que utiliza un lenguaje de izquierda para hacer política de derechas», comenta Patxi López, que ha sido, entre 2009 y 2012, el único lehendakari socialista en el País Vasco. Y esta opinión era, es, compartida hoy por muchos en el PSOE.

Aquellos parlamentarios mayoritariamente jóvenes habían leído alguna cosa del «republicanismo cívico» de Pettit, las tesis del cambio de Hannah Arendt (muy de moda en esos momentos), los postulados de algunos norteamericanos demócratas, como George Lakoff… Desde luego, es de sospechar que sus condimentos teóricos eran inferiores a los de muchos de los socialistas que arribaron al gobierno de Felipe González catapultados desde el ámbito, ya mentado anteriormente, democristiano de Peces-Barba, como Virgilio Zapatero o Tomás de la Quadra-Salcedo, Félix Pons, Elías Díaz. Gentes que, del cristianismo crítico y avanzado de Mounier, fueron a dar en las lecturas marxistas de Georg Lukács, cuya *Historia y conciencia de clase* fue leída con tal vez inmerecida avidez por los hermanos «muy mayores» de quienes

integraron el zapaterismo.

No mucho más fundamentaba la plataforma teórica de lo que sería la Nueva Vía. Pero siempre se pensó que las posiciones del irlandés Pettit, un decidido enemigo de los *neocon* americanos representados por Bush, ejercieron no poca influencia en algunas actitudes «antinorteamericanas» de Zapatero, cuya primera acción como gobernante consistió en forzar la salida de las tropas españolas de Irak. Para no hablar del error anterior de no levantarse al paso, en un desfile, de una bandera norteamericana, un gesto en principio sin mayor relevancia, pero poco meditado, que le costó más de un disgusto en la política exterior durante buena parte de su mandato.

Quizá no fuese la discusión en torno a las teorías de Anthony Giddens —el inspirador de la «Tercera Vía» de Blair— el tema central en los «cafés en casa de Trini» (Trinidad Jiménez) que reunían a un grupo de diputados del Grupo Socialista para alumbrar lo que sería esa Nueva Vía: demasiado teórico, poco aprehensible, lo de Giddens. Pero la coincidencia en muchos planteamientos, luego furiosamente rebatidos en otros ámbitos de la izquierda, era clara.

Y algunos quisieron llevar la teoría al poder, aprovechando, una vez más, el hueco político que había creado la reciente derrota electoral en marzo de 2000, la dimisión de Almunia y la creación de una gestora presidida por Chaves en la que se hacían patentes aún las viejas rencillas con los «guerristas». Aquellos «trinitarios» focalizaron la idea de la ocupación del poder vacante en quien había sido el diputado más joven, un hombre que acababa de cumplir cuarenta años, que llegaba con cierta experiencia política de fajarse en el partido en León y que «nos pareció el más prudente, el que podría ser el cambio tranquilo», según comenta Trinidad Jiménez.

Era el hombre a quien, ya en el 34º congreso, el canario Juan Fernando López Aguilar le había propuesto lanzarse a la piscina de la competición por el liderazgo del partido frente a Almunia y Borrell. Ese hombre, con clarividencia estratégica, se había negado, por entender que en esa piscina no había todavía agua suficiente para él. Pero ahora sí, ahora había agua y acaso podría nadar mejor que sus competidores. Así que José Luis Rodríguez Zapatero, sin dudarlo mucho, esa es la verdad, se lanzó de cabeza a la piscina, asumiendo, poco a poco, casi sin que se notase —rememora Trini Jiménez—, el liderazgo del grupo fundador de la Nueva Vía.

Fue una aventura a la que, por cierto, le animaron notablemente algunos. Como Torres Mora, que le conocía poco, pero que, cuando dimitió Almunia en marzo de ese año 2000, telefoneó a un Zapatero a quien muchos sospechaban «dubitativo» acerca de qué camino elegir

—no lo estaba tanto, parece—: «Te llamo para decirte que te presentes a la secretaría general si recibes alguna llamada más como esta mía. Si no, no lo hagas». Y así, enviándole papeles teóricos y prácticos, empezó la relación de Zapatero con Torres Mora, quien pronto se unió al equipo de López Aguilar, Trinidad Jiménez, Antonio Cuevas, Jesús Caldera o Jordi Sevilla, entre otros, no muchos.

Por cierto, que Tony Blair, que no se entendió demasiado bien con Zapatero —y no solo por cuestiones idiomáticas—, le dijo en una ocasión, ante testigos (yo estaba por allí), siendo ya ZP presidente: «Me recuerdas a mí de joven». Viví una destartalada rueda de prensa conjunta en El Pardo en la que el británico apoyó inequívocamente la negociación con ETA, en paralelismo con lo que Londres había hecho con el IRA irlandés. Parece que aquel apoyo de Blair no gustó a todos por igual en el PSOE, y menos aún en la oposición.

Y Arnaldo Otegi, en nombre de Batasuna, escribió por esa época a Zapatero, ya presidente, ofreciéndole ayudarle a ser «el Tony Blair español que resuelva el conflicto político y armado» (con ETA, se entiende). Otegi, decían, quería, a su vez, ser el Gerry Adams, presidente del Sinn Fein irlandés, pero «a la vasca», que es algo que siempre imprime carácter. Rememorar todo esto en mayo de 2022, cuando el Sinn Fein acababa de ganar las elecciones en Irlanda del Norte, constituía todo un motivo de meditación.

«Este es mi candidato para secretario general»

El «ascenso» de Zapatero se produjo de manera menos compleja de lo que sería después la de Pedro Sánchez, pese a las evidentes similitudes entre ambos procesos. Se fue fraguando en pocos meses a través de encuentros de diputados, que se reconocían afinidades y una preocupación común por la situación en la que se hallaba el partido. Jesús Caldera, Juan Fernando López Aguilar, Leire Pajín —que conoció a Zapatero en la cafetería del Congreso—, Antonio Cuevas... y otros varios que alcanzaron menor proyección posterior.

José Blanco fue una incorporación importante por su capacidad de trabajo y de relación. Le conocí en una cena «restringida» en Lugo, a donde había yo acudido invitado por mi amigo Ventura Pérez Mariño cuando este se incorporó, junto con el también juez Baltasar Garzón, a la campaña como candidato a esta provincia en las listas del PSOE como independiente. Ventura formaba parte de la «operación Baltasar Garzón», ideada por Bono para salvar para Felipe González

las elecciones de 1993, que se daban casi por perdidas y se ganaron por los pelos, gracias en parte, se dijo, a la contribución de aquellos dos «jueces estrella» (aunque Ignacio Varela opina que «Garzón no metió ni un voto»).

A aquella cena lucense asistía también el propio Garzón, que, con las copas de la sobremesa, empezó a contar chistes con cierta maledicencia y no demasiada gracia relacionados con Alfonso Guerra. Los presentes, miembros del comité regional, no sabían si reír los chistes del «astro ascendente», que concurría a aquellas elecciones nada menos que como «número dos» por Madrid, desplazando a Javier Solana, o escandalizarse abiertamente ante las chanzas sobre el intocable Guerra. La tensión fue tal que el propio futuro alcalde de la ciudad y «hombre fuerte» de la agrupación, José López Orozco, abandonó precipitadamente la reunión. Me llamó la atención un joven de ojos saltones y nariz larga, que, impertérrito, no perdía detalle y no abrió la boca. Pregunté quién era.

—Es José Blanco, le llamamos Pepiño, y es muy listo —me dijeron.

Iba a ejercer, en la práctica, de «número dos» de Zapatero siete años después. Y ya hemos visto su influencia en el ascenso de Pedro Sánchez. Y quizá también después, ya en un plano más situado en la discreción…

Por lo que se refiere a Jordi Sevilla, que ya había conocido a Zapatero en 1991, cuando este último acudió a visitarle para consultarle un problema sobre un sindicato agrario leonés (Sevilla era entonces jefe de gabinete de Pedro Solbes, a la sazón ministro de Agricultura), se jactaba de haber sido de los primeros en «descubrir» al joven diputado de León:

—Acabo de conocer a un diputado que se llama Rodríguez Zapatero y me parece un tipo con futuro —le había dicho a su jefe Solbes, irrumpiendo en el despacho del ministro.

Y luego está, desde luego, Trinidad Jiménez, la gran muñidora de lo que iba a ser una candidatura del 35º congreso federal, la gran promotora de la candidatura de Zapatero. No era diputada, pero conocía a gran cantidad de parlamentarios socialistas. Había comenzado a militar en 1983, pero antes había creado un grupo de estudiantes afines al socialismo en la Facultad de Derecho de Sevilla. Por sus antecedentes familiares, por su formación, trayectoria y relaciones, todos intuyeron que tendría un gran futuro en el PSOE, lo que se concretó ya en tiempos de Felipe González, a quien se la consideraba muy vinculada.

Fue Carlos Solchaga quien, a comienzos de marzo de 2000, le

presentó a Zapatero en una cafetería cercana a la sede de Ferraz:

—Este es mi candidato a la secretaría general —dijo el que fuera «superministro» económico, quizá algo levemente, aunque «Trini» sí se lo tomó muy en serio.

Las «dos almas» del PSOE se enfrentan (de nuevo)

El 11 de abril, la naciente corriente Nueva Vía celebró una «cumbre» en el hotel Prado de Madrid. Por entonces, tanto mi compañero Gonzalo López Alba como yo seguíamos con bastante atención —él más de cerca que yo— las evoluciones del «nuevo» PSOE, aunque confieso que yo era más escéptico que él respecto de las posibilidades de que fructificara aquella corriente, paralela a la de Tony Blair —para simplificar; no era así del todo. Ya digo que lo del laborista británico era, consideraban, «demasiado liberal»—. Fue Gonzalo quien me habló de la reunión en aquel hotel, de la que yo no llegué a enterarme con la suficiente antelación y que luego él plasmó con su habitual detallismo en *El relevo*.

El caso es que aquella «cumbre» iba a significar la oficialización de Nueva Vía. Y, como decía, Zapatero, ejerciendo un «liderazgo tácito», Caldera, Blanco, Trinidad Jiménez y el diputado por Sevilla Antonio Cuevas se convirtieron entonces en el «núcleo duro» de la corriente que iba a llevar al poder a Zapatero. Luego se unirían a la conducción del grupo Jordi Sevilla, López Aguilar y otros. Pero en cabeza, sin ningún título oficial que así lo acreditase, estaba siempre Zapatero. Ya se lo había dicho Almunia a «Trini» algunas semanas antes:

—En el grupo parlamentario, con quien tienes que contar es con Zapatero.

El «bautismo» de Nueva Vía significó de hecho el lanzamiento de Zapatero hacia la secretaría general. Creo que la primera aparición en los medios de esta corriente —si es que así podía denominársela— se la debemos a mi durante años compañera en *El País* Anabel Díez, que tituló su crónica: «Nueva Vía propone reorientar al PSOE hacia el "mejor liberalismo"». Y en el texto se decían cosas como que «este grupo reivindica el lema de socialismo es libertad» para añadir que «el mejor liberalismo siempre ha estado en la izquierda». «Puede preverse», añadía Anabel, una de las comentaristas políticas con mayor visión que conozco, «que levantará en el PSOE la polémica, hace tiempo en desuso, entre socialdemócratas y social-liberales».

Hacía tiempo que yo ya no estaba en *El País*, pero pude percibir con claridad el alcance que el «Manifiesto de Nueva Vía» tuvo a la hora de encender viejas pasiones entre las tradicionales «dos almas» del PSOE. Dos almas que muchos niegan que existan, pero que existen. Lo que ocurre es que hay quienes quieren llamar a las «meigas», digo a las almas, de una forma, y otros, de otra. Pero desde Prieto y Largo Caballero han estado ahí. Ya digo que sería demasiado simplificar decir que una está más a la izquierda, o a la derecha, que la otra.

El debate teórico ante este congreso fue, junto con el del abandono del marxismo, dos décadas antes, uno de los más profundos que haya registrado el PSOE ante una de sus encrucijadas. A ello se unió la propuesta «Iniciativa para el Cambio», alentada por Manuel Escudero, que constituía un intento de revisión, desde la izquierda, de la trayectoria del partido, algo que «Manu» ya había intentado con su iniciativa, en los años ochenta, del llamado «Programa 2000». Esta propuesta no iba a tener un excesivo recorrido, pero mostraba, por si hiciera falta una vez más, que el PSOE era un partido que continuamente se cuestionaba a sí mismo, pero manteniendo una plataforma de sustento mínimo.

El «Manifiesto para la Nueva Vía» se hizo oficialmente público el 5 de mayo. Reconocía el agotamiento del proyecto de los años ochenta, defendía «un nuevo estilo de hacer política que cuente más con la gente» y una «transparencia en los procesos de toma de decisión». No tuvo, es cierto, demasiada repercusión pública. Pocas veces la tienen los escritos teóricos emanados de los partidos, aunque seguramente habrían de tenerla, puesto que son muestra de un compromiso —que debería ser serio— con el electorado. Como se esperaba, fue inmediatamente tildado de «liberal». El apoyo público de Carlos Solchaga no contribuyó precisamente a desmentir esta opinión.

Y ante el 35º congreso las dos almas iban a enfrentarse. Las dos almas que algunos aún consideraban la sedicente izquierda y la nunca confesada derecha del partido. Y la ambición. Y el oportunismo.

9

LA BUENA, EL FEO, EL MALO, EL GUAPO, LA MARCIANA…

El «alma de la izquierda», si queremos, para no entrar en excesivas disquisiciones, llamarla así, estaba representada en la candidatura de la exministra Matilde Fernández, a la que Alfonso Guerra hubo de elegir al rechazar el encargo otros, como José Borrell o Juan Carlos Rodríguez Ibarra. Ella sabía que perdería, pero se resignó, disciplinada. Trató de aglutinar a «borrellistas», excarrillistas —aquel sector del PCE que se había aproximado al PSOE—, Izquierda Socialista y, claro, a los propios «guerristas», que aún coleaban en el partido y acabarían siendo decisivos a la hora de elegir al nuevo secretario general (que no iba a ser Matilde, por supuesto; ella era una figura de paja).

Un pasaje quizá no muy conocido son los encuentros que decenas de militantes, de extracción «guerrista», celebraron semanas antes de este 35º congreso en el restaurante Currito, en la Casa de Campo madrileña, convocados por José Luis Corcuera, Txiki Benegas y Francisco Fernández Marugán. Se trataba de promover a Juan Carlos Rodríguez Ibarra, presidente de la Junta de Extremadura (allí estuvo veinticuatro años), como el candidato «guerrista» en el congreso del partido, frente a Bono, Zapatero y Rosa Díez. Pero Ibarra rechazó tajantemente la «oferta», y Guerra, a quien un grupo de los que fueron llamados «comando Currito» fue a visitar a Sevilla para convencerle, tampoco se decantó a favor o en contra.

José Bono escribió en tres volúmenes sus recuerdos y comentarios. Sus archivos están llenos de datos. (Foto: archivo del autor).

Fue entonces cuando, un tanto a la fuerza, se echó mano de Matilde Fernández.

Muchos años después, Rodríguez Ibarra me contó que Bono perdió aquel congreso frente a Zapatero «por soberbia». Se presentó ante los delegados extremeños alardeando de tener ya comprometido el 60 por ciento del voto de los delegados, «así que hay dos caminos: ponerse de mi lado o en contra», había dicho el castellanomanchego. Esta actitud molestó soberanamente a la delegación extremeña, cuarenta personas que pensaban votar a Bono en bloque y, finalmente, se decantaron por el leonés.

Sin embargo, el expresidente extremeño me reconoció que «en un principio fui bastante crítico con Zapatero; le he considerado siempre un radical italiano (el partido de Emma Bonino, que fue ministra de

Asuntos Exteriores de Italia) más que un socialdemócrata». De hecho, Rodríguez Ibarra iba a mantener actitudes bastante severas con el presidente Zapatero, «sobre todo en su política territorial» y publicó más de un artículo enormemente crítico con el inquilino de La Moncloa.

El «ala oportunista» la encabezaba Rosa Díez, la exconsejera de Turismo en el gobierno vasco de coalición encabezado por Ardanza, exeurodiputada y que, bastante después, en un espectacular salto de trampolín, acabaría encabezando un partido efímero, Unión Progreso y Democracia, intensamente crítico con las últimas derivas del socialismo. La de cosas dispares que le hemos escuchado a la siempre inquieta y simpática Rosa…

Luego estaba Bono. El expresidente de Castilla-La Mancha era un viejo conocido de muchos periodistas. Significaba la pasión política, la ambición —por qué no— de ejercer el poder. Lo que ocurre es que Bono cometió varios errores, al margen del pecado original de estar apoyado por una mayoría del «aparato», que se quería alejar del «guerrismo» sin caer en las redes de una Nueva Vía, que era, para ellos, demasiado nueva porque no la conocían.

Uno de estos errores, al margen de lo señalado por Rodríguez Ibarra, fue, según comenta Manuel Chaves, que, cuando fue a hacer campaña para «sus» primarias en Andalucía, Bono no habló demasiado bien de Felipe González (ese es, ay, uno de los defectos de Bono: a veces es demasiado sincero al hablar del ausente). Y luego, así lo entendió al menos Felipe, remoloneó algo a la hora de ofrecer a González la presidencia del partido. Una presidencia que, por otro lado, Felipe ni quería ni aceptaba, pero que, a nadie le amarga un dulce, le gustaba que le fuera ofrecida en bandeja de plata. Ello hizo que González acabase apoyando a Zapatero, a quien conocía muy poco.

Y eso que Bono, cuando le pidieron que concurriera a las primarias, puso tres condiciones, cuenta López Alba: que le apoyase Felipe, que le apoyase Chaves y que le apoyase «la agrupación de Miguel Yuste», es decir, el diario *El País*. No estoy seguro de que esta última condición pudieran garantizársela sus interlocutores entre los mandos del PSOE, y de hecho Bono desmintió a mi compañero Gonzalo que tal exigencia hubiera llegado a presentarla. López Alba, sin embargo, mantuvo que sus fuentes eran del todo fiables.

Con la enemiga de los «guerristas» —Guerra le había sacado «bola negra» por considerarle un traidor a su persona—, de una buena parte de la izquierda del partido, de los catalanes del PSC —que consideraban «peligrosos» sus ataques al nacionalismo—, el apoyo del

«aparato», si se quiere representado entonces por Rubalcaba, no bastaba, ni tampoco el de Castilla-La Mancha. También pensaron bastantes en su momento que Bono cometía un enorme error presentando su candidatura nada menos que en el hotel Ritz tras haberlo hecho en Toledo.

Zapatero fue el último en oficializar su candidatura, que ya estaba cantada. La presentó un mes antes del comienzo del congreso, el 25 de junio, en el hostal San Marcos de León. En su discurso insistía en una de sus ideas favoritas: «Es necesario un partido que sea como la sociedad de hoy: ágil, dinámico, participativo y profundamente democrático, que consolide las primarias, la apertura de las listas y cuantas medidas sean necesarias para mejorar el trabajo ante la sociedad». Primarias sí habría en el futuro, pero en cuanto a la apertura o desbloqueo de las listas (candidaturas) sigue siendo una asignatura pendiente, pese a haber figurado en numerosos programas electorales, no solo socialistas.

Y, por supuesto, las desavenencias entre las «almas» socialistas se empezaron a notar bien pronto. Concretamente cuando, en la presentación de la candidatura de Matilde Fernández en la sede madrileña de la UGT, Alfonso Guerra descargó toda su fusilería contra los «graves errores» cometidos en la última etapa de González. Sobre Zapatero cayeron «acusaciones» de ser un «liberal», «la izquierda del centro», lo mismo que antes algunos «borrellistas» habían dicho de Almunia, mientras Borrell se proclamaba «el centro de la izquierda». En esas «honduras» andaban los debates.

Pero la verdad era que, a la hora de estudiar los programas, se constataba que todos coincidían en lo sustancial: la búsqueda de la redefinición de la socialdemocracia. Esa de la que Ralph Dährendorf se atrevió, algo atropelladamente, a opinar que era una doctrina que se acababa. Lo mismo que me dijo el exprimer ministro francés Valls, que, por cierto, ya había dejado de ser hasta nominalmente socialista.

El «fin de un ciclo político»

Fue José Enrique Serrano, director del Gabinete de la Presidencia con Felipe González, y que iba a repetir en lo mismo con Zapatero, el encargado de elaborar la ponencia que iba a servir de marco para los debates en el congreso federal. Allí, Serrano, autor de algunas de las mejores piezas oratorias de los presidentes a los que sirvió —que fueron los tres socialistas, por cierto: un caso casi único el de JES—,

hablaba de que el partido se encontraba «ante el fin de un ciclo político».

Luego, y aunque le había prometido Zapatero el cargo a Torres Mora, Serrano se convirtió en director de Gabinete de Zapatero, que le «perdonó» viejas rencillas. Y Serrano repitió en el mismo cargo que había ocupado con González y a punto estuvo de hacerlo con Pedro Sánchez, aunque este último escogió al final muy otras vías y situó a Iván Redondo como máximo representante de la «fontanería».

Zapatero, me dijo quien fue un estrecho colaborador suyo, no tenía ni idea de la Administración (tampoco, dicho sea de paso, de economía, y bien patente que quedó con aquel «micrófono no desconectado» de Jordi Sevilla, en el que, lisonjero, le decía que esa era una asignatura que se aprendía «en un par de tardes»); pero cierto es que supo rodearse de gentes que sí sabían, como el propio Sevilla, Pedro Solbes o Elena Salgado, aunque en torno a esta última he escuchado opiniones bastante divergentes, sobre todo en sectores cercanos a la «otra» vicepresidenta, Fernández de la Vega.

O Rubalcaba, que, en esos momentos, recordemos, apostaba por Bono. Equivocándose.

Un acuerdo de madrugada

Los periodistas que seguíamos la actualidad política en general, y la en aquellos momentos convulsa vida del socialismo en particular —las portadas dedicaban importantes espacios a aquella lucha en el PSOE —, pudimos constatar, casi en directo y pese a la escasa transparencia de los debates internos, lo que fueron aquellas competiciones entre los cuatro candidatos por llegar a la meta. Casi todo valió en aquella *melée*, que se desarrolló no siempre con luz y taquígrafos, que iba a desembocar en el 35º congreso el 21 de julio de 2000.

La versión oficial —oficiosa, en realidad— que se nos transmitió a los periodistas que pululábamos por los pasillos del congreso fue que Zapatero, con su discurso de presentación, se ganó los nueve votos que le diferenciaron de Bono, el segundo posicionado. A las 17.08 horas del sábado 22 de julio de 2000, el aragonés Marcelino Iglesias, como presidente del congreso, proclamó oficialmente la victoria de Zapatero por nueve votos: 414 frente a 405 de Bono, 109 de Matilde Fernández y 65 de Rosa Díez.

Los periodistas que habíamos pasado la noche del viernes al sábado casi en blanco, intuyendo las tensas negociaciones en los

despachos, sabíamos que, más que el discurso final, había sido un pacto de madrugada entre José Blanco, por Zapatero, y Rafael Delgado, *Fali*, por el «guerrismo», el que había hecho del vallisoletano/leonés el nuevo secretario general y sin duda candidato a la Presidencia del Gobierno de España. Un cambio de cromos: tantos puestos en la Ejecutiva a cambio de tu voto.

Era casi lo típico de los congresos socialistas, de casi todos los congresos socialistas: una noche tensa, en la que todo estaba a punto de irse al garete y, al final, el acuerdo. Solo que esta vez la cosa había sido mucho más dura, había mucho más en juego: el peligro de no supervivencia para el partido era, había sido, mucho mayor.

Imposible, veintiún años después, no plantearse, desde el aquí y ahora, comparaciones, divergencias y paralelismos con el 40º congreso de Valencia con el que empezábamos este relato. La tempestad frente a la calma chicha. Pedro Sánchez salió de su congreso obviamente fortalecido, con un partido «nuevo» —para lo bueno y para lo malo, según quién lo analizase—. Zapatero tendría que recomponer los jirones del PSOE. Supo hacerlo. Aunque nadie daba un céntimo por él.

Y eso que entre sus apoyos estaba Felipe González, a quien Trinidad Jiménez convenció para que variase, entre las otras razones apuntadas, su inicial respaldo a Bono. Cierto que nadie podría afirmar que González se había volcado abiertamente en apoyo a Zapatero; no se «mojó» demasiado, es la verdad, y ese era el estilo de Felipe. Pero todos sabían hacia dónde se había inclinado su peso moral, y dicen que Bono tuvo alguna ocasión de reprochárselo posteriormente.

Quizá la única persona en el entorno de Zapatero que quedó descontenta con el resultado, y con lo que se le avecinaba, fue Sonsoles Espinosa, una mujer a la que, se nos dijo, horrorizaba todo cuanto la parafernalia del poder significase. Puede que por eso Zapatero, cuando ya concluía su mandato en La Moncloa, dijo a un allegado: «Cuando te levantas todos los días de la cama con alguien que te dice "¿cuándo nos vamos de La Moncloa?" tienes que empezar a poner límite a tu estancia en La Moncloa». Él se había fijado ocho años como máximo. Estuvo algo más de siete.

«Ahora sí que sé que voy a ser presidente del Gobierno», dijo a un grupo de periodistas al día siguiente de la clausura del congreso. Iba a llegar en parte por caminos torcidos, terribles. Pero llegó. Por cierto que entre los apoyos importantes a Zapatero se encontraban aquellos «renovadores por la base» madrileños, José Luis Balbás y Eduardo Tamayo entre ellos, que propiciaron una traición a su partido en 2003 y facilitaron que la conservadora Esperanza Aguirre llegase a la presidencia de la Comunidad de Madrid en detrimento del socialista

Rafael Simancas, que ya se veía en el despacho de la Puerta del Sol y sufrió uno de los revolcones más sonoros en la historia agitada y no siempre limpia de la política madrileña.

¿Y si hubiera ganado Bono?

Manuel Chaves, el presidente de la Junta andaluza, que al final resultó elegido presidente del PSOE, lo dijo muy claro: «Este congreso ha sido el fin de la generación de Felipe». Zapatero, que había tenido la humorada de declararse «un rojo» en una entrevista en la revista *Marie Claire*, representaba algo nuevo, desconcertante para quienes se habían anclado en el partido «felipista de siempre», olvidando que los tiempos eran nuevos. ¿Era, como muchos habían creído hasta entonces, un representante del ala más conservadora, más «liberal», del PSOE? ¿Era «un rojo»? Era, en todo caso, un fenómeno inédito. La nueva etapa, imprevisible, sin duda. Ya entonces, la recuperación de «la Memoria Histórica» empezaba a ser una de las obsesiones en alguien que, como él, aspirante a presidir el gobierno del reino de España, se manifestaba admirador de la Segunda República.

Pero a quien podría considerársele representante de la «antigua época», José Bono, el gran perdedor y todavía presidente de Castilla-La Mancha, le quedaba aún mucho trecho político por recorrer. Quienes le habíamos conocido «en su terreno», peleando —frente a Borrell, por cierto— por «su» trazado en la Hoces del Cabriel, o —frente a Narcís Serra— por un mantenimiento ecológico de la finca de Cabañeros, no teníamos dudas de que el derrotado iba, al menos, a salvar los muebles. Y vaya si lo hizo, en parte gracias a la generosidad y el pragmatismo de Zapatero, que intuyó que para nada le convenía dejar el cadáver de Bono en el camino, sobre todo cuando era un cadáver que aún gozaba de bastante buena salud.

¿Y qué hubiera pasado si hubiese sido Bono, y no Zapatero, el ganador del congreso?

Bono es diez años más joven que González, pero diez mayor que Zapatero. Eso le situaba a caballo entre dos generaciones. Y ya lo dijo Zapatero cuando acudí a visitarle a su despacho de expresidente: «Aquello fue una cuestión generacional». Bono era poco amigo de los nacionalismos, se declaraba cristiano —aunque no del extremista monseñor Cañizares, puntualizaba—, era bastante tajante en sus postulados, que defendía sin complejos. Es más, en algún momento hubo quien le escuchó comentar con el «popular» Alberto Ruiz-

Gallardón acerca de la «necesidad» de que se crease «un partido de centro», como la extinta Unión de Centro Democrático.

Conocí a Bono cuando aún era militante del Partido Socialista Popular, encabezado por Enrique Tierno, en cuyo despacho se desempeñaba como abogado. Y como mi abogado actuó en mi defensa en un caso menor ante el Tribunal de Orden Público. También me defendió en alguna otra causa política, como las querellas que se presentaron contra algunos periodistas que habíamos escrito el libro *Todos al suelo*, citando a algunas personas como presuntas integrantes de la nunca descubierta «trama civil» del golpe del 23 de febrero de 1981. Fue aquel un libro, por cierto, para el que personas del entorno de Suárez y situadas muy alto en su gobierno, como el teniente general Gutiérrez Mellado, ahora ya se puede decir, nos proporcionaron valiosa información. Que luego, al no atreverse ningún juez a iniciar un proceso que hubiese reabierto un caso, el de aquella intentona de Milans del Bosch, Tejero y compañía, nunca quedó aclarado del todo, y jamás ha tenido una explicación oficial completa y sigue sujeto a no pocas especulaciones. No solo, por cierto, acerca de quiénes eran los civiles involucrados en el intento de golpe.

De Bono se dijo una infinidad de cosas, con el claro objetivo de desprestigiarle, y no seré yo quien traiga aquí tales dimes y diretes. Pero lo importante es que, mientras él encarnaba posiciones de centro, Zapatero afirmaba que por el centro no le buscasen, que él no estaba allí.

Si Bono hubiese ganado aquel congreso que perdió por apenas nueve votos, ni la tramitación del estatuto catalán hubiese sido la misma, ni las negociaciones con ETA se hubiesen llevado a cabo, no del mismo modo al menos, ni… Algunos quisieron situarle como una alternativa de futuro en el caso de que Zapatero perdiese las siguientes elecciones generales, lo que, a la salida del 35º congreso, parecía bastante probable.

El presidente castellanomanchego, que estuvo gobernando esa comunidad durante más de dos décadas, nunca mostró, es la verdad, voluntad de convertirse en una tal alternativa. Pero recuerdo con nitidez que aquel verano de 2000, con Zapatero ocupando su despacho de secretario general del PSOE, la pregunta que corría de boca en boca era: ¿hay recambio para Zapatero?

El propio Zapatero despejó algunas incertidumbres antes de la sesión de clausura de aquel 35º congreso, fundamental en la vida del PSOE. Porque logró, primero, formar una Ejecutiva de integración, con José Blanco como «hombre fuerte». Segundo, contó con la proclamada lealtad —luego, además, demostrada— del perdedor

Bono. Y tercero, porque consiguió establecer un clima de diálogo con el presidente del Gobierno José María Aznar, con quien, aquel mismo año 2000 —11 de diciembre—, suscribió un pacto contra el terrorismo, negociado por Alfredo Pérez Rubalcaba. Quien, por cierto, tras haber apoyado a Bono, sufrió algunos meses de «aparcamiento» en los escaños altos del grupo parlamentario, antes de incorporarse plenamente a la primera línea, que era donde realmente estaba en su salsa.

Aunque, visto con la perspectiva del realismo que suele dar el ejercicio del poder, quizá las cosas, al final, no hubiesen sido tan, tan, diferentes si José Bono hubiese ganado aquel congreso. Quién podría saberlo. Seguramente, ni el mismísimo Bono. Aunque seguramente no hubiera hecho algunas de las cosas que sí hizo el mejor/peor Zapatero.

«Voy a ser el mejor expresidente de la Historia»

Ahora a Zapatero le acusan, sobre todo desde la derecha, pero también gentes afectas a Felipe González, de «estar vendido al régimen bolivariano de Maduro», de «injerirse desde las sombras en la gobernación de Pedro Sánchez a través de sus peones» o de estar a veces más cerca de Podemos que del PSOE socialdemócrata que él mismo representó mientras gobernaba. Pero, acaso, más bien, como aseguran quienes dicen que le conocen bastante, lo que hizo Zapatero, un enamorado de la mediación, fue tratar de «quitar la espoleta» al Podemos de Pablo Iglesias para facilitar la negociación con el PSOE de Sánchez y poder llegar a la coalición formada en enero de 2020, o sea, al poder. Y algo parecido, aunque con mayores dudas, podría quizá decirse de su actividad, desde luego poco difundida y menos aún transparente, cerca del impresentable régimen imperante en Venezuela.

Aun entre los suyos, el recuerdo de lo que Zapatero hizo o dejó de hacer es injusto por limitado. Incluso a quienes, desde altos puestos, colaboraron con él y hoy mantienen su contacto, les pregunté qué era, en su opinión, lo más destacado, lo mejor, que hizo Zapatero durante su mandato. Formulé esta pregunta a un total de cuarenta y dos personas de las más de un centenar a las que consulté cuestiones relacionadas con este libro. La mayor parte se refirió, como lo mejor de lo realizado en las dos legislaturas de Zapatero, a su política social, a la aprobación del matrimonio homosexual, las leyes de igualdad, la ley de dependencia... Incluso hablaron de la ley de Memoria Histórica,

fuertemente controvertida en su momento y tan claramente mejorable que hubo, en efecto, de intentar mejorarse en el siguiente mandato socialista, el de Pedro Sánchez.

Solamente tres, uno de ellos el «alto» Óscar López, dieron la respuesta que era acaso, a mi entender, la más correcta: creo que lo más importante que hizo Zapatero durante su mandato fue llevar adelante, con un mínimo coste en contrapartidas, la negociación con ETA. Ese fue el principio del fin de la banda terrorista que tantas pesadillas nos había supuesto, durante cuarenta años, a los ciudadanos. Cierto que seguramente no hubiese podido llevar a cabo la complicada, tantas veces silenciada y hasta inverazmente desmentida negociación sin Alfredo Pérez Rubalcaba, que es un nombre clave en el «zapaterato».

Pero cierto es también que Rubalcaba, que llegó muy lejos en sus contactos con la banda, como pudimos algunos comprobar personalmente, nada hubiese hecho sin un Zapatero que, en este tema, se enfrentó con la oposición del Partido Popular, con algunos magistrados —señaladamente Fernando Grande-Marlaska, luego ministro del Interior con Pedro Sánchez, la de vueltas que da la vida —, con algunos medios influidos por las asociaciones de víctimas del terrorismo y hasta con algunos miembros de su propio partido.

Ciertamente, otros antes que Zapatero entablaron contacto con ETA. En tiempos de Felipe González —cuando se cometieron errores tremendos—, en tiempos de Aznar, e incluso antes quizá, con UCD, según confesión a medias que hizo un día Adolfo Suárez cuando ya no era presidente del Gobierno y trataba de abrirse paso con su partido, el Centro Democrático Social. Pero ninguno de ellos con la profundidad, el tesón y el convencimiento de Zapatero. Y, claro, sin su eficacia.

Luego estaba todo lo demás: las leyes sociales, los desaciertos —y los aciertos— económicos, el republicanismo teórico y una indudable bonhomía, aunque había quien hasta eso se lo negase: «Ni una mala palabra ni una buena acción», decían algunos militantes a los que descabezó en su etapa leonesa. Fue entonces cuando a un periodista amigo, Óscar Campillo, que escribió un buen libro sobre aquella época inicial de un político que, él (Zapatero) estaba seguro, llegaría a presidente del Gobierno, le dijo: «No sé si seré el mejor presidente del Gobierno; lo que sí sé es que seré el mejor expresidente del Gobierno en la historia de España».

¿Lo es?

«Nosotros no tenemos de eso; somos gente honrada»

La de José Luis Rodríguez Zapatero es una trayectoria singular. «Puede que poca gente haya llegado al poder en medio de tan atronadores signos celestes», dijeron los suyos: partió de la base sin ningún apoyo de relieve, ganó un congreso del PSOE —nadie lo esperaba— en lo que algunos quisieron ver un segundo Suresnes y llegó a la Presidencia del Gobierno en parte aupado por el hecho más luctuoso que han vivido los españoles desde la Guerra Civil: las bombas del 11 de marzo de 2004 en la estación de Atocha, que mataron a 193 personas. Pero no solo por eso: en los últimos días de la campaña, las encuestas le situaban ya casi al mismo nivel que el candidato del PP, Mariano Rajoy.

Entonces no podíamos ni imaginar lo que iba a ser la trayectoria, catorce años después, del sucesor remoto de Zapatero, Pedro Sánchez. Pero es cierto que hay algunos paralelismos en sus orígenes: un diputado casi anodino, aupado por un grupo de compañeros de partido, que gana impensadamente un congreso federal y que llega a la presidencia por una coyuntura extraordinaria, llámese el atentado de la estación de Atocha o, en muy otro orden de cosas, la inesperada moción de censura contra Rajoy, en el caso de Sánchez, tras la «sentencia del caso Gürtel».

Mi primera impresión sobre Zapatero no fue demasiado excitante. Acudimos Pilar Cernuda y yo a su despacho en Ferraz cuando acababa de ganar la secretaría general en su emocionante «codo a codo» contra José Bono en el 35º congreso del partido, celebrado entre el 20 y el 21 de julio bajo el lema «el impulso necesario». Le preguntamos:

—Oye, ¿cuál va a ser tu política de comunicación?

—Nosotros no tenemos de eso, somos gente honrada —respondió, dejándonos estupefactos.

Luego vinieron los especialistas en imagen y los artistas que «fabricaron» al ZP «de la *zeja*», el «mago» carísimo Juan Campmany con aquella campaña «Socialismo, ahora», y todo lo demás. Y la presencia de Miguel Barroso en la Secretaría de Estado de Comunicación, entregada en cuerpo y alma a Pedro J. Ramírez, el gran enemigo de Felipe González... y hasta a Federico Jiménez Losantos, claro referente periodístico de la ultraderecha ultramontana. «Matarlos a besos» era la cursi receta para «ganarse» a aquellos furibundos críticos del socialismo.

Por cierto, que Campmany, definido como «el hombre que fabricó el *marketing* de Zapatero», nos dijo, en un chat en *Diariocrítico*, que había intentado fijar en la opinión pública una idea sobre ZP

equivalente a la del «yerno serio, trabajador, nada juerguista» —y con muy escaso sentido del humor, dicho sea de paso, aunque esto, claro, no lo recogía el experto— «que toda madre quiere para su hija».

Fue Campmany quien concibió la idea de acortar a las siglas ZP, y luego incluso solo a Z, el apellido completo de Zapatero. Aquello hizo, sin duda, fortuna, aunque aseguran —lo dice, por ejemplo, Antonio Caño en su libro *Rubalcaba, un político de verdad*— que al «coordinador de campaña», o sea, a Rubalcaba, no le gustaba demasiado. En todo caso, Rubalcaba nunca expresó en alto su disgusto.

Resultó que Zapatero sí tenía —lógicamente— política de comunicación, aunque no siempre se mostrase como la más acertada. Es más: descubrimos que estaba obsesionado con la comunicación, con los medios, con las tertulias. De hecho, parte de su campaña la iba a basar en combatir al jefe de informativos de TVE, Alfredo Urdaci, a quien consideraba un mero portavoz de Aznar.

Una de sus promesas consistía en sanear la «tele» oficial, librándola de la influencia gubernamental, y en parte lo hizo, al menos en mayor medida que alguno de sus antecesores y de sus sucesores. Y ello, pese a los vetos impuestos a algunos tertulianos —al menos, en los medios privados que «controlaba», no sé si tanto en los públicos— por su secretario de Estado de Comunicación.

Zapatero me escribió en la Navidad de 2003 una tarjeta de felicitación en la que, tras desearme un 2004 especialmente feliz —para él lo fue, porque ganó inesperadamente unas elecciones y se convirtió en presidente del Gobierno—, decía: «Recuerda tu compromiso». La verdad, no recordaba, ni recuerdo, haber establecido compromiso alguno con él; de hecho, un periodista debería no establecer compromisos con nadie que pueda afectar a su trabajo. Por cierto, que, en adelante, 2004, 2005, 2006, etcétera, ya no hubo felicitación navideña del que había llegado a ser el presidente del Gobierno.

Seguramente perdí valor a los ojos de ZP: un día, estando yo con Pepiño Blanco, le llamó Zapatero por el móvil. «Aquí estoy con Fernando Jáuregui», le dijo. «¿Ese? Ese es un escéptico», pude oír perfectamente que le decía el ya presidente a su mano derecha, ante el obvio azoramiento de este. No le dije que «escéptico», aplicado a un periodista, puede ser más bien un elogio.

Pero, con todo, si de algo no se podría quejar una mayoría de los periodistas, incluyendo a aquellos más alejados de las posiciones gubernamentales, es de haber sido maltratados personalmente por Zapatero —otra cosa es por algunos de quienes le rodeaban—. Constataba en *La decepción* que a Zapatero «le hubiese gustado tener a

todos los sectores a favor. A *El País* y a la Ser, pero también a la Cope y a *El Mundo*, con cuyo director de entonces, Pedro J. Ramírez, que llegó a ser uno de los personajes más poderosos de España, mantiene una buena relación», que, por cierto, se extiende hasta nuestros días, aunque PJ esté en otras latitudes periodísticas.

Tan estrecha llegó a ser la relación que desde la Secretaría de Estado de Comunicación nos llegaron «recados» asegurando que la frecuencia con la que ZP acudía a cenar convocado por el periodista ya no era la misma que cuando confesaba a sus ministros que llegaba más de media hora tarde a la reunión del Consejo «porque estaba hablando por el teléfono móvil con Pedrojota».

El periodístico, más allá de Pedro J., ha sido uno de los círculos de influencia del presidente Zapatero. Periodistas eran dos de sus personas de confianza, Miguel Barroso y José Miguel Contreras, o Antonio García Ferreras, a quien ofreció el Ministerio del Portavoz, lo que el luego «amo de La Sexta» rechazó. ZP siente cierta fascinación por el periodismo, y lo mismo les ocurre a algunos de los personajes que mayor influencia han tenido en su entorno, como José Blanco o el propio Miguel Sebastián. No diría lo mismo de quien fue su jefe de Gabinete (y, antes, de Felipe González), José Enrique Serrano, un hombre que ha hecho de la discreción —y la absoluta lealtad— su divisa.

Y no, no consta que, aparte de algún profesional aislado, existiese ese «comando Rubalcaba», un presunto grupo de periodistas afectos al político durante el «zapaterato». Un día, el que entonces era mi director en *Diario 16*, José Luis Gutiérrez, personaje peculiar donde los hubiese, me dijo, textual:

—Fernandito, que Rubalcaba ha conseguido colarte en este periódico…

—Pero, José Luis, ¿no te acuerdas de que has sido tú mismo quien me llamó para que viniese? —le dije, muerto de risa y un punto mosqueado. Conocía bien al «Guti» e incluso le apreciaba.

Se disculpó, sin más, con sus maneras algo bruscas. Para él, integrante del «comando Rubalcaba» —un término acuñado por el propio «Guti»— era todo aquel que no había formado parte del clan conspirador, aquel «sindicato del crimen» que buscó derrocar a Felipe González al margen de las urnas, un auténtico dislate periodístico.

Una profecía de Luis del Olmo

Sin embargo, pese a sus esfuerzos de acercamiento al mundo de la comunicación, pocos políticos han sido tan atacados por lo que llamábamos, y llamamos, los «poderes fácticos»: la Iglesia —con monseñores Rouco y Cañizares a la cabeza—, muchos medios de comunicación, algunos banqueros y grandes empresarios, numerosos jueces, algunos fiscales —pese a que el fiscal general del Estado era Cándido Conde Pumpido, muy cercano a ZP—, ciertos militares y un número considerable de personas que componen los cuerpos de élite. Sus «reformas sociales», lo que él llamaba «la ampliación de derechos», que era algo que le obsesionaba, acorde con su «idea republicana» de la política, no le hicieron precisamente ganar amigos en tales estamentos.

Como decía, una particular contienda entabló, estando aún en la oposición, con el director de los servicios informativos de TVE, Alfredo Urdaci, que tampoco disimulaba mucho su vinculación con el gobierno de Aznar. Pero, al margen de esto, Urdaci tenía también sus «enganches». Él había sido quien había promocionado a Letizia Ortiz al principal telediario de la casa, conociendo bien entonces, por cierto, como un día comprobamos el diplomático Miguel Fernández Palacios y yo, el gran secreto: cuál iba a ser el fulgurante destino en la vida de aquella periodista.

Un día, en el curso de un almuerzo entre los tres, el jefe de informativos de la «tele» pública dejó escapar un comentario sobre «las sorpresas que nos va a dar» su entonces subordinada «Leti». «¿Una sorpresa alta y rubia?», preguntó, avispado, el que luego sería embajador ante la OTAN. Azorado, Urdaci nos hizo prometer silencio, cosa que cumplimos. Pero el tiempo desclasifica secretos y concede licencia para revelaciones de lo que durante años permaneció en el silencio.

Hay al menos dos colegas que han reflejado extensamente el proceso de la llegada al poder de Zapatero, primero en León —Óscar Campillo, en *Zapatero*— y luego en la conquista de la Ejecutiva federal del PSOE —Gonzalo López Alba, en el ya citado *El relevo*—. A sus respectivas obras me remito a la hora de la búsqueda de algunos pasajes que pudieran resultar significativos. Y también está el libro del igualmente colega Luis Rodríguez Aizpeolea, generalmente considerado amigo de ZP, *Ciudadano Zapatero*, no menos recomendable a los que quieran ahondar en la época.

Una cosa sorprende inicialmente: la cantidad de gente que vaticinó prematuramente que José Luis Rodríguez Zapatero tenía madera para llegar a la cúspide. Existe una grabación del periodista leonés Luis del Olmo en la que se dice: «Cuidado con este joven

diputado; algún día será presidente del Gobierno». En aquellos momentos, ZP estaba incluso muy lejos de hacerse con el poder en el partido, había sido el diputado más joven en la III legislatura y pudo constatarse que no había acudido a la Carrera de San Jerónimo precisamente a comerse el mundo: apenas dos preguntas orales al gobierno entonces presidido por Felipe González. Claro que este «ritmo de trabajo» se multiplicó por cien cuando fue Aznar, y no González, quien presidía el gobierno.

Por lo demás, Zapatero tiene poca historia, la de un líder político local, hasta 1986, cuando da el salto al Congreso de los Diputados: salió en la contraportada de *El País* como el parlamentario más joven, pero no recuerdo bien qué es lo que decía en la entrevista, perdida en los meandros de las hemerotecas. En sus biografías oficiales, las que repartía el PSOE, hablaban de sus estudios en León, de su familia «comprometida políticamente», de su afiliación al partido en 1979 y de los pasos en su ascenso político, como si tal ascenso hubiese sido fácil y sin los tropiezos que quienes le acompañaron en su trayecto leonés conocen.

Algunos se empeñaron en ocultar lo obvio: que José Luis Rodríguez Zapatero era una persona bastante corriente a primera vista. Que llegó como llegaron Suárez, Felipe, Aznar o Pedro Sánchez: por la presión de un grupo de gente que, ante un vacío político, pensaron en ellos como acaso una solución transitoria. Y porque tenían buen aspecto, pese a sus muchos desconocimientos. Y porque las cosas de la diosa Fortuna son así.

José María de Areilza, a quien traté algo cuando él aún esperaba alcanzar la presidencia tras Arias Navarro, en 1976, confesó su inmensa decepción cuando se conoció que el designado por el dedo real, de entre la terna que le montó al rey Torcuato Fernández Miranda, era Adolfo Suárez, y no él. Que estaba mucho mejor preparado que el ministro del Movimiento, había viajado mucho más, hablaba idiomas, había sido embajador en Argentina, Estados Unidos, Francia y ministro de Asuntos Exteriores. Y, desde luego, había leído muchos más libros e incluso había escrito alguno. Pero Suárez tenía, y eso el conde de Motrico no lo sabía, mejores enganches: se había hecho amigo de Juan Carlos de Borbón durante su estancia como gobernador civil en Segovia —algunas cacerías juntos, y más cosas compartidas—. Y era más joven, representaba físicamente el cambio, aunque su biografía no lo avalase. Quizá eso mismo le ocurrió a Zapatero, nacido, como Areilza, en los primeros días de agosto, dos leos de libro, con idéntica ambición de poder, pero con medio siglo de diferencia.

10

«¡NO NOS FALLES!»

Las encuestas que se manejaban al aproximarse las elecciones, fijadas para el 14 de marzo de 2004, arrojaban, de manera casi unánime, una ventaja indiscutible para Rajoy, el hombre que lo había sido casi todo en los gobiernos del Partido Popular, a quien José María Aznar había designado «a dedo» un año antes como su sucesor.

Pero ocurría que esas encuestas iban gradualmente aproximando posiciones con los socialistas comandados por Zapatero, que, hay que reconocerlo, hacían una buena precampaña. Z iba acercándose a Rajoy lo suficiente como para generar cierta inquietud en el PP ante el todavía «recién llegado», a quien, en sus tres años y medio como líder de la oposición, en el PP seguían cometiendo el error de presentar como un «novato» sin la menor idea de las profundidades de la política ni de cómo moverse en ellas.

Pero también era verdad que el Aznar de su segunda legislatura (2000-2004) no estaba siendo el mismo que el de 1996-2000. Su excesiva proximidad a George Bush, apoyando, más allá de lo razonable y de lo verdadero, la participación de tropas españolas en la guerra de Irak, le restaba no poca popularidad. Eso, sin contar con sus ademanes soberbios y ciertamente no muy simpáticos.

Un día, almorzando en La Moncloa junto con otros tres periodistas, pregunté a Aznar cómo se atrevía, con las encuestas señalando que el 83 por ciento de los españoles estaban en contra de esta participación, a seguir en la guerra con Irak. Respondió textualmente: «Propio es del estadista ignorar a la opinión pública cuando conviene». Ninguno de los presentes se atrevió —Aznar, y más en su territorio monclovita, era mucho Aznar— a preguntarle por otro de los temas «estrella» en esos momentos en la opinión pública: los comentarios desfavorables a la boda de su hija Ana, en El Escorial y

con un fasto propio de una infanta de la casa real. El presidente vallisoletano se había situado del otro lado de la línea roja.

José María Aznar sobre Irak: «Propio es del estadista saber desafiar a la opinión pública cuando conviene». (Foto: EFE).

En este marco, Zapatero hizo una oposición razonable; en comparación con lo que hemos visto posteriormente, incluso contenida. Con el último gobierno de Aznar, las cosas iban bien y la figura de Rajoy, sin entusiasmar a nadie, no suscitaba pasiones en contra, aunque tampoco demasiado a favor. Decir las cosas así, con lo cambiante que es el viento que sopla sobre las veletas del electorado, siempre era arriesgado, pero parecía que Zapatero no tenía demasiadas posibilidades, entonces, de ganar. Ni siquiera los suyos creían ciegamente en la victoria.

Pude vivir esta desconfianza en un seminario internacional al que fui invitado en Monterrey, México, un mes antes de las elecciones de 2004. Al seminario asistían, entre otros, Carlos Solchaga y el que aún era comisario europeo de Asuntos Económicos y Monetarios, Pedro Solbes, que cesaría en el cargo en Bruselas el 10 de abril de 2004.

En el curso de un divertido almuerzo en un poco recomendable sitio llamado El Rey del Cabrito, Solbes nos aseguró de manera vehemente que de ninguna manera regresaría a la política para ocupar puesto alguno. De inmediato, se sucedieron las bromas entre nosotros acerca de que este deseo de alejarse de la política podría muy bien tener que ver con las escasísimas posibilidades de que Zapatero resultase elegido presidente del Gobierno; Solbes, cuyo serio talante público se compagina bastante, sin embargo, con un excelente carácter en las distancias cortas, se tomó con humor las chanzas. «Pero no pienso volver a la política».

Allí, puedo certificarlo, nadie creía en una derrota de Rajoy a manos de Zapatero, que en ciertos ambientes aún aparecía como «el nuevo» que jamás se sabía por dónde iba a salir. Y, desde luego, la misma incredulidad podía palparse en los cenáculos y mentideros españoles: quien iba a ganar las alecciones era Aznar, es decir, el «tercer hombre» a quien Aznar designó de entre la terna compuesta, además, por Rodrigo Rato y Jaime Mayor Oreja. Mariano Rajoy Brey.

Fue Aznar, mucho más que Rajoy, quien perdió las elecciones.

La crítica de Antonio Gutiérrez

Y hablando de las encuestas. No pocos consideran a Antonio Gutiérrez Vegara, que fue secretario general de Comisiones Obreras durante trece años (1987-2000), sucediendo al mítico Marcelino Camacho, una de las cabezas mejor amuebladas de lo que dio en llamarse «la primera Transición», o la «generación del 78». Tras abandonar la dirección de Comisiones Obreras y dejar el sindicato en las manos, muy diferentes, de José María Fidalgo, Gutiérrez fue, durante siete años, entre 2004 —cuando el PSOE de Zapatero ganó las elecciones— y 2011 —cuando las perdió—, diputado por Madrid. Naturalmente, sin carné de militante. Zapatero logró convencerlo para que figurase en las listas con el número cinco de la candidatura madrileña, pese a que, cuando dejó CCOO, se prometió a sí mismo no entrar en política.

Gutiérrez Vegara fue un diputado crítico durante el «zapaterato», cualidad que este autor valora especialmente, por lo infrecuente y lo fecundo. Por ello, le pedí una valoración *in extenso* del mandato de Zapatero, que él conoció bien, y también sobre el de González, que vivió muy en primera fila como sindicalista. Me remitió algunos comentarios críticos de alto valor sobre cuestiones puntuales.

«Tampoco Rodríguez Zapatero hizo una correcta interpretación de

su circunstancial triunfo», dice Gutiérrez, refiriéndose al resultado de las elecciones de marzo de 2004. «Una encuesta publicada en la última fecha que permite la ley electoral para dar a conocer estos sondeos, o sea a primeros de marzo, arrojaba datos aparentemente contradictorios, pues de una parte concluía que la mayoría de los encuestados respondían desear un cambio de gobierno, pero de otra se desprendía que el PP revalidaría el gobierno; y Rodríguez Zapatero la interpretó como la confirmación de que tenía la victoria asegurada. No aceptaba en modo alguno lo que a mi juicio venía a decirle realmente la encuesta dichosa: que había logrado despertar bastante simpatía como para ser considerado alternativa de gobierno, pero no concitaba la confianza suficiente para materializarla».

Reafirmarse en que tenía ganadas las elecciones antes del 11-M, como si la conducta del gobierno derechista tras este tremendo acontecimiento no hubiese intervenido en el vuelco de la parte del electorado que le otorgó la victoria relativa, «fue un exceso de soberbia que le restó la humildad necesaria (de la que suele acompañarse la inteligencia) para calibrar en todas sus dimensiones el significado del 14-M», prosigue Gutiérrez. «La primera parte del telegrama urgente que los electores le mandaron al PP era un agrio reproche porque les hubiese vuelto a mentir en tan corto espacio de tiempo».

Cabe recordar que apenas un año antes y en plena guerra de Irak, habiéndose dado en España las manifestaciones más nutridas de Europa contra aquella intervención, el PP había ganado de nuevo las elecciones autonómicas y municipales en la mayoría de las comunidades y en las ciudades más importantes. «En el reverso del mensaje debió leerse que no se votaba al PSOE porque hubiera hecho méritos suficientes, sino para que terminase de demostrarlos al frente del ejecutivo».

Entre el 11 y el 14 de marzo

A las nueve de la mañana del día 11 de marzo de 2004 salía, agitado y a toda velocidad, hacia mi periódico digital desde una tertulia radiofónica. Nadie sabía a esas horas a cuántos muertos podría ascender la cifra final de víctimas fatales en el atentado de Atocha, que todos atribuían, en aquellos momentos, a ETA. Las calles eran un caos de sirenas de ambulancias y coches policiales.

No mucho más tarde, recibía una llamada del entonces

colaborador del periódico Gorka Knörr. Gorka era un personaje simpático y peculiar político, algo empresario y cantante algo más que aficionado. Independentista convencido, ocupaba una vicepresidencia en el Parlamento Vasco representando a Eusko Alkartasuna, partido nacionalista, escindido del PNV, con el que Knörr estaba ya algo enfrentado.

De Gorka se dijo que había sido quien había facilitado la polémica entrevista de su buen amigo Josep Lluís Carod-Rovira con tres representantes de ETA en Perpiñán, un *affaire* que, claro, tuvo su polémica y su escándalo. Más tarde, Gorka se iría a vivir a Barcelona, como asesor de Carod, que era primer *conseller* en el *Govern*. Y, cuando, más tarde, Puigdemont se convirtió en *president* de la Generalitat, fue a parar a la delegación de esta institución en Madrid, donde, quince años después, volví a verle.

—Fernando, puedes garantizar que no ha sido ETA. No te equivoques y publícalo así —contaba yo aquel episodio en *La Decepción*.

Le creí. Tenía excelentes fuentes más allá de la *muga* y, aunque el lehendakari Ibarretxe acababa de atribuir la autoría del monstruoso atentado a ETA, el pequeño periódico digital que yo dirigía fue de los poquísimos que desde primera hora se desligó de la tesis de la autoría de los terroristas vascos para inclinarse por los terroristas islamistas. Pocas horas después, mientras el gobierno se aferraba, cada vez más absurdamente, a la culpabilidad de ETA, estalló la enorme polémica, algunas tomas de posición interesadas de ciertos periodistas y medios y un tsunami de indignación recorrió las entrañas de la sociedad española. Faltaban tres días para las elecciones generales más convulsas que recuerda la Historia.

Años después, Miguel Ángel Moratinos, un diplomático experto en Oriente Medio a quien Zapatero nombró ministro de Exteriores, me contó que aquella misma tarde del 11 de marzo Rubalcaba le llamó, estando él en Córdoba, donde había hecho la campaña electoral. «No pude llegar tan rápido porque, como consecuencia del atentado, el Ave no funcionaba», dijo Moratinos. «Lo que Rubalcaba me pidió fue que contactase con los servicios secretos árabes, a ver qué averiguaba». Pasada la medianoche le llamó un contacto palestino: «Ha sido Al Qaeda», le dijo, simplemente. Tras informar a Rubalcaba, Moratinos habló con su colega diplomático Jorge Dezcallar, director de los servicios de inteligencia: «También tenemos esa información, pero hay mucha confusión», reconoció Dezcallar, obviamente en un aprieto entre la realidad que él creía que se imponía y la versión oficial del gobierno de Aznar.

No percibí el tamaño del terremoto político que venía hasta la mañana siguiente, acudiendo a un programa informativo de Antena 3, donde se comenzaron a recibir llamadas de espectadores indignados: «Queremos un gobierno que no nos mienta». Otros, muy crispados, «agradecían» al gobierno de Aznar «habernos metido en la guerra de Irak, que ahora nos cuesta este atentado».

El secretario de Comunicación del PSOE, Alfredo Pérez Rubalcaba, un político a esas alturas curtido en muchas batallas —había sido ministro Portavoz, ministro de la Presidencia, ministro de Educación y no dejó nunca de ser un *apparatchik* del partido— supo aprovechar esta ola. Mientras, Aznar se equivocaba, pretendiendo monopolizar la protesta y acaparando la pancarta en una manifestación de repudio al atentado, a la par que se aferraba a la «versión ETA» en la que nadie creía ya.

Mis recuerdos de aquellas horas confusísimas incluyen a un cada vez más inseguro ministro del Interior, Ángel Acebes, dando, valientemente, eso sí, la cara en favor de una versión que seguramente él ya sabía falsa; pero al gobierno Aznar, por lo de su alianza en la guerra en Irak, le convenía mucho más la tesis de la autoría del terrorismo vasco que la de que el terrorismo islamista, por venganza, había propiciado la masacre.

Estos recuerdos incluyen también una jornada de reflexión —el sábado 13 antes de la jornada electoral— en la que los partidos, sobre todo el PSOE y el PP, se saltaron olímpicamente la por otra parte absurda normativa electoral y salieron a los medios, incendiándolos con sus soflamas contra el adversario: Rajoy salió a las televisiones con una intervención patética, Rubalcaba, entonces «solo» jefe de estrategia de la campaña, con otra inconveniente. Y ambas ilegales, pero no se recuerda que fuesen sancionadas por la en otras ocasiones demasiado rigorista Junta Electoral Central.

Y cómo olvidar los intensos rumores, basados en hechos comprobados, que señalaban que el gobierno de Aznar llegó a pensar seriamente en anular las elecciones, posponiéndolas hasta momentos de mayor tranquilidad. El mismísimo Pedro Almodóvar, uno de los «artistas de la zeja», se precipitó no poco al asegurar públicamente que el ejecutivo había decidido suspender por decreto la convocatoria electoral.

Sea como fuere, el caso es que las elecciones siguieron adelante en medio del caos y la anormalidad más absoluta, que incluyó una multitudinaria manifestación indignada ante la sede del PP en plena tarde de la jornada de meditación. Claro que el PP acusó al PSOE, y concretamente a Rubalcaba, de estar tras aquel «pásalo» con el que se

convocaba a los manifestantes a través del teléfono móvil, pero eso, negado por Rubalcaba, nunca se pudo demostrar.

Si hay que decir la verdad, aún hoy, estando seguro de que ETA nada tuvo que ver con la matanza y muy lejos de aquellas locas «teorías de la conspiración del 11-M», tengo mis dudas de que los principales autores del atentado sean los que recibieron las mayores condenas en el proceso presidido por el magistrado Javier Gómez Bermúdez. Como tantos hechos importantes en la Historia —193 muertos, más de 2.000 heridos—, quizá jamás se llegue hasta el verdadero fondo de aquel suceso, que tuvo algunas explicaciones policiales difíciles de creer.

Pero, por diversos motivos, a aquello convenía darle un carpetazo, y así, es de temer, se hizo. Y, desde luego, ni la «verdad judicial», ni los titubeos parlamentarios de la comisión de investigación, cerrada antes de tiempo mediante un pacto de los portavoces Rubalcaba y Eduardo Zaplana (del grupo Popular), zanjaron definitivamente las dudas de muchos, que aún hoy, desdibujadas por el tiempo, subsisten.

Las urnas dieron un vuelco espectacular a lo que se esperaba, y Zapatero ganó aquellas elecciones al PP por millón y medio de votos (tuvo algo más de once millones) y 16 escaños, haciendo bueno lo que él llevaba años anunciando: que sería presidente del Gobierno. Rajoy, que, en cambio, nunca había anunciado nada, tendría que esperar casi ocho años para llegar a ocupar el principal despacho de La Moncloa.

Aquella noche de victoria electoral vimos a gentes arracimadas a la entrada de Ferraz cuando llegaba Zapatero, triunfante: «¡No nos falles!», le gritaban.

Un alto cargo de TVE en la época contó que, diez años después de aquellas jornadas entre el 11 y el 14 de marzo, terribles para una democracia, telefoneó a Rubalcaba.

—Alfredo, tenemos que hacer un reportaje sobre marzo de 2004, sobre aquellos días tan tensos. Te propongo que lo hagamos sin insistir en los episodios políticos más vergonzosos para ambas partes —le dijo aquel responsable de la televisión pública, entonces bajo la administración del Partido Popular.

—No te preocupes, no haremos sangre por nuestra parte. No conviene recordar aquello sino en plan institucional —respondió Rubalcaba. Y cumplió.

—Un hombre de Estado —definió el exalto cargo, no precisamente socialista, que narró este episodio.

Quizá, en un juicio histórico *a posteriori*, Zapatero seguramente falló en algunas cosas. No en otras. Lo que sí consta es que acaso no

está sabiendo ser el mejor expresidente de la Historia. Algunas duras palabras que le escuché recientemente a Felipe González acerca de la mediación de ZP con el régimen bolivariano de Maduro lo corroboran, por ejemplo.

Y es que González, lo mostró de nuevo aquella víspera de Nochebuena que estuve en su casa madrileña, sigue sintiendo el viejo cosquilleo, la llamada de América Latina. Como cuando gobernaba en los años ochenta y a comienzos de los noventa. Nunca presidente alguno, y desde luego Zapatero y Sánchez tampoco, se ha preocupado tanto por el concepto iberoamericano, como recalcó Luis Yáñez, que fue secretario de Estado de Cooperación y preparó los fastos conmemorativos del quinto centenario del Descubrimiento. Pocos políticos, incluyendo a los de la derecha, se han mostrado más combativos que González contra el régimen de Maduro.

Todos los hombres del presidente: la «generación de los cincuenta»

Uno de los aciertos y desaciertos iniciales de Zapatero fue la formación de su gobierno. O de buena parte de su primer gobierno y también de los posteriores. Figuras veteranas, como Manuel Chaves o Pedro Solbes —que, por supuesto, se dejó convencer para, pese a las reticencias que le había escuchado en Monterrey, que Zapatero le «persuadiese» para ocupar una «supercartera» económica—, Jordi Sevilla, Miguel Ángel Moratinos, Jesús Caldera, Magdalena Álvarez, María Teresa Fernández de la Vega, Cristina Narbona o Elena Salgado, en diferentes épocas, constituían la parte «senior» del equipo. Que tenía, además, incorporaciones «junior» de difícil definición, como Leire Pajín o Bibiana Aído.

Y otras a las que no se podía sino calificar de claro error, como la designación de José Montilla, con muy escasa capacitación para ser titular de Industria: iba a coprotagonizar una de las peripecias más desastrosas de la primera legislatura de Zapatero, el *affaire* de las opas contra Endesa. Y más tarde ocuparía una estruendosa —por el barullo, digo— presidencia de la Generalitat catalana. Claro que aún peor fue su sustituto en Industria, Joan Clos, anestesista de profesión.

Carmen Calvo, nombrada para Cultura, fue objeto de no pocos ataques y chirigotas, que en ocasiones rozaban de modo intolerable su vida personal. Hubo también algún/a ministro/a clandestino/a, como la titular de Educación María Jesús San Segundo (o Sansegundo;

curiosamente apareció de ambas maneras en los papeles oficiales), o la titular de Agricultura, la silenciosa Elena Espinosa, una aportación de José Blanco. O la de Vivienda, María Antonia Trujillo. Zapatero de nada las conocía.

La primera fue sugerida por el expresidente del Congreso Peces-Barba, de quien siempre se dijo que ejercía una gran influencia sobre Zapatero (seguramente no era para tanto), aunque también «aportó» al ejecutivo a la sustituta de San Segundo (o Sansegundo), Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo, a quien los periodistas considerábamos, por ella y por su matrimonio con Carlos Arenillas, muy conectada a la *beautiful people*. Tras su catastrófico paso por la extraña figura de «comisario para las víctimas del terrorismo», la estrella de Peces-Barba declinó definitivamente.

El magistrado leonés José Antonio Alonso, compañero de pupitre de Zapatero, fue designado ministro de Interior. Carme Chacón, de Vivienda. Y José Bono, el rival en las primarias y ya entonces expresidente castellanomanchego, pasó a ocupar el decisivo Ministerio de Defensa, que tenía mucho que ver con la gestión de la promesa de la retirada de las tropas españolas de Irak.

Otros dos ministros de la primera época, que pertenecen a la parte más digna del equipo de Zapatero, fueron Jesús Caldera y Juan Fernando López Aguilar. El primero, como titular de Trabajo y Asuntos Sociales, iba a tener responsabilidades importantes en las «leyes sociales» alentadas por el nuevo presidente del Gobierno; su imagen se deterioró no poco por las irregularidades de la Fundación Ideas, vinculada al PSOE, que Caldera presidía, y cuyo director, Carlos Mulas, fue acusado de fraude por haber cobrado sobresueldos por trabajos que firmaba bajo el exótico seudónimo de *Amy Martin*. Lo peor no fue el escándalo, sino la mofa, algo a lo que difícilmente puede sobrevivir un político. Caldera no sobrevivió.

El segundo, Juan Fernando López Aguilar, ministro de Justicia durante tres años (2004-2007) y presidente de la delegación socialista española en el Parlamento Europeo desde 2009 hasta 2014, también vivió momentos de angustia cuando se le acusó de malos tratos a su exmujer, una denuncia que el Tribunal Supremo archivó sin que el exministro y eurodiputado llegase a estar imputado en ningún momento. Aunque, claro, sobrevivir al escándalo, aunque sea impostado, ya digo que es complicado en política. Y en España, aún más.

A Zapatero, como pude comprobar un día en el que algunos periodistas fuimos invitados a visitarle en La Moncloa, le interesaba mucho la «cuestión generacional», a la que de nuevo aludió cuando

acudí a verle para hablar sobre este libro, en el otoño de 2021. En aquel desayuno monclovita, el presidente nos preguntó a todos por la fecha en la que pensábamos jubilarnos. A él, los veteranos, nos susurraron algunos asesores, le dicen poco. «Quiere gente de su edad».

Pero este afán por rodearse de sus contemporáneos, nacidos en los años sesenta, no excluyó que reclutase a los pesos pesados de su gobierno y aledaños entre miembros de generaciones anteriores. Concretamente, en lo que podríamos llamar la «generación de los cincuenta», a muchos de los cuales yo conocía por haber coincidido conmigo en la facultad o en otras actividades universitarias o profesionales. Era el caso de Fernández de la Vega, Bono o Moratinos, o de Elena Salgado, Ramón Jáuregui, Ángel Gabilondo, Cristina Narbona, Bernat Soria o el jefe de Gabinete de la Presidencia, una figura ya he dicho varias veces que esencial, José Enrique Serrano. O el «número dos» de este último en La Moncloa, Enrique Guerrero. O Francisco Javier Velázquez, que, durante tres años, ocupó las importantes direcciones generales de la Policía y la Guardia Civil simultáneamente y a quien conocí siendo él exiliado del franquismo y yo corresponsal en la Lisboa «de los claveles».

O el ya citado Miguel Barroso y Javier de Paz, algo más joven, dos figuras que no provocaban precisamente unánimes elogios ni plácemes en las filas del socialismo «clásico», pero que estuvieron, y creo que aún están, muy ligadas personalmente a Zapatero. Y seguramente a Pedro Sánchez.

O, claro, José Bono. Pura «generación de los cincuenta». A Bono le nombró Zapatero, por sorpresa, nada menos que ministro de Defensa, puesto insisto que clave cuando las tropas españolas iban a abandonar Irak. Bono se enteró de su destino, contó, cuando le llamó el «general Borbón» para darle la enhorabuena por su nombramiento. Le costó un minuto advertir que ese general era Juan Carlos de Borbón, rey de España. Que siempre tenía mucho que decir en lo que a nombramientos en la cartera de Defensa se refería.

Es decir, Zapatero contó, además de con algunas «sorpresas juveniles», con personajes, que iban a ser clave en su trayectoria, diez o doce años mayores que él, una generación que había ocupado (menos Solbes) cargos más o menos secundarios en el «felipismo» y que ahora pasaba a desempeñar funciones principalísimas en el Estado, en la nueva etapa socialista inaugurada con la victoria electoral de Zapatero. Hubo otros ministros más cercanos a la edad del presidente, como Miguel Sebastián, Carme Chacón, Valeriano Gómez, Rosa Aguilar —la exalcaldesa excomunista de Córdoba— o Trinidad Jiménez, por ejemplo.

Algunos se quedaron fuera, como el magistrado Juan Carlos Campo, que iba para Justicia, cartera que luego ocuparía durante un breve periodo en tiempos de Pedro Sánchez. Otros, como Solchaga o Maravall, le dijeron que no a Zapatero a alguna propuesta, como la de ser embajadores en Washington. Allí fue finalmente a parar Carlos Westendorp, que pasaría un «calvario» en la embajada en un país cuyos gobernantes estaban empeñados en arrinconar diplomáticamente a España, y quien luego iba a ayudar no poco al ascenso político de Pedro Sánchez.

De los treinta y nueve ministros que, a lo largo de tres remodelaciones de su gabinete, tuvo Zapatero, se podría obtener una media aritmética de bastante valor político. Naturalmente, con excepciones, alguna clamorosa.

Bueno, y nuevamente ha quedado para el final Alfredo Pérez Rubalcaba, claro. El máximo representante de la «generación del cincuenta». Que en aquel primer gobierno de Zapatero se quedó sin ser ministro, pero que fue luego nombrado algo que se vio que acaso podría ser más importante: portavoz parlamentario.

Un hombre a un teléfono móvil pegado

Rubalcaba es, por diversas razones, la figura más importante de todo el mandato de Zapatero. No un teórico (uno más) de la socialdemocracia, sino un táctico y, además, un estratega. Un hombre de acción, más que de gabinete reflexivo. Incluso desde antes de que llegase Zapatero a La Moncloa, en marzo de 2004, hasta que se marchó, en diciembre de 2011, dejó su impronta. Pienso que fue después de esta última fecha, desaparecido Zapatero del primer plano —solo del primero— de la escena política, cuando Rubalcaba cometió sus principales errores tras tanto acierto. Sobre todo, a mi juicio, un acierto fundamental: haber desarrollado una fructífera negociación con ETA.

Decía más arriba que, en una encuesta particular a medio centenar de socialistas relevantes acerca de cuál pensaban que era la iniciativa más importante que acometió Zapatero durante sus dos legislaturas, muy pocos citaron esa negociación. «La hizo Rubalcaba», dijo más de uno, excluyendo a Zapatero del mérito. Pero la verdad es que, si el presidente del Gobierno no hubiese dado «luz verde» a los contactos con los terroristas de la banda, si no hubiese afrontado las críticas de la oposición y de no pocos magistrados, para no hablar de

la «opinión publicada», Rubalcaba, que aseguraban que inicialmente no era tan favorable a iniciar tales contactos, se hubiese abstenido. Y esa negociación, que resultó decisiva para caminar hacia la disolución del terror etarra —junto con una eficaz labor policial, claro—, quizá no se hubiese producido entonces y el fin de la pesadilla —que tenía que llegar de todos modos, desde luego— se habría pospuesto.

Se ha dicho, con razón, que Rubalcaba tuvo bastante que ver con la victoria electoral, a última hora y en circunstancias excepcionales, de Zapatero. El periodista Julio Somoano, en su libro *Rubalcaba, el monje del poder*, se afanó en relatar muy pormenorizadamente las setenta y dos horas transcurridas entre el atentado de Atocha y la jornada electoral que, poco previsiblemente, dio la victoria al PSOE de Zapatero.

Desconocer el papel crucial de Rubalcaba, tanto en su gestión mediática —sobre todo con los medios de Prisa, *El País* y la cadena Ser — como en el partido, sería un inmenso error, en el que no ha caído casi nadie que haya historiado aquellas jornadas terribles. Quién sabe lo que hubiera ocurrido, o no ocurrido, si el político cántabro no hubiese desplegado en aquellos momentos una intensa actividad, pública y también subterránea, en la que la eficacia de los *mails* se puso de manifiesto por primera vez en unas elecciones.

Pero también sería miope no valorar el papel de Rubalcaba antes de las elecciones, como coordinador «no oficial» de una labor parlamentaria que garantizase, en su momento, unas alianzas sólidas para el PSOE. En ese sentido, su cercanía al líder de Izquierda Unida, Gaspar Llamazares, un personaje quizá no muy brillante, pero flexible y consciente del papel que le había tocado desempeñar en el escenario político, fue decisiva. He contado alguna vez que, al menos en tres ocasiones, hallándome con Llamazares, recibió varias llamadas telefónicas… de Rubalcaba, naturalmente.

El cántabro era, lo han señalado numerosos biógrafos y testigos directos, un auténtico obseso del teléfono móvil. Que para él era un arma de negociación, información y hasta presión. Para los periodistas que hacían información parlamentaria, Rubalcaba era un fenómeno casi sin precedentes, especialmente cuando lo contemplabas en una alianza tácita con el portavoz «popular», Eduardo Zaplana, con quien consiguió frenar en seco las actividades de la comisión de investigación del 11-M. Aquella comisión «no convenía», dijo, secamente, cuando le pregunté algún tiempo después.

Lo que no conviene, desde luego, es frivolizar el papel de Alfredo Pérez Rubalcaba ni en este ni en otros periodos de la reciente política española. Se equivocó gravemente al apoyar a perdedores, como

Joaquín Almunia o Bono, pero probablemente en ambos casos lo hizo por disciplina de partido. Fue comparado con Fouché, cuando en realidad era más bien un Talleyrand.

Controlar los resortes del Estado, y él tenía ya amplia experiencia en eso, exige no pocas veces situarse al filo de la navaja divisoria entre la frontera de lo irreprochable y lo inadmisible, de lo políticamente correcto y de la trampa. Lo que ocurría era que Rubalcaba transitaba por ese territorio fronterizo con grandes dosis de humanidad, simpatía y, sin duda, patriotismo. Era lógico que se convirtiese en la principal diana de la oposición. Sobre todo, cuando empezó a ser el alma de la negociación con ETA.

11

EL FIN DE UNA LARGA PESADILLA

20 de octubre de 2021

Para muchos españoles de la edad de quien suscribe, ETA fue algo más que una banda terrorista que actuaba en el País Vasco y también más allá de sus límites. Fue una larga pesadilla que, como casi todos los ciclos, para lo bueno y para lo malo, en este país duró cuarenta años. Una horrible herencia del franquismo, que nunca supo entender cómo gestionar las libertades en el País Vasco —ni en el resto del Estado, claro—. Todos los gobiernos democráticos, desde Adolfo Suárez, intentaron, con unos métodos o con otros —unos más acertados que los otros—, acabar con la banda asesina que tanto dolor nos produjo a muchos. A casi todos.

Cuando, el 20 de octubre de 2021, se cumplieron diez años del fin de esta siniestra organización, quizá el gobierno de Pedro Sánchez y los mismos medios deberían haber dado más relieve, incluso informativo, al aniversario. Porque de pronto descubrimos que las generaciones nacidas a partir de 1990 desconocían la profundidad del horror que sus mayores habíamos vivido, tan bien reflejado en la novela *Patria* de Fernando Aramburu o en películas como *Maixabel*, que vi, con lágrimas en los ojos, en butaca cercana a la de Eduardo Madina, una víctima directa de la banda que también asesinó a Juan Mari Jáuregui, el protagonista indirecto de la película.

Zapatero vio recompensados sus esfuerzos negociadores con el anuncio del cese de actividades de ETA el 20 de octubre de 2011. (Foto: EFE).

Pero, claro, el gobierno de Sánchez había superado ya la etapa del tremendo dolor: ya no eran de su tiempo. Ni el terror etarra era ya un problema. Los asesinatos de Blanco, Zamarreño, Ordóñez, Múgica, Fernando Buesa, Ernest Lluch, Juan Mari Jáuregui, de mi amigo Juan de Dios Doval —y así hasta casi novecientos—, ya eran historia pasada. Y no se les puede reprochar, porque la memoria es selectiva, para la generación del «sanchismo» y, por cierto, para casi todos los demás.

Por eso no resulta demasiado extraño que, incluso quienes gobernaron con Zapatero, olvidasen que, entre sus principales méritos, estuvo aquel de negociar y poner la primera piedra para el fin de la banda, oficializado aquel 20 de octubre de 2011, todavía bajo el «zapaterato». Atrás aquedaba la pesadilla de 845 asesinatos, más de 2.500 heridos, 90 secuestros y un desgarro moral para millones de españoles.

Temo que en esta obra habré de criticar algunos pasos políticos de Rubalcaba. Mucho tiempo en el poder lleva en ocasiones a un cierto abuso de este —algunos colegas han sido excesivamente hagiográficos, me parece, con la figura del hombre que lo fue casi todo en el socialismo español—. Pero, sea como fuere, no podría desconocerse el inmenso valor de su obra política en diversos aspectos. Y, sobre todo, hay que insistir, su labor para llegar al fin del terrorismo que nos atenazó desde que, en junio de 1968, ETA asesinó al guardia civil José Antonio Pardines hasta que, el 16 de marzo de 2010, mató al gendarme francés Jean Serge-Nérin.

Por muchos errores que Rubalcaba cometiese en el largo ejercicio de sus trabajos políticos, todo quedaría superado por el mérito de haber puesto los cimientos decisivos para el final definitivo de ETA, un final que aún ahora algunos se empeñan en desconocer. ETA ya no existe, aunque el separatismo vasco siga, legítimamente, existiendo. No hay más que ver la polémica constante sobre la «alianza» que el gobierno de Pedro Sánchez mantiene con Bildu, con un sector de la derecha aún empeñado en decir que la banda pervive.

Ya cuando Zapatero era líder de la oposición, Rubalcaba gestionó un «pacto antiterrorista» con el Partido Popular, inteligentemente secundado en la materia, desde el PP, por Javier Zarzalejos, secretario general de la Presidencia con Aznar. Esa había sido la encomienda que el vencedor en las primarias contra Bono, es decir, Zapatero, había encargado a alguien que, como Rubalcaba, había apoyado a su rival manchego.

Y uno de los grandes valores de Rubalcaba fue lograr entenderse con el «otro bando», como él llamaba a la bancada de los «populares». Al menos, hasta que se conoció el alcance de las negociaciones que, ya como ministro del Interior, auspiciaba con la banda del terror. Entonces, el PP olvidó aquel pacto antiterrorista y se dedicó a lanzar sus venablos contra Rubalcaba, más que contra el propio Zapatero.

El negociador

El primer destino de Rubalcaba algunos meses después de que Zapatero asumiese el poder fue el de portavoz parlamentario. Desde este puesto, que puede o no ser privilegiado, según quien lo ejerza, lo cierto es que se mantuvo al tanto de las negociaciones, muy complicadas, del Estatut catalán, en las que se precisaba un delicado equilibrio entre las exigencias de Artur Mas, designado *hereu* político

por Jordi Pujol, y en esos momentos *president* de la Generalitat, y lo que podían ofrecer Zapatero y Pasqual Maragall, el hombre del PSC.

Un personaje peculiar este último, que, un día, a un grupo de periodistas que habíamos acudido desde Madrid a un desayuno en el Palau de la Generalitat, nos dijo, sin mayores problemas, que él no se había leído el texto del Estatut sometido a negociación. Peor aún: Artur Mas me contó que también a él mismo, Maragall le había dado muestras de desconocimiento de por dónde iba el Estatut… una semana antes de aprobarse.

Fue Maragall quien torpedeó en primer lugar la negociación con los nacionalistas catalanes al exigir convertirse en *president* de la Generalitat cuando el PSC no había ganado las elecciones y cuando Zapatero había prometido a Mas que la fuerza más votada, que resultó ser Convergencia Democrática de Cataluña, sería la que presidiese la autonomía catalana. Eso precipitó muchas desgracias. Porque, como contaba en la primera parte de este libro, dos años antes, Mas me había dicho, y así se lo he recordado públicamente mucho después, que «ser independentista es ser retrógrado».

El propio Mas sugirió posteriormente que su radical cambio de actitud con respecto a la independencia de Cataluña vino dado porque se sintió engañado por el presidente del Gobierno central, que incumplió su promesa de que Convergencia —o sea, Mas— presidiría la Generalitat si era la fuerza con más apoyo en las urnas. Y, primero con Maragall, luego con Montilla, por dos veces los socialistas catalanes se hicieron con esta presidencia al frente de un tripartito con Esquerra y los «comunistas catalanes» de Iniciativa per Catalunya/ Verds.

Ese *Govern*, consecuencia del «pacto del Tinell» suscrito en diciembre de 2003, no solo dejaba fuera al Partido Popular, al que el pacto sometía a un «cordón sanitario», sino también a la Convergencia Democrática de Pujol. Y de Mas. Y los «convergentes» reaccionaron reivindicando —nunca antes lo habían hecho de tal manera— un independentismo que hasta entonces había sido apenas un nacionalismo algo confuso.

Allí, en medio de la tormenta, estaba, claro, Rubalcaba, el negociador. En realidad, estuvo siempre en el epicentro de los terremotos, quizá porque le gustaba estar allí. Aunque no siempre le hicieran caso, como ocurrió con el anuncio por parte de Zapatero —era su compromiso electoral— de retirada de las tropas de Irak, que ni Felipe González, ni Javier Solana, ni el propio Rubalcaba veían como un paso positivo a dar en aquel momento, inmediatamente después de haber vencido en aquellas polémicas elecciones y cuando más preciso

era ganarse la confianza del presidente norteamericano Bush, que tanto apego tenía por Aznar.

A Rubalcaba le tocaba gestionar los apoyos parlamentarios con Izquierda Unida —con alguien tan pragmático como Llamazares no era tan difícil: había acabado la «pinza» de Aznar con Anguita— y con Esquerra Republicana de Catalunya. Y, de hecho, en apenas un mes Rubalcaba, en su papel oficioso de portavoz parlamentario, cerraba acuerdos con todos menos con el PP, para lograr investir a Zapatero como presidente el 16 de abril de 2004.

Poco antes había dimitido la exministra Cristina Alberdi, abandonando el partido, alegando que «el PSOE está jugando con fuego, tensionando el modelo territorial y planteando conflictos institucionales de toda índole que no demanda la ciudadanía, en medio de reivindicaciones soberanistas del País Vasco y Cataluña», dice la carta abierta que Alberdi envió en diciembre de 2003 a Zapatero. Y añade que es «de un oportunismo rechazable que para conseguir a corto plazo cotas de poder se renuncie a planteamientos que han sido clásicos en el socialismo español».

Nada demasiado diferente a ciertas protestas surgidas trece años después en el seno del PSOE ante el llamado «gobierno Frankenstein» de Pedro Sánchez. Y, curiosamente, esta denominación se debe al ingenio del mismísimo Rubalcaba, indignado con Sánchez por pactar con independentistas. Cierto: Sánchez llegó más lejos que Zapatero, pero este inició un camino quizá irreversible cuando, el 6 de marzo de 2003, en el Palau Sant Jordi de Barcelona, prometió a Maragall ante los micrófonos de un acto de mitin de campaña para las elecciones autonómicas:

—¡¡Pasqual, apoyaré la reforma del Estatuto de Cataluña que apruebe el Parlamento de Cataluña!!—. Y mira que gente tan competente como Tomás de la Quadra, que había sido presidente del Consejo de Estado y ministro de Justicia con González, le había advertido de que el Estatut, hasta donde se conocía, incorporaba claros aspectos de inconstitucionalidad.

Entonces ZP no era aún presidente del Gobierno, pero aquello sonó como un compromiso que iba a pesar sobre la mesa de las negociaciones posteriores. Y fue un compromiso que Maragall, un año después *president* de la Generalitat al frente de un tripartito, se tomó al pie de la letra.

Y fue, desde luego, Rubalcaba el principal negociador de un Estatut que, por ejemplo, también al ministro de Administraciones Públicas y mentor de Zapatero, Jordi Sevilla, le parecía difícilmente acorde con la Constitución. Lo que iba a acabar provocando la salida

del gobierno del ministro que había dicho que «dos tardes» de lecciones bastarían para que el presidente aprendiese lo suficiente de economía.

Consta que Sevilla llegó a tener convencido a Zapatero, poco antes del verano de 2005, de la conveniencia de «frenar» el Estatuto catalán. Y, sobre todo, llegó a tener convencido al inestable Maragall. Sevilla convocó dos reuniones a las que asistieron Rubalcaba, Diego López Garrido, Francisco Caamaño (ministro de Justicia), José Montilla y algún dirigente del PSC para presentarles un documento conteniendo las «líneas rojas del Estatuto de Cataluña». Y lo curioso es que ZP estuviese inicialmente de acuerdo. La negativa de Esquerra al «plan madrileño», que pretendía inculpar a Convergencia de casi todo lo malo, frustró el principio de acuerdo.

Este fue el comienzo del fin de Sevilla, alineado más o menos con Bono frente al Estatut. El resto de su permanencia en el gobierno iba a ser casi testimonial, aunque aún pudiese sacar a flote siete leyes importantes de su competencia. Sevilla, que tenía sus propias ideas y no las disimulaba, se había convertido en un cadáver político. En julio de 2007 fue cesado por Zapatero, que le dijo que necesitaba el puesto para que, por razones de paridad, lo desempeñase una mujer, en virtud de la Ley de Igualdad. Fue sustituido por Elena Salgado.

Unas memorias que ya nunca verán la luz

«La negociación del Estatut tuvo una parte visible y una parte fuera del escenario», confesó Rubalcaba en una entrevista en *El País* en febrero de 2006. Quizá nunca lleguemos a saber del todo cómo se desarrollaron las conversaciones en aquellas dos «cumbres» —que se quisieron supersecretas, y de cuya existencia se enteró todo el mundo —, entre Artur Mas y Zapatero en La Moncloa. La última tuvo lugar el 21 de enero de 2006, cuando ZP y Mas pasaron siete horas «clandestinas» en La Moncloa pactando a todo pactar.

De ahí salió la luz verde para el polémico Estatut. Estas siete horas, que dieron de sí hasta para que el PP amenazase con demandar a los dos interlocutores ¡¡por haber fumado unos puros en un lugar público!!, son una parte de los muchos secretos que Rubalcaba se llevó a la tumba: menudas «memorias» hubiesen sido las suyas, en el creo que improbabilísimo supuesto de que se hubiese decidido a escribirlas. El caso es que el Estatuto catalán se aprobó en el Senado el 10 de mayo de 2006. La versión que llegó a Madrid el 2 de noviembre de

2005 tenía 57 artículos; el texto que salió de las Cortes españolas contenía 223.

Esta negociación se prolongó durante dos años, con Rubalcaba y Josep Antoni Duran i Lleida como ocasionales cabezas de las partes dialogantes sobre «la letra pequeña». Cualquiera podía darse cuenta del embrollo en el que todos nos habíamos metido y que el Tribunal Constitucional, por su lado, y la oposición del PP, por el suyo, se encargaron de hacer aún más complejo: nunca algo votado por los ciudadanos debería ser enmendado por tribunal alguno, ni siquiera el Constitucional. Recurrir el Estatut —que sin duda contenía algún aspecto dudosamente constitucional—, una vez que fue votado en referéndum por los catalanes, fue siempre visto como un agravio por la opinión pública de Cataluña en general. Y, claro, por los independentistas muy en particular.

Pero el caso era que ahí estaba el texto estatutario listo para ser aprobado por el Congreso. Solo cuatro años después, en junio de 2010, el elefantiásico Tribunal Constitucional, al que el PP había recurrido el Estatut catalán, declaraba inconstitucionales catorce artículos no esenciales y sometió a interpretación otros varios. El Estatut, a trancas y barrancas, siguió su singladura.

Nadie podía imaginar ni siquiera remotamente, pese a las turbulencias de la negociación, dónde desembocaría, diez años más tarde, aquel proceso catalán. De cuyo inicio de ninguna manera podría culparse en exclusiva a Zapatero, desde luego, pero que estuvo plagado de tantas irregularidades, oportunismos, trampas, frivolidades y falsedades —y errores, de gobierno y oposición— que de ninguna manera aquello podría haber salido bien. Especialmente porque, tras algunas reivindicaciones nacionalistas y separatistas, se encontraba el intento de ocultar una corrupción pública que era brutal en Cataluña. «Lo» de Jordi Pujol y familia —sobre todo, la familia, comenzando por la mujer del patriarca, Marta Ferrusola, y su hijo mayor, Jordi— ya empezaba a resultar escandaloso para la ciudadanía, que poco a poco iba intuyendo la cruda realidad del «pujolismo».

¿Cuál era la concepción territorial de Zapatero? se preguntaba en *La decepción*. No el centralismo de Aznar, desde luego. Ni el «federalismo imperfecto», que era una «maragallada» de Maragall, claro. Ni el realismo —entonces exento de mayores problemas— de Felipe González.

Podría ser que el concepto que más le gustase a ZP fuese el de Anselmo Carretero, que escribió *España, nación de naciones*, basándose en el siempre incierto mapa territorial español y en la puesta en tela de juicio —coincidiendo con historiadores contemporáneos, como

Henry Kamen— de que España es la nación más vieja de Europa y otros tópicos inciertos de semejante jaez. Y en la conducta de ZP se han apreciado en este campo avances y retrocesos que muestran hasta qué punto es esta una cuestión enconada en nuestro país. Y la improvisación con la que siempre se ha encarado.

Bueno, al menos, entre unos y otros, hemos logrado llegar hasta aquí con una «conllevanza» que es el único remedio, decía Ortega y Gasset, (¡en 1920!) para un problema que, como el de la incardinación de Cataluña en el resto de España, no parece tener una solución concluyente y definitiva.

El hombre que sabía todo… excepto que iba a ser ministro

«Yo lo sé todo de todos», había dicho una vez Alfredo Pérez Rubalcaba, el fanático de acaparar información. Una afirmación esta que se antoja algo excesiva, teniendo en cuenta que ni siquiera supo cuál iba a ser su destino, el que marcaría el resto de su vida.

7 de abril de 2006

Ese viernes, antes del Consejo de Ministros, Zapatero llamó a La Moncloa a sus dos colaboradores más cercanos, Alfredo Pérez Rubalcaba, líder de la mayoría en el Parlamento, y José Blanco, secretario de Organización del partido. Ninguno de los dos sabía para qué la convocatoria a hora tan temprana. José Bono, el ministro de Defensa, acababa de comunicar al presidente que abandonaba el cargo; todos intuyeron que este descontento se debía a la forma (y el fondo) de la tramitación del Estatut catalán, aunque nadie entonces lo expresó tan claramente.

Eso obligaba a Zapatero a hacer una remodelación de urgencia. Sería José Antonio Alonso, un magistrado de la máxima confianza del presidente —recordemos que eran compañeros de colegio— quien iba a sustituir al expresidente castellanomanchego al frente de Defensa, dejando vacante el Ministerio del Interior, del que hasta ese momento era titular Alonso.

Durante casi media hora, Zapatero charla con Blanco y Rubalcaba. A ambos les sugiere —o ambos entienden— que cuenta con ellos para Interior, quizá el departamento más delicado del

gobierno. Ambos creían que Zapatero pensaba en el otro. Minutos después, Zapatero les anunció que hora y media más tarde iba a revelar por televisión que Bono cesaba como titular de Defensa, que José Antonio Alonso asumía esa cartera y que él, Rubalcaba, iba a ocupar el dificilísimo ministerio del que salía Alonso. Aceptó de inmediato el cántabro, sin mover un músculo de la cara. Seguramente, de haber rechazado, Zapatero hubiese ofrecido la cartera a Blanco. Blanco rechaza que la conversión que reproduzco se celebrase «a tres» y sostiene que él no estaba presente cuando Zapatero ofreció el ministerio a Rubalcaba.

La oferta era lógica. Consta que Rubalcaba tenía pleno conocimiento de los contactos que, a través de Jesús Eguiguren, presidente del Partido Socialista Vasco, se mantenían con Arnaldo Otegi, exmiembro de ETA político-militar y coordinador temporal de Batasuna. Ambos, Otegi y Eguiguren, procedían de la misma localidad, Elgoibar, compartían almuerzos en el caserío de Txilarre y, quizá, en el fondo, quién sabe, aspiraban a lo mismo: una Euskadi sin ETA.

Por supuesto, no se puede negar que, en alguna ocasión, de manera no tan privada, Zapatero dijo aquello, que luego le fue tan criticado, de que Otegi era «un hombre de paz». Y puede que, a esas alturas, a su manera y al margen de sus muchas culpas, lo fuese. Nunca averigüé si el propio Rubalcaba se encontró o no con Otegi en persona: fuentes cercanas a él me lo negaron, porque hubo un tiempo en el que incluso encontrarse con el batasuno se quería considerar delictivo. Y, si no, que se lo digan a Patxi López, a quien trataron de encausar, junto con Ibarretxe, por eso.

Lo que sí se sabe, y contamos en *El zapaterato*, es hasta qué punto llegó Rubalcaba a controlar las negociaciones con ETA, para las que propuso, por cierto, como interlocutores del gobierno, a Javier Moscoso (sugerido, en realidad, por Felipe González) y a un abogado y catedrático con el que yo había coincidido en el mismo curso de Derecho, José Manuel Gómez Benítez. Eguiguren actuaba como una especie de representante del PSOE.

De cuantos formaban parte del círculo íntimo del presidente, probablemente era Rubalcaba —como ya contaba en otra parte, en reñida competición con José Blanco— quien más secretos de Estado controlaba. Entre ellos, claro, el de la negociación con ETA. Cuando preparaba el libro *El zapaterato*, que versaba precisamente sobre esta negociación, acudí un día a visitar a Rubalcaba en su despacho en el Ministerio de Interior.

—ETA va a sacar dentro de dos días un comunicado bastante alentador sobre los avances en la negociación —me dijo en un

momento determinado.

—¿Y cómo sabes tú lo que dice un comunicado que aún no ha sacado ETA? —le pregunté.

Guardó silencio. Rebuscó en una pila de papeles. Me tendió uno, perfectamente mecanografiado.

—Es este —me dijo. Me dejó leer apenas los dos primeros párrafos. Que correspondían, en efecto, al comunicado que dos días más tarde hizo ETA a través de su periódico afín.

Sirva esto para mostrar hasta qué punto Rubalcaba controló cuanto se refiriese a la negociación con la banda. Pero esto que narro es casi todo lo que pude obtener de Rubalcaba, más allá de la petición de que no publicásemos, Manuel Ángel Menéndez y yo, una noticia que había llegado a nuestras manos: la incorporación de Gómez Benítez al equipo negociador con la banda. Llamé a Gómez Benítez para, lógicamente, tratar de ampliar la información. Casi me colgó el teléfono cuando intuyó de qué quería hablarle. Y mantuve el compromiso de silencio, hasta que Ángeles Escrivá, una estupenda periodista de *El Mundo*, dio, un mes después, la exclusiva: un abogado excomunista había sido «fichado» por su amigo el ministro de Interior para participar en las conversaciones con los terroristas vascos en busca de la paz.

Cuando terminamos de escribir *El zapaterato*, enviamos el manuscrito del libro a Gómez Benítez, que lo devolvió, acorde con su carácter algo hosco, con una seca nota: «Estáis complemente desinformados». También se lo hice llegar a Zapatero, que me dijo: «Tiene algunas inexactitudes, pero está bastante bien». Se lo pasé a Rubalcaba y, como esperaba, no hizo el menor comentario.

12

ESCOLLOS EN EL CAMINO

A todo presidente de un gobierno, de cualquier gobierno, le gusta mostrar su poder. Mantener en la incertidumbre a sus subordinados, que son todos los españoles (en teoría, claro). Por eso, les encanta sorprender a la prensa y a sus propios allegados. Que a Rubalcaba le informase de que iba a ser ministro del Interior apenas media hora antes de anunciarlo por televisión es una muestra clara de ello, y eso que ZP jamás pasó por ser persona demasiado arbitraria o autoritaria.

Zapatero tenía muy claro a cuál de los dos, Rubalcaba o Blanco, escoger para el cargo más difícil, el de ministro del Interior. Desde cinco años antes, el político cántabro venía participando, aunque desde lejos, en los contactos con ETA iniciados por Eguiguren con Arnaldo Otegi. Y esa negociación iba a ser lo prioritario desde que la banda envió en 2004, vía Eguiguren y por conductos eclesiásticos, una carta a Zapatero ofreciéndole una baza que ningún presidente del Gobierno podría haber rechazado en tales circunstancias, cuando el terror etarra seguía siendo lo peor de lo mucho malo a lo que se enfrentaba la sociedad española.

Cierto que, hasta entonces, Rubalcaba, cuando tuvo las primeras noticias acerca de una posible negociación con ETA, se había mostrado reticente. «Él no quería esa negociación ni muerto», dijo Patxi López, el hombre que fue lehendakari y presidente del Congreso: él, Rubalcaba, prefería la línea dura con la banda. Y es ahí donde posiblemente se equivocan quienes conceden todo el mérito de esta negociación al cántabro. Una negociación a la que, por otro lado, impulsaban a Zapatero su «otra mano derecha», José Blanco, y personajes a los que la historia no ha hecho aún suficiente justicia, como el secretario general del Partido Socialista de Euskadi (y futuro lehendakari), Patxi López.

A Rubalcaba los periodistas le llamábamos «el presidente bis». (Foto: archivo del autor).

Mirando desde su despacho el edificio del Congreso de los Diputados, que él, durante un breve tiempo, presidió, López asegura: «Zapatero fue valiente (…). Hay batallas que se pierden, pero siempre se tienen que dar». Para Patxi, hijo del mítico dirigente «Lalo» López Albizu, que fue uno de los primeros socialistas a los que conocí cuando el PSOE era aún casi ilegal, la negociación fue uno de los factores para acabar con ETA. Pero también fueron esenciales los éxitos policiales, la «contundencia de la justicia» y el amplio rechazo social.

Luego, es verdad que Zapatero mintió sobre el alcance de la negociación y sobre la propia existencia de la misma: recuerdo sobre todo una vez en un mitin electoral en Sevilla, concretamente en el restaurante La Raza, cuando ya muchos que por allí andábamos sabíamos que la negociación persistía tras el atentado en la T4 e

incluso algunos conocíamos muchos detalles sobre los encuentros con la banda de representantes del gobierno y del PSE.

Especialmente difícil resultó aceptar que se había entregado la mediación, como si de una guerra paritaria se tratara, a una fundación radicada en Ginebra, en la villa Pantamour, a orillas del lago Lemán, el Centro Henri Dunant para el Diálogo Humanitario. Algo que, inicialmente, parecía una cesión excesiva a los etarras. De hecho, cuando, en una tertulia radiofónica en la que participaba en Punto Radio, su director, Félix Madero, dio la exclusiva, me mostré incrédulo: «¿Cómo es posible llegar a ese extremo?», dije, aun siendo, como era, partidario de la negociación. «Te ruego que me creas», replicó Félix, uno de los grandes periodistas de este país, que bebía, ya se vio, en fuentes muy seguras.

Tenía razón: la Henri Dunant estaba en el medio de la negociación. Y el gobierno noruego. Y puede que otras instancias europeas, aunque nunca se pudieron confirmar del todo. Bueno, muy poco sobre lo que iba ocurriendo con la negociación se pudo confirmar del todo. En la caja fuerte de la organización mediadora ginebrina figuran al parecer algunas actas interesantes de las reuniones entre los enviados gubernamentales españoles y ETA. Pero esos son papeles que, hasta el momento, se mantienen, hasta donde conocemos, inexplicablemente a estas alturas, secretos.

No todo se puede contar del todo, a todos y todo el tiempo

Pero esos silencios, tales desmentidos en el vacío, ya los disculpó un día Rubalcaba, cuando estaba inmerso de pleno en esta negociación:

«Hay cuestiones en las que no es posible contarlo todo», es una frase típica, más de una vez repetida, de Rubalcaba. Sin que sea fácil determinar si se refería a las negociaciones del Estatut, a las que llevaba a cabo con el portavoz «popular» Eduardo Zaplana, o a las que al tiempo mantenía con Llamazares de Izquierda Unida y con Esquerra Republicana de Catalunya. O a las de ETA, incluyendo el logro de hacer que todo el Congreso, con la excepción del PP, votase a favor de que el gobierno explorase una negociación… que, por cierto, hacía tiempo que ya había comenzado cuando se pidió autorización a la Cámara. Un paso parlamentario que sirvió para alejar aún más a Zapatero de Rajoy, que siempre se sintió «poco informado» de lo que el gobierno estaba haciendo con ETA. Y no le faltaba razón: estaba siendo poco informado, entre otras cuestiones porque ni Zapatero ni

Rubalcaba se fiaban de la oposición, y menos en este terreno.

La simple enumeración de estas tareas da idea del volumen y la importancia de los temas en los que Alfredo Pérez Rubalcaba estaba inmerso. Los periodistas le llamábamos «el presidente bis». Y, de hecho, las dos legislaturas de ZP se entremezclan con la ingente actividad de Rubalcaba. Tanto es así que el presidente extremeño, Guillermo Fernández Vara, llegó a decir que, para él, los sucesores de Zapatero, en su día, serían tres: Alfredo, Pérez y Rubalcaba.

Que se sepa, solamente los temas de política exterior y algunos aspectos económicos escapaban a su control, que se extendía al ejecutivo, al grupo parlamentario y, aunque algo menos (porque allí estaba Blanco), al partido. Las tres patas del banco en las que se asienta el poder. Lo que ocurría es que lo ejercía de un modo efectivo, contundente, pero sin prepotencia, más bien situándose en la sombra.

De todo lo listado, quizá lo más vistoso, lo epidérmicamente más notable, era la negociación con ETA. Con algunas aristas aún hoy no fáciles de discernir, porque siguen sin estar del todo aclaradas. Durante meses, insistí, en solitario, en que el prófugo etarra «Josu» Ternera, que participó mucho en las negociaciones con el gobierno, había estado largo tiempo localizado por la policía. Un día tuve ocasión de preguntárselo directamente a Zapatero en el curso de una recepción en la que coincidimos y una vez que se despejó el «corrillo» de los periodistas y me quedé a solas con él.

—¿Es cierto que tenemos localizado a Josu Ternera?

El presidente nada dijo. Pero afirmó con la cabeza.

—¿Y es cierto que el Estado se está ocupando de curarle? —se decía que tenía un cáncer avanzado.

Nueva afirmación con la cabeza.

«Id preparando las corbatas negras»

Siempre pareció claro que José Antonio Urrutikoetxea Bengoetxea, el tristemente famoso Josu Ternera, jugaba un doble juego con el gobierno español, lo que a la vez le hacía ser acreedor a una cierta desconfianza por parte de los «duros» de la banda, con Javier López Peñas, alias «Thierry» —«una auténtica bestia», lo definió uno de los negociadores españoles—, a la cabeza. Hasta el punto de que, en un momento dado, Ternera dejó de ser el líder del equipo negociador de ETA para ser reemplazado por Thierry, algo de lo que los representantes españoles tomaron nota. No era una buena noticia,

aunque luego Josu Ternera reapareció de manera, lo definió un negociador, algo «guadianesca».

Son incluso pintorescos ciertos pasajes de las sesiones negociadoras en Noruega y Suiza, algunos de los cuales narrábamos en *El zapaterato*. Pintorescos y, en algún momento, extraños. Como cuando en el Ministerio de Asuntos Exteriores noruego, en Oslo, se ofreció una «recepción diplomática» a ambas partes negociadoras, como si ETA fuese un interlocutor asimilable al Estado español.

Fue una negociación con varios tramos y dos partes, la «política» y la de «presos». Javier Moscoso, que de alguna manera representaba al gobierno español —aunque no se dijese así; fue sugerido su nombre por Felipe González, con quien había sido ministro y fiscal general del Estado— en los contactos, contó que, en la tercera reunión entre ambas partes, a la que se incorporó Thierry —que llevaba la voz cantante, opacando a Josu Ternera—, este advirtió claramente: «Quiero que sepáis que cualquier acuerdo con ETA depende de mí, que soy el jefe de la organización». Luego, sin rodeos, agregó: «Tendremos que tener algún logro político, demostrar a los presos que la lucha armada ha servido para algo». «Ternera —recuerda Moscoso— había asumido que era tema solo de presos; Thierry quería logros políticos», incluyendo la «vasquización» de Navarra.

Urrutikoetxea ya no apareció en la cuarta reunión, en la que, nos contaron, Thierry y Gómez Benítez se enzarzaron en una controversia que podría haber acabado muy mal. Quizá Eguiguren, hablando en euskera con los etarras, contribuyó en algunos momentos a calmar los ánimos. Ternera era un posibilista; Thierry, «un pirado», lo definió un día Patxi López. Un «pirado» que, en el curso de una sesión negociadora, se jactó: «Ya podéis ir encargando corbatas negras».

Las posiciones estaban muy lejanas y la brutalidad en las exposiciones de Thierry ayudaba poco. Pero el gobierno, o sea Zapatero y Rubalcaba, no quería romper. Por eso fue tan dramático el atentado en la T4, cuando ambas partes se habían comprometido para un nuevo encuentro —que es lo que hacía mostrarse tan optimista a Zapatero— dos meses después, en febrero. Ese encuentro no llegó a celebrarse, pero, como dijimos, las negociaciones, de otra manera más cauta, continuaron.

Porque la mayor o menor eficacia negociadora de los enviados por el gobierno español se complementaba con la sucesiva detención de los cabezas de la banda, gentes cada vez menos preparadas, más brutales y primarias, más desideologizadas. Ya en octubre de 2004 caía, dijeron que casualmente, el entonces máximo dirigente de ETA, *Mikel Antza*, junto con su compañera sentimental Soledad Iparraguirre,

la temida *Anboto*. Luego, las sucesivas direcciones de la banda irían cayendo una tras otra. La colaboración francesa con las por otro lado eficaces Fuerzas de Seguridad españolas estaba dando óptimos frutos.

Se ha contado hasta qué punto Rubalcaba llegó luego a tener controlada la situación. En esas condiciones, la banda del terror no podía sino perder estrepitosamente la partida. Y, tras los últimos, deslavazados, desesperados, coletazos, la perdió. Aunque primero fueron dos altos el fuego, uno de ellos considerado claramente «una trampa» incluso por Rubalcaba.

Y lo de la T4.

Lo de «ahí arriba» no iba, en realidad, tan bien

El caso es que tanto Zapatero como su «hombre para todo» Rubalcaba, y también, nos dijo un día, José Blanco, parecían encantados con la marcha de las negociaciones, aún no oficialmente confirmadas, pero que todos conocían.

En la inauguración de la Terminal 4 del aeropuerto de Barajas (febrero de 2006), Zapatero, que apenas había dirigido la palabra a la presidenta de la Comunidad madrileña, Esperanza Aguirre, mostrándose en cambio muy cordial con el alcalde «popular» Alberto Ruiz-Gallardón, parecía eufórico. Incluso se permitió gastar alguna broma en nuestra presencia, conmigo estaba José Antonio Vera, más tarde (2012) presidente de la agencia Efe, diciéndole a Gallardón que tenía «un pedazo de sorpresa» para la candidatura socialista a la alcaldía de Madrid. Lo que, por cierto, provocó un enorme enfado en el círculo de Trinidad Jiménez, que era oficialmente la designada para esta candidatura.

Luego, menos jocoso, y señalándome con el dedo, me dijo:

—Y lo tuyo, ahí arriba, va muy bien.

Dado que no me parecía que el presidente se estuviese refiriendo a mis posibilidades de promocionarme en el reino de los cielos, entendí, creo que correctamente, lo que me quería decir: que «lo de ahí arriba» (él me consideraba vasco por mis antecedentes familiares), o sea, Euskadi, iba bien. Que la negociación, por la que yo le había preguntado en más de una ocasión, marchaba satisfactoriamente, vamos.

Diez meses después, el 29 de diciembre de 2006, Zapatero seguía en modo euforia. Celebraba, a mediodía en La Moncloa, la conferencia de prensa, ya tradicional, que él mismo estableció, para hacer balance

del año político. Vimos a un ZP, como habíamos visto algunos antes a Rubalcaba, muy seguro de lo que afirmaba con relación al terror de ETA: «Dentro de un año estaremos mejor que hoy», dijo, en lo que todos entendimos que la negociación, de la que oficialmente se hablaba más bien algo parabólicamente, seguía dando resultados satisfactorios, sobre todo después de que la banda hubiese anunciado, en marzo, un «alto el fuego permanente». Una tregua trampa, habían dicho algunos. El gobierno no quiso verlo así, y el «optimista antropológico» (autodefinición) Zapatero, menos que ninguno.

Cuando un día pregunté a Zapatero por qué no cesaba al director del CNI, Alfredo Saiz, con todos los escándalos que sobre él publicaban *El Mundo* y también, en ocasiones, mi modesto *Diariocrítico*, se limitó a responderme: «Los éxitos contra ETA son muchos». Pero lo cierto era que el CNI de lo que sigue se enteró poco.

A las nueve de la mañana del día 30 una explosión que se escuchó en kilómetros a la redonda voló uno de los aparcamientos de la terminal T4 del aeropuerto de Barajas, la misma terminal en la que el propio Zapatero había dicho en febrero aquello de que «lo tuyo ahí arriba va bien». Dos hombres, que dormían en sus coches en el aparcamiento, los ecuatorianos Carlos Alonso Palate y Diego Armando Estacio, constituyen el drama humano del atentado, que, en otro orden de cosas, sumió en el caos al país entero, que se aprestaba a celebrar un fin de año que todos creíamos venturoso.

Consta que un portavoz etarra, crecientemente desesperado, avisó de la colocación de la bomba, que no pudo, aparentemente, ser localizada. Aquello no fue un fallo de los servicios policiales. Ni del servicio secreto, mal dirigido por Alberto Saiz, a quien Bono, como ministro de Defensa, había impuesto como sustituto de Dezcallar.

Tampoco fue un fallo del Ministerio del Interior, que, según contaron, jamás confió del todo, contra lo que a veces afirmaba cara al público Rubalcaba, en las palabras de paz procedentes de ETA. Fue la banda, el descontrol interno existente en la misma, lo que provocó una hecatombe que se preveía, según contó entonces quien bien lo sabía, solamente como una amenaza con la colocación de una bomba en teoría fácilmente detectable.

Todo salió mal y Zapatero, que había sido alertado de la tragedia por José Enrique Serrano, profundamente afectado, no tuvo otra cosa que hacer que regresar de Doñana, a donde acababa de irse de vacaciones de fin de año, solamente para comprobar que ya Rubalcaba había tomado el timón de las consecuencias del atentado más absurdo que ETA había llevado a cabo en los últimos cuatro años. Si es que puede establecerse un baremo para la crueldad y la inutilidad de este

tipo de acciones dictadas por el fanatismo.

Después, Zapatero comparecía en La Moncloa para anunciar «la suspensión del diálogo con ETA» porque «no se cumplen las condiciones y presupuestos de la resolución parlamentaria» que avalaban este diálogo.

La táctica del negociador Rubalcaba era seguir con las conversaciones, pero sin olvidar la «mano dura», que iba descabezando cúpulas etarras, detención tras detención. La banda estaba, todos lo sabían, «trufada»: «Un día de estos, en la mesa de negociación se van a sentar dos representantes del gobierno frente a dos guardias civiles, teóricamente representantes de ETA», comentó entonces, con humor, un amigo policía que había servido en las fuerzas antiterroristas.

Aquel 30 de enero fue un día de confusión. Ese mismo día ahorcaron, ante las cámaras, a Saddam Hussein, el derrotado y derrocado presidente iraquí. Y el periódico digital que yo entonces dirigía tuvo más visitas por estas imágenes truculentas que por las de la desolación de la T4; así son las cosas.

Cesiones no irreparables, pero…

La banda estaba, en 2007, absolutamente debilitada, sin apoyos en Francia, sin dinero. Y sin moral. Tras finalizar la tregua en 2007, las Fuerzas de Seguridad del Estado detuvieron a las cabezas de la banda en tres ocasiones seguidas: la primera, en mayo de 2008, cuando fue detenido en Burgos López Peña, alias Thierry, el que había encabezado la negociación con el gobierno español durante unos meses. Poco después caía Mikel Garikoitz Azpiazu, alias *Txeroki*, responsable «militar» de ETA. Su sustituto, Jurdan Martitegi, duró cinco meses en el puesto: fue arrestado el 18 de abril de 2009 en la localidad gala de Montauriol.

Sin duda, como comentó luego Patxi López, la acción policial fue, al menos, tan importante como la negociación para llegar a aquella declaración de ETA renunciando definitivamente a la violencia en 2011. Una declaración que supuso la superación, seguramente definitiva, de un problema que, más o menos directamente, nos había afectado a todos los españoles durante más de cuarenta años.

Personalmente, llenaría un libro entero con el relato de episodios dolorosos que hubimos de vivir, incluso en el ámbito propio, en relación con el terrorismo vasco. En otros trabajos he ido dejando

constancia de algunos de ellos. Ahora, mejor obviar, que no olvidar, todo aquello. Aquí, baste con expresar el reconocimiento a las víctimas, a todas las víctimas, de aquel terror sin sentido. Y dejar constancia del mérito de gentes que, como Jesús Eguiguren —un personaje ciertamente difícil, como pude comprobar en un encuentro con él en el Hotel de Londres y de Inglaterra de San Sebastián—, Patxi López, Rubalcaba (y su jefe de Gabinete, Goyo Martínez) o Zapatero, se pusieron al frente de una negociación sin cesiones irreparables, que no solo frenó un terror que había costado muchos ríos de lágrimas y de sangre, sino que además cerró una brecha entre Euskadi y el resto de España.

Y en esta lista de reconocimiento habría que incluir también al entonces presidente del Partido Nacionalista Vasco, Josu Jon Imaz, un hombre que acabó saliendo de la política, harto de Ibarretxe, de Arzalluz, de Egibar y de todo un sector del partido aún fiel a la memoria supremacista sabiniana.

Hemos dicho que en la negociación no hubo cesiones irreparables. No se accedió a las principales reivindicaciones de la banda, ni hubo liberación de presos más allá de reducciones de algunas condenas, forzando la normativa penitenciara, ni se incluyó —oficialmente al menos— la cuestión de Navarra en el temario de las conversaciones. Esa es la verdad.

Y, en este terreno, es cierto, sin embargo, que algunos casos indignaron a la opinión pública. Ninguno tanto como el de Iñaki de Juana Chaos, un verdugo sanguinario con 25 asesinatos a sus espaldas. La historia de la «huelga de hambre» de Juana, que logró forzar al Estado a procurarle unas condiciones intolerables a la luz de la estricta aplicación del Derecho, fue noticia durante semanas. Una de las absurdas polémicas leguleyas que de cuando en cuando sacuden el arquitrabe jurídico español dejó los 2.665 años de prisión a los que De Juana había sido condenado a un cumplimiento de apenas 18. Cuando estaba a punto de producirse su liberación, y ante el escándalo de la sociedad española, el ministro de Justicia, Juan Fernando López Aguilar, echó mano de un par de artículos publicados por De Juana en *Gara*, que hacían, se dijo, clara apología del terrorismo, para que el etarra, nunca arrepentido, siguiese en la cárcel. Fue peor el remedio que la enfermedad.

De ahí se sigue su huelga de hambre, casi televisada. Una mala noticia para un gobierno en plena negociación, que sabía que, si De Juana muriese, todo podría estar perdido. El pulso se prolongó durante casi un año, hasta que la Fiscalía pidió para él pena de prisión atenuada «por su mal estado de salud».

Una prisión tan atenuada que en ella gozó de escandalosos privilegios, incluyendo una ducha erótica con su novia, también casi «radiados» al exterior con la ayuda de un reportaje-entrevista en *The Times* en el que se presentaba a De Juana como casi una víctima del sistema, un hombre que «aboga por la paz desde su lecho de muerte». Cuando fue excarcelado el 2 de agosto de 2008, tras cumplir veintiún años en prisión y tras haberse incluso casado en una ceremonia jubilosa en la cárcel, De Juana voló a Irlanda del Norte. La última vez que fue visto estaba en Venezuela, gozando, aparentemente, de una excelente salud.

José Blanco, entonces secretario de Organización del PSOE y siempre un auténtico experto en interpretación de encuestas, confesó un día que nada había hecho más daño a las posibilidades electorales de su partido que las peripecias de De Juana, ridiculizando al sistema penitenciario español. Era difícil comprender la razón por la que la responsable de Instituciones Penitenciarias, Mercedes Gallizo, no fue cesada de inmediato en aquellos días aciagos, en los que tan mal se gestionó el asunto.

Un caso que Le Carré no hubiese firmado

Resultaba obvio que la mayor parte de la sociedad española no entendía que una negociación como la que se llevaba a cabo ni puede probablemente hacerse con total transparencia, como había advertido Rubalcaba, ni puede atenerse al estricto seguimiento de toda la normativa legal, cosa que todos los involucrados sabían, pero que, por supuesto, nadie decía abiertamente. Y que negociar significa ceder algo, lo mínimo posible, como, por ejemplo, establecer negociaciones secretas con la entonces ilegal Batasuna en el santuario de Loyola (noviembre de 2006).

Y probablemente hubo extralimitaciones e incomprensiones. De ahí el enorme escándalo que se produjo con el llamado «caso Faisán», que supuso un notable desgaste personal y político para Rubalcaba, zarandeado semana tras semana en las sesiones de control parlamentario por el diputado del PP Ignacio Gil Lázaro (hoy en Vox) a cuenta de este asunto.

Estuve un día en la puerta del bar Faisán, atraído por el ruido que rodeaba a este local, aprovechando un viaje a Irún. Se sabía que estaba vigilado desde hacía más de una década, como presunto punto de encuentro de gentes más o menos conectadas con el mundo etarra.

Era un bar más bien algo cutre, para nada relacionado con aquel atractivo y divertido «café de Rick» de la película Casablanca, aunque a algún columnista se le ocurrió la comparación, porque en el Faisán había, se dijo, espías conviviendo con contrabandistas, policías con ladrones, soplones y confidentes con agentes secretos. Y terroristas o filoterroristas. Decían que más de un guardia civil, en misión informativa, también se había pasado, de incógnito, claro, por el bar de Joseba Elosua, un antiguo militante del PNV al que la policía seguía porque se sospechaba que estaba tras la extorsión etarra a empresarios.

Seguramente, ni el local ni el caso hubieran sido dignos de una novela de Le Carré, también contra lo que se le ocurrió a más de un comentarista. Aunque la verdad es que el asunto, a primera vista, prometía: un agente anónimo entrega un móvil a un presunto delincuente, encargado de hacer llegar a una banda terrorista el dinero de la extorsión a empresarios vascos, y alguien dice a ese presunto delincuente (Elosua) que le buscan para detenerle y acabar con la red terrorista/mafiosa, así que más vale que tenga cuidado y evite determinados puntos donde podría ser capturado.

Si se comprueba que el agente anónimo que telefonea es un policía y que actúa a las órdenes de un alto mando policial, y si ese alto mando policial es alguien de la máxima confianza del ministro de Interior, es una trama para Le Carré. Si resulta que el dueño del bar cutre, el tal Elosua, era un «pringao», más pinchado por todos los servicios de seguridad que una morcilla y que, en realidad, a sabiendas o más bien no, proporcionaba bastante información sobre lo que hacía o dejaba de hacer la banda terrorista, el caso cambia. Porque Rubalcaba, desde bastante antes de ser ministro, primaba, antes que la acción inmediata, la información de calidad, que era la que le permitía obtener los mayores éxitos en la lucha contra la banda.

Y sí, esta lucha contra el terrorismo implica cosas que a nadie le gustan. El gran pecado en la negociación con ETA fue no haberse sabido hacer con el silencio, más colaborador que cómplice, de la oposición. Y eso ni lo supieron hacer Rubalcaba y Zapatero, ni lo supo llevar a cabo Rajoy, mostrando, una vez más, que el principal déficit de la política española es la falta de entendimiento entre las fuerzas partidistas a la hora de construir país.

Elosua era una «fuente interesante» de información. Pero la oposición no podía tolerar una irregularidad tan grande como la que implicaba el «caso Faisán». Ni un juez escrupuloso, como sin duda lo era Fernando Grande-Marlaska, a quien la policía llegó a acusar de haber frustrado alguna operación contra la banda, podía hacer la vista

gorda. En el gobierno le odiaban, sin más. «Ojalá que acabe mal», dijo un día, en privado, Rubalcaba, harto de las trabas que se ponían a la negociación, y que se llegó a decir que estuvieron a punto de hacerle arrojar la toalla.

Por cierto, si aquí hubiese espacio y fuese esta una obra monográfica, podría contar muchas novelas «reales» propias de Le Carré relacionadas con el terror en Euskadi. Y muchísimas más cosas relacionadas con el combate a la banda ETA. Algunos episodios se han contado en otras obras, como *La decepción* o *El zapaterato*. Cuarenta y dos años conviviendo con el terror, como tuvimos que convivir todos los españoles, dan para escribir muchos, demasiados, libros. Todos muy tristes excepto el último, el de la victoria contra la banda.

Un digno heredero de Sabino Arana

Muchos mantienen muy serias reservas acerca de cómo llevó Zapatero el «caso catalán». El egoísmo de Maragall y de Montilla, que eligieron ser presidentes de la Generalitat antes que ceder a lo negociado por Zapatero con Convergencia Democrática, impidió llegar a esa «conllevanza» orteguiana para sofocar incendios independentistas. Eso, junto con la rapacidad de los nacionalistas catalanes y el «buenismo» algo blando del presidente del Gobierno, puso las bases de lo que iba a ocurrir en los lamentables sucesos de octubre de 2017, menos de una década después.

Sin embargo, la gestión por parte de Zapatero del otro gran problema territorial español, el vasco, fue muy distinta.

Claro que no hay que caer en la tentación de figurar entre quienes hablan de ETA y, automáticamente, lo hacen del PNV como si fueran el mismo tema: menudo error, tantas veces cometido por los que, desde el fanatismo, se han negado a entender nada del proceso vasco. Ya quisieran algunas autonomías haber tenido presidentes de la talla y con el sentido de Estado de José Antonio Ardanza, impulsor, con Txiki Benegas, del pacto de Ajuria Enea. O, en la actualidad, de Iñigo Urkullu. O políticos teóricamente nacionalistas como el que fue presidente del Euskadi Buru Batzar peneuvista, el antes citado Josu Jon Imaz. O el mejor Arzalluz que fue capaz de pactar con Aznar fotografiándose bajo la «gaviota» del PP en la sede de la calle Génova (hubo, obviamente, un Arzalluz peor).

El juego político de los socialistas con el PNV fue, en opinión de muchos, un momento estelar en la política del País Vasco, de la mano

de gente de mérito como Patxi López, Nicolás Redondo Terreros, Ramón Jáuregui o, en menor medida (porque le tocó tener menos protagonismo), Juan Manuel Eguiagaray.

La gobernación del Partido Socialista de Euskadi con los nacionalistas vascos fue fructífera. Hasta que diferencias ideológicas impostadas se impusieron al sentido común. Euskadi podría haber sido un laboratorio político de entendimiento realmente novedoso y sugestivo con lehendakaris como Ardanza, Patxi López y, luego, Urkullu.

Y con responsables políticos como el secretario general de los socialistas vascos Nicolás Redondo Terreros, empeñado siempre en el pacto —también, en su momento, con el PP, lo que acabaría llevándole a la dimisión—, o Ramón Jáuregui —un hombre, militante desde 1973, asistente al congreso de Suresnes, que bien podría haber sido, si los astros se hubiesen conjugado de otra manera, presidente de Gobierno—. O, claro, con el lehendakari (2009-2012) Patxi López. Desgraciadamente, no pocas veces se impuso el sectarismo, y el dolor y el fanatismo acallaron lo que dictaban los cerebros. Incluso hubo desentendimientos dentro de los propios partidos, y el PSE sería un triste ejemplo, que pusieron palos en las ruedas de posibles soluciones.

Hemos hablado de nacionalistas meritorios, como Ardanza, Imaz o, ahora, Urkullu. Pero Zapatero tuvo mala suerte: le tocó lidiar con el lehendakari José Antonio Ibarretxe. Y con el peor Xabier Arzalluz.

Ibarretxe y su entorno eran, sin más, una pandilla de fanáticos. Cualquier intento de aproximación informativa al lehendakari de Llodio se topaba siempre con la misma respuesta del entonces encargado de comunicación de Ajuria Enea, un tipo bastante limitado llamado Joseba García Bengoetxea: «Nada con los periodistas españoles», decía ante una petición de entrevista o contacto.

Todavía a finales del verano de 2007 Ibarretxe, que llevaba cerca de ocho años en el cargo, insistía, contra Imaz, en la celebración de un referéndum de autodeterminación, para el que fijó la fecha del 25 de octubre de 2008, que era cuando habría de realizarse una «consulta popular» previa al propio referéndum. Algo que, desde luego, ni ZP ni Rajoy, ganase quien ganase las elecciones de ese año, iban a permitir. Y que, por supuesto, no se iba a llevar a cabo.

Ibarretxe dio, durante toda aquella legislatura, un espectáculo de tozudez y falta de cintura política. Y eso que decía llevarse bien con Zapatero —al final, nadie estaba tan seguro de ello— y querer mantener «relaciones cordiales» con la corona y «con Madrid». La verdad es que, en la época, el PNV no se mostraba demasiado cordial con el rey, como se pudo comprobar en la ceremonia de inauguración

del Museo Guggenheim, donde abundaron las muestras de descortesía con el jefe del Estado, que, enfadado, en lugar del discurso que tenía preparado —se lo guardó en el bolsillo— se limitó a decir, algo extrañamente: «Queda inaugurada esta iluminación».

Y lo «de Madrid», lo mismo: excepto un par de visitas a La Moncloa y un viaje para presentar su «plan» en el Congreso de los Diputados, Ibarretxe no fue lo que se dice un visitante asiduo a los ágapes de la capital. Aunque es cierto que asistió a los debates sobre el estado de las autonomías en el Senado, recuperados por Zapatero tras un paréntesis en la «era Aznar» y clausurados, ante su patente inutilidad, no muchas ediciones después.

El rechazo en el Congreso de los Diputados al «Plan Ibarretxe», un proyecto de nuevo estatuto de autonomía que fue considerado «absolutamente inconstitucional» tanto por los juristas como por parte del PSOE y el PP, hizo que el jefe del gobierno vasco se alejara aún más «de Madrid». Y que, por cierto, saliese más favorecido en las elecciones autonómicas de marzo de 2005, presentándose como una víctima «de España», que había rechazado su proyecto estatutario.

Porque, en febrero de 2005, PSOE y PP, por una vez de acuerdo, se unieron para rechazar el «plan» que el lehendakari llevó a la Cámara Baja en la Carrera de San Jerónimo. Ese «plan» no superó ni el primer paso en la tramitación del Congreso. Solo 29 diputados, todos, claro está, nacionalistas, respaldaron el texto que había llevado allí el lehendakari, tras un debate que, reconozcámoslo, tuvo mucho de cortés y bastante altura política, aunque Ibarretxe, a quien alguien calificó como «un digno heredero del fanatismo de Sabino Arana», abandonó, seguramente enfadado, el hemiciclo antes de que concluyese la sesión. Dicen que, en privado, el entorno de Imaz le llamaba «el marciano», y no solo, por supuesto, a causa de su apariencia física y de su expresión algo inquietantes, gozo de caricaturistas.

ETA, un final sin negociación política, pero…

A partir de entonces, las relaciones de Ibarretxe con Zapatero empeoraron notablemente, aunque aún se vieron un par de veces, una de ellas «en secreto», en La Moncloa. Ibarretxe, que tuvo que ceder el paso al socialista Patxi López en Ajuria Enea tras las elecciones autonómicas de 2009 y anunció su retirada de la política en pleno debate de investidura, vive hoy en una especie de ostracismo: nadie en

el nacionalismo vasco parece recordarle. Zapatero se había cobrado una pieza importante y, encima, un socialista se había situado al frente del gobierno vasco.

Claro que no es un mérito directo del «zapaterato»; ni siquiera de Urkullu o, antes, de Patxi López. Pero es el caso que, a partir de 2011, el sentimiento de rechazo a la independencia ha seguido creciendo en el País Vasco. El último sociómetro del Euskobarómetro conocido (2021) constata que la desaprobación de la causa separatista en esta autonomía ha aumentado hasta el 41 por ciento, el porcentaje más alto desde que esta serie estadística comenzó a realizarse, en 2008. Y el apoyo directo a la independencia cae a mínimos históricos y se sitúa en un 21 por ciento, cuando en 2014 todavía un 30 por ciento de los vascos se declaró a favor de un estado independiente.

El gobierno de Zapatero/Rubalcaba peleó, quizá no con todo el tesón que la oposición pedía, por la ilegalización de Batasuna y de su «sucesora», Sortu. Finalmente, Bildu, que incorporaba a partidos ya legales, como Eusko Alkartasuna, fue legalizada por el Tribunal Constitucional el 5 de mayo de 2011, poco antes de las elecciones municipales, en las que la coalición «abertzale» tuvo un indudable éxito.

Poco después ETA anunciaba formalmente su abandono de la «lucha armada». Y todos esos datos son a tener muy en cuenta cuando se habla de uno de los aspectos más polémicos de la política llevada a cabo por el sucesor (remoto) de Zapatero, Pedro Sánchez, en su «alianza estratégica» con Bildu. O sea, con Otegi, que retomó su papel como líder del independentismo vasco una vez que salió, en 2016, de la cárcel tras pasar en ella siete años, una prisión impulsada por una orden de Baltasar Garzón. Algún día, pasado un tiempo, sin demasiadas pasiones por medio, habrá que considerar el muy polémico papel jugado por Otegi en todo este proceso. Y conste que, desde luego, esta figura está muy lejos de que se la pueda considerar como positiva en el proceso hacia la «normalización vasca». Demasiadas víctimas en su mochila.

Zapatero y Rubalcaba ya presagiaban que el final de ETA sería sin negociación política con los terroristas, pero admitiendo en el juego democrático a sus herederos políticos. Y así, en el fondo, ha sido. El 3 de mayo de 2018, seis años y medio después de declarar el fin de su actividad terrorista, ETA anunciaba su disolución. El comunicado, 378 palabras, lo leían Josu Ternera, entonces aún en paradero (más o menos) desconocido, y Soledad Iparraguirre, *Anboto*, encarcelada en Francia y con una abultada historia delictiva a sus espaldas. Quedaban por esclarecer casi doscientos casos de asesinatos, secuestros o

heridos. De esos casos, la mayoría estaban sobreseídos y el resto, archivados.

13

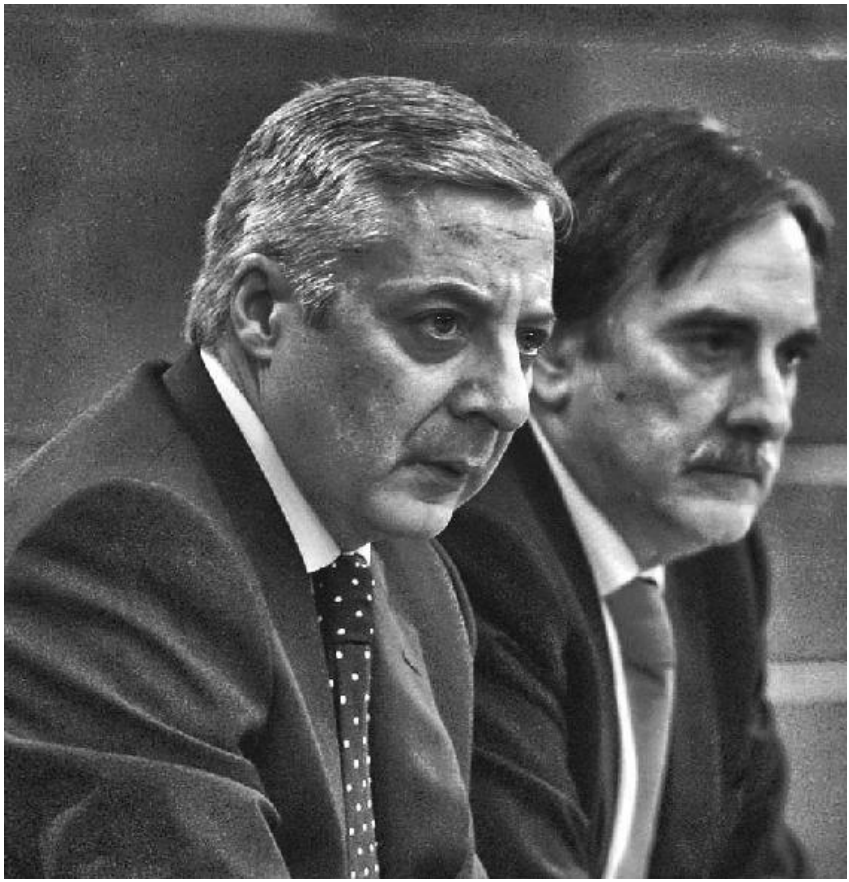
¿UN «PALETO» O UN HOMBRE «HISTÓRICO PARA EL PLANETA»?

Uno de los propósitos de esta obra es buscar hasta qué punto los tres gobiernos socialistas que ha tenido España desde el franquismo han contribuido a cambiar el país, la mayor parte de las veces para mejor, aunque no siempre haya sido así, como vamos viendo. Cuáles han sido los avances y cuáles los retrocesos.

La convicción personal de este autor es que los gobiernos de Zapatero, dos legislaturas, encauzaron el problema vasco y descarrilaron, gracias a varios «maquinistas», el «problema catalán». Por eso se dedica tanta extensión a ambos procesos, de suma importancia en la infraestructura de la política española.

Los socialistas trataron de innovar, en este periodo, sus propias doctrinas sobre la definición territorial de España. Un diseño a cuyo borrador inicial asistí como informador en Santillana del Mar el 31 de agosto de 2003, precisamente el mismo día en el que, en Madrid, Aznar solventaba sus dudas y, de entre el triunvirato que barajaba, designó a Mariano Rajoy como su sucesor al frente del partido y como candidato a la Presidencia del Gobierno.

Se dijo que esta coincidencia restó lustre a las conclusiones de la comisión territorial del PSOE, porque la designación «a dedo» del sucesor del entonces gobernante Aznar parecía mucha mayor noticia que lo que estuviesen haciendo Zapatero y sus «barones» territoriales en la muy turística villa cántabra. Pero también es verdad que tales conclusiones, más allá de evidenciar que todos estaban «horrorizados» con la deriva que iba adquiriendo la cuestión catalana en manos de Maragall, no aportaron gran cosa.



José Blanco y Valeriano Gómez, dos colaboradores esenciales de Zapatero. (Foto: Pool Moncloa 28-10-2011).

Ocurre que no ha habido un modelo territorial definitivo en la concepción de Zapatero, como, en el fondo, no la ha habido con Pedro Sánchez, más allá del mantenimiento, al precio que fuere, del *statu quo* vigente, heredado de los tiempos de Felipe González y, de alguna manera, algo viciado con Zapatero.

Pero, sin duda, hubo más cosas en el «zapaterato». Una política exterior más bien irrelevante, una política económica de supervivencia y una política social de claros avances integradores.

Para empezar, naturalmente, por lo más irrelevante, que no lo menos importante, la política exterior. Que no era precisamente el fuerte de Zapatero, desconocedor de idiomas —como todos los presidentes de Gobierno españoles hasta Pedro Sánchez; de Calvo-Sotelo, simplemente, lo ignoro—. Inventó aquello de la «alianza de

civilizaciones» opuesta al «conflicto de civilizaciones» de Huntington, y creo que aún la iniciativa anida por ahí, alentada por Miguel Ángel Moratinos, el hombre que fue ministro de Exteriores con Zapatero.

En un viaje en el que pude acompañarle como periodista en el Falcon —era la primera vez que yo viajaba en el luego famoso avión —, Moratinos hizo conmigo un repaso a la política exterior del gobierno Zapatero. Me contó que se había enterado de su nombramiento como ministro escuchando, durante la campaña electoral, una entrevista en la radio con Zapatero, en la que este dijo que iba a designar a Moratinos ministro de Exteriores y a Miguel Sebastián titular de Economía. «No me llamó para anunciármelo», dijo, sonriendo.

Hasta que dio el paso de aceptar concurrir a las elecciones con el PSOE, como candidato por Córdoba, su nombre sonaba en los corredores del PP como futuro embajador en las Naciones Unidas. Pero, al convertirse en candidato socialista, desde el PP se le hizo saber que aquello era «una traición», y la hipótesis de tan importante embajada se desvaneció. Luego, Moratinos se convirtió en el referente de la un poco zigzagueante diplomacia española.

De Zapatero, el muy conservador *The Wall Street Journal* dijo que era «un paleto». Claro que era, por una parte, la época en la que el presidente español se hallaba enfrentado, diplomáticamente, pero enfrentado, con la Administración de George Bush Jr., a cuenta del abandono de Irak por las tropas españolas. Y, por otra parte, como dijo entonces un alto cargo de Exteriores, «no hay que olvidar que Aznar es casi el redactor jefe del *WSJ*», en referencia a los lazos del expresidente español con News Corporation, editora del diario, propiedad del magnate de las comunicaciones Rupert Murdoch. El periódico llegó hasta el extremo de advertir sobre la «balcanización» de una España «al borde de la ruptura».

Cierto que Zapatero no brillaba con luz propia en los escenarios de la diplomacia mundial, y que si en las noches de «cumbres» europeas cenaba en Bruselas con su equipo no era, como nos trataba de vender Miguel Barroso, por su carácter sencillo y poco amante de los fastos, sino porque no se entendía bien idiomáticamente —hay no pocas anécdotas divertidas al respecto— con sus homólogos de la UE. Pero, por mucho que la despectiva calificación gustase a la oposición, y por mucho que estuviese anclado «más bien en Soria que en Siria», Zapatero no era «un paleto». Ni mucho menos: calificarle así era un insulto a la nación, y no es que «paleto» me parezca, claro está, un insulto,

Pero tampoco era ZP un regalo histórico para el planeta. La

comparación planetaria la hizo, para bochorno general, la jovencísima Leire Pajín, entonces secretaria de Organización del PSOE, luego ministra de Sanidad, en un desayuno de Europa Press: «Es histórico para el planeta» que Zapatero presida la UE al tiempo que Barack Obama llega a la presidencia norteamericana. Luego, Pajín llegaría a desempeñar importantes funciones en la política exterior española como secretaria de Estado de Cooperación.

Ni una cosa ni otra. Zapatero, en política exterior, era, sobre todo, un ingenuo. Que, para pasmo del mundo mundial, llegó, en su buenismo optimista, a profetizar, nada menos que desde el atril de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que el hambre se acabará en el mundo en una o dos generaciones, África incluida. Empezó metiendo la pata no levantándose, como protesta personal por la política en Irak, al paso de la bandera de los Estados Unidos en un desfile, y terminó creando, con Kofi Annan, secretario general de las Naciones Unidas, con el tirano turco Erdogán y pocos más, una irrelevante «alianza de civilizaciones». Y en medio, muchas cosas.

La primera (medida), en el frente (de Irak)

El portazo a los Estados Unidos con la salida de Irak, que era algo que, según las encuestas, pedía más del 80 por ciento de los españoles, fue bastante críticamente analizado incluso desde ámbitos socialistas, que desaprobaban que Zapatero hubiese procedido de forma tan tajante, hasta aconsejando a otras potencias seguir su misma línea. Unas formas que, acaso más que el fondo, molestaron a la Administración norteamericana, y tanto el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld —a quien Bono le dio la «primicia», provocando un considerable revuelo interno—, como el secretario de Estado, Colin Powell, o su dura e implacable sucesora, Condoleezza Rice, no se privaron de mostrar, con palabras y con hechos, su irritación con la primera medida adoptada por el flamante gobierno de Zapatero.

La mirada crítica del exsecretario general de Comisiones Obreras, y varios años diputado con Zapatero, Antonio Gutiérrez Vegara, también se extiende a estas prisas por salir de Irak (para luego, por cierto, llevar las tropas a Afganistán, otro gran fiasco internacional de los Estados Unidos y sus aliados): «Paradójicamente —dice— gobernaron con las premuras propias de los inseguros. La primera muestra de esa inseguridad (aunque pueda extrañar mi opinión sobre una decisión tan celebrada en su día) fue la manera de proceder en la

retirada de las tropas españolas destacadas en Irak. Rodríguez Zapatero se había comprometido en su discurso de investidura a iniciar la repatriación tras un debate y la consiguiente resolución del Congreso, a realizar en el plazo de tres meses».

«Sin embargo, nada más cumplir con el trámite de la toma de posesión, anunció a la prensa, sin previo aviso ni debate institucional alguno, que ya se lo había ordenado al ministro de Defensa. Incomprensiblemente, una promesa electoral reiterada en sede parlamentaria, que gozaba de amplia simpatía popular incluso mucho más allá de los confines electorales de la izquierda y que a buen seguro habría sido respaldada ampliamente en el Parlamento, se decidió apresuradamente en un golpe de efecto con el que paradójicamente perdió la brillantez que le habría aportado su legitimación parlamentaria. En el entorno de sus colaboradores más próximos (de ZP) se deslizó que, si hubiese esperado los tres meses comprometidos en el debate de investidura, no habría llegado a tomar la decisión por las previsibles presiones que pudiera recibir. A falta de explicación alguna por parte del interesado, esta versión oficiosa desvelaba que en las decisiones de Zapatero había más inseguridad que audacia».

No creo, por lo que pude deducir de algunas cosas que Moratinos fue diciendo, en encuentros y viajes, a lo largo de la primera legislatura de ZP, que el propio ministro de Exteriores de la época —fue sustituido en 2010 por Trinidad Jiménez, en la última remodelación del «zapaterato»— fuese precisamente un entusiasta de cómo se hizo aquello, que a España le costó caro por muchos conceptos.

Miguel Ángel Moratinos, otro de la «generación del cincuenta», era, ante todo, un diplomático de carrera, cosa que no había abundado mucho últimamente entre los titulares de Exteriores. Especialista en Oriente Medio, buena gente, a veces pecaba de la misma ingenuidad que su jefe. Desempeñó dignamente su labor teniendo en cuenta los resquicios por los que debía moverse. A Moratinos le tocó sufrir los primeros momentos de furia de los responsables norteamericanos en política exterior y de defensa: «Eso no se le hace a un amigo; ahora les toca a ustedes demostrar que son fiables, les vamos a poner bajo escrutinio», le soltó a la cara Condoleezza Rice.

Habíamos perdido el primer plano internacional en el que, ayudado por circunstancias y gobernantes irrepetibles, nos había colocado Felipe González, tanto en América Latina —ya he dicho que era una de las obsesiones de Felipe, como demostró en las varias ocasiones en las que pudimos hablar del tema o pude acompañarle en

alguno de sus viajes— como en las siempre complicadísimas relaciones con Marruecos. O en Europa. Esa Europa a la que llegó, para cambiarlo todo, Ángela Merkel, con la que Zapatero no llegaría a tener del todo una buena sintonía: se equivocó desde el principio, «saludando la victoria electoral de Schröder», que, sin embargo, había perdido. Y llegó Sarkozy, en sustitución de Jacques Chirac. Era la Europa en la que Tony Blair revolucionaba las estructuras del laborismo desde mediados de los años noventa (salió de Downing Street en 2007, antes de que finalizase la primera legislatura de ZP). Esa Europa que giraba a la derecha y en la que Zapatero nunca pudo sentirse del todo cómodo.

«Ahora sí que hemos estado a punto de la catástrofe»

Claro que Europa, la Unión Europea, tuvo mucho que ver, a través de sus exigencias, con las incomodidades de Zapatero. No hay sino que recordar la opa, más bien las opas, sobre Endesa, en la que se vieron involucrados los gobiernos francés, alemán e italiano. Pero entonces, todavía las cosas iban muy bien y podían permitirse ciertas alegrías, aunque fuesen insensatas. Luego…

Luego, un día que no consigo fijar con precisión, en la sala de ruedas de prensa de La Moncloa, cuando entraba para dar cuenta de lo tratado en el Consejo de Ministros, el presidente, que acababa de regresar de Bruselas, se nos acercó a Manuel Ángel Menéndez y a mí y nos dijo, lo recuerdo textualmente, porque nos dejó de piedra:

—Ahora sí que hemos estado a punto de la catástrofe.

Claro que eso ocurría cuatro años después de la llegada de ZP a La Moncloa. Zapatero se había encontrado con una economía floreciente. El mundo marchaba bien, Europa ayudó no poco al aznarismo en las infraestructuras, la construcción iba como un tiro y el empleo mejoraba tanto que, henchido de entusiasmo, Zapatero se atrevió a hablar de la próxima, muy cercana, llegada del «pleno empleo». Su euforia llegó más lejos, al asegurar que Francia, Italia, Alemania, pronto tendrían envidia del crecimiento español.

Cuenta Miguel Sebastián que, en una reunión con economistas convocada por Zapatero inmediatamente antes de llegar a la presidencia, todos coincidían en las espléndidas perspectivas que se abrían para la economía española dada la coyuntura mundial. Solo Sebastián se atrevió a opinar que había elementos peligrosos en el horizonte, como un posible «pinchazo» de la burbuja inmobiliaria. Esa

discrepancia hizo que Zapatero se interesara por el joven economista, a quien acabaría llevando a la Oficina de Planificación Económica de La Moncloa y luego al Ministerio de Industria.

España crecía al 8 por ciento gracias, en buena parte, a la galopada en la construcción. Así, ¿quién se atrevía a desmontar una burbuja tan rentable? «¿Quién se atreve a parar la música en mitad de la fiesta?», se preguntaba Miguel Sebastián en su obra *El final de la fiesta*.

No Zapatero, por supuesto, para quien resultaba «antipatriótico» incluso poner en cuestión el impresionante crecimiento (el mayor de Europa) en el PIB español. Y que llegó a ofrecer el pleno empleo en la campaña electoral de 2008. Lo que ocurría era que aquello no iba a durar mucho, y los «cabezas de huevo» que decían tener la bola de cristal para presagiar que todo seguiría yendo bien no tenían algunos datos clave, haciendo buena, una vez más, la frase de Galbraith, según el cual un economista es alguien capaz de explicar brillantemente por qué se equivocó en sus vaticinios.

Pero ni Galbraith, si viviera, ni, desde luego, Zapatero, Miguel Sebastián o Pedro Solbes, hubiesen podido estar en guardia ante la quiebra de la mayor sociedad inversora del mundo, Lehman Brothers, con la crisis de las *subprime*, ni ante las andanzas de personas, aparentemente ejemplares, como Bernard Madoff. Muy pocos, excepto algunos calificados de visionarios, podían sospechar, a finales de 2005, que se avecinaba una crisis económica internacional solo comparable al «crack» de 1929. Y todavía a comienzos de septiembre de 2007 las cosas no parecían estar tan negras.

Curiosamente, no es mucho lo que se ha escrito sobre la etapa «económica» de Zapatero. Ni Pedro Solbes en su por otra parte interesante libro de *Recuerdos*, ni siquiera Miguel Sebastián, en el suyo *Falsa bonanza*, aunque en él dé algunas pistas, ofrecen, a mi juicio, todas las claves para entender la gestión de la economía en la época.

Tras su salida del gobierno, Zapatero se atrevió a escribir un libro, *El dilema*, que contenía algunos aspectos inéditos en una obra escrita por un exgobernante. «Su lectura es muy aleccionadora para comprobar los extremos a los que llega un capitalismo desregulado, comandado por unos mercados sin alma, que no son invisibles y gobiernan las instituciones mundiales», comenta, sobre el libro, quien fue presidente de la Junta de Andalucía y del PSOE José Antonio Griñán. Al final de la última legislatura de ZP se comprobó que los gobiernos «eran una hoja al viento con la que jugaban y especulaban los mercados y sus acólitos, mientras el Banco Central Europeo mostraba su inutilidad, su tancredismo culpable», sigue comentando

Griñán en su obra *Cuando ya nada se espera*.

Claro que, analizado *a posteriori*, todo resulta más fácil ¿Por dónde empezar? ¿Manuel Pizarro y la opa sobre Endesa, uno de los culebrones más absurdos en pos del poder económico que hayamos contemplado quienes nos creíamos atentos a lo que estaba desfilando ante nuestros ojos sin que nadie lo explicara? ¿Luis del Rivero y su loco intento de «asaltar» el BBVA comandado por Francisco González? ¿La patronal de Cuevas-Díaz-Ferrán? ¿Rato? ¿Montilla? ¿Manuel Conthe? ¿Ignacio Sánchez Galán? ¿Florentino Pérez? ¿Martinsa/ Fadesa? Y, para ir aún más lejos, ¿El Pocero?

Cada uno de estos interrogantes necesitaría un libro para desarrollar el caso, y no es el propósito de esta obra extenderse hasta tal punto, ni probablemente su autor estuviese capacitado, hay que reconocer lo obvio, para ello. No creo, por otro lado, que haya muchos capaces de explicar de manera global y coherente todos los episodios antedichos.

Todos esos son nombres y cuestiones que estaban sobre la mesa en la primera legislatura de Zapatero, dominada por la guerra entre gasistas y eléctricas a cuenta de la opa sobre Endesa, y por el *boom* de los promotores inmobiliarios, alguno de los cuales, como Enrique Bañuelos, hicieron una fortuna de miles de millones de euros casi de la noche a la mañana, sin que nadie pudiera dar demasiadas precisiones sobre cómo lo hicieron. La cultura del «pelotazo», heredada de los tiempos de Felipe González, seguía en boga.

Muchos de aquellos promotores cambiaron, para peor, el panorama urbanístico del país, sin que nadie les pusiera coto. De la misma manera que la «guerra de la energía» mostró, como dijo uno de los implicados en las batallas, que «en la España rica los poderosos juegan al Monopoly». La España del «pelotazo» y de las comisiones. Un juego poco apto para ingenuos como Zapatero. O para espíritus rigurosos como Pedro Solbes. Todavía hace falta una radiografía estricta, omnicomprensiva, de lo que ocurrió en aquellos años más allá de los mostradores oficiales.

Y, sobre todo, puede que aún no estemos maduros para contar desapasionada, autocríticamente, la historia del terremoto internacional que tuvo una especial incidencia en un país que, como España, daba solo una falsa apariencia de solidez económica con sus torres de tantos pisos levantadas, en realidad, sobre terreno frágil.

Aún es preciso analizar con calma aquel «rescate» de cincuenta mil millones a la banca, aquella Ley de Economía Sostenible que entró en vigor cuando ya sus contenidos estaban superados por la ley, como admite Jesús Maraña en *Al fondo a la izquierda*. No todo lo que hizo

Zapatero fue contraindicado, por más que a la Historia inmediata haya llegado la sensación contraria, sin que Zapatero y su círculo hayan sido capaces, hasta el momento, de disipar esta convicción, firmemente asentada en la opinión pública.

En buena medida, y para evitar que a España le ocurriese lo que a Grecia, una intervención de los «hombres de negro» de la UE, Zapatero tuvo que poner en marcha un duro «recortazo». La famosa «carta de Trichet» (el presidente del Banco Central Europeo), del 5 de agosto de 2011, que, por cierto, se mantuvo en secreto algunas semanas, urgiendo perentoriamente a España la adopción de duras medidas de ajuste, no dejaba lugar a dudas.

Zapatero protagonizó una dramática intervención ante el Congreso el 12 de mayo de 2010. En poco más de cinco minutos angustiosos, el presidente leyó dieciséis folios de «malas noticias», contó el cronista parlamentario José Manuel Romero en *El País*.

Zarandeado por siete días de infarto, por una semana de ataques financieros que situaron a España al borde del precipicio, Zapatero anunció, «me cueste lo que me cueste (…) nueve medidas imprescindibles y equitativas» para salir del pozo: fin del «cheque bebé», recortes sin precedentes de sueldos públicos, y recortes de gastos sociales casi desconocidos desde hacía muchos años. La oposición del PP, que inicialmente había llegado a un compromiso de abstenerse en el tema de los recortes, tomó la decisión, la noche anterior a la votación, de hacer caer al gobierno votando «no». Así que Zapatero se vio forzado a llamar a la portavoz de Coalición Canaria. Ana Oramas, y al nacionalista catalán Josep Antoni Duran i Lleida en busca de apoyo para evitar esta caída.

Obtuvo este apoyo, que, nos contó Oramas, una de las figuras más sólidas en los escaños de diputados de la última década, no fue fácil: «Cristóbal Montoro (ministro de Hacienda del PP) me dijo: “No me puedo creer que vayas a salvar al gobierno”. “No es al gobierno a quien quiero salvar, sino a España”, replicó la portavoz canaria. “Pues que se hunda España, que nosotros la salvamos”, concluyó la conversación Montoro». Tampoco Durán lo tuvo fácil con su jefe de filas, Artur Mas. Pero ese día, que tuvo un componente de dramatismo del que acaso la opinión pública no fue plenamente consciente, Zapatero, gracias a estos dos apoyos, salvó el cuello. Y quizá el resto de los españoles también.

Parece, a estas alturas, indudable que Zapatero no tuvo otro remedio que proceder a este anuncio devastador, que tanto contrastaba con su irresponsable entusiasmo económico de no hacía mucho tiempo. Y no parece menos cierto que, un año después,

probablemente no tuvo otro remedio que proceder a la última de las decisiones económicas cuestionadas que hubo de adoptar durante su mandato: la «reforma vergonzante» de la Constitución para incluir en ella, «a partir de 2018», la prohibición del déficit público estructural.

Una reforma, esta del artículo 135, que desató una feroz batalla en la izquierda, batalla sin consecuencias, como tantas otras de las guerras políticas que se empiezan en España con arrancadas de caballo de carreras y parada, luego, de burro. ¿Qué queda, hoy, de aquella enorme polémica sobre la reforma del artículo 135 de la Constitución? Quedan, sí, flecos. Aquel pleno se celebró el 23 de agosto de 2011. «Que nos convocasen a mediados de agosto para una de estas comparecencias y con un orden del día más ambiguo todavía que los de costumbre me extrañó algo más de lo normal», dice ahora, desgranando sus recuerdos, el entonces aún diputado y exsecretario general de Comisiones Obreras Antonio Gutiérrez.

«Fue entonces cuando el vicepresidente, Alfredo Pérez Rubalcaba contó que (Zapatero) le había manifestado su desacuerdo con la propuesta hacía una semana, pero que, a pesar de ello, le había informado cinco minutos antes del pleno de que la noche anterior había llegado al acuerdo con Rajoy de promover la reforma constitucional. Hice un aparte con él y con más vehemencia le insistí en que siendo, como era ya, candidato a la Presidencia del Gobierno para las próximas elecciones generales, tenía la fuerza moral y la razón política para frenar aquella disparatada propuesta hecha a sabiendas de su desacuerdo y a sus espaldas, amén de ser otra muestra más del cesarismo de Zapatero. Rubalcaba zanjó la conversación aludiendo a que «en su ADN llevaba que no se podía contradecir al secretario general del partido y presidente del gobierno»… una genética mutante, puesto que unos años después sí pudo cuestionar públicamente, y con toda la mordacidad de la que era capaz, a su sucesor en la secretaría general del PSOE» (es decir, a Pedro Sánchez).

Al gobierno del PSOE no le estaba derrotando solamente la crisis, sino la «forma disparatada» (en versión de Griñán) en que la Comisión Europea y el Banco Central Europeo estaban queriendo superarla, amnistiando a los especuladores y dañando a sus principales víctimas.

Un ortodoxo peleado con el populismo

Antes de todo eso estuvo Solbes. El «padre» de toda una época de la gestión económica en España. El currículum de Pedro Solbes es uno de

los más impresionantes que pueda lucir un servidor del Estado. Su carrera comenzó nada menos que con Alberto Ullastres, primer representante de España ante las Comunidades Europeas durante el franquismo. Ullastres, un miembro del Opus Dei adscrito a lo que en la época se conoció como «tecnócratas», logró firmar el primer acuerdo preferencial entre el Estado Español y la CEE (1970). Participó en las negociaciones de adhesión a la Comunidad Europea y tuvo la suerte de observar, desde la primera línea, los intensos cambios que se iban produciendo en la vida económica, social y política europea, incluyendo hitos como la caída del muro de Berlín o la entrada en vigor del euro.

Solbes fue secretario de Estado de Comunidades de la UE y ministro de Agricultura con González, comisario europeo de Asuntos Económicos y Monetarios, varias veces diputado y, por fin, vicepresidente y «superministro» de Economía con Zapatero durante cinco años decisivos (2004-2009), retirándose, o siendo retirado, no sé si en muy buena armonía con el presidente y con algunos de sus compañeros en el Consejo de Ministros, inmediatamente antes de que la recesión hiciese notar sus peores efectos sobre la ciudadanía.

Si hago ahora una tal exposición, más propia de una nota de Wikipedia, es para resaltar que Solbes, hoy con ochenta años, olvidado por las nuevas generaciones —claro que son muchos los nombres de servidores del Estado olvidados por las nuevas generaciones—, fue sin duda la principal incorporación al primer elenco ministerial de Zapatero. Quien tuvo el acierto de no colocar al frente de la economía a un «político», sino, más bien, a un «técnico», enamorado de la función pública y sin demasiadas ambiciones de ascender en la escala de los honores políticos. Ello explica una frecuente tentación abandonista, de dejarlo todo e irse para encontrar pastos más abundantes y apacibles en la vida privada, en esa Europa que tan bien conocía.

Mantuve con él un reciente encuentro en el que mostró hasta qué punto sigue siendo una persona crítica. Pero no son sus opiniones sobre la actualidad más reciente lo que quiero destacar, sino su creciente desapego de la política. Es un hombre a quien bien podría considerarse a caballo entre lo que era la Unión de Centro Democrático y la más sonrosada de las versiones de una socialdemocracia más «a la alemana» que a la francesa, por decirlo en términos esquemáticos. En su libro *Recuerdos, 40 años de servicio público*, Solbes no disimula sus crecientes discrepancias con la política económica de Zapatero, llevado por un afán, un tanto simplificador, de mejorar la condición de los más necesitados sin saber muy bien

cómo hacerlo, algo que sin duda al exvicepresidente le suena a alguna de las políticas que trataron de impulsar últimamente desde Unidas Podemos.

Se hace difícil pensar cómo alguien como Solbes, anclado en una ortodoxia económica sin demasiada imaginación, pero con mucho rigor y honestidad científica, pudo aguantar tanto tiempo en gobiernos con Jesús Caldera o Valeriano Gómez, que tenían que hacer frente a unas demandas sociales que, sin duda, el en el fondo apolítico Solbes no entendía bien. Ya con los debates sobre la revalorización del Salario Mínimo Interprofesional, mezclados con la controversia interna en el Consejo de Ministros sobre la mayor o menor simpatía ante la ambición del presidente de Sacyr, un personaje curioso llamado Luis del Rivero, por hacerse con el Banco Bilbao Vizcaya, Solbes confiesa que tuvo sus primeras tentaciones de dimitir, y eso que estamos hablando de la temprana fecha de 2005.

Luego seguirían otras varias ocasiones, hasta llegar al debate sobre los Presupuestos para 2008, que fue un factor importante en su decisión de retirarse tras las elecciones de ese año, lo que no hizo. Y siempre consideró, me dijo, que el no hacerlo había sido «un grave error personal». «En esos cuatro años se habían adoptado demasiadas decisiones que no se correspondían con lo que yo consideraba ortodoxia económica», dijo, refiriéndose a una época en la que mantuvo serias discrepancias con la vicepresidenta Teresa Fernández de la Vega y con los ministros Carme Chacón y Bernat Soria, que eran más bien «gastadores», en una época en la que aún predominaban, contra los pronósticos ya circulantes, las vacas gordas.

Pero, como ocurrió en 2004, Solbes se «dejó convencer» por Zapatero —seguro que, desde el otro lado, la versión diferirá— y se mantuvo al timón ante las elecciones de 2008. Incluso ayudó a ganar las elecciones, con un sonoro debate televisivo con el representante del Partido Popular, en el que hubo de asumir el papel de que «todo iba bien», contra el del expresidente de Endesa y coyuntural portavoz del Partido Popular, Manuel Pizarro, encargado de afirmar que «todo iba mal». Un viejo debate que se reproduce, cada vez que se tiene oportunidad, en las dos Españas. Tras las elecciones, que el PSOE ganó con ciertos apuros, Solbes hizo mutis por el foro, quizá algo empujado por La Moncloa. Curiosamente, me dijo que desde entonces el gobierno socialista no ha requerido su asesoramiento para caso alguno. Un desperdicio más.

Una crítica «desde la izquierda»

Según recuerda Antonio Gutiérrez, los Pactos de la Moncloa inauguraron el consenso político y social que allanó el camino hasta el referéndum constitucional de diciembre de 1978; es decir, cumplieron con el principal objetivo para todo demócrata: fortalecer aquella democracia débil que un año y medio antes estaba atenazada por una economía en crisis.

«Tristemente, se abandonó demasiado pronto el consenso que había sido la mejor aportación de los Pactos y se reprodujo la política de ajuste desde el primer decreto del gobierno de Felipe González ("decreto Boyer", febrero 1983). Redujeron la capacidad adquisitiva de salarios y pensiones; persistieron en la reestructuración industrial iniciada por el gobierno de UCD aumentada y corregida a peor, ya que no consistió en reconvertir sectores maduros y producciones obsoletas para los mercados del momento mediante reinversiones, I + D + i y red para la comercialización internacional de nuestra economía, sino en reducir a la baja la capacidad instalada de dichos sectores», escribe el exsindicalista.

El gobierno Zapatero, según el que fuera secretario general de Comisiones Obreras, mantuvo la misma orientación en política económica, aunque cogió el tramo más expansivo y aumentó el gasto social. No obstante, permaneció la regresividad fiscal y en consecuencia también fue negativa la redistribución de la renta. «El presidente Zapatero voceó otra sentencia vacua: "Bajar impuestos también es de izquierdas". Y siguió el patrón de las reformas fiscales de la derecha: reducir en mayor proporción la fiscalidad de las rentas más altas; blindar los artilugios usados por las grandes fortunas para la elusión fiscal, como las SICAV (sociedades de inversión de capital variable); enmarañar aún más el laberinto de subvenciones y exenciones fiscales en el impuesto de sociedades hasta dejar el tipo efectivo por debajo del 8 por ciento para las grandes empresas y multinacionales; exonerar al cien por cien impuestos como el del patrimonio, que tenía más valor para combatir el ocultamiento de rentas que por su monto recaudatorio».

Aún más falaces, para el crítico «desde la izquierda» Gutiérrez, fueron medidas como el «cheque bebé», igual para todas las madres, y la desgravación fiscal de 300 euros para todos los contribuyentes, independientemente de sus rentas en ambos casos. «Las dos medidas aludidas fueron ejemplos de populismo injusto, porque trataron igual a quienes eran desiguales, algo carísimo, puesto que costaron por encima de los doce mil millones de euros, e ineficaz, porque ni la una

sirvió para elevar la tasa de natalidad ni la otra potenció apreciablemente la demanda de consumo y menos aún la de inversión».

Personalmente, sospecho que tales medidas, más bien «populistas», tampoco gustaban demasiado al titular de Economía, el ortodoxo Pedro Solbes. Como igualmente no le hizo nada feliz aquel «Plan E», en teoría destinado a reactivar el empleo, y que llenó España de frontones, farolas, rotondas y pistas de pádel absolutamente innecesarios. Y muy caros.

Aquella, finales de 2008, fue una época más convulsa para el mundo en general y para España en particular por la gran recesión que estalló en el cuarto trimestre del año y fue también la etapa más errática del gobierno Zapatero. Lo primero que se le criticó fue su resistencia a reconocer que estábamos en crisis; sin embargo, en honor a la verdad, ese no fue ni su error en exclusiva ni el más grave.

Quienes sí se equivocaron fatalmente fueron el Banco Central Europeo, que en junio de 2008 elevó los tipos de interés para la eurozona diagnosticando un recalentamiento de la economía con el consiguiente peligro de inflación, y el Fondo Monetario Internacional, que pocas fechas después concluía en su informe de primavera que se había pasado una leve desaceleración y que a finales de año se volvería al crecimiento vigoroso… y llegó septiembre con el hundimiento de Lehman Brothers y la cascada de quiebras por las hipotecas basura que desencadenó la que se dijo que fue la mayor crisis mundial desde la Gran Depresión de 1929.

Lo más perjudicial fueron los vaivenes del gobierno después de haberse demorado en la adopción de las primeras medidas de choque. Prácticamente se perdió casi todo el ejercicio 2009 con el diseño y (des)coordinación del Plan E, dirigido a la promoción de obras e infraestructuras municipales con el objetivo de crear 200.000 empleos. Después de agotarse los plazos señalados por el gobierno para la presentación de los planes correspondientes por los ayuntamientos, resolvieron asignar los recursos con manga ancha y ojos vendados; obvio es recordar que se despilfarró gran parte de los dineros y si se crearon algunos puestos de trabajo fueron tan efímeros que no tuvieron apenas relevancia en la brutal destrucción de empleo registrada a finales de aquel año.

Las lágrimas de la ministra

«Pero a los electores —opina Gutiérrez— no debieron de seducirles mucho con las "políticas de bengala" que deslumbran por un instante cuando se lanzan al cielo… para dejarte a oscuras en cuanto se extingue su resplandor; y los resultados de las elecciones de marzo de 2008 lo corroboraron». Por cierto, que en aquella campaña electoral Zapatero llegó a decir que estaba pensando en nombrar a Antonio Gutiérrez ministro de Trabajo: «Le llamé rápidamente para rechazar esa hipótesis», me cuenta el exdirigente de Comisiones Obreras.

Después de una legislatura tan prolífica en leyes, densa en hitos para la historia de los derechos civiles, promotora de algunas nuevas prestaciones sociales como la de la «dependencia» e innumerables golpes de efecto y gozando todavía de los efluvios de la burbuja inmobiliaria en plena expansión económica, el PSOE subió solamente tres décimas y cinco diputados, mientras el PP, que no había hecho otra cosa que desestabilizar dentro y fuera del Parlamento, consiguió elevar su porcentaje de votos en un 3,1 por ciento y seis diputados más. El PSOE ganó las elecciones, sí, pero ya se venteaba el declive que llegaría imparable tres años después.

«No recuerdo la más mínima reflexión autocrítica en las filas socialistas», concluye el exsindicalista, entonces diputado cada vez más «por libre» en el Grupo Socialista. Pese a todo, la deuda pública española todavía era de las más bajas de la UE, pues se mantuvo por debajo del 60 por ciento hasta bien entrado 2010 y en consecuencia los ataques especulativos reflejados en la «prima de riesgo» tampoco eran (demasiado) alarmantes. Sin embargo, en los inicios de aquel verano de 2010, el secretario de Estado de Economía, José Manuel Campa, que asistió a un curso que yo dirigía en la Universidad Menéndez Pelayo, logró acongojarnos profundamente a cuantos le escuchamos al trazar una muy, pero muy, negra panorámica de lo que seguramente nos aguardaba.

Todos pendientes de la prima de riesgo como si fuese a acabarse el mundo, cosa que a veces parecía una realidad no tan remota. Y es que no muchas semanas antes, en la reunión del ECOFIN durante la madrugada del 9 al 10 de mayo, en el intervalo horario en el que aún permanecían cerradas las bolsas de Nueva York y Japón, se imponía el plan de recortes que exigía Alemania representada por su ministro de Finanzas, Wolfgang Schäuble. Lo hacía, a distintos países, por el imperioso motivo de que los bancos alemanes podían perder buena parte de su solvencia al haber especulado con la deuda griega mientras se desbocaba su déficit público (y se camuflaba, con el conocimiento de Alemania y las habilidades contables de Goldman Sachs) y por haber cebado las burbujas inmobiliarias, así en España

como en Irlanda.

A España le mandaron recortar quince mil millones y la ministra de Economía Elena Salgado, sucesora de Solbes, por toda respuesta rompió a llorar en mitad de la reunión (información recibida de primera mano por personas presentes en la reunión del ECOFIN y que le sería corroborada más tarde a Antonio Gutiérrez por el propio presidente Zapatero: «Sí, me llamó llorando sobre las tres de la madrugada para comunicarme que debíamos hacer ese recorte»).

Fue quizá entonces cuando Zapatero se nos acercó a Menéndez y a mí para decirnos aquello de que ahora sí que habíamos estado cerca del desastre. Tres días después, en la segunda semana de mayo de 2010, Zapatero protagonizaba la patética comparecencia parlamentaria citada, en la que el presidente anunció medidas sociales muy duras para los españoles, incluyendo una reforma laboral no muy diferente, por cierto, de la que puso en marcha dos años después Rajoy.

14

UNAS BUENAS LEYES SOCIALES

Para entonces, Pedro Solbes ya no estaba en el gobierno, desde luego. Se había marchado, «harto», dijo, antes de que la crisis estallase en toda su crudeza. Ciertamente, no había sido fácil esta gestión ministerial con la que ponía fin a su larga carrera como servidor público.

Luego llegó, de pronto, el «movimiento de los indignados», que, al grito de «si nos quitáis nuestros sueños, no os dejaremos dormir», invadió la Puerta del Sol y otras plazas europeas aquel 15 de mayo de 2011. Ni la clase política «instalada» ni, es la verdad, la «clase mediática», nos enteramos, generando un serio quebradero de cabeza tanto a los editorialistas como a las autoridades del Ministerio del Interior que comandaba Rubalcaba: ¿había que reprimir aquello a porrazos?

El desde octubre ya vicepresidente Rubalcaba y candidato a la cabeza de candidatura del PSOE, con Zapatero en total retirada —en abril había anunciado, ante el Comité Federal, que no optaría a la reelección—, sabía que no, que las porras estaban vetadas. La protesta tenía algo, bastante, de razón: una parte de la ciudadanía, y muchos eran bases o votantes del PSOE, o sus hijos, se lanzaba a la calle porque sus representantes no tenían soluciones a los problemas desatados, y ese no era el único problema, por la crisis.

Esa crisis que aquel verano de 2011 se hacía más patente que nunca, cuando el presidente de la Comisión Europea, el inteligente Durão Barroso, a quien había conocido tiempo atrás en una «cumbre» hispanoportuguesa, dirigió una carta a los primeros ministros de la UE advirtiendo de la gravedad de la situación. En un comunicado dramático, Durão Barroso llegó a especular sobre el riesgo cierto de una desaparición del euro, lo que significaba algo semejante al colapso

total.

Con «los indignados» nacía una nueva izquierda, pero casi nadie lo entendió en su momento. (Foto: Alberto di Lolli / *El Mundo*).

Durante algunos días nos lanzamos a hacer nuestro *Diariocrítico* desde la Puerta del Sol, en un intento de tomar contacto con quienes lo habíamos perdido: la gente. Pero el tren estaba pasando, había pasado, y lo cierto es que los periodistas habíamos olvidado, también, hablar con la gente. Estaba naciendo una nueva izquierda, pero ni la propia izquierda, ni menos aún la derecha, ni tampoco los medios de comunicación, nos estábamos enterando.

Me consta que recuperar la sintonía de la política con la calle había sido una de las obsesiones de Zapatero. Como alguna vez sugirió, uno de sus primeros impulsos al tomar posesión del poder fue «modernizar socialmente» el país, una cuestión en la que, estimaba, Felipe González se había quedado «estancado» —eran otros tiempos, reconoció—, para no hablar ya del «gobierno Aznar», que había puesto sus prioridades en muy otros terrenos.

Tenía razón el presidente: hoy, bastante entrados ya en los no sé si muy felices años veinte del siglo XXI, pero enfocados hacia el famoso

«horizonte 2030» que nos quieren definir desde fuera de nosotros mismos, contemplamos con normalidad pasos como el de la aprobación del matrimonio homosexual o las normas para una radical igualdad de sexos. Pero permítaseme recordar que todavía el primer gobierno de Felipe González, noviembre de 1982, compuesto por muy competentes profesionales y muy razonables políticos, no tenía ni una sola mujer. Y fueron solamente veintiuna las mujeres elegidas diputadas en las primeras elecciones democráticas de 1977. En las elecciones del 10 de noviembre de 2019, el porcentaje de mujeres electas fue del 44 por ciento.

Tampoco cabe desconocer que González, cuya principal virtud fue una «cautela creativa», apenas se planteó cosas como poner en su sitio la Historia que habían escrito, hasta entonces, los vencedores.

Existen tres leyes socialmente definitorias del «zapaterato». Tres avances que son dignos de elogio, aunque haya reparos que oponerles, para lo que nuevamente se aportan aquí las opiniones informadas de Antonio Gutiérrez, que fue, sin duda, el que mejor conoció «desde dentro», pero no precisamente desde el aplauso, estas realizaciones.

La primera fue la «ley de dependencia». Una regulación imprescindible en una España con al menos tres millones de discapacitados severos, en cuya Constitución (artículo 49) ni siquiera se había podido modificar el concepto de «disminuidos» (físicos, sensoriales y psíquicos) por el de «discapacitados». Una obsesión, esta mínima modificación semántica, en la que se empeñó, sin lograrlo, Zapatero, y cuya polémica aún subsistía en la primavera/verano de 2022, por increíble que pueda parecer. Lo cual explica ya de por sí las insuficiencias de la bien intencionada ley, analizada con el implacable microscopio de Antonio Gutiérrez: «La incongruencia entre leyes y política inducía mayores frustraciones cuanto mayor fuese la trascendencia de la ley en cuestión y por tanto las expectativas creadas».

«Es lo que ocurrió —piensa Gutiérrez—con la Ley de Dependencia (diciembre 2006), presentada como el "cuarto pilar de nuestro Estado de Bienestar Social". Una vez tramitada no quedaban bien definidas las competencias de las distintas administraciones; no se había negociado y acordado con las comunidades autónomas el desarrollo de la ley ni precisado los recursos necesarios, *etc.* Por estos cabos sueltos tan determinantes para el éxito o el fracaso de una nueva dimensión de las políticas públicas, la Dependencia se aplicó tarde y mal, con una disparidad extrema de criterios, de requisitos a reunir por los potenciales beneficiarios y en las cuantías de las prestaciones entre comunidades autónomas. La resultante de todo ello es que,

transcurridos casi tres lustros desde su aprobación, sea noticia sobre todo por las decenas de miles de personas que fallecen cada año sin haber llegado a disfrutar de las ayudas a las que habrían tenido derecho».

La segunda, sin duda la «ley estrella» de los dos mandatos de Zapatero, fue la ley del matrimonio homosexual, «que iba a costar al presidente la enemiga de muy importantes "poderes fácticos", señaladamente la Iglesia. Una ley tan relevante que incluso colocó a España en la vanguardia internacional por avanzar en derechos civiles, objeto de una feroz campaña encabezada por la jerarquía eclesiástica, que reunió en la calle bajo su santa ira a toda la derecha y a la extrema derecha política y social». Pero hoy, y no han pasado tantos años al fin y al cabo, la regulación del matrimonio igualitario entre personas del mismo sexo es algo plenamente normalizado en (casi) todos los ámbitos de la sociedad española, aunque no en bastantes países occidentales.

Franco ya no sigue ahí

En 1995, junto con Manuel Ángel Menéndez, publicamos un libro titulado *Lo que nos queda de Franco*. Habían pasado veinte años desde la muerte de quien fue apodado con el excesivo título de «el Generalísimo» y aún quedaban, constatábamos, muchas huellas, incluso en las calles, del dictador. El tercer intento de transformación profunda de la sociedad española durante el «zapaterato» fue la ley de Memoria Histórica. Zapatero era un admirador, lo decía siempre que tenía oportunidad, de la Segunda República, concebida, se supone, en términos de ética política, un poco «a lo Pettit». Me contaron que un día se lo dijo al rey Juan Carlos, con quien mantenía una bastante buena relación, y recibió una irónica respuesta: «Creo que no voy a estar de acuerdo».

La Ley de Memoria Histórica fue otro intento de superar una guerra civil que todavía mantenía encendidos algunos rescoldos, incluyendo la presencia del féretro de Franco en el Valle de los Caídos. Pero, sobre todo, parece que Zapatero, incluso por tradición familiar, era muy sensible a la injusticia de tantos fusilados tras la contienda en juicios sin la menor garantía, que acarreaban penas de muerte por el ejercicio anterior de derechos democráticos vigentes en cualquier país europeo. ¿Cuántos asesinatos «legales» se produjeron entre 1939 y 1943? Muchos miles, pero ni siquiera el magistrado Juan José del

Águila, que ha dedicado muchos años a investigar aquellos años vergonzosos, es capaz de ofrecer demasiadas precisiones: la memoria de los legajos fue concienzudamente destruida antes de que pudiese ser examinada por historiadores independientes.

Claro que, como señala Antonio Gutiérrez, «la memoria de un país no se legisla, se atesora enseñando su historia a cada generación con la mayor objetividad posible, sin ideologizarla (que es deformar la realidad para adaptarla a conveniencia), pero educando en los valores que de las experiencias históricas se desprendan para implementar en el futuro inmediato los progresos habidos y prevenirse contra la reproducción de los fracasos sociales; y el más trágico de todos ellos es una guerra civil».

«A la postre, tenemos otro caso en el que las expectativas generadas por la ley dieron paso a los sinsabores; porque contiene tantas ambigüedades y ha dejado tantas lagunas que ni las asociaciones no gubernamentales que ayudan en la búsqueda de los desaparecidos tienen el respaldo institucional ni la financiación básica para hacer su labor, ni los ayuntamientos pueden acometer el cambio del nombre de las calles y de la simbología fascista que permanece por casi todos los pueblos y ciudades sin dar algún traspié y encontrarse con el pescozón judicial correspondiente». La prueba de las deficiencias de la ley de 2007 es que ya se esté tramitando otra para sustituirla.

Y hay que reconocer que el gobierno de Pedro Sánchez trató de ir más lejos en el avance de una «Memoria Histórica» no sé muy bien por qué tan combatida desde las filas de una derecha que, al fin y al cabo, en el fondo también perdió, porque la perdimos todos, la guerra civil.

Quizá tanto en tiempos de Zapatero como en los de Sánchez haya faltado la necesaria voluntad de integración, de la misma manera que en la oposición conservadora faltó generosidad para no seguir apropiándose de una parte de la Historia. Pienso que un gesto tan simbólico como la salida de Franco del Valle de los Caídos —hoy reposa, en medio del casi olvido, en el cementerio de Mingorrubio, en El Pardo—fue, con todo lo que se quiera de gesto efectista del gobierno de Pedro Sánchez, un paso adelante en la superación de una herida demasiado enquistada en el cuerpo social español. Quizá fueron necesarios los esfuerzos combinados de los gobiernos de Zapatero y Sánchez para liberar —¿del todo? — a los españoles, piensen como piensen, de algunos fantasmas del pasado.

15

EL (MAL) FIN DEL «ZAPATERATO»

La segunda legislatura (2008-2011) del mandato de Zapatero fue una progresiva decadencia. Lo fundamental ya estaba hecho y las desavenencias internas en el gobierno (y en el partido) comenzaban a aflorar.

La marcha de Solbes puso al descubierto profundas cicatrices en la gestión de la economía, con el estallido de la crisis internacional y con Europa mirando muy atentamente cómo se estaban haciendo las cosas en una España cuyo presidente no hacía tanto, al fin y al cabo, se había atrevido a pronosticar que el país ibérico sobrepasaría en el PIB a Alemania en no mucho tiempo.

El desgaste era intenso, y no estoy seguro de que las relaciones entre el «plenipotenciario» Rubalcaba, ascendido a vicepresidente, y Zapatero fuesen ya las mejores a partir de 2010, un año antes de las elecciones. Resulta difícil sobrevivir al ejercicio del poder cuando este es intensamente renovador. Máxime si, encima, una crisis económica internacional pesa sobre unas estructuras económicas que se presentaban como pujantes y eran, por el contrario, débiles. La vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega, claramente amortizada —«todavía suma más que resta», dijo ZP en una reunión en la que le propusieron su revelo—, chocaba ya, entre otros, con Rubalcaba, que, a su vez, se fortalecía en el gobierno con nombramientos acertados, como el de Ramón Jáuregui o, en el partido, con la ya citada Elena Valenciano, una política que ejerció, por su independencia, una gran influencia sobre Rubalcaba.

Zapatero no había tenido, como Felipe González, graves quiebras internas en la estructura de poder; no había tenido que afrontar fraccionamientos como los que enemistaron a «guerristas» y «renovadores»: de hecho, no había tenido a «su» Alfonso Guerra, como

tampoco había tenido a alguien semejante a Nicolás Redondo, hostigando cada uno de sus pasos en materia sociolaboral. Ni en el seno del Comité Federal se habían producido los tremendos enfrentamientos con los «solchaguistas» que conocieron los tiempos de González. De hecho, como comenta Juan Manuel Eguiagaray, «con Zapatero, el debate en el Comité Federal dejó de existir».

En términos generales, se diría que, hasta que comienza en 2010 el inexorable declive, Zapatero mantiene las estructuras del PSOE y del gobierno básicamente inalteradas. Cierto que Solbes se había marchado, cansado, dos años antes; cierto también que las desavenencias entre la vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega y Rubalcaba se habían agravado hasta el punto de que ella les culpase, a él y, como derivado, a José Enrique Serrano, de su salida del gobierno, en octubre de 2010, cuando ZP llevó a cabo su última crisis gubernamental.

Pero, aunque entre Zapatero y Rubalcaba las cosas no eran como en sus mejores momentos, ello de ninguna manera podría traducirse como una segunda edición de los conflictos de tiempos anteriores entre González y Guerra. El ascenso de Carme Chacón a Defensa, desde donde su figura política quedó sustancialmente potenciada, fue un elemento más a añadir a la decreciente sintonía en el Consejo de Ministros.

Cuando, por múltiples razones, Zapatero perdió su cercanía con Rubalcaba, a quien sin embargo entronizó como su sucesor, acabó automáticamente el «zapaterato»: ya hemos dicho que siempre que un presidente del Gobierno pierde la confianza o el apoyo de su «número dos» comienza el declive. Empezaba, una vez más, una nueva era, con Zapatero en retirada, con el PP, de la mano de Rajoy, escalando puestos inexorablemente en las encuestas y con la realidad de un país que, básicamente, no creía ya en un Zapatero que pronto anunciaría *urbi et orbi* que tiraba la toalla.

Elena Valenciano se convirtió en la «número dos» de hecho en el PSOE. (Foto: Getty Images).

Nunca estuvo, por lo demás, en sus planes permanecer más de ocho años en el poder, y así lo había dicho en privado desde el mismo momento de su llegada a La Moncloa. Solo Alfredo Pérez Rubalcaba se perfilaba como posible relevo al presidente y secretario general que todos sabían que se marchaba de forma irreversible. ZP lo anunció formalmente el 2 de abril de 2011, en una reunión del Comité Federal.

Y no se puede decir que sorprendiese a nadie: su época se había agotado ya.

Todo dependía, entonces, de Rubalcaba. Del, déjenme decirlo, peor Rubalcaba. Porque allí, en aquel momento, comenzó lo que incluso los más afectos al político cántabro llaman una «desdichada lucha» por la sucesión al frente del partido y, quién sabía, tal vez también al frente del gobierno, cosa que ya, en aquellos momentos, parecía altamente improbable.

El «factor Chacón»

En el duelo, lamentable, destructivo, entre Rubalcaba y Carme Chacón, que estuvo cerca de hacer añicos el partido, concurrían muchos factores. Es triste que cronistas e historiadores obvien, intencionadamente, el factor personal: así ocurre, desde perspectivas hagiográficas opuestas, con los libros *Chacón, la mujer que pudo gobernar,* de Joana Bonet, o *Rubalcaba, un político de verdad*, de Antonio Caño. No era una lucha por motivos políticos lo que enfrentó a ambos en la despiadada, incluso poco elegante a veces, batalla por la sucesión de Zapatero, quien insistió en todo momento, sin lograrlo siempre, en mantener lo que él proclamaba como una estricta neutralidad.

Entre Chacón y Rubalcaba hubo diversos momentos, que definitivamente estallaron cuando la política catalana se casó (2007, para divorciarse nueve años después) con Miguel Barroso, el sempiterno asesor de presidentes y presidenciables, una suerte de *lobbista* del poder que encandiló a Maravall, a Rubalcaba —mientras duró—, a Zapatero, a Javier de Paz —mucho más influyente y poderoso siempre de lo que han mostrado las crónicas al uso— y, sospecho, ahora al propio Sánchez.

Dice el exdirector de *El País* Antonio Caño, en su libro sobre Rubalcaba, que Barroso se convirtió con Zapatero, con quien fue secretario de Estado de Comunicación, en algo semejante a Iván Redondo con Sánchez. El intento de puesta en pie de un grupo mediático afín, de la mano de Barroso, fue uno de los grandes dislates de un Zapatero que había renunciado, contra lo que hicieron sus predecesores —y algún sucesor, como Rajoy. O como Pablo Iglesias, de la mano de Pedro Sánchez—, a «meter mano» en Televisión Española y en otros medios públicos de comunicación, como la agencia Efe.

Cierto que Rubalcaba iba a ganar a Chacón dos veces: cuando compitió por convertirse en secretario general del partido, en el 38º congreso, y ante la oportunidad de ser el candidato a la Presidencia del Gobierno, en las elecciones del 20-N de 2011, unos comicios en los que el PSOE pos-Zapatero partía como aspirante casi seguro al batacazo.

En algún momento comenté a Rubalcaba, a quien apreciaba no poco en sus muchas cualidades, acerca de la inconveniencia de mezclar cuestiones personales con la política, que era, en el fondo, su gran y quizá única pasión. Obviamente, para nada apreció mi «intromisión», ocurrida después de que algunos colegas extranjeros me afeasen que «los periodistas españoles» no éramos capaces de denunciar la confusión en la vida pública con cuestiones personales «relevantes» y que, por tanto, no se quedaban en eso: en algo meramente personal.

Es esta una cuestión delicada, y duele traerla aquí, porque ambos personajes —aunque a Chacón la conocí poco— eran muy apreciables. Pero de ninguna manera podría silenciarse a la hora de narrar los que fueron algunos de los momentos más angustiosos de los últimos años en la trayectoria de una de las formaciones españolas con capacidad de ejercer el gobierno.

Al final, algunas presiones —¿directamente de Zapatero?— surtieron efecto, y Carme Chacón, que se mantuvo como ministra de Defensa hasta diciembre de 2011, cuando fue relevada por el «popular» Pedro Morenés, se retiró voluntariamente de la contienda por la candidatura ante las elecciones inminentes. Se apartaba de la segura derrota electoral, pero no de la lucha por la secretaría general del partido. Un conflicto intestino mientras la sociedad estallaba en manifestaciones de «indignados» y en ansias de cambio. Estaba naciendo una nueva izquierda y los responsables del partido que entonces aún gobernaba ya digo que no se enteraron.

En estas circunstancias, algunos podrían haber pensado que Rubalcaba representaba «lo viejo», el PSOE de siempre, con sus mañas y apaños, mientras Chacón encarnaba lo joven, los nuevos tiempos. Tampoco era, todo incluido, exactamente así. Insisto en que para nada representaban ofertas muy distintas, por mucho que se pretendiese plantearlo de esta forma. Seguramente, si Chacón dejó el paso franco a Rubalcaba para que concurriese a la Presidencia del Gobierno, fue porque ella y quienes la asesoraban entendieron que esa era una batalla perdida y ganada por Rajoy, como así fue en las elecciones de 2011.

Cierto que Chacón era, de alguna manera, la creación atractiva de

Rubalcaba, en los mejores momentos de su relación, y también de Zapatero, que sí apostaba, hasta donde pudo hacerlo, por una cierta renovación. Pero no menos cierto era que Carme Chacón encarnaba muchos de los defectos del «carrerismo» en el aparato del partido. Además, no eran pocos los que veían en Chacón a una representante del Partido de los Socialistas Catalanes, alguien que no era «pura raza» del PSOE «de siempre».

Así que el 9 de julio de aquel año 2011, en el que tantas cosas sucedieron en España y en Europa, Rubalcaba pronunciaba su discurso de aceptación de la candidatura hacia la segura derrota. Así lo reconoció Elena Valenciano, que entonces fue la jefa de la campaña socialista, en el encuentro que mantuvimos en 2021 en Denia, donde quien fue una de las personas más fieles a Rubalcaba reside actualmente. Fue una campaña angustiosa, en la que Zapatero, aun gobernando como un «pato cojo», es decir, que todos sabían que consumía sus últimas horas en La Moncloa, tuvo, no obstante, que gobernar. Y lo hizo, en buena parte, muy en contacto con Mariano Rajoy, un líder «blando» de la oposición, con quien incluso el presidente socialista pactó nada menos que la mentada reforma constitucional, la única de calado registrada hasta entonces —y hasta ahora—, la del artículo 135 de la Constitución. La reforma corría prisa, había que hacerla en el periodo vacacional de agosto, porque las Cortes iban a quedar legalmente disueltas el 27 de septiembre, para dar paso a aquellas elecciones del 20 de noviembre de 2011.

Esa reforma, pactada con Rajoy en pleno mes de agosto y con una buena dosis de opacidad y «nocturnidad», fue, señalan todos, lo que marcó el punto álgido de las tensiones que se habían ido acumulando en la cierta «bicefalia» reinante ya en el PSOE entre Rubalcaba y Zapatero.

Cierto que la reforma del artículo 135 de la Constitución, que consagraba el principio necesario de la estabilidad presupuestaria, venía dictada por las exigencias de la Unión Europea, de manera muy específica Alemania, para poner orden en la economía española. Pero no era menos cierto que la reforma se gestionó de espaldas al PSOE y al Grupo Parlamentario Socialista, en lo que muchos consideraron que era un «favor anticipado» a la futura gobernación del Partido Popular. Una reforma, dice José Enrique Serrano, «que nos libró del rescate», de los temidos «hombres de negro» enviados por la UE a Grecia, el ejemplo a nunca imitar (entonces).

El a la sazón presidente del Banco Central Europeo, Jean-Claude Trichet, había dejado poco margen a las dudas. La exigencia de reformas fiscales y laborales al gobierno español era perentoria. Quizá,

dicen hoy incluso los analistas más críticos, no quedó otro remedio que propiciar aquella reforma, tan atacada luego incluso por Pedro Sánchez, que, sin embargo, la votó a favor, como el resto del Grupo Socialista (menos Antonio Gutiérrez y algún otro). Y el acuerdo entre Zapatero y Rajoy fue, entonces, «patriótico», como dijeron entonces algunos «zapateristas».

A Zapatero hay que achacarle que no fue lo suficientemente transparente incluso con los suyos: de hecho, consta que el propio portavoz del Grupo Parlamentario Socialista, José Antonio Alonso, el «compañero de pupitre» de Zapatero, no se enteró hasta esa misma mañana de lo que tendría que defender en el atril del hemiciclo poco después, una estabilidad presupuestaria que no estaba en la agenda de las actuaciones del gobierno en ningún momento. La reforma del artículo 135, que pasó con muy poca oposición en el Congreso, se convirtió, no obstante, en un mantra para la izquierda en los meses siguientes. El propio PSOE, cuando estaba dirigido por Pedro Sánchez, propuso verbalmente la reforma de la reforma de la Constitución, pero sin llegar, a la hora de plasmar la realidad, ni un paso más lejos.

Una bicefalia «de facto»

Zapatero gobernaba, por un lado, tomando medidas «impopulares» como el aumento de la edad de jubilación, y Rubalcaba, el vicepresidente que era a la vez el candidato y, en paralelo, el palo que sostenía en pie, con José Blanco y Valenciano, el partido, actuaba por el suyo. Tuvo incluso la oportunidad de poner en marcha una Conferencia Política (del 30 de septiembre al 2 de octubre) que quería ser un reclamo, que sacó a la luz un documento de más de cien páginas que casi nadie se molestó en leer —y eso que incorporaba algunos párrafos interesantes— y que tuvo una muy limitada difusión: el PSOE ya no estaba de moda.

Era obvio que las elecciones del 20 de noviembre de 2011 iban a ser un desastre para los socialistas, y lo fueron. El PSOE se quedaba con 110 diputados, a una considerable distancia del PP, que lograba una mayoría absoluta con 186 escaños. Los analistas del PSOE no contemplaron entonces suficientemente el potencial ascenso de una izquierda que aún no se había consolidado. Rubalcaba no se engañó: el PSOE había perdido clamorosamente las elecciones porque había perdido sintonía con los ciudadanos. Seguramente, aquella noche se sintió tentado con presentar la dimisión. No lo haría hasta varios

agónicos meses después.

¿Por qué aguantó tanto Rubalcaba, un animal político que intuía lo que le esperaba? ¿Por qué se aventuró (en un principio) a concurrir a las primarias para la secretaría general frente a Carme Chacón? Algunos ofrecen una respuesta contundente: para que no fuera Carme Chacón y, por tanto, de alguna manera Barroso, quien dirigiera el partido, su querido partido. Había algo, también, de *vendetta*, de frustración personal, de revancha. Factores todos ellos muy negativos en la construcción de un futuro político.

A comienzos de enero de 2012, Carme Chacón presentaba su candidatura a la secretaría general del PSOE. Era el de esos momentos un PSOE diferente, luego calificado como «podemizado» —aunque Podemos aún no existía— por militantes que sabían lo que decían, como Óscar López o Juan Moscoso, el hijo de quien fuera ministro de la Presidencia y fiscal general del Estado en tiempos de Felipe González, el hombre a quien este envió a negociar con ETA.

Fue sin duda relevante el hecho de que el presidente del partido, José Antonio Griñán, entonces presidente de la Junta de Andalucía, de la que tendría que dimitir no mucho después por el «caso ERE», apoyase sin reservas a Chacón. Lo mismo que la entonces secretaria de Organización del PS Andaluz, Susana Díaz.

El PSOE estaba partido en dos, «rubalcabistas» y «chaconistas». La poderosa influencia de *El País* se inclinaba hacia los primeros, y tuvo mucha repercusión un artículo, publicado en el periódico de Prisa por el redactor Luis Gómez, que, bajo el título de «Chacón & compañía», se empeñaba en presentar a la catalana como representante de un oscuro clan de influencias encabezado por su marido, Miguel Barroso, y por Javier de Paz.

Muchos, incluso entre los afectos al cántabro, entendieron que el artículo, que provocó una enorme polémica, estaba directamente inspirado por el alto mando del periódico fundado por Polanco y durante tantos años dirigido por el «felipista» (y, por tanto, también «rubalcabista») Cebrián.

Mi experiencia propia de más de siete años en ese periódico no me hace estar tan seguro de ello, por más que haya de repetir una vez más que *El País* y el PSOE han entrelazado, y a veces contrapuesto, su historia en no pocas ocasiones, No hay más que ver que Barroso, entonces el villano de la obra, es hoy el héroe desde su influencia en el consejo de administración del rotativo. O que Sánchez, mortalmente enfrentado con el periódico cuando fue defenestrado de Ferraz, se ha convertido en una figura ardorosamente defendida por *El País*, al menos cuando este libro estaba concluyéndose.

Pero, pese al poderoso apoyo del diario de la calle Julián Camarillo y del entramado mediático de Prisa, Rubalcaba se fue quedando progresivamente solo. Apenas le quedaba un puñado de fieles, encabezado por Elena Valenciano, con Antonio Hernando, Javier Fernández, Guillermo Fernández Vara, Óscar López, Juan Moscoso y alguno más que estaban dispuestos a ir hasta el final en el «gran duelo». Ni siquiera estoy seguro de que Zapatero apoyase a fondo la opción de Rubalcaba; más bien, pese a su proclamada neutralidad, no: aún pesaba sobre él su proximidad a Miguel Barroso, cuya sombra seguía siendo alargada en el acontecer del partido. Puede que Felipe González, siempre extremadamente prudente a la hora de inclinarse hacia un lado de la balanza, sintiese mayor simpatía por la causa «rubalcabista» que por la «carmenista». En suma, otro fraccionamiento fratricida en el partido de Pablo Iglesias Posse.

El 38º congreso del Partido Socialista Obrero Español se celebró entre los días 3 y 5 de febrero de 2012, bajo el peso de la derrota electoral, con Zapatero ya alejado de la primera línea de decisión socialista, sin que demasiados pareciesen sentir la nostalgia de su lejanía. Y con Rubalcaba y Chacón enfrentados «a muerte», como me comentó entonces, «con inmenso dolor», un miembro de la Ejecutiva saliente.

No estaba nada claro quién podría salir vencedor de aquella confrontación insensata, pasional. Los medios de comunicación, sometidos a presiones casi sin precedentes —los dos bandos tradicionales, aglutinados por unos o por otros, se dividieron como nunca desde los mediados años noventa—, parecían desconcertados, pero fieles a su señor, y pienso que no se enteraron de los motivos que dividían, en realidad, a uno y otro contrincante. Todavía hoy no se admiten oficialmente las auténticas razones de aquella batalla.

Al final, ganó Rubalcaba por exactamente la misma razón por la que, doce años antes, Zapatero había ganado a Bono: porque Alfonso Guerra apoyó su candidatura, mostrando que el «guerrismo» aún seguía teniendo una cierta influencia en el partido. Me contó Valenciano que ella acudió a pedir el apoyo para Rubalcaba a quien había sido el «número dos» del PSOE y del gobierno durante una década. Y Guerra emitió su sentencia: iba a votar a Rubalcaba porque era el representante del PSOE, y Chacón lo era del PSC, un partido —si es que eso era— por el que, por lo que significaba de centrifuguismo catalán, Guerra no había sentido jamás la menor simpatía.

Y, pese al voto en contra de la mayor parte de Andalucía, con Griñán —designado, porque no había otro, presidente del partido— y Susana Díaz a la cabeza, Rubalcaba ganó. Por apenas 22 votos. Su

derrota hubiese supuesto, seguramente, el estallido del partido, que se salvó, de nuevo, por los pelos. Pero habían sido Rubalcaba y Chacón, cada uno por su lado, y sus respectivos apoyos, quienes pusieron al PSOE en esa complicada tesitura. Ellos, casi en exclusiva. Sus seguidores no habían hecho otra cosa que actuar por fidelidades o por rivalidades. Y, a veces, por ignorancia de los verdaderos móviles de la confrontación.

Elena Valenciano, una mujer combativa, de sólidos principios, que mantuvo en todas las circunstancias su lealtad a Rubalcaba, se convirtió en la «número dos» del partido. Le quedaban algunos duros tragos por pasar.

La exigencia de que el partido celebrase unas primarias para dilucidar quién debía ocupar la secretaría general en ese marco desastroso vino a agravar la mala salud del PSOE enfermo. Fue el propio presidente del partido, Griñán, quien primero lanzó la piedra al turbulento estanque socialista: era preciso celebrar unas elecciones internas, para, dijo el (aún) presidente de la Junta de Andalucía, ver quién debía dirigir el partido, que en esos momentos parecía algo acéfalo. O bicéfalo, quién sabe. O átono.

En ese marco, la nueva Conferencia Política de noviembre de 2013 iba a resultar un paso más hacia la atonía. Aunque en esa Conferencia se estrenaba —nadie reparó entonces en ello, desde luego — un hombre bastante nuevo en la política, Pedro Sánchez, que iba a recorrer las agrupaciones «difundiendo», como decíamos en la primera parte, la ponencia económica.

Muchos no entendieron que Rubalcaba no formalizase allí mismo su dimisión como responsable del partido. Todos sabíamos, o intuíamos, que quería retirarse, que no estaba dispuesto a concurrir a unas primarias frente a Chacón. De hecho, a muchos nos informaron de que había amenazado con presentar una inmediata renuncia si esas elecciones llegaban a convocarse.

Rubalcaba estaba cansado, el partido tenía no pocos boquetes bajo el casco. Lo demás fue la crónica de una marcha anunciada. Tras las elecciones europeas de mayo de 2014, en las que el PSOE, con una buena candidatura encabezada por Elena Valenciano y Ramón Jáuregui, perdió por menos de 400.000 votos frente al Partido Popular, Alfredo Pérez Rubalcaba anunció por fin su intención de dimitir. Aquella misma noche del 25 de mayo de 2014 lo hizo. Atrás quedaba otra era, otra etapa, del Partido Socialista Obrero Español. Un mes después dejaba su acta como diputado en el Congreso, en una emotiva despedida en la que fue aplaudido por todos los grupos parlamentarios.

Carme Chacón, que anheló llegar a ser la primera mujer en presidir el Gobierno de España, dejó su cargo en la Ejecutiva del PSOE en octubre de 2016. Cinco meses después fue hallada muerta en su domicilio en Madrid a causa de una cardiopatía. Tenía cuarenta y seis años. Rubalcaba, retirado desde hacía cinco años a sus clases de Química orgánica en la Universidad Complutense, murió, también súbitamente, en mayo de 2019, a los sesenta y ocho años.

«El PSOE apoya la monarquía»

Rubalcaba, ya antes se apuntaba, era más un hombre de acción que de disquisiciones teóricas. Pero ello no obsta para que no viese con claridad la necesidad de superar algunas de las serias indefiniciones programáticas casi inherentes a su partido.

No estoy seguro de que el actual PSOE haya valorado del todo la herencia política dejada por Rubalcaba, pero tampoco creo que la haya desaprovechado del todo. Ni que esa herencia sea unívoca. Obsesionado como estaba, como tantos otros grandes políticos antes que él, por la indefinición territorial de España, trató de imponer los principios de la «declaración de Granada», impulsada por el consejo territorial del partido, cuatro meses antes de la Conferencia Política de 2013.

Pero en la «cumbre de la Alhambra» no se solucionaron las principales indefiniciones que el partido arrastraba casi desde que los «renovadores», con Felipe González a la cabeza, se hicieron con la dirección del PSOE. Al final, el texto de la «declaración» no incluía ni el «derecho a decidir» reclamado por el PSC, ni la federalización, ni la apelación al Estado plurinacional, que también exigían los catalanes. También hubo polémica en torno al apoyo del Partido Socialista a la monarquía.

Hubo de ser el propio Rubalcaba quien encargase a Ramón Jáuregui, que era su hombre de confianza para las cuestiones delicadas, un texto alternativo a la enmienda presentada en la Conferencia Política del PSOE de 2013 por Odón Elorza, exalcalde de San Sebastián y figura que ya hemos dicho que siempre «va por libre», y Pere Navarro, entonces secretario general del Partit dels Socialistes de Catalunya. En esa enmienda se pedía que el PSOE se pronunciase oficialmente a favor de la república como forma de Estado.

Jáuregui pudo imponer un texto admitiendo las aportaciones de la corona a la consolidación democrática en España, aunque, a la vez,

se reconocía la «raíz republicana» del partido. Una raíz que Rubalcaba nunca negó, pero que trató de matizar: «Los socialistas seguimos sin ocultar nuestra preferencia republicana, pero nos seguimos sintiendo compatibles con la monarquía parlamentaria», había declarado, coincidiendo con los difíciles momentos en los que el rey Juan Carlos fue sorprendido, a raíz de un accidente, cazando en Botsuana junto a la «aventurera» Corinna.

El caso es que tanto Felipe González como Zapatero y, por fin, Pedro Sánchez, han logrado poner sordina a las protestas republicanas de las bases socialistas. Claro que ni el descubrimiento de algunas lamentables actividades de don Juan Carlos durante su reinado ni las presiones de los coaligados de Unidas Podemos, no solo denunciando estas actividades, sino contra la propia pervivencia de la corona, han hecho fácil el apoyo que Pedro Sánchez ha prestado siempre al menos a la figura de Felipe VI, ya que no a la de su padre. «Es que Felipe VI es quien en realidad salva la monarquía a la que su padre ha estado a punto de mandar a pique», señaló alguien muy cercano a Sánchez tras el «terremoto en la corona» acaecido en 2020.

Comentaba en la primera parte que, cuando le trasladé, en un encuentro en la Generalitat valenciana, mi impresión de que Pedro Sánchez, dijese lo que dijese algún medio de la oposición, estaba sosteniendo el andamiaje de la monarquía —coincidíamos en las jornadas del 40º congreso del PSOE—, Ximo Puig respondió, tajante: «Es que el PSOE siempre ha sostenido a la monarquía». Bueno, no deja de ser una contradicción respecto de lo que eran los principios fundacionales del partido, allá por finales del siglo XIX, pero la verdad es que mucha agua, y varios reyes, han pasado bajo los puentes desde entonces.

Al PSOE, en general, debe reconocérsele una gran lealtad hacia la corona, independientemente de que su alma sea más o menos republicana y signifique eso lo que signifique. Zapatero había mantenido una relación muy correcta con el rey, mucho más afable, por supuesto, que la adusta de Aznar, un carácter por completo opuesto al del «campechano» monarca. Cosa muy distinta era lo que a los presidentes del Gobierno les pareciesen algunas actitudes y comportamientos del jefe del Estado, que ellos bien conocían —quizá no hasta algunos extremos— y que todos ellos toleraron mirando hacia otro lado.

O no tanto, como ocurrió en mayo de 2022, cuando el emérito regresó de su peculiar «exilio» —no era tal, pero lo parecía— en Abu Dabi para participar en unas regatas en Sanxenxo: mientras una parte del Gobierno le pedía explicaciones públicas sobre sus actividades

económicas, otra, representada por Unidas Podemos, llegaba a llamar «ladrón» a quien había ostentado la jefatura del Estado español durante cuarenta años. Fueron aquellos cuatro días —luego, don Juan Carlos retornó a los Emiratos Árabes— altamente difíciles para la monarquía encarnada por el hijo de Juan Carlos I, a la fuerza salpicado por las actividades de su padre.

Nosotros, los cómplices

Adolfo Suárez fue, en ese sentido, también cómplice de Juan Carlos de Borbón, con quien compartió muchas, demasiadas, cosas secretas. González igualmente toleró cosas que, vistas a la luz de la historia, no debió tolerar. Pero lo mismo hicimos —y lo confesaba en mi libro *La ruptura*— bastantes periodistas, que habíamos sido advertidos de una parte de lo que ocurría por el entonces jefe de la Casa, el general Sabino Fernández Campo, sin que nos atreviésemos, o pudiésemos, publicar algunas cosas de las que nos íbamos enterando, aunque sin tener demasiadas pruebas en nuestras manos, también es verdad.

En cuanto a Rajoy, el hombre impasible, vivió con flema un acontecimiento tan importante como la abdicación de Juan Carlos I en junio de 2014: la pilotó bien y la operación, milimetrada por varios cerebros políticos, cumplió lo que se había propuesto.

Ambos, Rajoy y Rubalcaba, estaban en el secreto de lo que pensaba hacer el rey —desgastado, enfermo y desprestigiado, no le quedaba otro remedio—. Ambos, entiendo, se comportaron con una gran altura de miras, atendiendo a lo que ellos consideraban que era el interés de la nación, y no de su partido. Y, hasta cierto punto, también hay que reconocerle a Juan Carlos I una grandeza a la hora de su abdicación, por más que en ella se mezclaron diversos factores: sus incapacidades físicas —estuve en la Pascua militar de 2014, un patético espectáculo a cargo del monarca— y sus deseos de escapar de la jaula de oro para emprender un imposible vuelo romántico, o lo que él creía como tal. Tremendo, en todo caso.

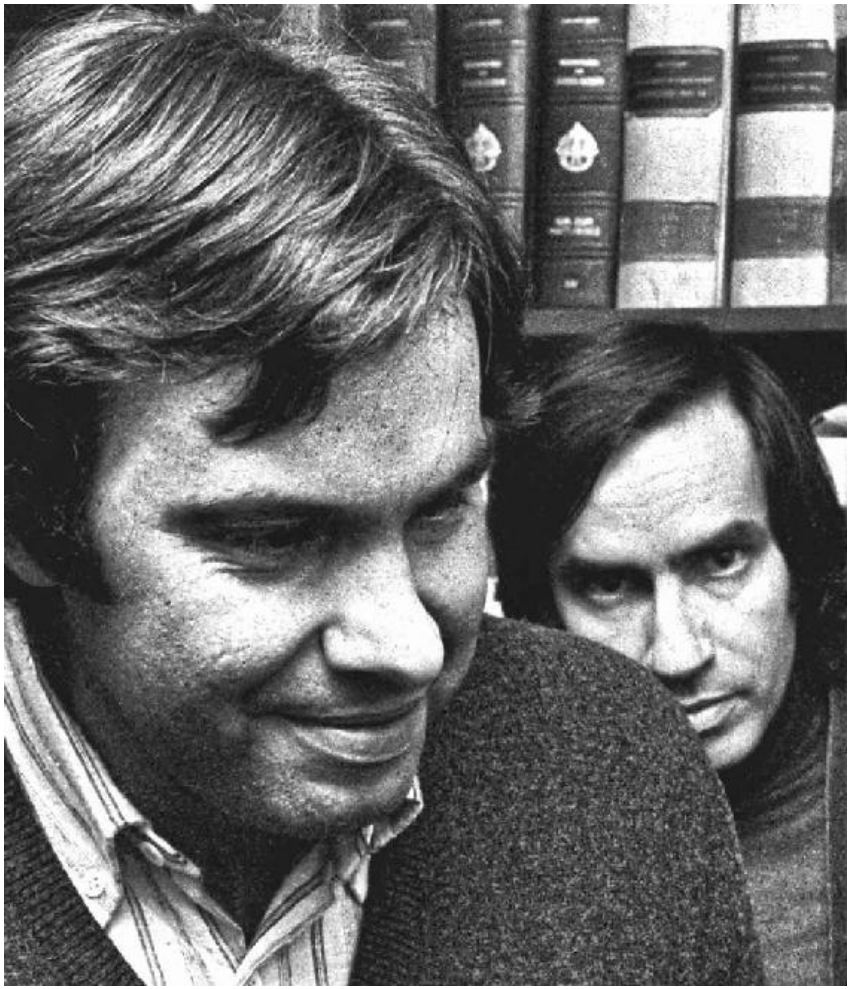
Y, al final, no. Zapatero seguramente no ha sido el mejor expresidente del Gobierno en la historia de nuestro país. Aunque tampoco ha sido el peor presidente. El mejor expresidente es, a mi juicio, Felipe González, con todos sus claros y todos sus oscuros, que de todo hay. El peor… prefiero que juzgue el lector cuando llegue a la última página de este libro.

Pero ahora vamos con el, a mi juicio, mejor expresidente. El

hombre que cambió, con ritmo increíblemente tranquilo, España. El hombre que estaba en la foto del Palace. Allí empezó todo esto que estamos narrando. La leyenda y la contraleyenda. Lo mejor y quizá también algo de lo menos bueno. O de lo más malo, al menos a juicio de algunos, como el periodista-que-tanto-poder-tuvo-en-una-época.

LIBRO TERCERO

CASI TODO LO BUENO Y CASI TODO LO MALO DEL LLAMADO «FELIPISMO»



(Foto: Pablo Juliá, Madrid).

El periodista que quiso tener el control del mundo… y de El Mundo

«El felipismo fue una fase vergonzosa de nuestra democracia», dijo él.

2 de noviembre de 2021

El periodista-que-lo-fue-casi-todo en una época está allí, en el estrado, sentado junto a otros dos periodistas que también lo fueron casi todo: ordenaban acontecimientos, imponían voluntades. Los tres habían sido rivales, enemigos, adversarios. Habían contribuido quizá a dividir a la sociedad en dos partes dentro de las dos Españas. Pero habían, a la vez, desvelado muchos secretos, haciendo bueno el dicho del lord Northcliffe: «Noticia es todo aquello que alguien no quiere que se publique; el resto es publicidad».

Ahora, al menos, allí estaban juntos, sentados en unos parecía que no muy cómodos sillones en un estrado para que los que allí habíamos acudido, llenando la sala dentro de las cautelas de aforo dictadas por la Covid, pudiésemos verlos y escucharlos sin dificultades. No era, al fin y al cabo, tan frecuente ver juntos a quienes ocuparon más de dos décadas elaborando, peleados o aliados con el gobierno de turno y entre ellos, la información que recibían los españoles.

Lo había dicho un gran amigo, que de comunicación lo había reflexionado casi todo: buena parte de la culpa de que, en muchos aspectos, estemos como estamos la han tenido los medios de comunicación. Que de guerras de poder supieron casi tanto como los políticos. O como los grandes empresarios del Ibex.

Seguramente, esa visión no es para nada incierta, aunque necesita complementarse con el aprecio que muchas actitudes heroicas, muchas investigaciones meritorias, muchas revelaciones comprometidas y hasta con riesgo, han marcado esta y posteriores etapas. Pero eso no obsta para que el periodismo español necesite una clamorosa autocrítica. Y algunas ambiciones de poder y egos excesivos de periodistas notorios de la época sin duda, hay que decirlo, la precisan.

El periodista-que-lo-fue-casi-todo en una etapa ha de comentar aquella tarde

de noviembre de 2021, junto a los otros, el libro que se presenta, *El jefe de los espías*, con las memorias de Emilio Alonso Manglano, quien fue director del CESID desde poco después de la intentona golpista del 23 de febrero de 1981 hasta poco antes de la caída de Felipe González a manos de José María Aznar, en 1996. Es decir, toda la etapa del «felipismo». Que era un término que el-periodista-que-lo-fue-casi-todo-en-una-etapa decía haber inventado, aunque uno tenga sus dudas al respecto. En todo caso, uno lo utiliza, pero no necesariamente, no siempre, con el sentido peyorativo que su sedicente inventor lo emplea.

El libro que se presentaba, elaborado por dos excelentes periodistas como Juan Fernández Miranda y Javier Chicote, ambos de *ABC* —en cuya sede se celebraba la presentación—, no tiene desperdicio. Los servicios de inteligencia, ya se sabe, bordean siempre las líneas rojas. O, como me dijo el general José Antonio Sáenz de Santamaría, nombrado director general de la Guardia Civil por Felipe González un año después de su acceso al poder, que de eso sabía mucho: «Los que nos dedicamos a garantizar la seguridad de los ciudadanos nos tenemos que mover muchas veces en el filo de la navaja». Nunca olvidé esa frase, que resumía muchas cosas que ocurren y que no sabemos explicar por qué ocurren.

El libro de Manglano tenía mucho que ver con eso de moverse en el filo de la navaja. Fueron muchos años de lucha contra el terrorismo de ETA, contra otras formas de terrorismo, contra agresiones exteriores… y con eso quizá se puedan tapar algunas irregularidades, vamos a llamarlo así. Pero había demasiados pasajes que claramente no justificaban ciertas actuaciones del servicio de «los espías». Ni de otros, también reflejados en el libro.

Y muchos de esos pasajes se referían a actividades del llamado rey emérito, Juan Carlos I, que durante casi cuarenta años había sido jefe del Estado español y que, en ese momento, comienzos de noviembre de 2021, cuando se presentaba el libro, llevaba ya un año y tres meses en una especie de exilio —ya sé que no era eso, insisto, pero lo parecía— en Abu Dabi, tras la revelación pública de muchas cosas que, ciertamente, eran sonrojantes para quien había ejercido la jefatura del Estado. Y, sobre todo, bastante comprometedoras para el futuro de la corona y la estabilidad de su hijo, Felipe VI, en el trono.

Quizá, cuando el rey Felipe y el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, en aquella «cumbre» en La Zarzuela del 15 de marzo de 2020, decidieron dar el primer paso hacia la marcha de España de Juan Carlos I, pensaron que el tema de sus actividades, cuando menos poco estéticas —no era fácil encontrar responsabilidades penales—, quedaría pronto olvidado por una opinión pública desmemoriada.

Se equivocaron. Y aquel libro, demoledor, que allí se presentaba, sobre las «alcantarillas» del «felipismo», hizo renacer los rescoldos, si es que tal eran y no más bien pavoroso incendio. El problema político que representaba el hombre que había cooperado tanto a traer la democracia a España, y tanto, también, a degradarla, seguía, ese mes de noviembre de 2021, siendo un tema grave y difícil de resolver. Y lo seguiría siendo durante algún tiempo.

Cuando le llegó el turno, el periodista-que-lo-fue-casi-todo en una época se desmarcó de esas tesis complacientes que han impuesto la costumbre de elogiar la obra que se ha de presentar y glosar en términos, se supone, ambiguos y amables.

—El felipismo fue una fase vergonzosa de nuestra democracia —soltó, para empezar, dejándonos a todos como sobrecogidos.

Eso era solo el comienzo. Si los «papeles de Manglano» contenidos en el libro hubiesen llegado a manos de un juez, el propio Manglano, Toni Asunción (que fue ministro del Interior), Corcuera (lo mismo), Narcís Serra (que fue vicepresidente), Belloch (también ministro del Interior en otro momento) y Felipe González estarían hoy en el banquillo, dijo, alto y claro, el periodista-que-lo-fue-casi-todo precisamente durante una parte del felipismo. Y Juan Carlos I utilizaba al CESID, los servicios secretos, como un departamento de La Zarzuela, agregó el periodista, no sin un punto de razón, creo.

Los otros dos periodistas, que también lo habían sido casi todo, aunque quizá no pretendieron acaparar el poder que da la información hasta el punto extremo que lo intentó el primero, parecían desconcertados: ¿qué hacer, qué decir ahora? Uno se refirió a que todo Estado, por muy democrático que sea, tiene necesariamente sus cloacas, alineándose así con la tesis que me expuso el general Sáenz de Santamaría allá por 1983.

El otro, el mayor de los tres, un sabio casi nonagenario —«tengo ciento veinte años», bromeó— que ha visto muy de cerca casi de todo en la historia de nuestro país en los últimos tres cuartos de siglo, se limitó a señalar que los acontecimientos tienen siempre dos aspectos, uno positivo y otro negativo. Y resaltó, precisamente, en aquellos días en los que ya declinaba 2021, cuando más se le atacaba, el «magnífico» papel jugado por Juan Carlos I en la Transición. El tercer periodista-que-lo-había-sido-casi todo etcétera jamás se bajó un peldaño de su monarquismo, nunca aceptó, ni había aceptado, la más mínima crítica a la conducta del «rey padre».

A todos los que asistíamos a la presentación nos quedó un regusto amargo tras las exaltadas palabras del primer periodista. Yo había conocido al teniente general Manglano justo cuando casi había dejado de ser coronel para ascender en el escalafón militar, más vertiginosamente que nadie, a fin de dar lustre a su destino como jefe del CESID. Me sorprendieron sus maneras algo prepotentes y el que se hallase instalado en la absoluta seguridad de tener siempre razón.

La verdad es que no se puede hacer una historia de lo ocurrido en España en los últimos cuarenta años sin detenerse de cuando en cuando en los servicios secretos, protagonistas de tantos hechos digamos que cuando menos irregulares. Los «espías» jugaron un papel extraño en el golpe del 23-F —nunca nadie le sacó la verdad al famoso «comandante Cortina»—; luego, en 1995, protagonizaron un sonado escándalo con «las escuchas de Narcís Serra», que le obligaron a dimitir como vicepresidente, junto con Manglano y el ministro de Defensa; catorce años después dimitió el director colocado por José Bono, Alberto Saiz, por presuntos abusos en el cargo.

Y más: increíblemente, «los servicios» no se enteraron de que existían miles de urnas para la votación ilegal de un referéndum sobre la independencia en Cataluña, el 1 de octubre de 2017. Una aventurera como Corinna Larsen planteó muy serias acusaciones, que personalmente nunca creí, contra el director de «los servicios», el general Félix Sanz Roldán. Y no hablemos ya de la «semana trágica» de mayo de 2022, cuando una extraña filtración acerca de espionajes a independentistas catalanes acabó en revelaciones aún más extrañas acerca de que el propio Pedro Sánchez y los ministros de Defensa e Interior habían sido espiados; el culebrón le costó la cabeza a la sucesora de Sanz Roldán, la directora del Centro Nacional de

Inteligencia, Paz Esteban, y a punto estuvo de llevarse por delante a la propia ministra de Defensa, Margarita Robles. Solamente este tema, a día de hoy aún muy insuficientemente explicado, daría para un libro de espías. Pero este argumento seguramente tampoco lo aceptaría Le Carré, por demasiado increíble.

Y es que la realidad en España supera no pocas veces la ficción más disparatada, y más cuando «la casa de los espías» entra en juego. Un día, a mi colega Pilar García Cernuda y a mí, Manglano nos mostraba, orgulloso, algunas dependencias del edificio, entonces, 1988, casi recién terminado para el CESID, luego CNI, en la «cuesta de las Perdices», frente al palacio de La Moncloa. El general se empeñaba en recalcar las excepcionales medidas de seguridad que en el edificio garantizaban que los secretos estaban a buen recaudo: tarjeta especial cifrada para pasar por cada puerta, contraseñas por todos lados… Llegamos a un pequeño comedor privado donde nos había invitado a almorzar. En el centro de la mesa, un teléfono aislado. Sin duda, pensamos, el aparato por el que se transmitían y recibían tantas cosas secretas solo para los oídos del general.

El teléfono sonó. Rostro de desconcierto de Manglano. No estaba prevista llamada alguna a esas horas, y menos delante de dos periodistas. El desconcierto se tornó en alarma cuando descolgó, escuchó y, pasándole el auricular a Cernuda, dijo, simplemente:

—Pilar, es para ti.

Naturalmente, no era para ella. Una equivocación, un hombre que buscaba a su mujer, llamada Pilar, y había errado el número. Nos reímos (Pilar y yo, Manglano no tanto), pensando que, al fin y a la postre, hay secretos que acaban conociéndose, y que nunca la seguridad es absoluta. Bien que lo iban a comprobar el CESID, y el CNI, en los años siguientes.

Las propias revelaciones de aquel libro lo demostraban: puede que en otros lugares haya temas apasionantes guardados en cajas fuertes para toda la eternidad. Puede que la discreción rodee la actividad de los servicios secretos en esos otros lugares. Pero, desde luego, España no es uno de esos países. No hay más que recordar cómo acabó Manglano y cómo acabó aquella etapa del CESID: espiando del rey abajo a casi todos. Con los secretos de la Casa vendidos por un agente traidor, el excoronel Perote, al más incómodo postor, el exbanquero Mario Conde. Y sin mandato judicial, desde luego. Ese sí que era, y no otros, un tema para Le Carré.

Sentí no haberles llegado a contar esta historia del teléfono, para que la hubiesen incluido en su obra si les parecía al menos divertida, a mis dos amigos autores del libro. En cualquier caso, el volumen venía cuajado de novedades de las que los mortales comunes no habíamos llegado a enterarnos del todo durante la larga época de mandato de Felipe González. Pero sí comenté con ellos que la intervención aquella tarde del periodista-que-lo-fue-casi-todo-en-una-época, y que aún pretende, creo que ya no con tanto éxito, seguir siéndolo, abría una nueva perspectiva, ahora que muchos se han empeñado en denigrar ese «espíritu del 78» que yo creo ya muerto, pero aún —aún— no embarrado.

¿Fue el felipismo, como proclamó el periodista-que-lo-fue-casi-todo, una fase vergonzosa de nuestra democracia? ¿Se hace preciso revisar todas las certezas que teníamos, en el sentido de que aquellos trece años largos bajo el gobierno socialista de Felipe González fueron precisamente lo contrario a más de dos décadas de modernización y consolidación de la democracia? O, simplemente, ¿había que

colocar cada pieza del puzle en la casilla correspondiente, conviniendo que la construcción de un país que no hacía tanto, al fin y al cabo, había salido de una larga dictadura, tiene claros y oscuros, que todo Estado democrático tiene, en suma, sus cloacas, como había dicho otro de los presentadores?

Habremos de analizar la trayectoria del denunciante y del denunciado. Que, por cierto, siente este último, me lo dejó muy claro, muy escaso aprecio y si acaso algo más de desprecio por el denunciante, con quien tuvo abundantes controversias. Alguna de ellas, pública, pudimos verla por los pasillos del Congreso.

Porque de esto, controversias, hubo no poco en la época de Felipe González. Quizá más, aún más, que en las etapas de los dos gobiernos socialistas que le sucedieron, incluyendo los *affaires* relacionados con los servicios secretos. Lo que ocurría es que el hombre que salía en la foto del Palace estaba, aquella noche victoriosa del 28 de octubre de 1982, rompiendo moldes, abriendo caminos. Y para eso hay que roturar las tierras, avanzar por senderos desconocidos que, queramos o no, Zapatero y Pedro Sánchez luego se encontraron ya explorados.

16

DEMASIADOS AÑOS EN EL PODER

Sobre la etapa del «felipismo» se han escrito centenares de libros (alguno, incluso, firmado por quien suscribe), mejores o peores, empalagosamente hagiográficos o injustamente hipercríticos. Genéricos o puntuales, que para todo han dado estos años.

Lejos de mí, por tanto, la tentación de sumar un nuevo volumen a la misma especie de lo que es ya una nutrida biblioteca sobre el tema: pero sí quisiera, modestamente, ensayar a añadir una nueva perspectiva. Y una visión personal, del «mirón» desde cerca, de lo que fue una época fundamental en la Historia de España. Los periodistas no hacemos la Historia, y menos aún debemos protagonizarla; pero a veces pasa demasiado cerca de nosotros como para poder evitar la tentación de contarla en primera persona. Quizá sea útil que lo hagamos.

Porque la avalancha de títulos bibliográficos ocurrió en su mayor parte más bien durante el transcurso de los trece años de mandato de González o inmediatamente después. Fue relativamente poco lo que se incorporó ya a raíz del gobierno de Zapatero y, menos aún, del de Pedro Sánchez, que es cuando verdaderamente se comenzaron a poner en tela de juicio por algunos sectores políticos los avances de la Transición, al tiempo que «el espíritu del 78» —cuando se aprobó la Constitución vigente— empezaba a ser cuestionado.

Todo empezó en el congreso de Suresnes, en septiembre de 1974. (Foto: Fundación Pablo Iglesias, Madrid).

Por eso, el desahogo, aquella tarde de noviembre de 2021, del ya veterano periodista-que-lo-fue-casi-todo, era como una invitación a cuestionar globalmente una etapa, a ver la acción de aquellos trece años de gobierno de Felipe González con un prisma de total negatividad, una pretensión de proceder a un total revisionismo. Nada de lo que se hizo valió, por lo visto. Yo, desde luego, no estaba, ni estoy, dispuesto a abrir ese cajón negacionista. No con este libro, al menos. Ni así.

La etapa que transcurre de 1982 a 1992 es casi una década prodigiosa, en la que se producen muchos avances de manera muy rápida. Y, por el contrario, la última parte, la del cuatrienio 92-96, año este último en el que González pierde en las urnas frente a Aznar, podría justificar plenamente aquello que me dijo el hoy eminente politólogo Ignacio Varela, durante años «fontanero» en La Moncloa: «Seguramente hubiera sido mejor que Felipe González hubiese perdido ya las elecciones de 1993, sin tener que esperar a 1996».

Varela tenía razón: aquellos cuatro últimos años fueron los del deterioro moral, los de la pérdida casi total de la ilusión de hacer la mejor política, el cansancio de intentar una perfección que, en la tarea

de gobernar, es imposible. Creo que este ejemplo, el del llamado «felipismo», es un buen alegato a favor de los que defienden mandatos máximos, improrrogables, de ocho años. Pero eso, lo mismo que una reforma de la normativa electoral, parece un cambio lejano en nuestro horizonte político, que no busca precisamente la excelencia de la democracia nacional.

El propio González, a quien nadie podría negarle el estar dotado de un excepcional olfato político, lo sabía: contra lo que dijo en nuestra conversación en diciembre de 2021, había estado tentado de tirar la toalla muchas veces, antes incluso de que, en 1990, se cumpliesen esos ocho años en los que convencionalmente —en otros países, claro— quien tiene el poder máximo debe dejarlo.

«Lo peor es que eres el último teléfono al que llaman, después ya no hay más», dijo González en una de las varias entrevistas que mantuvimos cuando él era presidente del Gobierno. Poco después de que se marchara, cuando yo acababa de dejar de ser corresponsal político de *El País* y cuando ya no tenía, por tanto, acceso privilegiado a La Moncloa, escribí un libro de reminiscencias kafkianas, *La metamorfosis*, en el que detallaba las diez ocasiones en las que, al menos hasta donde yo me había enterado y hasta entonces, González quiso marcharse, buscando o no un sustituto.

Lo sabían quienes le rodeaban: González tenía un ánimo de cristal. Era un carácter complejo —más que el de sus sucesores, tal vez porque era el más inteligente—, un tímido que se compadecía mal con las servidumbres del poder encerrado en La Moncloa. Curioso: de cuantos presidentes he conocido, Felipe González era el único que no se había planteado antes ser presidente —bueno, puede que Rajoy tampoco, pero al calmoso político pontevedrés todo le caía encima como una lotería maldita—. Creo sinceramente que no tenía afán de poder. Aunque el poder, lo subrayaba incluso en la portada de *La metamorfosis*, que contraponía al Felipe de traje de pana, con melena corta, frente al presidente González con gafas de concha, canas algo teñidas para afrontar las elecciones de 1978, corbata y traje gris, lo cambió a él.

Lo que va de un PSOE a otro… y a otro

Como la mayor parte de los españoles, sometidos entonces a una férrea censura de prensa por el totalitarismo franquista, no me enteré de la celebración del congreso de Suresnes, en octubre de 1974, ni

tenía la menor idea de la enorme controversia entre los «socialistas del interior» y los del exilio representados por un hombre viejo y acomodaticio, un masón anticuado llamado Rodolfo Llopis. Yo, entonces, vivía en Lisboa y enfocaba mis afanes informativos a lo que ocurría en el Portugal del Movimiento de las Fuerzas Armadas para derrocar al caetanismo y, por tanto, tenía las antenas puestas más bien en los «capitanes de abril» que en el surgimiento de un líder del entonces «ilegal» socialismo en el interior de España, concretamente en Sevilla. Alguien a quien la leyenda ha querido llamar Isidoro, insisto en que no se sabe muy bien por qué, dado que el propio González dice que nunca tuvo este 'alias clandestino'.

Mi primer contacto con el «nuevo» PSOE, un partido al que había buscado en la universidad sin encontrarlo —sí encontré, en cambio, al Partido Comunista y a sus derivaciones más a la izquierda—, tuvo lugar en Lisboa, a finales del otoño de 1974, donde, como digo, era corresponsal en la «revolución de los claveles»: allí llegaron, con las relativas precauciones derivadas de su ya muy escasa clandestinidad, Manuel Chaves —muy parecido al de ahora, por cierto— y un Alfonso Guerra de luenga barba.

Llegaban, anónimos, para explicar lo que había ocurrido en aquella localidad anexa a París, Suresnes. Que iba a hacerse célebre simplemente por la celebración de aquel congreso, el 13 en el exilio, el 26 en total, en el teatro Jean Vilar de aquella ciudad francesa, donde se consumó la toma del poder del Partido Socialista por los integrantes de aquello que se llamó, luego y por los analistas, «el pacto del Betis». Un grupo de jóvenes sevillanos y otro de vascos, con algún añadido, siempre difícil, de Madrid (Pablo Castellano el más notorio), se hizo con el control del ya histórico Partido Socialista Obrero Español. Adiós a los exiliados y a sus viejas recetas, adiós al cierre de filas ante todo lo nuevo.

Ahí nació un nuevo concepto de izquierda, más acorde con lo que se estilaba en los centros importantes de la Internacional Socialista, Bonn, Viena, Estocolmo, París. Pero lo cierto es que el PSOE que surgió de Suresnes, hasta donde lo entendíamos quienes éramos ajenos a la vida partidaria o militábamos en otra parte, era básicamente un partido marxista, federal y republicano.

Bastante radical. Nada socialdemócrata —eso era casi un insulto — excepto en el caso de algunos de los «nuevos» relevantes, como Julio Feo, el hombre capaz que se convirtió en una de las sombras de Felipe González para llevarle hasta el poder, Joaquín Almunia, Carlos Solchaga y pocos más. Creo que entonces ni siquiera Javier Solana. Ni Miguel Boyer, sospecho, a quien se le atribuían algunos

comportamientos «de juventud» bastante radicales, que luego, claro, mudó. «Con el programa de Suresnes no hubiésemos ganado jamás unas elecciones», rememoró, muchos años después, Javier Solana.

Boyer, personaje de prontos algo coléricos —dimitió como militante en 1977, cuando mantuvo algunos sonados encontronazos con Tierno, para luego volver al redil—, resultaba, en esencia, alguien difícil de definir. ¿Boyer fue un error? No, no lo fue. Pero, como todo individuo con enorme personalidad —de sobra conocía él su valía intelectual—, siempre estaba acompañado por la polémica.

Cuando, en aquella noche de octubre de 1982, el hombre-que-estaba-en-la-foto-del-Palace y su segundo de a bordo se asomaron al balcón del hotel, el republicanismo era ya «accidentalista», es decir, que se admitía la monarquía sobrevenida con Franco; el federalismo era una receta imposible. Y el marxismo… Ese había sido el gran viraje de Felipe González, el hombre al que vitoreaban los suyos, y algunos otros que no lo eran hasta entonces. Ahí, en la renuncia al marxismo, había empezado de verdad la conquista de la «cumbre» por González. Y la victoria de aquel moderado Partido Socialista Obrero Español.

«Pero ¿alguien, de verdad, ha leído a Marx por aquí?»

Fue en Barcelona, en mayo de 1979, donde y cuando Felipe González soltó la bomba que conmocionó los cimientos de un PSOE que, a partir de su congreso 27, celebrado en diciembre de 1976 bajo el lema «socialismo es libertad», había entrado ya en el marco del amparo de la Internacional Socialista bajo el impulso de su presidente, Willy Brandt.

Porque allí, en Barcelona, en un coloquio celebrado después de una cena con la Asociación de la Prensa barcelonesa sobre un tema tan genérico como «alternativa de poder», el líder socialista, que era ya casi un mito en la izquierda, dijo, y creo que reproduzco textualmente sus palabras: «Pienso que la definición de “marxista” se debería retirar de la definición del partido adoptada en el último congreso, ya que, de esa forma, muchos militantes que no son marxistas pueden encontrarse en nuestras filas al lado de los que conceden una gran importancia al marxismo».

Ni que decir tiene que esta declaración, que provocó titulares encendidos en los diarios del día siguiente, poco tenía que ver con lo que habíamos escuchado en el hotel madrileño en el que, dos años y

medio antes, se había celebrado el 27º congreso, aún en una cierta, tolerada y absurda semiclandestinidad, porque allí estuvieron el exprimer ministro sueco —acababa de dejar el cargo, al que regresaría seis años después— Olof Palme, que amablemente nos dio la mano a varios emocionados periodistas que por allí andábamos, y el excanciller alemán y presidente del Partido Socialdemócrata de su país, Willy Brandt, nada menos. Creo recordar que Mario Soares, que durante una entrevista que le hice en Lisboa se mostró bastante frío al referirse a González, no acudió a aquella primera cita pública del PSOE.

En el hotel Meliá de Madrid, en 1976, en la «legalidad tolerada» por el franquismo que se extinguía, el marxismo era doctrina incuestionable, y el tono de los discursos, obligadamente duro. ¿Quién hubiera osado proclamarse allí socialdemócrata, en unos tiempos en los que aún faltaban trece años para la caída del muro de Berlín? En cambio, en Barcelona en 1979, González proclamaba que «no me preocupa que me llamen socialdemócrata». Lo cual, en la época, no dejaba de ser una afirmación valerosa.

Menudo viraje. Ni siquiera Alfonso Guerra había sido advertido de que Felipe iba a soltar aquello en Barcelona, por más que sus allegados dijeran luego que Felipe llevaba tiempo meditando el tema, animado por las tesis de una «nueva socialdemocracia» de Maurice Duverger, cuya «carta abierta a los socialistas» era entonces su libro de cabecera: no podría ganar unas elecciones, pensaba, sin deshacerse de la etiqueta marxista en una España que, al fin y al cabo, no hacía mucho aún que había salido de una dictadura que duró cuatro décadas.

No las ganó. Fue aquella del PSOE de 1979 una campaña algo átona, quizá porque todos, incluyendo al «jefe de campaña» Alfonso Guerra, intuían que el partido debía dar un giro tras lo proclamado por González en Barcelona. Incluso el lema de campaña, «cien años de honradez y firmeza» sonaba a pasado más que a futuro. Las elecciones del 1 de marzo de 1979 dieron nuevamente la victoria, apretada eso sí, a la UCD de Suárez.

Algunos pensamos que fue la intervención final de Suárez ante la entonces única televisión, dramática, ensayada hasta la saciedad con su asesor Rafael Ansón, a quien había hecho director de RTVE, la que hizo ganar a última hora al presidente del Gobierno centrista. En el PSOE no perdonaron aquel tono «catastrofista», y las relaciones entre González y Suárez se enfriaron no poco: de hecho, el líder de la oposición ni siquiera, parece, cumplió el trámite casi obligado de llamar al vencedor para felicitarle.

Fue el propio Felipe quien dijo a varios periodistas que la derrota se había debido a que el PSOE no había formalizado su renuncia al marxismo, su gran transformación, antes de ir a las urnas. UCD le sacó casi 800.000 votos y 47 escaños al PSOE, que obtuvo cinco millones y medio de sufragios. Los comunistas de Carrillo tuvieron casi dos millones de votos y 23 diputados, y la Coalición Democrática de Manuel Fraga —cuya última intervención en televisión, que se negó a repetir contra los ruegos de su asesor, fue un desastre— se quedó con 10 diputados y poco más de un millón de votos.

«Hay que ser socialista antes que marxista», dijo luego González en su muy polémica intervención, dos meses después, en mayo, en la inauguración del 28º congreso del partido, que no había que ser un genio para predecir que iba a ser muy movido. La mayoría de los compromisarios no siguieron el camino marcado por González. Recuerdo las encendidas defensas del marxismo por parte de gentes tan honradas y ejemplares como Luis Gómez Llorente, un profesor que parecía surgido del regeneracionismo con algunos toques de la generación del 98, un hombre siempre amable, de hablar pausado, contundente… y equivocado.

Los tiempos de Gómez Llorente, como los de José Federico de Carvajal o incluso los de Pablo Castellano y Paco Bustelo, ya no eran aquellos. Pero la mayoría de los delegados estaban aún anclados en el «viejo» PSOE: las bases siempre son más radicales y, claro, más esquemáticas, que los dirigentes. Las bases aman más al partido que a sus líderes. Allí lo aprendió González, como Almunia, Bono y Susana Díaz, o el propio Pedro Sánchez, iban a aprenderlo en años posteriores.

Sin embargo, el país había dejado, para siempre, de ser lo que era. No constituía precisamente un pequeño detalle el hecho de que el 6 de diciembre de 1978 se hubiese aprobado por gran mayoría la nueva Constitución democrática, que, con todos los desfases causados por el paso de muy agitados años, sigue estando vigente, aunque muy necesitada de una reforma. Y Alfonso Guerra, el «número dos» del PSOE surgido de Suresnes, había jugado un papel muy importante, junto con el vicepresidente ucedista Fernando Abril, para anudar el consenso en torno a la naciente ley fundamental.

Lo de Enrique Tierno, otro de los «disidentes» del «no al marxismo», aunque trataba de mantener el equilibrio entre los dos bandos, no fuese a ser que ganasen los «otros», y a quien siempre consideré un zascandil por muy admirado que fuese por «las bases», iba más lejos: Tierno era, me atrevo a decirlo, un farsante, como comprobamos Pedro Vega y yo cuando nos contó una serie de bulos

infumables como «contribución» a nuestra trilogía *Crónica del antifranquismo*. Por supuesto, no publicamos aquellas falsedades y el ilustre alcalde madrileño se vengó —y así nos lo hizo saber, para que lo tuviéramos claro— dejándonos plantados en la presentación del libro, precisamente en un acto bastante concurrido en el hotel Palace, a cuya mesa le habíamos invitado junto con Enrique Múgica, Fernando Álvarez de Miranda y Santiago Carrillo.

Tengo anécdotas impagables que revelan el verdadero ser de Tierno, que aseguraba hablar en latín con Guerra, «aunque no estoy seguro de que me entienda». Me contaron que de su inventiva procedía el loco rumor que susurraba que «Felipe y Guerra están pagados por la CIA».

Y, con la afirmación, hecha por el propio Felipe en la clausura del 28º congreso, de que «en este congreso Felipe González ha recibido una derrota moral», el hombre que había ganado la secretaría general en Suresnes cinco años atrás se marchó. Dejó la dirección del partido, en un movimiento que provocó la consternación incluso de quienes más habían combatido la propuesta del abandono del marxismo, que se encontraron con que no sabían cómo gestionar el PSOE.

El propio Carvajal, que era una figura ampulosa e histórica, a quien le encargaron presidir la comisión gestora que salió del caótico congreso, y que, años después, llegó a presidir el Senado, me reconoció, dos o tres días después del 28º congreso, que lo del marxismo era «una polémica un poco absurda, porque, en el fondo, ¿quién, por aquí, ha leído de verdad a Marx?». «Nadie», hube de responderle. Y añadí, con una pizca de mordacidad: «Excepto Luis Gómez Llorente, claro». Y unos pocos más, como Zapatero (Virgilio) o Bustelo. Incluso quienes militábamos aún en partidos marxistas, o acabábamos de hacerlo, habíamos adquirido una formación teórica muy superficial y, desde luego, creo que casi ninguno hubiésemos podido mantener una discusión seria y a fondo sobre lo que Marx y Lenin nos legaron.

¿Marxismo? ¿Qué marxismo?

Después, claro, fin de la polémica. Típico en la política española. Gran controversia que agita las aguas hasta la tormenta y, después, calma chicha. Adiós, marxismo, adiós.

Así que ambas partes, asustadas ante la hipótesis de una ruptura irreparable del partido, y gracias a los buenos oficios sobre todo de

Ramón Rubial, una especie de presidente de honor vitalicio del partido, un hombre a quien la cárcel franquista había llenado de prestigio histórico, convinieron en preparar un congreso extraordinario. Cuyo resultado era previsible: el propio Carvajal, y así se lo dijo al periodista Alfonso Sobrado Palomares, gran amigo de Felipe González, trabajó para dejar un partido «a la medida de Felipe». Quien, mientras tanto, viajaba y se dedicaba a sus muchas aficiones, a las que sucesivamente en el tiempo ha ido cediendo para aliviar las tensiones del poder: desde el billar con José Luis Coll, a la pesca de bajura, más tarde, ya presidente, el arte del bonsái, la fotografía, la horticultura, el tallado de piedras semipreciosas…

González, nos lo recuerda Palomares, que fue nombrado presidente de la agencia Efe en tiempos del «felipismo», no era hombre amante del deporte, pero tampoco estuvo nunca del todo volcado en exclusiva a la tarea de gobernar. Tenía, y los periodistas que seguíamos la información de Moncloa lo sabíamos muy bien, otros variados «escapes», aparte de los bonsáis y lo demás antes citado. Y punto.

Eso, claro, sin desatender «a las bases». Juan Barranco, el único alcalde socialista que ha tenido Madrid tras Tierno y con quien trabajé unos meses en el Ayuntamiento tras la muerte del «viejo profesor», me contó que, entre el 28º congreso y el congreso extraordinario, llevaba a Felipe González en su propio coche, agrupación por agrupación, «para dar la vuelta a lo del marxismo». Quizá Pedro Sánchez se fijó, en su «gira del Peugeot» para recuperar el control del partido tras haber sido expulsado de Ferraz, en este recorrido de González. Quién sabe: siempre hay un precedente. Y hay, insisto, que tomar la temperatura de esas «bases».

Así que, a finales del verano, nadie dudaba ya del regreso de Felipe. El 22 de septiembre tuvo lugar el congreso extraordinario. No hubo pasión en la controversia «marxismo sí-marxismo no». La candidatura del «no», encabezada por Gómez Llorente, Castellano y Bustelo, obtuvo un significativo 7 —siete— por ciento de apoyos. Felipe González, al cantar *La Internacional* en la clausura, sostenía un gran cuadro de Pablo Iglesias en sus manos, aunque a los periodistas nos negaron que eso fuese un ardid para no levantar el puño. Nunca ha sido González demasiado aficionado a cantar *La Internacional*.

Y, ya digo, fin de la polémica, como si jamás hubiese existido. Página pasada, sin duda con habilidad.

«Ahora, las elecciones ya no se nos escapan», contaron que había dicho Guerra a un grupo de amigos, entre ellos algún periodista que nos lo transmitió, en Sevilla. Y no se escaparon.

Una corriente simpática, pero poco influyente

No quisiera, llegados a este punto, restar importancia al nacimiento de la única corriente «organizada» en un PSOE que se define como un partido falto de corrientes. Hablo de Izquierda Socialista, surgida precisamente en 1980, escasamente un año después de la renuncia «oficial» al marxismo.

Puede que el surgimiento de IS no esté directamente relacionado con la quiebra de la definición marxista en el PSOE, pero sí hemos de creer que alguna relación ha existido entre ambos fenómenos. Izquierda Socialista, que recientemente (octubre de 2021) celebró su aniversario, con un acto al que asistieron numerosos dirigentes socialistas —no pertenecientes, obviamente, a IS, entre ellos Zapatero, pero no González—, ha sido una corriente casi de reflexión teórica, honrada, moderadamente crítica, amable y poco conflictiva, llevada de la mano por buenas gentes como Manuel de la Rocha, Antonio García Santesmases o Paco Bustelo.

Vistas las cosas con perspectiva, Izquierda Socialista ha tenido escasa influencia tanto en el desarrollo interno como electoral en el PSOE, como lo demuestra el nulo peso que se le dio en la confección de la última Ejecutiva Federal formada en el 40º congreso con el que se encabeza esta obra. El hecho de que solamente un libro —creo— haya sido publicado sobre la corriente, *Peleando a la contra*, de Guillermo León Cáceres (Centro de Estudios Constitucionales), es ya demostrativo.

«Izquierda Socialista no ha empujado lo suficiente al PSOE», reconoció Juan Antonio Barrio de Penagos, que fue portavoz federal de la corriente y diputado por Madrid. Pero sí ha dejado, por la honradez a la hora de abordar sus planteamientos, una pátina moral en el seno de un partido que siempre ha estado encantado de ser eso, un partido, casi una enorme familia, una maquinaria de poder, con todas sus desavenencias y sus fortalezas.

Y sí: Izquierda Socialista apoyó la coalición del PSOE con Unidas Podemos ya desde el comienzo, desde el abrazo de Pedro Sánchez con Pablo Iglesias. Lo repite José Antonio Pérez Tapias, el catedrático granadino que compitió frente a Sánchez en las primarias de 2014. Aunque el contrincante de Sánchez y Madina acabó abandonando el partido en 2018, para crear una plataforma llamada «Socialismo y República», lo cierto es que desde siempre se dio una suficientemente buena sintonía entre IS y el «sanchismo».

Lo que no obsta para que, ocasionalmente, el «jefe» se enfade. Por

ejemplo, cuando Manuel de la Rocha, lo cuenta él mismo, se presentó en 2018 a las elecciones primarias para ser candidato a la alcaldía de Madrid. No era, desde luego, el candidato oficial. «Me llamó Iván Redondo y me citó en una cafetería de la calle Princesa para disuadirme».

De nuevo el eterno tema madrileño, del que siempre cojea el PSOE…

17

CLARO QUE, PARA QUE LLEGASE EL TRIUNFO DEL PSOE, ERA PRECISO EL PREVIO HUNDIMIENTO DE LA UCD. Y DE SUÁREZ

La dirección de *El País* me asignó el seguimiento de la campaña electoral del PSOE en 1982. Razones personales y familiares, que no profesionales, me hicieron solicitar el seguimiento de la campaña del Centro Democrático y Social, el partido que Adolfo Suárez había creado tras abandonar la Presidencia del Gobierno y la UCD. Allí tuve la oportunidad de reforzar mi ya anterior buena sintonía con el expresidente del Gobierno, que, en apenas once meses, de julio de 1976 a junio de 1977, había finiquitado en no pocos aspectos el franquismo y las estructuras del Movimiento Nacional y había trazado el camino hacia la democracia.

—Adolfo, deberías quizá haber abandonado la Presidencia en 1977, cuando convocaste las elecciones constituyentes; ahí es donde llegaste a lo más alto, lo mejor, de tu carrera política —le dije un día en el que, recuerdo, hasta nos había dado tiempo a jugar una partida de mus (que él ganó, por cierto. Siempre las ganaba, porque ponía pasión en la victoria más que en el placer del juego).

—¿Por qué? —quiso saber. No le había gustado lo que le dije.

—Pues porque en junio de 1977 ya habías dado la vuelta al Estado como un calcetín. Lo habíais hecho todo, todo lo que era posible hacer en el primer tramo. Y había personas, como Fernández Ordóñez o Joaquín Garrigues, incluso Landelino Lavilla, capaces de tomar el relevo en la Presidencia del Gobierno; tú, a partir de entonces, no hiciste nada sino quemarte —me atreví.

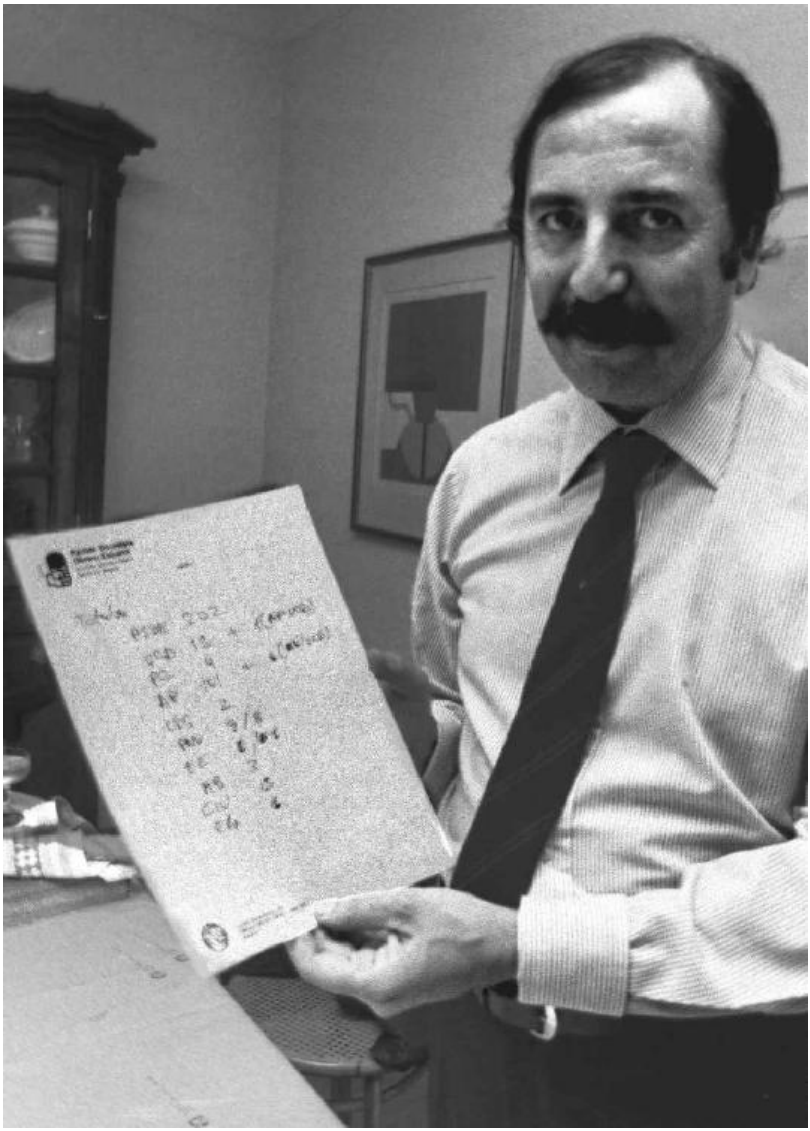
Pensó un momento. Puede que muchos le hubiesen dicho antes cosas tan tajantes. Creo que, desde luego, al menos Joaquín Garrigues sí lo había hecho: «Adolfo, lo que yo quiero es sustituirte en la Presidencia del Gobierno», le había soltado a la cara el entonces cabeza del «clan Kennedy a la española».

—No me fui entonces porque quedaba mucho por hacer. Y todavía queda mucho por hacer —me dijo, justificando la existencia del CDS, que era otro amago de consolidar un partido de centro, lo que ha sido una de las obsesiones de una buena parte de la llamada «clase política» y periodística del país.

UCD había sido un buen intento, pero en su propia estructura, llena de «sensibilidades» políticas diferentes, residía su inminente estallido. El CDS fue otro, que nunca llegó al puerto deseado y hasta acabó, dijeron, «comprado» al cabo de los años por Mario Conde a través de persona interpuesta.

A pesar de haber ganado las elecciones de 1979, Suárez entró en declive. Contaron, aunque el gobierno logró mantenerlo oculto en aquellos tiempos, que el presidente estaba recluido en La Moncloa con serios problemas bucales, que le hacían sufrir. Y sí, pienso que fue el sufrimiento personal, familiar, político, lo que caracterizó el último año de Suárez en La Moncloa, hasta que dimitió, en medio de no poco escándalo, en enero de 1981, por razones que aún siguen sin esclarecerse del todo y que, desde luego, yo nunca conseguí que me explicase de manera suficiente y, menos aún, convincente.

Pero dimitió con su partido en franco declive —no toca ahora entrar a detallarlo—, con ETA matando más que nunca, con los jefes militares que no le habían perdonado la legalización del Partido Comunista y, sospecho, con el rey bastante distanciado del presidente «preso» en La Moncloa. Era una marcha inevitable y hasta conveniente.



«Julio, pásame con el presidente», dijo Guerra. Y le detalló los escaños obtenidos: 202. (Foto: Pablo Juliá).

La verdadera historia del 23-F que nunca conoceremos

A los periodistas y politólogos nos faltaban entonces algunos datos: si los hubiésemos tenido todos y hubiésemos sabido barajarlos con perspicacia, quizá hubiésemos podido adelantar que a Suárez no le quedaba otra salida que marcharse. El gran hombre de 1977 era, en

1981, semanas antes de que se produjese el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de aquel 1981, apenas una sombra, muy digna eso sí, del gran estadista de un lustro antes. Esa es, a mi juicio, la verdad. Otra cosa es la leyenda.

Luego está la revisión, cuarenta años después, del papel que cada uno jugó en aquella intentona, algo que, en cualquier caso, pienso que tampoco corresponde a los propósitos, límites y alcance de este libro. También sobre eso escribí e investigué bastante, y formé parte de un grupo de periodistas que trataron de ir algo más allá de lo que fue la versión oficial inicial. Acabamos todos demandados por personas a las que habíamos señalado, en un libro de urgencia titulado *Todos al suelo*, como posibles integrantes de la nunca revelada, por lo demás, «trama civil» de lo que acabó siendo «el tejerazo».

Intuyo que el «revisionismo histórico» en este punto incluye desde el papel jugado por Juan Carlos I hasta el desempeñado por los socialistas e incluso por un sector de los comunistas. Pero no quiero abonar teorías «conspiranoicas» y me limitaré a señalar que es obvio que, como en tantos otros pasajes dramáticos de la Historia, desde la muerte de Kennedy hasta nuestro 11-M de 2004, puede que jamás sepamos toda la verdad hasta sus últimos extremos.

¿Conoció el Partido Socialista que algo podría ocurrir ante el patente descontento del mundo castrense? No me cabe la menor duda, y no me refiero solamente a la famosa reunión de Enrique Múgica y Joan Raventós con el general Alfonso Armada en Lérida, de la que tanto se habló y tan poco se informó —«no había gran cosa que contar: no se dijo nada relevante», me comentó Múgica años después —. Todo el mundo escuchaba el clamor de las salas de banderas, e incluso recuerdo un editorial en el diario *El País* en el que se hablaba, no en términos precisamente condenatorios, de la hipótesis de un «militar prestigioso» que se hiciese transitoriamente cargo de la gobernación contando con todas las fuerzas políticas.

Consta que esa idea circuló por muchos despachos y alguien, un sevillano que vivió una carrera política paralela a la de Felipe, compitiendo con él, me narró que el propio González le había comentado, a bordo de un avión a Barcelona en el que coincidieron en la época viajando a la campaña de las primeras elecciones catalanas, que «hay que echar a Suárez». «Hay que buscar un presidente del Gobierno neutral, que fuerce a Suárez a dimitir, aunque sea un general». Así me lo contó Alejandro Rojas-Marcos, a quien siempre unió/desunió una relación de amor-odio político con González. La versión de quien fue líder del Partido Andalucista me pareció verosímil, y aquí la traigo.

¿No era esto más o menos lo que Armada, dicen, le llevó al golpista Tejero al Congreso, para que el vehemente —vamos a llamarlo así— teniente coronel de la Guardia Civil casi le tirase a la cara la lista del «gobierno de concentración» —incluso con el comunista Ramón Tamames de ministro— al grito de «¿y crees que para eso he hecho yo todo esto?».

Quienes desbarataron un plan que estaba trazado desde alguna altura —ignoro, y allá cada cual con sus sospechas e hipótesis, si el rey lo conocía o no— fueron los fanáticos Milans del Bosch, Tejero y algunos capitanes generales, como Merry Gordon. Y algunos civiles, que jamás fueron desenmascarados —ya digo que citar a algún «presunto» en un libro, *Todos al suelo*, nos costó once años de «procesables» a siete periodistas—; alguno de los presuntos «financiadores» del golpe, por cierto, un exministro franquista, aparece, de refilón, en las «memorias» del general Manglano.

En fin, preciso es insistir en que hay acontecimientos muy poliédricos, que a veces cambian la vida de las naciones, en los cuales es muy difícil entrar hasta el fondo. Y, más de cuarenta años después, la absurda «intentona» del 23 de febrero de 1981 parece destinada a ser uno de ellos.

Pero qué duda cabe de que el «ruido de sables» tuvo mucho que ver con la marcha de Suárez, aunque tampoco fuese el único factor. Y tampoco puede negarse que uno de los grandes logros del gobierno de González fue la «pacificación» de las Fuerzas Armadas, que en pocos años dejaron de estar comandadas por aquellos generales prusianos que habían hecho la guerra civil en el bando de los vencedores.

Socialdemocracia «tipo Almunia» era la receta

La campaña electoral del PSOE de octubre de 1982 fue ordenada, alegre, casi bucólica, bajo el eslogan, dijeron que ideado por Pilar Miró, «por el cambio». Se presentaba a un Felipe González quizá algo artificialmente madurado en las fotografías y hablando siempre de futuro, en lugar de anclarse en los logros pasados, que era algo que correspondía más bien a la muy declinante UCD, que, de la mano de Leopoldo Calvo-Sotelo, había cometido el error de anticipar unos comicios que iba a perder seguro.

Llamaba la atención acerca de la evolución sufrida por el PSOE, desde que «renació» en 1974, el hecho de que el programa electoral con el que concurría a las elecciones tenía un tono inequívocamente

socialdemócrata: nada de nacionalizaciones; nada de república, y menos con el rey Juan Carlos I en plena popularidad tras haber, se decía, «desmantelado» la intentona del 23-F. Incluso comentaron que Felipe González llegó a plantear, y en ese sentido había escrito a la Academia Sueca, que a Juan Carlos de Borbón le diesen el premio Nobel de la Paz por su actuación frente a los golpistas.

Ese detalle define lo que sería la relación del González-presidente con el monarca; entre ellos se apreciaba una cierta complicidad, lo que explica que el jefe del Gobierno a veces mirase hacia otro lado ante las certezas de alguna trapisonda del jefe del Estado. Lo que no excluía algunos momentos de irritación cuando el jefe del Estado «escapaba» de manera excesivamente clamorosa, como cuando se le buscó, en vano, para formalizar la sustitución del muy enfermo Fernández Ordóñez por Javier Solana en Exteriores. El rey andaba, al parecer, se dijo luego, en Suiza y el jefe del Gobierno no se recató a la hora de mostrar en público, ante periodistas, su malestar.

Por lo demás, en el programa, nada de rupturas con el modelo territorial definido por la aún casi naciente Constitución, a la que ya Peces-Barba había cooperado a dar un tono eminentemente moderado. El hecho de que el principal redactor del programa electoral, 47 páginas sin nada especialmente escandaloso, resumidas en «cien medidas para el cambio», fuese Joaquín Almunia, indicaba ya a las claras que lo que podríamos llamar «el sector Alfonso Guerra» había metido poca mano allí, y sí mucha, en cambio, en el diseño formal de la campaña.

«Cuando llegamos», dijo Almunia en una reciente conversación en su casa, cerca de la plaza de Oriente, «salía dinero de España a chorros, y hubo tremendos aumentos del paro registrado».

Aunque nada hablamos de ello, siempre he pensado que los redactores del programa electoral de 1982 aprendieron bien la lección de lo ocurrido en Francia con Mitterrand en 1981: un programa excesivamente radical en lo económico, con nacionalizaciones como Paribas, Rhône-Poulenc o Saint-Gobain, un fuerte endurecimiento de los impuestos «a las grandes fortunas» y otras medidas «rupturistas» llevaron a serios desórdenes sociales y a un aumento del desempleo y del déficit público. Creo que González, en el fondo un moderado rodeado de moderados, decidió pronto apartarse del camino marcado por Mitterrand, un personaje con el que, contra lo que se dijo, pienso que no siempre tuvo una gran sintonía, aunque cooperó no poco a que Francia dejase de ser un «santuario» de ETA.

El socialismo español sintió, al menos hasta 1981, una cierta fascinación por sus correligionarios franceses. Tras la segunda victoria

electoral de Mitterrand, a partir de 1988, creo que esa fascinación se fue desvaneciendo aún más rápidamente, según los errores se fueron sucediendo. Creo que solamente los socialistas italianos fueron capaces de cometer tantas equivocaciones, y tan seguidas, como los franceses.

Almunia fue ministro de Trabajo en aquel primer gobierno de casualidad, porque Nicolás Redondo vetó al sindicalista José Luis Corcuera, que era el nombre que Felipe González tenía en la cabeza.

Resulta muy interesante leer las *Memorias políticas* de Almunia porque en ellas se condensa buena parte del trabajo que el «felipismo» hizo en lo que podríamos llamar la «sala de máquinas» del Estado, en la que siempre estaba él, que acompañó, seguramente para bien, la marcha política del país desde observatorios privilegiados durante veinte años.

Ruido (no tan lejano) de sables

«El cambio es que España funcione», había dicho Felipe González en una entrevista con el gran periodista, ya fallecido, José Oneto. Y ese fue el tono de la campaña, que buscaba no asustar a un electorado, que, al fin y al cabo, aún escuchaba que el PSOE era un partido «ilegal» seis años antes.

Para entender en su cabal contexto aquella campaña debe recordarse que estamos hablando de una España de hace cuatro décadas. Quienes, como periodistas, hubieron de seguirla tenían que amoldarse a los envíos de las crónicas por los teletipos —o dictando los textos a un taquígrafo—, sin móviles, ni Internet, ni televisiones privadas —que fueron más tarde legalizadas, incluso contra su voluntad inicial, por el gobierno socialista—, ni velocidad en la transmisión de las imágenes. La transmisión de la información era mucho más lenta que lo que ahora conocemos, y eso explica que fuesen aquellas unas jornadas plagadas de rumores y de ciertas aprensiones, pero de muy pocas concreciones.

Y la principal de estas aprensiones se centraba en otra posible «intentona» de militares golpistas. Cierto que ya entonces se hablaba de que el 23-F había sido una «vacuna» contra tales tentaciones, por mucho que un sector —muy minoritario ya— de las Fuerzas Armadas pudiese sentir un rechazo invencible ante la que ya se cantaba como posible victoria socialista.

Pero no menos cierto era que se detectó al menos un grupo de

oficiales que planificaban un al parecer muy violento golpe de Estado para el día 27 de octubre, la «jornada de reflexión» antes del día de la votación: dos coroneles y un teniente coronel, Luis Muñoz y los hermanos Crespo Cuspinera, fueron detenidos, sin que, la verdad, trascendiesen muchos detalles de aquella operación. Que, por cierto, aún hoy permanece en el limbo de lo difuso. Todavía recuerdo la preocupación con la que Adolfo Suárez, entre mítines, nos preguntaba a algunos de los periodistas que le seguíamos si sabíamos «algo nuevo»: al parecer, a él tampoco se le informó de aquel episodio.

Por supuesto, a mí nadie, entre los mandos de mi periódico, me recomendó en ningún momento cautela alguna a la hora de informar sobre aquellas posibles intentonas. Pero no encontré en los medios, y menos aún en las declaraciones en los mítines —salvando, quizá, alguna de Santiago Carrillo—, ni alarmismos estridentes ni denuncias ante la opacidad oficial en relación con este nuevo intento de golpe. Era una época en la que la prudencia se extremaba cuando de hablar de salas de banderas se trataba. Julio Feo, jefe de la campaña de González, cuenta, en su libro *Aquellos años*, el estado de nerviosismo que se vivía ante algunas falsas alarmas sobre intentos de golpe o de atentados.

La «lista de los 202»

Quizá la excepcionalidad de la situación, cuando todo indicaba que en España se abría, por primera vez en casi medio siglo, la posibilidad cierta de un gobierno socialista, explique que poco antes de la «jornada de reflexión», anticuada norma que aún hoy se mantiene, se celebrase la reunión convocada por el rey en La Zarzuela con los principales líderes políticos: Leopoldo Calvo-Sotelo, que presidía en funciones el gobierno, Felipe González, el presidente de Alianza Popular Manuel Fraga, el de UCD Landelino Lavilla, Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, Miquel Roca y el peneuvista Xabier Arzalluz.

A todos ellos el monarca les pidió que no se diera paso a manifestación alguna que pudiese ser pretexto para nuevas tensiones. Y, de hecho, esa reunión debió de servir bastante para que, a las pocas horas, cuando se iba a producir un acontecimiento tan histórico como la aplastante victoria del socialismo en las urnas, las cosas discurriesen en medio de la más plena normalidad.

Julio Feo, en su divertido, indiscreto, libro de memorias *Aquellos años*, imprescindible para quienes quieran conocer toda una época con

detalle, cuenta cosas curiosas. De hecho, el libro, cuyo manuscrito tuve la oportunidad de conocer antes de que fuese publicado, es un auténtico anecdotario de una campaña que, lógicamente, iba a ser, por su trascendencia, por el momento en el que se desarrollaba, por lo que indicaba de viraje radical en la política del país, irrepetible.

Cuenta Feo, en cuya casa pasó González aquella jornada de votación del 28 de octubre de 1982, cómo, a media tarde, Alfonso Guerra le telefoneó: «Julio, ponme con el próximo presidente del Gobierno de España». Y le anticipó, con bastante exactitud, cuáles iban a ser los resultados arrojados por las urnas: «202 escaños para el PSOE, 101 para AP, 14 para UCD, cuatro para el PCE, dos para el CDS… Conservo aún la hoja de papel en la que tomé estos datos», cuenta Feo, que aún atesora la fotografía que, con esta hoja en la mano, le hizo Pablo Juliá, un gran profesional, amigo del matrimonio González, que pasó la jornada con ellos y fue partícipe de la célebre «foto de la tortilla» captada en un pinar de Puebla del Río en mayo de 1974, poco antes del congreso de Suresnes, que tuvo lugar en octubre y fue el origen «formal» de todo.

En esa imagen, en la que está el propio Juliá, puede verse, entre otros, a Felipe González, Alfonso Guerra, Manuel Chaves, Luis Yáñez, Carmeli Hermosín —la mujer de Yáñez—, Carmen Romero —la mujer de González— y Carmen Reina —casada con Guerra—. Ha quedado como la imagen histórica de unos amigos «conspirando» para preparar el futuro. O, más probablemente en aquellos momentos, compartiendo unos patés y unos quesos, que no una tortilla, pese al título que se ha dado a esta fotografía. Claro que tampoco Felipe González tenía el «alias» clandestino de Isidoro. Ni el disparador de la cámara fue accionado por Juliá, de quien sí era la cámara, sino por alguien que no quería salir en la imagen por temor a que aquella «reunión ilegal» pudiera caer en manos de la policía. Ese «alguien» era Manuel del Valle, que años más tarde sería alcalde de Sevilla. Así estaban entonces las cosas.

La foto del Palace

Fue así, ahora que hablamos de fotos, como se llegó a la «foto del Palace», aquella imagen que dio la vuelta al mundo. La noche del 28 de octubre de 1982 era bulliciosa en el histórico hotel madrileño en el que el PSOE celebraba su gran triunfo electoral. Decenas de fotógrafos y quizá más de un centenar de periodistas —y eso que entonces había

muchos menos medios que ahora— pululábamos por los salones y por los alrededores del emblemático edificio en la Carrera de San Jerónimo, mezclados con militantes entusiastas y, claro, con muchos curiosos que se acercaron por allá a vivir una noche que prometía ser histórica.

Y que, por cierto, estuvo muy bien organizada por personas del departamento de Prensa del PSOE, como la impagable Helga Soto o Fernando Pajares, que fue director de *El Socialista*, todos ellos bajo el mando de Guillermo Galeote, un personaje, por cierto, mucho más importante y positivo de lo que ha trascendido a la pequeña historia.

Entonces, de pronto, aparecieron ellos dos, Felipe y Alfonso, encorbatados, sus manos juntas en triunfo, asomados a una de las ventanas en el piso bajo del hotel. Los fotógrafos dispararon sus cámaras. La imagen que ha quedado para la posteridad fue, sobre todo, la de César Lucas, un fotógrafo mítico de la Transición, que captó las imágenes de Manuel Fraga presentando al conferenciante Santiago Carrillo en el Club Siglo XXI, poco antes de las elecciones constituyentes de 1977 y cuando el Partido Comunista acababa de ser legalizado, o la de Adolfo Suárez encendiendo «un pitillito» a Felipe González en La Moncloa. «Hoy serían imposibles esas fotos de dos enemigos que se sentaban a hablar y hacían algo por el interés de la patria», me comentaba hace unos meses César Lucas, autor de otras fotos inmortales —como la de la actriz Marisol, desnuda, en la portada de *Interviú*—. «Teníamos una clase política con un nivel altísimo, no como ahora, que buscan apenas sobrevivir», opina el veterano fotoperiodista.

Veinticinco años después de aquella «foto del Palace», rememorando, a instancias de *El País* —solo ese periódico podría haberlo conseguido, dada su influencia en el mundo socialista—, el vigesimoquinto aniversario de aquella noche de 1982, volvieron a reunirse, para ser retratados en el Palace, Felipe y Alfonso. El primero sin corbata, encorbatado el segundo: «Si llego a saber que traerías corbata, me la hubiese puesto yo también», dijo Felipe. Sentados en un sofá en el *hall* del hotel, la implacable cámara de la fotógrafa Marisa Flórez captó que nada era lo mismo que la primera vez. Habían ocurrido muchas cosas en aquellas dos décadas. Entre ellas, una sonada ruptura de quienes habían sido el «número uno» y el «número dos» del PSOE y de un largo periodo de gobierno en España.

«A primera vista, parecía haber una bastante buena relación entre ellos», me dice ahora Marisa Flórez. No la había, en realidad, según se desprende de la espléndida crónica que del acto hizo Jesús Ruiz Mantilla. Ni creo, a estas alturas, que aquella relación, no de amigos,

pero sí de socios políticos, se recomponga. Intenté, con motivo del 40º aniversario de aquella «foto del Palace», en octubre de 2022, reproducir aquella imagen actualizada a estos tiempos. Reconozco que no lo conseguí. Otros también, me consta, lo estaban intentando, pero, cuando concluyo este libro, no sé si la Fundación Felipe González, que gestiona la imagen presente y futura del expresidente, y las personas que influyen sobre Guerra, habrán logrado el acercamiento. El tiempo no cura todas las heridas, por más que digan. Ni siquiera para reconstruir la Historia. Una lástima.

Pero, volviendo a esa noche de octubre de 1982, muchos de quienes participaron en aquella fiesta «moderada» —«todos procurábamos que no hubiese desmadres, había que dar una sensación de serenidad, de que nada iba a descontrolarse, incluyendo aquella celebración», cuenta ahora Ignacio Varela, que fue quien preparó el discurso de González aquella noche de triunfo— confesaron que tenían una cierta angustia en el estómago: ahora sí que había que empezar a trabajar en serio.

Quedaba, como había dicho Adolfo Suárez, mucho por hacer. ¿Se hizo de veras todo lo que era necesario para que, al país, como declaró después Alfonso Guerra, «no lo conociera ni la madre que lo parió»?

18

UN GOBIERNO SE DEFINE NO SOLAMENTE POR LA CALIDAD DE SU PRESIDENTE, SINO TAMBIÉN POR LA DE SUS MINISTROS Y LA DE SUS «SEGUNDOS ESCALONES»

Gentes próximas a González durante la campaña, como Julio Feo o Ignacio Varela, que iba a ser un destacado «fontanero» en La Moncloa, insistieron en que esto, la calidad de las personas a las que iba a nombrar para gestionar los intereses del país, era algo «que obsesionó a Felipe» ya desde que perdió las elecciones de 1979, aunque en la campaña de 1982 se había mostrado muy reservado respecto a quién pensaba incorporar a su círculo más íntimo una vez en el poder. Había que dar una sensación de solvencia intelectual, de preparación técnica y, sobre todo, de moderación. A González la palabra «revolución» le espanta, aseguran.

Conocí y traté a todos los integrantes de aquel primer gobierno, en el que, como dije, no había ninguna mujer —la presencia femenina en la política era muy reducida en la época, lo que sin duda era una más de las tristes herencias del franquismo— e incluso asistí, el 3 de diciembre de 1982, lógicamente como informador, a la toma de posesión de aquel primer gobierno en La Zarzuela.

Escribí una crónica frívola, para una ya desaparecida revista que me lo pidió, comentando cómo el rey Juan Carlos miraba a los zapatos de los ministros, sin duda para ver si su calzado se adecuaba a las normas de lo que *il faut*. Creo que solamente los mocasines castellanos de Javier Solana se compadecían con lo que podrían ser las exigencias

de la normativa «elegante» en el madrileño barrio de Salamanca. Tras tanto tiempo no podría ya asegurarlo, pero creo recordar que uno de los ministros, el de Sanidad y Consumo, aquel maravilloso personaje asesinado por ETA llamado Ernest Lluch, célebre por sus despistes y su machadiano torpe aliño indumentario, llevaba calcetines de colores diferentes.

Javier Solana con González y Carmen Romero, pudo haber sido presidente del Gobierno. Pero se fue a la OTAN. (Foto: Fundación Pablo Iglesias, Madrid).

He de coincidir con la apreciación que un día me hizo Ignacio Varela en el sentido de que muchos de ellos podrían haber sido perfectamente presidente del Gobierno: el propio Solana —que estuvo a punto de serlo, aunque me lo matizase en una conversación telefónica mucho después—, José María Maravall, Joaquín Almunia, Tomás de la Quadra, Javier Moscoso, Fernando Ledesma, Carlos Solchaga, Enrique Barón, el mismo Lluch o incluso Miguel Boyer, pese a su carácter poco «presidenciable» y su trayectoria algo polémica, o posteriormente Virgilio Zapatero, eran figuras política e intelectualmente de primer orden.

Otros, como José Barrionuevo, Julián Campo o Carlos Romero (¡¡un ministro de Agricultura que tenía pánico a volar en avión, y aún más pánico a los periodistas!!), me parecieron entonces más polémicos y prescindibles, o quizá menos conocidos. Y en cuanto a Narcís Serra, inicialmente encargado de Defensa, y que luego trepó hasta la vicepresidencia y estuvo también a punto de sustituir a Felipe González en la presidencia, confieso que siempre tuve mis recelos hacia su «inteligencia emocional» como presidenciable: él mismo me dijo que a veces le daba la impresión de ser «inodoro e insípido», porque nadie le prestaba mayor atención.

Del titular de Exteriores, Fernando Morán, diré que nunca comprendí que González le nombrase jefe de la diplomacia e imagen de España en el exterior: había leído su libro *Una política exterior para España*, con claros ribetes de inclinación hacia el tercermundismo, y me parecía que era lo que menos necesitaba un equipo al que los recelosos medios norteamericanos calificaban como de «jóvenes nacionalistas» y hasta «de izquierda radical».

De Morán, siendo yo presentador de un programa de Telecinco, guardo memoria de sus cabreos mundiales cuando algo que le preguntabas no le gustaba: un día, cuando faltaban exactamente quince segundos para el comienzo de una entrevista en directo, no sé qué le dije que me anunció que se marchaba del plató. «Pero si queda menos de medio minuto, Fernando», le supliqué. «Pues me marcho», me dijo. «Pues ¡márchate de una vez, porque el programa está a punto de empezar!», le grité, indignado. Se quedó finalmente, dejándome en un estado de nervios tal que creo que ya no acerté a dar pie con bola. Claro que peor fue otro día, en el que a un periodista que le hablaba sobre rumores acerca de su cese como titular de Exteriores le soltó: «¡Cáguese en mi madre, si quiere, pero no vuelva a decir que van a cesarme!».

Acabaron cesándole, desde luego. Y ese cese me costó un serio disgusto con mi periódico, *El País*. Porque, estando en una recepción en julio de 1985 con Félix Bayón, mi antecesor como corresponsal diplomático del periódico, envié una crónica nocturna anunciando que Morán iba a ser destituido de manera inmediata. Con consternación descubrí al día siguiente que en la portada del periódico se anunciaba que Morán era uno de los ministros que iba a seguir siéndolo en la remodelación que se anunciaba en los rumores como cercana.

A las pocas horas saltaba oficialmente la noticia: Fernando Morán era sustituido por Francisco Fernández Ordóñez, el hombre que había ocupado los cargos más relevantes para la transformación del país en tiempos de Adolfo Suárez, y que había pasado a su Partido de Acción

Democrática a las filas del PSOE. Tanto yo mismo como Bayón, un personaje fascinante cuya muerte prematura nos privó de un sin duda gran escritor, nos quedamos anonadados: no por primera vez, los «enterados» de lo que llamábamos «las alturas» del periódico imponían sus informaciones a los que estábamos sobre el terreno.

Durante varios días pensé en aceptar la oferta de Fernández Ordóñez, a quien admiraba profundamente, para irme con él a la subdirección de la Oficina de Información Diplomática. Debo decir que Juan Luis Cebrián, que se disculpó con rara humildad por lo ocurrido, me convenció, y menos mal, para que me quedase en el periódico, que acabé abandonando años después.

… Y luego estaba, claro, Alfonso Guerra

Y luego estaba, claro, el «número dos». Alfonso Guerra. Una personalidad absolutamente incompatible con llegar a presidir un gobierno, cosa que, por lo demás, estoy seguro de que él, persona inteligente y que se conocía bien a sí mismo, no apetecía: de hecho, inicialmente hizo correr que había rechazado la vicepresidencia porque se quería retirar de la política, tal como cuenta Alfonso Sobrado Palomares. «Alfonso ha escrito un brillante guion verbal sobre su desapego del poder y su ausencia de ambiciones terrenales, pero ese guion nunca lo ha representado en la vida real», escribe el expresidente de la agencia Efe. Y claro que Guerra acabó aceptando ir de «número dos» en partido y gobierno, faltaría más. Había acumulado méritos sobrados para ello.

Una parte de la historia de los sucesivos gobiernos de Felipe González está marcada por los enfrentamientos internos que desde muy pronto comenzó a tener con Guerra, personaje por lo demás de difícil definición, obsesionado con el poder por el poder y empeñado en marcar una «pauta izquierdista», más formal que otra cosa, al elenco gubernamental. Me contó Julio Feo que, en verdad y hasta donde él conoció, González y Guerra nunca fueron amigos: «Jamás los vi tomando una copa juntos».

No, Guerra no era, me dijo un día Maravall, gran enemigo suyo, la izquierda del partido frente a la derecha que podría estar representada por González. A Guerra incluso algunos de «sus» ministros, y pienso en Solchaga, en Boyer, en Maravall y probablemente hasta en Solana, le consideraban —aunque no lo decían demasiado alto, no fuese a ser que…— una suerte de histrión.

Un actor que inventaba su propio personaje. Alguien que quería obligar a los altos cargos a pasar las vacaciones «con un botijo y un pañuelo de cuatro nudos en la cabeza».

Para Guerra y sus partidarios, que pronto pasaron a constituirse en «guerristas», el gran peligro de desnaturalización del socialismo eran, sobre todo, «las tres eses»: Solana, Solchaga y Serra. Esa iba a ser, en esquema, la gran batalla interna del socialismo durante los trece años de poder de Felipe González.

Claro que la disciplina, en política, es algo fundamental, tanto en la oposición como en el gobierno. Y Guerra era, por vocación y por necesidad, quien habría de mantener la disciplina: «Quien se mueve no sale en la foto». Se rodeó para ello de algún cancerbero como Rafael *Fali* Delgado, una figura casi universalmente poco apreciada en el partido. Y, desde luego, también poco querida por nosotros, los periodistas. Fali intervino cuanto pudo —y pudo mucho— en la televisión pública y también, allá donde le fue posible, en los medios privados. Fue el jefe de Gabinete de Guerra durante años. Reconozco que un día escribí un artículo, difundido a través de una agencia y que se publicó en una veintena de periódicos, titulado «Los Falícratas», «que son los que tienen el encefaligrama plano». Me consta que no apreció —ni ha olvidado— el «humor», puede que demasiado sardónico, del texto.

Con todo ello quiere decirse que Guerra no era un personaje que cayera simpático, ni en su entorno ni, menos aún, en el de los profesionales de la comunicación, con algunas excepciones sinceras o bien agradecidas. Posiblemente, «Alfonso» fue el personaje al que, en el fondo, más aborreció Felipe González durante su mandato; más aún que a Nicolás Redondo, que le planteó, desde el mando del sindicato «hermano» UGT, innumerables quebraderos de cabeza.

La de Redondo, *Juan* en la clandestinidad, es una historia que corre paralela a la de Felipe González. El sindicalista podría haber sido seguramente, si lo hubiera querido, el secretario general del PSOE en Suresnes, en lugar de *Isidoro*. Pero, conocedor de sus evidentes limitaciones, no quiso. Traté de verle, hablar con él, en su retiro a los noventa y cuatro años, de la mano de su hijo y amigo mío Nicolás Redondo Terreros. El distanciamiento impuesto por la Covid hizo imposible este, para mí, emotivo encuentro.

Bobby Golden

Los «segundos escalones» del poder, es decir, los nombramientos inmediatamente posteriores a los de los ministros, suelen ser muy demostrativos de por dónde va a ir la política del gobierno. Tras los ministros fueron nombrados, casi en tromba, personajes como Ignacio Varela, Francisco Fernández Marugán, José Antonio Blanco, Mariano Pérez Galán, Juan Antonio Yáñez… También fue nombrado el periodista Eduardo Sotillos, con quien yo había coincidido en la Lisboa de la Revolución de los Claveles, secretario de Estado de Comunicación y portavoz del Gobierno. Por cierto, que, al dar cuenta de estos «segundos escalones», Sotillos inintencionadamente olvidó citar nada menos que a Julio Feo, que pasaba a ser oficialmente secretario general de la Presidencia y figura omnipresente al lado de González en los siguientes cuatro años.

Sotillos era un periodista cabal, que había dirigido Radio Nacional y había tenido el coraje, que no era poco en aquellos tiempos, de ir a dirigir un periódico «socialista» en el País Vasco. Un día le dije que se tomaba demasiado a pecho su trabajo en La Moncloa: pues naturalmente que no todos los periodistas comulgaban de manera unánime con el «cambio» socialista y desde luego que había críticas que dirigir al funcionamiento de la maquinaria monclovita.

Él no lo comprendió, y creo que sufrió enormemente en el desempeño de su cargo. Javier Pradera, en *El País*, hasta le llamó «marxista-leninista infiltrado en el gobierno», lo que casi le provoca un acceso de ansiedad. «Entonces tenía un problema que no tienen ahora: había muchos hijos de puta que repreguntabais». Y suelta una de sus carcajadas de gran tipo. Jamás dejó de ser el profesional serio y consciente al que apreciábamos quienes le conocimos, aunque en algunas ocasiones nuestras disputas fueron casi históricas. Le tocó anunciar su propio cese —él lo anticipó, presentando su dimisión a González— desde el atril de La Moncloa.

Sotillos, a quien alguna vez sorprendieron llamando «basura amarilla» a algunos clanes periodísticos, se encontró con algunas tensiones que no harían sino anticipar otras muchas, y mucho peores, que vendrían de los medios de comunicación. Cuando se expropió Rumasa, cuenta, recibió una llamada de Juan Luis Cebrián, director de *El País*: «Que el director de *El País* se haya tenido que enterar de esta noticia por la televisión me parece intolerable», le dijo al portavoz gubernamental. «Te has enterado al tiempo que el rey, el presidente del Congreso, el del Senado…», acertó a replicar Sotillos en medio de la bronca. «Pues a mí, eso no me lo ha hecho ni el rey», cortó Cebrián. Ahí quedaba eso, como un preludio de hasta qué grado iban a influir

algunos medios en las legislaturas que venían.

Dejo para el final a Roberto Dorado, un militante «de la primera hora» que fue nombrado director de Gabinete de Felipe González, tras protestar inútilmente porque él quería ser secretario de Estado y no subsecretario, como finalmente fue. Aquella había sido la primera «disputa de poder» en el bullicioso Gabinete «de fontaneros» de Felipe González, los hombres que ocuparon los despachos en La Moncloa. Y dijeron que fue *Fali*, secretario del vicepresidente Guerra, quien más se empeñó en ponerle la proa a esta ambición de Dorado, pese a ser ambos «guerristas» y Delgado, de alguna manera, su subordinado en La Moncloa.

Ignoro por qué, a Roberto Dorado le llamaban *Bobby Golden*, porque nunca he visto a una persona tan lejana de evocar la figura de un *gentleman* británico. Fue incapaz de asumir el papel que se le había reservado; más bien, se dedicó a escudriñar dosieres de amigos y enemigos y a propalar especies falsas de gentes que no le caían bien, a él o a su jefe, que no era otro que el propio Alfonso Guerra. Cuando abandoné *El País*, tuve algún problema con él en este sentido, hasta el punto de que le denuncié ante Txiki Benegas, en el PSOE, porque me había llegado que estaba propalando cosas a las que yo era por completo ajeno y que podrían constituir un delito de calumnia. Benegas me tranquilizó diciéndome algo así como que «estas cosas pasan, y hay que acostumbrarse a ellas». No mucho tiempo después, por cierto, él estuvo a punto de dimitir por algo semejante.

Solo años más tarde tuve ocasión de reencontrarme con Dorado, no mucho antes de su muerte, y preferimos ambos, creo, dejar pasar el ya viejo incidente. Pero el caso es que algo debió de quedar en algún registro monclovita, porque en uno de los libros de José Bono se «cotillea» que Felipe González se mostró extraordinariamente duro conmigo, cuando mi nombre salió a relucir en una conversación.

¿Y qué era lo que González le había dicho al político toledano? Años después, en un encuentro con Bono destinado a este libro, se lo pregunté: «Sugirió que te dedicabas a tareas que eran incompatibles con el periodismo», me dijo, sin poder o querer precisar más. Y es que La Moncloa, en ocasiones, puede ser una máquina de falsedades y complots varios. Y de picar carne de periodista. Jamás nadie concretó cuáles eran esas actividades «incompatibles con el periodismo», sencillamente porque no las hubo nunca, claro. Resulta imposible, me parece, ejercer el periodismo durante más de cincuenta años habiendo, al tiempo, desempeñado cualquier función no ya incompatible, sino siquiera ajena, a la profesión.

Por lo demás, incluso desde la atalaya privilegiada del

corresponsal político, y luego diplomático, de *El País*, se producían no pocos choques entre el periodista y las fuentes monclovitas. Ya he dicho, por ejemplo, que era buen amigo de Eduardo Sotillos y de Julio Feo —que inicialmente estaba destinado a ser el portavoz gubernamental, pero luego González cambió de opinión—. Pero los roces profesionales con ambos no eran infrecuentes, aunque luego hemos mantenido una magnífica relación durante todas nuestras vidas, hasta el punto de que Feo, hombre clave en el «despegue» de Felipe González, se convirtió en uno de mis principales referentes anímicos y en mi mejor amigo.

Cambio sí; revolución, decididamente no

¿Por dónde empezar a la hora de tratar sobre las muchas tareas que se abordaron en los casi catorce años de mandato, casi absoluto, de Felipe González? Ya he dicho que no es propósito de este libro adentrarse en un relato pormenorizado, porque ya otros, incluso «desde dentro» (Maravall, Solchaga, Solbes, Almunia, el propio Feo, entre otros varios), emprendieron y completaron con dignidad, hace tiempo, ese trabajo. Y en segundo lugar, porque mi objetivo era, es, establecer una comparación entre las distintas formas de entender el concepto de socialismo en los tres gobiernos que han tenido al PSOE como soporte a lo largo de los últimos cuarenta años.

Eso, sin contar con que tratar de abordar cuanto de relevante ocurrió en un mandato que incluyó el referéndum sobre la OTAN, el ingreso en la Comunidad Europea, el combate —tantas veces errado— contra el terrorismo etarra, las controversias, en ocasiones tan duras, con el sindicato «hermano», además de las transformaciones en materia judicial, militar, diplomática, educativa, mediática —se aprobaron las televisiones privadas— o laboral, desbordaría los límites de este y de cualquier otro libro.

Baste solo con decir que en los primeros seis meses del gobierno socialista se habían aprobado cosas tan significativas como la reducción de la semana laboral a 40 horas; garantizar un mes de vacaciones a los trabajadores; la expropiación de Rumasa; la reforma de las Fuerzas Armadas; la devaluación de la peseta o la ley del aborto. Además de que se empezó a completar el proceso de transferencias autonómicas. Y probablemente olvido alguna cuestión más.

Porque, en mi opinión, ningún otro mandato presidencial en

España, e incluyo el de Adolfo Suárez, tuvo tantos perfiles distintos, incluso tantas aristas, para bien y para mal, como el de Felipe González. Constructivo hasta 1992, en pleno declive desde entonces hasta 1996, cuando se produce la victoria de Aznar y el Partido Popular.

El proyecto socialista era nada más —y nada menos—que la «modernización» de España, no un intento de «transformación socialista». Nada podría haber asustado más a aquel primer gobierno de Felipe González que el hecho de que alguien hubiera podido sugerir una nacionalización de la banca o de sectores estratégicos. La promesa estrella en aquel primer programa electoral era la creación de 800.000 puestos de trabajo, promesa que ya algún ministro *in pectore* había sugerido que, por imposible de cumplir, no se hiciera. Tuvo que ser Solchaga, cuando presentó su programa de reconversión industrial, quien reconociese que la oferta electoral era incumplible, cosa que, por cierto, contribuyó a soliviantar aún más a los sindicatos contra el ministro.

La tesis, como me dijo un lejano día José María Maravall y luego sintetizó en una frase Santos Juliá, era «cambiarlo todo sin revolucionar nada». Era un programa vagamente regeneracionista que suponía un paso, no demasiado largo, con respecto a las transformaciones que ya habían iniciado los gobiernos de la UCD.

El *one*, el dos y el tres

Hay que insistir, por otro lado, en la tesis, cien veces demostrada, de que la decadencia de un gobierno «fuerte» se produce cuando el «número uno» se ve privado, por tensiones internas, de su «número dos». Ocurrió con Suárez y Fernando Abril Martorell, con Aznar y Rodrigo Rato, con Rajoy y sus dos peleadas «mano izquierda» y «mano derecha», Soraya Sáenz de Santamaría y María Dolores de Cospedal. Y, mucho más clamorosamente aún, sucedió, desde luego, con Felipe González y Alfonso Guerra. Los números «uno» —el *one*, según una grabación «pirateada» a Txiki Benegas, que también se refería irónicamente a «Felipe» como «Dios»— y «dos» del partido y del gobierno.

El proceso fue más lento, desde que Guerra se marchó —o le echaron, o mitad y mitad, que nunca el tema ha sido por completo pacífico— en 1991 hasta que González abandonó la secretaría general, seis años después. Pero aquellos últimos años fueron, sin duda alguna,

de un lento declive político y moral.

En un tercer plano se situó Narcís Serra. Encargado de la cartera de Defensa por González, hizo un buen papel llevando a los militares por la senda democrática. Asistí, con algunos compañeros, pocos días después de la toma de posesión del gobierno, a aquella misa de campaña célebre en la que González y Serra, muy firmes, trataban de acompasarse a los movimientos de la ceremonia religiosa celebrada con motivo de la Inmaculada Concepción en la División Acorazada Brunete de El Goloso, a menos de 30 kilómetros de Madrid, donde se había jugado un muy peligroso papel en la «intentona» del 23-F. La tensión volaba sobre nuestras cabezas, pero, en ese momento, muchos comprendieron que el militar había dejado de ser el gran problema de España. No mucho después, se aprobaba la Ley Orgánica de la Defensa, que establecía que el mando directo de las Fuerzas Armadas pasaba al presidente del Gobierno.

Pero Serra, cuya ambición por llegar a la Presidencia del Gobierno era patente para todo el mundo, y que a punto estuvo de conseguirlo, no era el «número tres», aunque estuviese en un tercer plano. Ni lo eran Boyer o Solchaga, dos de los grandes enemigos de Guerra, y que protagonizaron no pocas escaramuzas contra el vicepresidente, y viceversa. A mi entender, el «número tres» de aquel gobierno no era ni siquiera ministro y jamás se había ocupado de tareas administrativas.

Era, ya digo, el hombre que, seguramente, de haberlo querido, hubiese sido y representado lo que fue y representó Felipe González. Ejercía de modo exhaustivo en lo suyo, en el sindicato en el que siempre estuvo y en el ambiente socialista vasco en el que siempre se movió. Hablo, claro, de Nicolás Redondo Urbieta. La persona que más dolores de cabeza provocó a Felipe González.

19

TRANSFORMAR UN PAÍS ES COMPLICADO

La Iglesia entra en liza

El triunfo del PSOE en las elecciones del 28 de octubre de 1982 se produjo en un contexto social y político inmejorable, que muy difícilmente volverá a repetirse en la democracia española. Además de la victoria cuantitativa que le proporcionó una enorme mayoría absoluta tanto en el Congreso de los Diputados como en el Senado, obtuvo el apoyo popular más entusiasta que se haya conocido en España, mientras los grupos opositores resultaban casi irrelevantes.

Por la derecha, el crecimiento de Alianza Popular, capitaneada por el exministro franquista Manuel Fraga Iribarne, se quedaba muy lejos todavía de encarnar una alternativa. Y por la izquierda, el Partido Comunista de España (PCE) se desplomó hasta el 3,8 por ciento de los votos y contó con solo cuatro diputados, consecuencia directa de la crisis desencadenada en el PCE por Santiago Carrillo al expulsar a los sectores más renovadores, muchos de los cuales se pasaron con armas y bagajes al PSOE.

La ilusión por el cambio era obvia. Pero, excepto en la marcha hacia el europeísmo y en paralelo a la aceptación de la OTAN, González había decidido no apretar demasiado el acelerador, una prudencia, a mi juicio no excesiva, que, sin embargo, fue criticada desde algunos sectores de la izquierda comunista e incluso afín al socialismo: «El cambio prometido y anhelado habría consistido en superar progresivamente las rémoras con las que necesariamente se había tenido que fraguar la democracia. En lugar de esto, Felipe González resumió el cambio en hacer “que España funcione”; célebre sentencia que, como tantas otras del mismo autor, no expresaba ideas,

sino actitudes», comentó el exdirigente sindical Antonio Gutiérrez cuando le pedí una revisión de los años de gobernación socialista, parte de la cual, referida a Zapatero, se publica en la parte anterior de este libro.

«Por ejemplo», continúa el exsecretario general de CCOO, «lo que pudo ser una necesidad coyuntural para extender la educación al conjunto de la población, cuando aún era insuficiente la red de escuelas públicas, quedó consagrada como política de Estado en concertarla con colegios privados pertenecientes a instituciones religiosas en su práctica totalidad; lo que, además de consolidar la secular preeminencia de la Iglesia católica en la enseñanza, ha terminado degenerando con los sucesivos gobiernos de la derecha en un deterioro de la escuela pública que a estas alturas se antoja irreversible», concluye, quizá un tanto pesimistamente, mi analista invitado.

No sé si estoy demasiado de acuerdo con la visión, por otro lado siempre lúcida y crítica, de Gutiérrez. La batalla, especialmente contra las reformas en educación y justicia, tuvo un alto índice de calor en el Parlamento (y en la calle), para no hablar de la que, desde la izquierda sindical, se propició en los temas laborales. Lo cierto es que el primer ministro de Educación socialista en casi medio siglo, José María Maravall, una persona altamente competente en cuanto a elaboraciones teóricas y muy cercana a González, se encontró un panorama en el que si no todo, sí había mucho por hacer.

La universidad, por ejemplo, estaba regida por la Ley de Ordenación Universitaria de 1943. Suárez había tratado de remediar esto entregando la universidad a elementos progresistas, mientras la enseñanza primaria la puso, en parte, en manos de la Iglesia. Lo que Maravall pretendió, me contaba, fue hacer coexistir una enseñanza privada y una enseñanza privada religiosa, amén de la pública.

Un equipo de presidentes. Aunque sin ninguna mujer, el primer Gobierno de Felipe González fue calificado como «lleno de presidenciables, por su talla política». Sin embargo, algunos ministros, como Solana, Solchaga, Maravall y, sobre todo, Serra, eran las «bestias negras» del guerrismo y de Nicolás Redondo. (Foto: Fundación Pablo Iglesias, Madrid).

La Iglesia no entendió muy bien lo que Maravall pretendía con su LODE (Ley Orgánica del Derecho a la Educación) y llevó la discrepancia desde la «batalla de los catecismos» —que coincidió con el debate sobre el proyecto de ley del aborto, otro punto innegociable para la jerarquía católica— hasta la calle. Maravall emprendió una cruzada «por la igualdad de oportunidades» en la educación, pero jamás pudo consensuar la LODE con la «otra parte», que, pese a los avances de La Ley General de Educación de 1970, «seguía siendo una educación muy, muy carca y muy poco tolerante».

Por cierto, que no fueron solamente asociaciones católicas de padres y religiosos quienes se manifestaron en contra de la política educativa del ministro Maravall. Una vez superado el trance del referéndum de la OTAN —que no fue poco superar—, miles de

estudiantes se lanzaron a masivas y violentas revueltas al rumorearse que el Ministerio pretendía suspender los exámenes de septiembre (cosa que, por cierto, Maravall jamás pensó hacer).

Fueron días cercanos a la Navidad en los que un naciente sindicato de estudiantes, liderado, se dijo, por jóvenes trotskistas que habían militado en las Juventudes Socialistas, convocó manifestaciones especialmente violentas en los alrededores del caserón que alberga al Ministerio de Educación, en la calle de Alcalá. «Maravall, dimisión, por fascista y por cabrón», se leía en las pancartas, que me consta que dolieron mucho al ministro, mientras Jon Manteca, «el cojo Manteca», cuya imagen dio la vuelta al mundo, lideraba comandos que destrozaban, porque sí, farolas y mobiliario urbano.

Jamás iba a llegarse en España a un consenso sobre una ley educativa, y cada gobierno iba, así, haciendo su propia ley, que el siguiente gobierno sustituía por su propio proyecto, con los males que de ello se han derivado para la enseñanza en España. Quiero decir con ello que la tarea que cayó sobre los hombros de Maravall no fue fácil y que exigir «avances socialistas» más significativos era algo punto menos que imposible en aquellos momentos. De todas formas, en el haber de Maravall se encuentra, dice con orgullo, haber aprobado quince decretos, los estatutos de todas las universidades, haber comenzado el proceso de descentralización de la educación en las autonomías, la LODE, la Ley de Reforma Universitaria (LRU), la aprobación del decreto de becas…

«Montesquieu ha muerto»

Y el cambio en la Justicia, dice Antonio Gutiérrez, «tampoco llegó por el impulso decidido desde el gobierno, sino por el de los propios juristas demócratas, que, con gran coraje, habían intervenido ante los tribunales franquistas. Sus esfuerzos se vieron en parte frustrados cuando aquel gobierno inauguró el método de reparto pactado con la oposición derechista de las áreas de gobierno de los jueces y por ende de los principales tribunales de la nación; reparto que solo por el continuismo de la judicatura anterior a la democracia y sin otro mecanismo de renovación que la paliase no ha dejado de otorgarle la mayoría a las asociaciones más conservadoras de la magistratura».

Tampoco puedo estar del todo —sí en parte— conforme con esta visión general de lo que fue la tarea en Justicia iniciada por Fernando

Ledesma y continuada, con cuantos altibajos se quiera, por otros varios ministros de mayor o menor fuste. También en este campo se partía de una situación que necesitaba un obvio desarrollo de la Constitución en todo lo que se refería al Poder Judicial y al propio funcionamiento de la Justicia.

Como me recordó Ledesma en una conversación en el Consejo de Estado, que presidió y del que actualmente forma parte, es cierto que la UCD había abordado algo el desarrollo de los derechos fundamentales y las garantías jurídicas de los ciudadanos, «pero solo en una pequeña parte». «Lo que estaba en juego era el proceso de modernización del Estado», escribe Ledesma, que fue vocal del Consejo del Poder Judicial, en el monumental libro *La memoria recuperada*, de María Antonia Iglesias.

Quizá lograr una configuración más democrática del Consejo del Poder Judicial fue uno de sus principales retos, atribuyendo al Congreso y al Senado el poder de decidir fundamentalmente su composición, cumpliendo siempre el requisito de la Constitución en el sentido de que doce de los veinte miembros tenían que ser jueces y magistrados. Lo cierto es que, desde entonces, cada renovación del gobierno de los jueces ha estado sometida a tensiones y polémicas sin cuento, hasta el punto de que, con Pedro Sánchez, esta renovación llevaba estancada, en el momento de escribir este libro, casi cuatro años. Un récord.

Cierto que Alfonso Guerra no ayudó mucho a aminorar la polémica suscitada por lo que desde Alianza Popular se consideraba «un intento de politización de la Justicia». En un momento determinado, el «número dos» dejó para el mármol una de sus frases célebres: «Montesquieu ha muerto», sentenció, comentando que la pervivencia de los jueces «franquistas» había acabado. Y se quedó en su paz.

Otra de las reformas más polémicas, que desató el furor eclesial en las calles y en las tribunas, fue la aprobación del aborto en tres supuestos: malformación del feto, violación y grave riesgo físico o psicológico para la madre. Era una ley moderada en comparación con la normativa vigente en otros países a los que las mujeres españolas acudían a abortar. Fue recurrida por Alianza Popular ante el Tribunal Constitucional, que acabó dando la razón al gobierno. Era, por lo demás, una ley que claramente iba a necesitar un desarrollo ulterior.

Claro que Ledesma, un toledano con vieja sabiduría, intuía, y lo dice, que la polémica iba a ser larga y que su solución iba a contar con resistencias. «Sabíamos que hacíamos algo que, con el tiempo, sería insuficiente», me dijo. Y quizá esta frase resuma la tónica de lo que

fue la actuación del felipismo durante los años de su mandato. Estaban solucionando el presente, pero, como mucho, apenas pavimentando el camino hacia el futuro. Y, desde luego, la «revolución judicial» que precisa España sigue, tras todos estos años, clamorosamente pendiente. Pendiente, sobre todo, de un acuerdo transversal entre los partidos políticos, que debería haber comenzado a sustanciarse tan tarde como a finales de 2022 entre Pedro Sánchez y el líder de la oposición, Alberto Núñez Feijóo.

Sí, transformar un país es complicado, como Felipe González y sus ministros pudieron pronto apreciar. Extender el Estado de bienestar no fue fácil —en 1986 se aprobó la Ley General de Sanidad—, como no lo fue culminar la construcción del «Estado de las autonomías», a mi juicio aún hoy no completado. Ni resultó sencillo sanear la economía ni establecer un sistema fiscal más justo. Nada de todo esto iba a lograrse plenamente, pero se dieron indudables pasos hacia un cambio para mejor, lo que no era ni la «revolución socialista» que, en el fondo, nadie temía porque todos sabían que no se llevaría a cabo, ni tampoco dejar a España como para que no la reconociera ni la madre que la parió, como dijo Guerra.

El triste sino de los ministros de Interior

Otro campo «olvidado» en los propósitos reformistas de aquel primer gobierno socialista —y de los siguientes— fue el de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, más en concreto la Policía que la Guardia Civil. Ni tan siquiera se pidieron depuraciones de responsabilidades a los mandos policiales que habían dirigido la Brigada Político-Social franquista. De hecho, el funcionamiento del Ministerio del Interior no fue la parte más afortunada del periodo «felipista». Y conste que no me refiero solamente al desdichado episodio de los GAL en la lucha contra ETA.

En este departamento se produjeron incluso dos sonadas dimisiones: una, la de José Luis Corcuera, tras haber anulado el Tribunal Constitucional un artículo —en realidad, una sola palabra— de su Ley de Seguridad Ciudadana o «ley de patada en la puerta» (1993). La otra, la de Toni Asunción, que sucedió a Corcuera y dimitió seis meses después (mayo de 1994) tras la pintoresca fuga del exdirector de la Guardia Civil Luis Roldán, cuya búsqueda y captura resultó más pintoresca aún.

Con Corcuera, un carácter fogoso, por decir lo menos, y cada vez

más distanciado de su partido, tuve algunos incómodos encontronazos cuando, años después de su salida del gobierno, compartíamos tertulia en la Cadena 13 de televisión. El exministro, que acabó anunciando que rompía su carné de militante del PSOE —ignoro si efectivamente acabó haciéndolo—, no había olvidado algunas informaciones que publiqué a propósito de su uso de fondos reservados de su ministerio y mis críticas a «su» ley de Seguridad Ciudadana, una norma quizá tan excesiva, a mi juicio, como la que alumbró veintitrés años después el Partido Popular de Rajoy.

Por cierto que Sobrado Palomares, entonces presidente de la agencia Efe, supo que González había barajado la posibilidad de nombrar ministro del Interior, en lugar de a Corcuera, al que fue vicepresidente con Adolfo Suárez, Fernando Abril Martorell, que al parecer rechazó el ofrecimiento por cuestiones fundamentalmente económicas. No sería la última vez que González intentara nutrir sus equipos con no militantes del PSOE e incluso con militantes de otras formaciones. Lástima que jamás llegasen a cumplirse sus mejores propósitos.

La sucesión de Corcuera estuvo a punto de ser traumática. Porque se produjo en medio de una pelea entre bastidores de aspirantes al cargo como Luis Roldán, entonces director general de la Guardia Civil; Rafael Vera, secretario de Estado de Seguridad —y que odiaba abiertamente a Roldán, de quien ya se vio que con motivos desconfiaba— y el exfiscal general del Estado Eligio Hernández, alias *el Pollo del pinar*, pues así le conocían en los ambientes de la lucha canaria.

Aseguraron que González consideró seriamente nombrar ministro a Roldán, lo que, a la vista de lo que sucedió posteriormente, hubiese sido un tremendo, irreparable, error. Porque un complicado entramado de *vendettas* que derivaron en filtraciones periodísticas descubrió que el director de la Guardia Civil era un personaje corrupto a más no poder, un hortera que se fotografiaba en juergas alcohólicas —ni siquiera orgías— en calzoncillos. Alguien claramente indigno de encabezar un cuerpo de 70.000 servidores públicos del orden. Ya digo que su fuga merecería un *thriller* de Netflix, que Pilar Cernuda y yo vivimos casi en directo, en continuo contacto aquella noche con el titular de Interior, Antoni Asunción, y que hizo dimitir al pundonoroso ministro cuando «perdió» al director de la Benemérita.

Porque, finalmente, el elegido por González para reemplazar a Corcuera había sido Antonio Asunción, hasta entonces un buen director de Instituciones Penitenciarias, que estaba realizando una gran labor, de la que alardeaba, desmoralizando a los presos de ETA.

Con Toni Asunción mantuve una magnífica relación desde que ejercía (1988) como responsable de prisiones. Siempre sospeché que, ya como ministro, algunos elementos de la lucha antiterrorista, acusados de emplear métodos cuando menos cuestionables, mantenían actitudes recelosas hacia Asunción, sobre todo desde el cuartel de Intxaurrondo, donde se aseguraba que se practicaban formas no muy correctas de lucha contra el terrorismo, incluyendo algún caso de tortura.

Un día, muerto de risa, Asunción nos enseñó a Pilar Cernuda y a mí la trascripción de una conversación que los tres habíamos mantenido mientras almorzábamos en La Ancha, un restaurante al lado del Congreso. «Hasta a mí me espían», nos dijo, quitándole importancia a un asunto que, a nuestro parecer, sí la tenía. De hecho, Cernuda y yo constatamos varias ocasiones en las que los hombres del «coronel de Intxaurrondo», el polémico Enrique Rodríguez Galindo, que acabaría procesado y condenado nada menos que a 71 años de cárcel por el secuestro de Lasa y Zabala (murió en 2021) y por conductas «irregulares» en los métodos de lucha contra ETA, habían seguido y vigilado a Asunción.

Asunción dimitió el día en el que Luis Roldán, presunto autor de al menos media docena de delitos al frente de la Guardia Civil, era buscado por la policía sin éxito: se había fugado y su búsqueda acaparó buena parte de los afanes posteriores del sucesor de Asunción, Juan Alberto Belloch, otro personaje a quien tuve ocasión de tratar bastante informativamente.

Belloch fue el recambio apresurado para Asunción. Pero entonces era ya ministro de Justicia, y se negaba, hasta haber completado la reforma del Código Penal que había emprendido, a abandonar esta cartera, y menos para reemplazarla por la de Interior. Que era una auténtica patata caliente, con nada menos que el exdirector de la Guardia Civil en fuga, los coletazos de los últimos procesos de los GAL, ETA y hasta el Grapo. Y las patentes disensiones entre policía y Guardia Civil, para no hablar ya de los servicios secretos, empeñados todos en apuntarse en exclusiva los éxitos. Demasiado para un magistrado que se había limitado, hasta entonces, a caminar por los cauces de la ley. E Interior era otra cosa.

Inicialmente, Belloch trató, incluso, de desviar el nombramiento hacia Narcís Serra. «Sería un buen ministro de Interior», le dijo a González, ignorando que el presidente tenía otros planes para el catalán. Finalmente, y siguiendo un modelo anglosajón, González transigió con que Belloch se convirtiese en biministro de Justicia y de Interior, una bicefalia que el magistrado diseñó en su afán, dicen, de alejar a Baltasar Garzón, que pretendía el puesto, de una cartera tan

importante.

Y es que Garzón, la «gran novedad» de la campaña electoral de 1993, era ya entonces una figura polémica dentro de un PSOE que jamás le vio con buenos ojos, pese a la gran acogida que le propició Felipe González. Iba a ser una auténtica pesadilla para su mentor. Entre otras cosas, porque el controvertido «juez estrella» había decidido poner en marcha su *vendetta* al no lograr alcanzar del gobierno de Felipe los favores apetecidos. Aún hoy, apartado él de la Magistratura, Baltasar Garzón, pareja sentimental de la actual fiscal general del Estado, Dolores Delgado, otra figura no pacífica, mueve «demasiados hilos». Lo dicen incluso miembros del gobierno de Pedro Sánchez, que a Garzón se la tienen jurada desde hace tiempo.

Así que Belloch, rodeado de secretarias de Estado tan significativas como Margarita Robles en Interior y María Teresa Fernández de la Vega y Paz Fernández Felgueroso en Justicia, asumió ambas carteras, que muchos podrían pensar que son antagónicas, aunque ya digo que no es la confrontación entre ambas, sino todo lo contrario, el modelo anglosajón frecuentemente puesto en práctica.

A Belloch le tocó la persecución y captura de Luis Roldán, tras algún pasaje lamentable, como que dos periodistas de *El Mundo* localizasen al huido director general de la Guardia Civil en París cuando el gobierno no tenía ni idea de dónde se encontraba. Claro que no menos lamentable fue el hecho de que se encargase su localización y captura a un agente *free lance*, un tipo cuestionable y misterioso, Francisco Paesa, que, tratando de desaparecer, llegó a publicar su propia esquela en *El País* tras haber cobrado una importante cantidad —se citaron desde trescientos millones de pesetas a «tan solo» 50— por la localización y captura de Roldán en Laos.

Una operación rocambolesca cuyos últimos detalles probablemente tampoco conoceremos jamás. Pregunté a Belloch, ya jubilado en febrero de 2022 como magistrado, qué sabía del «agentazo» Paesa: ¿estaba vivo? «Tiene que estar vivo, porque, si no, habría dejado algún tipo de huella», me dijo el exbiministro, tras reconocer que información oficial al respecto no tenía ninguna. Pensé que posiblemente el ministro del Interior del momento en el que se escribía este libro, Fernando Grande-Marlaska, tampoco la tenía. Quizá la verdad oficial ya no importe, como ha ocurrido con tantas otras cuestiones.

Paesa ha sido uno de esos seres neblinosos que han pasado por los «servicios paralelos» españoles y que sin duda tendrían mucho que contar… si no fuese porque de no contarlo depende su bienestar actual, esté donde esté. Y porque ya digo: las fuentes que podían

profundizar en este asunto, algo sonrojante para las Fuerzas de Seguridad, aún hoy permanecen mudas.

En todo caso, me dijo Belloch tras muchos años retirado de puesto oficial alguno —pasó por el Ayuntamiento de Zaragoza, de donde salió en junio de 2015, tras doce años en el cargo—, «ser ministro del Interior entonces en este país no era ninguna perita en dulce». Y a él le tocó vivir de pleno una etapa que Pilar Cernuda y yo resumimos en un libro, *Crónicas de la crispación*, que respondía a una época verdaderamente desazonadora.

«La detención de Roldán ha sido ejemplar y brillante», dijo Felipe González —quien antes había garantizado «la honradez» del director de la Guardia Civil—. Lo dijo después de que Belloch tuviese incluso que repetir una rueda de prensa para «puntualizar» algunos datos que habían quedado poco claros, o muy oscuros, en la comparecencia del día anterior, criticada incluso por las asociaciones de jueces. Una de las cuales, alegando que no se habían respetado todas las garantías del capturado, llegó a pedir ¡que se pusiese en libertad al exdirector de la Benemérita! Menos mal que las aguas volvieron a su cauce y a la sensatez algunas horas después…

La historia, nunca completada, de los GAL

Pocas veces como entonces se pusieron de manifiesto las rivalidades y los celos entre los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado —incluyendo al CESID— por atribuirse méritos, bien en la lucha contra ETA, bien en casos concretos como la captura de Roldán. La policía llegó a estar de moda: en el libro *Lo que nos queda de Franco*, retratábamos quiénes eran y de dónde venían muchos responsables de esos Cuerpos y Fuerzas, un retrato que provocó un enfado considerable de Belloch. Al biministro no le gustó cómo se trataba a determinados miembros de la cúpula policial, de quienes se recordaba su paso por la Brigada Político-Social del franquismo (incluyendo, claro, al famoso *Billy el Niño*, que tanto se pavoneaba pistola en cinto, ante los estudiantes, en plan chulesco, como si entrase en un *saloon* del *Far West*. Fui testigo de ello en la Facultad de Derecho. De ahí el apodo).

En el libro se hablaba de Paco Álvarez, un policía muy cuestionado incluso por sus compañeros, y ya se citaba entonces al policía José Villarejo, que se hizo tristemente célebre —y más que se iba a hacer— por el «informe Veritas», supuestamente destinado a

desprestigiar al juez Garzón, quien, sin embargo, años después dijo mantener «una buena relación» con el encarcelado comisario. Y se daban otros nombres que tendrían menos relieve después. Todo un culebrón.

No podemos olvidar, para completar el panorama, que el primer titular de Interior del «felipismo», José Barrionuevo, antecesor de Corcuera, fue condenado por la Sala Segunda del Tribunal Supremo a diez años de prisión por el secuestro del ciudadano hispano-francés Segundo Marey, reivindicado por la organización terrorista GAL, Grupos Antiterroristas de Liberación.

En septiembre de 1998, cuando el PSOE hacía dos años que no gobernaba, y despedidos a la puerta de la cárcel de Guadalajara por el propio Felipe González, por Ramón Rubial, Bono, Chaves y Borrell, entre otros, Barrionuevo y Rafael Vera, exsecretario de Estado de Seguridad, ingresaban en prisión, donde cumplirían algunos meses de internamiento efectivo.

Si hubo algún asunto que enturbió las aguas durante los años de mandato de Felipe González, ese fue el de los GAL. Que no era sino una derivada desesperada, descontrolada, de la lucha contra el terrorismo de ETA, que mataba y secuestraba sin que nadie le pusiese freno. Quizá ya en julio de 1983 se elaboró en el CESID la llamada «acta fundacional» de los GAL —de eso se habló mucho cuando se analizaron los llamados «papeles de Perote»—, en la que se examinaba la posibilidad de llevar a cabo acciones «de guerra sucia» en el sur de Francia ante la falta de colaboración en la lucha antiterrorista por parte del país vecino.

El secuestro en Francia, en octubre de 1993, de los presuntos terroristas Lasa y Zabala, cuyos cuerpos aparecieron calcinados en 1995, pudo marcar un hito especialmente lamentable en las actividades de los GAL. Fue este un caso que iba a complicarse en los juzgados, primero investigado por el juez Carlos Bueren, que acabó retirándose, quizá molesto por la deriva que tomaban las cosas en la Audiencia Nacional, a la que había regresado, desde la política, Baltasar Garzón. Un regreso que no gustó a todos los togados, desde luego. Ya entonces Bueren estaba distanciado de su examigo —ambos estuvieron, entonces en plena armonía, cenando un día en mi casa junto con Ventura Pérez Mariño— Garzón, que, con sus alianzas y enemistades con otros togados, iba a marcar toda una época en los banquillos.

A Bueren le sustituiría Javier Gómez de Liaño, otro magistrado más que polémico que protagonizó una lamentable actuación tratando de procesar sin demasiado fundamento al fundador de *El País*, Jesús

de Polanco, y a su director, Juan Luis Cebrián. El tándem de Gómez de Liaño con la fiscal María Dolores Márquez de Prado marcó toda una era en los despropósitos judiciales, en los que, sin duda, el máximo protagonismo correspondió a Garzón.

No quiero hacer aquí el «contralibro» de una obra vergonzosamente hagiográfica que escribió mi compañera Pilar Urbano a propósito del «juez estrella» o «juez justiciero», o «juez campeador», como le llamó el periodista Miguel Ángel Aguilar. Pero no queda otro remedio, para resumir, que decir que Garzón es una de las varias figuras con actuación enormemente polémica en los juzgados, en un periodo no menos polémico de nuestra vida política, en la que los movimientos orquestales en la oscuridad hicieron que todo valiese para tratar de derrocar a Felipe González.

En 2012, la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo decidió, por unanimidad, condenar a once años de inhabilitación y expulsar de la carrera judicial a Garzón, entonces titular del Juzgado de Instrucción Central número 5 de la Audiencia Nacional. La sentencia del TS era muy dura con el que había sido «juez estrella» en el «caso Gürtel», en la lucha contra ETA y en numerosos otros asuntos muy polémicos en la vida nacional: se le acusaba de «arbitrario» y «totalitario» y de propiciar «prácticas propias de sistemas políticos ya caducados» al ordenar intervenir comunicaciones de los procesados con sus abogados en la cárcel.

Garzón ha tenido, y tiene, sus defensores y sus detractores. Personalmente, compartí con él alguna experiencia, cuando era comisario antidroga, una experiencia que me decepcionó en lo personal y me alejó de él. Pero toda esta es, también, una parte de la historia no completa del «lado extraño» del mandato de Felipe González. Quizá, si de veras se decide a escribir sus memorias, el expresidente se atreva a llegar hasta las últimas ramificaciones de lo que él llamó «la conspiración». Y de cómo le hizo frente.

Luis Hens, el hombre de la «obediencia debida»

El 4 de diciembre de 1983 tres mercenarios secuestraron en Hendaya a Segundo Marey, cuando en realidad pretendían capturar al etarra Mikel Lujua. Un error sonado, que muchos sitúan, junto al «caso Lasa y Zabala», en el inicio de las actividades de aquellos grupos «antiterroristas», indudablemente parapoliciales, que actuaban por su cuenta y al margen de la legalidad —y no por primera vez, por cierto,

con el gobierno de González: antes, y desde 1975, habían proliferado las acciones «oscuras» contra miembros de ETA—. Y, no lo olvidemos, los GAL fueron responsables de 27 asesinatos, muchos de los cuales reivindicados por ellos con sus siglas y su emblema.

Tuve oportunidad de conocer bien los pormenores de aquel secuestro, porque, cosas de la vida, me hice bastante amigo de uno de los policías nacionales encargados de la custodia de Marey en una cabaña destartalada en un solitario paraje de Cantabria. Luis Hens, un hombre amable, al que la vida le había llevado a ser policía y el destino le había conducido de su Córdoba natal a desempeñar su función en el País Vasco, fue, junto al también policía Juan Ramón Corujo, el hombre a quien ordenaron la custodia del aterrado Marey, un ciudadano francés que nada tenía que ver con ETA o sus ramificaciones.

Los momentos que me narró Hens, hijo de un senador del PP por Córdoba, persona íntegra que siempre creyó, me dijo, que estaban custodiando a un etarra, me llevaron a pensar en serio en escribir una novela y quizá el guion de una película. El más débil que siempre paga el pato y todo eso, cosas que jamás hice quizá por la falta de talento necesario, acaso por no encontrar la oportunidad adecuada. Juzgado en 1998 por el Tribunal Supremo, porque entre los procesados estaba el aforado José Barrionuevo, el «caso Hens y Corujo» provocó una condena contra España del Comité de Derechos Humanos de la ONU. Este Comité apreció que los dos policías, miembros a la sazón de la Brigada de Información de la Jefatura de Bilbao, se vieron sometidos a una indefensión por haber sido privados de su derecho a que su condena fuese revisada por un órgano judicial superior.

Condenado a cinco años, nunca le apreciaron la eximente, ni la atenuante, de estar cumpliendo órdenes. Y Hens, tras la estancia en la cárcel, perdió su carrera policial y hubo de dedicar el resto de su vida a buscarse trabajos varios que le permitieran mantenerse dignamente. «Los dos agentes jugaron un papel de meros peones a los que tocó compartir con su víctima tediosos días de espera, noches invernales y latas recalentadas de fabada para no perecer de inanición», se decía en un alegato de la defensa. Hens, hombre de campo, era el encargado de encender la rústica chimenea de la cabaña para impedir que Marey, que había sido secuestrado en pijama, se muriese de frío.

Uno de los más conmovedores relatos que Hens me hizo fue el del viaje que Corujo y él, acompañados de sus esposas, realizaron a Hendaya, una vez cumplidas sus penas de prisión, para pedir perdón a Segundo Marey, quien, me dijo, los había recibido desconfiado, aún

atemorizado. Y fue ahí donde entendí el terrible drama que habían significado los GAL, una enorme violación de la legalidad que se quiso justificar en el combate contra lo que entonces, y durante cuarenta años, fue la pesadilla de tantos españoles, el terror implantado por la banda ETA.

Junto a Hens, Corujo y Barrionuevo, se vieron implicados en aquel juicio Rafael Vera, Julián Sancristóbal, Ricardo García Damborenea, el ya citado Francisco Álvarez, Miguel Planchuelo, Francisco Amedo, Michael Domínguez, Francisco Sáiz y Julio Hierro. Es decir, una buena parte de la cúpula de Interior y de los colaboradores, incluyendo el socialista —que luego abandonó el PSOE — García Damborenea, que se vieron implicados en la organización, desarrollo y acciones de los GAL. ¿Eran estos todos? ¿Hasta dónde se extendían las responsabilidades por los asesinatos de la banda anti-ETA, que, lógicamente, suscitaba las simpatías de una parte de la población, harta del terrorismo etarra?

Esa, hasta dónde se extendían las responsabilidades, fue una especulación que se mantuvo durante todo el «felipismo» pretendiendo implicar al propio González. El tema constituyó uno de los factores de la enorme crispación de toda esta era, implicando de lleno a sectores periodísticos —al fin y al cabo, fueron investigaciones periodísticas las que desvelaron la existencia y crímenes de los GAL— y judiciales. Y claro, a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado.

Como tantos otros compañeros, muchas veces intenté esclarecer hasta dónde podría, o no, llegar esta «X», el misterio de dónde se hallaba la última fuente de poder de los GAL, la mano que mecía esta terrible cuna. Hablé alguna vez con Barrionuevo, varias con Vera, un par de ellas con Amedo y hasta alguna con Baltasar Garzón, que se convirtió, de aliado de Felipe González, en su implacable perseguidor y en colaborador de las investigaciones de *El Mundo*.

También recuerdo que en una ocasión le pregunté al propio González acerca de las informaciones que iban apareciendo, sobre todo en el diario *El Mundo*, y el presidente las desdeñó como parte de una campaña contra él, aunque no puedo recomponer ahora sus palabras textuales. Me pareció que no le daba, al menos ante mí, una excesiva importancia.

Nunca pude, en suma, sacar gran cosa en claro, entre otras razones porque eran otros, sustancialmente desde *El Mundo* de Pedro J. Ramírez, quienes llevaban con mayor dedicación y medios, y con otros métodos, las investigaciones. Y porque sus fines, digámoslo así, a veces iban más allá del esclarecimiento periodístico de tan fangoso asunto: se trataba de dar una lección al poder.

Como tantas veces ocurre en España, en torno al «caso GAL» —y, por tanto, en torno a los jueces que tenían relación con él— las cosas eran blancas o negras. Si determinada persona del ámbito del PSOE «duro» pensaba que algún periodista dudaba respecto de algunas actitudes de Rafael Vera, de inmediato le calificaban como seguidor de Garzón y casi como enemigo de la lucha contra ETA. Si a ese periodista se le notaba irritación con las cambiantes posiciones de Amedo y Domínguez, en el acto le colocaban en el «bando» de Barrionuevo. ¿Que alguien expresaba algunos reparos acerca de alguna actuación de Baltasar Garzón en el curso de su instrucción?, pues los «puros» atacaban achacándole ser cómplice de los GAL, más o menos; y eso, cuando no sugerían que había cobrado fondos del Ministerio de Interior.

El papel de Rafael Vera

El trabajo de los periodistas en la era del declive del imperio felipista ha sido especialmente difícil, dicho sea —una vez más— en descargo parcial de las muchas culpas que compartimos todos los miembros de la profesión. Se convirtió en una búsqueda constante de información en unos niveles que hasta entonces la mayor parte de los profesionales de la comunicación no había frecuentado. Gentes de escasa catadura moral, desde policías a banqueros, pasando por ciertos jueces y fiscales, irrumpieron en escena, convirtiéndose en imprescindibles para entender algo de lo que estaba pasando… o para ocultar mucho de lo que había pasado.

Mantuve un cordial almuerzo con Vera muchos años después, en el otoño de 2021, pero no esperaba, de entrada, llegar a conclusión alguna a la que no hubiesen llegado decenas de otros compañeros míos que dedicaron al tema mayor dedicación. Vera siempre me pareció una buena persona, que se creyó en algún momento el papel de Oliver North, aquel «héroe» de la Irán-contra, que cargó impertérrito con culpas que acaso no le correspondían por la venta de armas a Irán para financiar la contrarrevolución nicaragüense. Un asunto enrevesado, sí, como lo era el entramado de cosas en las que Vera se vio envuelto, creo sinceramente que pensando que hacía un servicio a su país y no meditando demasiado en las consecuencias de lo que hacía.

No por primera vez, pensé que acaso Rafael Vera era un «chivo expiatorio», un hombre al que se intentó destruir incluso con

acusaciones de enriquecimiento ilícito que nunca se probaron plenamente. Mal asunto cuanto el director escénico decide que te toca ser el villano de una obra. Sobre todo, cuando este «villano» piensa que ha hecho mucho por su país, incluyendo intentar negociar —en Argel— con la ETA que llegó a matar a una persona cada tres días. Pero todo, incluyendo esa desgraciada negociación, salió mal.

Sí, elogio a mis compañeros, comenzando por mi amigo Melchor Miralles, que investigaron el «caso GAL», echándole a veces una no pequeña dosis de valor. Pero de ahí a utilizar, como algunos hicieron, estos métodos lamentables de «terrorismo de Estado» para intentar derribar un gobierno instalado por las urnas creo que va un trecho. Sea como fuere, el «caso GAL» fue un elemento más, el principal, utilizado en lo que desde La Moncloa se llamaba «la conspiración contra Felipe González». Y en esa conspiración se mezclaban desde los GAL hasta los malos pasos de Mario Conde y otros financieros como Javier de la Rosa, una cierta parte de la «elite periodística» y un no desdeñable sector judicial y fiscal, como detallábamos Cernuda y yo, bastante desconcertados, en *Crónicas de la crispación*.

No sé ya si todo aquello, que al final quedó —de hecho, que no de derecho— en casi nada, merece la pena detallarlo en una obra como esta: hay demasiados nombres polémicos en mi agenda, que trascenderían los límites lógicos de este libro. Sí sé que alguien como Luis Hens pasó varios años de su vida aguardando a que se esclareciesen los últimos extremos de una «guerra sucia» en la que él, sin saber nada de todo esto, participó, o mejor, le participaron. Y aún nadie le ha explicado nada. La verdad, a mí también me hubiese gustado obtener mejores explicaciones de las que obtuve. Quizá es que nadie, al final, tenía todas las piezas del puzle. O sí.

20

LA ENORME BATALLA LABORAL

Un sindicalista como Antonio Gutiérrez, que había roto en 2010 la disciplina del Grupo Parlamentario Socialista al abstenerse en la votación sobre la reforma laboral, que su grupo apoyaba, y que un año después volvería a romper la disciplina partidaria en la ya mencionada reforma de la Constitución, no podía, lógicamente, coincidir con algunas medidas de Felipe González en el campo laboral. «El ingreso de España en las Comunidades Europeas (junio de 1985) vino precedido (¿preparado?) por la firma del Acuerdo Económico y Social (AES), entre el gobierno socialista, la UGT y la CEOE-CEPYME el 9 de octubre de 1984», relata.

Comisiones Obreras decidió finalmente no firmarlo, en desacuerdo con bastantes de sus contenidos, como fueron las mayores facilidades para el despido colectivo en empresas de menos de 25 trabajadores; o por la nueva reducción de los salarios reales que comportaba —terminaría siendo de -1,6 puntos porcentuales al cabo de su vigencia bianual—. Comprometía también una reforma parcial en el periodo de cómputo de las pensiones de la Seguridad Social que daría lugar a la ruptura del acuerdo por parte de UGT y a la primera huelga general en democracia, convocada por CCOO, el 20 de junio de 1985.

«Pero lo más destacable del AES fue que introdujo en el Estatuto de los Trabajadores ¡16! modalidades de contrato temporal —en la Europa Comunitaria de la época, el país que tenía una mayor diversidad de "contratos atípicos" era Bélgica con tan solo tres, y siempre por causa o naturaleza de la actividad que los justificasen—», concluye Gutiérrez.

Nicolás Redondo fue quien le planteó una batalla más seria a Felipe González, en la foto con Txiki Benegas. (Foto: cortesía de Nicolás Redondo).

Después no volverían a suscribirse nuevos acuerdos en el marco de la Concertación Social hasta 1990, fecha en la que culminaron negociaciones bilaterales entre los sindicatos y el gobierno para saldar los desencuentros que había motivado la huelga general del 14 de diciembre de 1988.

La mayor caída en la protección por desempleo desde el inicio de la etapa democrática, la pérdida de poder adquisitivo de las pensiones rubricada con una asociación «asindical», la reducción de los salarios reales impuesta a los empleados públicos y una mayor precarización del trabajo de los jóvenes en un texto «engañosamente» titulado Plan de Empleo Juvenil» son las causas principales que llevaron a esta huelga. Que supuso, dijo luego alguien muy afecto a Felipe González, el mayor golpe moral para el mandatario en todos sus años en la Presidencia del Gobierno.

La huelga previa, del 20 de junio de 1985, decretada casi unilateralmente por el siempre muy radical Marcelino Camacho, debería haber sido un aviso para el gobierno, pero fue lo contrario: González, Boyer, Solchaga y Almunia vieron que la «marcelinada» había tenido, como único resultado, una mayor división entre los

líderes sindicales. «Me tienes hasta los cojones, Marcelino», le había dicho, en su tono abrupto, Nicolás Redondo al entonces líder de Comisiones Obreras un día en el que preparaban el paro.

De aquel paro, bastante numerosamente secundado, apenas se derivaron resultados tangibles para las pretensiones sindicales. Pero el distanciamiento de Redondo con Felipe González crecía, a la par que el radicalismo de Camacho, que intentó convocar una nueva huelga en la Semana Santa de 1986, aunque la idea perdió —por un voto— en el Consejo Confederal de Comisiones Obreras. Ocho meses después, Camacho dimitió, dando paso a su «número dos», Antonio Gutiérrez, una figura más templada, que aligeró los vínculos del sindicato con el Partido Comunista, a cuyo Comité Central llegó a pertenecer y cuya militancia abandonó en 1991.

Dos hermanos se separan

Me contaron que había sido Txiki Benegas quien había insinuado la maldad de que las posiciones sistemáticamente enfrentadas de Redondo con las del gobierno «de Felipe» se debían a la frustración del primero por no haber logrado ocupar la secretaría general del PSOE en Suresnes, y que de ahí se derivaba su animadversión hacia González.

Nada más falso: consta, y a Txiki también le constaba, que Redondo se apartó desde el primer momento, incluso antes de Suresnes, de la competición por dirigir el PSOE «renovado», seguramente consciente de que su papel estaba en velar por la pureza de las posiciones sociolaborales de un partido de izquierda, labor en la que seguramente se sobrepasó un tanto y en la que probablemente provocó más tensión de lo que correspondía. Respecto de su antipatía personal por González, ya digo que no pude indagar lo suficiente cómo andaban ahora, al cabo de tanto tiempo, las cosas cuando quise hablar con él con destino a este libro. Creo que, a su mayor o menor proximidad con el presidente, Redondo anteponía su sentido de lo que entendía que ha de ser un sindicalista en una sociedad como aquella española.

Se diría que a ambas partes les costaba distanciarse, aunque también comprendían que el sindicato no podía ser una mera correa de transmisión de lo que decidiese el gobierno. Ocurría que el PSOE representaba a la izquierda que por primera vez en casi medio siglo se asomaba al poder.

Y ni González quería un distanciamiento —en 1982, 1983, nadie hablaba de ruptura— ni el sindicato podía permitírselo. Fue González quien dijo, antes de llegar al gobierno, que no valía la pena ganar elecciones a cambio de perder las relaciones con UGT. Las historias del partido y el sindicato —era entonces obligatorio para los militantes estar en ambas organizaciones— habían corrido durante muchos años en paralelo. Pero quizá lo que ocurrió era simplemente inevitable.

Por eso, el proceso de progresiva ruptura entre PSOE y UGT, entre el sindicato y Felipe González y sus ministros «reprobados» por los ugetistas —especialmente Miguel Boyer y Carlos Solchaga—, creo que fue doloroso para ambas partes. Pienso que este proceso rupturista condicionó aún más las líneas maestras de la actuación gubernamental que las diferencias entre Felipe, el *number one*, y Guerra, el eterno «número dos» hasta que se rompió la cuerda entre ambos en 1991.

Probablemente, desde el comienzo se instaló un clima de sospecha entre el Redondo sindicalista y el González gobernante. El libro autobiográfico de Redondo, aunque escrito por mi compañero Jorge Martínez Reverte, detalla con cierta minuciosidad cómo fue la separación de los senderos hasta llegar a la huelga general de 1988, a la que siguieron otras. Los conflictos comenzaron ya con el nombramiento del primer gobierno, en el que González quería incluir al sindicalista José Luis Corcuera como ministro de Trabajo, algo que Redondo rechazó con rotundidad, por lo que la cartera fue a parar a Joaquín Almunia. La dura reconversión industrial acometida por Solchaga de acuerdo con Boyer, las dos «bestias negras» del sindicalismo de UGT y de CCOO, provocó serios, muy serios, enfrentamientos entre trabajadores y policía en Sagunto y en la cornisa cantábrica.

Y son los primeros sinsabores que el gobierno de González debió acometer, junto con las reacciones derivadas de la «expropiación» —que no fue tal, en realidad— de Rumasa, contemplada con prevención en los sindicatos no por su esencia, sino por la pérdida de puestos de trabajo que podría acarrear.

Los sindicatos veían que sus reivindicaciones puntuales chocaban a veces con las posiciones, que consideraban altaneras, de los responsables de los ministerios de Economía y Hacienda y de Industria. Siete años después del inicio de la Transición democrática, los sindicatos «de clase» siguen exigiendo, escribe Redondo, «una política económica negociada y solidaria» que haga frente a la crisis y al paro «luchando contra el fraude fiscal y la evasión de capitales, reformando el sistema financiero de la Seguridad Social, implantando

la jubilación obligatoria a los sesenta y cinco años, reduciendo la jornada laboral a un máximo de cuarenta horas semanales, etcétera». Y el gobierno se tomaba las cosas, estimaban en UGT —y, claro, en Comisiones Obreras—, con demasiada calma.

Todavía ante las elecciones generales del 28 de octubre de 1982, UGT seguía considerando que «es el PSOE la única opción política que cuenta con posibilidades para realizar un cambio profundo en nuestra sociedad». Sería la última vez que el sindicato «hermano» apoyara oficialmente una candidatura del partido fundado por Pablo Iglesias Posse.

No eran solamente fricciones en el campo laboral o económico lo que enfrentaba a las dos partes: en 1986, al calor del éxito obtenido en el difícil y arriesgado referéndum de marzo sobre la permanencia de España en la OTAN, González volvió a ganar (184 escaños en el Congreso) las elecciones generales de junio, pero ya con un sindicato que, entre otras cosas, se había colocado enfrente en lo referente a la no salida del país de la Alianza Atlántica. Las divergencias eran, por tanto, también políticas y, aunque nunca lo dijera en estos términos, Redondo consideraba que el sindicato se había colocado «a la izquierda del partido». O más bien, viceversa: el partido a la derecha del sindicato.

Redondo abandona el Parlamento y Boyer, el gobierno

Las primeras fricciones en el específico campo sindical se sustentaban en el pretendido —por el gobierno, naturalmente— aplazamiento de la jornada laboral de cuarenta horas semanales y de las vacaciones de treinta días al año. Luego vendrían, más graves, la Ley de Pensiones, el Acuerdo Económico y Social y las dificultades para el acceso a las pensiones no contributivas, entre otros diferendos. Cuando la Ley de Pensiones se votó en el Congreso de los Diputados, Nicolás Redondo pidió que se devolviese el proyecto al gobierno, y Corcuera, que seguía cada día más en la estela gubernamental, dimitió de la Comisión Ejecutiva del sindicato.

En la protesta, que incluyó alguna manifestación en la calle contra el gobierno, se produjo un mayor acercamiento entre UGT y el sindicato aún entonces de vinculación comunista, Comisiones Obreras. Marcelino Camacho y Redondo siempre presumieron de su buena relación personal, pero, como antes apuntaba, nunca creí que fuera del todo cierta. El tozudo ugetista y el inflamado marxismo de

Camacho nunca acabaron de congeniar del todo, aunque establecieran acciones conjuntas de protesta contra las políticas «liberales» del gobierno.

Tras la huelga de 1985, gestada como ya se ha dicho por Camacho, se aprecia una mejor sintonía entre las dos centrales sindicales y una práctica ruptura con el ejecutivo del PSOE, partido al que ya ni siquiera se invita a las manifestaciones del 1 de mayo de UGT. En 1987, Redondo y Antón Saracíbar abandonaron sus escaños en el Grupo Socialista del Congreso en abierta y pública discrepancia con los Presupuestos que presentaba el gobierno.

Por entonces, el «superministro» de Economía y Hacienda era ya Solchaga, tras la dimisión presentada por Boyer a raíz de la huelga de 1985, cuando pidió en términos perentorios ser nombrado vicepresidente, equiparado a un Alfonso Guerra con el que las relaciones se habían hecho imposibles. No lo consiguió, en parte porque seguramente Felipe González estaba ya harto del carácter altanero y difícil de Boyer, y este se marchó del gobierno. Aquella fue una victoria de Guerra, que tampoco acabó con la dicotomía en el ejecutivo, porque, según dijo el «número dos» a algunos allegados, Solchaga representaba a «una derecha incompatible con las ideas socialistas».

En realidad, el «programa de máximos» de Solchaga se limitaba a «arreglar un poco el país», me dijo. Nada más, nada menos. Ni una nacionalización, excepto la de la red eléctrica de alta tensión, se registró durante el «felipismo». Lo de Rumasa fue, propiamente, una expropiación seguida de una muy polémica reprivatización.

El hombre de la polémica

Solchaga, quizá la figura más controvertida, junto con la de su enemigo Guerra, del periodo «felipista», primero como ministro de Industria, luego de Economía, por fin como portavoz parlamentario, siempre llevaba incorporada la polémica. Cómo olvidar el día en el que, en plenas protestas sindicales, a un pequeño grupo de periodistas que le acompañábamos en un viaje junto a Felipe González a Ecuador —el avión oficial se averió en Guayaquil y creo que pasamos una de las noches más divertidas de nuestras vidas—, Solchaga, que estaba en plena forma, nos dijo aquello de «para hacer una tortilla hay que cascar huevos, no queda otro remedio».

Carlos Solchaga es, junto con Almunia y Maravall, quizá la figura

más importante del «sector socialdemócrata» del periodo de gobierno de Felipe González. Cierto que, como antes apuntaba, hay otros nombres que iban a ser claves en sectores específicos (Javier Solana, por ejemplo), pero, a la hora de hablar de las grandes transformaciones, los tres apuntados son los más destacables.

En primer lugar, porque afrontaron la modernización en las cuestiones más necesarias, entre ellas la reconversión industrial. Y, en segundo término, porque hubieron de arrostrar la oposición de sectores muy influyentes y poderosos, desde la Iglesia hasta la banca, pasando, cómo no, por algunos medios de comunicación que recelaban de los cambios que traían en su agenda los socialistas. Y, por otro lado, hicieron frente a las reclamaciones de los sectores más izquierdistas del partido. «Pero esos poderes se dieron cuenta de que con estos bueyes tenían que arar», me dijo el navarro de Tafalla en su estilo característico. Ese estilo que tantas controversias iba a provocar hasta su dimisión como portavoz parlamentario, en 1995, como consecuencia del «escándalo Ibercorp».

Ya desde que el 8 de junio de 1983 el ministro de Industria llevó al Consejo de Ministros el borrador del Libro Blanco sobre la Reconversión Industrial, algunos de cuyos extremos se filtraron y un día después se explicaron a la opinión pública, Solchaga sabía que él, más aún que Boyer, iba a ser el objetivo de todas las protestas. Se trataba, entendían todos, de una reconversión imprescindible en el campo siderúrgico, pero que sin duda afectaría a decenas de miles de trabajadores a los que el gobierno no se atrevía a comprometerse a recolocar, aunque muchos de ellos salieron bastante beneficiados del trance. «Obreros de lujo», los llamaría Corcuera.

La primera mitad de los años ochenta conoció manifestaciones masivas contra la LODE, contra el proyecto de ley del aborto, por un lado, y contra la reconversión industrial, por otro. La reconversión, planteada con un talante «de despotismo ilustrado y la arrogancia de un chulo peleón» por Carlos Solchaga —son los términos empleados por Alfonso Sobrado Palomares en su libro *Felipe González, el hombre y el político*, no míos—, era necesaria: se había iniciado ya, más tímidamente, en tiempos de la UCD. El decreto-ley de reconversión industrial acabó siendo aprobado en solitario por el Grupo Socialista del Congreso, aceleró la ruptura final entre UGT y el gobierno de González y provocó escenas de lucha callejera, sobre todo, como dije, en Sagunto, que coparon las portadas de los periódicos de medio mundo.

Si a ello aportamos las manifestaciones que no mucho después iban a producirse contra la permanencia de España en la OTAN,

tendremos una radiografía aproximada de lo duros que fueron aquellos años ochenta en lo que respecta a los intentos del ejecutivo socialista por proceder a una «modernización de España», como nos decían a los periodistas miembros del sector del gobierno que ya abominaban claramente del «guerrismo».

Como dato curioso aportaré que la baja de Nicolás Redondo Urbieta como diputado permitió obtener un escaño a su hijo, Nicolás Redondo Terreros, un hombre que siempre intentó llevar la moderación y el pacto a los postulados socialistas, especialmente en Euskadi, y que acabó, bastantes años después, enfrentado con el presidente Pedro Sánchez en uno de esos complicados recovecos que han marcado la historia del PSOE: a Sánchez y a su «guardia pretoriana» les habían disgustado, al parecer, algunos comentarios radiofónicos y algún artículo «no muy ortodoxos» de Redondo Jr.

Al hacerse pública la dimisión de Redondo como diputado, el líder de Comisiones Obreras, Marcelino Camacho, expresó su alegría: «Ahora hay que dar un paso más en la presión contra la política del gobierno. Un paso en la unidad de los sindicatos». Vaya si se iba a dar el paso. Menudo paso.

Aquella huelga de 1988

Imposible, para los que la vivimos como actores o como «sufridores», olvidar aquella huelga del 14 de diciembre de 1988. Quizá aquella movilización, las calles vacías, la agitación en los medios de comunicación —la desconexión de TVE fue la señal de comienzo del «paro nacional», como llamó Redondo a aquella jornada—, solo pueda compararse a la que agitó al país entero con motivo de la campaña contra la permanencia en la OTAN después de que el propio gobierno hubiera prometido la salida de España de la Alianza.

«El vaso venía cargado con la tasa de cobertura del paro del 28 por ciento, las desmadradas subvenciones a empresas, lo que subvencionaba la contratación temporal, se había hecho una Ley General de Sanidad que dejaba fuera de la sanidad pública a mucha gente… El Plan de Empleo Juvenil, con el que al patrón le salía casi gratis contratar a un joven, fue la gota que colmó el vaso», cuenta Antonio Gutiérrez. Pero, más que cuestiones puntuales —el Plan de Empleo Juvenil era apoyado por las Juventudes Socialistas, entonces dirigidas por Javier de Paz—, era el clima de desconfianza con el gobierno, o al menos, puntualizaba Redondo, con «una parte» del

gobierno, el que desencadenó la tensión máxima.

Así que, en una cena el 8 de noviembre en el restaurante El Parrillón, que tantos encuentros y conjuras socialistas ha albergado, y en el que tantas veces nos hemos reunido los periodistas con distintos responsables socialistas en busca de información «cercana», Gutiérrez propuso a Redondo ir a la huelga general. Creo que el líder de UGT no se mostró inicialmente demasiado receptivo, porque temía la ruptura total con «su» partido, pero acabó aceptando. Así que el 12 de noviembre, desde la sede madrileña de UGT, convocaron la huelga en una tumultuosa rueda de prensa.

Al conocer la noticia, la reacción en Ferraz fue más furibunda que preocupada: Txiki Benegas llegó a comparar el propuesto paro nacional con «octubre de 1934». Nada menos que con aquella huelga general revolucionaria que prendió en Asturias, el País Vasco y Cataluña —donde Companys «aprovechó» para declarar el Estado Federado Catalán— durante la Segunda República. Fueron, aunque divididos, Indalecio Prieto y Largo Caballero los principales inductores desde el PSOE y la UGT, contando con el apoyo del entonces mínimo Partido Comunista y de la anarquista Confederación Nacional del Trabajo y de la Federación Anarquista Ibérica. La «revolución» se extendió por toda España y ya se sabe cómo acabó: con entre uno y dos millares de muertos y al menos 15.000 detenidos, en una represión organizada por las tropas llegadas de África al mando del general de brigada Francisco Franco Bahamonde.

Aquella de Benegas y otras obvias exageraciones contribuyeron a generar un clima de tensión en torno al paro, que, así, se fue convirtiendo para la imaginería popular en casi otra huelga general revolucionaria, lo que para nada se correspondía con la realidad. De hecho, las aguas volverían (más o menos) a su cauce en sucesivas reuniones con el gobierno tras el 14-D. Reuniones nunca exentas, eso sí, de desconfianza. Felipe González llegó a aparecer con un funcionario que venía a grabar un encuentro con sindicalistas «porque a mí nadie me llama mentiroso». Y otra vez, cuando se hallaban reunidos en un sótano del edificio de Semillas Selectas en La Moncloa, un altavoz desde el techo comenzó a reproducir el sonido grabado secretamente de la reunión que estaban manteniendo representantes de ambas partes.

Redondo abandonó toda actividad política y sindical en el 36º congreso de UGT, el 10 de abril de 1994. En junio de 2007, cuando el veterano sindicalista cumplió ochenta años, el entonces presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, encabezó un homenaje dedicado al «luchador por los derechos de los trabajadores». Redondo

pronunció un emocionado discurso, en el que agradeció mucho a muchos, incluyendo al flamante expresidente de la patronal, José María Cuevas, allí presente. Que yo recuerde, y por lo que he podido ratificar en el libro de Jorge Martínez Reverte, no dirigió una sola mención a Felipe González.

Hablé largamente con su sucesor, Cándido Méndez, un hombre más volcado al diálogo y menos a la tensión, que convivió con Felipe González en los dos últimos años de mandato de este. «He convocado más huelgas generales que Nico y Pepe (Álvarez, el actual secretario general de UGT) juntos, y, sobre todo, he llegado a tantos acuerdos como Nico y Pepe juntos», me dijo Méndez. Sí, le respondí, pero hay que agradecer que tú jamás provocaste tanta tensión como la que rodeó aquella huelga del 88.

Luego, tras un periodo de relativa buena convivencia de Méndez con Zapatero, UGT entra, de la mano de Pepe Álvarez en 2016, en un periodo de franca colaboración con el que sería el gobierno de Pedro Sánchez, al tiempo que de concertación con la patronal en las grandes cuestiones. Atrás queda la tensa «era Nico», que muchos socialistas aún no han perdonado: «Mi conciencia me dice que tengo que estar con Nicolás frente a los ataques de algunos», me comentó Álvarez recientemente. Nicolás ya estaba entonces, con sus aciertos y sus errores, en la polémica Historia de la lucha obrera.

Y Álvarez, un hombre para nada sectario, hizo mucho por la concertación y el acuerdo social. La última vez que le vi, estaba asistiendo, como invitado, al congreso nacional del Partido Popular que eligió como presidente a Alberto Núñez Feijóo.

21

LAS COSAS PODRÍAN HABER SIDO DIFERENTES, MUY DIFERENTES, SI…

El Ave, orgullo nacional

El hombre del Ave me hizo alguna revelación interesante, que yo, desde luego, desconocía. No era socialista, pero tuvo una parte muy importante en el desarrollo de la historia del periodo de Felipe González. Y quizá, si las cosas hubiesen salido de otro modo, de lo cual no tuvieron la culpa ni el hombre del Ave, ni Felipe González, ni Guerra ni Redondo, la Historia de España en los últimos años habría sido muy diferente. Quizá mejor, quién sabe.

Bueno, en realidad, debo decir, de entrada, que el Ave no existía aún cuando aquel a quien algunos luego llamábamos «el hombre del Ave» transitaba constantemente entre Madrid y Barcelona. Porque anduvo siempre entre ambas ciudades desde diez años antes de que este tren, uno de los grandes logros de las obras públicas del «felipismo», entrase en servicio en la línea Madrid-Sevilla, en 1992, coincidiendo con la Exposición Universal y las conmemoraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento.

Aquella mañana de diciembre de 1998, en la que yo viajaba de Sevilla a Madrid tras una cena de los columnistas de *Cambio 16* con el presidente de la Junta, Manuel Chaves, los altavoces del tren me sobresaltaron:

—Bienvenidos al trayecto del Ave Sevilla-Barcelona, señores viajeros.

No existía entonces línea Sevilla-Barcelona alguna, puesto que la que uniría la de Madrid con Barcelona no se inauguró hasta la tardía fecha de 2008. Llegué a pensar que había oído mal o que quizá la cena con Chaves, que había tenido connotaciones de fechas navideñas, con

los consiguientes brindis, me había trastornado algo, dado que había tenido que darme un madrugón considerable para poder llegar a tiempo a trabajar en Madrid. Y la cena, en la que habíamos estado comentando la penúltima trifulca en la Federación Socialista Madrileña, había sido inusualmente larga.

—En el PSOE, Madrid no pinta una mierda —recuerdo que nos dijo Chaves, desconcertándonos a algunos, entre ellos al director de la revista, Luis Peiró, y a mí. Seguramente, el hombre que controlaba la Federación Andaluza, la más poderosa del partido que había gobernado en España hasta dos años antes, tenía bastante razón: Madrid siempre ha sido, en todas las formaciones políticas, un gallinero loco.

El caso era que yo andaba en el vagón, pergeñando una crónica de lo que habíamos oído en la cena con el hombre que era, además, secretario general del PSOE andaluz. Y que luego llegó a ser presidente federal del partido, antes de ser acusado por unos escándalos de corrupción en los que siempre pensé que no había tenido más culpa que una cierta «negligencia invigilando», cuando escuché aquello en los altavoces del tren.

—¿Has oído lo que han dicho? Nos han dado la bienvenida al Ave Sevilla-Barcelona. ¿Es que no se han enterado de que esa línea no existe? Menuda confusión han tenido los responsables del tren —le dije a mi compañero Alberto Valverde, que también había asistido a la cena con el presidente de la Junta andaluza. Valverde, que iba medio dormido, o tal aparentaba, me miró con un ojo cerrado y expresión indefinible.

Cuando pasó por allí uno de los funcionarios de Renfe, le abordé, me temo que un punto prepotente.

—Oiga, que nos han dado la bienvenida al Ave Sevilla-Barcelona; todo el mundo sabe que solo hay Ave entre Madrid y Sevilla, y nada más. Corrijan la confusión.

Miquel Roca y Miguel Herrero de Miñón, los dos padres de la Constitución supervivientes. Herrero ofreció a Roca encabezar Alianza Popular. (Foto: cortesía de Miquel Roca).

El revisor, o lo que fuera, me lanzó algo parecido a un gruñido comprensivo y siguió su camino por el pasillo. Luego aparecieron otros responsables del tren, que me miraban como si yo fuese un bicho raro. Creo que algo cuchicheaban y reían.

Caí de golpe. Pedazo de imbécil.

—Pero ¡si hoy es 28 de diciembre! —le dije a Alberto, que estaba secretamente partido de la risa. Debí de ser el único pasajero que se tragó la inocentada, al menos tan públicamente.

El caso es que el Ave, cuya construcción, considerada carísima, había suscitado tantas polémicas, era ya, seis años después de haber entrado en servicio, un motivo de orgullo nacional. Y eso que había habido no pocas protestas porque el primer destino elegido hubiese sido «la Sevilla de Felipe y Guerra» y no el trayecto de la capital a Barcelona.

El «hombre del puente aéreo»

Quizá ese éxito ferroviario hizo que Miquel Roca i Junyent, el

presidente y portavoz del Grupo Catalán en el Congreso desde 1977 hasta 1995 y secretario general de Convergencia Democrática de Cataluña entre 1989 y 1996, viese luego reemplazado su casi «alias» de «el hombre del puente aéreo» por el posterior e inmerecido —durante sus funciones en las Cortes no viajaba en Ave sencillamente porque no existía— de «el hombre del Ave», con el que se le ha ido conociendo posteriormente.

Y es que Roca ha sido posiblemente, junto con algunos de sus más cercanos colegas políticos, como Josep Antoni Duran i Lleida y Josep Sánchez Llibre, una de las personas que más trabajó por acercar Cataluña al resto de España, y viceversa. Durante dos décadas vivió a caballo entre Madrid y Barcelona, y su habitación en el hotel Palace albergó reuniones políticas de enorme interés… si se hubiesen conocido, claro.

Todavía hoy, a sus ochenta años plenos de increíble vitalidad, cuando acudí a visitarle en enero de 2022 al importante despacho de abogados que preside, sigue su trajín incesante. Dice él que este trajín es profesional, ajeno ya a la política (no es del todo cierto, porque sigue siendo un referente moral, que publica frecuentemente en *La Vanguardia* y es consultado por no pocos políticos en activo, aunque no, desde luego, por los independentistas).

Siempre sostuve que, si hubiese salido bien aquella «operación Roca», nacida en 1983, cuando el PSOE acababa de lograr el triunfo, la Unión de Centro Democrático se había desmoronado y el Centro Democrático y Social de Adolfo Suárez evidenciaba no ser más que un pálido remedo de aquella UCD que el propio Suárez fundó en 1977, nada habría sido lo que luego ha sido.

En mi encuentro con Roca, en enero de 2022, el «padre de la Constitución» me narró un episodio que, desde luego, yo desconocía, y que comprobé que era también ignorado por muchos protagonistas de la época. Un episodio que, ya digo, podría haber alterado sustancialmente, estoy convencido, los acontecimientos posteriores.

El «factor Punset» lo estropea todo

Porque ocurrió, y esto es lo que yo no sabía, que Roca, cabeza visible de esa «operación reformista», planeaba no ser él quien, tras las elecciones de 1986, la encabezase, sino ofrecerle a Adolfo Suárez una presidencia efectiva. Cosa que, en principio, el expresidente del Gobierno y motor del inicio de la Transición no veía con malos ojos,

aunque...

Ello hubiese supuesto que, con los previstos escaños del reformismo, más los del partido de Suárez, el entonces aún algo, pero bastante poco, desgastado CDS, se hubiese podido conformar una plataforma «de centro» capaz de reforzar una coalición o al menos un pacto de centro-derecha o de centro-izquierda.

Los cálculos eran esperanzadores, las personas que apoyaban la idea también: allí estaban Antonio Garrigues, un abogado ya con enorme reputación, hermano del fallecido Joaquín, que fue uno de los puntales de UCD y podría, de no haber muerto demasiado pronto, haber ascendido a notable altura en la política española. O también el exucedista Florentino Pérez, muñidor de casi todo, y de quien nadie podría haber pensado entonces que llegaría a tales cumbres empresariales y futbolísticas. O el magistrado Federico Carlos Sainz de Robles, que había sido presidente del Consejo General del Poder Judicial hasta 1985.

Gentes de talante democrático y moderado que, con el «toque catalán» de Miquel Roca, podrían haber aportado mucho a la idea con la que Suárez puso en marcha el CDS. Buscaban, en el fondo, ser los herederos de la UCD, aunque, eso sí, en una coyuntura totalmente nueva. Y, como me dijo en febrero de 2022 Antonio Garrigues, tenían siempre *in mente* el ejemplo alemán, con el Partido Liberal de Genscher, que, en coalición con los socialdemócratas o los democratacristianos, podía forjar gobiernos.

Costó no poco que Pujol aceptara que su «subordinado» Roca fuese a encabezar la «operación reformista», pero acabó dando el «sí». Lo mismo que no pocos grandes empresarios, la patronal y bastantes medios de comunicación —sobre todo, *El Mundo* de Pedro J., que siempre abrazaba causas perdidas—, que, de manera tal vez demasiado explícita, respaldaron clamorosamente el proyecto.

Quienes no dieron el «sí» fueron los electores, que, tras una campaña en la que se gastó la entonces tremenda cantidad de seis mil millones de pesetas, no concedieron ni un escaño al reformismo. Por cierto, que, por el contrario, esta «operación» resultó electoralmente muy rentable para Convergència de Catalunya, que subió seis escaños en aquellas elecciones.

Pude prever, siguiendo un día la campaña electoral de Roca por tierras castellanomanchegas, este fracaso: el recelo con el que el «candidato catalán» era contemplado por el electorado ajeno a Cataluña era patente. La «operación Roca», era evidente, no se había sabido explicar bien a la ciudadanía. Y me pareció una lástima, porque, dada la personalidad de sus animadores y lo que

representaban, seguramente hubiese sido un factor de moderación, entendimiento y pacto en la testicular política española, más necesitada de colchones de amortiguamiento que de clarines para la batalla.

Otra cosa hubiera sido si la «operación» hubiese estado encabezada por Adolfo Suárez. Pero, antes de las elecciones, y cuando aún se fraguaba la operación, por cierto, ardientemente combatida por Alfonso Guerra mucho más que por Felipe González, Eduardo Punset, un eurodiputado del CDS, acudió a entrevistarse con Roca. Lo hicieron en la «sala de conferencias» que era la habitación del representante del grupo catalán en el hotel Palace. La famosa habitación 384.

—De ninguna manera contéis con Adolfo Suárez para encabezar la operación —le dijo a Roca.

No hubo grandes explicaciones tras este exabrupto, pero Roca entendió las motivaciones de Punset: «Para él, era perder influencia personal», me dijo. Y no pudo evitar añadir: «Al final, la subasta de egos es siempre lo que complica la política».

Era Punset un hombre simpático, enormemente peculiar, que había sido ministro con UCD en 1980. Y, en calidad de tal, había acompañado al rey como ministro de jornada en un viaje a un cierto país extranjero, no recuerdo cuál. Punset había llegado tarde al aeropuerto y, para colmo, había olvidado su maleta, así que carecía del *dress code* preciso para asistir a la cena de gala ofrecida por el presidente del país anfitrión. Apareció ataviado con un vistoso uniforme verde, con charreteras y dorados por todas partes.

—Pero Eduardo, ¿qué uniforme es ese, que no se qué es lo que representa? —le preguntó, en un aparte, Juan Carlos I.

—Como no tenía la ropa adecuada, he alquilado este uniforme al portero del hotel —confesó Punset. Él mismo me confirmó la veracidad de esta anécdota. Y fue semejante chisgarabís, que acabó anunciando Panrico en la televisión, quien se encargó de frustrar una oportunidad política que hubiese podido ser histórica.

Felipe busca una coalición

Esta no fue la última vez que el «hombre del Ave», o del Puente Aéreo, hubiese podido cambiar el sesgo de la política española.

Inmediatamente tras las elecciones de 1993, González alumbró la idea de llegar a un gobierno de coalición teniendo a Miquel Roca, el «hombre de Convergencia Democrática de Cataluña en Madrid», como

vicepresidente. Es este un pasaje poco citado, quizá porque fracasó prematuramente, pero que podría haber alterado no solo la correlación de fuerzas parlamentarias que llevó a Aznar a la victoria electoral y al gobierno en 1996, sino que también podría haber cambiado la triste historia de las relaciones entre Cataluña y el resto de España. Se lo ofreció un día, cenando en La Moncloa, poco antes de la sesión de investidura que confirmaría a Felipe González como presidente del Gobierno central al menos tres años más. Y creo que Roca, inicialmente, dijo «sí», pero… había que contar con la aprobación de su «jefe».

Y Jordi Pujol se opuso. «Te harán vicepresidente del Gobierno y entonces, cuando se inaugure el Liceo en Barcelona, ¿a quién mirará la gente? A la novedad, a ti», le dijo Pujol a Roca, para justificar su negativa a que este entrase en el gobierno central. Roca, me contó, lo había entendido desde el punto de vista institucional: Pujol no podía consentir que otro catalán sedicentemente nacionalista acaparase más protagonismo que él, que era el *molt honorable president* de la Generalitat. Además de la «subasta de egos», subyacía el hecho de que Pujol era efectivamente un nacionalista lindando con el separatismo y no quería que sus «peones» se involucrasen demasiado en la gobernación del Estado.

«En el fondo, Pujol, si no tenía alergia hacia España como tal, sí era un nacionalista independentista, aunque inteligente», me dijo Josep Antoni Duran i Lleida, líder de Unió Democràtica de Catalunya, durante mucho tiempo coaligada con Convergencia. También Duran (como el propio Roca) fue tentado, por Aznar, para ocupar un «ministerio en Madrid». Tal vez, se comentó, el de Exteriores, dado que el catalán era presidente de la Comisión de Exteriores del Congreso, de la que algunos «halcones» del PP querían desalojarle porque, decían, era… ¡independentista! Actitudes tan incomprensivas como esta han sido, en buena parte, las que han provocado el enorme distanciamiento entre Cataluña y el resto de España al que me refería en la segunda parte de este libro. Pujol también se opuso, desde luego, a la entrada de Duran en el gobierno central.

La idea de algún tipo de «coalición con los catalanes» siempre estuvo, de alguna manera, presente en la mente de todos los presidentes del Gobierno, desde Suárez hasta Aznar, pasando por Leopoldo Calvo-Sotelo y, claro, por González. La «alianza Frankenstein» actual de Pedro Sánchez con Esquerra Republicana de Catalunya, tan combatida desde la derecha, no es sino la última derivación de todo aquello y de los «pactos tripartitos» para repartirse la Generalitat en tiempos de Zapatero. Claro que Convergència i Unió

no era precisamente Esquerra, y esa fue la gran suerte que acompañó, en este terreno, a Felipe González durante su mandato. Hoy, «aquella» CiU simplemente ha dejado de existir. Y su reemplazo ha sido mucho peor.

Incluso, me contó Miguel Herrero de Miñón, él sugirió, cuando trató de encabezar Alianza Popular tras Fraga en 1987, que Roca fuese el sustituto del propio Fraga «en una AP distinta, claro». «Yo apoyaré que seas el sucesor de Fraga, Miquel; es el remedio de la política española», me cuenta este «padre de la Constitución» que le dijo a Roca, el otro «padre» vivo de nuestra ley fundamental. Pero Roca, a quien los postulados de la AP fraguista gustaban poco, y que además estaba «vacunado» de intentos centristas por la «operación reformista», rechazó avanzar en la idea.

Todos los citados, que sin duda tenían dosis de estadistas, vieron, me parece, el peligro latente —ellos creían que remoto— de una repetición de aquellos tristísimos sucesos de 1934 que acabaron con el encarcelamiento de Companys y el bombardeo de la Generalitat por el general Batet, ambos, por cierto, fusilados por Franco. En sus «memorias», Carlos Solchaga cuenta que, siendo portavoz parlamentario, recibió «una instrucción muy poco precisa de Felipe González de sondear la formación de un gobierno de coalición con CiU y PNV». La cosa no llegó a nada, porque tanto los catalanes como los vascos «se inclinan por un apoyo crítico al gobierno desde fuera».

Cualquier proyecto integrador siempre topó con las reticencias de Pujol y con la calculada distancia de los peneuvistas. Y, cuando por fin Aznar hizo una oferta seria a Roca para ser vicepresidente del Gobierno central, fue este el que, ya abocado a una confortable vida privada y harto de la pública, rechazó el ofrecimiento. Lástima, porque, de nuevo lo digo, la Historia reciente de España estuvo muchas veces a punto de ser algo distinto, creo que mejor, de lo que fue. Gentes como Roca, Duran i Lleida, Herrero de Miñón, Garrigues, probablemente merecían haber tenido la oportunidad de ensayar fórmulas de moderación y pacto que han funcionado bien en otros lugares. Supongo que es algo que ocurre en todos los países del mundo. Pero, en algunos de ellos, la opción posible toma el buen camino. En otros, ya se ve, no.

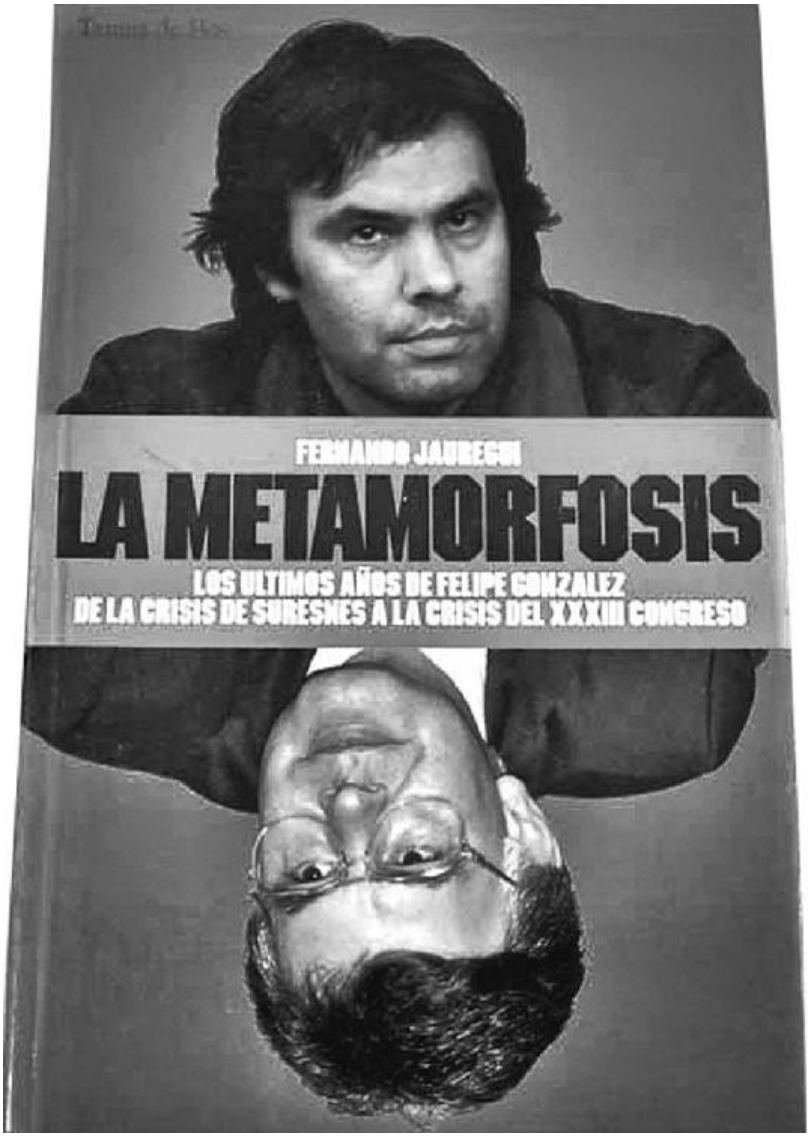
22

UN HOMBRE A LA FUGA

Comenzaba este libro narrando cómo discurrió una parte de mi conversación con el hombre que estaba en la foto del Palace, es decir, Felipe González, cuando le «reproché» haber dicho tantas veces que se quería ir, dejar sus responsabilidades políticas como presidente del Gobierno. Una afirmación que González rechazó como inveraz: «Eso no es cierto; solamente a partir de 1992 empecé a querer irme», dijo el expresidente, para luego añadir un argumento típico suyo, que le he oído muchas veces aplicado a circunstancias variadas: «A lo mejor lo que me critican no es que quisiera marcharme, sino que no me hubiera marchado».

No soy quién para contradecir a quien ha protagonizado los hechos de los que soy apenas un modesto narrador y analista, pero lo cierto es que me consta que al menos una decena de veces a lo largo de su carrera, probablemente más, González habló de tirar la toalla. Una de ellas, sin duda, tuvo lugar tras la huelga de 1988 a la que acabo de referirme. Otras…

Felipe González nos recibió a Pilar Cernuda y a mí una tarde poco después de las elecciones de 1993 en la sala de columnas de Moncloa. «A ver si venís más por acá y me sacáis a cenar algún día», nos dijo un presidente encantado de conocerse. Como si fuese tan fácil para un periodista invitar a un presidente del Gobierno. En ese encuentro, nos desmintió tajantemente lo que llamábamos «operación 92»: es decir, cuando González meditaba abandonar el ejecutivo y proponer a Narcís Serra como sustituto inmediatamente antes de que se iniciaran «los fastos», o sea, la Expo y los Juegos Olímpicos de Barcelona.



La metamorfosis del abogado laboralista Felipe González en el presidente González fue casi radical. (Foto: archivo del autor).

González sabía perfectamente que los dos periodistas estábamos seguros de que esa operación había sido absolutamente cierta, porque contábamos con numerosos testimonios, entre ellos el del propio presidente, que en un encuentro anterior con nosotros había reconocido esa «debilidad» en 1992. Es más: en una entrevista concedida al periodista Jordi Évole en La Sexta, un programa «de confesiones», con motivo de su ochenta cumpleaños, a comienzos de marzo de 2022, González reconoció, y no por primera vez, que tuvo

esta tentación de tirar la toalla.

Puede que González jamás quisiera irse, como aventuraban algunos que le conocen bien, como José Bono, pero lo cierto es que su deseo de marcharse lo explicitó en numerosas ocasiones, en 1989, en 1992 y más tarde en 1995, cuando casi hubo que forzarle a presentarse a las elecciones que acabó perdiendo meses después.

Miércoles, 5 de febrero de 1992

Hierven las redacciones: un atentado de ETA en Madrid causa la muerte de cuatro militares y un civil. Felipe González, que recibía en La Moncloa al primer ministro chino, anunció en una rueda de prensa conjunta que instaría al fiscal general del Estado para que emprendiese medidas judiciales contra los dirigentes de Herri Batasuna. Las preguntas de los periodistas allí presentes se centraron en este tema, mucho más, obviamente, que en las relaciones hispano-chinas.

No preguntamos —yo porque aún no la conocía— por el contenido de otra reunión que había tenido lugar ese día en La Moncloa. Y, sin embargo, había sido uno de esos encuentros que podrían haber cambiado toda esta historia.

Sabido es que a Felipe González nunca le gustó excesivamente ejercer de secretario general, previendo que la mayor parte de los conflictos de su vida política le iban a llegar por ese lado, más aún que como presidente del Gobierno. Ya en octubre de 1974, poco antes del congreso de Suresnes, González trató de evitar su designación como «primer secretario» del PSOE. Pero acabó aceptando.

Nadie conoce mejor que Alfonso Guerra la trayectoria de renuncias incompletas de Felipe González. En un libro ya olvidado, *De Suresnes a La Moncloa*, Guerra cuenta cómo Felipe, en 1977, sufrió una de sus crisis abandonistas. «Inmediatamente después de las elecciones del 77 estuvimos tres días en Sigüenza, preparando la propuesta constitucional del partido. El último día, por la mañana, bajó Felipe de su habitación y me dio una carta: “no la abras hasta que nos hayamos ido”, me pidió. Yo la guardé. Cuando nos despedimos, yo venía para Madrid para ir luego a Sevilla. Ya en el coche, la abrí. Era un papel muy pequeño, en el que se leía: “Te quiero anunciar, y quiero que quede constancia por escrito, que yo no pienso presentarme a la reelección como secretario general del PSOE”».

González, en la conversación de diciembre de 2021 con la que inicio este libro, me confirmó la veracidad de esta anécdota, quitándole importancia, como si hubiese sido un impulso juvenil poco meditado y nada trascendente. Sin embargo, luego dio muestras de su escasa vocación de mantenerse al frente del partido antes de las elecciones de 1979.

Pero, en fin, esa es casi la prehistoria, el periodo anterior a la llegada a la Presidencia del Gobierno. Aquel 5 de febrero de 1992 era ya otra cosa: Felipe González había llamado al vicesecretario general del partido —y exvicepresidente del Gobierno desde un año antes—; Guerra acudió acompañado del secretario de Organización, Txiki Benegas, intuyendo que aquella reunión con González, de quien se encontraba ya muy distanciado, no iba a ser una más.

González no se anduvo por las ramas. Pocas veces lo hacía.

—He decidido irme, y hacerlo cuanto antes —dijo a los «números dos y tres» del PSOE—. Este mismo año, antes del verano.

—Felipe, eso ahora no es posible, y lo sabes perfectamente —se atrevió Benegas, una vez repuesto del susto.

—Quiero que sea mi sucesor quien inaugure ya los Juegos Olímpicos; así tendrá más de un año para gobernar y para que los españoles le conozcan antes de convocar las elecciones en otoño de 1993 —zanjó González, quien no dio nombres sobre el posible sucesor. No hacía falta: los tres reunidos sabían perfectamente que el «delfín» era Narcís Serra, el exministro de Defensa que había sustituido a Guerra en la Vicepresidencia del Gobierno.

González, animal político dotado de una intuición muy fina, quería irse en pleno triunfo, con unos Juegos Olímpicos, los de Barcelona, cuyo éxito anticipaba, con una Expo en Sevilla que, muy polémicamente montada y organizada, iba a dejar pequeña a la de 1929, con unas relaciones internacionales excelentes a uno y otro lado del Atlántico, con una situación económica mejorada. Él sabía que, a partir de entonces, y cara a las elecciones de 1993, nada iba a ser igual. Por si su olfato no fuese suficiente, las tripas de las encuestas, bien analizadas por Julián Santamaría, el hombre que había pronosticado que González ganaría el referéndum de la OTAN, ya sugerían un innegable cansancio de los electores.

A todo ello habría que unir otro factor: el presidente del Gobierno temía un agravamiento en las disidencias internas en el partido, seriamente fraccionado entre «renovadores» y «guerristas», unas

disidencias tenazmente negadas tanto en Ferraz como en La Moncloa, pero que luego empeoraron cuando, en 1993, Carlos Solchaga, quizá el personaje más odiado por el «guerrismo», se convirtió en portavoz del Grupo Parlamentario Socialista.

Y González estaba harto de fricciones, alfilerazos, malas caras. Lo había advertido ya en la clausura del 32º congreso federal del partido, en noviembre de 1990, poco antes de la salida de Guerra del gobierno: se gobernaría exclusivamente desde La Moncloa —y no, por tanto, desde Ferraz—. Y en los pasillos lo había dicho: si la inquietud interna seguía, él se marcharía.

Los interlocutores de González aquel 5 de febrero tenían todo esto, y mucho más, en la cabeza. Sabían incluso que el presidente y secretario general había llegado a hablar en 1988 con el mismísimo rey de su deseo de dimitir. Así que la cosa no les cogía de nuevas. Lo que ocurría era que en el «guerrismo» había solamente una persona más aborrecida que Solchaga: Narcís Serra. Alfonso Guerra no contaba con ser él quien sucediese a González; ya he dicho que sabía que carecía de algunas condiciones básicas para ello. Pero sí aspiró siempre a ser quien pilotase la sucesión. Nunca lo consiguió. Aunque, de alguna manera, sí logró que Serra dejase de ser casi oficialmente el «delfín».

Nadie sabía, ni creo que aún hoy se sepa, hasta qué punto González compartió con Serra sus planes de futuro. O hasta qué punto los compartió con Javier Solana, otro dirigente socialista de larga y buena trayectoria que sonó mucho como «presidenciable», como habían «sonado», con mayor o menor fundamento, otros, como Josep Borrell, Manuel Chaves o Ramón Jáuregui. Lo que sí percibí, y lo contaba en *La metamorfosis*, fue que Serra se movía «como si» supiese que estaba tocado por el dedo cuasi divino de González. Hubo versiones, sí, que decían que González habría dicho a Serra, en una de esas tardes aciagas y pesimistas que se vivieron tras la huelga de 1988: «Me quiero ir, estoy harto, y he pensado que tú eres la persona indicada para sucederme». Serra me negó, en una entrevista posterior, aunque eligiendo muy bien sus palabras, la existencia misma de esta conversación, corroborada por no pocas fuentes.

«Hemos tenido, Felipe y yo, innumerables conversaciones sobre las perspectivas del gobierno e, incluso, las perspectivas personales; pero esa versión que circula sobre el 14-D (la jornada de huelga general) no es cierta; otra cosa es que yo crea en este momento oportuno explicar esas conversaciones, anteriores o posteriores a esa fecha». Estas son las palabras textuales de Serra. Que cada cual saque, como yo las saqué, sus propias conclusiones.

El afán por proteger a González de los rumores sobre sus eventuales tentaciones de abandonar el cargo iba a veces más allá de los verdaderos deseos del presidente. González aprovechó una entrevista con la periodista de la agencia Colpisa Susana Olmo, con la que mantenía buenas relaciones —alguna vez compartimos ella y yo charla informal con el presidente en La Moncloa—, para hacer públicas sus intenciones. Poco antes de que concluyese la entrevista que estaba manteniendo con Olmo, y antes de que la periodista apagase la grabadora, el presidente concluyó una frase diciendo: «Es razonable pensar que, desde el punto de vista personal, en lo que a mí me afecta, será probablemente la última ocasión en la que me presente a las elecciones». Y luego, me contó Susana, con la grabadora ya apagada, González le dijo: «Supongo que era eso lo que querías que te dijera, ¿verdad?». Esto ocurría poco antes de las elecciones de 1989, que el PSOE volvió a ganar. Ya a la salida de La Moncloa, me reveló Susana, empezaron las presiones por parte de la ministra Portavoz Rosa Conde, una de las personas que gozaba de mayor confianza y cercanía con el presidente, para que esta frase, «dicha fuera de contexto», no fuese publicada.

Vano intento: Olmo era demasiada periodista como para ceder a tales sugestiones. Así que decidió llamar a Ana Navarro, a la sazón secretaria personal de González y muy próxima al presidente: «Pregúntale a Felipe si quiere que censure esa frase, o si quiere mantenerla». La respuesta llegó a los cinco minutos: «Adelante, publícalo todo». Tanto Susana como yo coincidíamos en creer que acaso Navarro, que gozaba de la máxima intimidad con el presidente y de una indudable influencia sobre él, ni siquiera le consultase sobre el particular; en los círculos monclovitas que algunos frecuentábamos entonces era voz común que la secretaria del presidente también compartía algunas de las tentaciones «fuguistas» de su jefe y amigo.

El propio González, en una conversación que mantuvo conmigo después, reconoció que se había equivocado con las declaraciones que hizo a la periodista de Colpisa, que provocaron no poco revuelo interno en el PSOE. «Si esta es la manera que tienes de empezar una campaña electoral, sugiriendo que vas a retirarte, mejor que nos vayamos a casa cuanto antes», creo que le dijo Benegas.

También Miguel Ángel Aguilar, director en tiempos de la agencia Efe, recibió alguna confesión de González en el sentido de que se quería marchar. Pero Aguilar, estando, como estaba, en la agencia oficial, sí hubo de ceder a las presiones de Rosa Conde y tuvo que suprimir este pasaje.

Esta vez no hubo balcón en el Palace

Domingo, 6 de junio de 1993

A las ocho de aquella tarde, iniciábamos una *Mesa de Redacción* en Telecinco. Por esa mesa iban a pasar numerosos invitados, políticos y periodistas principalmente, para comentar la noche electoral y seguir los avatares del recuento de la votación. Algún invitado «popular», como Alberto Ruiz-Gallardón, se apresuró a cantar victoria: el PP estaba seguro de que iba a ganar. Perdieron.

Alfonso Guerra, situado tras Felipe González en el estrado del salón electoral en el hotel Palace, aún no podía entenderlo. ¿Cómo ha sido posible la victoria una vez más? ¿Cómo se ha evitado que la opinión pública tome conciencia de la gravedad de la crisis interna en el partido, cosa que, como se sabe, es siempre muy castigada por los votantes?

A Guerra le constaba que el presidente había anunciado su deseo de tirar la toalla a diferentes dirigentes del partido y miembros del gobierno —a él, personalmente, en tres ocasiones— dos veces en febrero, otra en marzo, otra en mayo, dos en junio, otra en julio y hasta tres más en el otoño anterior. Al menos una veintena de personas conocían esto de primera mano. ¿Cómo había sido posible, aun así, la victoria?

El caso era que los resultados, 159 escaños, estaban ahí, y que, pese a los malos augurios, solo él, Alfonso Guerra, se había atrevido a pronosticar que el PSOE obtendría esos asientos, quince más que el Partido Popular. A Guerra se le podrían achacar muchas cosas, pero no que no supiese tener engrasada la maquinaria de las elecciones, gracias, en parte, a un sistema propio que puso en marcha para controlar a los cincuenta coordinadores electorales, uno por provincia. Y 159 escaños no eran la mayoría absoluta, pero…

Había quien afirmaba que los debates «cara a cara» entre González y Aznar —el primero en Antena 3; el segundo, en cuya organización me tocó participar algo, en Telecinco—, habían tenido mucho que ver en la «amarga victoria», de González. Seguí, lógicamente, muy de cerca y muy «desde dentro» aquellas dos confrontaciones, la primera, moderada por Manuel Campo Vidal, ganada, dijeron, por Aznar; la segunda, moderada por Luis Mariñas, ganada, aseveraron, por González.

Sinceramente, no creo que aquel montaje artificial, en el que hasta la altura de las mesas y la intensidad de los focos hubo de

pactarse, sirviese de mucho: una campaña electoral tiene, aunque a veces no lo parezca, alma. Mucho más allá de artificios, sal gorda, medias verdades y mentiras completas. El conjunto del electorado puede ser muchas cosas, incluso equivocarse, según quien lo califique. Pero nunca es tonto y sabe dónde están los valores reales, que trascienden del *marketing* de un debate.

Incluso me permito dudar de que fuese decisiva la influencia de TVE, manipulada entonces como nunca lo habían hecho ni Luis Solana, ni Pilar Miró, ni siquiera Calviño en la era del «referéndum OTAN», por quien era entonces su director general, Jordi García Candau. Hasta el punto de suscitar constantes protestas desde el Partido Popular, que se negaba incluso a acudir a los debates en este medio, y desde el propio consejo de redacción de la Casa.

Tampoco creo que influyese demasiado en la victoria «de Felipe» la puesta en marcha de una iniciativa de Maravall, secundada por Javier Solana, provocando un auténtico *boom* de manifiestos de intelectuales y artistas en favor del PSOE: Víctor Ullate, Joan Manuel Serrat, Javier Mariscal, María Asquerino, Antonio Banderas, Javier Gurruchaga, Bigas Luna, el pintor Eduardo Arroyo, el arquitecto Ricardo Bofill, la escritora Elena Soriano o el cineasta Fernando Trueba suscribieron un llamamiento en favor de la opción socialista, mientras otros «famosos», como Sara Montiel, el humorista Miguel Gila o Albert Boadella, se involucraron directamente en la campaña, una novedad que luego explotaría Zapatero en sus comparecencias electorales con los actores de la «zeja».

Y, ¿hasta qué punto fue decisiva la presencia de Baltasar Garzón como «número dos» en la lista electoral del PSOE por Madrid, para arrastrar los votos necesarios para la victoria? No falta, como antes apuntaba, quien, como Ignacio Varela, piense que Garzón «no dio ni un voto». Mi opinión entonces, como simple seguidor de la campaña, era la contraria. El entonces «juez estrella», que tanto iba a decepcionarnos después, sí arrastraba al menos a curiosos a los mítines. José Bono, muñidor, junto con Ventura Pérez Mariño, de la idea de meter a Garzón en las candidaturas, siempre me ha dicho que ahí estuvo una clave de la victoria.

El caso es que, por cuarta vez, González ganó. Pensé que, aquella noche de junio de 1993, culminaba un proceso electoral lleno de tensiones, se consolidaba un «nuevo» Felipe González. Muy lejano de aquel que, nueve meses antes, decía que se marchaba. Este González, pensé, tiene ganas de pelea. Adiós a las flaquezas abandonistas, «al menos en este cuarto de hora; luego ya veremos», me puntualizó un cercano asesor del presidente, que me contó muchas intimidades y me

hizo prometer que nunca revelaría su nombre.

Ese mismo asesor, recordaba en *La metamorfosis*, reconoció que González tenía algo de doctor Jekyll y mister Hyde: podía pasar de la euforia, de un continuo sacar conejos de la chistera, a la depresión más absoluta, a interrogarse por el sentido de su vida en el palacio-mausoleo de La Moncloa, que él había hecho crecer desmesuradamente, en un alarde un poco faraónico. Y puede que su situación personal aquellos días tuviese, por no pocos factores, mucho que ver con todo esto.

Al fin y al cabo, Felipe González apenas había cumplido, hacía algunos meses, cincuenta y un años, y ya lo había sido, entonces, todo. Difícil situarse en su cerebro. ¿Cuánta gente, a esa edad, puede decir que ha cumplido todos sus objetivos en la vida? Poco antes de aquellas elecciones de 1993, desde la Comisión Europea le sugirieron la posibilidad de que ocupase la presidencia de este organismo, sustituyendo al socialista francés Jacques Delors: de haber aceptado, no cabe duda de que le hubiesen apoyado la mayoría de los países comunitarios. Pero no aceptó: alguien aseguró que le había dicho que «en Bruselas todo es demasiado gris y llueve demasiado».

A González le quedaban al menos treinta años de lucidez, de vitalidad: la última vez que le vi, en su casa de Madrid, la víspera de Nochebuena de 2021, se me cayó un bolígrafo al suelo y él, sin apenas agacharse, lo recogió: «Verás que estoy en plena forma», me dijo. El 5 de marzo de 2022 cumplió ochenta años y lo agasajaron —entre otras cosas, con la «entrevista demasiado amable» de Évole—, aunque quizá no lo celebraron todos tanto como merecería, me dio la impresión, alguien que encarnaba el último icono de la Transición de 1978.

«He entendido el mensaje». Pero ¿qué mensaje?

Guerra recordó aquella noche de 1993 cómo, once años antes, en aquellos mismos salones del hotel Palace, vaticinó que los socialistas obtendrían 202 escaños. Exactamente los que obtuvieron. Claro que, en la noche del 6 de junio de 1993, las cosas eran bien distintas. Felipe y Alfonso no salieron al balcón para, las manos juntas y una rosa roja en la otra, ser vitoreados conjuntamente. No hubo abrazos ni largos discursos en el momento de la euforia. Felipe se limitó, algo misteriosamente, a decir que «he entendido el mensaje» enviado por los electores. Guerra, en segundo plano, ya irreversiblemente distanciado en lo anímico y en lo político de Felipe, solo sonreía algo

forzadamente.

Él sabía, como lo sabíamos casi todos los que por allí pululábamos aquella noche, que era la última vez que Felipe ganaba unas elecciones. Si es que se presentaba a las siguientes, que nadie podría en ese momento haberlo asegurado. Fue, saqué la impresión aquella noche, una triste victoria. Bien sabía el «número dos» del partido y ex «número dos» del gobierno las maniobras que habían sido precisas para llegar a aquella noche de triunfo electoral, cuántos sapos se había tenido que tragar desde que, tras las revelaciones de lo que hacía su hermano Juan en Sevilla, comenzó la lapidación contra él.

Acaso no merece la pena abundar en cuestiones ya bien abordadas por otros colegas, por historiadores y politólogos. Guerra es, para algunos, como mi colega Alfonso Sobrado Palomares el malo de la película, como también lo es su rival, Solchaga. Para otros, empero, y aquí vuelvo a citar a gentes como Pedro J. Ramírez, González no era precisamente «el bueno», sino todo lo contrario.

Pero sí me parece interesante detenerse un poco en cómo se llegó a aquella última victoria del «felipismo», en el clima que, desde bastantes meses antes de la convocatoria de aquellas elecciones de junio de 1993, había ido deteriorando al partido que había arrasado en las urnas en 1982, 1986 y 1989 y que volvió a ganar, como ganó, hecho ya jirones, en 1993.

Y creo llegado el momento de detenernos en el periodista-que-lo-fue-casi-todo-en-una-época, de quien hablaba, sin dar nombres —seguro que el lector ya lo había adivinado—, al comienzo de esta parte del libro. Es decir, en, por ejemplo, Pedro J. Ramírez. Cómo hacer una historia de este periodo sin citarle.

23

EL AMO DE *EL MUNDO* QUE QUISO SER EL AMO DEL MUNDO

Conocí y aprecié, en lo meramente profesional, a Pedro J. Ramírez, que llegó a mi vida periodística de golpe, cuando la empresa de *Diario 16* decidió prescindir de los servicios de Miguel Ángel Aguilar como director, colocando en su lugar a un joven venido del *ABC*, que ya había suscitado mi atención como buen periodista leyendo sus crónicas políticas.

Yo entonces era jefe de internacional de *Diario 16*, y pude comprobar pronto cómo aquel nuevo director, que te echaba el aliento en la nuca espiando lo que escribías, era un periodista ante el que había que quitarse el sombrero. También constaté otras cosas, cuando nos expulsó al jefe de Economía, Alfonso Pajuelo, a la jefa de Cultura, Juby Bustamante, mujer de Miguel Ángel Aguilar, y a mí, de una reunión del comité editorial del periódico por habernos posicionado en contra del editorial que pensaba publicar, a favor de la pena de muerte para los etarras. Una posición que, justo es decirlo, varió al cabo de no mucho tiempo, incluso publicando una entrevista con un miembro de la banda terrorista.

El ya varias veces mencionado Alfonso Sobrado Palomares, autor de *El hombre y el político*, ofrece en su libro un retrato furibundo de Ramírez, que, por cierto, coincide punto por punto con el que me hizo el propio González en el encuentro que mantuve con él en la víspera de la Nochebuena de 2021.

No creo que sea el papel que de mí se espera ejercer de juez de las bondades o maldades de Pedro J. en la época en la que hacía y deshacía, o eso intentaba, futuros presidentes y actuales expresidentes del Gobierno. Y, además, como era el caso con José María Aznar,

jugaba al pádel con ellos.

Sí sé que lo echaron de *Diario 16* por presiones políticas y que presiones políticas fueron las que le hicieron salir de *El Mundo*, el periódico que logró articular en tiempo récord tras su salida del diario propiedad del inolvidable Juan Tomás de Salas. Y creo que eso está en su haber, como lo está el haber sabido sobrevivir a algunas maniobras vergonzosas que, atacando su vida privada, gentes subterráneas, cuya identidad sospecho, pero no me consta, intentaron contra él.

Pero puede que las lágrimas que se le escaparon a un ministro de Aznar, ante Pilar Cernuda y ante mí, por los ataques brutales de que estaba siendo objeto en el diario que dirigía Pedro J. porque no accedía a desclasificar los papeles del CESID en beneficio de su periódico, actuasen en contra de la capacitación moral del periodista.

Porque Pedro J., como digo, hizo y deshizo en gobiernos, honras y haciendas. Se alió con Julio Anguita, el comunista menos ortodoxo que he conocido en mi vida —escribí un libro sobre él y, al concluirlo, le dije: «Julio, te quiero mucho, pero no entiendo una palabra de lo que dices»— para, en una «pinza» con Aznar, destruir a Felipe González. Lo cuenta muy bien Esther Esteban en su libro *El tercer hombre, P. J., la pesadilla de F. G.* y a esa obra, que revela muchas cosas incluso tal vez no queriendo hacerlo, me remito.

Y, más aún, pienso que PJR fue el principal cemento del búnker que un grupo de informadores —y no solo de informadores, que allí andaban también el notario «republicano» Antonio García Trevijano y el novelista en decadencia Camilo José de Cela— montó contra González. No recuerdo quién los definió como el «sindicato del crimen», denominación que aceptaron con forzado humor.

La presentación del libro con los «documentos de Manglano» sirvió para que Pedro J. Ramírez sugiriese que muchos deberían haber acabado en la cárcel. De pie, de izquierda a derecha, Juan Luis Cebrián, los autores —Juan Fernández-Miranda y Javier Chicote— y Pedro J. Ramírez; sentado, Luis María Anson. (Foto: archivo del autor).

Tendría seguramente razón y razones Pedro J. para lanzar las invectivas que lanzó contra el «felipismo» aquel 2 de noviembre de 2021, cuando se presentaba el libro con las fechorías del CESID de Manglano durante la etapa en la que González fue presidente del Gobierno. Pero no menos cierto es que, como dijo Juan Luis Cebrián, otro de los presentadores del libro escrito por Juan Fernández Miranda y Javier Chicote, toda etapa política tiene sus cloacas, se

trate del país de que se trate. O, como dijo mi admirado Luis María Anson, el tercero de los periodistas-que-protagonizaron-una-era y que actuaban como presentadores en la casa de *ABC* aquella tarde de noviembre de 2021, la era felipista tuvo sus cosas buenas y sus cosas malas. Inútil e injusto insistir en que solo hubo de lo uno o de lo otro. Cada cual puede valorar si hubo más de bueno que de malo o viceversa.

Y había sido precisamente Anson, quizá el periodista contemporáneo que más acontecimientos históricos ha vivido desde la primera fila, quien denunció la existencia y los fines de aquel «sindicato del crimen», oficialmente apodado por sus impulsores como Asociación de Periodistas Independientes y creado en un lujoso restaurante marbellí, hasta con el Rolls Royce de uno de los participantes aparcado en la puerta.

La historia de un gobierno, de cualquier gobierno, es también la de sus relaciones con los medios de comunicación. Y no es que quiera dar más importancia de la que sea debida a esta parcela: la información es, junto a la vida y la integridad física, el mayor bien al que puede aspirar la persona. Nunca he podido olvidar aquellos versos que, con humor, insertó Leopoldo Calvo-Sotelo en sus memorias, atribuyéndolos a «un amigo, altísimo poeta»:

Qué espantosa situación
la situación en que están
los que huyendo de Cebrián
fueron a dar en Ansón.

Quizá Calvo-Sotelo, que «gozó» de la «protección» de Pedro J. durante un tiempo —sé que llegó a pedir mi cabeza en *Diario 16* por algo que no le había gustado, sin que Ramírez le hiciese mayor caso, lo que siempre le agradecí—, no quiso meter al director de *Diario 16* y luego de *El Mundo* en sus versos. Pero ya entonces PJR era «el tercer hombre» de los medios en cuanto a su tremenda, excesiva, influencia en la vida política, social y hasta económica española. Luego fue el primero.

Ni pude entonces, ni puedo ahora, abonar que un grupo de periodistas, por muy notables que sean, junto con algún intelectual famoso, Camilo José de Cela en este caso, que es personaje por quien me he acostumbrado, tras admirar su primera obra, a tener un muy escaso aprecio por su trayectoria posterior, traten de derrocar a un gobernante al margen de las urnas. Eso, quizá sea hasta aconsejable y

admirable en una dictadura; pero difícilmente se podría afirmar que la era de Felipe González no fue una democracia, aun con cuantas imperfecciones se quiera.

Se rozó entonces, con este y otros manejos atribuibles a la larga mano de Mario Conde, «la estabilidad del Estado», Anson *dixit*. Y no es precisamente esa función que corresponda a la modesta tarea de un periodista.

Pero hay que reconocer, paralelamente a las muchas maniobras orquestales en la oscuridad propiciadas por algunos medios y empresas mediáticas, que, de no haber sido por varios de esos medios, y por otros ajenos al «sindicato», como *El País*, *ABC*, *Diario 16* y otros, la impunidad de la corrupción política habría sido mucho mayor. Casi total, quizá. Y el papel jugado por *El Mundo* a la hora de desvelar, como he dicho, las acciones de los GAL, a la hora de revelar los «papeles de Perote», aunque fuese en una cierta complicidad con él, y a la hora de descubrir flagrantes casos de corrupción, como Filesa o Ibercorp, aunque hubiese sido a base de presiones y cambalaches, fue muy importante.

«Una era muy, muy crispada»

Muchos creyeron en la época que Pedro J. era, junto con la mano oculta de Mario Conde, que constituye sin duda la figura más polémica de la era «felipista», el principal instigador de aquel peculiar «sindicato». Seguro que él estaba alentado por un sincero afán de cambiar para mejor la situación política del país, pero de ninguna manera pueden aceptarse, en mi opinión, algunos de los métodos empleados. Ni la actuación de los profesionales de la comunicación tratando de variar el signo de las urnas, como reconoció Luis María Anson.

Lo que ocurría era que desde La Moncloa se pensaba que la «trama periodística» era una parte de la trama global atribuida en primer lugar a Mario Conde, y en segundo, a la influencia de Pedro J., sirviéndose de figuras de trayectoria cuestionable, como los expolicías Amedo y Domínguez. O, más tarde, como el exdirector de la Seguridad del Estado, Julián Sancristóbal, o como el coronel Juan Alberto Perote, un peligroso personaje que se marchó del CESID, donde operaba prácticamente como el «número dos»… llevándose una buena cantidad de microfilms secretos, listos para venderse al mejor postor, y todo indicó que ese postor fue el propio Mario Conde.

En un libro firmado por él, aunque me dijeron que escrito por un «negro», de cuyo nombre también me acuerdo, Perote llega a justificar su «temporal alianza» con Mario Conde: «Intentamos inútilmente que González asumiera sus responsabilidades (en el GAL), tal y como hizo Margaret Thatcher cuando, en defensa de los que bajo sus órdenes represaliaron las acciones terroristas del IRA, dijo en el Parlamento británico aquello de "fui yo quien disparé"». Y, con esta «justificación» a sus intolerables acciones, más aún tratándose de un militar actuando en un cargo de estricta confianza, el coronel traidor se quedaba tan fresco.

Como digo, fue esta última recta del «felipismo», sin duda, una era crispada. En el citado *Crónicas de la crispación* reconocíamos nuestra desesperación ante lo que podríamos llamar el signo de los tiempos: financieros y empresarios sin escrúpulos, desde el propio Conde, tratando de chantajear al Estado —hizo llegar amenazas muy directas, a través del abogado Jesús Santaella, al ministro Belloch y al propio Felipe González—, hasta Javier de la Rosa. Pasando por otros muchos de los que ahora no cabe hacer crónica exhaustiva, y que influyeron no poco incluso en las actividades más cuestionables del jefe del Estado.

Algunos periodistas, que estábamos alertados de ciertas «irregularidades» al máximo nivel, susurradas por el mismísimo jefe de la casa del rey, Sabino Fernández Campo, callamos, porque quizá no podíamos ni nos atrevíamos a hacer otra cosa, ante algunas actividades del monarca. Fernández Campo trataba, sin duda, de que, saliendo a la luz lo menos, Juan Carlos I entendiese que había de frenarse ante lo más. Pero, con el silencio —hubo algunas excepciones muy minoritarias— de los medios y el mirar hacia otro lado de Felipe González, el rey se sintió, como así era constitucionalmente, impune e inmune. De aquellos polvos vinieron estos lodos.

Y no podemos olvidar que, entre las turbias aguas de la época, nadaba un peligroso pez, impulsado desde varios oscuros rincones, que pretendía ya entonces una abdicación de Juan Carlos I en la persona de su hijo Felipe, que ya contaba veinticinco años de edad. Aquella maniobra, desvelada por José Luis de Vilallonga en un célebre artículo en *La Vanguardia*, fue una de tantas, que acabó en nada, en una «era de la crispación» que quizá fue solo un ensayo de las tremendas convulsiones que vendrían años después.

Crónica de la corrupción

El 29 de mayo de 1991, y valerosamente impulsado por el diario *El Mundo* —consta que al menos otros dos periódicos tuvieron la misma información y, por diversos motivos, desdeñaron publicarla—, surge el «escándalo Filesa». «Sociedades ligadas al PSOE cobran cientos de millones por "asesorar" a empresas y bancos con informes inexistentes». Ese era el titular, a toda página, con el que esa mañana se desayunaron los responsables del PSOE, que ya conocían con antelación que el explosivo caso iba a aparecer en el diario y no pudieron —y vaya si lo intentaron— hacer nada por detenerlo. Un proceso por presunta financiación irregular del partido se había puesto en marcha.

A *El Mundo* hay que reconocerle haber estado en la vanguardia de la denuncia de no pocos casos de corrupción, al margen de las ya mencionadas cuestiones relacionadas con la actividad de los GAL. Insisto en que quizá no siempre los métodos para conseguir la información fueron los más correctos. Pero los periodistas sabemos que, a la hora de obtener una noticia —y ya digo que noticia, según la definición atribuida a lord Northcliffe, es todo aquello que alguien no quiere que se publique—, no se puede mirar a la pureza de la fuente.

Otra cosa es, claro, cómo se maneje a esa fuente, que de todo debió haber en aquellos años crispados de los que todos nos hemos negado, equivocadamente, a guardar memoria. El gran debate en aquellos momentos entre los profesionales de la comunicación era si todos los métodos, incluyendo aliarte con los «malos», valen para lograr el fin de publicar una exclusiva, por mucho que esa revelación sirva a la pureza de la democracia.

Renfe, Ave, Ibercorp, Ollero, KIO, BOE, Ceres, Roldán, Juan Guerra… Los casos iban estallando uno a uno, sin que, curiosamente, influyeran en la decisión del electorado de seguir apoyando al partido de Felipe González, como quedó patente con la victoria *in extremis* en las elecciones de 1993, con el concurso «fuera del guion» del magistrado Baltasar Garzón, acompañado del también juez Ventura Pérez Mariño. Ese mismo Garzón que luego, insatisfechas sus ambiciones políticas, se iba a convertir en la peor pesadilla de González, de quien sugería que era el «mister X» detrás de los GAL. Nunca se aportaron pruebas concluyentes en ese sentido, y ese es uno más de los muchos temas pendientes de conclusión derivados del «felipismo».

Paseé con Pérez Mariño por los pasillos del Congreso una jornada de debate del estado de la nación en la que él, siguiendo los pasos de Garzón, había decidido dimitir como diputado, como protesta, me decía, por la «corrupción» reinante en el partido. Una corrupción que,

se lamentaba Ventura, nadie trataba de atajar en la dirección del PSOE y del gobierno. Aquello tenía el aspecto de ser el comienzo del fin. No trato de exculparle, pero, por lo que fui averiguando en la época, pienso que González no pudo o no supo, aunque seguramente sí quiso, atajar el mal. Nadie ha podido, al menos, probar algo diferente.

Probablemente, si la reacción de los dirigentes socialistas ante las acusaciones hubiese sido otra, la historia, para muchos de estos dirigentes, también sería hoy distinta. Pero Alfonso Guerra comenzó negándolo todo cuando, en febrero de 1990, subió a la tribuna de oradores en el Congreso para hablar del caso protagonizado por su hermano Juan: una «ocupación ilegal» de un despacho oficial para tratar sus polémicos asuntos privados y del partido. Y el PSOE seguía negándolo todo, cualquier vinculación orgánica con el asunto, cuando afloró Filesa.

Se llegó incluso hasta el punto de utilizar al anciano (ochenta y seis años) y respetado presidente del partido, Ramón Rubial, para que enviase una carta al Congreso y al Senado pidiendo indignadamente amparo parlamentario para los implicados del PSOE, un paso unilateralmente decidido por el «aparato» de Ferraz, que fue considerado «un serio error» en La Moncloa… cuando La Moncloa se enteró por los teletipos.

Era lo mismo que cuando Felipe González negó, años atrás, cuando aún estaba lejos del gobierno, la financiación alemana de su partido: «Ni Flick, ni Flock». Y sí había algo de Flick, llegado vía la fundación socialdemócrata del SPD, la Friedrich Ebert, cuyo delegado en Madrid era el entonces influyente Dieter Koniecki. O cuando se indignó conmigo, durante un viaje a Manila, porque le cité los primeros casos de corrupción (presunta) en el PSOE. Quiero y puedo creer que seguramente el presidente y secretario general tenía cosas más urgentes de las que enterarse y ocuparse. Las fuerzas políticas son, cuando menos, poco diligentes a la hora de indagar lo que ocurre en su interior fuera de los márgenes de la legalidad: véanse, si no, ejemplos más recientes, Gürtel, Kitchen, ERE y un demasiado largo etcétera.

«Prefiero Mortadelo y Filemón», dijo

Pero lo peor es que, en 1992, enfilado ya hacia las elecciones de 1993, el PSOE había perdido toda su capacidad de autocrítica. Quizá esta

capacidad residía ya tan solo en un Felipe González que deshojaba la margarita, diga ahora lo que diga, sobre si debía o no presentarse.

La conmemoración del décimo aniversario de la victoria electoral de octubre de 1982, que básicamente estuvo organizada por Fali Delgado, mostró hasta qué punto el partido estaba ensimismado en su lucha interna de poder. O de supervivencia.

El equipo de publicitarios ya no era el mismo. Y hubo que improvisar un tanto en aquella conmemoración. Alguien propuso volver a los tiempos en los que el PSOE apostaba por los dibujos a todo color, representando un país bucólico, olvidando que las expectativas de España en 1979 —cuando el dibujante José Ramón sorprendió a todos proponiendo una campaña municipal llena de colorido y optimismo— no eran, precisamente, las del otoño de 1992; que la situación era distinta y que ahora muchos medios de comunicación estaban enfrente, y no al lado, del PSOE.

Pero lo más importante: ni Alfonso Guerra, ya exvicepresidente, era el mismo, tocado anímica y espiritualmente, ni tampoco los que le rodeaban, entre los que se habían producido importantes bajas. Que, en esas condiciones, el «visto bueno» de la campaña dependiese de Fali Delgado, que carecía de la cualificación técnica o intelectual precisa, parecía, cuando menos, un envite aventurado.

Uno de los puntos fuertes de esta campaña era el reparto de casi diez millones de ejemplares de los cómics editados por el partido para conmemorar el aniversario, bajo el título *Por el futuro de todos*. El «tebeo», pésimamente editado, que presentaba un país falsamente idílico y que cualquier publicitario hubiese desdeñado por considerarlo «infantil», así como por el cartel conmemorativo, una réplica (mal) dibujada de la imagen de González y Guerra saludando desde el balcón del Palace (reproducimos esta imagen), recibió un cuasi unánime rechazo. Tanto rechazo que cientos de miles de estos tebeos quedaron almacenados. Varias federaciones no llegaron a repartirlos efectivamente —aunque sí dijeran haberlo hecho— y desde La Moncloa y el gobierno no se ocultó el disgusto que la mala calidad de la campaña había producido entre los ministros —alguno no se recató en decirlo— y en el propio presidente. Que, por lo visto, conoció el diseño y el contenido del «tebeo» cuando era demasiado tarde. Una vez más, Felipe se enteraba demasiado tarde.

El PSOE no quiso ni siquiera hacer público —lo pregunté, recuerdo— el nombre del malhadado dibujante autor del tebeo. En cuanto al «guion», hubieron de reconocer que era responsabilidad, en último extremo, de Fali. Pregunté a un portavoz del partido por la acogida a esta nada buena idea y de nuevo mostraron la carencia de

cualquier sentido de la autocrítica: «Aunque no guste a la prensa, sí gusta a la gente; nos lo piden por millares», mintieron. Alfonso Guerra fue un pelo más lejos en una complaciente entrevista en *El Socialista*: «Los líderes y partidos europeos nos solicitan el modelo, porque quieren realizarlo», dijo, en unas declaraciones en las que, por cierto, llegaba a afirmar que en el PSOE existía «un ala liberal» que tenía «otro proyecto ideológico» y cuyos integrantes podrían «acabar dando el salto para pasar a otra ideología».

Tal vez se refiriese a algunos de los críticos del cómic: «Nunca hablo de tebeos», había respondido Solchaga, lacónicamente, al ser preguntado al respecto. «Prefiero Mortadelo y Filemón», opinó el siempre cáustico cántabro Leguina. El exministro Barrionuevo, a quien siempre consideré una persona sincera y recta a la hora de expresar sus opiniones, no se anduvo tampoco por las ramas: la campaña, dijo, «no está a la altura de las circunstancias ni da el tono de seriedad adecuado».

La campaña, para colmo, coincidía en el tiempo con otra lanzada desde La Moncloa, demostrativa de las ventajas del Tratado de la Unión Europea suscrito en la ciudad holandesa de Maastricht el 10 de diciembre de 1991. Ambas campañas se solaparon y resultaba inevitable contemplar, nuevamente, una cierta rivalidad entre quienes movían, desde detrás, los respectivos hilos. Es decir, Guerra y Serra.

El «renacimiento» del PSOE se había preparado con el llamado «Programa 2000», una iniciativa de Manuel Escudero bendecida por Guerra, que fue un sin duda meritorio esfuerzo destinado a la inoperancia, como la mayor parte de las aventuras prospectivas. Conocí y traté bastante a *Manu* a finales de los ochenta, cuando empezó a poner en marcha su «programa», claramente orientado a una izquierda para nada «neoliberal».

Apadrinado por gentes como Chaves y su entonces jefe de Gabinete Valeriano Gómez, el «Programa 2000» quería dotar de una reflexión ideológica a un partido que era, dijo entonces Escudero, poco más que «una maquinaria electoral». Volví a verle años después, en el otoño de 2021, en la embajada española ante la OCDE en París y seguía siendo, me pareció, un entusiasta de los nuevos planteamientos socialdemócratas, tema ya digo que eternamente recurrente sobre el que Manu acababa de escribir un breve tratado, *La nueva socialdemocracia.*

Y también se quiso escenificar este renacer con un gran mitin en la plaza de toros de Las Ventas el 25 de octubre de aquel 1992. Más de treinta mil personas, llegadas la mayor parte en autobuses de Andalucía, Castilla-La Mancha, Valencia y Extremadura, o sea, las

federaciones «fuertes» del partido, llenaban la plaza, ansiosas por escuchar a «Felipe y Alfonso, Alfonso y Felipe», como rezaban las pancartas que anotamos los periodistas allí congregados. Sabiendo que eran ya unas pancartas mendaces.

Algún dirigente, y al menos, que me conste, dos ministros, aconsejaron posponer aquel mitin de Las Ventas, a la vista de las muchas críticas suscitadas por la «campaña de los diez años».

Vuelta a los viejos tiempos

Un cualificado dirigente del PSOE dijo por esa época, y así lo mencionaba en *La metamorfosis*, que el presidente había cometido seis errores graves, todos ellos en la última legislatura: permitir que el 32º congreso del partido se cerrase en falso; ensimismarse con la idea de Europa, desatendiendo todos los otros frentes; el tercero, haber designado a Serra como único vicepresidente, sugiriendo, por tanto, que sería el sucesor; el cuarto, haber expresado con demasiada frecuencia su intención de abandonar La Moncloa; quinto, no haber anticipado al otoño de 1992, tras las Olimpiadas, la Expo sevillana y el Quinto Centenario, las elecciones generales; y sexto, haber apoyado hasta más allá de lo razonable las formas y la política económica, por este orden, de Solchaga, como antes había apoyado «en exceso» a Miguel Boyer.

Por cierto, que el propio Solchaga, en una rara muestra de humildad, criticó esos días algunas de sus actuaciones, «que demostraban una falta de previsión», como la reducción de las retenciones del IRPF.

Quienes estuvimos al tanto de los prolegómenos de aquel acto en Las Ventas sabíamos bastante del panorama interno en el que se desarrollaba: supimos, por ejemplo, que Guerra se negaba a intervenir inmediatamente después del «traidor» Teófilo Serrano, quien pensaba que le había sido desleal por haber abjurado del «guerrismo». Serrano, a quien yo conocía de largo porque era compañero mío de curso en el colegio, simplemente había visto que el «guerrismo» conducía a ninguna parte, y había decidido cooperar a la construcción futura del partido. Ello le costó innumerables sinsabores, como me fue contando a lo largo de varios años, hasta que me dejó leer su libro, *Otros tiempos*, sobre lo ocurrido durante todos aquellos años en la loca federación madrileña. Serrano, un enamorado de la política, sufrió en propia carne muchas de las tensiones internas en el PSOE en general,

y las que enfrentaron a los «acostistas» (de José Acosta, guerrista) con el «renovador» Leguina en Madrid, en particular.

El relato de las escaramuzas que tantas veces me contó mi excompañero de estudios Teófilo es demasiado prolijo; creo que, llegados a estas alturas, podemos considerar que todo aquello ha quedado en minucias para la pequeña historia. Poco es lo que aquella pelea entre «guerristas» y «renovadores», que hizo eclosión en un muy sonado acto «antiguerrista» en el hotel Chamartín, ha dejado en el alma actual del PSOE, aunque quizá haya dejado alguna cicatriz más profunda en el alma generosa de mi compañero de bachillerato.

Al final, claro, se solventaron los problemas de protocolo y el famoso mitin de Las Ventas se pudo realizar. Fue, acaso, el último acto importante del «felipismo», salpicado de innegables toques de «guerrismo». Los periodistas considerábamos ya que esta era una dicotomía insalvable. Y azuzamos el oído cuando escuchamos a González decir: «No voy a estar en el cargo a cualquier precio. Aceptaré lo que diga la mayoría de un partido democrático como el nuestro, pero si estoy en la minoría no me pidáis que tire del carro de la mayoría, ya que no sabría hacerlo y lo haría mal». Una advertencia al «otro sector» del PSOE.

Todo parecía haber regresado a los viejos tiempos. Incluso TVE volvió a las andadas, emitiendo un publirreportaje conmemorativo de los diez años de mandato socialista, un trabajo en el que se utilizó abusivamente algún material que antaño yo había aportado a la casa para otros fines. Era como en los tiempos en los que José María Calviño, como director general del Ente, forzaba a tope la máquina para impulsar el «sí» a la permanencia en la OTAN en el referéndum de marzo de 1986, cosa que ocurría siete meses antes de que Calviño dejase el cargo para ser sustituido por Pilar Miró.

Estaba claro que, a comienzos de 1993, se entraba ya en época de elecciones. Claro para todos, excepto, aparentemente, para Felipe González.

Ocurría, no obstante, que el cansancio de algunos sectores de la sociedad respecto del gobierno de González empezaba a hacerse evidente. Los medios concedimos bastante importancia al boicot que los estudiantes de la Universidad Autónoma madrileña hicieron, el 25 de marzo de 1993, a la visita que González tuvo el valor de hacer a aquellas instalaciones, en momentos en los que los coletazos de Filesa y otros casos de corrupción encrespaban los ánimos de la opinión pública.

«Presidente, no vuelvas a decir que dimites si se demuestra que hay irregularidades en el tema de Filesa, porque las hay», le había

advertido un dirigente próximo a Guillermo Galeote, que fue el que, me parece que injustamente, pagó la mayor parte de la factura en culpas y ataques mediáticos en este caso de corrupción. Haciendo caso omiso a los consejos de sus asesores, González se plantó en la Universidad y se encontró con unos estudiantes que, fuertemente escorados hacia el Partido Popular, le recibieron con los epítetos que González más aborrece: «chorizo», «corrupto» y «ladrón», y todo ello ante las implacables cámaras de los fotógrafos.

Los exaltados estudiantes dieron una lección de falta de educación y de escaso afán de convivencia democrática. Pero aquellos jóvenes, según indicaban las encuestas e iba a demostrar sobradamente la campaña electoral, eran una primera señal de lo polarizada que estaba la sociedad española. Por cierto, que aquel alboroto fue seguido por un estudiante muy especial, silencioso e impasible: el príncipe de Asturias, Felipe de Borbón.

«Renovadores de la nada»

«Todos hablan de la ley de huelga, y nadie se la ha leído a fondo». Lo decía, aquella mañana de febrero de 1993, un Txiki Benegas algo cariacontecido ante la oposición cerrada que el proyecto de ley estaba encontrando no solamente en el PP, sino también en la patronal, en la banca y hasta en un sector del propio PSOE. El secretario de Organización del PSOE, que había participado muy activamente, junto con los sindicatos, en la tramitación legal de aquel proyecto, llegó más lejos: hasta me manifestó su opinión de que Felipe González, cuando acudió a defender la regulación legal de la huelga ante la Asociación para el Progreso de la Dirección, tampoco llevaba muy bien asimilado el texto que el PSOE proponía.

Es muy típico de la eterna pugna entre las dos Españas, que aprovechan la menor oportunidad para enfrentarse encarnizadamente, no conocer hasta el final los pormenores, la letra pequeña, de lo que se debate. En este caso, probablemente González sabía que aquel texto legal no vería nunca la luz, lo mismo que la reforma del Código Penal alumbrada por el ministro Tomás de la Quadra, porque iba a adelantar las elecciones. De hecho, hoy en día España sigue sin tener suficientemente regulada la figura de la huelga. Otra carencia normativa más a la que, sin duda, ya es hora de atender.

Las malas noticias se sucedían. Los socialistas franceses sufrían, en marzo de aquel 1993, una severísima derrota, no sin que antes

Michel Rocard, el más carismático de los líderes del PSF, hiciera una propuesta que significó un auténtico bombazo para los pensadores de la formación hermana española. Nada menos que la desaparición del PSF como tal y su refundación como un movimiento que englobase desde el ecologismo hasta un centrismo «progresista».

Los dirigentes del PSOE, antaño extasiados ante la marcha de los correligionarios vecinos, fueron inicialmente incapaces de digerir la brusca aceleración histórica que se proponía. Y esos mismos dirigentes, que, en los momentos propicios, hacía ya muchísimos años, habían visto tantos paralelismos con los hermanos galos, se apresuraron a manifestar que nada tenía que ver lo que estaba ocurriendo en Francia con lo que pasaba en España. Había ya un patente distanciamiento entre el PSF y sus avatares y el PSOE y los suyos.

Tampoco los acontecimientos italianos eran buenos para sus correligionarios españoles, al menos oficialmente: Claudio Martelli, el «número dos» de Bettino Craxi, dimitió como ministro de Justicia tras aparecer implicado en un escándalo de comisiones ilegales. El PSI —y no era la única formación italiana a la que tal cosa le ocurría— quedaba tocado de muerte. La Internacional Socialista, presidida entonces por Pierre Mauroy, un hombre que había sido primer ministro con Mitterrand, no era ya ni sombra de aquella potente organización que había apoyado a los socialistas de Suresnes frente a los exiliados de Toulouse en 1973-74.

Y, ya en España, el ambiente era algo asfixiante para el PSOE. Los registros en la sede de Ferraz, ordenados por el juez Marino Barbero, instructor de la causa de Filesa, mantenían en vilo al partido. Hasta el punto de que hubo que frenar *in extremis* una iniciativa que, me consta, proponía difundir papeles que desacreditaban al juez instructor y también, creo, a algunos periodistas. La loca idea se desechó. Prácticamente ningún alto cargo socialista podía aparecer en público sin recibir gritos e improperios hablándole de corrupción.

En más de dos décadas de vivir en primera línea la profesión de periodismo, decíamos entonces Cernuda y yo en *Crónicas de la crispación*, no habíamos conocido una situación tan tensa, tan inaguantable, como la de la legislatura que trascurrió entre el mes de junio de 1993 y el mes de marzo de 1996. Ya al día siguiente de las elecciones de 1993, Aznar y el PP proclamaban que el resultado era «irrisorio» y que Felipe González, que no estaba legitimado para gobernar, debía repetir inmediatamente las elecciones. Increíble que Aznar no supiera, como le dijimos los periodistas que asistíamos a un desayuno con él, que el artículo 115 de la Constitución impide repetir

unas elecciones hasta al menos transcurrido un año después de la jura del gobierno. Pero esta anécdota muestra el clima de tensión que se vivió en aquella legislatura desde el primer minuto.

A finales de 1994, Baltasar Garzón reabría el «caso Marey» y se desencadenaba la implicación de varios cargos socialistas por el tema de los GAL: Julián Sancristóbal, García Damborenea —que ya no militaba en el partido—, los propios Vera y Barrionuevo… Parecía que ahora se pasaba factura al «felipismo» por todos sus «errores» de los últimos años. Algunos medios, que ya hemos visto que se habían constituido en oposición activa al ejecutivo socialista, hacían sangre cotidianamente del gobierno, que parecía incapaz de reaccionar.

La prueba definitiva de que el gobierno caía fueron las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 1995, cuando el PP ganó en 44 de las 51 capitales de provincia. La derrota futura era tan presumible que Convergència i Unió, casi siempre fiel aliada del PSOE y que se había opuesto a la formación de una comisión de investigación parlamentaria de los GAL, forzó a González a adelantar las elecciones generales a 1996, retirándole su apoyo a la aprobación de los Presupuestos.

El clima era tal que, a comienzos de abril de 1995, José María *Txiki* Benegas, número tres del partido, indignado por veladas acusaciones internas que le relacionaban con una cierta complicidad en el enmascaramiento del «caso Filesa», dirigió una carta de dimisión a Felipe González. «No puedo admitir que mi limpieza en la vida pública sea puesta en tela de juicio por algunos miembros del gobierno que se amparan en el anonimato o por renovadores de la nada». Era la respuesta a González, que había sugerido, a la vista de la gravedad que iba adquiriendo el «caso Filesa», una dimisión «provisional» de toda la Ejecutiva del partido. Pero también era un venablo contra el «clan de Chamartín», «renovadores de la nada»…

El hombre de la torre de Hércules en la embajada

Conservo un cuaderno de notas de aquellos días previos a la convocatoria de unas nuevas elecciones, las de 1996, por Felipe González, que muestra con claridad cuál era el estado de cosas en el PSOE y en el gobierno. Recogía en mi cuaderno que, según algunas fuentes, González había sondeado a Ramón Jáuregui para que, ante la dimisión de Benegas, asumiese la secretaría de Organización del partido, a lo que Jáuregui habría respondido negativamente. También

aventaba la hipótesis, fundada en unas declaraciones que algún notable me hizo, de que Solchaga estuviese pensando lanzarse al ruedo de la sucesión de González, cosa que nunca se haría realidad.

Al tiempo, varias federaciones socialistas enviaban telegramas de adhesión a Benegas. Paralelamente, González, que había delegado en José Luis Corcuera —sí, en el hombre colérico a quien llamaban «el Chispas»— la tarea de «pacificar» y acercar a los dos sectores enfrentados en el partido, sugería que, si sus tesis no se imponían en la reunión de la Ejecutiva que iba a celebrarse aquel Sábado Santo, podría presentar la dimisión. Y, desde el campo guerrista, se hacía llegar a algún periodista la idea de que, si González llegaba a hacer efectiva su nueva amenaza de dimisión del cargo, un «tapado» vendría a sustituirle. Pero ¿qué «tapado»?

Conectado con estas hipótesis, un nombre revoloteó aquellos días por los círculos socialistas, sin llegar a aparecer jamás en los medios de comunicación, aunque le cité posteriormente en *La metamorfosis*: el del «guerrista moderado» Francisco Vázquez, alcalde de La Coruña y presidente, gracias a las gestiones de Guerra, de la Federación Española de Municipios y Provincias. Me consta que Guerra llegó a pensar en el alcalde gallego, en un momento posterior, como posible sustituto de Felipe González si este daba una nueva «espantada».

Sin embargo, y pese a los manejos de Guerra, creo que el coruñés Vázquez, que a lo más que llegó fue a embajador ante la Santa Sede —¡en la magnífica residencia del embajador, en Roma, hizo pintar una torre de Hércules junto a los frescos del techo!—, nunca llegó a ser realmente considerado una alternativa a González. Hoy se encuentra en una situación de cierta marginación en el partido, donde los opositores al PSOE de Pedro Sánchez tratan de utilizarle, lo mismo que a otros varios, como ariete conservador contra «el nuevo socialismo».

24

ADIÓS, SOLCHAGA, ADIÓS

El clima era ciertamente tóxico, como se ve, pero, como siempre ha ocurrido en las confrontaciones en el seno del PSOE, la sangre no llegó al río. La ruptura total entre Felipe González y Alfonso Guerra se aplazó ante la inminencia de las elecciones. La amistad, que, como dijo Julio Feo, nunca fue tal entre ambos, hacía tiempo que, en todo caso, había dejado de existir, sustituida quizá por algo parecido al aborrecimiento.

Al final, una tensa Ejecutiva de Sábado Santo —nunca, desde que Adolfo Suárez legalizó el PCE en un día similar, dieciséis años antes, se había utilizado esta festiva jornada para «hacer política»— dejó las cosas como estaban: se aceptó la dimisión de Galeote, presentada ¡dos años antes! y se rechazó la dimisión de Benegas. También se creó una comisión de estrategia electoral, presidida por Felipe González, y cuya composición no se anunció aquel día, sino una semana después. Y hubo, claro, sorpresa: porque, entre los integrantes de aquel que se presentaba como órgano oficioso, pero casi supremo, estaba… Narcís Serra. El hombre que siempre parecía estar agazapado, el más odiado por los «guerristas», quizá el menos querido por los «renovadores». Pero del que siempre acababa por echar mano Felipe González, que le había encumbrado a la Vicepresidencia del Gobierno para hacer trabajos variados y poco precisados.

En fin, muchas noticias, mucho movimiento, lo cual era algo muy grato, desde luego, para los periodistas que nos dedicábamos a seguir lo más de cerca posible todo aquello. *Bad news*, *good news*. Al menos, ya digo, para los chicos de la prensa. Después, como indicábamos, pese a todo, González ganó y abrió un bastante tenebroso periodo hasta que, en 1996, perdió por fin las elecciones, en una «dulce derrota» (Guerra *dixit*), como 1993 había sido una «amarga victoria»

(Pedro J., entre otros, *dixit*). Un trienio casi negro.

Carlos Solchaga, el peor enemigo del «guerrismo», a la derecha, con un grupo de periodistas. (Foto: archivo del autor).

No esperó mucho Felipe González para abrir, tras las elecciones de 1993, la caja de los truenos. Dos semanas después de su apurado triunfo electoral, imponía a Carlos Solchaga como portavoz del grupo parlamentario, en sustitución del «duro» guerrista Eduardo Martín Toval. El clima que se creó entre «guerristas» y «felipistas» ante aquella decisión fue de cuasi ruptura definitiva, cosa que ya hemos visto que, quizá sorprendentemente, nunca ha ocurrido en el PSOE, pese a los avatares que hemos ido narrando.

¿Por qué apadrinó González la candidatura de Solchaga? Era la gran pregunta que todos se hacían. ¿Por qué no sugirió nombres más aceptables para todos, como el de Joaquín Almunia o Virgilio Zapatero, dos personas de talante más conciliador? Seguramente, porque, con la que estaba cayendo, el presidente-secretario general quería mostrar quién era el que mandaba. Había que lanzar un órdago más a su partido, como cuando suprimió la definición marxista o cuando cambió el rumbo sobre la permanencia de España en la OTAN.

Reflexionando sobre todo esto al cabo de los años, he dado en pensar que Felipe González fue el primer y más consumado político de la era de la Transición en practicar sin límites lo que he dado en llamar «política testicular». «Esto se hace por mis santos… No hay un par… para contradecirme». Es una forma de hacer política que seguramente ha traído muchas desgracias, pero que, a González, al menos, le sirvió para permanecer muchos años en el poder. Y algunos de esos desplantes de «todo o nada» no dejan de recordar a las actitudes de Pedro Sánchez colocándose, siempre con suerte hasta ahora, ante el abismo. Como González. O como Aznar.

«El jefe de los guardias se lleva el dinero, y al jefe del dinero…»

El «aterrizaje» de Solchaga en el grupo parlamentario no fue, desde luego, fácil. «Esta noche he cenado con Txiki Benegas y Francisco Fernández Marugán para hablar de mi candidatura a portavoz del grupo parlamentario. Se han quedado horrorizados cuando se lo he confirmado. Creen que es la guerra final. Yo les he dicho que no tiene por qué ser así. Pero ellos declaran que van a luchar contra mí y van a poner a la Ejecutiva en mi contra». Quien esto escribe, en sus memorias-dietario *Las cosas como son*, es el propio Solchaga, y esta cena ocurrió cuatro días antes de que Felipe González presentase formalmente la candidatura del aún ministro de Economía y Finanzas como portavoz parlamentario.

Era el (pen)último envite de González. No se lo había comunicado a Guerra ni tampoco a su entorno más cercano. Por ejemplo, Javier Solana, cenando la víspera con dos miembros de la corriente Izquierda Socialista —uno me lo contó a mí—, opinó que Solchaga estaba políticamente acabado.

El nombre de Solchaga, a ojos de un sector importante de la Ejecutiva, representaba la «otra» concepción del partido, un enclave de la «derecha liberal» en el PSOE de Pablo Iglesias. De la misma manera que, para los «renovadores», «el modelo y los comportamientos del "guerrismo" han estado a punto de hacernos perder las elecciones», decía, tras los comicios de 1993, un enfadado Joaquín Leguina. Tan enfadado que dejó que se hiciera pública —entonces no podía ser viral— la frase que había pronunciado a puerta cerrada en un comité: «Aquí, el jefe de los guardias se lleva el dinero y al jefe del dinero se lo llevan los guardias», había dicho en referencia a los «casos Roldán e Ibercorp», provocando las risas de los

atribulados militantes allí reunidos.

Así que González se la jugó una vez más: aceptó una votación sobre la designación de Solchaga en la Ejecutiva y en el Grupo Socialista. Y sugirió, de nuevo, que, si perdía, se marcharía. Fue entonces cuando un grupo de «guerristas» pensó en Paco Vázquez como alternativa.

Pero González, una vez más, ganó. Por la mínima, y siempre con la sombra de la amenaza de marcharse, pero ganó. Era la primera vez en diez años que se votaba en la Ejecutiva socialista. Incluso algunos de los que se posicionaron con González lo hicieron en medio de fuertes críticas a la personalidad política de Solchaga, señalando que votaban afirmativamente solo porque González lo pedía.

Solchaga ganó aquella votación, sí, pero dejó profundos surcos en la piel del PSOE: hubo no pocos titulares detallando quién había dicho «sí», quién «no» y quién había variado a última hora el rumbo. Pero, como siempre, se salvaron los muebles y la catástrofe no llegó a estallar. Es una de las características de la «política testicular» española: la confrontación llega hasta el límite, pero es muy difícil que estalle la guerra civil.

Una vez más, para que no la olvidemos, traigo aquí la maldición bismarckiana: los españoles, el pueblo más fuerte del mundo, empeñado en destruirse y nunca lo consiguen… Cuántas veces se ha repetido este acertado diagnóstico, en la izquierda y, como recientemente, en febrero de 2022, vimos en la pelea en el Partido Popular entre Isabel Díaz Ayuso y Pablo Casado, también en la derecha. Y en el centro. Y en el independentismo catalán. Así, ¿cómo construir algo serio alguna vez?

En todo caso, no iba a durar demasiado Solchaga en su cargo parlamentario. El 5 de abril de 1994, *El Mundo* publicaba que Mariano Rubio, el exgobernador del Banco de España, «tiene ciento treinta millones (de pesetas) en dinero negro en una cuenta de Ibercorp». Una semana después, el mismo diario editorializaba que «el asunto Rubio es el asunto Solchaga», aludiendo a la amistad del entonces portavoz parlamentario no solamente con el gobernador, sino con toda esa *beautiful people*, adinerada y de «clase bien», que Rubio, de alguna manera, encarnaba y que tan opuesta era a la esencia del socialismo, según insistían los enemigos de Solchaga en el PSOE, o sea, el «guerrismo residual», de acuerdo con la calificación que, al cabo de los años, me hizo el propio Solchaga.

La comparecencia de Rubio ante la comisión de Economía del Congreso, donde el exgobernador fue parlamentariamente zarandeado por el diputado socialista Juan Pedro Hernández Moltó, un

castellanomanchego al que yo conocía bien y que trató con inusitada severidad al compareciente, fue, simplemente, patética. El gobernador aparecía desmoronado. Y más que, sin duda, debió de estarlo en las horas y las jornadas posteriores, cuando se celebró (19 de abril) un debate sobre el estado de la nación en el que los «casos» Rubio y Roldán fueron la «estrella» para que Aznar lanzase su munición contra González: «¡Váyase, señor González, váyase!» era la frase, muy imitada después en otras circunstancias, que, lanzada por el jefe de la oposición, copó los titulares de los periódicos al día siguiente.

El 5 de mayo, después de que Rubio y De la Concha, el «administrador» de la cuenta de Rubio en Ibercorp, ingresaron en prisión —el encarcelamiento del exgobernador iba a durar apenas dos semanas tras pagar quince millones de pesetas de fianza—, Solchaga hizo pública su dimisión como portavoz parlamentario y su renuncia al escaño. Rubio, su amigo, le había mentido asegurándole su inocencia, y eso le bastó a Solchaga para, pundonoroso, dar el portazo. Le sustituyó Joaquín Almunia, con lo que el «guerrismo» no avanzó un solo paso en su intento de recuperar poder. Fueron días de inmensa zozobra. González dijo a un íntimo, leí entonces en algún periódico, que con Solchaga había «perdido uno de sus principales activos políticos». Y así era.

Un exantiatlantista en la OTAN

La posibilidad de que Philleas Fogg diese o no la vuelta al mundo en ochenta días no suscitó, sin duda, tantas apuestas como la hipótesis de que Felipe González se mantuviese o no como candidato a la reelección como inquilino en La Moncloa tras haber ganado apuradamente las elecciones de 1993. La decisión no quedó tomada hasta la reunión de la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE el 18 de diciembre de 1995. El veteranísimo Ramón Rubial inauguró la sesión proponiendo, sin más —no era Rubial hombre de muchas palabras—, a Felipe González como candidato para las próximas elecciones. Obviamente, las primarias, entonces, simplemente no existían ni se las esperaba.

Claro que, para entonces, las apuestas se habían inclinado todas del mismo lado: con el rumoreado sucesor *in pectore*, Solana, lejos en la OTAN, González tendría que ceder. Y cedió, de nuevo.

La designación de Javier Solana como secretario general de la OTAN —organización de la que diez años antes había abominado,

coincidente con la postura «oficial» del PSOE— era una buena idea, aunque no fue de González. Y la designación, en octubre de 1995, para un cargo internacional tan importante en la persona de aquel a quien todos consideraban el más probable «delfín» de González, tuvo una influencia decisiva sobre lo que iba a ocurrir a continuación.

La peor parte del viaje de Solana, para quedarse, a Bruselas era que implicaba la continuidad de Felipe González como candidato a la reelección al frente del gobierno. Y no solamente algunos periodistas —al margen, claro, del «sindicato del crimen»— pensábamos que la «era Felipe» había concluido; también lo pensaban incluso responsables de grado medio en el PSOE y, claro, lo sabían bien los «guerristas». El de González, decíamos Cernuda y yo en *Crónicas de la crispación*, estuvo a punto de resultar un espectáculo cercano al patetismo.

El caso es que González se quedó, aunque quería irse, esta vez muy de veras. De lo que no cabe duda es de que, quisiera o no marcharse Felipe, la designación de Solana como secretario general de la Alianza, contra la que tanto combatió diez años antes, frenó otro intento «fuguista» del presidente. Lo que Solana nos contó entonces fue que, durante el funeral de Isaac Rabin, el político israelí asesinado por el fanatismo, Clinton comunicó a los dirigentes europeos reunidos en Jerusalén que no apoyaría la candidatura de Ruud Lubbers para dirigir la OTAN tras la dimisión de Willy Claes, acusado de participar en la financiación ilegal de su partido.

«Nunca había pasado por mi mente la posibilidad de ser secretario general de la OTAN», dijo Solana en aquellos momentos en los que el puesto quedaba vacante. Y, desde luego, desmintió rotundamente que González hubiera puesto en marcha el mecanismo de enviarle a la OTAN para justificar así él su nueva candidatura a la Presidencia del Gobierno; de hecho, para nada necesitaba González tal justificación.

En una conversación que recientemente mantuvimos con destino a este libro, Solana negó que González le hubiese planteado que le tuviese *in mente* como heredero político. En todo caso, la designación por Clinton de Solana como secretario general de la OTAN acabó con el «plan sucesorio», si es que existió alguna vez como tal. Se especuló con que el ascenso del socialista español a la jefatura de la Organización de la Alianza Atlántica había sido una «patada hacia arriba» desde Washington para evitar que Felipe González, que era muy apreciado en la Casa Blanca, se marchase al haber encontrado al sucesor ideal.

Solana despachó estas hipótesis con un deje liviano, quizá casi

desdeñoso. Nunca ha sido este destacado político, quizá el más veterano que queda aún en situación de semiactividad, muy proclive a dar titulares de prensa. Ni a las controversias, aunque siempre se posicionó frente al «guerrismo».

Fue el democristiano Helmut Kohl, el gran amigo y «moderador» de Felipe González y el hombre que reunificó Alemania, quien puso sobre la mesa, quizá por indicación de Clinton, el nombre de Solana, anunciando que lo había pactado ya con el flamante presidente francés, Jacques Chirac.

La noticia, nos aseguraron —y yo lo creí—cayó como una bomba en La Moncloa. Se sucedieron unos días de frenética actividad diplomática, en la que tuvo un papel protagonista el secretario de Estado, Warren Christopher; solo cuando el consenso fue muy claro, Javier Solana se movió para lanzar oficiosamente su candidatura. Cuando llegó Clinton a Madrid, el 3 de diciembre de 1995, ya era oficial que Solana iba a ser el próximo mandatario de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Los embajadores le habían votado en Bruselas por unanimidad.

Los papeles del CESID

El 12 de junio de 1995, y, cómo no, en las páginas de *El Mundo*, se revelaba que el CESID, lo que hoy es el CNI, grabó y archivó durante muchos años en su *Cintateca* —por entonces, solo se trataba de cintas de audio— las conversaciones privadas del rey Juan Carlos con algunos de sus amigos (no consta fecha), así como otras grabaciones, sin permiso judicial, a notorios personajes. Entre ellos se encontraban los ministros Francisco Fernández Ordóñez (1990) y José Barrionuevo (1990), el parlamentario socialista Enrique Múgica Herzog (1986), el vocal del Consejo General del Poder Judicial Pablo Castellano (1986), el presidente del Real Madrid Ramón Mendoza (1990), el empresario José María Ruiz Mateos (1990) y responsables de la Asociación Civil de Dianética (1987-1988), o sea, de la cienciología, entre otros.

Ya en numerosas ocasiones anteriores, *El Mundo* había apuntado a prácticas ilegales que salpicaban a los servicios secretos españoles, métodos que fueron tajantemente desmentidos por el entonces director del CESID, Emilio Alonso Manglano, así como por los propios ministros de Defensa, los socialistas Narcís Serra y Julián García Vargas. La información publicada el 12 de junio de 1995 por los periodistas Antonio Rubio y Manuel Cerdán fue el comienzo del

denominado «Caso de los papeles del CESID». Que no eran otros que los «papeles» que había robado Perote en su centro de trabajo para, presumiblemente, vendérselos a Mario Conde.

Una fuente en Moncloa había dicho alguna vez que «la pasión» de Serra por conocer secretos de los demás «acabará teniendo consecuencias funestas». Se refería esta fuente al control que el vicepresidente había exigido mantener sobre el CESID, que teóricamente dependía del ministro de Defensa. En ese sentido, Julián García Vargas no habría sido sino una «víctima colateral» de la «curiosidad» de Serra. Hablé muchos años después con García Vargas, pero lo cierto es que, sobre este tema, se mantuvo poco comunicativo, por decir lo menos.

Un caso este de las «escuchas del CESID» que ahora, casi un cuarto de siglo después, ha vuelto a saltar a la opinión pública por la aparición, en el mentado libro de *Los papeles de Manglano*, de las conversaciones privadas entre Juan Carlos de Borbón y la *vedette* Bárbara Rey, grabadas ilegalmente por los servicios secretos —o quizá por ella misma— y aparentemente luego robadas de la caja fuerte de la actriz.

Las consecuencias políticas derivadas de las informaciones publicadas en el periódico en junio de 1995 no tardaron en llegar. El 28 de junio se inició una cascada de dimisiones que comenzó por el teniente general Emilio Alonso Manglano y continuó con el ministro de Defensa, Julián García Vargas, y con el entonces vicepresidente del Gobierno, Narcís Serra. Como nuevo ministro de Defensa fue nombrado Gustavo Suárez Pertierra y como jefe del CESID, el general de División Félix Miranda. Serra se quedó sin sustituto.

La extraña muerte del testigo de cargo

Reconozco que especialmente dolorosa me resultó la difusión de una conversación privada entre la delegada del Gobierno en Madrid, Ana Tutor, casada con mi amigo Alfonso Sobrado Palomares, y el exministro de Interior y de Transportes, ya muchas veces aquí citado, José Barrionuevo. Era una violación de la intimidad brutal y sé el daño que hizo a la familia. Pero, en fin, supongo que las escuchas ilegales eran —y no sé si siguen siendo, ni quién las practica, en su caso— moneda corriente en la época. Hubo un momento en el que todos espiaban a todos, y yo mismo fui víctima de algún episodio de «pinchazo» telefónico a cargo del peculiar empresario José María Ruiz

Mateos.

Lo cierto es que esta de las «escuchas del CESID», tras las cuales, para variar, se sospechaba que estaba la larguísima mano de Mario Conde, fue algo así como la gota que colmaba el vaso. Una gota que luego, en el trámite judicial, iba a quedar en casi nada, con sentencias que no alcanzaban para que alguien fuese a parar a prisión.

El juicio por las escuchas del CESID, iniciado en marzo de 1999, fue como una revisión general —Aznar llevaba ya tres años en el gobierno— de los casos más extraños sucedidos durante el «felipismo», incluyendo los GAL. Al juicio no acudieron ni Serra, ni García Vargas, ni Solana, ni Felipe González, cuyo testimonio rechazó el tribunal después de que Manglano declarase que los miembros del gobierno ignoraban los métodos del CESID para obtener información, según contaba en una crónica para *El País* el muy fiable periodista Miguel González.

Curiosamente, la ausencia más notable fue la del teniente coronel José Manuel Navarro Benavente, fallecido tres meses antes en un accidente de tráfico en Albacete. Navarro era el jefe directo del gabinete de escuchas de los servicios secretos, y el tercer acusado en importancia, tras Manglano y el excoronel Perote. Y era el principal testigo de cargo contra este, su superior en el Centro. Navarro había declarado ante el juez que fue Perote quien ordenó guardar las grabaciones con conversaciones privadas de destacadas personalidades y que, en 1991, poco antes de su expulsión del CESID por Manglano, le pidió una serie de cintas que nunca devolvió. Eran las mismas que, cuatro años después, publicó *El Mundo*.

Y hasta aquí otro caso, otro más, que, a mi juicio, nunca se esclareció del todo. La memoria colectiva y la de nosotros, los propios periodistas, es frágil y deja demasiados cabos sueltos…

Una conversación en La Moncloa

Pilar Cernuda y yo acudimos a La Moncloa a finales de marzo de 1996, cuando González ya había perdido las elecciones que él había anticipado al día 3 de ese mes, y que se saldaron con una victoria del PP de Aznar, que le sacó apenas 300.000 votos al PSOE y 15 escaños. Todavía nueve millones y medio de españoles habían confiado en el PSOE, pese a los estragos de la recesión derivada de la crisis de 1992, a los casos de corrupción rampante y al escándalo que llevó a las dimisiones del vicepresidente Serra, del ministro de Defensa Julián

García Vargas y del jefe de los servicios de inteligencia, Emilio Alonso Manglano.

Cuando Cernuda y yo le fuimos a ver, dos semanas después de la derrota electoral, González empacaba sus cosas para marcharse de La Moncloa. Nos hizo un divertido relato de los regalos absurdos y completamente inútiles recibidos en sus viajes y que había ido almacenando para entregarlos a Patrimonio: «pobre Patrimonio, qué hará con todo esto», se burló.

Nos pareció que era un hombre aliviado: habían ocurrido muchas cosas que él obviamente no quería y allí había acabado la «carrera de un fuguista del poder». Le preguntamos qué iba a hacer a continuación, y no soy capaz, ahora, de recordar su respuesta. Sí recuerdo que nos dijo que estaba leyendo una novela de Simenon y haciendo las maletas para irse a vivir a un nuevo —y feo, decía Pilar — chalé en Pozuelo. Que se preparaba para tomar unas «bien merecidas» vacaciones. Un año después, como se cuenta en la parte anterior de este libro, dimitió como secretario general del partido.

En aquel encuentro monclovita, le dije a González que me debía una cena. «¿Una cena?». «Sí, a finales de 1993 me dijiste, ante las cámaras de Telecinco, que te apostabas conmigo una cena a que agotarías la legislatura; claro que ya se sabe que en esto de las apuestas eres olvidadizo…». Bromeó sobre eso, y me atreví a recordarle, a propósito de un almuerzo que mantuvo en 1983 con algunos periodistas en Rascafría, que era «un rácano» cuando de compartir los puros que le enviaba Fidel Castro se trataba. Nos reímos más distendidamente que en cualquier otra entrevista «formal» anterior. Creo que fue Cernuda quien le dijo que a veces parecía algo depresivo: «Si alguien viniera aquí, a La Moncloa, con depresión, a los tres años estaría muerto», nos dijo.

Pilar y yo sacamos la impresión de que a González aún le quedaban ganas de pelea. Que esperaba que Pujol acabase retirando su apoyo a Aznar. Y que las cosas podrían, como antes apuntábamos, haber sido muy diferentes: «Arzalluz nos dijo que sí a un gobierno de coalición y no lo hizo; Pujol, ni lo dijo ni lo hizo». Me quedé con la impresión de que esa idea, la de terminar su trayecto por el poder con una coalición, le rondó por la cabeza bastante más de lo que se ha dicho. Como le rondaría a Aznar. Y, de alguna manera, a Rajoy.

Por cierto, que en aquel encuentro hablamos algo, reconozco que no mucho, de la «conspiración» a la que en páginas anteriores he venido refiriéndome. Siempre me quedé con la sensación de que González —y su entorno— estaban convencidos de que esa conspiración tenía como actor principal, con importantes actores

secundarios, a Mario Conde. El mismo Mario Conde que en algún momento fue el aliado coyuntural de González frente a Aznar; el hombre que se convirtió en el perejil de todas las salsas entre Zarzuela-Moncloa y ciertas covachas; el personaje que vio hundida su carrera un 28 de diciembre de 1993, cuando se suspendió la cotización de Banesto, que presidía, y que acabaría con su encarcelamiento. El hombre que intentó chantajear al gobierno: a cambio de catorce mil millones de pesetas, Conde entregaría «al Estado» los papeles que Perote «distrajo» del CESID para entregárselos, vendérselos, a Conde; fueron los abogados Santaella y Gómez de Liaño los encargados de una negociación que Felipe González nunca aceptó.

En fin, Mario Conde, el hombre, poderoso y caído, a quien en la actualidad puede verse tomando café en alguna terraza de moda de Madrid pasando casi desapercibido, como si nada. Ese hombre es, en el fondo, el protagonista secreto de esos tres años enlodados que trataron de derribar un sistema.

En cualquier caso, durante aquella última conversación con él en La Moncloa, González reiteró que no le preocupaba la posibilidad de que el Tribunal Supremo le encausara en el «tema GAL», como culpable de ser, como querían Baltasar Garzón y el periódico *El Mundo*, «mister X», el último eslabón de la trama: «Si me meten en la cárcel, me hacen un héroe», nos despidió.

En noviembre de 1996 el Tribunal Supremo rechazó las peticiones para imputar responsabilidades a Felipe González en el juicio por el secuestro de Segundo Marey, la primera actuación de los GAL, ocurrida en diciembre de 1983. El juicio sobre Filesa tuvo lugar en el otoño de 1998: José María Sala, el principal implicado, cumplió dos años de sentencia al rebajarla el Tribunal Constitucional. Por entonces se celebró también el juicio contra Luis Roldán, proseguía la instrucción sobre gastos reservados, sobre las escuchas del CESID, sobre los papeles de Perote, sobre el caso Lasa y Zabala y otros varios asuntos escabrosos. No se sorprenderá el lector si le digo, para resumir lo que sería una saga interminable, que en ninguno de esos *affaires* se ha llegado jamás a tocar el fondo. Y todos los mentados que aún viven —Roldán falleció en marzo de 2022— circulan ya, como lo hace Mario Conde por las terrazas de moda, en libertad y en el olvido. País desmemoriado, insisto.

Valore usted mismo el balance de una era

Puede que, con todo lo narrado en esta parte del libro, el lector saque la impresión de que el «felipismo» —término que insisto en que no quiero en absoluto usar de manera peyorativa— fue una era catastrófica, impregnada de corrupción y de irregularidades, digna de la (des)calificación global que Pedro J. hizo en aquella presentación, en noviembre de 2021, del libro con los «papeles» de Manglano.

Sin embargo, pienso que, con todo, la etapa se puede calificar como positiva para el avance y la modernización del país y la democratización de sus estructuras.

No era, desde luego, la misma España la de 1982 que la de 1996, y eso que ya hemos dicho que los tres últimos años de gobierno de Felipe González registraron demasiados «agujeros negros». Los años del «felipismo» conocieron una importante modernización de estructuras y de la Administración para adaptarlas a la entrada en la Comunidad Económica Europea, y preparar al país para la adopción del euro como moneda única, un proceso que, en cualquier caso, se consumó ya durante el periodo de Aznar.

La apertura de España al exterior se plasmó en las buenas relaciones con la mayoría de los países europeos y latinoamericanos, así como en la privilegiada sintonía con líderes que transformaron el mundo, como Gorbachov: muchos periodistas fuimos testigos directos del buen entendimiento, pese a las diferencias idiomáticas —el presidente español tampoco era un consumado lingüista, que se diga —, entre González y el líder de la «perestroika».

El resumen de la era «felipista» es muy subjetivo; depende de quién la sopese, cómo, y desde qué prisma se haga. Se deben tener en cuenta valores como el desarrollo autonómico —que ahora necesita un urgente repaso, a mi entender—; la normativa electoral —que ahora habría de ser corregida a fondo—; aspectos esenciales de la estructura económica que han de ser revisados. Hay temas relacionados con el desarrollo de la democracia, como la necesidad de establecer pactos transversales, la limitación de mandatos, una urgente corrección de las candidaturas electorales, que deben abordarse en conversaciones muy a fondo entre gobierno y oposición. Y, claro, la reforma «consensuada» de la Constitución en muy numerosos e importantes aspectos.

Muchas de las cosas que no se hicieron en época de Felipe González, y que tampoco se abordaron luego de veras ni con Aznar, ni con Zapatero, ni con Rajoy, quedan pendientes para Pedro Tercero. O cuarto. Pero ahora debemos preguntarnos, en la última parte de este libro, si la apasionante trayectoria de Sánchez permite atisbar esperanzas en ese sentido. Veamos.

LIBRO CUARTO

PEDRO CUARTO, EL IMPREDECIBLE

(Foto: Getty Images).

El exsegundo político más importante de España, tras la debacle

21 de marzo de 2022

El hombre que fue el segundo político más importante de España me recibe en el que aún es su despacho, donde ya he estado con algunos de sus antecesores y, supongo, alguna vez no lejana estaré con su sucesor. El hombre que fue el segundo político más importante de España también podría haber protagonizado, como otros a los que ya he ido citando, un giro de tuerca que hubiese evitado que ocurriese lo que ocurrió. Pero no fue posible.

Cuando acudí a visitarle, el hombre que fue el segundo político más importante de España, de quien yo había pronosticado años antes, cuando no era casi nadie, que llegaría a presidente del Gobierno, estaba abrumado ante la «conspiración» que hacía dos semanas había acabado con su vida política. No, seguramente ya nunca llegaría a ocupar el principal despacho de La Moncloa, aunque estuvo cerca de conseguirlo y quizá, seguramente, lo hubiese merecido. Se había convertido, de golpe, en otro ex de la política española, esa caníbal implacable.

Cuando me senté, con mi libro de notas, en su despacho, el hombre que pudo haber llegado a presidente era un símbolo de lo efímero de una carrera política, un representante más de esas muchas generaciones políticas devastadas mucho antes de tiempo. Estaba dolido, pienso que con razón, ante algunas traiciones, y no creía merecer lo que le había ocurrido merced a un golpe palaciego cuyas últimas terminales creo que no comprendía. Le confesé que yo tampoco lo entendía del todo. Eran muchas, y creo que este libro es testimonio de ello, las cosas que no se entendían del todo en la vida política en España: demasiadas maniobras orquestales en la oscuridad.

El que fue el segundo político más importante del país tuvo que enfrentarse, siendo su principal opositor, con Pedro Tercero, el hombre que había derribado a Mariano Rajoy mediante una audaz moción de censura. El hombre que se había ido deshaciendo de todos sus rivales a derecha e izquierda: Rajoy, Pablo Iglesias, Albert Rivera. Ahora había visto caer a su último rival, quien había sido el segundo político más importante de España y que podría haber sido el primero.

Todos fagocitados en menos de dos años. Excepto Rajoy, que también tuvo sus errores, ninguno podría culpar directamente al inquilino de La Moncloa de sus desgracias políticas. El que fue segundo político más importante de España tampoco lo hace: culpa más bien a su entorno, a los suyos, a la gente a la que ayudó a encumbrarse. No se culpa a sí mismo: siempre es difícil hacerlo.

El que fue segundo político más importante de España tuvo que reconstruir un partido que había salido destrozado de aquella moción de censura de la primavera de 2018. Y tuvo que transitar por la que acaso haya sido la época más difícil en la Historia de España tras la restauración de la democracia: crisis en la principal institución del Estado y en otras instituciones, con la salida de España del llamado rey emérito; formación de una coalición de gobierno inédita desde hacía casi un siglo, de socialistas y un partido tan peculiar como Unidas Podemos; una pandemia que causó (oficialmente) más de cien mil muertos y una severa devastación económica y moral. Y un presidente del Gobierno que había hecho su divisa de aquella frase que un día lanzó un intelectual oportunista, «el que resiste, gana», y que se ocupaba a fondo de hacerse fuerte en el palacio presidencial.

Papel difícil el de quien tenía en sus manos la principal responsabilidad de la oposición. ¿Había que combatir frontalmente al hombre que manejaba el timón del gobierno? ¿Había, por el contrario, que cooperar en la gobernación en momentos de especial peligro para la estabilidad de la nación? Le digo que creo que ni él ni su principal oponente, el presidente, ni los terceros en discordia, especialmente el «centrista» Albert Rivera, habían sabido deshacer el nudo gordiano: ¿qué oposición había que construir frente a alguien como Pedro Sánchez o, mejor dicho, frente a Pedro Tercero el Afortunado?

Me llama la atención que el que fue el segundo político más importante de España no muestra especial animadversión contra quien fue su principal oponente, el presidente a quien dedicaba muy duras intervenciones en las sesiones de control parlamentario al gobierno: no se fíe usted mucho de las apariencias, especialmente cuando de relaciones políticas se trata. Niega que rechazase una colaboración con el gobernante: propuso, me dijo, catorce pactos de Estado al gobierno socialista. Me los va detallando.

Si hubiese habido un acuerdo, un mejor entendimiento entre ellos, tal vez todo sería ahora distinto. Nada salió del todo bien, y bastante salió completamente mal. Si en ese gobierno no hubiese estado Podemos, y si la derecha no hubiese estado urgida por el extremismo de Vox, quizá se habría dado ese gran pacto nacional que tantos reclamaban. Pero la política española siempre acaba dando el giro más inconveniente. Lástima: otra oportunidad perdida. Y van ya… ¿cuántas van?

En la noche electoral del 10 de noviembre de 2019, Pedro Sánchez no devolvió la llamada de felicitación al hombre que entonces era el segundo político más importante de España, porque pensaba que el partido opositor iba a proponer un gobierno de coalición sin él, sin Pedro Sánchez: tardó un mes el vencedor en recibir en La Moncloa al vencido. Para nada.

Luego los encuentros se espaciaron aún más. Cuando quien fue el segundo político más importante de España cayó, llevaba casi un año y medio sin verse «cara a cara» con el presidente, una situación anómala en cualquier país europeo. Especialmente teniendo en cuenta que, contra las apariencias, el que fue el segundo político más importante de España tenía «buena química» con el primero. Nadie lo

hubiera dicho, pero así me lo contaron y así lo cuento.

Pese a todo, yo diría que la relación de desconfianza fue la dominante desde julio de 2018, cuando el hombre que habla conmigo se convirtió en el segundo político más importante de España, hasta febrero de 2022, cuando dejó bruscamente de serlo. Y entonces empezaron a pasar aún más cosas inéditas en la sin par política española. Podría haber sido distinto, dijo el hombre que fue el segundo político más importante de España, con Felipe González, con García Page, con Bono…

Pero no fue. Una nueva era más. Y, repito, van ya… ¿cuántas van?

25

UNA SENTENCIA QUE CAMBIA LA HISTORIA

24 de mayo de 2018

Mariano Rajoy, presidente del Gobierno, estaba siendo entrevistado por Carlos Herrera en la Cope. Formé parte de los tertulianos que le preguntaban y pensé: «Está eufórico». Acababa de sacar adelante los Presupuestos, apoyado por el PNV y Ciudadanos, y ante él se abría un periodo de al menos dos años más de tranquila permanencia en La Moncloa. La alternativa socialista parecía sin ideas e incapaz, decían los sondeos, de vencer al Partido Popular si en esos momentos se diese una confrontación electoral, lo que no parecía previsible en aquellos momentos.

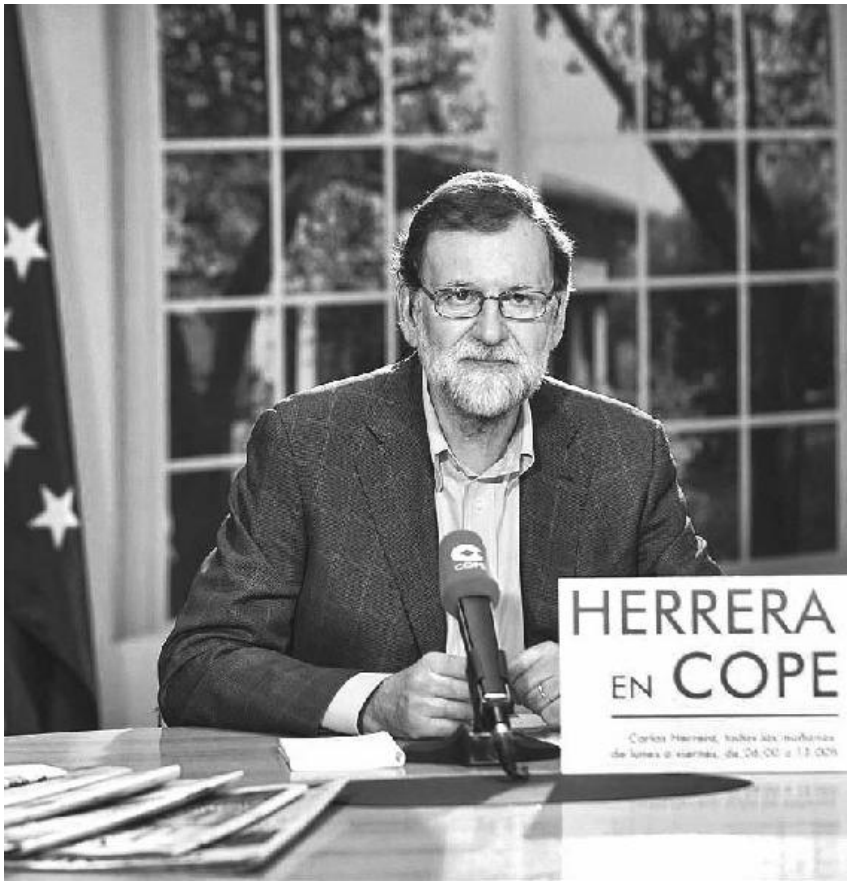
Ni Mariano Rajoy ni quienes le entrevistábamos podíamos sospechar que a nuestro entrevistado, el hombre más poderoso de España, le quedaban exactamente siete días estables en el cargo.

La vida de Rajoy, desde que accedió a la presidencia, hacía seis años y medio, tras su abrumador triunfo en las elecciones del 20 del noviembre de 2011, no había sido ciertamente fácil. Y eso que había ganado por mayoría absoluta: tenía que arreglar los entuertos económicos heredados, lo cual suponía una angustia cotidiana. Tras perder esa mayoría absoluta cuatro años después, en 2015, todo fue para él un quebradero de cabeza para mantenerse en La Moncloa.

El sábado 29 de octubre de 2016, había quedado investido de nuevo como presidente del Gobierno tras la defenestración de Sánchez de la dirección del PSOE y la votación en el Comité Federal socialista decidiendo abstenerse para evitar unas nuevas elecciones, que para el PSOE hubiesen sido fatales. Al PP, aquella abstención le supuso revalidar la Presidencia del Gobierno.

Antes de aquella entrevista radiofónica con Herrera, y desde que logró ser investido tras la abrupta salida de Sánchez de la secretaría general del PSOE, el gallego impasible, que había pasado trescientos días gobernando interinamente, había tenido que hacer frente a la amenaza de los «hombres de negro» de la UE, empeñada en intervenir la economía española —lo que Rajoy, ciertamente, evitó, a trancas y barrancas—. Y había tenido que sofocar, quién sabe si actuando acertadamente, la rebelión de los independentistas catalanes, que le habían llevado a utilizar el artículo 155 de la Constitución. Apoyado, eso sí, por Ciudadanos y por los propios socialistas, que trataron apenas de limitar la utilización de los «poderes especiales» del gobierno central, impidiendo el control de la televisión autonómica y de los mossos d'escuadra.

Ambos temas, el procurar evitar la intervención europea de la economía española y hacer frente al mayor desafío del independentismo catalán en un siglo, habían debilitado notablemente la gobernación de Rajoy. Para colmo, la rivalidad mortal entre la vicepresidenta del Gobierno, Soraya Sáenz de Santamaría, y la secretaria general del PP y ministra de Defensa, expresidenta de Castilla-La Mancha, María Dolores de Cospedal, un enfrentamiento que ya nadie se molestaba en disimular y que Rajoy no supo atajar, estaba cuarteando al ejecutivo. Rajoy, el hombre que había arrasado en las elecciones de diciembre de 2011, dejando desarbolado —por culpa propia, desde luego— al Partido Socialista, era, en el otoño de 2017, casi un superviviente de sí mismo.



Poco imaginaba Mariano Rajoy, en aquella entrevista con Carlos Herrera, que iba a ser la última que diese como presidente del Gobierno. (Foto: Pool Moncloa/Marcos Martín 24-5-2018).

Rajoy no era un mal presidente. Tampoco bueno. Simplemente, había dejado de ejercer la presidencia, pero mantenía las cosas bajo un aparente control, mientras Pedro Sánchez trataba de reordenarse desde la oposición. Pocas veces en una vida profesional uno había visto tanta debilidad en la clase política española: los partidos mayoritarios estaban lejos de mantener un funcionamiento «normal», mientras Ciudadanos —o, mejor, Albert Rivera— se empecinaba en el error que le iba a sumir en las tinieblas. Y Podemos se consumía en el trapecio onanista de Pablo Iglesias. Lo cual, obviamente, estaba siendo aprovechado para un avance de las posiciones independentistas en el *procés*, primero con Puigdemont, sucesor de Artur Mas, después con Quim Torra, un todavía más peculiar *president* de la Generalitat.

Ciertamente, si la política nacional era un caos, la que se desarrollaba en Cataluña, donde Ciudadanos llegó a ganar unas elecciones autonómicas de un modo efímero, pues poco tardó la vencedora, Inés Arrimadas, en abandonar precipitadamente Cataluña, era caos y medio.

La «gestión del 155», o sea, la limitación constitucional de la autonomía catalana, fue pésima, en opinión de cualquier observador objetivo; la actuación de las fuerzas del orden el día del «referéndum» del 1 de octubre, claramente excesiva y con altas dosis de imprevisión. Estaba ese día en Barcelona, siguiendo de madrugada la emisión en directo de TV3 acerca de cómo ciudadanos independentistas iban ocupando colegios, sin que los vehículos de la Guardia Civil saliesen hasta las siete de la mañana, cuando ya era tarde para todo. Anduve recorriendo colegios, contemplando algunas de las cargas policiales, hablando con amigos que no eran independentistas pero que estaban indignados por la actuación del gobierno «de Madrid» y que, con rabia, se lanzaban a la votación *fake* «para darle (nuevamente) una patada en los *cullons* a Rajoy».

Vi a varios votar más de una vez, sin siquiera mostrar un carné de identidad: no había censo. Ni el menor orden. Aquello era un pucherazo descarado, impúdico, por completo al margen de cualquier legalidad. Una broma pesada. El *Govern* anunció que 2.200.000 catalanes habían ido a votar, pero aquello era una cifra visiblemente imposible, surrealista. Una burla sin disimulos. Todo fue un horror, desde el punto de vista de la democracia, de la lógica, del buen sentido, de la ética y de la estética. Y de la fortaleza de un Estado de derecho.

La coordinación entre las fuerzas políticas nacionales, inexistente, y el diálogo con los representantes de la Generalitat, nulo. Cierto que eran estos últimos los grandes culpables de lo que era un desafío al Estado en toda regla, pero no cabe desconocer la parte de culpa que correspondió al gobierno central; primero con Zapatero. Y después, con Rajoy.

Cuando Puigdemont no quiso ser un *botifler*

La vicepresidenta Sáenz de Santamaría salió muy tocada de la fracasada negociación con Esquerra, en concreto con Oriol Junqueras, de quien, como me contaba el entonces delegado del Gobierno en Cataluña, Enric Millo, doña Soraya llegó a fiarse «por completo».

Todos cometieron errores a mansalva, empezando, claro, por los propios independentistas, que pagaron muy cara su última equivocación: no haber convocado elecciones *in extremis*, el último día en el que podrían haberlo hecho, el 27 de septiembre de aquel nefasto 2017. Consta que Puigdemont, alentado por Urkullu, que actuó como mediador, estuvo a punto de hacerlo. Se asustó a última hora, porque le gritaban *botifler*. Y declaró la independencia de menor duración de la Historia: apenas unos minutos, todo incluido.

Los días transcurridos entre el Consejo de Ministros el 21 de octubre de 2017 y el del 27 no tienen parangón en la Historia, casi ni siquiera en la jornada de aquel 6 de octubre de 1934, cuando Companys intentó proclamar el Estat Catalá. Aquello fue la tragedia, esto la farsa. La reacción del Estado fue contundente: aplicación del ambiguo artículo 155 de la Constitución, suspendiendo en la práctica, aunque no teóricamente, la autonomía catalana, destitución del *president* de la Generalitat y del *Govern*, disolución del Parlament y convocatoria de elecciones para el 21 de diciembre. Se iniciaba el procesamiento de los principales dirigentes del *procés*. Rajoy daba un puñetazo sobre la mesa, apoyado, acaso un punto tibiamente, por la oposición.

Todo esto, después de que, el día 3, inmediatamente después del «referéndum» con el que comenzó aquel «octubre rojo, amarillo y estelado», el rey saliese, de manera excepcional, a la televisión a lanzar una durísima proclama contra los independentistas que, nos aseguraron, gustó poco en La Moncloa. E hizo que los independentistas, un tanto absurdamente, «rompiesen relaciones» con la corona. Desde entonces, los episodios grotescos de mala educación de la Generalitat con Felipe VI han sido una muestra más del carácter surrealista que impera en la vida política española. El monarca, necesariamente, cruzó una frontera de la que resulta difícil, en estas circunstancias, regresar. Pero no es imposible.

Así se desencadenó la reacción que dio con los huesos de ocho dirigentes independentistas (octubre de 2019) en la cárcel y con Puigdemont en un extrañísimo «exilio» que emprendió escondido en el maletero de un automóvil para cruzar la frontera. Un exilio muy sonado y accidentado, en el que, a la hora de cerrar esta edición, aún sigue. Esta es otra historia que merecería una serie de ficción de Netflix, si no fuese tan increíble. Algo inédito en los países de la Unión Europea y quizá en el mundo entero.

Pero, en fin, pelillos a la mar. Aquel 24 de mayo de 2018, Rajoy había pasado, creía, el cabo de las tormentas. Había «sobrevivido» a una absurda moción de censura presentada por Pablo Iglesias y

Podemos, que no buscaba derrocar al presidente, sino hacerse líder de la oposición, desbancando al PSOE, que es lo que, en el fondo, siempre pretendió Iglesias. Tenía los Presupuestos aprobados. Era obvio que podía enfrentarse con cierta confianza a la entrevista desde luego nada hostil de Herrera aquella mañana de mayo que Rajoy, cuando contestaba a nuestras preguntas aún no lo sabía, iba a ser nefasta para él.

Aunque quienes estaban cerca de lo que angustiaba al inquilino de La Moncloa sabían que Rajoy no había dejado de pensar un solo día en aquella jornada, 26 de julio de 2017, cuando tuvo que acudir a testificar ante el tribunal de la Audiencia Nacional por la primera fase del «caso Gürtel». Los juristas del PP habían intentado evitar que el presidente compareciese, menudo escándalo, como testigo. No habían podido influir tampoco en la composición del tribunal. Ni habían logrado que Rajoy les hiciese demasiado caso en la estrategia a la hora de responder a la acusación privada, compuesta por representantes de una asociación de abogados muy cercanos al PSOE.

A pesar de eso, nadie podía esperar que todo saliese tan mal como salió.

Los treinta y siete años de Rajoy en el coche oficial

24 de mayo de 2018

A la misma hora en la que Rajoy era entrevistado en la Cope, Pepa Bueno entrevistaba a Pedro Sánchez en la Ser. Pedro Tercero no dijo nada que mereciese unos titulares asombrados ni asombrosos. Todo parecía enmarcado en una cierta rutina, lo que no es poco en un país en el que cada día nos sorprende algo que no esperábamos.

Bueno, en realidad la rutina no era tanta, puesto que ese día todos estábamos pendientes, recuerda Sánchez en su *Manual de resistencia*, de que se constituyera el gobierno en Cataluña, donde Joaquim Torra, el *president* de la Generalitat, había propuesto para *consellers* a algunos de los encarcelados como consecuencia del *procés* independentista, y Mariano Rajoy se había negado a firmar esos nombramientos. Lo que ocurría era que los contenciosos constantes con los independentistas que gobernaban en Cataluña ya casi ni eran noticia, y menos con Torra en la presidencia de la Generalitat.

Y ese 24 de mayo Sánchez, a su manera, aún apoyaba a Rajoy frente al independentismo. Como lo había hecho respaldando la

puesta en marcha del artículo 155 de la Constitución cuando ocurrieron los muy lamentables sucesos de octubre de 2017.

Ese día, 24 de mayo de 2018, pasadas las nueve de la mañana, ni Rajoy ni —estoy «casi» seguro— tampoco Sánchez esperaban, cuando realizaban sus respectivas entrevistas radiofónicas, que sus vidas, y las de todos los españoles, iban a sufrir tan brusco viraje en muy poco tiempo. Horas.

Sigue contando Sánchez en su libro que, tras su entrevista con Pepa Bueno, tomó un café con ella y los tertulianos. «En esa conversación, sale a colación la sentencia del caso Gürtel. En los cenáculos madrileños se decía que estaba a punto de hacerse pública. Alguien comenta que los rumores apuntan a que va a ser contundente. Otro periodista insiste: se espera una sentencia muy dura. Yo no tercio en ese punto porque, la verdad, no tengo en esos momentos mucha información sobre cómo podría resultar la sentencia, más allá de las especulaciones publicadas en la prensa».

Opina el periodista Graciano Palomo en su libro *La larga marcha, de Rajoy a Casado*, en el que estudia largamente este episodio, que todo jefe de Gobierno tiene una crisis que define su presidencia. Pero Mariano Rajoy tuvo cuatro: la crisis económica heredada de Zapatero; la sublevación de los independentistas catalanes; la abdicación del rey Juan Carlos y, finalmente, «la corrupción objetiva que asola su partido y lo engulle a él». Esto último fue lo que le mató políticamente, acaso porque no supo enfrentarlo a tiempo ni con eficacia.

Los grandes ciclos políticos en España suelen durar unos cuarenta años: Mariano Rajoy estuvo treinta y siete al servicio del PP (antes AP), en el coche oficial. A partir de ahí, se iba a dedicar a escribir dos bastante átonos libros de «memorias» —eso sí, con magníficas ventas —, a su registro de la propiedad y a propiciar intervenciones bienhumoradas en foros públicos amables montados por su colaboradora Carmen Martínez de Castro. Por fin se alejaba de todos los «líos». Creo que el conjunto de los españoles le olvidó pronto. Temo que dejó el país peor de lo que lo había encontrado, aunque cierto es que supo remontar las angustias económicas heredadas de la época Zapatero y que le tocó vivir, solo en una pequeña parte por su culpa, circunstancias muy adversas.

La «trama Gürtel» arrasa con todo

La «trama Gürtel» es una investigación que se inicia cuando un

funcionario del Ayuntamiento de Majadahonda, José Luis Peñas, entrega a la Unidad Central de Delincuencia Económica y Fiscal un escrito conteniendo pruebas de un entramado de sociedades y personas interpuestas relacionado con la obtención, a través de «malas prácticas», de contratos con las administraciones públicas del PP. Suponen la comisión de no menos de diez delitos. La actuación del entramado no se limita a la localidad madrileña: sus ramificaciones se extienden a otras localidades y regiones, como Boadilla del Monte, Valencia, Estepona, Castilla y León…

Las investigaciones judiciales, iniciadas en 2007, fueron ampliándose a otros temas, siempre relacionados con manejos presuntamente delictivos de gentes relacionadas con el PP. La complejidad de la trama hizo que los trámites judiciales se extendiesen en variadas ramificaciones, y todavía en aquel mes de mayo de 2018 se seguía esperando una de las sentencias «definitivas» del llamado «Gürtel 1» (1999-2005).

Y, en efecto, aquella sentencia de la Sección Segunda de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional del 24 de mayo era, como le había predicho un periodista en la Ser a Pedro Sánchez, tremendamente dura. Condenaba a 29 de los 37 acusados en el juicio por la época I de la trama Gürtel a penas que iban desde los 51 años y 11 meses (para el cabecilla de la trama, Francisco Correa) hasta los cinco meses del colaborador secundario Jacobo Gordon, pasando por varias penas superiores a los 30 años para Pablo Crespo, Luis Bárcenas, Guillermo Ortega o Alberto López Viejo.

Asociación ilícita, fraude a la Administración Pública, cohecho, malversación, falsedad en documento público, prevaricación, blanqueo de capitales, tráfico de influencias, delitos contra la hacienda pública, apropiación indebida, eran los delitos que se repartían los 29 condenados. La sentencia incluso llegaba a multar con algo más de 27.000 euros a la exministra Ana Mato como «partícipe a título lucrativo» porque, en aquella época, estaba casada con Jesús Sepúlveda, alcalde de Pozuelo cuando se cometieron los delitos en esta localidad.

La sentencia, 1.700 folios, causó un enorme revuelo, no solo por la severidad de las condenas, sino porque, como dejó dicho Pedro Sánchez, «la guinda del pastel la ponen los magistrados de la Audiencia cuando afirman que la palabra del presidente del Gobierno —que había declarado ante ellos como testigo algo menos de un año antes— no resulta creíble. Si la credibilidad de Rajoy estaba ya mermada, aquello termina de enterrarla». Lo que Sánchez llama «la guinda del pastel» son apenas tres líneas de la sentencia, en la que los

magistrados —dos de los tres, porque el ponente Ángel Hurtado presentó un voto particular— aprecian «falta de credibilidad» en el testimonio de Rajoy ante el tribunal.

Desde el PP, en medio de una considerable trifulca, se acusó a uno de los tres ponentes de la Audiencia Nacional, el juez José Ricardo de Prada, de connivencias con el socialismo, de adoptar siempre posturas parciales en favor de la izquierda en sus resoluciones y de mantener relaciones privilegiadas con la contagiosa pareja Baltasar Garzón-Dolores Delgado. Desde el PP se acusa a De Prada de ser el redactor de la frase descalificatoria contra Rajoy e incluso de haber forzado su comparecencia ante el tribunal como testigo.

Se sabe que el ponente Hurtado, considerado «próximo al PP», no paraba de mostrar su indignada disconformidad con la sentencia, sin embargo apoyada por el tercer magistrado de la Sala, Julio de Diego, presentado por la derecha como «un carácter débil» que se alineó con De Prada aunque no viese clara la literalidad, pero sí el espíritu, de la sentencia.

Y, de hecho, en octubre de 2019 el pleno de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional emitió un auto criticando la parte más polémica de la sentencia, es decir, que un magistrado introdujese apreciaciones personales en la misma. Pero, claro, cuando llega este auto ya se han desencadenado todos los acontecimientos, es decir, la moción de censura, la salida de Rajoy del gobierno y la investidura de Pedro Sánchez como nuevo presidente del Ejecutivo. Por cierto, que los tres magistrados de la «sentencia Gürtel» ahora apenas se hablan, dicen sus compañeros, cuando se cruzan por los pasillos.

«En aquel momento se me hacía duro, desde el punto de vista personal, plantear una moción de censura», se dice en el libro de Sánchez, tras afirmar que, con motivo de la crisis de Estado en Cataluña, con los tristes sucesos del pasado septiembre de 2017, cuando la independencia catalana se proclamó con validez para unos pocos minutos, su relación con Rajoy «se había estrechado». Nunca lo pareció demasiado, la verdad.

No, Sánchez tampoco lo sabía. ¿O sí?

Lo más destacable es que esta sentencia y la polémica subsiguiente mostraban a las claras la desconfianza que los propios políticos tienen en las instituciones en general y en los jueces en particular. Si se me apura, podría llegar a decir que en algunas ocasiones —solo en

algunas— no es para menos. Pero, durante semanas, desde la derecha se tiroteó sin piedad a De Prada, hablando de sus relaciones subterráneas con Garzón, en cuyo despacho habría trabajado una hija del magistrado… Faltó un punto para llamarle prevaricador.

Y volvemos a plantear la pregunta: ¿conocieron previamente Sánchez y su entorno, contra lo que el presidente afirma en su libro, la sentencia? ¿Influyó de alguna manera algún poder político para que Mariano Rajoy fuese llamado al banquillo para declarar —cosa que, hay que reconocerlo, hizo de manera poco convincente y algo altanera —? ¿Hubo connivencias inconfesables entre ámbitos progubernamentales y el magistrado De Prada?

Me limito aquí a recoger los términos de la enorme polémica porque forma parte de la Historia. Deseo creer a Sánchez cuando asegura: «Se han publicado informaciones relativas a que veníamos planeando la moción desde meses antes. Nada de eso es verdad. Había gente que especulaba, y es verdad que dentro de la dirección socialista algunos tenían claro desde meses atrás que había que hacerlo. Sin embargo, yo opinaba lo contrario, sin asomo de duda (…) mi hoja de ruta no lo contemplaba, queríamos llegar al poder tras las elecciones».

No falta quien crea otra cosa: que el resultado de la sentencia ya había sobrevolado algunos despachos oficiales. No pasaba de ser una mera especulación, derivada de la personalidad de uno de los magistrados que había emitido esta sentencia, destinada a cambiar radicalmente el curso de la política española. En su libro de memorias *Me explico, de la investidura al exilio*, Carles Puigdemont asegura que, ya en agosto de 2017, Pedro Sánchez le manifestó su intención de presentar una moción más adelante, cuando la legislatura estuviese concluyendo.

Recelo de la fiabilidad de quien, como Puigdemont, ha tenido una trayectoria tan poco rectilínea. Y me resulta increíble que, apenas dos meses después de su victoria en las elecciones primarias frente a Susana Díaz y Patxi López, Sánchez estuviese ya pensando en derrocar a un Mariano Rajoy que, pese a todo, parecía bastante sólidamente asentado. Ni siquiera Sánchez podría ir tan rápido, pienso…

Ejecutivo versus Judicial. Si Montesquieu levantara la cabeza…

Pero sí debo decir que la tentación por parte del ejecutivo de meter la mano en las cuestiones más sensibles que han de ser abordadas por el Judicial no es algo exclusivo de la etapa de Sánchez. Ya en la parte

anterior de este libro se hacía alusión a ciertos «manejos togados», de jueces y fiscales, contra Felipe González. Y los intentos de manipular políticamente el Consejo del Poder Judicial perviven desde los primeros tiempos de Felipe González, aprovechando la reforma planteada al respecto por el entonces ministro de Justicia, Fernando Ledesma.

En cuanto a la etapa de Sánchez, puedo afirmar que no ha sido, en este capítulo, una excepción. Por el contrario, ha ido más lejos. El nombramiento de Dolores Delgado como ministra de Justicia, primero, y como fiscal general del Estado, después, ha sido, en opinión de muchos, el mayor error y el desmán más grande cometido por Sánchez tras la formación de su primer «gobierno de coalición» con Pablo Iglesias. Nunca se entenderá cómo se atrevió Sánchez a propiciar nombramiento tan inconveniente, que iba a ser segura fuente de suspicacias y problemas.

Y también es cierto que jamás un ejecutivo ha tenido, al menos que recuerde, un grado tal de enfrentamiento con el Judicial. Las relaciones entre el gobierno —en el que han llegado a figurar tres magistrados mientras Juan Carlos Campo estuvo en él— y el Consejo del Poder Judicial, y en especial con su presidente, Carlos Lesmes, han sido peores que malas, y buena parte de ello se debió a la tardanza —¡cuatro años se sobrepasó su mandato!— en la renovación del gobierno de los jueces, mayoritariamente afín al PP.

El nulo entendimiento en este apartado entre el gobierno y el principal partido de la oposición, las constantes maniobras de unos y otros, fueron la causa no tan remota de este estancamiento, muy criticado, entre otras cosas referentes a la justicia española, por las instancias europeas y poco comprendido por la ciudadanía. Porque en el fondo de todos los enfrentamientos que ha habido, a lo largo de los tiempos, entre Poder Ejecutivo y Poder Judicial siempre ha estado un deseo inconfesado de los unos por controlar a los otros, alegando razones diversas y más o menos justificables. Si Montesquieu levantara la cabeza…

Pregunté a un notorio magistrado por las razones por las que los tribunales españoles recibían tantos varapalos en distintos niveles de la justicia europea y recibí una respuesta indignada: la Justicia española está siendo erosionada por las instituciones europeas, se me dijo. Además, me argumentaron, España tiene menos condenas ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos que la mayoría de los países de la UE. ¿Y los reveses sufridos con el «caso Puigdemont» ante jueces en Cerdeña o Schleswig-Holstein? La respuesta de mi interlocutor me abrumó: el juez de Cerdeña era como uno de Ibiza, y el de Schleswig,

como de Zamora; poco representativos.

Es decir, el máximo estamento judicial —y mi interlocutor pertenece a él— trata, oficialmente, de restar importancia a un enfrentamiento que está teniendo consecuencias tan serias como que alguna asociación de jueces, contraria al gobierno socialista, haya acudido a Bruselas a denunciar la actuación del ejecutivo. Actuaciones que, en el caso, por ejemplo, de los indultos a los «golpistas» del *procés* independentista catalán, abrieron una brecha insalvable entre el gobierno de Pedro Sánchez y el Tribunal Supremo, que advirtió de la escasa conveniencia de indultar a Junqueras y demás compañeros, sin que el gobierno prestase la menor atención a la protesta de los togados. Una pésima relación que, insisto, no diré yo que no se deba a la actuación, de poder a poder, de ambas partes, y no solo a una de ellas.

Todo considerado, preciso es reconocer que tanto Mariano Rajoy primero como Pedro Sánchez después, han tenido que enfrentarse a situaciones por completo sin precedentes desde hacía un siglo: una declaración —efímera— de independencia en Cataluña, con la situación inédita de que quien declaró la independencia llegó a representar a España en el Parlamento Europeo, por mucho que a Puigdemont le cueste admitir tal representación; el juicio, muy mediático, y el consiguiente encarcelamiento por más de tres años de los líderes que habían ganado las elecciones en Cataluña; la salida de España, en medio de un enorme escándalo de corrupción, de quien había sido jefe del Estado durante cuarenta años.

Y, claro, el estallido de una pandemia que costó —oficialmente— bastante más de cien mil muertos, y requirió la declaración sucesiva de varios estados de alarma, con la correspondiente controversia jurídica que todo lo dicho conllevó en un país en el que, como me dijo un muy notable jurista, «todo lo relacionado con el derecho es discutible». Vaya si lo es. En España, al menos, lo es.

España es una nación que tiene, pese a su exceso de legislación, que en buena parte no se cumple, un déficit de leyes que defiendan al Estado. De ahí, y de que este país aprovecha cualquier oportunidad de partirse en dos Españas, vienen tantos desastres plasmados en la última etapa de Pedro Tercero. Y mucho antes que él.

26

DAR UNA VUELTA MÁS A LA LOCA POLÍTICA ESPAÑOLA

Quién iba a decirle a José Luis Ábalos, que fue uno de los principales muñidores de la moción de censura, recabando apoyos de cuanto grupo parlamentario nacionalista o separatista se puso a tiro, que, tres años después, iba a salir expulsado, con no muy buenos modos, de su poltrona ministerial. «Pedro nunca me dijo por qué me quitaba», confesó en una conversación conmigo. Tampoco le había avisado previamente: fue una muy triste sorpresa para quien era oficialmente el «número tres» del aparato del PSOE.

Pero lo cierto es que el diputado alicantino contribuyó, por segunda vez, ahora con motivo de la moción de censura, a salvar el cuello de Sánchez, como ya hiciera dos años antes, cuando su jefe fue defenestrado de Ferraz el 1 de octubre de 2016. Porque Ábalos fue quien negoció los apoyos más «duros», los de Esquerra, Bildu, Compromís, a aquella moción que cambió el rumbo de España. Ahora, quitando algún comunicado protocolario de Sánchez —que le envió, por ejemplo, un mensaje de simpatía cuando el digital *The Objective* lanzó una carga de profundidad contra el diputado levantino, ya exsecretario de Organización y exministro—, nada. El «aparato» del partido, que él ve representado en Adriana Lastra y en la jefa de comunicación, Maritza Ruiz Mateos, no pierde ocasión de asaetearle, piensa.

Primer Gobierno de Pedro Sánchez, con el «astronauta» Pedro Duque en primer término. (Foto: J. M. Cadenas / *Expansión*).

Ábalos había tomado contacto con Sánchez cuando, en 2014, este fue a verle en el edificio de los grupos parlamentarios, donde ambos tenían sus despachos en el mismo piso, y le transmitió un mensaje que ya hemos visto que había emitido a otros: «Quiero ser secretario general». «Me llamó la atención el personaje», dijo Ábalos, que se integró entonces en el equipo de campaña para las «primeras primarias». Y, desde entonces hasta julio de 2021, cuando se precipitó su caída, el valenciano que fue azote de Lerma y Ciscar, estuvo allí, en la vanguardia del apoyo al candidato. Fue de los pocos que no le abandonaron tras la defenestración de octubre de 2016: «Yo era el más alto cargo que le apoyaba, y eso que solamente era secretario provincial».

El caso es que el 31 de mayo y el 1 de junio de 2018 se celebró el debate de la moción de censura «constructiva», es decir, presentando una candidatura alternativa al presidente del Gobierno censurado. Fue Margarita Robles, magistrada no militante oficialmente en el PSOE, quien redactó la moción, encargada a toda prisa por Sánchez. No consta que nadie con cierto peso en el partido se opusiese a dar este paso. No públicamente, al menos.

El PP y Ciudadanos, junto con el minúsculo apoyo de Unión del Pueblo Navarro y de Foro Asturias, se quedaron solos en la defensa de Rajoy, que en aquel trance parlamentario tuvo una pésima actuación por muchos conceptos: él, al fin y al cabo un opositor al registro de la propiedad, no era un hombre de pelea, y su oponente Sánchez, por el

contrario, era un formidable guerrero, con todos los trucos aprendidos en la batalla de la vida y, la verdad, sin demasiados miramientos para ponerlos en práctica. PSOE, Podemos, En Comú Podem, Esquerra Republicana de Catalunya, el Partit Demòcrata catalán, En Marea, Compromís, EH Bildu y Nueva Canarias, apoyaron la moción. Total, 180 votos frente a 156 de apoyo al presidente del PP y del Gobierno y una abstención.

Sánchez daba un nuevo giro a la loca política española. Pero ¿qué giro?

Pronto lo veríamos. De momento, el hombre que dos años antes había salido expulsado de la sede de Ferraz, que había reconquistado la secretaría general a base de recorrer agrupaciones a bordo de su automóvil, acababa de convertirse en presidente del Gobierno de España. El país giraba de la derecha tranquila —demasiado tranquila — de Mariano Rajoy, que desaparecía de la escena política tras su lamentable escondrijo en el restaurante Arahy, a una izquierda incierta, que quedaba pendiente, para su ratificación en el poder, de las «rápidas» elecciones que había prometido el nuevo presidente. Y que luego tardarían nueve meses en celebrarse, y encima a la fuerza, mientras un cierto caos se apoderaba de la derecha posrajoyana. El país de las conmociones políticas superaba su récord.

Un gobierno bonito y «redondo»

Era la primera vez en la historia democrática del posfranquismo que triunfaba una moción de censura. Máxime contando con los apoyos con los que contó Sánchez, que ya preludiaban lo que iba a ser aquel «gobierno Frankenstein» denunciado por Rubalcaba. «Estamos haciendo historia», nos dijo por entonces Ábalos a un pequeño grupo de periodistas. De alguna manera, era cierto: y es que la política española era una continua reinvención, una improvisación permanente que por milímetros no acababa siendo una cosa diferente. La cuerda floja.

Y, hablando de la «mortandad» en la clase política española, una muestra es que solo siete ministros pervivían en junio de 2022 de las diecisiete carteras de aquel primer gobierno formado por Sánchez cuatro años antes, el 7 de junio de 2018. Algunos comentaristas llamaron a aquel primer gabinete «el gobierno bonito». Algunos de los ministros entrantes eran bien conocidos por los periodistas: Margarita Robles, Fernando Grande-Marlaska (que desde siempre mantenía unas

pésimas relaciones con Robles), Carmen Calvo (una veterana en muchas, demasiadas, guerras), Josep Borrell, Ábalos, Magdalena Valerio (una mujer valiosa, de magnífico talante), Luis Planas… Nadia Calviño era, entonces, apenas la hija de su padre, el exdirector general de RTVE con Felipe González, y pocos habíamos seguido su buena y brillante trayectoria en Europa.

A otras y otros les desconocíamos bastante. A Pedro Duque, que era la novedad más sorprendente, le pude encontrar brevemente en Baikonur, Kazajistán, a donde yo había ido a parar vaya usted a saber por qué carambola informativa, antes de que los rusos le lanzasen en una nave con otros dos astronautas hacia la Estación Espacial Internacional. Le oí algunas simplezas del género de que «no hace falta dedicarse a la farándula y el deporte para triunfar» y estuve seguro de que aquel ingeniero-nacido-para-ser-ingeniero nunca triunfaría en política. Fue bonito mientras duró.

También estaba Isabel Celáa, a la que recordaba haciendo un buen papel en el País Vasco y que se me reveló como uno de los personajes más sectarios que he conocido en toda mi carrera de mirón. Me alegré de su relevo, la verdad: fue una catástrofe como titular de Educación y como personaje de una política de concordia. Para colmo de desmanes, la enviaron como embajadora «política» a la Santa Sede. Allí tendría tiempo para «admirar» la torre de Hércules que Paco Vázquez ordenó pintar en los frescos del techo del salón de recepciones de la embajada.

De Dolores Delgado ya había oído hablar en su trayectoria de fiscal cuestionada por sus relaciones personales y me sorprendió desagradablemente encontrarla en el primer elenco ministerial socialista desde la marcha de Zapatero/Rubalcaba. Ni tenía, es la verdad, una gran opinión de Meritxell Batet, ministra de Política Territorial entonces casada con un diputado del Partido Popular y que, vericuetos del destino, escalaría hasta ser una bastante polémica presidenta del Congreso. Sobrevivieron hasta ahora María Jesús Montero, Teresa Ribera o Reyes Maroto, que siguen en el gobierno, pienso que haciendo una tarea al menos digna, ya que no glamurosa. También sobreviven el titular de Agricultura, Luis Planas, el de Interior, Grande-Marlaska, Nadia Calviño y Margarita Robles, la artífice formal de la moción de censura, es también una superviviente, aunque haya vivido momentos amargos a raiz del escándalo del espionaje conocido como «catalangate».

Otros ministros, por diversos motivos, iban a durar muy poco. Por ejemplo, el que fuera ministro de Cultura durante siete —7— días, Màxim Huerta, un buen escritor y un magnífico periodista que dimitió

por haber empleado una sociedad para tributar por el Impuesto de Sociedades y no por el IRPF, un tema que, a mi juicio, debería haberse solucionado por otras vías diferentes a la dimisión, con el escándalo subsiguiente. Pero, en fin, corrían los tiempos que corrían, que es una regla que todo aquel que se meta en política debe tener muy presente.

Con este equipo, más Iván Redondo en las cuadernas, Sánchez se hizo a la mar de la gobernación. Pero no se puede avanzar más allá sin detenerse unas líneas en la figura de quien pasa, a justo título, por ser el «ideólogo» —lo dice hasta Wikipedia— de la moción de censura contra Rajoy, punto este en el que ni el propio Redondo ni Pedro Sánchez, con quien las relaciones creo que no son demasiado buenas ahora, parecen querer entrar a fondo. «Al principio, Iván estaba muy cauto en esto de la moción», contó Ábalos.

Conocí a Redondo muy superficialmente de la misma manera que a Pedro Sánchez: siendo contertulio con él en una «tele». Concretamente, en este caso, en la 13, en el programa que dirigía, y dirige, Antonio Jiménez, *El Cascabel*. Por entonces él ya había dejado de trabajar con el «popular» extremeño José Antonio Monago. Un tipo encantador este último, que había sido presidente de la Junta de Extremadura hasta 2015 y que había estado asesorado por Redondo, personaje a quien muchos de mis compañeros extremeños aborrecían por sus manejos informativos, como había podido yo comprobar en algún viaje a Badajoz, donde Monago me presentó un libro y con quien luego coincidí en varias ocasiones.

La verdad es que con Redondo me ocurrió lo mismo que con Sánchez al inicio: que no me despertó ni simpatía ni antipatía, más allá de la autosuficiencia con la que se comportaba como tertuliano, habitualmente defendiendo tesis, me pareció, de la derecha, aunque nunca de manera excesivamente sectaria, esa es la verdad.

Monago, a quien encontré en una sesión del Senado en marzo de 2022, cuando ya había pasado todo y Redondo era alguien que buscaba trabajo tras haber salido de La Moncloa, no hablaba mal de Redondo e incluso seguía manteniendo relación con él. «Me costó adaptarme a él —dijo Monago— porque él al principio me asesoraba "en remoto", desde Madrid. Le dije: "Me propones cosas y no tienes ni puta idea de Extremadura"; así que tuvo que venirse a Extremadura a aprender lo que era esto». Y añade, significativo: «La parte humana la aportaba yo; él era como un robot, era todo trabajar, era yo quien hablaba en extremeño a los extremeños».

Luego no le fue mal. Trabajaba con un «bonus», además de un fijo «razonable»: si Monago ganaba la Junta, Redondo cobraba su bonus; si no, nada. Y Monago ganó la Junta. Parece que esta fue la fórmula

también al comienzo, antes de cobrar del erario, en su relación con el Sánchez aspirante a La Moncloa, que «era como la Junta de Extremadura, pero en grande», dice Monago.

Cuentan que alguien del equipo de Sánchez leyó un artículo que Iván Redondo publicó en su *war room* en el diario económico *Expansión*. Les llamó la atención, porque en el artículo se decía exactamente lo que los «sanchistas» querían oír: que podrían recuperar el poder e incluso ganar las elecciones para la presidencia de la nación. Quisieron verle. Luego, el encantador de serpientes Redondo, un tipo de poco más de cuarenta años sobre quien ya se han escrito un par de libros, muy hagiográfico y «autorizado» uno y totalmente en contra el otro, se fue afianzando en el entorno de Sánchez, que luchaba por ganar las primarias frente a Susana Díaz. Y así, odiado por la mayor parte del «aparato» fiel a Sánchez, pero muy influyente en la voluntad de este, llegó a La Moncloa del brazo de Pedro Tercero.

A partir de ahí, la historia es bien conocida. El personaje más influyente en el entorno presidencial cayó estrepitosamente, y supongo que las interioridades de lo que ocurrió en el gabinete de Sánchez en la primavera y comienzos del verano de 2021 se nos irán revelando en la medida en que el que fue «superasesor», tan influyente que los periodistas le llamábamos «Godoy», quiera irlo contando. Ahora, es de suponer que sabe que no le conviene —por el momento: acabará haciéndolo— acceder a los cantos de sirena que le proponen escribir «su» libro. Sí cayó, en cambio, en la misma tentación que su exjefe, yendo a contarle sus cuitas a las suaves y adormecedoras preguntas de Évole: nunca he visto a nadie equivocarse tanto en las respuestas y en la puesta en escena que él mismo eligió.

Contra lo que algunos podrían pensar, Pedro Tercero es, como Pedro Primero y Pedro Segundo, mucho más sensible a la influencia de otros de lo que inicialmente podría creerse, y el «caso Iván» es una buena muestra de ello. No resulta extraño, por tanto, que cayese en las «redes» —vamos a decirlo así— de un seductor como Redondo. No es, por cierto, que aquí pueda certificar de cerca hasta dónde llegó el poder de la larga sombra de Redondo en La Moncloa y en los órganos de poder: no me encuentro entre los periodistas que eran «llamados» por el todopoderoso monclovita mientras gozó de su puesto y hay muy distintas versiones sobre el alcance real de su influencia.

Personajes nuevos, políticas viejas

En julio de 2018 España iniciaba la andadura de sus dos principales personajes políticos. Pedro Sánchez acababa de estrenarse en el gobierno, tras la peculiarísima salida de Mariano Rajoy. Y Pablo Casado se estrenaba como el segundo personaje político más importante del país, como nuevo presidente del Partido Popular y sucesor de Rajoy.

Ya he dicho en los dos «libros» anteriores de este volumen que creo que la andadura de un gobierno se define en buena parte por cómo son sus relaciones con los medios, pero aún más con la oposición. De ninguna manera ha sido este aspecto parecido con Felipe González o con Zapatero que con Sánchez. El último presidente socialista se ha caracterizado por un alejamiento casi hostil, primero con Mariano Rajoy y luego con Pablo Casado, a quien ha recibido en contadísimas ocasiones en La Moncloa, sin que la mayor parte de las veces en las que esos encuentros se produjeron sirviesen de gran cosa.

Desde mucho antes de que él llegase a la presidencia del Partido Popular, en mis columnas para OTR y otros medios había aventurado que Casado, que entonces no tenía cargo relevante en su partido, ofrecía muchas posibilidades de llegar a ser el siguiente presidente conservador del país y luego presidente del Gobierno. Lo cierto es que el político palentino me recordaba, en muchas de sus cualidades, a Adolfo Suárez: era un personaje cercano, que parecía patentemente honrado y no pertenecía, desde luego, a la «derechona» afecta a las peores posiciones de Fraga y también, aunque en otra medida desde luego, de Aznar. Y a las de Vox, aún menos.

Cuando el 21 de marzo de 2022, casi recogiendo sus efectos en el despacho presidencial del edificio del PP en la calle Génova, un edificio maldito que él había prometido que el partido abandonaría y no lo ha hecho, Casado, el que fue el segundo político más poderoso de España, me recibió, percibí que no había entendido nada de lo que le había ocurrido. Solo habían pasado poco más de tres años desde que, tras el descalabro de Rajoy, Casado ganó en unas muy complicadas elecciones primarias a María Dolores de Cospedal y Soraya Sáenz de Santamaría, las dos enemigas mortales que anidaban bajo el amparo del paraguas de Rajoy. Ahora ya estaba fuera del poder, recogiendo sus cosas.

Cospedal quedó tercera, y dio sus apoyos —es decir, sus votos— al segundo, Casado, que por eso ganó la final a Sáenz de Santamaría, quien en aquellos mismos momentos desapareció radicalmente de la vida política. Bueno, la verdad es que todo el «rajoyismo» hizo mutis por el foro, incluyendo figuras tan válidas como Isabel Tejerina, Íñigo de la Serna, Fátima Báñez, Rafael Catalá, Íñigo Méndez de Vigo,

Alfonso Alonso, Borja Samper… La voraz derecha española se merendaba —de nuevo— a otra generación política que estaba lejos de haber agotado su trayectoria. Quizá esta precipitación en los relevos, este sentimiento algo cainita, explique en parte el empobrecimiento de la clase política española: los nuevos que llegan no tienen el espacio suficiente para formarse. Gente como Soraya Sáenz de Santamaría tiene tras de sí una experiencia política acumulada en no demasiado tiempo que pienso que es una pérdida desperdiciar.

Y Casado llegó rodeado de un entorno bastante nuevo, tras unas primarias que habían partido en dos al PP. No era un inexperto, pero obviamente necesitaba un mayor rodaje y creo que lo mismo le ocurría, en el partido de enfrente, a Sánchez, que había arrasado con el PSOE anterior a 2017, si bien es cierto que personajes como José Blanco o el propio Zapatero representaron una cierta conexión, algo subterránea eso sí, con lo que antes había.

Era cierta la maldición con la que Rajoy abandonó La Moncloa y la vida política: «Va a gobernar España alguien que jamás ha ganado unas elecciones generales», dijo. Y, en realidad, lo único que Sánchez había ganado hasta entonces en su vida, dos veces eso sí, eran las primarias de su partido. Pero tampoco Casado había encabezado jamás una candidatura a las elecciones presidenciales. Quienes eran el primer y el segundo político más importantes de España estaban, pese a todo su recorrido anterior, casi por estrenar, con cuanto de bueno y de malo ello pudiese tener.

Acaso los dos «nuevos», gozando de las posibilidades de una experiencia política inédita, llegados sin más hipotecas que las que ellos mismos se impusiesen, podrían haber aprovechado la ocasión para gobernar de una manera desconocida en España. El país pedía a gritos acuerdos reformistas, un nuevo modo de ejercer el poder y también de ejercer la oposición. Sánchez tenía poco que ver con Rubalcaba, y Casado aún menos con Rajoy, que jamás se fio de él y que siempre le taponó para impedir que el joven castellanoleonés ocupase puestos de relumbrón a los que podría haber aspirado, como la presidencia de la Junta de Castilla y León e, incluso, la Presidencia del Gobierno de Madrid.

Casado llegaba bastante impoluto, más afecto a Aznar que a Rajoy. Pronto le involucraron en una de esas pringosas historias que se dan en Madrid a cuenta de los méritos de un máster adquirido en una universidad no demasiado prestigiosa. La cosa no merecía tal escándalo, como tampoco lo merecieron ni el máster de Cristina Cifuentes ni el del propio Pedro Sánchez. Pero son las cosas de la

cainita villa y corte. El caso es que Casado supo desembarazarse bien de la mochila llena de piedras con la que alguien —lo de siempre: ¿quién? Fuego amigo— pretendía cargarle.

Pero ni Sánchez ni Casado aprovecharon la oportunidad para que el giro, que podría haber sido histórico, se produjese. Fue, más bien, al contrario: la política de hostilidades abiertas se impuso desde el primer momento, y Sánchez y Casado se caracterizaron por practicar un mutuo hostigamiento que ni las circunstancias ni el sentido común aconsejaban. No hubo sino que ver el desarrollo de las sesiones de control parlamentario para comprobar que la política española mantenía su sesgo destructivo, que se había hecho casi habitual.

Muchos rostros que ya no están

Aunque nunca se dijo una sola palabra al respecto, sobrevoló la sensación de que el «sanchismo» prefería a Casado antes que a Soraya Sáenz de Santamaría, aunque la victoria de esta en las primarias habría roto, sin la menor duda, el PP, que era el partido con una militancia más nutrida de España, por más que no todos, como se descubrió en las primarias, estuviesen al corriente del pago de sus cuotas.

Quizá Sánchez intuyese que Casado sería más fácil de manejar que la correosa abogada del Estado Sáenz de Santamaría, una mujer indudablemente valiosa, a la que su enemistad con Cospedal —al fin y al cabo, secretaria general del partido y enemiga no precisamente insignificante— y su carácter algo flamígero le hicieron perder las primarias.

Casado no significaba, claro, la continuidad de Rajoy, pero tampoco la ruptura con lo que el gallego significaba. No era un «duro» de la política —trató de contrarrestarlo con la figura de su secretario general, Teodoro García Egea—. Y representaba formas moderadas de la derecha cuando ya apuntaba en lontananza Vox, un partido desgajado del PP que conectaba con las peores formas populistas, aunque atenuadas, que habían surgido como setas en Europa, no al calor de Trump, pero tampoco precisamente dificultadas por el auge del presidente republicano estadounidense: Francia, Italia, Polonia, Hungría, Alemania, Austria… Era difícil que España se resistiese a este contagio.

Lo peor fue que Casado se vio abandonado por algunos de los mejores valores del Partido Popular, como más arriba señalaba. Y no

hizo un *casting* demasiado efectivo, comenzando por su portavoz parlamentaria, Cayetana Álvarez de Toledo, figura intelectualmente brillante —con un concepto de sí misma que, en todo caso, recordaba algunos chistes sobre el valor y el precio—, pero absolutamente insoportable en una organización partidaria. Y fallaban también los responsables de la secretaría general, de la comunicación…

Hoy, casi ninguno de los que aplaudieron a Rajoy cuando sacó adelante sus últimos presupuestos está ya en los escaños «populares». La renovación en este partido ha sido aún mayor, si cabe, que la experimentada en el Partido Socialista: muy pocos de los rostros que veíamos en el hemiciclo cuando, en 2014, comenzó la debacle política, sobreviven hoy en sus escaños. En estos ocho años se ha producido una sustitución casi total del conjunto de los políticos, que no de la política.

De manera no muy responsable, Sánchez fomentó discreta pero efectivamente el auge de Vox en detrimento del Partido Popular, como, con otras artes, el PP creyó que podría utilizar a Unidas Podemos contra el PSOE. Ninguno de los dos partidos extremos hubiese podido florecer si PSOE y PP, ya que se repartía baraja nueva en cuanto a dirigentes, hubiesen aprovechado la oportunidad para hacer una política de pactos que construyesen país. Y si el «tercero en discordia», Ciudadanos, hubiese tenido un comportamiento diferente.

Pero, de nuevo, hay que terminar este capítulo diciendo que nada de esto ocurrió. La tormenta continuaba.

27

UN «UNO» Y UN «DOS» QUE NADA TIENEN QUE VER

Sánchez y Casado son, salta a primera vista, dos fenotipos políticos (y humanos) radicalmente diferentes. Representaban dos Españas muy distintas, las dos Españas clásicas, la que se reclama de derechas y la que lo hace de izquierdas, con perdón por la sin duda excesiva simplificación de la pintura. Pensar, como algunos pensábamos, que podría darse un acuerdo entre ambas se revela ahora, a toro pasado, como algo imposible, conviniese o no al país. Lo más fácil es achacar toda o la mayor porción de la culpa a una de las partes. Simplemente, ni el PP, en su mayoría, ni el PSOE, en su versión «sanchista», entendieron que había una nueva vía posible, la tercera vía de la que tanto se ha hablado y escrito (Iceta, Duran i Lleida) y que jamás, salvo fogonazos esporádicos que pronto se apagaban, se ha puesto en práctica.

¿Alguien duda de que un PSOE gestionado por Javier Fernández, por Emiliano García Page, por Guillermo Fernández Vara o por Javier Lambán (o por Bono), pongamos por caso, no hubiera llegado antes a un acuerdo, dadas las circunstancias que vivía el país, con un PP liderado por Alberto Núñez Feijóo que con Unidos (Unidas) Podemos? Conocía bien a los cinco socialistas citados, y desde luego creo que eso puede afirmarse con poco margen de duda.

Sánchez, en alguna reunión interna, dijo a los suyos que la militancia socialista jamás toleraría un pacto con el PP. Casado, por su parte, insistió siempre, en público y en privado, en que un acuerdo con «este» PSOE era imposible, y que un pacto solo sería factible con un socialismo sin Pedro Sánchez a la cabeza. Un argumento algo pueril que no esconde que las connotaciones personales, y no los

programas, son lo que verdaderamente separa tantas veces a una España y a la otra. Ocurre que, en política, los individuos, sus pasiones, sus virtudes y sus defectos, adquieren una inusitada importancia, mucho mayor de lo que les correspondería. Y, aunque Casado me dijo que su relación personal con Sánchez fue mucho mejor de lo que traslucía, la verdad es que los hechos nunca lo corroboraron. Concedemos mucha más importancia al poder del líder que al del colectivo. Y eso, en política, siempre acaba pagándolo el colectivo.

En la conversación que mantuvimos en el que todavía era su despacho presidencial poco después de que, de un modo traumático, hubiese tenido que abandonar la presidencia del Partido Popular, Casado se esforzó en mostrarme las numerosas ocasiones en las que ofreció un pacto —«tendí la mano»— a su no sé si llamarlo adversario, rival, que no necesariamente enemigo, Sánchez.

Y es cierto que, desde su primera reunión en 2018, cuando Casado estaba recién aterrizado en la presidencia del PP, hubo una propuesta de al menos cinco pactos (violencia de género, órganos constitucionales, pensiones, movilidad, defensa), además de un pacto educativo, otro por la emigración y el acuerdo territorial, con Cataluña en concreto. Y, habiendo quedado ambos en principio en mantener estos pactos, lo cierto es que nunca se concretaron en un acuerdo amplio y operativo, como si existiese un mayor interés en publicitar lo que los separaba que lo que los unía.

Las propuestas del líder del PP fueron bastante numerosas y jamás prosperaron. Por ejemplo, sugirió apoyar a Sánchez para una gobernación «vigilada» con dos condiciones: que cesase a la fiscal general Dolores Delgado y que rechazase formar una mesa de negociación con los independentistas catalanes. Y son conocidas las condiciones de Casado para respaldar una renovación del Consejo del Poder Judicial —una mera cuestión de porcentajes, perfectamente negociable—, que ha sido un tema recurrente de fricción entre socialistas y «populares», y para apoyar una distribución de los fondos europeos si se creaba una agencia independiente para el reparto de estos fondos. Otra vez ocurrió lo mismo: nada.

Los encuentros entre Sánchez y el entonces líder de la oposición, Pablo Casado, fueron infrecuentes. (Foto: Pool Moncloa/Fernando Calvo 17-2-2020).

Casado hubiese querido, intuí, establecer una serie de acuerdos que le llevasen, a no largo plazo, a La Moncloa. Porque los ciudadanos estaban más por la concertación, decían todos los estudios demoscópicos, que por la confrontación. Quería hacer una campaña como «el negociador», aunque la imagen que dejó fue exactamente la

contraria. Por eso propuso a Ciudadanos el acuerdo España Suma, de integración de candidaturas en numerosas circunscripciones, rechazado por Rivera. Y continuó su política de aparente mano tendida hacia Pedro Sánchez: «No te ofrezco la investidura, pero te ofrezco darte la estabilidad del gobierno», le dijo tras las elecciones de noviembre de 2019. Sánchez le había telefoneado poco antes: «Llamo para que me apoyes» (en la investidura), le dijo. «Pero ¿has roto ya con Pablo Iglesias?», preguntó el líder popular. «No, pero al menos abstente», pidió Sánchez.

Y, desde luego, ya muy recientemente, Pablo Casado, que ignoraba que no le quedaba apenas tiempo como presidente del PP, ofreció públicamente su apoyo a la política del gobierno de Sánchez en lo referente a la crisis de Ucrania, cuando aún no había comenzado la invasión rusa, pero parecía inevitable. No hubo tiempo para poner en marcha una política exterior común, suponiendo que Sánchez hubiese estado interesado en ello. Que, como demostró en el giro diplomático sobre el Sahara en abril de 2022 para dar satisfacción a Marruecos (y a Washington), no lo estaba: ni siquiera consultó a sus socios podemitas en el gobierno, y menos aún, claro, a la oposición, sobre tan importante asunto. Otro tema sobre cuya génesis y razones quedaban no pocos detalles ocultos para la posteridad.

Se rompe la «mayoría de la moción de censura»

Pero todo esto era, por supuesto, tras las elecciones del 10 de noviembre de 2019. Hasta entonces, Pablo Iglesias era apenas un referente, el acuerdo imposible, el hombre que, de estar en el gobierno, quitaría el sueño a Pedro Sánchez y al 90 por ciento de los españoles, Sánchez *dixit.* Antes de la irrupción en tromba del líder de Podemos, Sánchez le tuvo ahí como reserva, dejando volar la fantasía de Iglesias de que algún día llegaría el soñado *sorpasso* al PSOE, y permitiéndole cometer todos los errores en los que el ego «pablista» le hacía incurrir.

Antes, en abril de 2019, Sánchez se había visto obligado —hay quien dice que tenía la carambola estudiada; no lo creí así— a convocar elecciones generales, al salir derrotados, en una sesión plenaria del Congreso en febrero, los Presupuestos que había confeccionado un poco a trancas y barrancas.

El pleno votó de manera conjunta las enmiendas de totalidad presentadas por PP, Ciudadanos, ERC, PDeCAT, Coalición Canaria y

Foro Asturias y, como se esperaba, estas enmiendas, suscritas, como se ve, por la derecha y los nacionalistas en curiosa, casi inédita, mezcolanza, salieron adelante. Recibieron 191 votos a favor, los de las derechas y los independentistas, 158 (PSOE, Podemos y PNV) en contra y una abstención. El resultado: que el proyecto de ley fue devuelto al ejecutivo. Era la segunda vez en democracia que unos Presupuestos quedaban rechazados a la primera por la Cámara. La anterior ocasión fue en 1995: aquella derrota abocó a Felipe González a la convocatoria de las elecciones generales del 3 de marzo de 1996, que ganó José María Aznar.

Y esta derrota presupuestaria que ahora comentamos llevó a que, veintitrés años después, Pedro Sánchez, aparentemente abandonado por una parte de la mayoría «de progreso» que posibilitó «su» moción de censura contra Rajoy, convocase, sin parecer demasiado apesadumbrado, elecciones generales para el 29 de abril de 2019.

El resultado no fue el mismo que con González en 1996: ahora, Sánchez ganó las elecciones. De manera insuficiente, pero las ganó. Creció en 38 escaños y obtuvo siete millones y medio de votos, mientras el PP de Casado se pegaba un sonoro batacazo, descendiendo hasta 66 escaños (perdió nada menos que 71), quedándose a más de tres millones de votos de distancia del PSOE y situándose muy cerca de Ciudadanos, que creyó que consolidaba sus esperanzas de convertirse en líder de la derecha a solo nueve escaños del PP. Podemos, con 33 escaños, bajaba doce (sin contar con En Comú) y Vox emergía como una fuerza a tener en cuenta, creciendo hasta 24 escaños. Se abría otra vez un nuevo panorama preocupante para el principal partido de la derecha y para su líder, acosado desde la izquierda, desde el centro y desde la derecha extrema. Y desde su propio partido, como pronto pudo verse.

El triunfador, aunque se quedó lejos de la mayoría absoluta, fue, sin duda, Pedro Sánchez, que por fin ganaba, todo lo apretadamente que se quiera, unas elecciones. Pero no logró formar gobierno. España quedaba abocada, de nuevo, a unas elecciones generales, las quintas desde que, en 2011, Rajoy ganó las elecciones a Rubalcaba. Cuatro elecciones legislativas entre 2015 y 2019, cuando lo normal hubiera sido que se celebrase solamente una en este periodo. Seguían la inestabilidad y el vacío. Casi ciento cuarenta millones de euros costaba cada una de estas elecciones. Las encuestas mostraban la creciente indiferencia de la ciudadanía ante una situación política que un comentario de *Le Monde*, quizá compendiando el estupor europeo ante los vaivenes políticos en España, calificaba como «verdaderamente increíble».

Resulta claro, digámoslo una vez más, que la mayor parte de la culpa de esta situación, que continuamente amenaza con repetirse, hay que achacarla a una legislación electoral ya muy inconveniente en el caso de un país con la estructura política y territorial de España. Recuerdo que mi primer maestro en la normativa electoral, allá por 1978, Eustaquio Eseverri, reconocía que el diseño inicial se hizo para evitar que «terceros partidos nacionales» (se pensaba entonces en el Comunista) pudiesen llegar a alcanzar posiciones de gobierno, al tiempo que se trataba de primar a los partidos «periféricos» (nacionalistas) para dar carta de naturaleza a sus iniciales reivindicaciones de entonces e «integrarlas».

No sé si las actuales condiciones, la despoblación sufrida por amplias capas del territorio español, la evolución en las comunidades autónomas y la deriva separatista en Cataluña justifican ya aquellos planteamientos de hace más de cuarenta años. Pero la misma pereza y los mismos recelos entre la clase política que hacen imposible reformar, donde más se necesitaría, la Constitución, frenan una modificación práctica y equitativa de la Ley Orgánica del Régimen Electoral General, que proviene de 1985, cuando la estructura partidista era muy diferente y las circunstancias políticas, sociales y económicas del país, más distintas todavía. Las actualizaciones en la LOREG, de 2011 y 2018, nada sustancial han aportado a la solución de las carencias de esta normativa.

En julio de 2019 Pedro Sánchez fracasaba en otra sesión de investidura. Sánchez no logró la confianza del Congreso de los Diputados en su investidura para seguir siendo presidente del Gobierno. Solo consiguió el respaldo de un diputado ajeno al Grupo Parlamentario Socialista, José María Mazón, el representante del Partido Regionalista de Cantabria, liderado por el muy peculiar (y buen conocido mío) Miguel Ángel Revilla. No era gran cosa, la verdad, dicho sea sin desdoro para el representante del regionalismo cántabro. Que constituye hoy un fenómeno único, para bien y para mal —como cántabro convicto y confeso lo digo—, en toda España.

Cuando Pablo Iglesias se pidió Hacienda

Habría que preguntarse qué ocurrió para que, exactamente un año después de haberse hecho, gracias a la «mayoría de la moción de censura», con el gobierno, Pedro Sánchez fuese abandonado por todos sus aliados, desde Podemos al PNV, Compromís, Esquerra y Bildu, que

se abstuvieron, mientras que, lógicamente, los representantes de la derecha, incluyendo Ciudadanos, votaron en contra. Era la segunda vez que ERC le volvía la espalda, y de lo de Podemos, siempre atenazado por los volatines de Pablo iglesias en pos del *sorpasso* al PSOE, mejor no hablar. Porque Podemos llegó a pedir ¡¡el Ministerio de Hacienda!! a cambio de su voto favorable. «No se puede dar Hacienda a quien no ha negociado nada», replicó Sánchez, en un rapto de lucidez. No se me ocurre qué hubiera sucedido si este departamento, clave en la ordenación de un Estado, hubiese caído en manos de Pablo Iglesias.

Fue aquella una negociación preludio de lo que iba a venir, en la que Podemos trató de lograr las mayores influencias de poder posibles, incluyendo el Ministerio de Trabajo o, al menos, las políticas de empleo. Sánchez ofreció Vivienda y Economía Social, Sanidad, Asuntos Sociales y Consumo e Igualdad. Oferta que Iglesias rechazó. No creo que hubiese discusión programática sobre los grandes temas que diferencian a Podemos del PSOE, desde la continuidad de la monarquía hasta la participación activa en la Alianza Atlántica, cuestiones que más tarde serían de inmensa, angustiosa, actualidad.

No: era una pelea, por parte de Iglesias, por obtener mayores dosis de poder en el «gobierno de izquierda feminista, igualitario», que se veía como posible en el horizonte. «Usted no ha ganado las elecciones y quería tener un gobierno paralelo al del PSOE», le dijo a Iglesias, con su tono tosco y lineal habitual, la entonces portavoz parlamentaria socialista Adriana Lastra. Sin saberlo, estaba anticipando la que sería la dialéctica política apenas cuatro meses después.

Al final, fueron más los noes que los síes (155 frente a 124) a la investidura, y una sensación de fracaso colectivo aterrizó, de nuevo, sobre la izquierda española, sin que ello pudiese servir de consuelo a la derecha. Porque la frustración política era nacional: tantas elecciones, tantos intentos (insinceros) de pactos no servían de nada. El país seguía varado, sin un rumbo claro. Fueron aquellos cuatro años políticamente convulsos, perdidos.

«Hace falta un gobierno coherente y cohesionado y no dos gobiernos», dijo Sánchez en aquella sesión de investidura, justificando el rechazo a las exigencias sin duda excesivas de Podemos. Hay que agradecer aquel esfuerzo de contención de Sánchez frente a las arremetidas de Iglesias. Ponerse en manos de Podemos, de «aquel» Podemos representado por un crecido Iglesias en sus mayores raptos de autoglorificación, hubiese llevado directamente a la quiebra del Estado, pensaban no pocos en aquellos momentos. Y no solo, por

cierto, en la derecha.

«Ustedes querían controlar el 100 por ciento de los ingresos y el 50 por ciento del gasto; con el 25 por ciento de los escaños querían controlar el 80 por ciento del gasto social, siendo la cuarta fuerza política», reprochó Sánchez. El problema, recalcó, estaba en los ministerios, no en el programa con el que se pretendía gobernar. El poder, siempre el poder, lastrando el interés de los ciudadanos.

Resulta increíble que, tras aquel debate de julio de 2019 en la sesión fallida de investidura, luego, apenas cuatro meses después, se pudiese formar un gobierno de coalición entre Sánchez e Iglesias, es decir, entre el PSOE y Podemos. Dos formaciones que parecían sideralmente distantes. Pero se formó.

28

EL AÑO MÁS HORRIBLE DE NUESTRAS VIDAS

10 de noviembre de 2019

Ese día se celebraron las decimoquintas elecciones democráticas en España, cuartas bajo el reinado, aún relativamente reciente (cinco años), de Felipe VI. En la conversación que mantuvimos en marzo de 2022, Casado se lamentó de que «cada tres meses hemos tenido unas elecciones (generales, autonómicas, municipales o europeas); necesitamos cuatro años de calma». No le faltaba razón. Al menos, aquellas elecciones de noviembre de 2019, quizá las más importantes en ocho años, iban a ser las últimas en algún tiempo, lo que no dejaba de constituir una novedad.

La campaña fue desanimada, triste, convencional. Los españoles estaban cansados de los procesos electorales: cuatro elecciones en menos de cuatro años era algo inédito —claro que había tantas cosas inéditas…— en la política española. La normativa electoral exigía hacer «extraños compañeros de cama», en frase genial de Churchill, para poder llegar a formar gobierno. La inestabilidad en Cataluña tras la dura sentencia a los implicados en el *procés* y las protestas callejeras subsiguientes marcaron el pistoletazo de salida.

En efecto, las condenas, en octubre, de entre nueve y trece años de prisión para los nueve lideres independentistas catalanes considerados culpables de sedición —que no por rebelión, lo que fue una más de las muchas, absurdas y gratuitas polémicas jurídicas del momento—, en el llamado «juicio del *procés*», fueron una mecha encendida más en el gran polvorín de la política española. El presidente del Gobierno en funciones, Pedro Sánchez, en una comparecencia extraordinaria sin preguntas —una más—, «alejó la

posibilidad de conceder indultos a los condenados y garantizó el absoluto cumplimiento de la decisión judicial», según una crónica de *El País* el día posterior a la sentencia, el 14 de octubre, ya inmersos todos, de hecho, en la precampaña electoral «oficiosa».

La oposición socialista apoyó a Rajoy en la implantación del artículo 155 en Cataluña. En la foto, Oriol Junqueras, en el centro, y sus compañeros del *procés* salen de la cárcel. (Foto: Getty Images).

Aposté por aquellos días en una tertulia radiofónica con Carlos Herrera a que Oriol Junqueras, el líder de Esquerra Republicana de Catalunya, a quien muchos consideraban el verdadero culpable de que no se hubiesen convocado elecciones el 27 de septiembre de 2017 y sí, en cambio, se hubiese proclamado la independencia, no llegaría a cumplir ni la tercera parte de su condena de trece años de prisión. No la cumplió. Estuvo tres años y ocho meses en un régimen de prisión «favorable» en Lledoners, desde donde podía, con mucha facilidad, seguir dirigiendo su organización y, de hecho, la vida política catalana, hasta donde el caos de la misma lo permitía.

En junio de 2021, Junqueras y los demás salían de prisión. Bastantes personas se alegraron, he de decirlo, por el indulto, que

contradecía una vez más las promesas de Sánchez, pero que facilitaba la convivencia política en Cataluña. Expresar esta opinión me iba a costar muchas amargas discusiones entre compañeros en tertulias de radio y televisivas: el clima, en Madrid, ayudaba poco a las medidas de gracia. De hecho, este clima está siempre fuertemente tensionado, sobre todo en los ámbitos de la derecha, respecto de las relaciones con la Cataluña «oficial».

Mal entorno para arreglar las cosas. Bastantes hubieron de reconocer que Junqueras adoptó unas posiciones de pragmatismo moderado al abandonar la cárcel: el Estado afrontaba el riesgo de que se hubiese convertido en un «Nelson Mandela a la catalana» y algo de eso hubo, pero con consecuencias amortiguadas, con sordina. Su total ruptura con la otra ala independentista, la representada por el «fugado» Puigdemont, contribuyó no poco a esa «conllevanza orteguiana» con el gobierno central que consiste en, simplemente, ganar tiempo, ya que, lo dijo Ortega hace más de un siglo, el «problema catalán» no tiene un arreglo definitivo más allá de seguir negociando y negociando.

Lo malo es que, frente al fanatismo y victimismo de los más radicales independentistas, los sucesivos gobiernos centrales no hacían más que cometer errores: los de Zapatero, los de Rajoy y, luego, los de Sánchez, con aquel *catalangate*, un pringoso episodio de espionaje por parte de los servicios secretos a más de sesenta independentistas catalanes, algunos abogados y periodistas incluidos.

Pero regresemos a las elecciones de noviembre de 2019, que son verdaderamente claves a la hora de enderezar —o torcer, según las opiniones— definitivamente el caos político español.

Las tremendas consecuencias del 10-N

Aquellas elecciones significaron un leve retroceso para el PSOE (de 123 a 120 escaños). Un aumento considerable para el PP (de 66 a 89), un batacazo, perfectamente previsible, para Ciudadanos (de 57 a 10), un descenso significativo para Unidas Podemos (de 42 a 35) y una crecida considerable para Vox, que subía de 24 a 52 escaños, anticipando así que iba a ser el gran quebradero de cabeza no solo para la derecha de Pablo Casado, sino para el conjunto de la política española.

Todo el mundo interpretó que el ascenso del PP, desde sus mínimas posiciones de abril, tenía que ver con el descalabro de

Ciudadanos. No esperó mucho Albert Rivera para tirar la toalla, que era algo que muchos sabíamos perfectamente que iba a hacer con los muy previsibles pésimos resultados obtenidos. Sin haber llegado a cumplir los cuarenta años, tras haber sido una esperanza para una nueva política, Rivera, que no quiso pactar con el PSOE cuando pudo hacerlo, que se creyó llamado a liderar una opción de derecha que le conduciría a La Moncloa, el líder del centro que pudo ser y no fue, pero que a punto estuvo, anunció su marcha.

«La Ejecutiva de Ciudadanos adoptó tonos fúnebres para dar el último aplauso al único líder que ha conocido el partido», escribía la periodista Elsa García de Blas en *El País*. Era una muerte política perfectamente anunciada por el propio Rivera, que cometió todos los errores imaginables y que tal vez buscaba inaugurar otra vida de la mano de una nueva y famosa pareja sentimental en un nuevo y mediocre bufete en el que fracasó no menos estrepitosamente, pero mucho más rápidamente, que en la política. Nunca olvidaré algunas de las cosas que, irritado, me dijo cuando le sugerí que el destino de un partido de centro es hacer de bisagra para formaciones de centro-izquierda o de centro-derecha.

Rivera tenía sucesora: Inés Arrimadas. Siento decirlo, pero era, a mi juicio y por muy atractiva que pareciese su figura, una política «de la serie B», que cometió errores de bulto, desde abandonar Cataluña, donde había ganado unas elecciones, hasta planificar una moción de censura con el PSOE (marzo de 2021) para derrocar al PP gobernante en Murcia.

La segunda consecuencia de aquellas elecciones fue, claro, la «coalición inédita». Ni cuarenta y ocho horas habían pasado cuando Pedro Sánchez anunció que iba a hacer lo que sugirió que nunca haría: una coalición de gobierno con Unidas Podemos. Muchos españoles aún nos ateníamos al debate de la sesión de investidura fallida de Pedro Sánchez y a todo un historial que se remontaba a 2016: teóricamente, con Podemos el desencuentro del PSOE era casi total.

Personalmente, el día en el que Sánchez y Pablo Iglesias se abrazaron ante las cámaras, que fue precisamente cuarenta y ocho horas después de conocer el resultado de aquellas elecciones teóricamente convocadas para impedir aquello que en esos momentos estaba ocurriendo, me pareció estar viviendo un sueño. Era un momento importante en la vida política española y a los periodistas no nos dejaron ni hacer preguntas.

Claro que ya antes había sospechas de que, en el fondo, el pacto del PSOE con Podemos finalmente se daría. Pero verlo con nuestros propios ojos era ya algo más complicado. Pablo Iglesias conseguía

mucho de aquello que había exigido de manera tan peculiar aquel 22 de enero de 2016, cuando, tras entrevistarse con el rey, pidió una vicepresidencia, tres ministerios, el control de RTVE y del CNI, para, «como una sonrisa del destino», darle la presidencia a Sánchez. Todo aquello, sin haber hablado previamente con Sánchez.

Periodistas, abstenerse

El 30 de diciembre se firmaba el «acuerdo de gobierno progresista», la primera coalición en su género en más de ochenta años. No hubo demasiadas explicaciones «desde dentro» de lo que allí estaba ocurriendo. Incluso algunos ministros con los que hablamos se mostraron desconcertados, y ni yo ni muchos de mis compañeros teníamos buenas fuentes en Podemos, que se había cuidado muy mucho de mantenernos alejados a muchos, casi todos, los periodistas.

«Progresar todos juntos sin dejar a nadie atrás», dijo ese día, en el Congreso de los Diputados, Pedro Sánchez, flanqueado por un satisfechísimo Pablo iglesias. Conste que no digo que no hubiese buenas intenciones, al menos en la teoría, tras ese pacto: al fin, la izquierda gobernando. Simplemente digo que habían ocurrido demasiadas cosas, se habían pronunciado demasiados discursos en contra, como para creer en la total sinceridad de lo que allí ocurría.

Sánchez hizo un gobierno ciertamente inédito: demasiado amplio —veintidós miembros, porque había que dar acomodo a ministros de Podemos a los que no se quería conceder ministerios de gran responsabilidad—, con demasiadas vicepresidencias —Iglesias, Carmen Calvo, Nadia Calviño, Teresa Ribera—, con apenas siete repeticiones respecto del equipo anterior. Las incorporaciones podemitas se incrustaban en los ministerios de Trabajo —Yolanda Díaz, que no era propiamente de Podemos, sino del Partido Comunista —, Igualdad —Irene Montero—, Consumo —Alberto Garzón— y Universidades —Manuel Castells—. Ione Belarra, gran amiga personal de Irene Montero, no se incorporó al gobierno hasta marzo de 2021, cuando dimitió Pablo Iglesias y ella se hizo cargo de su cartera de Derechos Sociales y Agenda 2030; una cartera que, por cierto, había sido muy poco usada por Iglesias.

Fue entonces también cuando, en virtud de los pactos de la coalición, Yolanda Díaz ascendió a una vicepresidencia, manteniendo la cartera de Trabajo, en la que desempeñaba una labor que, por cierto, recibía bastantes elogios del conjunto de las fuerzas sociales. Y

Castells, un buen intelectual, tuvo un paso breve, anodino y efímero por la cartera de Universidades, en la que fue sustituido, en diciembre de 2021, por Joan Subirats, otro intelectual «veterano», que se aseguraba que venía «recomendado» por la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, y a quien parece que Sánchez apenas conocía previamente.

Dije en una radio que «esto no dura más de un año», refiriéndome, sobre todo, a la presencia de Pablo Iglesias nada menos que en una Vicepresidencia del Gobierno del Reino de España. Me parecía una tremenda incoherencia. Ni siquiera Tsipras en Grecia, con el «superministro económico» Varoufakis, había llegado tan lejos en lo que era algo ajeno a los usos de la política en Europa. Pero Varoufakis, hoy olvidado, una figura de culto muy minoritario, duró solo nueve meses. Iglesias iba a estar algo más, no mucho más. Duró un año, dos meses y dieciocho días. Pero hizo un daño tremendo al equilibrio del equipo de Sánchez. Hasta que se marchó por su propio pie, creo que con una perspectiva realista —no pintaba ya nada en el gobierno, donde sus posiciones chocaban con las de la mayoría de sus colegas en el Consejo de Ministros—. Creo que su decisión de abandonar el ejecutivo fue acertada.

Lo que no fue tan realista ni acertado fue dedicarse, a continuación, a encabezar la candidatura autonómica por Madrid de Unidas Podemos, donde se pegó un sonoro batacazo que, de nuevo aterrizando en la realidad, le hizo anunciar que abandonaba la política de manera definitiva. Desde entonces, ha participado en tertulias radiofónicas, prepara programas televisivos, ha escrito una suerte de «minimemorias» que han pasado bastante desapercibidas, y, que se sepa, se mantiene alejado de la vida del partido que creó, si no es para lanzar «avisos» cautos acerca de por dónde cree él que deben ir las cosas. Su enfrentamiento con su «heredera» Yolanda Díaz es algo por lo que todos, de manera unánime, apostaban.

La suya fue una de las carreras políticas más extrañas, ruidosas y efímeras que se hayan conocido. Teresa Rodríguez, la cabeza visible de Adelante Andalucía y de Anticapitalistas, que conocía bien a Iglesias, nos dijo un día privadamente a un grupo de periodistas de visita en Cádiz que el creador de Podemos es persona que no dura nunca mucho tiempo ni en un proyecto político, ni en un trabajo, ni en una relación personal. Ni, añadiría yo, en unas mismas ideas: no son pocos los giros bruscos que le hemos conocido en su nada rectilínea trayectoria.

Una pandemia no tan mal gestionada

Pero, mientras, ahí estuvo Iglesias, durante todo el año 2020, sin duda el año más horrible de nuestras vidas. No solo, ni principalmente, desde luego, por culpa de Iglesias, que faltaría más. Fue el año más horrible porque fue el año de la pandemia, de los estados de alarma, de los confinamientos, de las muertes masivas por la enfermedad, del terror, del cercenamiento de muchas libertades. Y de una gestión política cuestionable y cuestionada, basada en la confrontación y no en la cooperación, que era lo que la coyuntura sin precedentes hubiese exigido.

No comparto del todo las acusaciones, vertidas desde la oposición política y mediática, de que esa gestión del gobierno español de la Covid-19 fuese la peor de Europa. Ni mucho menos. Conocí muy de cerca, por motivos familiares, cómo se hicieron las cosas en Francia, y puedo constatar que no fue precisamente mejor. Y casi me atrevería a decir lo mismo de Gran Bretaña e Italia, por ejemplo. El comportamiento de la sociedad civil, de la ciudadanía, fue, a mi juicio, magnífico: España funcionó, aunque sus representantes no siempre lo hiciesen en igual medida.

Solamente recuerdo a una dirigente europea que dijese al mundo la verdad pura y dura: «De esta enfermedad acabará infectándose el 70 por ciento de la población». Entonces, cuando las soflamas triunfalistas de Sánchez y de otros líderes europeos, nos pareció que el vaticinio de Ángela Merkel era una bárbara exageración. Cuando esto escribo, se calcula que más del sesenta por ciento de los españoles ha padecido, abierta o soterradamente, aunque sea en su versión más atenuada, el virus.

Aquello era la primera vez que ocurría en el mundo en más de un siglo y ni los gobiernos ni los ciudadanos estábamos preparados para lo que venía. En esas circunstancias, mantener la serenidad y resignarse a cometer un puñado de fallos y contradicciones era lo mínimo que podía esperarse. Sánchez, con todas las equivocaciones que le criticamos, con todas las restricciones a la libertad de expresión y a la transparencia, creo que, al menos, mereció un aprobado raspado. O sea, que, sin ser bueno, podría haber sido mucho peor.

Lo afirmo como ciudadano, no como periodista: en este aspecto, la actuación del gobierno y su entorno en la pandemia fue, simplemente, desastrosa. No poco tuvo que ver en este apartado la actuación de Podemos, en general, y de su secretario general Pablo Iglesias muy en particular. El tema de la falta del más mínimo respeto a muchos componentes de la libertad de expresión exigiría un tomo

por sí solo. Y las salidas de tono de Iglesias contra la generalidad de los periodistas y los medios merecerían una antología que, desde luego, aquí y ahora no merece la pena elaborar. Pero que, en mi opinión, le descalifican como el comentarista/tertuliano/guionista en el que quiso convertirse.

La pandemia restringió la libertad de movimientos, casi cerró el Parlamento —un error de Meritxell Batet—, cerró los quioscos de prensa —pese a lo cual, en un esfuerzo heroico, los diarios siguieron saliendo a la calle desierta—, modificó nuestros hábitos de trabajo y nuestros usos sociales, intensificó la soledad de quienes ya estaban solos y produjo un quebranto económico que nada tenía que ver, por sus dimensiones y profundidad, con la crisis de 2008. Los ciudadanos recordaron que eran débiles y estaban sometidos a lo imprevisible: se incrementaron notablemente los suicidios y los intentos de suicidio, se modificaron hábitos de trabajo y de vida, la economía sufrió un cataclismo.

Pero ni todo eso cambió los modos de comportamiento de lo que ha dado en llamarse «clase política»: España funcionó, pero sus representantes, no siempre. Ni se abandonaron las maniobras orquestales en la oscuridad que han caracterizado la vida política española desde hace demasiados años.

Por ejemplo, lo de Murcia. Una auténtica locura.

El «efecto Díaz Ayuso»

Ignoro durante cuánto tiempo se estuvo incubando lo de Murcia. Seguramente, dijeron, desde finales de 2020. Pero estalló en marzo de 2021, aún en pleno proceso de cautelas por la pandemia. PSOE y Ciudadanos, en una operación secreta gestada en La Moncloa —esto se desmintió desde ámbitos monclovitas, pero es indudable—, decidieron presentar una moción de censura contra el presidente murciano, Fernando López Miras, del PP. A partir de ahí, una bochornosa operación que no es este el lugar de detallar, pero que incluyó tránsfugas, disidentes, compra y venta de votos, acabó en fracaso para los «opantes».

El voto de los tres tránsfugas de Ciudadanos, que retiraron sus firmas de la moción y aceptaron cargos en el ejecutivo de López Miras, junto al de otros tres diputados disidentes de Vox y otro más, todavía fiel a ese partido, permitieron derrotar la moción por 23 votos a 21. El secretario general del PP, Teodoro García Egea, murciano, jugó un

papel decisivo en el toma y daca para evitar el triunfo de una moción que era el fruto más acabado de la falta de ética política existente en España.

Es más: me consta que Inés Arrimadas, en una entrevista en la que yo estaba presente en la Cope, no dijo toda la verdad sobre la participación de La Moncloa (y la de Ciudadanos) en la fallida intentona. Algún día, a la hora de los recuerdos, el omnipotente monclovita Félix Bolaños, el hombre que reemplazó, seguramente para mejor, a Iván Redondo a la hora de ocupar la máxima confianza del presidente Sánchez, quizá explique cómo se les ocurrió embarcarse en aquella barbaridad política. Porque él fue parte, lo reconozca o no, de aquella conspiración tan penosamente fallida.

Y porque locura fue aquella fracasada moción de censura, que trascendió del nivel murciano. Vaya si trascendió.

Isabel Díaz Ayuso, la presidenta de la Comunidad de Madrid, se amparó en este intento de moción de censura, y en los rumores que apuntaban a algo semejante en Castilla y León y quizá hasta en Madrid, para anticipar las elecciones autonómicas madrileñas.

De golpe, Díaz Ayuso, en una operación alentada por sus asesores más cercanos, como Miguel Ángel Rodríguez, convocó esas elecciones para el 4 de mayo de 2021, en plena pandemia, rompiendo con su socio Ciudadanos y pillando a contrapié tanto al partido de Arrimadas como, desde luego, al PSOE y a las restantes formaciones. Y me temo que también pilló con el pie algo cambiado al propio PP de Pablo Casado, el antiguo aliado y amigo de Isabel Díaz Ayuso en los tiempos en los que ambos militaban en Nuevas Generaciones. Nadie hubiese previsto que la guerra total iba a estallar entre ambos «colegas» menos de un año después. Pero aquel episodio avivó ya muchas suspicacias.

La campaña madrileña, en plena pandemia y con debates que enfrentaron directamente al presidente del Gobierno con la presidenta autonómica, fue, sencillamente, de aurora boreal. Nunca he visto a La Moncloa equivocarse tanto en su táctica y en su estrategia. Siempre creí que la defenestración de Iván Redondo de La Moncloa tuvo que ver tanto con la fallida moción murciana como con la desastrosa campaña madrileña en la que tanto se involucró personalmente Sánchez en una batalla contra una presidenta autonómica. Batalla que, por cierto, ganó ella por goleada. Creo que ahí empezó un cierto declive del llamado —insisto en que sin connotaciones peyorativas por mi parte— «sanchismo».

Díaz Ayuso supo crear algo que no existía, la conciencia del «madrileñismo», y se ganó a sectores esenciales para vencer en unas elecciones: la hostelería —y más en una ciudad como Madrid— y

servicios como los taxistas. Además, ofreció una imagen de lucha eficaz, pero sin encierros y con la máxima libertad posible, contra la pandemia. Comprobé, acompañándola en algunos actos, el enorme tirón popular que esta mujer, de características peculiares, sin demasiado fondo teórico, pero con un indudable encanto personal, había logrado almacenar. No era un fenómeno ideológico: los politólogos o, mejor, los sociólogos, aún estudian el caso sin comprenderlo del todo.

Las elecciones fueron, como se sabe, un éxito total para Díaz Ayuso, que pasó de 30 a 65 escaños; un fracaso para el PSOE, que quedó como cuarta fuerza en la Asamblea madrileña, con 24 escaños (antes 37), los mismos que Más Madrid, la formación de Íñigo Errejón; una catástrofe para Ciudadanos, que desapareció de la Asamblea y… el fin de la carrera política para Pablo Iglesias. Nacía, con Díaz Ayuso, una nueva estrella política, y eso iba a tener pronto consecuencias, porque nadie era capaz de prever hacia dónde volaba esa estrella fugaz.

Y luego estaba el fracaso de Iglesias, incluso sobrepasado por la formación de su antiguo compañero Errejón, que encontró una gran candidata en Mónica García Gómez, una mujer «normal» que se definía como «médica y madre». Alguna vez espero que alguien logre explicarme convincentemente por qué Iglesias se embarcó en unas elecciones que el párvulo menos informado le hubiese dicho que iban a acabar en desastre para él. El carácter peculiar del líder de Podemos tuvo, claro, mucho que ver: se embarcó en la aventura cuando otros no quisieron o no se atrevieron a hacerlo. La izquierda española entraba en una nueva dinámica.

29

VOX O NO VOX, HE AHÍ EL PROBLEMA

Tenía razón Iglesias, insisto, al abandonar una Vicepresidencia del Gobierno en la que no gestionaba nada, en la que era fuente continua de polémicas y divergencias y en la que pintaba cada vez menos. Dejaba en el gobierno, como herencia principal, a Yolanda Díaz, que pronto se desvió de la línea de «ortodoxia» del partido que él mismo había creado y en el que ella ni siquiera militaba. También en herencia nos legó a la que fue su compañera sentimental Irene Montero, cuya presencia en el ejecutivo había forzado, y a la amiga de esta Ione Belarra, que iba a convertirse en la máxima ejecutiva de un Podemos en caída libre y sin justificación ideológica alguna. Ambas ministras arrastrarían con ellas la polémica constante dentro de un Ejecutivo en el que no tenían, es la verdad, gran tarea que hacer.

Las elecciones madrileñas no fueron el último episodio estelar —y polémico— de Díaz Ayuso, que protagonizó una sonada ruptura con la dirección de su partido, encarnada por Pablo Casado y Teodoro García Egea. Nunca creí que el presunto espionaje al hermano de Díaz Ayuso en sus actividades empresariales fuese la última razón de la voladura de la dirección de Casado. Él se oponía al pacto con Vox, que era la probable vía para que la derecha llegase alguna vez al poder. Díaz Ayuso era favorable a este pacto. Así se lo dije a Casado en nuestro encuentro: «Era el sí o el no a Vox el fondo del problema, no los negocios del hermano de Díaz Ayuso». Creo que estaba de acuerdo, aunque se mostró cauto en sus respuestas.

«¿Cuándo cruzas el Miño?», le preguntaban a Núñez Feijóo. Finalmente, lo cruzó. (Foto: archivo del autor).

Y esa es una de las claves del futuro político de este país: sí o no a la aceptación de Vox en un futuro gobierno de la nación. A las elecciones autonómicas en Castilla y León y Andalucía me remito.

Acorralados por sus evidentes errores y por la presión de los «ayusistas», pero también por el innegable descontento de los más

destacados «barones» territoriales (Núñez Feijóo, Moreno Bonilla, Fernández Mañueco) hacia su gestión, Casado y García Egea acabaron dimitiendo. Se abría paso a un congreso y a Alberto Núñez Feijóo. Hubo intentos de injusta lapidación del que había sido el segundo político más importante de España: puede que en España se entierre muy bien, como decía Rubalcaba, pero aún mejor se hace leña del árbol caído. Después, se le condena al destierro del olvido.

Cruzar O Miño

Durante años, cada vez que coincidía con él en una entrevista radiofónica, le hacía la misma pregunta al presidente de la Xunta gallega:

—¿Cuándo va a cruzar el Miño, presidente?

Era ya como una broma entre ambos.

—¿Me va a hacer la pregunta de siempre, señor Jáuregui?

—Si, presidente: ¿cuándo va a cruzar el Miño para hacerse cargo del PP nacional?

—No tengo nada que decir sobre eso.

—Claro, es usted gallego —incidía yo.

Un día, en La Coruña, Feijóo me presentaba un libro. Y claro, hablamos del viejo tema. Me quedé con la sensación de que aquella vez, ante la crisis en su partido provocada por la moción de censura contra Rajoy, acabaría dando el paso. Lo que dijo en público aquella tarde, y lo que hablamos en privado, casi me convenció de que esta vez sí, Feijóo se sacrificaría —no tenía muchas ganas, es la verdad— y «cruzaría el Miño» para tratar de hacerse con la presidencia nacional del PP y, por tanto, con la candidatura a La Moncloa en las siguientes elecciones. De hecho, pocos días después convocaba un acto, con *gaiteiros*, en el que todo indicaba que anunciaría su aceptación. Entre lágrimas, dijo lo contrario: renunciaba. ¿Cuál era la última razón? Misterio a la gallega. Hubo muchas especulaciones, alguna malintencionada, pero sin mayor fundamento.

Pero eso fue en 2018. Ahora, en 2022, tras la dimisión de Casado, que partía en dos al PP, Feijóo sí cruzó el Miño. Y aportó un nuevo, importante, dato al futuro político del país. Sánchez, dijeron los oteadores en La Moncloa, percibía que ahora sí tenía una alternativa enfrente.

Por lo que respecta a Arrimadas, una figura sin duda atractiva, bastante buena parlamentaria cuando de diagnosticar la actuación del

partido en el gobierno se trataba, no era capaz de encarnar el rol político que se hubiese esperado de ella. Ciudadanos se fue deshaciendo en sus manos, a la espera de que alguien resucite una formación puramente de centro que cumpla el papel que ni Rivera ni Arrimadas supieron darle.

Ahora, cuando nos planteamos la alternativa posible a un gobierno de Pedro Sánchez, y ante la quiebra de Ciudadanos, la cuestión sigue siendo: ¿es posible ese gobierno nacional de la derecha sin Vox? Y también: ¿puede darse otro intento de resurrección del centrismo-bisagra?

Últimamente, casi todo ocurre en Sevilla

Sevilla, 2 de abril de 2022

Iniciaba este libro con el 40º congreso del PSOE, celebrado en Valencia en el otoño de 2021. Estoy cerca de concluirlo con el 20º congreso del Partido Popular. Se celebró en Sevilla, los días 1 y 2 de abril de 2022.

Cuando concluyó el congreso ante más de tres mil compromisarios, y tras haber pronunciado uno de los mejores discursos políticos que —hay que reconocerlo— habíamos escuchado, a derecha o izquierda, en mucho tiempo de congojas políticas, Alberto Núñez Feijóo tuvo el gesto de dirigirse a la enorme sala de prensa, donde centenares de periodistas preparábamos las crónicas del acontecimiento. Se paró casi con cada uno de los informadores que allí pululábamos. «Te he hecho caso», me dijo a mí. «¿Por qué?», quise saber. «Llevas cinco años dándome el coñazo para que abandone Galicia y vaya a Madrid a hacerme cargo del PP, y ya ves que, al final, he seguido tus consejos», se mofó.

Bueno, en serio: jamás le había dado un consejo a Feijóo; no creo que los periodistas deban hacerlo. Pero sí es cierto que, durante años, como acabo de decir, cada vez que tenía ocasión de hacer una pregunta al presidente de la Xunta en una radio o en una televisión, o incluso en privado, quería saber «cuándo cruzas el Miño». Finalmente, lo cruzó.

Esta vez, abril de 2022, iba en serio. La ruptura de hostilidades entre Pablo Casado e Isabel Díaz Ayuso fue de tal calibre que, o alguien situado por encima de las peleas, y ahí solo estaba Núñez Feijóo, tomaba la decisión de hacerse con las riendas del PP, o el PP se

desbocaba, como ocurrió con los Republicanos en Francia, y dejaba a todos en manos de Vox. Y salía Feijóo aquel 2 de abril del congreso de su partido tan triunfante, al menos, como Pedro Sánchez había salido del suyo el otoño anterior.

Sin embargo, Sánchez dejaba cadáveres a su espalda, aunque, como decía, fuesen cadáveres que paseaban por el congreso con las cabezas guillotinadas bajo el brazo. Y Feijóo, en cambio, llegaba aclamado por todos, sin un historial de vencedor en batalla interna alguna, porque a él le aceptaban y le reclamaban todas las partes. De pronto, aquel 2 de abril de 2022, Alberto Núñez Feijóo y Pedro Sánchez se convertían, sin haberlo planificado, en los dos principales contendientes en la vida política nacional. Que es la vida que da más vueltas.

Era simbólico lo de Sevilla, la ciudad que inauguró el Ave «vertebrador de las Españas». Porque había sido en la capital andaluza donde, de la mano de Aznar, treinta y dos años antes, se «refundó» la Alianza Popular de Manuel Fraga para transformarse en el Partido Popular, la «derecha moderna» que había superado el tufillo franquista.

Aquella oposición de Aznar fue capaz, siete años después de la «refundación», de ganar al PSOE de Felipe González. El mismo PSOE que estuvo a punto de partirse en dos, diez años (2012) antes del «congreso Feijóo», en aquel congreso del socialismo sevillano que enfrentó a muerte a Carme Chacón con Rubalcaba. Y sevillana fue la última etapa del duelo entre Pedro Sánchez y la entonces aún presidenta andaluza Susana Díaz.

Y es que Sevilla, aunque su capitalidad andaluza esté, en términos de peso económico, cada vez más cuestionada por Málaga, tiene mucho más peso político de lo que a primera vista pudiera parecer. Allí sigue estando el centro neurálgico andaluz. De Andalucía son un total de 61 de los 350 escaños del Congreso de los Diputados, y no sin razón se dice que quien no gana, o al menos obtiene un resultado aceptablemente bueno, en Andalucía, difícilmente gobernará en España.

El PSOE pierde su feudo

Por eso, el PSOE, que había gobernado Andalucía desde la restauración de la democracia y que la había perdido en enero de 2019, al caer Susana Díaz derrotada por la alianza del PP de Juan

Manuel Moreno Bonilla con Ciudadanos, se jugaba tanto en 2022 con la elección a la presidencia de la Junta, que enfrentaba al «popular» Moreno con el exalcalde socialista de Sevilla Juan Espadas. Ganar significaría mantener al menos las esencias. Perder…

La historia de la Andalucía contemporánea era, en algún sentido, la historia del PSOE. Un dominio que comenzó con Rafael Escuredo, compañero de los primeros pasos de Felipe González como abogado laboralista, allá por los últimos años sesenta, en el despacho de Cabeza del Rey Don Pedro. Escuredo llegó a la presidencia andaluza antes que su compañero Felipe a la presidencia española, en la «preautonomía» de 1979. E inició una sólida alianza entre los electores y la organización socialista, una alianza que ni siquiera los errores y desmanes de la propia organización rompieron hasta veinte años después.

Escuredo estuvo menos de cinco años y se marchó, seguramente porque tanto González como Guerra recelaban de alguien capaz de adquirir una popularidad mayor que la de ellos en el feudo sevillano a base de declarar que Andalucía merecía una autonomía plena. Y porque, llevado Escuredo de un autonomismo feroz, desde el gobierno central se pensó que aquello corría el riesgo de convertirse en una pieza más del «tripartito Galeusca» (Galicia, Euskadi, Cataluña) nacido en 1923 y renacido en 1933.

Y no, no convenía que Andalucía fuese la cuarta pata de ese añejo pacto que ya nadie, excepto sus animadores, consideraba en vigor. Pero que siempre estaba ahí, como un potencial dolor de cabeza para la unidad del Estado, entendida al menos en un sentido tradicional. Nunca explicó del todo Escuredo su decisión de dar un portazo, pero sus razones se imaginan: él no era persona para ser tutelada desde arriba. Luego, se disolvió en las brumas de la vida privada. Reapareció más de cuatro décadas después presentando la candidatura de Juan Espadas ante las autonómicas andaluzas en un acto en el hotel Ritz de Madrid.

José *Pepote* Rodríguez de la Borbolla, un gran personaje que tampoco pudo con los celos de Alfonso Guerra, sucedió a Escuredo, y se fue cuando Guerra desplazó fuera de su alcance la «línea roja» de las enemistades: la línea roja, explicó abruptamente a Borbolla, se ponía cuando y donde él, Alfonso Guerra, decidía. Y a él, a Pepote, le había dejado fuera.

A Pepote, a quien no le dejaron del todo ser un buen presidente, y que solo hace unos meses me contó que había recompuesto —algo— sus relaciones personales con Guerra, le sucedió Manuel Chaves, que se marchó, harto, hacia el gobierno central después de casi veinte años

en el puesto. Tras Chaves, José Griñán, que, triste y abandonado por casi todos —aunque muchos «veteranos» del socialismo acudieron, a comienzos de abril de 2022, a la presentación madrileña de su dolido libro *Cuando ya nada se espera*—, aguardaba una fatídica sentencia judicial por el «caso ERE». Acosado por los tribunales a cuenta de este *affaire*, dimitió de la presidencia de la Junta en 2013 y como presidente del PSOE algunos meses después.

Naturalmente, no entraré a diseccionar ni el *ERE-gate* ni algunos presuntos excesos judiciales, políticos y mediáticos en torno a este lamentable caso, que salpicó de lleno a Chaves y sobre todo a Griñán —inicialmente sentenciado a seis años de prisión— sin que nadie hubiese podido probar otra culpa que una seria negligencia en la vigilancia de lo que hacían algunos de sus subordinados.

Pero sí creo que merece la pena decir que el abuso del poder nace muchas veces de un ejercicio excesivamente prolongado del mismo. El PSOE supo y pudo hacer de Andalucía la cuna de la reconquista del socialismo español; pero ni pudo librarse, como hemos visto en el rápido recorrido anterior, de las luchas internas por el poder, muy amargas a veces, ni de la corrupción desatada en sectores del partido.

Cuando Susana Díaz llegó a la presidencia de la Junta sustituyendo a Griñán, era ya demasiado tarde para soñar siquiera en mantener «aquel» PSOE que era el verdadero eje del partido a escala nacional, el semillero de votos, de escaños, de militantes y hasta de ideas. La última deriva hacia la caída fueron, desde luego, las elecciones autonómicas que enfrentaron al exalcalde socialista sevillano Juan Espadas con quien había vencido ya, en la práctica, en enero de 2019 y en alianza con Ciudadanos, a Susana Díaz: el «popular» Juan Manuel Moreno Bonilla.

Hablé con Espadas cuando preparaba una precampaña, aquella de las elecciones de 19 de junio de 2022, que él sabía muy difícil: era, buena gente, el último heredero de una historia reciente traumática. El PSOE había desplazado a Madrid, concretamente a La Moncloa, su área de mando e influencia, ya que no sus escaños andaluces. Quizá nunca más Sevilla. Los tiempos en los que Felipe y Alfonso controlaban el terreno estaban ya lejos. Espadas era persona sin duda bienintencionada, consciente de las equivocaciones de su antecesora socialista, por la que no parecía mostrar mucha simpatía. «Quedó el regusto de que toda la operación —las primarias que enfrentaron a Díaz con Pedro Sánchez— fue un error».

Hablando de errores, sería fácil, pero innecesario, hacer la nómina de los cometidos desde el socialismo andaluz a lo largo de cuarenta años. Pero basta con asomarse a la historia para comprobar

que se ha tirado por la borda un enorme capital político. Resulta ya difícil estar de acuerdo con la valoración de Espadas cuando dice que «el PSOE de España es el PSOE de Andalucía y cachitos». Tal vez creerlo así durante demasiado tiempo ha sido uno de los grandes yerros.

Y, para el «nuevo» PP de Feijóo, lo mismo: ganar en Andalucía manteniendo a Moreno Bonilla, aunque fuese apoyándose en los «ultras» de Vox, tenía la significativa importancia de que, por fin, se empezaba a conquistar algo de poder territorial. Un poder tan importante como el andaluz: otro «pacto del Betis», pero con Galicia como epicentro, si es que el PP lograba conservar su feudo galaico, donde el Bloque Nacionalista Galego avanzaba cada vez más posiciones sin Feijóo en la presidencia de la Xunta. Y es que con Galicia, la Galicia de Feijóo, de Nadia Calviño, de Yolanda Díaz, se abría un nuevo frente interesante para saber por dónde discurrirá la política del futuro en el país.

Ir con cierta frecuencia a Sevilla, o a Málaga, o a Granada, o a Córdoba, o a Cádiz, como hice en el último año que recoge este libro, era importante para tratar de adivinar en qué manos iba a recaer el poder de la política española en los «años veinte» del siglo XXI. Y lo cierto era que las espadas, nunca mejor dicho, estaban en alto. Ahora quizá corten algunas cabezas.

30

Y AHORA, ¿QUÉ HACEMOS?

El militante del PSOE que más tiempo lleva en cargos públicos: «Pedro Sánchez va a darle la vuelta a esto»

El militante del PSOE, setenta y seis años cumplidos en septiembre de 2022 —aunque no los represente—, que más tiempo lleva ocupando cargos públicos se inició como diputado ya en 1982, cuando Felipe González ganó por primera vez las elecciones. Fue ministro de 1985 a 1988, y se vanagloria de ser, con Josep Borrell, quien más ha resistido en cargos orgánicos: «Los dos seguimos en el tajo y yo me presento a la reelección el año que viene (2023). Y ganaré». Hasta ahora, desde hace quince años, las ha ganado todas, y por mayorías absolutas. Se sustenta en votos y, así, resulta difícil apearle del coche oficial, que por otra parte apenas usa. Pero enemigos, tenerlos los tiene.

El militante del PSOE que más tiempo lleva en cargo público sabe no poco de uno de los temas que subyacen como *leitmotiv* de este libro, el poder. Quizá por eso no disimula su admiración hacia alguien que, como Pedro Sánchez, ha sabido ocupar y retener el poder en las circunstancias más difíciles: «Es un corredor de fondo; va a darle la vuelta a esto». Porque, opina, «vienen nuevos tiempos, pero retornando a conceptos anteriores: vuelve el bipartidismo».

El secretario general socialista de Madrid, Juan Lobato, destinado a enfrentarse con Isabel Díaz Ayuso en Madrid. (Foto: PSOE).

El militante del PSOE que más tiempo lleva en cargos orgánicos conoce bien, porque ha estado mucho tiempo en las ejecutivas del partido, a los tres presidentes de Gobierno socialistas. Mucho a Felipe, algo menos a Zapatero, con quien no tuvo, parece, mucha sintonía —en esa época se dedicó más a su cátedra y a escribir alguna buena novela—, y bastante a Pedro Sánchez, que le «perdonó» que apoyase a otros, antes de convertirse en un auténtico «fan» del actual inquilino de La Moncloa. «Ahora hablo mucho con él; antes, mi percepción era que estaba a la izquierda, pero ahora ocupa el centro político, su posición natural es el centro izquierda».

No hay, y parece lógico, muchas críticas para Sánchez por parte de este veterano que es un caso único de supervivencia política cuarenta años después. Si te siguen votando tus ciudadanos, no hay quien te eche. «Si hubiese ganado Susana Díaz, ella no hubiera hecho lo mismo que Pedro».

El militante socialista que más tiempo lleva en cargos públicos y a quien Fraga ganó en unas elecciones autonómicas conoce bien a sus paisanos. Incluyendo a Alberto Núñez Feijóo, que le parece «decepcionante desde mi visión, pero ha sido bien recibido porque el PP estaba hecho trizas». Y a Yolanda Díaz, a la que muchos, pero no él, consideran el futuro de la izquierda. «En mi tierra, Yolanda Díaz juega cero; tiene una valoración política alta en el resto de España, pero es menor que la de Nadia Calviño».

Para él, «siempre habrá alguien a la izquierda del PSOE; Yolanda en el PSOE no pintaría mucho; nosotros, si nos izquierdizamos, perderíamos el centro». ¿Y si un día ella decide entrar en el PSOE, o es invitada a ello? «No veo con buenos ojos que

entre en el PSOE: con mi apoyo, desde luego, no».

Veremos. Algunos de mis interlocutores más jóvenes han opinado lo contrario: el PSOE necesita incorporaciones para un ala izquierda, deshacerse del acartonamiento que hoy suponen sus estructuras directivas actuales, incapaces de promover el más mínimo debate dialéctico. No me siento capaz de decir, a estas alturas, si una personalidad emergente en la izquierda, como la de la proclamada militante comunista Yolanda Díaz, ha de ser o no quien regenere esas estructuras: hoy es aún incompatible con ellas.

Pero los dirigentes socialistas a los que consulté, como Ximo Puig, que controla la segunda mayor organización del PSOE, la valenciana, son extremadamente cautos al hablar de ese futuro: «Me parece positivo que se generen espacios de encuentro y que haya la menor atomización posible», me dijo el presidente de la Generalitat Valenciana cuando le pregunté por la aún nonata «plataforma» de Yolanda Díaz, Mónica Oltra, Ada Colau, Errejón y otros. Eso fue todo.

El PSOE, tras 2024

Ahora, convendría quizá contraponer las posiciones del militante del PSOE que más tiempo lleva en cargos públicos, el alcalde de Vigo (300.000 habitantes, la ciudad más poblada sin rango de capital de provincia, más otro casi medio millón en los trece municipios de la comarca) y presidente de la Federación Española de Municipios y Provincias, Abel Caballero, con las de las nuevas hornadas del socialismo.

En diciembre de 2021, el diario *El País* titulaba en portada con «La resurrección de la socialdemocracia europea», basándose en la victoria de Scholz en Alemania, la reconquista del poder por los socialistas en Noruega y las buenas perspectivas de Antonio Costa en Portugal, que daban pie al optimismo del diario, que incluso confiaba en unos resultados al menos aceptables para el Partido Socialista Francés en las presidenciales de 2022 y citaba unos mínimamente buenos datos en las municipales italianas para justificar su titular «Un nuevo comienzo para la socialdemocracia», a toda página. No faltaban voces que pensaban en un relanzamiento del Estado de bienestar tras la pandemia, y que eso favoreciese que el péndulo de la política europea retornase hacia la socialdemocracia, tras sufrir la crisis devastadora de los populismos.

Pero la catastrófica derrota de la representante del Partido Socialista Francés, Anne Hidalgo, en las elecciones presidenciales francesas de abril de 2022 hizo que, nuevamente, surgieran muchas voces en España que se interrogaban por el futuro de un partido

socialista de corte «tradicional». Claro que poco tienen ya que ver los casos francés y español, pese a que Hidalgo fue, hay que repetirlo por lo que de sintomático pueda tener, la «invitada extranjera de honor», presencialmente en el 40º congreso del PSOE, en Valencia. Y menos relación aún tienen las afortunadas nuevas versiones de la socialdemocracia «nordeuropea» con las debacles italiana o griega. Es preciso, por tanto, ver cómo las jóvenes generaciones socialistas miran hacia el porvenir.

Durante dos años, preparando el libro *El desengaño* (2017), me inquietó bucear en el futuro de la izquierda española, sin saber ni intuir siquiera todo lo que iba a ocurrir a partir de entonces: en España es muy difícil predecir lo que va a pasar en política en los seis meses siguientes, y eso no deja de ser un síntoma más de debilidad estructural. Pero es una quiebra que compartimos con gran parte de Europa.

Las polémicas «largocaballeristas» y «prietistas», o «felipistas» y «guerristas», «o «zapateristas» y «rubalcabistas» ya no tenían sentido, como carecían de relevancia las que anidaron en el seno del PCE cuando los «carrillistas» se enfrentaron a los «renovadores», etcétera. La izquierda española —y la europea— ha vivido siempre una pura polémica en la nube que perdía sentido en contacto con el pragmatismo de la lucha por el poder. No creo, desde luego, que el PSOE de Sánchez —ni el partido Unidas Podemos de Ione Belarra, claro— ande enredándose en debates teóricos, que han decaído definitivamente, en torno a las tesis de Popper o de Adam Schaff, que tanto gustaba de sacar a flote Guerra, de manera algo apresurada y no muy bien digerida, hasta donde uno podía dictaminar.

No. Ahora hay que apuntar más decididamente hacia el futuro que no supimos prever. Pedí a una jovencísima colaboradora, Lucía Gutiérrez, una apasionada de la información política que iniciaba brillantemente su trayecto en los estudios de periodismo, que entrevistase al nuevo líder de las Juventudes Socialistas, el valenciano Víctor Camino, pensando que en el diálogo entre dos representantes de las nuevas generaciones quizá podríamos apuntar algunas claves que gentes más veteranas ni siquiera intuíamos.

Debo confesar que me interesó, pero no me apasionó demasiado, ese diálogo. Ni Camino, que apunta, por cierto, a soluciones republicanas, ni su rival en la final por hacerse con la secretaría de las JJSS, el madrileño Javier Guardiola, con quien hablé en Valencia en el 40º congreso del PSOE, aportaron, según mi criterio, seguramente apresurado, cosas decisivas al debate por el porvenir del socialismo, excepto buena voluntad, ánimo «de izquierda», signifique ello lo que

significique, ecologismo a tope y un cierto ardor guerrero en las redes sociales. Hablé con Alberto Sotillos, que intentó y no logró presentarse, frente a Sánchez, Madina y Pérez Tapias, en las primarias de 2014; hoy está, desengañado, pero no del todo desanimado, fuera del partido, peleando, dice, por regenerar la idea de la izquierda. Como el granadino Pérez Tapias, Sotillos también ha iniciado un nuevo grupo político, o más bien una corriente de opinión «descentralizadora», menos afecta a la idea tradicional, cerrada, de lo que es una formación política.

También hablé con Ignacio Urquizu, un diputado que no encajó plenamente en el grupo parlamentario y que, a través de artículos en *El País*, quiso desentrañar por dónde podría caminar el futuro de la socialdemocracia «a la europea» desde un partido que, como el PSOE, «ahora no tiene poso ideológico». En algún momento, también él pensó, pero no llegó a concretarlo, en presentarse a aquellas primarias de 2014, en las que fueron varios los que aspiraron a una renovación del «alma» del PSOE. Hoy, Urquizu es alcalde de Alcañiz (Teruel) tras haber ocupado un escaño en el Congreso durante tres años (2016-2019). Cree que, en lo tocante a la renovación de la idea de la política, «lo municipal es fundamental, y puede ser un primer paso». Y desea que «el modelo que señale Juan (Lobato) se abra camino».

Y me asomé, acaso con cierta precipitación y desde lejos, desde las redes, a las tesis de una izquierda diferente sustentadas por jóvenes a los que desconozco, o conozco poco, como Guillermo del Valle —alentador de El Jacobino—, Pedro Insúa, Santiago Armesilla, Paula Fraga y otros a los que más o menos sigo, alguno de ellos declarado discípulo de Gustavo Bueno, una figura admirable y ya poco recordada. Pero no encontré, a primera vista, un pensamiento colectivo demasiado armado, más allá de la aceptación y utilización de las nuevas formas de comunicarse, que son, sin duda, las que están cambiando el mundo.

¿Es ese el futuro? ¿Son las nuevas redes, los nuevos modos de comunicar, el camino a conquistar? Me parece que ese es un planteamiento a no perder de vista: la comunicación es el futuro, también en la «nueva» política, y temo que las actuales estructuras «oficiales» de los partidos no lo tienen suficientemente controlado. Ni en las formas, a veces perversas, ni en los fondos.

Quizá siempre erramos en la localización de lo que es el futuro de nuestros partidos políticos. Los dirigentes no siempre emergen de las Juventudes, ni de las Nuevas Generaciones, aunque las estructuras se hayan delineado para que sea desde las organizaciones juveniles «controladas», y no desde la sociedad civil, desde donde se forjen los

líderes. Craso error, en mi criterio.

Probablemente, el corte generacional, brutal, que impone la nueva era no está bien asumido ni, por una parte, por los «veteranos», ni, por la otra, por los más jóvenes, en ningún partido, ni en la propia sociedad civil, ni en sectores profesionales como el propio periodismo. Hay lenguajes diferentes, perspectivas casi opuestas a la hora incluso de analizar la Historia, reductos tecnológica y culturalmente muy distintos y hasta distantes en los que buscar y analizar la información.

La militancia se contempla como algo casi trasnochado y, diga lo que diga la versión oficial, que quisiera mantener las cosas lo más inamovibles que se pueda, este PSOE que se adentra en 2024 es muy diferente del de Felipe González en 1982 o en 1996; el mundo también es muy diferente. Y, desde luego, nada tiene que ver, claro está, con ese partido que fundó Pablo Iglesias Posse en 1879. Empezando por los conceptos representados por las propias siglas: Partido, Socialista, Obrero y Español no son ya términos unívocos, rotundos; admiten interpretaciones y digresiones variadas.

Y ya se ha repetido bastante aquí que «socialdemocracia» tolera un amplio abanico de versiones, matices y definiciones. Lo que ocurre es que el PSOE es afortunado en cuanto que en su seno caben muy diversos planteamientos y un amplio abanico de izquierda a derecha: hay varios PSOE que se guarecen bajo las mismas siglas. Y son capaces de convivir bajo este mismo paraguas. Esta difuminación —algunos le quieren llamar «pluralismo»—, que es bastante transversal, actúa en beneficio, y no en perjuicio, de la pervivencia del PSOE, que es cuestión por la que nos hemos interrogado a lo largo de todo este libro.

El delfín de Pedro Tercero el Fuerte aún no existe

El futuro del PSOE, creo, dependerá no poco de la configuración a su alrededor de otras fuerzas de la izquierda: Más País de Errejón, la plataforma que intenta la carismática Yolanda Díaz, el Bloque en Galicia, Compromís en Valencia, los Comunes de Colau, la «sopa de letras» andaluza o hasta los resquicios que alienten en Unidas Podemos, cuyo futuro no es fácilmente predecible, pero que en cualquier caso no es pensable que siga siendo el mismo que hasta ahora. Y ojalá dependiese también de la aproximación de personalidades jóvenes, hoy no alineadas, que meditan y exponen acerca de lo que deba ser la izquierda. Pero creo que esas

personalidades aisladas tienen pocas oportunidades, y quizá pocas ganas, de integrarse de manera flexible en un partido tan refractario a corrientes y cambios internos como el PSOE. Todo esto me recuerda a la situación que se vivía con la «sopa de letras» en 1977.

Pedro Tercero Sánchez intentó, y en buena medida consiguió, neutralizar posibles rivalidades y competencias a base de englobar en su gobierno desde al Partido Comunista —nada que ver con lo que fue, obviamente— hasta «terminales» de Ada Colau, pasando por su inestable alianza con Esquerra Republicana de Catalunya. Un mosaico pluricolor, que necesitaba, y en algunos momentos obtuvo, mucha habilidad y paciencia para conllevarlo. Pero no era esa la mezcolanza que garantizase un futuro coherente ni estable para la izquierda posible ni para el partido que debería liderarla.

Resulta, cuando cierro este libro, al menos arriesgado apostar a futuro por una configuración más definitiva de la izquierda española. Dudo que el PSOE, en solitario, pueda hacerla. Faltan pensadores teóricos que diseñen el porvenir de un partido progresista, porque primero hay que definir qué es hoy un partido progresista. Y los que se adivinan como más probables encargados de gestionar el futuro prefieren, de momento, apostar por el presente actual. Y también por el presidente actual. Quien se ha colocado en posiciones diferentes hoy está, simplemente, fuera de las quinielas.

Claro que existen críticos en el seno del partido ante algunas posiciones «tremendistas» de Sánchez —por ejemplo, enviando a dos ministros a revelar que él había sido espiado por la red Pegasus, aunque sin desvelar por dónde iban las sospechas de la autoría—. Y a algunos otros, igualmente en privado y jamás en público, les he escuchado referirse a un necesario mayor respeto a la independencia del Parlamento y a la pluralidad de los jueces, por ejemplo. Jamás, excepto por parte de muy veteranos por completo ajenos a la marcha actual del partido, se han dado en público críticas «de fondo» al funcionamiento del gobierno.

Y si muchos hemos oído hablar en voz baja de las insuficiencias dialécticas y conceptuales de, por ejemplo, Adriana Lastra, tales opiniones nunca se han acercado a los micrófonos. En ese sentido, el PSOE es un partido hermético, que tolera mal tesis «alternativas» en su seno y menos aún soporta la autocrítica. Definitivamente, el PSOE no es aquel partido múltiple en opiniones de los tiempos de Felipe González.

Hablé con el aún bastante nuevo secretario general del PSOE de Madrid, Juan Lobato, en la plaza del pueblo del que fue alcalde durante seis años, la localidad madrileña de Soto del Real. Lobato es,

sin duda, un moderado sin complejos, que ganó en las primarias a un contrincante mucho más ortodoxo en los planteamientos del socialismo concebido a la antigua usanza. Es un ejemplo acabado de algo que comentábamos en otra parte de este libro: los socialistas del futuro son hijos de socialistas del pasado o del presente. Su padre, a quien conocí, fue concejal del PSOE en tiempos de Juan Barranco y antes, con Tierno.

Presumo, quizá sin demasiado fundamento, de ser un buen rastreador de futuros políticos. Le dije a Lobato, cuyo expediente académico conocí bien, que él podría tener un buen porvenir en el PSOE… dependiendo, claro, de por dónde vaya el PSOE. «El PSOE no es ya un partido obrerista, ya no se plantea a sí mismo como "la izquierda verdadera"; es un partido capitalista, que no cree ni en el comunismo ni en la igualdad final», define. Se muestra moderadamente crítico con algunas estructuras de su partido —no puedo concretar más, porque la conversación estuvo sometida a un cierto tono informal—, pero debo decir que esa misma crítica —jamás hacia Pedro Sánchez, por cierto—, la he escuchado en otras promesas emergentes: el PSOE es hoy un gigante en el gobierno —dure eso lo que dure— con pies de barro como partido sustentador del poder.

Pongo a Lobato como un ejemplo entre otros varios socialistas jóvenes con los que he hablado y que quizá tengan ante sí una buena trayectoria política —cómo afirmarlo rotundamente tras haber plasmado aquí las vertiginosas historias que he ido contando de los últimos cuarenta años—. El perfil medio es el de un militante fiel, moderado, universitario, clase media, poco enraizado en la sociedad civil y que no se arriesga a volar demasiado alto por su cuenta… todavía. Cree en el parlamentarismo que no funciona por decreto-ley y cree en la separación de poderes, y aquí acaso pueda detectarse alguna muy leve crítica a determinadas actuaciones del gobierno en los ámbitos parlamentario, fiscal o institucional.

Dicen que lo mejor de un partido es su militancia. Sus bases. Sánchez las conoce mejor que cualquiera que pudiese aspirar a hacerle sombra en el futuro. Hoy, el delfín de Pedro Tercero, el Fuerte, es Pedro Cuarto, el Sorprendente. Posiblemente, y salvo sorpresas, que las habrá, nadie más.

…Y desagradecimientos.

Casi como un epílogo: despedida y quizá cierre

Este libro se iniciaba con el capítulo de agradecimientos a las muchas personas que cooperaron para que saliese mejor; mi culpa, exclusivamente mía, son los fallos y deficiencias.

Pero tengo, lamentablemente, algunos desagradecimientos que expresar.

De ninguna manera achacaré a quienes —ya decía al comienzo que pocos— me negaron, con todo su derecho, su colaboración, alguna parte de culpa en lo que aquí pueda haber de inexacto o de injusto. Que temo que algo habrá, cómo no, en una obra de estas características, tan ambiciosa en el tiempo, en el temario, en los retratos personales, en su extensión y en sus planteamientos. Mis disculpas.

Pero hay ahora, como colofón, que decirlo todo, porque quien busca la verdad debe, ante todo, contar la suya sin restricciones. En la elaboración de un libro tan complejo como este siempre hay una mayoría que ayuda y una minoría que lo contrario. Pude hablar, y todo fueron facilidades, con quien recientemente había sido el segundo hombre más importante de la política española. Y con quien lo fue todo durante trece años. Y con quien lo fue durante otros ocho. Y, como decía al inicio, con muchos, muchos otros, ciento veinte personas en total, que también tuvieron importancia, mucha, e hicieron grandes cosas por su país. Lástima que muchos nombres hayan caído en el olvido para las nuevas generaciones. Ojalá este libro, en la humilde medida de sus fuerzas, cooperase a recuperar su recuerdo.

No hablé con el actualmente primero, lo cual sé que conlleva una cierta confesión de impotencia. A Óscar López, a quien conocía y apreciaba desde tiempo atrás, le pedí un encuentro para este libro, cuando ya había llegado al gabinete de la Presidencia con Sánchez. Lo aceptó y pasamos un largo rato en su despacho

monclovita, como ya he relatado en otra parte de este libro.

También les pedí, a él y al secretario de Comunicación del gobierno, Francesc Vallès, que me consiguiesen una charla con Sánchez, sabiendo de antemano, claro, el resultado: era mi obligación intentarlo. Silencio administrativo. Que no digo yo, escribí a la amable jefa de gabinete de Óscar López, que el presidente del Gobierno tenga que hacer huecos en su agenda para cooperar en un libro con un periodista, por mucho que el libro verse sobre el socialismo y por mucho que el «vip» conozca al periodista —o precisamente por eso—, que lleva medio siglo en la profesión.

No creo que seamos tan importantes, y he criticado, en este mismo libro, a colegas que sí lo piensan de sí mismos: nosotros estamos hechos para contar las historias que confeccionarán la Historia, no para protagonizarla. Y menos para acapararla o forzarla. Lo que sí les dije es que una mínima cortesía exige, al menos, una respuesta al uso, un «no es posible por el momento», una alusión a esa agenda cargada, yo qué sé. Una carta con cuatro líneas. Cortesía, ya que no cariño, que es requisito necesario para la buena democracia y que, como el mero hecho de escuchar lo que dice la gente, es ingrediente cada vez más escaso en las cocinas del poder.

Falta de transparencia

La (falta de) transparencia ha sido una de las principales características, desde mi punto de vista como periodista, en la trayectoria de este último gobierno socialista, en relativo —solo relativo— contraste con los de Zapatero y González. Eso, con la relegación del papel del Parlamento y los conflictos constantes con el Poder Judicial, constituye la más importante rémora democrática del ejecutivo de Pedro Sánchez, que sin duda ha contado con bastantes otras cualidades más positivas. Pero, por poner un ejemplo, en su trato con el Poder Legislativo, el gobierno ha abusado claramente del uso del decreto-ley en detrimento del uso correcto de la relación del ejecutivo con el Parlamento, como bien indican los estudios realizados por Ignacio Astarloa, que fue secretario de Estado de Seguridad y subsecretario de Justicia en tiempos de Aznar, entre otros.

Hablaba de transparencia, es decir, de accesibilidad a la información oficial. Creo mi deber como informador reconocer y señalar que, definitivamente, no tuve suerte con algunos «fontaneros» de Pedro Sánchez: el anterior secretario de Estado de Comunicación, Miguel Ángel Oliver, me respondió, con una carta que juzgué altamente despectiva —la publiqué íntegra en *La ruptura*—, con una negativa a mi pretensión de ser incluido en el *team* de informadores que podían preguntar en las ruedas de prensa, telemáticas por la pandemia, con el presidente: «Se me hace difícil imaginar qué podría haberse preguntado ya y que no se ha hecho; sin duda, nada», se atrevía a asegurar el hoy exsecretario de Estado. En fin, aunque al periodista Oliver no se le ocurriesen, a mí sí se me ocurrían algunas cosas que podrían preguntarse, y muchísimas repreguntas, lo cual era doblemente imposible, porque a nadie dejaban hacerlo. Repreguntar, digo.

Así que, con los «hombres del aparato», con la importante excepción de López,

y de algún otro que no debo citar aquí, nada.

Los «blanquitos»

Pero Sánchez, tras la «era Redondo», tiene más fontaneros. Unos, como Félix Bolaños, evidentes: ha sustituido a Antonio Hernando como «enviado especial» a apagar fuegos sin remedio, como el del llamado *catalangate*. Labor, la de Bolaños, necesaria e impagable para todo inquilino de La Moncloa. Otros no tienen presencia tan evidente en la fontanería ni en La Moncloa. Pero no existe ningún presidente ajeno a la influencia de un entorno: todos han tenido «presiones excesivas», desde fuera, en su actuación. González, la *beautiful people*, y «La Bodeguilla», signifique ello lo que signifique; Zapatero, el «clan del baloncesto» y otros elementos ya señalados. Sánchez…

Muchos pensaban, piensan, que José Blanco, aquel inteligente y táctico *Pepiño* que fue el «número dos» de Zapatero en el partido, era, desde fuera, un *influencer* en el «sanchismo». Que seguía manteniendo una considerable influencia en el gabinete de Sánchez, desde la lejanía de su empresa y teóricamente fuera de la política. Blanco, a quien ya he dicho que es difícil no apreciar, es hombre cauto, la «galleguidad» misma: difícilmente se le escapará algo que no quiera decir. Listísimo, me habían dicho en Lugo cuando, al conocerle, pregunté por él.

Cierto que en los preparativos de este libro pude hablar con él, pero muy poco de su participación en la carrera de Pedro Sánchez, más allá de lo ya conocido: un encuentro informativo con Blanco exige días de conversación y bastantes horas de esgrima. Sin embargo, el hombre que más cerca ha estado de los inicios de la carrera del actual presidente del Gobierno sí se lamentó —era la época en la que Pablo Iglesias aún era vicepresidente del Gobierno de Sánchez— de que no haya «puntos de encuentro» suficientes en la política española, y me dijo que hace falta superar el «nunca pactaré nada con el PP» y el populismo «ramplón» que «se ha instalado en la izquierda y en la derecha».

Quise entender aquellas palabras como una crítica velada hacia ciertas derivas del poder ejercido por Sánchez. Quizá, seguramente, no era así.

28 de marzo de 2022

Probablemente hoy en día, con Pablo Iglesias de *outsider*, con todo lo que ha ocurrido en el mundo, tales derivas estén comenzando a ser superadas. «¿Qué más tiene que ocurrir para que respondamos unidos? ¿Qué más tiene que suceder para dejar de lado las rencillas, los sectarismos, y sumar fuerzas?», preguntó Sánchez en un acto con empresarios, organizado por Europa Press, ya concluyendo el mes de marzo de 2022 y cuando aún la pandemia daba coletazos y la invasión de Ucrania por Putin estaba en un sangriento apogeo. Cuando di la mano a Sánchez, «gracias

por haber venido», me dijo, me dio por pensar que quizá, con todo el sufrimiento que estábamos viendo, con los cambios en la oposición, acaso las cosas comenzasen a ser algo diferentes. Acaso las dos Españas entrasen en recesión en su pugna continua, siguiendo lo dicho por Sánchez, por cierto uno de los grandes responsables de la política constante de confrontación: ¿qué más tenía que ocurrir para que se hiciese política de una forma diferente en este país? Eso mismo se preguntaban y le preguntaban muchos.

En todo caso, seguramente nos hacen falta más «Blancos» para mejorar los niveles de diálogo político en España. Y debo decir que siempre —y ya no estaba en *El País*, conste— encontré disponibilidad informativa en *Pepiño* —espero que no tome este diminutivo como un intento de minusvalorarle: es lo contario, simpatía y proximidad—. El «blanquito» Sánchez —la definición es de Manuel Chaves, no mía — podría, como hizo su antecesor Zapatero, tomar alguna nota sobre esta actitud de disponibilidad informativa. A Blanco le encontré recientemente en el *hall* de un hotel madrileño, como en otra parte contaba, y trató de desvincularse de cualquier influencia especial sobre el gabinete de Sánchez. «Esos son rumores infundados», me dijo, sonriente, y yo aquí lo recojo. «Ya», le respondí, pensando en lo que me había dicho Manuel Chaves.

El octavo círculo de poder

La verdad, por otro lado, es que el juego de tronos del poder en el actual PSOE/gobierno se complica con la existencia de algo semejante a círculos de *lobbistas*, de influyentes que, desde la penumbra, buscan, valga la redundancia, más influencia —y a veces beneficios concretos—, situados convenientemente en centros como las televisiones o los periódicos más estratégicamente instalados. Dante, en su *Infierno*, sitúa en la octava fosa del octavo círculo «a los consejeros fraudulentos, que pecaron dando consejos engañosos».

Desde luego, en este círculo no sitúo a Blanco, que hace su trabajo abiertamente, como es propio del *lobbista* oficializado en una ocupación quizá civilmente necesaria en el mundo occidental, guste más o menos. Otros no lo hacen tan abiertamente. Y sé que me meto en un lío entrando en estos terrenos, y pido perdón por ello. Pero qué remedio: creo que lo exigen el guion de este libro y el ánimo, un punto provocador, y para nada vindicativo, que alienta este a modo de epílogo y despedida…

La publicación, en diciembre de 2021, en *El Confidencial*, y firmada por mi colega Pilar Gómez, de una noticia relatando un encuentro anterior del «monclovita» —sin despacho en La Moncloa— y otro periodista con el entonces aún «asesor áulico» Iván Redondo, a quien incluso amenazaron, decía la información, con «hundirle» si persistía en sus planes de abandonar La Moncloa, era algo que, no por inimaginable, dejaba de ser preocupante.

Estas influencias, ajenas al Consejo de Ministros, incluso llegaban a lograr situar sus peones en el tablero de ajedrez del elenco ministerial y en puestos clave de poder. Así sucedió, aparentemente, con la crisis de gabinete propiciada por Sánchez

en julio de 2021. Según *El Confidencial*, en un serial que fue como una bomba caída en La Moncloa, dos periodistas de postín afectos al PSOE, y por tanto, quizá también Blanco y Zapatero desde el control remoto, no fueron ajenos a algunos de los nombramientos.

Luego, con motivo de terremotos políticos como el de los espionajes telefónicos a independentistas catalanes, un escándalo que se trató de sofocar denunciando públicamente que también el teléfono de Pedro Sánchez, de Marlaska y de Margarita Robles habían sido «pinchados», tuvimos la sensación de que «asesores» externos a La Moncloa influían en las estrategias de comunicación —bastante erradas, como se demostró— de la Presidencia del Gobierno.

«El monclovita» con y sin despacho en La Moncloa

Claro que mis desgracias con la Secretaría de Estado de Comunicación no se limitaban a Oliveras y a su sucesor, al que desconocía. Sí conocía bastante, en cambio, a uno de sus antecesores remotos, que, ya en diciembre de 2021, andaba, como consejero de *El País* y cercano al círculo más íntimo de Sánchez, en boca de todos a causa de las revelaciones del periódico digital citado, *El Confidencial*, y también merced a los rumores que le situaban en el epicentro de los consejos a Sánchez sobre, por ejemplo, cómo manejar el *catalangate* y el *moncloagate*.

Coincidí con él cuando ambos éramos redactores de *El País*, del que, ahora, quién ha visto la animadversión con la que le trató este periódico y quién lo ve en la actualidad, él es un muy influyente miembro del aún bastante nuevo consejo de administración del diario, que, digámoslo una vez más, siempre mantuvo lazos especiales con el PSOE. Él fue ascendiendo en la vida: siendo (él, claro) un importante cargo en la comunicación de José Luis Rodríguez Zapatero, publiqué, en el periódico digital que yo entonces presidía, una información según la cual iba a ser cesado muy pronto.

—Parece que me quieres enviar el motorista con mi cese —me llamó, intentando un tono leve. Se refería al modo en el que Franco cesaba a sus ministros: les enviaba un motorista oficial desde El Pardo con la carta de despido. Inapelable y poco molesto para el dictador, que no tenía que enfrentarse al rostro compungido de quien había de abandonar la anhelada poltrona ministerial.

—Tengo tantas ganas de que te vayas de La Moncloa que yo mismo conduciría la moto —le repliqué, para horror de mi prudentísima secretaria Alicia, que asistía a la incómoda conversación telefónica.

Siempre pensé que él, con su política de comunicación, hacía un flaco favor a Zapatero, con quien, sin embargo, es obvio que sigue en gran sintonía. Le consideraban una especie de capitán de la influyente camarilla de «los baloncestistas», que acudían al recinto monclovita para encestar jugando con el presidente ZP y algunas cosas más. Aznar jugaba al pádel con Pedro J. Ramírez y este grupo lo hacía al baloncesto con Zapatero.

Potenciar la manía de Zapatero de «matar a besos» a sus periodistas críticos —que se sentían con ello más importantes y envalentonados; ya hemos visto el caso de

Pedro J. Ramírez— también era otro de sus errores. Lo mismo que intentar crear un gran grupo de comunicación afín al gobierno. Una tentación que ya tuvo José María Aznar, antecesor de Zapatero en La Moncloa, a través de su secretario de Estado de Comunicación Miguel Ángel Rodríguez, el hoy muy famoso MAR, que hace y deshace en el gabinete de la presidenta madrileña Isabel Díaz Ayuso.

Pero, claro, meter la mano en los asuntos de los medios era el mayor dislate, y el mayor desmán, de todos.

Claro que las injerencias de los responsables de la comunicación de Presidencia, y de algunos desde los ministerios, en la composición de las tertulias radiofónicas y televisivas era algo que ni empezó ni terminó con este «monclovita», desde luego. Hubo otros y otras «monclovitas» y asimilados, en todos los periodos presidenciales, que interfirieron sin recato en los programas de los medios audiovisuales públicos y privados.

Efectivamente, tal y como había pronosticado en mi información —las fuentes eran directas y seguras—, «el monclovita» fue cesado al poco de su cargo en La Moncloa. Quizá había pisado ya suficientes callos con su carácter «más bien difícil», como me dijo un entrañable amigo que trabajó a sus órdenes en Moncloa. O quizá Zapatero se había dado cuenta de que él no era una solución a sus problemas con la comunicación, sino, sobre todo, el problema.

Zapatero compensó este cese en la Secretaría de Estado con su nombramiento en un cargo para el que en absoluto tenía credenciales suficientes, porque correspondía más bien a las funciones de un embajador: director general de la Casa de América, puesto agradable y fácil y que le abrió buenas posibilidades de actuación personal en América Latina. Antes de ser secretario de Estado de Comunicación, había sido jefe de prensa en el Ministerio de Educación con José María Maravall, en los tiempos de Felipe González.

Cuando (2012) se estaba dilucidando la batalla por el poder en el PSOE entre Rubalcaba y Chacón, *El País* publicó un artículo, muy bendecido, al parecer, por las alturas, en el que se decía que «el monclovita» «había dejado la Secretaría de Estado de Comunicación en septiembre de 2005 tras haber cerrado las líneas maestras de su gran obra: la reordenación del sector audiovisual, el apagón analógico y el reparto de nuevas licencias de televisión digital (TDT). Antiguos socios y colaboradores suyos se contaban entre los beneficiarios de las nuevas emisoras, sobre todo por lo que respecta a La Sexta y a la productora Mediapro. (…) había establecido su cuartel general en la Casa de América, donde ejerció la dirección de dicha institución, pero lejos de mantenerse en un plano alejado respecto de la carrera política de su esposa, se convirtió en una figura que sobrevolaba por entre los gabinetes de Chacón» («Chacón & compañía», Luis Gómez, *El País*, 29 de enero de 2012).

También había participado en el diseño de la comunicación en las elecciones municipales y autonómicas de 2003, ocupación de la que fue fulminantemente expulsado por Alfredo Pérez Rubalcaba, con quien tuvo serios enfrentamientos personales y acaso, aunque muy en segundo lugar, también profesionales. Luego, Zapatero le «repescó». O sea, que lleva toda la vida ligado a los gobiernos y a los poderes e influencias socialistas, sin haber pasado jamás por urna alguna. Es uno de los pocos que ha «sobrevivido», desde dentro o desde la periferia, pero siempre desde la influencia, ocasionalmente más o menos en la penumbra, a los mandatos de tres presidentes: Felipe González, Zapatero y, ahora, Pedro Sánchez, por cuyo

despacho, aseguran, entra con facilidad.

Comprobar, a través de una información en *El Confidencial*, que el «monclovita» que ahora tanto manda —siempre el juego del poder— en uno de los periódicos más influyentes y cercanos al gobierno del país sigue controlando, sin cargo oficial alguno, los entresijos de La Moncloa, era algo que no dejaba de suscitar, no porque no se sospechase desde antes, una cierta desazón. ¿Son necesarios estos «poderes paralelos» en la gobernación de un Estado? ¿Hasta qué punto son perjudiciales? En una obra de las características de esta no queda otro remedio que preguntárnoslo. Y este libro quedaría incompleto si no trajésemos a colación este fenómeno, que adquiere una creciente importancia.

No tengo la certeza de si existió o no la amenaza a Iván Redondo en una cena en La Trainera, denunciada por *El Confidencial*, según el cual «el monclovita» y un acompañante habrían advertido al entonces aún «superasesor» de Sánchez de que permaneciese quieto en el cargo y sin causar problemas, so pena de graves consecuencias. Más bien, creo que no: uno de los comensales, un tipo creo que fiable, me lo desmintió, y tendí a creerle. Pero simplemente poder albergar razonablemente la sospecha y que el tema aparezca en un periódico tan influyente como este digital no es, desde luego, signo alguno de normalidad democrática. Y preciso es reconocer que creí al tercer asistente a esta cena cuando me aseguró que allí nadie amenazó a Iván Redondo ni cosa parecida; quizá al ex-Godoy le convenía difundirlo así, quién sabe.

Los silencios del «aparato»

Todo esto, obviamente, no quiere decir que el «aparato» del PSOE en Ferraz tenga una mayor eficacia informativa que el «aparato» de la Secretaría de Estado en La Moncloa. Por hablar solamente de lo inmediato, cabe decir que me reuní con Maritza Ruiz Mateos, responsable de comunicación en la sede de Ferraz, para explicarle lo que pretendía hacer con este libro y pedirle su colaboración cerca de la Fundación Pablo Iglesias, así como un encuentro con Santos Cerdán, el vicesecretario del PSOE.

Contacté sin problemas, por mi cuenta, con la Fundación, que me dio la asistencia requerida como historiador, mejor que como periodista; pero nunca más supe de Maritza, una vez que logró enterarse, porque yo se lo conté obviamente, de en qué andaba yo.

¿Por qué cuento todo esto, que debería circunscribirse al ámbito de lo personal y no de lo público? Pues básicamente porque resulta que, en mi opinión, no se circunscribe al ámbito personal, sino que forma parte de una categoría. Que nadie piense que un libro como este sustancia venganzas o rencores: sería demasiado fácil, excesivamente lineal. Pienso que es preciso hacer públicas las barreras existentes contra una correcta libertad de expresión, que incluye la facilidad de acceso a la información y a las fuentes. Y que no haya maniobras orquestales en la oscuridad en la gobernación de un Estado. Quizá con la denuncia, y de veras cuesta hacerla en esta suerte de epílogo, se abran algunos cauces opacos, se relajen ámbitos

ilógicamente impermeables. Es difícil la total trasparencia desde el poder, pero es una aspiración democráticamente exigible desde la sociedad civil.

La verdad es que cada vez que vemos algunas actuaciones contra la libertad de los periodistas —imposible borrar lo que ocurrió con los informadores en la sede de Ferraz aquel 1 de octubre de 2016—, no es fácil evitar la nostalgia pensando en Helga Soto y en aquel magnífico equipo que gestionó la oportunidad para hacer la foto del Palace en 1982. Ellos creyeron en el futuro, no en un afán por conservar lo presente.

No, Maritza no es Helga, ni Adriana es Guillermo Galeote. Pero ¿es «Pedro Tercero Sánchez» el nuevo Felipe González, el mejor sucesor de Zapatero, con todos los claros y los oscuros de ambos? ¿Es el hombre del futuro del socialismo «a la española»? Quizá la respuesta haya que buscarla dentro de algún tiempo, no mucho: las cosas acaso vayan mejorando.

Veremos si Pedro Cuarto, el Impredecible, significa o no un nuevo paso adelante.

Bibliografía

Además de a cuantos mencioné en el prólogo a modo de agradecimiento, doy las gracias también a los autores de los libros que consulté. Esta es, básicamente, aunque no toda, la bibliografía que me ha acompañado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Fernando Jáuregui Campuzano, 2022
© La Esfera de los Libros, S.L., 2022
Avenida San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022
ISBN: 978-84-1384-440-4 (epub) Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.